

Luvina 93

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Invierno 2018

\$150

ISSN 1665-1340

TRAVESÍA PORTUGAL

- ANTÓNIO LOBO ANTUNES • MARIA DO ROSÁRIO PEDREIRA • NUNO JÚDICE • LÍDIA JORGE
- ANA LUÍSA AMARAL • RUI ZINK • ADÍLIA LOPES • GONÇALO TAVARES • GASTÃO CRUZ • DULCE MARIA CARDOSO • VASCO GATO • VALTER HUGO MÃE
- HÉLIA CORREIA • MARGARIDA VALE DE GATO • INÊS LOURENÇO • JOSÉ LUÍS PEIXOTO
- JOSÉ EDUARDO AGUALUSA • FERNANDO AGUIAR • TEOLINDA GERSÃO • AFONSO CRUZ
- INÊS FONSECA SANTOS • MIGUEL MIRANDA • JOÃO LUÍS BARRETO GUIMARÃES • FILIPA LEAL • ANA MARGARIDA DE CARVALHO • JOÃO TORDO • ISABEL RIO NOVO • ISABELA FIGUEIREDO
- GERMANO ALMEIDA • RUI CARDOSO MARTINS • ALEXANDRA LUCAS COELHO •

PREMIO FIL DE LITERATURA

IDA VITALE

- ANA HATHERLY •



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Traducción apoyada por la Dirección General del Libro, de los Archivos y de las Bibliotecas

Universidad de Guadalajara

Rector General: Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectora Ejecutiva: Carmen E. Rodríguez Armenta
Secretario General: José Alfredo Peña Ramos
Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Ernesto Flores Gallo
Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >
Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >
Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >
Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >
Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >
Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa
Viñetas: Déborah Moloeznik Paniagua

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos¹, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Francisco Payó González, Hugo Gutiérrez Vega², José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Patricia Torres San Martín, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

Luvina, año 22, no. 93, invierno de 2018, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Secretaría de Vinculación y Difusión Cultural del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño. Periférico Norte Manuel Gómez Morán núm. 1695, colonia Belenes, CP 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx. Editor responsable: Silvia Eugenia Castellero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102. ISSN 1665-1340, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de título 10984, Licitud de Contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Pandora Impresores, SA de CV, Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, CP 46170. Este número se terminó de imprimir el 23 de noviembre de 2018 con un tiraje de 1,300 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel: 55 5618-8551
comercializadoragbn@yahoo.com.mx, comercializadoragbn@gmail.com

www.luvina.com.mx

Portugal es un país con una gran ventana hacia el Atlántico, por ello las ciudades importantes se encuentran en su litoral. Ese mirar hacia el mar le imprime a estas tierras un sentido de trascendencia, de viaje y hallazgo. También constituye un camino de ensoñación, de interminables ilusiones que topan con su propio final: con un destino: *fatum*, palabra de la que proviene *fado*, la expresión musical del alma de Lisboa. El fado, de tono melancólico, le canta a lo que se fue, a las glorias pasadas, a la patria perdida, al tiempo. Tal como las aguas, cuyo desenlace humano es la existencia que muere, el fado se llena de reflejos que murmuran lo cristalino de la vida y concluyen en el seno de un recuerdo triste como universo sumergido. Sin embargo, esa tristeza en el espíritu lusitano se trasmuta en *saudade*, nostalgia creativa, un resguardo de permanencia y memoria.

Esa característica —la permanencia— la encontramos en los diferentes textos literarios que **Luvina** publica en este número. La expresión literaria portuguesa actual posee vitalidad y variedad asombrosas, además de tener gran calidad. Literatura nutrida por diversas y contrastadas voces, desde los vestigios lusitanos y del latín vulgar (transformado en el galaicoportugués), los ecos celtas que todavía resuenan en algunos sonidos, las palabras árabes que se quedaron en el fondo del lenguaje, hasta los ritmos africanos que el portugués importó de sus conquistas de tierras lejanas durante su época de esplendor —es así que es africano el origen de varios escritores contemporáneos.

Luvina publica más de cien voces lusas que dan cuenta de una literatura aventurera, arriesgada, y de su riqueza musical y conceptual. Como sus mismas ciudades, los diversos géneros —poesía, narrativa, ensayo, crónica, dramaturgia— se van acomodando en el mapa de estas páginas en una topografía peculiar, con tonos cristalinos de grandes alturas, otros con vastas resoluciones formales, y ciertos textos que poseen tonos más bien íntimos, se asientan cercanos a la tierra. De esta manera, la geografía literaria portuguesa queda dibujada en todos sus relieves, para ser apreciada y disfrutarse entre los lectores hispanoamericanos.

Por otra parte, en este número aparecen dos poemas y un ensayo de la escritora uruguaya Ida Vitale, ganadora del Premio FIL 2018, amiga y colaboradora de **Luvina** •

Índice

14 🐾 Hasta que las piedras se tornen más leves que el agua [fragmento] ●

ANTÓNIO LOBO ANTUNES (Lisboa, 1942). En 2008 obtuvo el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. *Até que as pedras se tornem mais leves que a água* es su novela más reciente (Dom Quixote, 2017).

32 🐾 Tres poemas para Siria ●

MARIA DO ROSÁRIO PEDREIRA (Lisboa, 1959). Su poemario *Una casa con palabras dentro* se publicó el año pasado (Huerga & Fierro).

37 🐾 Almada: una revolución estética en el palco del modernismo ●

NUNO JÚDICE (Mexilhoeira Grande, 1949). En 2008, Hiperión publicó en español su antología *Tú, a quien llamo amor*.

43 🐾 La luz rosada ●

LÍDIA JORGE (Boliqeuime, 1946). Uno de sus últimos libros traducidos al español es *Los tiempos del esplendor* (La Umbría y la Solana, 2017).

50 🐾 Hermanas ●

ANA LUÍSA AMARAL (Lisboa, 1956). Su poemario *Entre dois rios e outras noites* (Campo das Letras, 2008) ganó el Gran Premio de Poesía de la Asociación Portuguesa de Escritores.

59 🐾 El bicho de la escritura ●

RUI ZINK (Lisboa, 1961). En 2017 publicó la novela *O livro sagrado da factologia* (Teodolito).

66 🐾 POEMAS ●

Adília LOPES (Lisboa, 1960). Acaba de publicar el libro *Estar em casa* (Assírio & Alvim, 2018).

70 🐾 Relatos ●

GONÇALO TAVARES (Luanda, 1970). La editorial Almadía ha publicado varios libros suyos, entre los cuales está *Jerusalén*, con el que ganó el Premio José Saramago en 2005.

74 🐾 POEMAS ●

GASTÃO CRUZ (Faro, 1941). *Existência* (Assírio & Alvim, 2017) es uno de sus títulos más recientes.

77 🐾 Retrato de un joven poeta ●

DULCE MARIA CARDOSO (Tras-os-Montes, 1964). Su novela *O chão dos pardais* (Asa, 2009) obtuvo el Premio Pen Club Portugués en 2010.

85 🐾 Fiera oculta ●

VASCO GATO (Lisboa, 1978). Recientemente publicó el libro de poesía *Um passo sobre a Terra* (Língua Morta, 2018).

92 🐾 Veintiocho promesas fundamentales para el año dos mil nueve ●

VALTER HUGO MÂE (Saurimo, Angola, 1971). Una de sus últimas publicaciones es el libro infantil *Palavras bonitas sobre contos* (Tcharan, 2017).

93 🐾 El vestido ●

HÉLIA CORREIA (Lisboa, 1949). En 2015 fue galardonada con el Premio Camões. Entre sus libros más recientes se encuentra *Vinte degraus e outros contos* (Relógio d'Água, 2014).

99 🐾 POEMAS ●

JOSÉ MIGUEL SILVA (Vila Nova de Gaia, 1969). En 2017 publicó el libro *Últimos poemas* (Averno).

103 🐾 Poemas ●

RAQUEL NOBRE GUERRA (Lisboa, 1979). Estos poemas pertenecen a uno de sus libros más recientes, *Senhor Roubado* (Douda Correria, 2016).

108 🐾 Flávio Cerqueira o Nueves, Fuera Nada ●

A. M. PIRES CABRAL (Chacim, 1941). Este cuento forma parte de su nuevo libro, *Singularidades* (Edições Cotovia, 2017).

118 🐾 Poemas ●

Rosa Alice BRANCO (Aveiro, 1950). *Traçar um nome no coração do branco* (Assírio & Alvim, 2018) es su nuevo libro de poemas.

122 🐾 El último atento ●

MANUEL DA SILVA RAMOS (Covilhã, 1947). Su novela *Moçalambique* fue publicada por Parsifal PT en 2017.

125 🐾 El edificio ●

BRUNO VIEIRA AMARAL (Barreiro, 1978). Uno de sus libros más recientes es *Hoje estarás comigo no paraíso* (Quetzal, 2017).

133 🐾 POEMAS ●

Margarida VALE DE GATO (Vendas Novas, 1973). Su último libro es *Mulher ao mar e grinalda* (Mariposa Azul, 2018).

138 🐾 A medida que fuimos recuperando a la madre ●

VALÉRIO ROMÃO (Clermont-Ferrand, Francia, 1944). *Cair para dentro* es su título más reciente (Abysmo, 2018).

147 🐾 Ephemera ●

INÊS LOURENÇO (Oporto, 1942). *O jogo das comparações* (Companhia das Ilhas, 2016) es uno de sus libros más recientes.

154 🐾 Hebefrenias náuticas (el MAR libera el tiempo del movimiento) ●

LUÍS SERGUILHA (Vila Nova de Famalicão, 1966). En 2015 se publicó *Kalahari* (Edições Esgotadas), uno de sus libros más recientes.

164 🐾 El cadáver de James Joyce ●

JOSÉ LUÍS PEIXOTO (Galveias, 1974). Obtuvo, en 2001, el Premio Literario José Saramago con su novela *Nadie nos mira*, publicada en español por Ediciones Arlequín (2017).

- 169** 🐿️ **POEMAS** ●
Ana Paula INÁCIO (Oporto, 1966). En 2016 se publicó su libro de poemas *Anónimos do século XXI* (Averno).
- 172** 🐿️ **Paregórico** ●
MIGUEL MANSO (Santarém, 1979). Su último libro es *Mortel* (Do Lado Esquerdo, 2018).
- 180** 🐿️ **Aparecidos** ●
ANA TERESA PEREIRA (Funchal, 1958). En 2017 obtuvo el Premio Océanos de Literatura por su novela *Karen* (Relógio D'Água, 2016).
- 185** 🐿️ **Filosofía de elevador** ●
JOSÉ EDUARDO AGUALUSA (Huambo, Angola, 1960). Con su novela *Teoria geral do esquecimento*, que Quetzal acaba de reeditar, fue finalista del premio Man Booker International en 2016.
- 188** 🐿️ **Fúria** ●
PATRICIA REIS (Lisboa, 1970). *A construção do vazio* (Dom Quixote, 2017) es uno de sus libros más recientes.
- 197** 🐿️ **POEMAS** ●
Fernando AGUIAR (Lisboa, 1956). Una de sus últimas publicaciones es *Estratégias do gosto* (Palimage, 2012).
- 201** 🐿️ **Los dueños de la alborada** ●
RENATA CORREIA BOTELHO (São Miguel, Islas Azores, 1977). Es autora, entre otros libros, de *Esta casa* (Averno, 2013).
- 205** 🐿️ **Poema** ●
José Rui TEIXEIRA (Oporto, 1974). En 2017 se reeditó *Diáspora*, antología de su obra poética (Cosmorama Edições).
- 208** 🐿️ **Décimo mandamiento** ●
TEOLINDA GERSÃO (Coimbra, 1940). Su libro más reciente es *Prantos, amores e outros desvarios* (Porto Editora, 2016).
- 212** 🐿️ **Una hipótesis de brevíssimo diccionario personal** ●
AFONSO CRUZ (Figueira da Foz, 1971). En 2016 publicó *Enciclopédia da estória universal. Mil anos de esquecimento* (Alfaguara Portugal).
- 222** 🐿️ **Epitafio de domingo** ●
CLÁUDIA R. SAMPAIO (Lisboa, 1981). Su libro más reciente es *Ver no escuro* (Tinta-da-china, 2016).
- 225** 🐿️ **POEMAS** ●
JORGE SOUSA BRAGA (Cervães, Vila Verde, 1957). Su poesía reunida fue publicada, bajo el título *O poeta nu*, por Assírio & Alvim en 2014.
- 229** 🐿️ **La historia del Joca** ●
DAVID MACHADO (Lisboa, 1978). Con su novela *Índice médio de felicidade* (Dom Quixote, 2013) ganó el Premio de la Unión Europea para la Literatura 2015.
- 234** 🐿️ **Sarro [fragmento]** ●
CATARINA SANTIAGO COSTA (Lisboa, 1975). Uno de sus títulos más recientes es *Estufa* (Douda Correria, 2016).
- 240** 🐿️ **Poemas** ●
INÊS FONSECA SANTOS (Lisboa, 1979). *Suite sem vista* (Abysmo, 2018) es su último libro publicado.

- 244** 🐿️ **De los antípodas (pequeño cuento pseudokaŕkiano)** ●
E. M. DE MELO E CASTRO (Covilhã, 1932). Uno de sus libros de poesía es *Entre o rigor e o excesso: um osso* (Afrontamento, 1994).
- 246** 🐿️ **Poemas** ●
Carla PAIS (Leiria, 1979). Uno de sus últimos títulos publicados es *Mea culpa* (Porto Editora, 2017).
- 250** 🐿️ **El retrato de Güzin** ●
GIL DE CARVALHO (Lisboa, 1954). Su último libro se intitula *Amazonas e &* (Paralelo W, 2014).
- 255** 🐿️ **El hambre del licántropo** ●
MIGUEL MIRANDA (Oporto, 1956). Uno de sus libros más recientes es *Sete janelas com vista para a morte* (Presença, 2017).
- 260** 🐿️ **POEMAS** ●
António POPPE (Lisboa, 1968). En 2012, Documenta publicó su *Livro da luz*, de poesía.
- 264** 🐿️ **POEMAS** ●
José Agostinho BAPTISTA (Funchal, 1948). En español se editó *Esta voz es casi viento* (Baile del Sol, 2009). joseagostinhobaptista.com
- 267** 🐿️ **La ventana** ●
FILIPA MELO (Cuíto, Angola, 1972). *Dicionário sentimental do adultério* (Quetzal, 2017) es su libro más reciente.
- 272** 🐿️ **Poemas** ●
Rui LAGE (Oporto, 1975). Su primera novela, *O invisível*, fue distinguida con el Premio Revelación Agustina Bessa-Luís en 2017, y acaba de ser publicada por Gradiva.
- 276** 🐿️ **Huerto efervescente** ●
MATILDE CAMPILHO (Lisboa, 1982). Ha publicado el libro de poemas *Jóquei* (Tinta-da-china, 2014).
- 279** 🐿️ **Poemas** ●
Miguel MARTINS (Lisboa, 1969). Bajo el sello de Zazie Edições apareció su poemario *Pince-nez*, en 2016.
- 282** 🐿️ **La forma del mundo** ●
MIGUEL CASTRO CALDAS (Lisboa, 1972). Es autor, entre otros libros, de *As sete ilhas de Lisboa* (Ambar, 2004).
- 286** 🐿️ **POEMAS** ●
Inês DIAS (Lisboa, 1976). Es autora de *Ponto-sombra* (Corsário Satã, 2018), entre otros poemarios.
- 289** 🐿️ **El fuego será tu casa [fragmento]** ●
NUNO CAMARNEIRO (Figueira da Foz, 1977). Su novela más reciente es *O fogo será a tua casa* (Dom Quixote, 2018).
- 297** 🐿️ **las casas en espinho con ruy belo** ●
ROSA OLIVEIRA (Viseu, 1958). Con su segundo poemario, *Tardio* (Tinta-da-china, 2017), obtuvo el Premio Literario Fundación Inês de Castro el año pasado.
- 304** 🐿️ **Buitres y otros adorables pajaritos** ●
SÉRGIO ALMEIDA (Luanda, 1975). Su libro de cuentos *Não conto* fue publicado por Idioteque en 2016.

- 308** 🐿 **A una sonda espacial al final de sus días** ●
DANIEL JONAS (Oporto, 1973). Con su poemario *Oblívio* (Assírio & Alvim, 2017) ganó el Gran Premio de Literatura Dst.
- 311** 🐿 **Poemas** ●
João Luís **BARRETO GUIMARÃES** (Oporto, 1967). *Nómada* (Quetzal, 2018) es su nuevo poemario.
- 316** 🐿 **Martes** ●
PATRÍCIA PORTELA DIAS (Lisboa, 1974). *A coleção privada de Acácio Nobre* (Caminho, 2016) es uno de sus libros más recientes.
- 324** 🐿 **POEMAS** ●
Levi **CONDINHO** (Alcobaça, 1941). *Para que alguns me possam amar* (Tavola Redonda, 1977) es uno de sus libros de poemas.
- 326** 🐿 **El balcón** ●
FILIPA LEAL (Oporto, 1979). *Vem à quinta-feira* (Assírio & Alvim, 2016) es uno de sus poemarios más recientes.
- 329** 🐿 **Poemas** ●
Casimiro **DE BRITO** (Loulé, 1938). Uno de sus libros más recientes es *Eros mínimo* (Lua de Marfim, 2015).
- 332** 🐿 **Desde mi mar se ve la lengua** ●
ANA MARGARIDA DE CARVALHO (Lisboa, 1973). El año pasado apareció su libro de cuentos *Pequenos delírios domésticos* (Relógio d'Água).
- 336** 🐿 **POEMAS** ●
MANUEL DE FREITAS (Vale de Santarém, 1972). En 2017 publicó el libro de ensayos *Incipit* (Averno) y el poemario *Game Over* (Alambique).
- 339** 🐿 **Se alquila silla color naranja (y otros bancos para pensar)** ●
FILIPA MARTINS (Lisboa, 1983). *Na memória dos rouxinóis* (Quetzal) es la novela que publicó este 2018.
- 348** 🐿 **Poemas** ●
Nunes **DA ROCHA** (Lisboa, 1957). En 2017 publicó *Poemas obsoletos de um bicho imóvel* (Averno).
- 351** 🐿 **Poemas** ●
JOÃO ALMEIDA (Guimarães, 1965). En 2017 publicó los poemarios *Hotel Zurique* (Averno) y *Poesia ao gosto popular* (Editorial Futura).
- 353** 🐿 **Variaciones sobre un tema de Rulfo** ●
JOÃO DE MELO (São Miguel, Islas Azores, 1949). Acaba de aparecer la tercera edición corregida y aumentada de su libro de cuentos *As coisas da alma e outras histórias em conto* (Dom Quixote, 2018).
- 362** 🐿 **Lluvia de estrellas** ●
ROSA MARIA MARTELO (Vila Nova de Gaia, 1957). En 2017 publicó su libro de poesía *Siringe*.
- 364** 🐿 **Discurso sobre el hijo de puta [fragmento]** ●
ALBERTO PIMENTA (Oporto, 1937). *Nove fabulo, o mea vox | De novo falo, a meia voz* (Pianola, 2016) es uno de sus últimos títulos de poesía.
- 367** 🐿 **Mariposas negras** ●
FERNANDO J. B. MARTINHO (Portalegre, 1938). Con el libro *Jorge de Sena, «aqui no meio de nós»* (Co-libri, 2017) obtuvo el Premio Jorge de Sena en 2017.

- 368** 🐿 **Gnosis. Dos epístolas de Sammel C. Dayton a su juventud** ●
JOSÉ ANJOS (Lisboa, 1978). Su nuevo libro de poemas es *Somos contemporâneos do impossível* (Abysmo, 2018).
- 371** 🐿 **Poema** ●
Catarina Nunes **DE ALMEIDA** (Lisboa, 1982). En 2015 publicó *Achamento*, uno de sus últimos libros de poesía, con ilustraciones de Marta Bernardes (Do Lado Esquerdo).
- 372** 🐿 **Enséñame a volar sobre los tejados [fragmento]** ●
JOÃO TORDO (Lisboa, 1975). Su novela *Las tres vidas*, Premio José Saramago 2009, fue publicada recientemente en español por Crack-Up, en Argentina.
- 377** 🐿 **Las curvas del tiempo** ●
INÉS PEDROSA (Coimbra, Sé Nova, 1962). *Fazes-me falta* (BIS, 2016) es una de sus novelas más recientes.
- 382** 🐿 **Fritz Moser** ●
VÍTOR NOGUEIRA (Vila Real, 1966). En 2017, Averno publicó su libro de poemas *Cantochão*.
- 387** 🐿 **Amor 2.0** ●
PEDRO VIEIRA (Lisboa, 1975). *O que não pode ser salvo* es su novela publicada por Quetzal en 2015.
- 389** 🐿 **La casa de verano** ●
ISABEL RIO NOVO (Oporto, 1972). Acaba de aparecer su novela *A febre das almas sensíveis* (Dom Quixote, 2018).
- 399** 🐿 **Limbo** ●
JOSÉ MANUEL TEIXEIRA DA SILVA (Oporto, 1959). *Música de anónimo* (Companhia das Ilhas, 2015) es uno de sus libros de poesía.
- 404** 🐿 **La resolución de morir** ●
ANDRÉ DOMINGUES (Oporto, 1975). En 2015 apareció su libro *Dramas de companhia* bajo el sello editorial Companhia das Ilha.
- 409** 🐿 **Rerum natura** ●
HUMBERTO ROCHA (Maputo, Mozambique, 1958). Su último libro publicado es *As brancas neves de agosto* (Corpos, 2016).
- 416** 🐿 **POEMA** ●
Fernando **ESTEVEZ PINTO** (Cascais, 1961). Su novela *Sexo entre mentiras* fue publicada en español en 2008 por Baile del Sol.
- 418** 🐿 **La mujer que aprendió a llorar** ●
JALME ROCHA (Nazaré, 1949). *O terceiro andar e outras peças* (INCM, 2014) es su libro que reúne tres obras de teatro.
- 424** 🐿 **La bastarda en el año de 1320** ●
PATRÍCIA MÜLLER (Lisboa, 1978). Su novela *Uma senhora nunca* fue publicada por Quetzal en 2016.
- 432** 🐿 **Poemas** ●
João **RASTEIRO** (Coimbra, 1965). Uno de sus últimos libros es *A rose is a rose is a rose et coetera* (Edições Sem Nome, 2017).
- 437** 🐿 **Historia triste con final alegre** ●
TERESA VEIGA (Lisboa, 1945). Con el libro *Gente melancolicamente louca* (Tinta-da-china, 2015) obtuvo el Gran Premio de Cuento Camilo Castelo Branco.

- 442** 🐿 **Los días de la semana** ●
ANTÓNIO DE CASTRO CAEIRO (Lisboa, 1966). Una de sus más recientes publicaciones es el ensayo *Um dia não são dias* (Abysmo, 2017).
- 449** 🐿 **Dos fábulas ufológicas** ●
PEDRO BARBOSA (Oporto, 1948). Uno de sus libros más conocidos es *O guardador de retretes* (1976), reeditado por Afrontamento en 2007.
- 455** 🐿 **Poemas** ●
Luís Filipe SARMIENTO (Lisboa, 1956). Su libro *Gabinete de curiosidades* (Poética Edições, 2017) reúne poesía, ensayo y narrativa.
- 459** 🐿 **Magdalena de Lisboa [fragmento]** ●
ANDRÉA ZAMORANO (Río de Janeiro, 1969). Su primera novela es *A casa das rosas* (Quetzal, 2015).
- 464** 🐿 **POEMAS** ●
Tiago ARAÚJO (Mozambique, 1973). *Ano zero* (Averno, 2018) es su nuevo poemario.
- 467** 🐿 **¿Recuerdas?** ●
OLINDA BEJA (Guadalupe, São Tomé e Príncipe, 1946). Entre sus más nuevas publicaciones se encuentra el libro de cuentos *Chá do Príncipe* (Rosa de Porcelana, 2017).
- 471** 🐿 **POEMAS** ●
Renato Filipe Cardoso (Aveiro, 1971). *Os cães ladram às cartas de Amor* (Edita-Me, 2016) es uno de sus libros más recientes.
- 474** 🐿 **La costura** ●
ISABELA FIGUEIREDO (Maputo, Mozambique, 1963). *A gorda* (Caminho, 2016) es su novela más reciente.
- 478** 🐿 **Sombras antigas [fragmento]** ●
JOÃO PAULO SOUSA (Oporto, 1966). Su nueva novela es *Ninguém espera por mim no exílio* (Teodolito, 2018).
- 486** 🐿 **Poemas** ●
Emerenciano RODRIGUES (Ovar, 1946). Publicó su libro de poesía *Ir & vir* (Afrontamento) en 2010.
- 489** 🐿 **Un paseo por Lisboa** ●
DJAÍMILIA PEREIRA DE ALMEIDA (Luanda, 1982). *Luanda, Lisboa, Paraíso* (Companhia das Letras, 2018) es su segunda novela publicada.
- 492** 🐿 **POEMA** ●
Liberto CRUZ (Sintra, 1935). Su *Poesia reunida (1956-2011)* fue publicada en 2012 por Palimage.
- 494** 🐿 **Arma de lanzamiento [fragmento]** ●
LUÍS CARMELO (Évora, 1954). Acaba de publicar su poemario *Tratado* (Abysmo, 2018).
- 498** 🐿 **Un calor ardiente en Bombay** ●
MIGUEL REAL (Lisboa, 1953). Este 2018 publicó el ensayo *Fátima e a cultura portuguesa* y la novela *Cadáveres às costas* en Dom Quixote.
- 506** 🐿 **Sin título** ●
BEATRIZ HIERRO LOPES (Oporto, 1985). En 2013, Averno publicó su poemario *É quase noite*.
- 507** 🐿 **POEMAS** ●
Manuel FILIPE (1940). Publicó recientemente *Retrato de vida* (Várzea da Rainha, 2018).

- 511** 🐿 **El mensajero** ●
MARIA JOÃO CANTINHO (Lisboa, 1963). *Do Ínfimo* (Coisas de Ler, 2016) es uno de sus poemarios más recientes.
- 514** 🐿 **En un único movimiento** ●
AURELINO COSTA (Argvai, Póvoa de Varzim, 1956). *Gadanha* (Modo de Ler, 2018) es su nuevo libro de poemas.
- 517** 🐿 **La diferencia entre mirar a la muerte y ejercitarse en la muerte** ●
MARIA FILOMENA MOLDER (Lisboa, 1950). El libro de ensayos *Dia alegre, dia pensante, dias fatais* (Relógio D'Água, 2017) es su publicación más reciente.
- 526** 🐿 **Poemas** ●
LUÍS QUINTAIS (Luena, Angola, 1968). Su último libro publicado es *A noite imóvel* (Assírio & Alvim, 2017).
- 529** 🐿 **Fotobiografía virtual** ●
GERMANO ALMEIDA (Isla de Boavista, Cabo Verde, 1945). Leya reeditó este 2018 una de sus novelas más conocidas, *O testamento do Sr. Napumoceno da Silva Araújo* (1989).
- 534** 🐿 **Conversación con Federico García Lorca** ●
MARIA ESTELA GUEDES (Britiande, 1947). En 2013 publicó la pieza teatral *Um bilhete para o teatro do Céu* (Apenas Livros).
- 539** 🐿 **Once líneas, casi nada** ●
EMANUEL JORGE BOTELHO (Ponta Delgada, 1950). *Os ossos dentro da cinza* (Averno, 2017) y *30 crónicas. Volumes I e II* (Letras Lavadas, 2017) son sus títulos más recientes.
- 540** 🐿 **Magical Realism-101** ●
ONÉSIMO TEOTÓNIO ALMEIDA (Pico da Pedra, 1946). *A obsessão da portugalidade* (Quetzal, 2017) es uno de sus últimos libros publicados.
- 551** 🐿 **POEMAS** ●
José Alberto OLIVEIRA (Souto da Casa, Fundão, 1952). *De passagem* (Assírio & Alvim, 2018) es su nuevo libro de poemas.
- 555** 🐿 **Espejo del agua** ●
RUI CARDOSO MARTINS (Portalegre, 1967). *Levante-se o réu outra vez* (Tinta-da-china, 2016) es uno de sus libros más recientes.
- 569** 🐿 **El humo me dijo que sí (monólogo para un actor)** ●
MANUEL DE ALMEIDA E SOUSA (Cascais, 1947). Dramaturgo y artista visual. Ha escrito artículos como «Do rito teatral à performance...», en *O Arquivo de Renato Suttana*, 2003.
- 585** 🐿 **Nuestra alegría llegó [fragmento]** ●
ALEXANDRA LUCAS COELHO (Lisboa, 1967). Publicó este 2018 la novela *A nossa alegria chegou* (Companhia das Letras).
- 594** 🐿 **Camões bajo el signo de la incertidumbre** ●
HELDER MACEDO (Krugersdorp, Sudáfrica, 1935). Se han publicado traducidas al español dos novelas suyas: *Pedro y Paula* (Tusquets, 2002) y *Sin nombre* (Tusquets, 2008).
- 609** 🐿 **Canto noveno** ●
NUNO MOURA (Lisboa, 1970). *Cavalo alucinado* (Douda Correria, 2017) es su libro de poemas más reciente.

612 • Una mirada a lo fantástico •

NICOLAU SAIÃO (pseudónimo de Francisco Garção, Monforte do Alentejo, Portalegre, 1946). *Olhares perdidos* (Escrituras, 2006) es uno de sus poemarios.

620 • Nuestro mejor olvido •

ANDREIA C. FARIA (Oporto, 1984). Publicó en 2015 su libro de poemas *Um pouco acima do lugar onde melhor se escuta o coração* (Artefacto).

626 • Graça, la inmortal [fragmento] •

FILIFE HOMEM FONSECA (Lisboa, 1974). *Há sempre tempo para mais nada* (Quetzal, 2015) es una de sus novelas más recientes.

631 • Sí, jefecita •

AFONSO REIS CABRAL (Lisboa, 1990). Recientemente publicó su segunda novela, *Pão de Açúcar* (Dom Quixote, 2018).

634 • Lisboa, capital de la literatura apátrida •

JOSÉ MANUEL FAJARDO (Granada, España, 1957). Vive en Lisboa desde 2010. Ese año, con *Mi nombre es Jamaica* (Edhasa, 2015) cerró su trilogía de novelas de tema judeoconverso.

639 • Leer a Pessoa [fragmento] •

JERÓNIMO PIZARRO (Bogotá, 1977). Acaba de publicar el ensayo *Ler Pessoa* (Tinta-da-china, 2018).

650 • «Toda poesía es respuesta»: Luís Filipe Castro Mendes •

LUÍS FILIPE CASTRO MENDES (Idanha-a-Nova, 1950). Poeta, escritor. Ministro de Cultura de Portugal. Este 2018, Assírio & Alvim publicó sus *Poemas reunidos*.

PREMIO FIL DE LITERATURA EN LENGUAS ROMANCES 2018

656 • Dos poemas y un ensayo •

IDA VITALE (Montevideo, 1923). Es la ganadora del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2018. En 2012, el Fondo de Cultura Económica reeditó su *Léxico de afinidades*.

ARTE

ANA HATHERLY (Oporto, 1929-Lisboa, 2015). Poeta, ensayista, investigadora, traductora, profesora universitaria y pintora vanguardista, inició su carrera literaria en 1958. Integrante destacada del grupo de Poesía Experimental Portuguesa de los años sesenta y setenta, tiene una extensa bibliografía poética y ensayística. También se dedicó a la investigación y difusión de la literatura portuguesa del periodo barroco, y fundó las revistas *Claro-Escuro* e *Incidências*. Comenzó su carrera en las artes visuales en los años sesenta, con un gran número de exposiciones individuales y colectivas en Portugal y en el extranjero. Sus obras están incluidas en los principales museos y fundaciones, y en colecciones privadas nacionales y extranjeras.

• P Á R A M O •

Cine

- La relación feliz del cine y la literatura en Portugal • HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA 661

Libros

- La liza del poema • HUGO PINTO SANTOS 663

Lecturas

- Perfil del otro. El universo literario de António Lobo Antunes • MARCO JULIO ROBLES 667
- De almas, amistades y artificios. Fernando Pessoa y Mário de Sá-Carneiro • ALBERTO VILLALOBOS MANJARREZ 672
- El flagelo que pesaba sobre Elena Garro • RAÚL OLIVERA MIJARES 675

Música

- La poética de Patti Smith • GUSTAVO ÍÑIGUEZ 681

Primera lectura

- La vida de Charles Simic en imágenes con vida • LUIS ARMENTA MALPICA 683

Zona intermedia

- Lisboa y los relieves de la escritura • SILVIA EUGENIA CASTILLERO 686

Visitaciones

- Días en Laguna • JORGE ESQUINCA 689

Polifemo bifocal

- Del necesario naufragio. Notas sobre la poesía de Eduardo Vázquez Martín • ERNESTO LUMBRERAS 691

Anacrónicas

- Menchu Gutiérrez: los jeroglíficos de la luz • MARÍA NEGRONI 693

Encrucijada

- Memorias portuguesas • ALFREDO SÁNCHEZ G. 695

www.luvina.com.mx

Luvina Joven Radio

Radio Universidad de Guadalajara (104.3 FM) / radio.udg.mx / Domingos, 15:00 hrs.

Hasta que las piedras se tornen más leves que el agua

[fragmento]

ANTÓNIO LOBO ANTUNES

7

CUANDO VOLVÍ DE ÁFRICA cualquier ruido me asustaba y yo de rodillas en busca del arma que ya no tenía y pensaba tenerla aún para matar el pestillo de una puerta o la farra de los vecinos, ametralladoras de tacones de señora, bazucas de pasos de hombre, suspiros de heridos o de cajones de armario, mi mujer intentaba que no reparara en ella y la consecuencia era no ser capaz de quitarle los ojos de encima ya que el ruido que no hacía me ensordecía, la cautela de las suelas, por ejemplo, me daba la certeza de que iban a pisotear al poco tiempo niños vivos que se encogían de dolor, las ventanas se abrían en una protesta de paños del Congo rasgados sobre un cuerpo, el de mi mujer, súbitamente enorme, me impedía huir, pues docenas de brazos me prendían para susurrar

—Calladito

llevándome a un escondite en la mata donde un comisario me hundía la pistola en el ombligo si por casualidad ella iba de compras tirando un carrito de dos ruedas chuecas que saltaban en la alfombra, las pobres, bajo la descarga de una escopeta, la patrona al mismo tiempo ausente y en todas partes, en la sala, en el pasillo, en la marquesina, mirándome con unas gafas de coser en el vértice de la nariz que me llamaban para sí

—Tuga tuga¹

1 Otra manera de llamar a los portugueses. Viene de «Por-tuga-l» (todas las notas son del traductor).

conmigo tratando de explicarle sin conseguir alejarme
—Si no te preocupas de mí tal vez yo sobreviva
y ella sentida, claro, aplastando con el meñique, en el borde del párpado, la desilusión de una lágrima

—Quizá ya no te gusto

y palabra de honor que te engañas, qué tontería la tuya, me gustas sólo que Angola no me abandona, donde estoy yo con certeza, tantos licaones² rodeando el alambrado, tantos gallinazos en lo alto, tantos turros³ a mi espera aquí, quiero a mi abuela Benilde, quiero a mi madrina, quiero que ambas me digan

—Listo listo

poniéndome la ropa pero no apaguen la luz, sobre todo no apaguen la luz y entrégüenme la locomotora de lata que pierde tinta y con una abolladura que no sé quién hizo, no yo, para apretarla contra el corazón, quiero al ordenanza del cereal sin pedacitos en el cuello, en las costillas, pidiendo

—Mi alférez

como si pudiera importarle y no puedo, Bichezas, no puedo, el helicóptero no pudo cargarlo

—Ya no está aquí mi alférez

mientras yo insistía con los soldados para que metiesen la camilla allí adentro y uno de ellos con la mano en mi hombro

—Tenga calma se acabó

cuando había ataques Bichezas se aferraba a un mortero, lo ponía en la vertical, un grito de susto corría en el alambrado

—Bichezas está en el mortero

y nos alejábamos más de él que de los enemigos allá afuera, Bichezas siempre con el retrato de la novia en el bolsillo

—La Finita

que le pusieron en el féretro y debe de haberse casado con otro porque Bichezas no llegó, continúa en Angola, ay Bichezas Bichezas, tratando de entender los morteros, nos servía la cena, conserva de atún con ciclistas, con casaca blanca almidonada

—Señores oficiales

a las cinco y media de la tarde porque a las seis noche siempre, el

2 Licaón es un perro africano parecido a la hiena.

3 Turros son guerrilleros independentistas africanos.

gasóleo del motor caro, ay Bichezas Bichezas, tan rica aquella tierra comiéndote en un instante, platitos de pepitas, salsa inglesa que el capitán recibía, mi hijo en una esquina de la mesa que no lloraba ni hablaba, durmiendo en una cama de sogas de palmera a mi lado, comiendo con las manos, al regresar de África ganas de pedir a mi mujer muévete, pasea por la casa, existe, tócame con dedos reales, písame un pie, empújame, no me dejes solo siguiendo acompañado, mañana el cerdo de patas amarradas extendido en el suelo, mi prima que se encarga de la sepultura

—Cómo va a berrear santo Dios

y si fueran sólo berridos, lágrimas también, yo a ella

—¿Alguna vez has bebido lágrimas de animal prima alguna vez bebiste las mías?

y ella callada mirándome, casi tan vieja como yo, un dolor en las vértebras como mi madre, una bata rayada siempre, el marido en Alemania cartas de vez en cuando

—Cuento con ir ahí en Navidad

y no venía, mandaba ropa, un anillo, deseo que no hayas engordado y te sirva, qué lloran los cerdos, adivinan, debía sentarme en la plaza bajo la acacia con los demás viejos y quedar a su lado contemplando el tiempo en silencio, no el tiempo allá afuera, los años adentro acordándome de cuando iba a buscar a mi padre para cenar y allí llegaba él y el bastón y el aneurisma y la gorra que continúa en la percha de la entrada señor junto con el sombrero negro y una chaqueta de malla olvidada que aún huele a tabaco, aún huele a ti, lo que recuerdo mejor, sé el motivo, no se enfade, es de su nariz y de la manera como me ordenaba

—Dame tu brazo

porque un aneurisma en la barriga dificulta las piernas y duele, quería levantar los talones y ellos no levantaban nada, parece que mueren antes de la gente y anhelan hundirse en la tierra, a partir de los setenta sólo sobrevivimos aquí afuera de panza hacia arriba, vamos descendiendo de a poco, damos menos trabajo. Bichezas Bichezas no recuerdo el nombre de ese que tomó su lugar, siento en vuestros deseos la alegría, etc., váyase a la mierda mi general, mi padre nunca se quitaba el chaleco, nunca desabrochaba el cuello y mi madre en el escalón del patio trasero a la espera, aliviada

—¿De verdad ustedes están bien?

llamándome de parte con la manita de aquí para allá

—¿Qué es un aneurisma?

y aquí entre nosotros qué es un aneurisma, cualquier cosa que revienta y se muere ahogado por adentro, mi nuera en la cocina conmigo cuando el sol de la mañana empujó el níspero del patio, con pájaros y todo, casi hasta a la mesa de tablero de piedra donde se comía y algunas hojas arrimándose a

—¿La lata del café?

no bien una pregunta, una búsqueda enfadada como si la lata del café, una antigua caja de galletas medio oxidada y con grabados de caza le perteneciera, yo, en la duda de si le pertenecía de hecho, buscando alrededor sin dar con ella, ya vagamente más culpable que extraño, mi nuera un modo de hablar sin signos de interrogación que me ponía en sintonía y después alta, agresiva, con ojitos duros que no sonreían, juzgaban, tan diferente de mi mujer todos pedidos de disculpa y permisos tímidos

—Hembra de estribos altos

como diría mi padre si el aneurisma no hubiese hecho su trabajo

—Hembra de estribos altos

y después unos caracolitos en la nuca, bajo el pelo largo, a los que cualquier hombre es sensible, aunque trate de resistir firmemente los caracoles, con ese no sé qué de ellos, lo ablandan, si por ejemplo mi mujer con nosotros, y a pesar de las piedras, le bastaba un soslayo hacia mí y entendía, afortunadamente las ramas del níspero siempre me escondían un poco pero daba la impresión de que mis dedos hojas también, ora iluminados ora en la sombra vibrando como los de los presos obligados a abrir la fosa por el jefe de brigada de la policía política y poniéndose en cuclillas adentro a la espera de la bala, el doctor en el círculo de sillas del hospital

—No puede ser verdad

y tiene razón amigo, no puede ser verdad pero sucedió, quiere que, mi nuera, quiere que le diga el sitio, quiere que le diga el día, dos hileras de hormigas, una ascendente y la otra descendente, desde el suelo de la cocina al parapeto de la ventana por donde el níspero entró, pasando el níspero y el cementerio, la sierra en la que aseguran que los gitanos, los zorros, mi mujer todavía acostada, mirando al techo

—Estaba aquí pensando en mi madre

con la chaqueta de mariposas, desde que el médico la elogió, no en el ropero, en el respaldar de una silla como un trofeo para que ella pudiera de vez en cuando enorgullecerse de él, en ciertas cosas no creciste qué bueno, continuas niña, hay momentos, palabra de honor, en que me provoca dar un beso en tu forma de mirar, en la simplicidad de tu alegría cuando conseguías borrar de un soplido todas las velas del pastel de cumpleaños años batiendo palmas a ti misma, feliz, y yo abrazando a la chica que aún eras tan orgulloso de ti, si no te importa vuelve a llamarme amor ten paciencia, vuelve a llamarme querido, dónde está la camisa de la primera noche que la tuya

—Estaba aquí pensando en mi madre

te dio, no quiero que me enseñen la lavadora ni el calentador ni el lugar de los objetos, quiero estar feliz de la manera como lidias con esas complicaciones extrañas yo sé jalar los pesos del reloj de cucú y maravillarme con tu modo de orientar al mundo, el jefe de brigada para mí guardando la pistola en la funda, con el tono de quien revela evidencias

—La mala hierba se arranca señor alférez

maravillarme de tu modo de orientar al mundo, mi nuera a mí

—Su hijo

y callarse de pronto encogiendo los hombros y diciendo no con la cabeza, mi hijo que después de tres meses de haber estado conmigo, aún en África por tanto, me dijo por primera vez, de pronto

—Padre

él que no hablaba portugués dijo

—Padre

sentado en el suelo jugando con unos palitos, todo concentración y dedos, nunca había visto nada tan serio como un niño que juega, sin fijarse en mí, casi a mis pies y distantísimo, ya que entre los palitos y él un entendimiento secreto y a pesar de poder tocarlos no sé dónde estaban, lo que existe más cerca es siempre, eso la vida me enseñó, lo más difícil de encontrar, eché un vistazo y mi mujer ya no pensaba en la madre, dormida en la cama con la chaqueta de mariposas vestida y entonces comprendí que la abotonara contra la muerte que en su idea la amenazaba no dentro de sí, sentada en el borde de la colcha mirándola o bajo la forma de medicamentos en la mesita de noche, un vaso de agua, un termómetro, esos disfraces suyos, piensa un poco, vacila, se decide, nos pone la palma en la cabeza y se va dejándonos o sea

dejando en nuestro lugar aquello que no somos vivos mientras la mariposa crece en la chaqueta, pelitos mojados que nos van creciendo en las sienas y arrugas diferentes de las que teníamos parecen hacernos más sabios, más graves, nuestras manos tan manos, un restito de pupila estancado en el párpado, un relieve que disminuye en la sábana, mi mujer al tocarme el brazo

—¿Qué pasó?

acercándose a costa de recobrar la cara, para posar dos dedos en la mejilla

—Déjeme dormir

y mi hija a la entrada de la habitación, con la palma en la manija, no bonita pobre, no elegante pobre, con una falda torcida que no iba bien con la blusa donde un botón desacertado, dando idea de ser más grande que los restantes, pedía ayuda en vano, quién en esta vida, dígame, auxilia a los botones, quién se interesa por ellos, mi mujer, a quien el tiempo nunca le preocupó, repentinamente inquieta

—¿Qué hora es?

como si las horas le estuvieran medidas, lo que sabrá ella con certeza del riñón, no preguntaba fuese lo que fuese al médico, se limitaba a estar de acuerdo moviendo la cabeza, no parecía inquieta, hacía los exámenes y los tratamientos que le mandaban, no se observaba al espejo midiendo desgracias, no se lamentaba de la pierna derecha un tanto contraída, le sentía los insomnios porque el cuerpo demasiado inmóvil y apuesto que los ojos abiertos están pensando en qué, imaginando qué, sintiendo qué, si le tocaba ella indiferente o entonces una sonrisa porque la oscuridad cambiaba, quiere decir permanecía oscura pero con ella más a mi lado allí adentro, casi como hace treinta años, casi como hace cuarenta y a propósito de años qué edad tendrá mi hija que no sé con certeza, tengo que hacer las cuentas a partir del momento en que regresé de África pero en qué momento vine de África si continuó en Angola, licaones y licaones que nos persiguen de a dos tratando de mordernos los tobillos, las rodillas, tratando de saltar hasta nuestras gargantas, el jefe de brigada hacia mí, disgustado

—¿Cuándo las personas de este país se darán cuenta de que nos encargamos de ellas?

y el psicólogo del hospital mientras el jefe de brigada le apuntaba con la pistola y él le apartaba el cañón con la mano

—No lo creo

mi hija treinta y muchos años o eso y soy yo quien no cree ahora, ya un asomo de pliegue en cada extremo de la boca, mi hijo, mayor que ella ningún pliegue aún, es negro y a los negros la edad les llega de repente, instantánea, una mañana, de pronto el cuerpo sin músculos, los ojos rojos, la dificultad de caminar, mi nuera mostrándome la taza vacía

—Quería otra

sin moverse de la banca pero con más muslos en la voz, me pareció que las pupilas de repente y me engaño con certeza, la gente a veces confunde, tengo setenta y tres años, soy suegro de ella, sigo respetándome, alardes ni soñar, mi mujer cree en mí a pie juntillas, la única treta que me sucedió fue una estupidez hace siglos con una colega del trabajo después de una reunión con el director en que me quedé a su lado y en esto una rodilla, por casualidad aguda, debajo de la mesa, pensé que era sin querer, me alejé un poco y la rodilla insistió sobre todo mientras la dueña, ni me acuerdo del nombre o sea me acuerdo, Teresa, mientras la dueña hablaba dibujando los rombos en un bloc y yo, no escuchando las palabras, observando los rombos y una falta de barniz, por señal blanca, en el índice, como si tomara notas el barniz blanco escribió una dirección rápida debajo de los rombos, con el pretexto de acomodar el bloc lo deslizó un poco hacia mí con la punta del bolígrafo señalando la dirección mientras la rodilla más activa, leí el nombre de la calle, el número, el piso y cuando quise comprobar mejor si derecha si izquierda el bolígrafo lo subrayó antes de tacharlo, la rodilla una presión definitiva de está acordado, yo una presión ciertísima, encontrándome incómodo porque aún en la víspera había cumplido años de casado que conmemoramos con los niños pequeños y un pastel de diez velas y después de eso en el cuarto, con la puerta cerrada, donde mi mujer se puso el camisón de dormir de la primera noche, el blanco con encaje, que aún le servía, a pesar de ser un poco menos ancho, un poco descosido, en ciertas partes de los encajes un poco amarillo que no es sólo para nosotros que el tiempo va pasando y no me puse el pijama, cubrí la desnudez con la sábana, mi palma encontró su muñeca, su cabeza se transfirió de la almohada a mi hombro y a la boca

—Amor

bajito, en un hilo, pero

—Amor

ya que se mantuvo discreta en todo desde el primer día, de las expansiones a las enfermedades, aun hoy con las piedras y los seis meses con suerte que no molesta a nadie, si le pregunto por molestias responde siempre

—Me encuentro excelente

si bien las cejas circunflejas bajo las cejas derechas que bien se nota por hacer una vaga sombrita en los ojos que se oscurecen, pobres, quien no la conoce trague, quien la conoce comprende, fui en busca de la dirección con el

—Amor

en mis oídos y el brazo tirando de la espalda hacia sí, una calle no muy distante pero en un barrio confuso, larguísima, que subir, llena de pequeñas sastrerías, una lavandería modesta, restaurantitos modestos de obreros, un establecimiento modesto de cerraduras y llaves, un dentista modesto en una planta baja pero una placa pomposa anunciando implantología, dos carnicerías modestas, casi seguidas, con cadáveres pelados en ganchos

—¿Cuándo será que las personas de este país se darán cuenta de que nos encargamos de ellas?

una florista modesta y melancólica y al ver rosas rojas, no muy frescas, en el escaparate el

—Amor

resucitó, un

—Amor

con uñas que me alejaban por adentro sin mencionar un peso de remordimiento que me incomodaba el alma, la calle un asunto complicado porque los números de las puertas en vez de uno, tres, cinco, etc. tenían una a, una be, una ce después del número y por lo tanto comencé a pensar qué infinita además de poco iluminada, edificios algunos de ellos tapiados, fallas en los azulejos, tuberías torcidas y restos de letreros ya con varios inviernos agitando harapos, la puerta del ochenta y nueve abierta, con una manita de fierro asiendo una bola en lugar de timbre y el interruptor de la luz averiado, una escalera con escalones altísimos y un pasamanos metálico que temblaba más que yo, se disolvía en la tiniebla a la que añadí una queja de

—Putá madre

sumada al

—Amor

umentando la culpabilidad y dificultando la subida, los rellanos estrechos, uno de ellos atrancado por un coche de bebé del que me costó desembarazarme pues parecía tener ganchos que me agarraban, prendían, exigían que permaneciera con ellos, me dejaban por fin contra su voluntad, en un refunfuño de resortes, empecé a distinguir una claraboya en el

—Cuándo será que las personas de este país señor alférez

techo, de esas con vidrios cuadrados, blancas de polvo y suciedad en una claridad difusa y siluetas de palomas de acá para allá, al contrario de las tórtolas duermen mal, las palomas, siempre con miedo de que los turras, siempre con miedo de que un gato o un mochuelo disparesen sobre ellas, las agarren por las patas, les destrocen la espina, las coman, mi mujer en su lugar del sofá, con el cojín menos hundida, bordando frente al televisor sin sonido que no veía, saber que había siluetas moviéndose allí cerca, aunque fuese en una pantalla, la consolaba, y el hecho de conocer toda la trama y todas las emociones que habitaban aquella casa me culpabilizó aún más, por mis cuentas estaba en el tercer piso según la colega escribió aprisa en el bloc, tanto como mi cerebro sin sangre, ya que toda la sangre en las piernas derivada al esfuerzo de subir y por lo tanto desprovisto de glóbulos rojos que me oxigenan entendía, yo idiota, confuso, en el tercer piso ningún carrito de bebé, sólo una bolsa de plástico de basura con un nudo encima desde la cual un cuello de botella aguitaba olfateando las cáscaras de naranja y dos puertas cada una con su felpudo, el de la izquierda un Bienvenido medio borrado, el de la derecha una carabela borradísima, de casco gordo y velas gordas, de bolina en una marea alta de pelos y cuál de las dos puertas la de la colega Santo Dios, además de no recordarme, se ha planteado el siguiente problema: ¿el derecho a la derecha y el izquierdo a la izquierda de quien sube las escaleras? porque en el caso de bajar yo llamaría derecho al que al subir había llamado izquierdo e izquierdo al que al subir había llamado derecho lo que se me figuró un contrasentido o entonces eso de derecho e izquierdo tenía que ver cuando se estaba en el interior del edificio, de cara a la calle y de espalda a las puertas en que el derecho a nuestra derecha y el izquierdo a nuestra izquierda, lo que me pareció razonable, cuanto más no fuera porque no llevaría la vida cambiando, en relación al mismo departamento, de derecha a izquierda e izquierda a derecha aunque esta solución ocasionara, por lo menos, un problema adicional

(me eximo de otros igualmente complejos que también me vinieron al meollo y que sólo no enumero para no cansaros)

que consistía en saber de qué lado del vestíbulo quedaba la calle ya que los vestíbulos pasibles de varias posiciones y quién garantiza en conciencia que las calles, tal como las personas, no se alteran, por ejemplo calles que conocemos de niños y volvemos a ver de adultos de pronto ellas estrechas cuando eran larguísimas, claro que se puede plantear la hipótesis de que hemos ido aumentando, pero habremos aumentado de hecho y cuánto y cómo, preguntas difícilísimas y de respuesta aleatoria, impregnadas de factores emocionales y por consig

—En vuestros semblantes la alegría de ir a servir

uiente falibles, yo tentado de decir, con un poco de presunción, hay momentos en que la presunción no hace mal y siempre refuerza un tanto, aunque sea poco, el ego que en ciertos y determinados momentos tanto necesita, no es verdad, el triste, con una pequeña dosis de cariño, atención, desvelo, y mientras sondaba el sutil rumor de las inquietas arenas de la memoria con la esperanza de que el bloc de la colega surgiese, incluso un poco turbio, entre un soldado de plomo sin brazos, que perdí en la casa de la aldea, y la desnudez impercedera de mi prima Yolanda, que después engordó tanto, doblada hacia delante, de espaldas a mí, eligiendo un sostén en el cajón de la cómoda y que al volverse con un grito de apuñalada

—Sal ya

instaló en mi alma la sólida certeza, que hasta hoy se mantiene inquebrantable, de que la mujer constituye sin duda la única posible salvación del hombre, pero dejando con esfuerzo a la prima Yolanda cuyo recuerdo continúa perturbándome con sus bien distribuidas protuberancias y concavidades que la grasa, supongo yo, inf

—Bichezas está en el mortero

elizmente deshecho, la grasa, el azúcar, la dificultad de respirar y los ojos redondos mirándonos con pavor

—Voy a morir

y de hecho prima así es pero deje allí que hizo de mí un hombre, pasmado aunque el hombre el que ciertamente la consuela, nos consuela siempre a todos, en el cementerio o en la vida y en cuanto al derecho y al izquierdo habiendo fallado la metafísica resolví probar las dos puertas cada cual con su botón de timbre de un color diferente que como los tiempos y las voluntades los gustos también cambian,

licaones de orejas enormes, trotecito pequeño y bocas siempre abiertas, cada uno con su hilo de baba larga y bamboleante y las pupilitas crueles, presioné fuerte en el primer botón, a la izquierda de quien sube los escalones y no correspondiendo necesariamente al tercer piso izquierdo por los motivos atrás deducidos y un carillón monstruoso de catedral, como catedral, de monasterio infinito, sacudió el edificio desde la base hasta la claraboya y el pobre de mí con él, sujeto a un tornado de campanadas feroces, yo con ganas de pedir socorro gritando un

—Amor

que docenas de campanas ahogaron de inmediato impidiendo que mi mujer oyera, es posible que tenga sentido cualquier cosa vaga, una especie de incomodidad, de desconsuelo, de suspiro pero estoy seguro de que no pensó en mí, pensó en un guiño interior entre el estómago y la nuca o en las corrientes de aire del alma cuando las ventanas dentro de nosotros se abren al pasado así como un postigo mío se abrió a la prima Yolanda mostrándome cómo el mundo cabe entero en una única mujer, Bichezas nos servía la cena, atún de ciclistas, con chaqueta blanca almidonada

—Señores oficiales

Bichezas que el helicóptero no cargó con el retrato de la novia en el bolsillo

—Finita

entre dos amigas, del brazo con ellas, las tres sonriendo medio avergonzadas junto al cedro de un jardín de provincia, con quiénes habrán casado a las otras y tal vez te habían olvidado, tal vez no te habían olvidado, ay Bichezas Bichezas, por extraño que parezca, amigo, aún guardo tu risa tú que a pesar del mortero vertical no mataste a nadie y mirabas los cadáveres con un terror respetuoso persignándote tres veces y besando el pulgar, el sargento mostrándome tu pulserita de plata de poca monta, con la fecha con un significado que yo desconocía grabada en ella

—¿Qué se hace con esto?

y la mandamos a la familia que nunca agradeció, tal vez la Finita le diera más valor pero tampoco agradecería, para

—Veo en vuestros semblantes la alegría de ir a servir a la Patria

para qué y después qué palabras, y después no soy verso en la prosa, el problema es que la fecha de la pulsera, que aún hoy me intriga,

ignoro qué pensar de ella, si por casualidad preguntase aquí en la casa de la aldea en la víspera de la matanza del cerdo

—¿Qué creen que piense de ella?

dudo que me respondieran, fue hace tantos años no y no hay nada que no se olvide, señor alférez, si la gente no olvidara, usted fue alférez en África no, lo sabe mejor que yo, estoy aquí para dar lecciones, disculpe, cómo podía vivir, el segundo timbre tintineo distante como un gorrión con un ala que desiste en el suelo, mi nuera para mí, calentando agua

—¿Quiere más café?

o sea una flor azul escupiendo los pétalos y la colcha de mi cuarto un suspiro largo, tú sólo piedras no, casi sólo piedras ahora, se salvaba tu voz, se salvaban tus dedos

—Ven aquí

y yo me acercaba, me aprieta la mano con fuerza, con más fuerza, no salgas, detrás de la puerta de la colega del empleo silencioso, después del silencio zapatos que iban aumentando, sólo un resquicio, la nariz de ella en el resquicio, con la nariz un cuchicheo

—Váyase pronto que mi marido ha regresado más temprano de Porto

el cuchicheo transformado en voz

—No necesitamos Biblias gracias

y la puerta cerrada, el felpudo de la carabela extinguiéndose, yo en la oscuridad del vestíbulo esperando que la sombra de las palomas en la claraboya allá arriba me ayudara a bajar, no es sólo la luz, hay sombras que nos guían, la de mi abuelo por ejemplo

—Ojo con el escalón chico

la de mi tío Jerónimo que la carta de llamada de Canadá llevó y me ofreció una carabinita de presión de aire para los tordos en la aldea con la que yo nunca acertaba ni a una rana a diez centímetros cuanto menos a un pájaro mi padre a mí

—Lo mejor es guardar eso que todavía puedes lastimarte

mucho antes de Angola, claro, mucho antes de lastimarme, tres puercos en el chiquero, el nuestro el más grande, de pestañas transparentes masticando, masticando, de vez en cuando un suspiro, de vez en cuando un sollozo y yo viéndolo desde el muro calculándole el peso

—Mi marido ha regresado más temprano de Porto no necesitamos Biblias

y cuando el pestillo volvió a su sitio una voz allá adentro
—¿Quién era?
mi mujer
—Amor
pasados tantos años, mi hijo en ropón
—¿Aún sobra café?
insistiendo con Bichezas
—¿Aún sobra café?
y Bichezas buscando en el banco, entendí, ya en el primer escalón,
la colega del empleo al marido que llegó más temprano de Porto
—Uno de esos Testigos de Jehová que quieren a la fuerza catequizar a la gente
y fui bajando las escaleras, vencido, con remordimiento por mi mujer, enojado conmigo, detestándome, afligido con aquellos escalones inmensos que me temblaban las piernas, con miedo del coche de bebé, ya no recuerdo en qué piso, que me atacaría de nuevo, el jefe de brigada en un gesto entristecido
—Hay quien comprende mal nuestro trabajo, ¿sabía?
de repente casi humano, casi infeliz, casi frágil, casi tierno, casi apretando mi hombro, me surgen momentos en que si pudiese abrazaba a toda la gente, qué tontería, Bichezas sirviendo a mi hijo
—Un poquito aguado ¿no cree?
como si él un blanco como nosotros, no un mono grabado en un mango de bastón, como si él no un enemigo, si yo tuviera la ge tres, si tuviera un cuchillo, si lo dejo quedarse en África para servir como mascota a la compañía siguiente en lugar de traerlo a Portugal, a Lisboa, a mi casa en lugar de darle mi nombre y considerarlo mi hijo de vuelta a la calle larga y estrecha, las tiendecitas, los edificios, mi mujer viendo las horas en el reloj de la cocina y volviendo al sofá, todavía no inquieta con mi retraso, aún no apocada por las piedras porque fue hace tanto tiempo de eso, me crucé con la colega del empleo dos o tres veces después, dos, una en el pasillo y otra en los lavabos que en lugar de papel para secar las manos echaba un aliento eléctrico por un pico cromado que no se secaba sea lo que sea y me obligaba a frotar los dedos en los pantalones, la colega que no me saludó, en la primera ocasión comenzó a sonarse disuelta en el pañuelo y en la segunda se detuvo, mirando a la ventana en busca de no sé qué en la bolsa, quizá

—Uno de esos Testigos de Jehová que quieren a la fuerza catequizar a la gente
tal vez de sí misma mientras yo seguía caminando en la calle pasando una tienda de bagatelas, una agencia funeraria, un taller de automóviles, una boutique de maniqués desnudos que me devolvieron vagamente a la idea la prima Yolanda y yo casi una sonrisa enternecida equivalente a una palmadita en la mejilla del niño que fui y me miró indignada, ya con este pliegue entre las cejas que fue creciendo hasta hoy
—No me toque usted
porque mis padres me habían prevenido, con expresiones severas que me asustaban, para que no me acercara a los extraños ni aceptara chocolates, de vez en cuando una transversal a la izquierda conmigo pensando
—¿Sigo aquí no sigo?
ya que empezaba a temer que aquellos números infinitamente repetidos en aes, bes y ces no terminaran nunca o sea días y días caminando sin descanso, alimentándome aquí y allí en cafecitos sombríos hasta que gastase el dinero de la cartera, una oficina de correos cerrada claro, una segunda agencia funeraria que con certeza amortajó a los naufragos que me, yo al jefe de brigada
—Quizá tiene razón
precedieron hasta que sumiso gastase el dinero de la cartera lo que no hacía mal porque enseguida siguiendo no el fin de Lisboa, el fin del mundo, es decir, un acantilado repentino y mirando hacia abajo, a lo más profundo, estrellas, quise llamar a mi madre, quise llamar a mi abuela, quise sentarme en el borde de la acera con la esperanza de que un ángel, tal vez el psicólogo en el círculo de sillas del hospital, me tomase del cuello y me llevase para presentarme a la esposa
—Uno de mis traumatizados de guerra
vuelta y media un taxi, una o dos furgonetas, una ambulancia con nombre escrito al revés, aicnalubma, porque los retrovisores zurdos y aquí una idea que nunca se me habría ocurrido, lo que pueden los genios, el jefe de brigada ajustándome el cuello.
—Aunque bien me entiende
lleno, gris, de uniforme amarillo, venido en un helicóptero sin insignias para interrogar a los presos y después de kilómetros de angustia una placita a lo lejos, de esas con tobogán, columpios y mesas para que viejos jueguen dominó, siempre había una silla de ruedas,

había siempre uno de barba, había siempre uno que sacaba puntas de cigarrillo de la faltriquera y fumaba dentro de la lengua, siempre había todos sin contener el pipí, siempre había un sujeto con un balón de gas al hombro asistiendo, y señoras de edad tullidas, y palomas, y un pato en una agitación de caderas por haber perdido su lago, mi hijo aquí en la casa de la aldea tranquilizando a Bichezas

—Ni por eso Bichezas ni por eso

mientras que la Finita y las amigas cuchicheaban carcajaditas, miradas con desprecio por mi nuera claro, el cerdo de mañana seguía comiendo con una de las orejas hacia arriba y la otra caída, me apresuré en dirección a la placita ya que existiendo una placita aunque llena de cubatas⁴ y negros salvo yo y allí estaba ella de hecho, sin los matusalenes del dominó y los lisiados con dos bastones pero con una palmera derechita al cielo, lista para limpiar el polvo de los muebles de los ángeles, al llegar el ladrido del teniente durante la instrucción militar, con botas más ligeras que las nuestras y sin una cantimplora medio llena para que cueste más, sin paño de carpa, sin máuser, animando un pelotón sin bronquios

—Marcha lento y como quieras

y nosotros tambaleando a ciegas repitiendo en una especie de tos y secreciones y sofoco

—Es nuestra

siempre que él

—Angola

con el cabo miliciano sacudiéndonos el brazo

—Responda nuestro cadete

con nosotros insistiendo

—Es nuestra

en un vagido moribundo de gruta que así se tiembla el acero, así se forjan los hombres, pena no nos enseñan a soplar bajito

—Cuando mi abuelo supiera se mata cuando mi abuelo supiera se mata

que tenemos que aprender a nuestra costa, solos, como tenemos que aprender solos

—Ave María llena de Gracia

como tenemos que aprender solos

4 Cubatas son chozas africanas con techo en forma de cono.

—Mata mata

la palmera inmensa allí en lo alto disuelta en lo oscuro entre murmullos y chasquidos como todas las palmeras por la noche al mismo tiempo que yo, durante la instrucción de mi pelotón, corriendo con botas más ligeras, sin cantimplora medio llena, sin paño de carpa, sin máuser, gritando

—Angola

en dirección a las criaturas en agonía que respondían

—Es nuestra

mi hijo en la casa de la aldea a Bichezas

—Gracias Bichezas

y Bichezas tan digno en el féretro a pesar de la cabeza envuelta con un trapo y de una mosca en la puntera derecha limpiando la nuca con las patas, la tapa de la urna al bajar la prendió allí adentro de modo que ya tienes una amiga chico buen provecho te haga, el general en el muelle hablaba de la alegría de nuestros semblantes sin quitarse los guantes, al acabar dobló la alegría de nuestros semblantes y la metió en el bolsillo, siguiendo a la placita de los matusalenes, con palmera, tres calles a la derecha, una calle de frente y dos calles a la izquierda, esto respetando el sentido contrario a las agujas del reloj, en una de las calles a la izquierda, a la distancia, el río, luces en la otra orilla, lo que tal vez fuera un paquete, yo al recluta que era

—Marcha lento y como quieras

yo a mí

—Marcha lento y como quieras

en una avenida con un cine apagado que me pareció conocer, junto a un bar alternativo ante el cual un conductor blanco abría con respeto la puerta trasera de un automóvil caro, con matrícula diplomática, del que salían, riéndose, un par de negros mucho más bien vestidos que yo, sin extenderme las latas oxidadas pidiendo comida, despreciándome, esto es, sin siquiera mirarme, nunca me topé con pantalones tan almidonados, nunca vi zapatos tan lustrados, nunca sentí tanto olor a perfume francés, nunca deseé tanto estar con un arma como en ese momento y barrerlos, mirar sus cuerpos en el suelo, saltando a cada bala, nunca quise pedirle tanto a un cabo y cortarles las orejas, las manos, las partes que iban a usar en unas horas, mi hijo sin extender el café

—Padre

y Bichezas muerto porque ellos lo mataron sin más con su mosca bajo tierra, mi nuera levantándose con miedo, mi hijo apoyando los nudos de los dedos en la mesa sin reconocermé, reconocermé sin reconocermé

—¿Qué pasa con usted padre?

mientras un gallinazo giraba en círculos lentos sobre el alambrado de púas, mientras la llama ardía al fondo, mientras el quimbanda⁵ exhibía al pueblo

—Euá

el gallo degollado con cuya sangre él dibujaba en su propio cuerpo, bailando siempre, arabescos sin fin, veo en vuestros semblantes la alegría de servir a la patria, veo en vuestros semblantes, paso de carrera marcial, la alegría de ir a servir a la patria, veo en vuestros semblantes la alegría, mata mata, quema quema, de ir a servir a la patria, los negros casi a la entrada del bar sin mirarme, hijo mío

—Pare con eso padre

y paro con eso qué, tú ves que no consigo parar, por más que lo intente y palabra de honor que intento, te pido que creas en mí, por más que intente no consigo parar, el primer negro se volteó pero el fuego de la ametralladora lo empujó contra el candelero y fue bajando hasta el suelo sacudiéndose, de rodillas sobre la propia sombra y luego extendido de bruces

—Mi gorila de mierda mi gorila de mierda

junto a la puerta del bar, el segundo intentó avanzar hacia nosotros con la palma en alto

—Amigos

pero la primera ráfaga del apuntador lo lanzó contra el automóvil, la segunda lo mantuvo de pie, la tercera lo dobló por el estómago mientras erguía el brazo

—Muata

y se deslizaba despacio del capó balanceándose en un último

—Muata

ininterrumpido, al entrar en casa mi mujer con su voz tranquila sin interrumpir el movimiento de la aguja

—No es tarde ¿o sí?

ni reparar en el camuflado, ni reparar en el ge tres, ni reparar en mis dedos enormes, en mi voz que se odiaba a sí misma

⁵ Quimbanda, en Angola, es curandero.

—Lo que a la gente le gusta oír hablar en las reuniones de trabajo
Dios mío

y mientras mi hijo, aliviado, volvía a tomar el café

—Se disfrazó bien vaya

me senté en mi lugar del sofá, propuse

—¿Vamos a la cama al menos?

y mi mujer guardó el bordado en el cesto estando de acuerdo

—Amor ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO



Tres poemas para Siria

MARIA DO ROSÁRIO PEDREIRA

MOTE:

Cada vez hay más niños que llegan a Europa solos.

**Madre, ojalá que nunca hubiese soltado tu mano:
como el niño al cuello, la calle se hizo más grande
que mi desesperación, se ajó de viejo mi
corazón tan claro. Yo tenía catorce años antes**

**del estruendo, catorce años y medio antes de tu
grito, quince años cumplidos cuando aparté el
velo de tus cabellos: si me decías siempre que no
fuese lejos, ¿por qué pedían lo contrario
tus ojos detenidos? Aun por encima, madre, llegar**

MOTE:

Cada vez há mais crianças a chegar à Europa sozinhas.

**Mãe, oxalá eu nunca tivesse largado a tua mão: / com o menino ao colo,
fez-se a estrada maior do / que o meu desespero, amarrotou-se de velho
meu / coração tão claro. Eu tinha catorze anos antes // do estrondo, catorze
anos e meio antes do teu / grito, quinze anos cumpridos quando afastei o /
véu dos teus cabelos: se me dizias sempre que não / fosse para longe,
porque pediam o contrário os / teus olhos parados? Ainda por cima, mãe,**

**al campo fue como tocar una puerta cansada —
mil tiendas que eran velas remendadas, barcos para
quedarse de nuevo en el camino. Nos trajeron mantas
llenas de preguntas; me tentaron con dulces
para ponerme en el lugar; le cambiaron a mi hermano
el pañal con manos frías. Madre, les dije que**

**el niño era mío; y ahora, cuando él busca
tus senos en mi cuerpo sin formas, cubro con
tu velo mis cabellos y le canto bajito
canciones de azúcar. No sé qué edad tengo, madre,
pero ojalá que nunca hubiese soltado tu mano.**

MOTE:

*Familia de niño sirio que murió en la costa turca huyendo a
Canadá; madre y hermano mayor tampoco sobrevivieron al
nafragio.*

**Mi padre me llamó y me pidió que escogiese
un juguete —sólo uno— que me gustara mucho; y
que separase otro juguete para Aylan, que
aún no sabía escoger —pero sólo uno, y tenía que
ser pequeño. Mi padre me explicó que esa noche**

**chegar // ao campo foi como bater a uma porta cansada — / mil tendas que
eram velas remendadas, barcos para / ficar de novo pelo caminho.
Trouxeram-nos mantas / cheias de perguntas; tentaram-me com doces /
para me pôr no lugar; mudaram ao meu irmão / a fralda com as mãos frias.
Mãe, eu disse-lhes que // o menino era meu; e agora, quando ele procura os
/ teus seios no meu corpo sem formas, cubro com / o teu véu os meus
cabelos e canto-lhe baixinho / canções de açúcar. Não sei que idade tenho,
mãe, / mas oxalá eu nunca tivesse largado a tua mão.**

iba a meter todo y nada en un atado
ligero; porque así, cuando Aylan y yo cayésemos
de sueño, él y mi madre podían llevarnos al
cuello sin quedarse atrás. Había lágrimas en los ojos

de mi padre cuando contó que, a la mañana siguiente,
tendríamos que dejar nuestra tierra; pero enseguida
se recuperó, diciendo que Kobani ya no era
bueno para nuestra tierra, que nuestra casa era la ruina de

nuestra casa, que todo Siria no pasaba de un tímpano
exhausto de tanto estruendo y dos ojos cansados,
pero tan cansados, de llamas y de sangre. Mi padre

creía que Aylan era demasiado pequeño para
comprender y, por eso, sólo le había dicho que
iríamos a dar un paseo de barco, que pasaríamos
el día en una playa y que, mientras yo y mi madre
nadáramos en el mar hasta quedarnos sin aliento, él

podía simplemente echarse de bruces en la arena,
como tanto le gustaba. Mi padre nunca nos mintió.

MOTE:

*Familia de menino sírio que morreu na costa turca fugia para o Canadá;
mãe e irmão mais velho também não sobreviveram ao naufrágio.*

O meu pai chamou-me e pediu-me que escolhesse / um brinquedo — só um
— de que gostasse muito; e / que separasse outro brinquedo para o Aylan,
que / ainda não sabia escolher – mas só um, e tinha de / ser pequeno. O
meu pai explicou-me que nessa // noite ia fazer de tudo quase nada numa
trouxa / leve; porque assim, quando o Aylan e eu caíssemos / de sono, ele e
a minha mãe podiam levar-nos ao / colo sem ficarem para trás. Havia
lágrimas nos olhos // do meu pai quando contou que, na manhã seguinte, /

MOTE:

*Síria: Bebé y tres niños de la misma familia muertos en un
ataque aéreo.*

Por ser madres, no serán aquello que
parecía un rayo de sol interrumpiendo el
mundo; y llevan al cuello los niños muertos
al filo de los caminos, confundiendo
siempre la lana de los chales con el calor de
la sangre que ensopa sus manos. Siguen

sin poder creer —o entonces creen
que no serían capaces de amar tanto
una cosa parada en el tiempo, y por eso
van, imperturbables, oyendo latir dentro
del propio pecho los corazones rojos
pequeñísimos. Más adelante, se detendrán

teríamos de deixar a nossa terra; mas logo se / recompôs, dizendo que
Kobani também já não era / bem a nossa terra, que a nossa casa era a ruína
da // nossa casa, que toda a Síria não passava de um tímpano / exausto de
tanto estrondo e dois olhos cansados, / mas tão cansados, de llamas e de
sangre. O meu pai // achava que o Aylan era demasiado pequeno para /
compreender e, por isso, dissera-lhe apenas que / iríamos dar um passeio
de barco, que passaríamos / o dia numa praia e que, enquanto eu e a minha
mãe / nadássemos no mar até ficarmos sem fôlego, ele // podia
simplesmente deitar-se de bruços na areia, / como tanto gostava. O meu pai
nunca nos mentiu.

para descubrir un seno redondo y lleno a
la minúscula boca prometido —no vaya ella
a abrirse de pronto y, milagrosamente,
empezar a llorar.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

MOTE:

Síria: *Bebé e três crianças da mesma família mortos em raide aéreo.*

Por serem mães, nem viram aquilo que / parecia um raio de sol
interrompendo o / mundo; e levam os meninos mortos ao / colo no fio dos
caminhos, confundindo / sempre a lâ dos xailes com o calor do / sangue
que lhes ensopa as mãos. Seguem // sem poder acreditar — ou então
acreditam / que não seriam capazes de amar tanto / uma coisa parada no
tempo, e por isso / vão, imperturbáveis, ouvindo bater dentro / do próprio
peito os corações vermelhos / pequeníssimos. Mais adiante, deter-se-ão //
para descobrir um seio redondo e cheio à / minúscula boca prometido —
não vá ela / abrir-se de repente e, milagrosamente, / começar a chorar.

Almada: una revolución estética en el palco del modernismo

NUNO JÚDICE

JOSÉ DE ALMADA NEGREIROS es la personalidad que más completa y profundamente se sumerge en el espíritu del futurismo. Después de haber publicado en 1915 el *Manifiesto Anti-Dantas*, que constituye nuestro primer manifiesto estético, donde ataca con enorme violencia panfletaria al consagrado escritor académico Júlio Dantas, y la novela *A engomadeira* (La almidonera), que anticipa el surrealismo por el carácter onírico de su escritura, Almada colabora en *Portugal Futurista* con los textos que más fielmente traducen la estética literaria propuesta por Marinetti: la novela *Saltimbancos (Contrastes simultâneos)* (Saltimbanquis [Contrastes simultâneos]), el poema «Mima-Fataxa Sinfonia e apologia do triângulo feminino» y el «Ultimatum futurista às gerações portuguesas do século XXI» (Ultimátum futurista a las generaciones del siglo XXI). La palabra «Ultimátum», que sustituye a «Manifiesto», tanto en Campos como en Almada, se justifica por la alusión al papel que tuvo en la historia portuguesa del final del siglo XIX, cuando el ultimátum lanzado por Inglaterra a Portugal en 1890 para renunciar a la pretensión de territorios africanos que ligarían Angola a Mozambique desencadenó el movimiento popular, liderado por los republicanos, que inició el proceso que condujo al regicidio de 1908 y a la caída de la monarquía en 1910; de ahí un uso que destaca el objetivo también político del proyecto de esta generación. Almada, poniendo en el primer año su edad —«22 años fuertes de salud y de inteligencia»—, afirma el orgullo de ser portugués y se rebela contra lo que él llama la «decadencia de la raza», pidiendo que sea creada la «patria portuguesa del siglo XX». Es aquí que él sigue directamente el proyecto de Marinetti, elogiando el papel de la guerra como la «gran experiencia» que «destruye todas las fórmulas de las vie-

jas civilizaciones»; y no vacila en concluir de modo totalmente provocador: «El pueblo completo será aquel que haya reunido al máximo todas las cualidades. Coraje, portugueses, sólo a ustedes les faltan cualidades».

Otro de los puntos altos de esta revista es la página en que, al lado de la fotografía de cuerpo entero de Almada vestido con un traje de obrero, se hace el *compte-rendu* de la Primera Conferencia Futurista realizada en el Teatro República (hoy San Luís) en Lisboa, el 14 de abril de 1917, dividida en tres partes: la lectura del «Ultimátum» de Almada; la lectura del *Manifiesto futurista de la lujuria*, de Valentine de Saint-Point; y la lectura de «Music-Hall» y «Tuons le claire de lune» de Marinetti. La entrada de Almada fue recibida con una «espontánea y tremenda pateada», seguida de una salva de aplausos que Almada aprovechó para presentar «al futurista Santa-Rita-Pintor». Según su relato, la lectura de los manifiestos fue recibida con carcajadas.

Lo que caracteriza a la prosa de Almada, en esas primeras novelas o cuentos futuristas, es la imaginación prodigiosa y la capacidad de crear situaciones narrativas a partir de un *incipit*¹ que parodia la novela sentimental en que las situaciones serán llevadas al límite mediante un raciocinio entre lo dialéctico y lo literario. Hay algo próximo a la lógica de Gertrude Stein, pero sazónada con un racionalismo ficcional que impide el puro gramaticalismo de la frase. Sin embargo, cuando inicia *A engo-madeira* escribiendo «Un día la madre compró un sombrero para ir en persona a pedirle a la señora de la almidonería que no dejase que su hija planchara los calzoncillos de los hombres porque le sentaba mal a una niña decente», lo que tenemos aquí es un desarrollo interminable de una premisa simple: la madre compra un sombrero. ¿Por qué? Para no ir con la cabeza descubierta a la almidonería. ¿Por qué? Porque la hija trabajaba ahí. ¿Por qué? Porque tenía que tener un aire respetable, que sólo el sombrero le podría dar para que la dueña la atendiese. ¿Por qué? Porque la hija no podía planchar los calzoncillos de los hombres ¿Por qué? Porque los calzoncillos son una designación metonímica del sexo de los hombres, o, en este caso, una metáfora de su ausencia.

La novela va a partir de esta apertura casi de *roman de gare* en una secuencia galopante de imágenes que nacen de un laberinto de encajes, en lo que se puede llamar un paralelismo especular, como sucede en el

1 Por ejemplo, en *K4, el cuadrado azul*: «El perfume penetrante de su alma *rafinée* no pasaba a través del quimono de crepé de China».

capítulo IV con las llaves. A partir de la frase «Ella hurgó en llaves que rieron una satisfacción que era suya», entramos en un mundo surrealizante en que las llaves ganan una presencia obsesiva. La llave adquiere un sentido redundante porque la idea freudiana de la llave del sueño va a llevar a que la llave del sueño sea la propia llave, lo que habrá de conducir al desplazamiento de la llave a su sentido metafórico que permita abrir el significado de esta multiplicación de llaves que «rieron una satisfacción que era suya». Hay una obvia connotación sexual en esa risa, y las llaves son el indicador fálico de su actividad como prostituta, habiendo aquí una redundancia en ese indicador de los amantes que culminará en el instante en que el narrador la sorprende simbólicamente en el acto sexual: «En cierto momento ella había salido del cuarto, mis ojos se posaron en una caja de lata relativamente pequeña y relativamente pintada de verde oscuro con letras blancas que rezaba “llaves”. ¡Abrí la caja y cuál fue mi espanto cuando la veo a ella, sentada ahí adentro, gritando avergonzada para que le cerrara la puerta! Y bueno, la cerré».

Lo que sucede aquí es la revelación de su sexualidad, dada por esa «caja relativamente pequeña» que será, en el fondo, ese inconsciente a donde la multiplicación de las llaves como imágenes fálicas conduce. Ella reacciona aparentemente a ese descubrimiento, pero su situación, encerrada en la caja, corresponde a una figura que se encuentra en su inconsciente como arquetipo: la figura de la prostituta que la madre intenta «censurar» en la primera frase al poner un sombrero que no pertenece a su condición social, y que se va a revelar al final del capítulo, cuando esa censura regresa bajo la forma de un desvío a la pregunta de él sobre la razón de tantas llaves en la respuesta: «Al final era para jugar a los soldaditos, pero, muy afligida, me dijo que no le hiciera más preguntas porque últimamente estaba muy disgustada con su vida».

Lo que tenemos en el capítulo siguiente es el desarrollo en un sentido inesperado de esta sexualidad «oculta» que ella esconde en la «caja de lata» cuando la almidonera se desdobra en la imagen de otra mujer en una escena en que el espejo multiplica el cuerpo femenino. Después de enterarnos de que ella había comprado el amor de una vendedora de pescado, son sorprendidas en el cuarto por su amante, el señor Barbossa:

«Cuando el señor metió la llave en la puerta y dio con el silencio sofocante de ese cuarto medio iluminado, tuvo la impresión de que ella había colocado un espejo muy grande a lo largo de la cama y que luego se había tendido toda desnuda con el vientre hacia abajo».

Al descubrir, después de haber estado «cerca de media hora gozando aquel París-salón», que eran dos mujeres, y no sólo la almidonera y su reflejo, que ahí estaban echadas, el deseo del amante, que para entrar «metió la llave en la puerta», es anulado, en una sugerencia de impotencia que lo limita a la condición de *voyeur*, y sale del cuarto a llorar, luego del «estremecimiento que sintió en todo el envoltorio del corazón». Aún en la secuencia de esta lógica de anulación, o castración de lo masculino, que la obliga al sexo con vendedoras de pescado, ella termina de maquillarse, alejando de plano cualquier sospecha sobre su comportamiento. En ese juego, llega a asumir el travesti masculino, en la situación inversa al momento inicial en que parecía que ella buscaba la compañía masculina, o sea colocándose en la posición del seductor masculino para mostrar al narrador lo que sucederá con la vendedora de pescado.

«Una vez se rio mucho y como gran novedad levantó el camisón y me mostró en el vientre un contorno de sexo masculino que ella misma había dibujado a manera de estampado y rellenado de verde esmeralda».

Se trata finalmente de abrir esa pequeña caja de lata en donde ella se había encerrado, o sea el inconsciente donde el narrador encuentra su propia figuración andrógina. Él se proyecta en ese fantasma, y el sexo que ella dibuja consiste en su identificación con la almidonera que recibe en ese cuarto —o en su caja, que es el inconsciente— todos los fantasmas eróticos, de las pescadoras de pescado, «la negrita cautelosa, que tenía muletas» y que él mismo ayuda a subir la escalera. Y esta expresión del inconsciente, esto es, de lo que no es accesible a no ser por la llave que, al multiplicarse, redobra su lectura como símbolo fálico, va a darse en el capítulo VIII:

Todo lo que estoy diciendo es de tal manera la expresión de la verdad, que el mismo lector habrá ciertamente reparado en que no percibe nada de lo que vengo exponiendo.

Y la realidad y el sueño se confunden a partir del momento en que nada se hace interpretable y él se despierta de un sueño en que cambia a la amante «como siendo cocinera negra de la cintura para arriba y siendo sólo mi amante de la cintura para abajo». Ya despierto y queriendo cerciorarse, ve lo inverso: ella era la «amante de la cintura para arriba y la cocinera negra de la cintura para abajo».

Tenemos en esta descripción al Almada pintor, pero un pintor sólo en el imaginario de la escritura, dando forma a esta visualización que únicamente los cuadros de un Dalí o de un Magritte irán a poner en práctica mucho más tarde que en este año de 1915 en que la novela surge. Aunque se sienta la presencia del cubismo a través de la importancia de un geometrismo y de *collages* que ya provenían de la pintura futurista, en el capítulo VIII, que comienza diciendo que «la vida obedece a un principio cuadrado que se resuelve dentro de ese mismo cuadrado y fuera de él en el ajedrez», Almada es innovador en su anticipación de los principios de la creación surrealista, tal como son enunciados por André Breton en el primer manifiesto publicado en la década siguiente, en 1924. De ningún modo es el «automatismo psíquico» a lo que Almada, con el espíritu filosófico y lúcido con que defiende su proyecto estético de ruptura, esté lejos de adherir, pero ésa es una «frase que me pareció insistente, frase, me atrevería a decir, que se estrellaba contra la ventana», que está atrás de lo que parece un delirio imaginativo, pero no es más que un constante golpear contra la ventana de su imaginario con imágenes que se precipitan, para entrar, quedándose cortadas por el vidrio, como en la imagen de Breton. Es éste un premonitorio juego de *collage*, que anticipa también el trabajo de Max Ernst.

Curiosamente, los años treinta serán la primera década prodigiosa de la ficción portuguesa del siglo XX. Acaso porque la literatura funciona de forma menos frecuente: al contrario de lo que dijo Rimbaud, la acción va al frente de la literatura, y no al contrario. Así, todo lo que el siglo vivió va a encontrar un eco, en este periodo en que Portugal va a empezar a ir a contracorriente del movimiento europeo, con sus dinámicas positivas y también con las negativas; éstas, en la Europa de dictaduras, culminando con la tragedia de la Guerra Civil española.

Si se tuviera que escoger un libro, pondría en lugar central a *Nome de guerra* (Nombre de guerra), de José de Almada Negreiros (1938). Mi relación con este libro no fue fácil. Cuando lo leí, por los años sesenta, me pasó mucho de lo que él tenía de subversivo: todo el lado iniciático, con el descubrimiento del sexo y de la ciudad por el personaje que es el paradigma de toda una serie de figuras que aparecen en muchas de las novelas de la década, en particular de las que salen de la escuela ficcional de *Presença*. Por otro lado, en esos años Almada no era reconocido como escritor, menos aún como pintor. Su literatura surgía como una curiosidad de librería de segunda mano, hacía mucho agotada, y ni la

reedición de su obra completa pudo borrar enseguida esa impresión. Como él dijo respecto de otros de sus libros, cada obra suya tiene que ser leída más de una vez, e incluso duplicando eso, para que se pueda entrar en un mundo que se nos hizo opaco, y que quizás ya lo fuera cuando salió el libro. Esa opacidad no proviene de una dificultad particular de escritura; aún tiene el trazo límpido del dibujante de figuras y situaciones. Por el contrario, nace de lo que el tiempo tiene de cerrado, obligando al gesto siempre incómodo de espiar por el ojo de la cerradura para tener que penetrar en una intimidad que nos rechaza, por la rigidez de los interdictos y por el conservadurismo de los gestos y de los espíritus.

Estamos, pues, en un mundo marginal. Vivir, como lo pretende hacer Antunes, en ese límite entre lo aceptable y lo rechazado, es algo que sólo puede existir en la frontera entre el adolescente y el adulto que tantos de esos libros nos presentan. Los propios libros juegan con esa tierra de nadie: de hecho, ellos sufren ya el espectro de una censura que, en caso de que pretendan transgredir el límite de la moral impuesta por la Dictadura, los arrojará al limbo de cajones y aprensiones. El escritor hará pública su opción, y, al hacerla, aceptando jugar en ese límite que le permite la publicación, reduce el margen de libertad y de creación, la invención plena, que en otros países condujo al completo florecimiento de la invención novelística, con nombres que marcaron el siglo europeo, de un James Joyce a un D. H. Lawrence, de un Proust a un Thomas Mann.

Para no sufrir esas condiciones, Almada prácticamente abdicará de su carrera de escritor para entregarse a la pintura; y sólo en los setenta del siglo pasado su obra será reeditada y nuevamente divulgada, como merecía, dando a conocer a uno de los nombres centrales de nuestro modernismo •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

La luz rosada

LÍDIA JORGE

Oh, cosas, todas vanas, todas volubles.

¿Cuál es el corazón que en ustedes confía?

SÁ DE MIRANDA

TODO COMENZÓ EN EL CAMPO. Después de los días largos seguían las noches tranquilas. Al final de la tarde la tierra perdía luz, los árboles imponían sombras, en el interior la casa reducía los contornos, cortinas cerradas que adensaban la oscuridad, pero en medio de la oficina la pantalla se iluminaba y las teclas trabajaban por sí mismas apenas las manos se acercaban. La maquina electrónica a la que estaban ligadas parecía tener vida propia, conocer más allá de mi conocimiento, desear más que yo, saber antes de mí lo que yo misma pretendía escribir. Maratones de respuestas, más grandes que el desafío que las llamaba, se sucedían por la noche afuera, madrugada adentro, hasta el amanecer. No sólo era agradable, era deslumbrante, ni siquiera parecía realidad. Lo que ocurría entre la pantalla y yo se asemejaba a la concreción de un devaneo cercano a un baile en el que los humanos bailaran con las aves, de tal manera la vida escrita volaba. Y la conciencia de que se trataba de un placer sin pecado, tal vez el único, aumentaba a medida que iba percibiendo, por el volumen de las hojas impresas, que estaba construyendo una memoria digna sobre el correr del tiempo y su circunstancia, ya que la vida presente se mezclaba con la futura, y la futura, así descrita, se iluminaba por el espectáculo del pasado. Un cruce de todos los tiempos que me hacía acceder al orden del puro imaginario. Una noche, sin embargo, después de un exceso de excitación de connubio entre mis manos y mi máquina, al hacer un breve intervalo en el horario semiinvoluntario, observé que

enfrente, al otro lado de la calle, de una de las ventanas de la planta baja salía una luz rosada.

Me pareció curioso. Precisamente, yo trabajaba bajo el foco de una luz rosada. Un artificio doméstico, una de aquellas artimañas a precio cero que al principio sólo suprimen una falta, y luego se instalan en casa como artefacto imprescindible. Ante una luz demasiado intensa, yo había colocado sobre el brazo de alambre de donde estaba suspendida la lámpara una pequeña toalla de seda rosada. Y habiéndose establecido una distancia ideal entre lámpara y velador, ya que no era tan cercana como para que hubiera riesgo de incendiar el tejido, ni tan lejana que permitiese que la luz cruda se escapara, de ella salía un aura íntima, opalina, común y al mismo tiempo excéntrica, y yo tenía la idea de que de su vidrio, y no de las teclas, provenía la capacidad de concentración que hace que todos los tiempos humanos se junten, esa especie de proeza del espíritu que los bastos siguen llamando inspiración. Era verdad, sí. Por increíble que pareciera, frente a mi casa, más precisamente, frente a mi espacio de trabajo, allí estaba alguien que también encendía, cerca de una ventana, una luz rosada.

Crucé la calle, me acerqué. Allí estaba, un hombre que me pareció bajo y achaparrado, con los codos clavados sobre el tablero, allí estaba él. Este hombre se encontraba delante de una pantalla, y frente a él y debajo de una tela transparente, cuya naturaleza la distancia no me permitía distinguir, emanaba una luz rosada. ¿Quién sería? ¿Qué haría en la vida aquel hombre? Seguramente un administrativo que escribía datos numéricos tan exactos como tablas de álgebra, o un agricultor que colocaba en columnas el número de coles que enviaba al mercado. En medio de la noche y en medio de la calle, sentí que mi corazón latía aceleradamente. De pronto tuve el presentimiento de que ese hombre, quienquiera que fuese, tal como yo, escribía un libro. La confirmación llegaría al día siguiente, por el testimonio de la jardinera.

La jardinera apareció por la mañana y se rodeó de herramientas: pico, azada, tijera de podar, de alisar, cortadora de césped, cortadora de arbustos, además del delantal de plástico, de la gorra de pana y varios pares de guantes. Se llamaba Tina, palabra corta, ciertamente amputada de una palabra más larga, producto de tantos objetos de corte debido al tipo de trabajo que le encomendábamos. Tina quedó sorprendida cuando me vio junto a los arbustos a aquella hora.

—¡Qué susto! —dijo ella—. Es que siempre hago este trabajo sin que nadie aparezca. Acostumbro trabajar en cualquier momento —dijo, po-

niéndose un guante pesado—. Y usted y el señor de enfrente pasan la mañana durmiendo. ¡No me sorprende! Pasan la noche escribiendo libros...

—¿El señor de enfrente también escribe libros?

—No lo sé. Lo que él me dijo es que estaba escribiendo uno. Pero no sé para qué. Hace días, cuando fui a su casa para hacer cuentas, vi que tiene un cuarto lleno de ellos. Hay trabajos en este mundo que son incomprensibles... —Tina avanzó hacia los arbustos, empuñando sus armas de jardinería.

Estaba confirmado, pero la idea de que alguien, justo enfrente, escribía un libro, tal como yo, superado el primer impacto, me parecía intolerable. Anormal e intolerable. ¿Cómo era posible que, separadas por escasos metros, dos personas escribieran cada una su libro? La tierra tan vasta, las calles tan largas, y pronto se daba aquella coincidencia, algo que tocaba en el fondo más profundo la ambición de quien escribe libros, la persecución de la singularidad. Ser único, al menos en términos de un considerable radio geográfico, es por cierto uno de los ingredientes de la pretensión de originalidad que siempre mueve a quien escribe. Extraño. Dos vecinos, una jardinera, dos libros. Y así, ese descubrimiento desencadenaría en mi persona, durante algunos días, un doble efecto. Por un lado, mis dedos unidos a la máquina electrónica avanzaron con destreza competitiva para alcanzar una meta imaginaria, la meta que yo creía que otro intentaba y, por otro lado, la idea de que alguien también estaría escribiendo con la misma velocidad me paralizaba. Y todo eso me hacía sospechar que el mundo tenía otro secreto escondido. Claro que no habría ningún enigma, pero era necesario enfrentar lo que fuera, como si hubiese algo y fuese superable. Cuando oscureció y las sombras se apoderaron de las viviendas y de los árboles, salí a la calle. Con cautela. Era lo que yo sospechaba. Allí estaba, después de una curva, otra ventana, y detrás de ella, con la espalda muy erguida, se encontraba una joven frente a un ordenador, y sobre la mesa, iluminándola a cierta distancia, una luz rosada.

Era más fuerte que yo. Salté la cerca, me acerqué a la ventana, golpeé despacio. La niña levantó los ojos a la ventana, pero no me vio, o si me vio, estaba absorta, la mente completamente involucrada en sociedad con su teclado. Si hubiese sido un oso polar o un dragón, habría tenido el mismo efecto. Se mantenía inmersa en cuerpo y alma en su tarea, y cuando levantaba los ojos y los pasaba por la ventana, su mirada tenía un brillo febril y desvariado, justo como alguien que hace el amor con el mundo. Llegué a golpear con los nudillos. No me veía. Podría ser yo granizo, o trueno con

relámpago, y ella no me vería. De tal modo se encontraba concentrada que pude ver de qué libros se rodeaba: la *Ilíada* y la *Odisea* se encontraban en la primera estantería. La *Divina comedia* en la segunda, *La guerra y la paz* al lado. Eran títulos que, desde donde me encontraba, podía distinguir porque estaban encuadernados y las letras, de formato antiguo, habían sido grabadas en oro. Herencia de familia, claro. Una pena que no descubriera qué libros se apilaban sobre su mesa de trabajo. Tal vez *Las iluminaciones*, tal vez *El cuervo*, tal vez *La mano al escribir este poema*, pero ahora era yo quien inventaba, imaginaba que los libros que aquella niña leía eran los libros que yo misma acumulaba al lado de la computadora. Salté la cerca, gané la calle. Volví hacia atrás. Temí que, si seguía afuera, encontraría nuevas ventanas con luces rosadas. Esa misma noche decidí: regresaría a casa, subiría los seis pisos, me encerraría en mi única y verdadera oficina, allí, entre los harapos de ambición que me perseguían desde hacía mucho, como si ya no existiera nadie ni hubiera luces rosadas.

Yo misma encontré una lámpara de luz fría, entre azul y lila, que coincidía a la perfección con el hielo que me habitaba el corazón, y de nuevo el connubio entre mis manos se produciría. Pero algo se había roto. Era como si se recalentara una comida congelada. El sentimiento de alcanzar algo como la creencia o la fe o la rabia, aunque se sepa que uno no las alcanza —y en ese entretenimiento se vive intensamente—, como que alguna de esas ya no estuviera presente entre mis manos y la máquina. Y eso sucedía porque yo sabía que por la ciudad brillaban muchas luces rosadas. Salía de noche, y las veía, aunque de forma menos nítida que en el campo, ese espacio primitivo que permite que las singularidades de las cosas se muestren en su desnudez brutal. El nacimiento, el amor furioso, la muerte, la invención de la vida por el arte, quedan expuestos en los lugares campestres como las bacterias en la lámina del microscopio. Con todo, escondidas en la opacidad de la ciudad, yo veía las luces. Apiñadas en medio del denso caserío, yo las detectaba. Salía por las avenidas, e incluso en el esplendor de la iluminación pública, las fachadas nítidas de noche como si fuera de día, allí estaban una y otra ventana iluminadas por la luz rosada. ¿Tejido, vidrio, acrílicos, fibras sintéticas de ese color? No importaba. El efecto era el mismo, la finalidad debía de ser la misma. Fue entonces cuando tomé una decisión.

Me daría el trabajo de tomar nota de todas las ventanas de mi barrio que veía iluminadas, de encontrar las direcciones, de llamar, caso por caso, lo que implicaría conversaciones interminables con porteros, baris-

tas, vecinos desconfiados, agentes de autoridad arrogantes, y enviaría a cada uno de los inquilinos de esas luces rosadas un texto *clean*: «Hola, buenas noches, calculo que está escribiendo un libro. ¡Qué placer! Sé de veinte personas que están escribiendo un libro. Yo también. ¿Qué tal si nos conociéramos? ¿Si intercambiáramos nuestros libros? ¿Si nos encontrásemos? Ofrezco mi casa. Es bueno que seamos contemporáneos...». Añadí un punto de exclamación un tanto emocional, y feché y firmé pensando que no iba a recibir respuestas. Me equivocaba. Después de tres días comenzaron a llegar, por vía electrónica, decenas de originales, lo que daba buena idea de lo que sucedía en el mundo, ya que el espacio que había delimitado correspondía a un estricto pentágono dibujado entre tres avenidas y seis calles de Lisboa. Era increíble. Increíble la cantidad. Pero también lo era el estado de los libros que me llegaban, algunos de ellos en pesadas carpetas que mi computadora tardaba en digerir, como si fuera un buey cansado.

Había de todo. Desde libros completos dignos de enviar a la larga lista de espera de los editores, hasta libros incompletos, libros que no pasaban de un capítulo, y los que no pasaban de simples esquemas. Algunos de ellos, incluso los que no pasaban de esbozos, traían tapa, contratapa, recomendación y *copyright*. Algunos de ellos venían ya acompañados de un texto crítico firmado. Me tomó medio año leer y ordenar el legado, y llegué a una conclusión. Todos habían sido escritos bajo una luz del mismo color, pero aún no estábamos escribiendo el mismo libro, o ya no estaríamos escribiendo el mismo libro. Porque aun cuando tuviera la certeza de que ese libro existía, y todos los libros que me llegaban fueran una declinación de él, yo, sin embargo, no habría sabido decir si estas versiones eran proyectos de un libro único que aún no existía, y al cual todos se acercaban, si eran recuerdos de un libro que ya existía y del que todos los demás gradualmente se alejaban. Pensando en ese asunto, tardé otro medio año. Esto es, pasado un año nos encontramos en mi casa.

Era emocionante hacer entrar uno a uno los habitantes de la luz rosada. Colgar sus anoraks, colocar sus paraguas en el perchero, ofrecerles café. Entraban habladores, pero yo veía sus rostros acostumbrados al silencio y al éxtasis. Aparte de eso, la variedad de los autores correspondía a la variedad de libros. Había jóvenes exuberantemente locuaces, y había ancianos cansados de la vista. Había autores de mediana edad que habían escrito su libro en un tiempo tan corto que la demora de un año de espera les había resultado un suplicio. Otros, filosóficos, no tenían dificultad con el paso del tiempo. O decían que no la tenían, en un esfuerzo nítido de

sobriedad y comedimiento. Mujeres y hombres, en número equilibrado. Yo había reservado una tarde para el encuentro que presumía que era largo, pero no tanto como iba a ser. Los habitantes de las luces rosadas se distribuían en las sillas disponibles, en los sofás, y también se sentaron en el suelo, de pronto silenciosos, como si fueran a asistir a una ceremonia capital, y por turnos íbamos hablando de los libros, caso por caso. Un poco largo, convengamos.

Pero lo que interesa subrayar es que, en un momento dado, comprendí que cada uno sólo se interesaba en hablar y oír hablar de su propio libro. Había los impacientes que miraban al reloj, y los maleducados que se reían a hurtadillas de mi diligencia. Había los violentos, que se miraban permanentemente la muñeca, y los bien dispuestos, que aguardaban a su vez con paciencia. A excepción de aquel que intervenía, todos los demás recibían y enviaban mensajes con furia electrónica como nunca había visto desde la invención de los teléfonos. Lamentable, pues en el contrato de intercambios entre los usuarios de la luz rosada constaba el compromiso de que todos leerían los libros de todos, y lo que se verificaba era que nadie conocía los libros de nadie. Ni los títulos habían retenido, ni los nombres de los autores que allí estaban al frente, y eran sus compañeros. Cada uno de esos usuarios de la luz rosada, que por cierto había pasado horas en exaltado entendimiento con su ordenador, cada uno, y todos, sólo deseaba intercambiar impresiones sobre lo que él mismo había escrito. Yo todavía pregunté por qué, al final, siendo escritores, no les gustaba leer los libros de los otros escritores. Uno de los más jóvenes fue directo. Bastante incisivo, comentó: «Aquí hay un error, lamento decírselo. Nosotros no somos lectores, nosotros escribimos para leer los libros que deseáramos leer y aún nadie ha escrito», dijo. Y dijo más: «Y a mí nadie me hará leer lo que no he escrito». Una joven, que había presentado dos capítulos para una epopeya moderna que consistía en evocar las voces de los caballos alados de la antigua Hélade con los sonidos del pequeño tambor novecentista de Günter Grass, recordó que era conveniente haber leído diez libros clásicos. Pero era ya el fin de tarde, la pila aún estaba voluminosa, cada uno de los autores paseaba los ojos por el techo de la sala, a excepción de ese autor que, por el momento, hablaba de su obra. Era una estafa mantener esos diálogos cerrados. Entonces invoqué la hora tardía y dije que continuaríamos en otra ocasión, y todos concordaron, sabiendo que eso no sucedería. La habitación estaba cómoda, aún había copas servidas. Sin el peso de la lectura de los libros de los demás, todos se relajaron, y todos salieron discre-

tamente. Todos se fueron sólo con su copia bajo el brazo. Varias decenas de copias quedaban en mi casa. Y así fue, en una mañana de otoño ya fría, que decidí regresar al campo.

Regresaba a casa como el soldado que regresó de la guerra. Vio demasiado, conoció el estruendo, la herida, la muerte, únicamente no conoció el azar de morir. Ya vio todo lo que había que ver y sabe que la supervivencia inventará una ciencia y le dejará marchar. Así era yo. Sí, regresé a la calle donde viera las primeras luces rosadas, con la idea de que en el pasado, o en el futuro, habría en algún lugar un único libro, al que todos nos aproximábamos sin fin, y por eso no tenía que ofenderme ni desgastarme. El hecho de que no nos leamos hasta era bueno, era sano, porque así la diversidad todavía se mantenía. Si ya todos estuviéramos escribiendo el libro único, entonces también todos habríamos leído el libro único y en ese caso ya no formaríamos parte de esta humanidad sino de otra, la que escribiría y leería un solo libro. No leernos tal vez fuera salvador. Eran razonamientos de entretenimiento para encontrarle un sentido a la soledad que alimentaría bajo mi luz rosada. Mi éxtasis sin ascesis ni dioses. Como todos los demás, sólo yo, las palabras y la pantalla. Así que llegué a la casa de campo a mitad de la mañana, y cuando pensaba que ya no iba a suceder, sino que únicamente regresaría al connubio con la maquineta de teclas, fue entonces que la jardinera apareció. Llegaba prácticamente sin armas; sólo un par de guantes le colgaba del bolsillo de los pantalones. Tina se acercó, risueña, para decir que el hombre de enfrente quería conocerme. Más que eso, él había dicho que quería leer mi libro, ese que él sabía que yo había estado escribiendo, un año antes, mientras él escribía el suyo.

—¿Y qué más dijo? —le pregunté.

—Dijo que sean otros los que apaguen la luz. No él.

Antes de que Tina se sacudiera las diminutas ramas que la cubrían, se limpiara los zapatos fangosos y montara en su camioneta, yo le pedí:

—No se vaya aún; por favor, cruce la calle y diga que sí, Tina, dígale que sí •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

Hermanas

ANA LUÍSA AMARAL

MEMORIAS

Exactamente cómo fue, el miedo de engañarme más tarde en el recuerdo —es todo lo que me queda: estar de noche a oscuras pensando en ti.

Y si recuerdo mal, si me confundo a veces, en ese jueves el día del amor en lugar de miércoles, el error aparece gigante, un peso cargado como Atlas.

Por eso necesito recordar cosas exactas, cómo sucedió todo; no sólo llevarlo después a la ficción reunida, soy yo quien te necesita y a tus días que fueron míos.

Recordar exactamente cómo fue, lo que vestí en ese día y lo que vestí en el otro, hasta qué horas todo, si había gente o no y en qué día. Porque las palabras después se reconstruyen.

Lo que se dijo entonces se vuelve fácil —es todo lo que me queda: recordar. Dicho así parece poca cosa, lugar común y

sencillo, pero las noches son grandes y recordarte exactamente de la forma correcta

es muy importante para mí en las noches en las que pienso en ti sabiendo: no te veré nunca más.

PRÓLOGO

En el principio, era la lluvia y la sequedad en la boca, el corazón apretado. Un deseo de no ver a nadie. Trató de recordar cómo fue que todo empezó, de definir la cantidad de amor sin ningún patrón establecido.

La noche del domingo y la conversación como luna, arrastrándose hasta las tres de la mañana. Tal vez porque sintió la vulnerabilidad de la otra, dócil como la suya: las dos estaban desprotegidas, deshaciéndose en tristeza en el día en que ella lo supo: sólo un amor pequeño y perfecto como un lago, o una montaña, igual a esas que estaban tan cerca, con sus cumbres de infinita blancura. Por primera vez sintió que amaba a su reflejo, una persona: su reverso que también la amaba. El descubrimiento le trajo a la memoria algunas películas antiguas, un cuento que había soñado alguna vez.

Las dos estaban casadas, las dos tenían hijos y hablaban sobre sus vidas con una cierta timidez inquieta. Asustadas tanto por el deseo que compartían como por el sentimiento sin palabras; pues eran hijas de padres y sociedades y cielos donde estas cosas no deben ser dichas ni soñadas. Y sin embargo, durante todo el tiempo que ahí estuvieron, el pequeño amor estuvo siempre también. Cuando se separaron en la madrugada, ella hizo un breve gesto de ternura y besó a la otra como las mujeres hacen generalmente. Y la otra la abrazó un poco más fuerte, un poco diferente de la forma en que lo suelen hacer las mujeres.

No se dijo nada entonces, pero ella sabía del pequeño amor, que andaba por ahí alrededor de ellas, alrededor del aire como pequeñas alas, modificando gestos. Tenían miedo de tocarse, porque sabían que el contacto sería diferente. En ese tiempo, como una génesis, ni sique-

ra podían confesar «Voy a sentir tu ausencia cuando regrese a mi país», porque ambas reconocían que no sólo sería la ausencia, sino la nostalgia de la hermana en la amante por venir.

Un sentimiento incompatible en la lengua en la que hablaban: una lengua común, disgregada, y estar lejos y sentirse solas. La compartían siempre, aunque no fuera la lengua de ninguna de ellas; porque ninguna de ellas sabía hablar la lengua de la otra. La provincia de la palabra iba más allá que el decir.

Compartían el mismo grupo pequeño. En él representaban sus papeles con normalidad, excepto por las miradas que intercambiaban por detrás de las máscaras, nubes súbitas y azules. Era algo muy breve, casi inadvertido. Como la vez en que la otra había declinado el paseo con el grupo y se había ido a la cama al final de la tarde. Cuando ella, fuera de la puerta de su cuarto, sin entrar, la llamó, y ella primero se negó, pero luego suavemente dijo quiero ir, y ella siguió insistiendo por fórmula, y las dos en el paseo, en tácito silencio por un camino elegido en sentido inverso al del grupo. La otra tocándola en el brazo levemente, en una caricia, y ella sintiendo que ondas pequeñas recorrían su cuerpo y deseando más, sin saber qué pasos dar para conseguirlo. Pero lo más difícil ya había sucedido y el amor seguía aún allí.

Y así llegaron otros tiempos, un poco después de la génesis y lejos del grupo. Era de noche como la primera noche y el jardín, aunque seguía siendo jardín, estaba hecho de sombras e indecisiones. De nuevo la conversación sobre sus vidas y ella, que había aprendido con dificultad a llorar, empezó a llorar en silencio. Estaban sentadas una al lado de la otra como dos mujeres sensatas conversando, y la otra, levemente, puso la mano sobre sus hombros, quebrando muros, arrastrando olas. Lentamente, tocó la mano de la otra, que la dirigió contra su pecho y la abrazó. Acunadas, ya no ella y la otra, sino las dos casi una. Poco se dijo entonces. Sólo «qué bien estar así», «qué bueno es llorar». Pero en el desconcierto y la extrañeza de la lengua, las palabras salieron de la provincia y entraron en el jardín.

Tuvo la impresión clara de que así, con la cabeza apoyada en el brazo de la otra, la cara vuelta hacia su cara, podría suceder cualquier cosa. Y finalmente sucedió, sin tiempo ni lugar, porque no hubo labios contra labios. Sólo un beso que aconteció por dentro, tan suave y fuerte como el pequeño amor. «Nunca en mi vida estuve abrazada a una mujer de esta manera», dijo la otra. Y no había nada malo ni equivocado.

Se separarían dentro de poco. Cada quien para su cielo y su país, y multitud de cartas intercambiadas sobre los hijos, una empatía que las separaba. La angustia de lo irreductible se posó sobre ella: qué hacer, si no había nada más que hacer —valor para hablar abiertamente del amor, y también, pero no solamente, mi hermana, mi amiga. Sólo la última noche compartida hasta tarde como todas las demás noches, la nostalgia de lo que no había sucedido y sucedió, dentro del beso implícito sin labios. Vulnerables y sin palabras, así se separaron lentamente. Para siempre, en países distantes.

Estaba sentada sola en el jardín, temprano en la mañana con lluvia, frente a la banca de la noche anterior. Delineado y cruel porque era de día, y por las fuertes voces —tantas voces a su alrededor, tanta gente. El tiempo del secreto había sido antes, con el beso sin labios. Hoy todo era lineal y blanco, y ella estaba sola, intentando recoger cada momento. Con frío y sueño y la lluvia en pequeñas cortinas sobre el lago.

EPÍLOGO

Esta historia podría no tener fin.
Sé muy bien que habla de lagos y de lluvia
Y su final se cierra con la lluvia
Cayendo sobre el lago.
Pero aun así podría no tener fin.

Y si continuara, tal vez tendría
Un final feliz, una segunda historia,
Algo bello y hermanado
Sin amor que declina, en donde las dos
Se encontrarán por fin en un tercer país.

Por ejemplo, Japón. Me gusta Japón
En este papel mío de narradora,
Por su tono improbable y exótico.
Que sea en Japón su encuentro.
Imaginemos pues un viaje.

Llegadas de lugares extremos,
Algunos años después
Y con el pequeño amor aún a su alrededor.
Vulnerables aún. Y en silencio.

Su hija fue a despedirlos al aeropuerto. Al mirarla, pensó que su cabello ya no era tan rubio como antes, sino de un tono castaño. Aún claro, que se veía bien con sus ojos azules. Su hija la abrazó, diciéndole «Regresa pronto, mamá. Y habla por teléfono». Así eran siempre las despedidas. Ella tratando de no llorar y deshaciéndose en lágrimas al final, él más sobrio, oponiéndose a que ella comprara tabaco: «No vas a fumarte todo eso, seguramente».

Siempre fue así. Él del lado de la sensatez y la seguridad, como llegar un poco antes de la hora debida al aeropuerto o abordando el tren media hora antes, ella disfrutando del placer de esperar la última llamada, el tiempo simultáneo, lo imprevisto.

Cedió a sus deseos y fueron los primeros en entrar al avión, y el viaje era por él: un curso que debía tomar en Japón. Sintió miedo, como siempre, cuando el avión despegó. Y si no despegara, y el suelo todavía allí, las llamas envolviendo al avión, y la muerte. Pero todo era siempre igual y tan poco probable el accidente, que en realidad el avión despegó y los oídos se le taparon. Como siempre. La costumbre.

La conversación, la costumbre, que no merece consignarse en páginas ni en líneas. Fue linda la llegada al terminar la tarde, el avión aterrizando realmente y sus oídos regresando a la normalidad. La costumbre. Como la llegada al hotel, el deshacer las maletas, el pequeño viaje de reconocimiento que a él le gustaba tanto y hacer el amor como de costumbre. Las lágrimas en los ojos de ella, que él no vio, porque su cabeza estaba en su hombro y en el silencio oscuro las lágrimas son copias de pequeñas perlas.

Después, irse temprano a dormir, porque el curso empezaría muy temprano. Y ella encerrada en el baño llorando un poco, pensando en años antes, en la primera historia cuando las tres de la mañana fueron la génesis de todo. Y, al día siguiente, a desearle buena suerte en su primer día y él diciéndole «hasta luego, y no se te olvide, ve a desayunar».

Sola en el cuarto, poco le interesaba el desayuno. Un país diferente como el otro, el de hace algunos años, pero con la misma lengua y el léxico idéntico y común en ambos. Nada de provincias de palabras que

iban más allá del decir: aquí, las palabras eran sólo palabras como adiós y hasta luego y no te olvides de desayunar.

No te olvides de mí. Voy a sentir tu ausencia. Tanto. En una lengua diferente hace algunos años. El pequeño amor siempre rondando, siempre cerca en las cartas —por favor, escribe, queriendo decir a pesar de la distancia, te amo siempre, a pesar del beso que no fue, pero fue sin labios. Salió.

Eran calles diferentes
Como se supone que ocurra en Japón.
Y tanta gente, ciudades pobladas
Y con tanta cultura y tan diferente.

Imaginemos, pues,
Que desde un lugar extremo al suyo,
La otra se acercaba también, una luna mayor
Como la luna anterior de hace tantos años.

Y las cuatro de la mañana recordándolas.

Las hijas fueron con el abuelo a despedirse de ellos al aeropuerto. Tan altas, la piel suave, la mayor; la otra, aún con una sonrisa de niña. El marido también, y cerca de ella su sonrisa.

Llovía y hacía frío esa mañana, lo que le recordó los años anteriores, el cuento recibido en una carta de la otra, la historia dentro de la historia. Recordó el silencio, no te olvides de mí. El pequeño amor siempre, incluso ahora con el avión tomando altura, con los dedos apretando los dedos de su marido, sentado junto a la ventanilla. No sabía decir dónde acababa la tierra y empezaba el cielo, el avión en una curva cerrada, con un impulso diagonal. Y el marido sombrío, con su conferencia por revisar aún en algunas partes, empujando el respaldo de enfrente, los papeles revueltos, algunos libros.

Se acordó de ella y de los años anteriores, el desarreglo que ocasionó en sus cosas, el beso que no hubo más implícito de todos, y el pequeño amor siempre, elevándose más que el avión, a través de decenas de hojas enviadas de un país a otro. Lo que me atrae de una persona, se acordaba de haberle dicho, es la personalidad, es lo que te hace a ti sólo tú, recordaba no haber agregado, para mí tan necesaria

para vivir, en el desconcierto de todo. Recordaba: no llores y su mano posada en los hombros de ella, los brazos rodeándola, estrechándola contra su pecho. Qué bien estar así, mi hermana, mi amiga, amante que no lo es.

La llegada fue sin contratiempos, aunque siguiera lloviendo también en el otro país, y el marido y ella corriendo hacia el taxi, con las maletas en las manos. Al día siguiente empezaba el congreso, y todo fue llegar al hotel y registrarse, deshacer las maletas. «Perdona, pero tengo que ocuparme de esto». «Claro».

Claro que te amaré siempre, aunque no nos veamos nunca más, incluso por las cartas en esa lengua diferente, ni la tuya ni la mía. Que la provincia de la palabra, era eso lo que querías decir en tu cuento, va más allá del decir. Y por la mañana salió después de la otra, en el mismo hotel las dos, sin saberlo ninguna de ellas.

Como cuerda estirada hasta el extremo,
Como extremos eran los países
De donde ambas volvían. Pero no extremo
El amor: sólo pequeño y redondo

Como la luna. A las tres de la mañana.

Y así fue: durante dos días ambas vivieron vidas separadas, como siempre lo habían hecho, en el mismo lugar del tercer país. Sin saberlo ninguna, cada una de ellas acompañada en el cuarto y sintiéndose más sola que en su país. Porque ninguna de las dos podía dejar de pensar un poco más en la otra. Vulnerables, se reconocían así en el aire diferente que habitaban: lánguidas de tristeza por los años anteriores, pero reunidas por la luna de antes.

Y fue así que en el tercer día, una génesis cambiada y súbita, ella escribía sentada en el *lobby* del hotel, esperando a su marido. Un poco desaliñada en el sofá, con las piernas acomodadas y sobre ellas el cuaderno y la mano con vida propia sobre las hojas. Era casi de noche y las luces del hotel estaban encendidas.

Lo que probablemente ha de ser
Un símbolo de alguna cosa en nuestra historia:
Un contraste tal vez con la lluvia cayendo

O con la oscuridad suave del jardín
De la otra historia.

Pero mi función de narradora
No abarca lecturas divididas.
Sólo descubrir por fin un final feliz
Para no hablar de lagos ni de lluvia.

La pluma se movía rápido y las luces del hotel estaban encendidas, cuando ella levantó los ojos y de repente la vio. Unas escaleras alfombradas de varios escalones separaban el *lobby* de la puerta del hotel, de manera que el cuerpo de la otra fue surgiendo poco a poco: la cabeza primero, el tronco, las piernas. Como un parto, así fue el reencuentro. Una pequeña sonrisa de inquietud, ella levantándose, la otra tratando de no correr. El pequeño amor finalmente hecho carne de nuevo.

Las palabras habladas fueron pocas en la misma lengua extraña para las dos, pero la única en común. «Me has hecho mucha falta». «Pero nos hemos escrito». «Es verdad, hemos escrito». Pero ambas sabían que escribir no era suficiente, que también era necesaria la imagen otra vez sin lluvia, la lengua del cuerpo diciendo mi hermana, mi amiga, amante si quieres, pero eso ya no es lo importante, ahora me basta con verte, tocarte despacio como dos hermanas hace tanto tiempo.

Para los maridos, la otra era sólo una amistad que habían hecho hacía tiempo y que se olvida como se olvida la guerra. Hubo, por supuesto, palabras amables de parte de los dos, conversaciones entre los dos para que ellas pudieran conversar, cenas de los cuatro durante los pocos días que faltaban para que cada una regresara a su país. Y también estuvieron los otros días, largos, en que ambas pasearon conversando de todo, ahora la lengua extraña más en común. Pero nunca más que hace años, casi a las cuatro de la mañana, nunca más el beso tan cerca de suceder, que implícito y total sucedió. Ya no amantes necesitadas que se necesitaban la una a la otra, aunque una nostalgia siempre.

Sólo descubrir por fin un final feliz
Para no hablar de lagos ni de lluvia.

Era temprano en la mañana cuando el avión de ella despegó. Las despedidas habían sido en el hotel, ya que ni uno ni otro pensó que

había que gastar tiempo y dinero en taxis al aeropuerto sólo para que ellas pudieran decirse adiós. Y ninguna insistió, así estaba bien. Protegidas del deseo por el que tenían cada una a su lado.

Era temprano en la mañana cuando ella le dijo adiós a la historia. Y no estaba lloviendo sobre el lago ni ella tenía sueño o frío. Todo estaba bien en la temperatura equilibrada del avión ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE BLANCA LUZ PULIDO

El bicho de la escritura

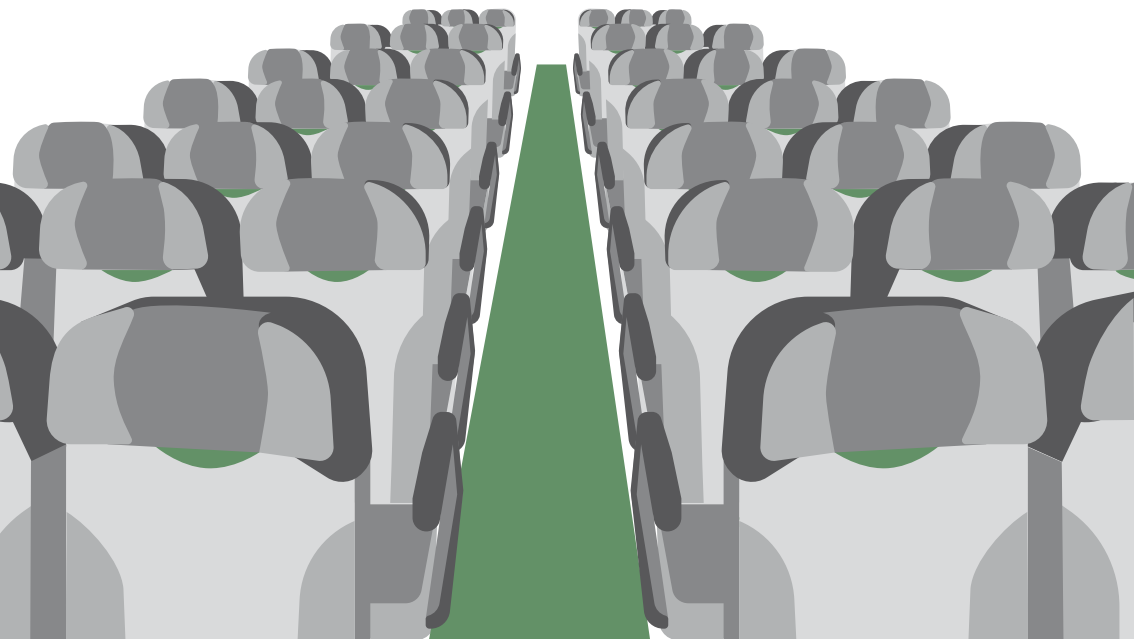
RUI ZINK

Todos mis amigos escriben. Excelente. A todos mis amigos les gusta escribir. Formidable. A mí mismo no me disgusta escribir, aunque ya no lo haga. Escribir es bueno. Escribir las palabras. Escribir las cosas. Escribir el mundo. El mundo dentro de nosotros. Y el mundo fuera de nosotros. Todos mis amigos escriben. Todos mis amigos son escritores. Todos mis amigos hacen libros.

Y lo peor es que no lo hacen solamente mis amigos. Las otras personas también. Mis vecinos escriben: poemas. El señor que entregaba cartas ahora también escribe: libros de viaje, creo. La empleada del café escribe novelas policiales, el funcionario del banco escribe novelas de amor; el dueño de la tienda de abarrotes, novelas históricas. Mi madre escribe ficción científica, mis hermanos escriben cómics, hasta nuestros primos más lejanos escriben, creo que *best-sellers*, pero no estoy seguro, tal vez sólo ensayos de hermenéutica neoambiental.

Únicamente mi padre no escribe, porque ya murió. Si estuviera vivo, por supuesto escribiría, y en su caso sé qué: novelas picarescas. En los hospitales, todos los enfermos escriben y los médicos que les prescriben las recetas también escriben. De literatura a literatura médica, ni los enfermeros, ni los camilleros, ni los policías de turno o los funcionarios de la ventanilla de atención dejan, ni por un instante, de escribir.

Esta situación es preocupante. El gobierno ya anunció que tomará medidas. No se excluye, admitió el portavoz del gobierno, que se declare estado de emergencia. El portavoz del gobierno ya no habla; él mismo fue alcanzado por la enfermedad. Si por azar leí lo que escribió, no sé si él estaba hablando en serio —*escribiendo* en serio— o si era sólo un capítulo más de su nueva (e interesantísima) ficción policial. Con todo, debo de haber sido el único que lo ha leído, bueno, uno de los pocos. Porque debe de haber más como yo, quiero



decir, tengo que partir de ese principio, ¿no? Conviene no confundir el hecho de que no conozca a nadie como yo con el hecho, aún por comprobar, de que no haya nadie como yo.

La enfermedad es altamente contagiosa. Hace que el ébola parezca un virus de juguete; tal es la velocidad con que se reproduce y transmite. El periodo de incubación dura entre tres y seis horas, al cabo del cual la víctima, hasta entonces una persona normal, se convierte en un... un *escritor*. Los hospitales están reventando por las suturas, abarrotándose de gente hambrienta por sus dosis de papel y bolígrafo. Y cada vez tienen que escribir más, y tienen que aumentarles la dosis, porque cada vez tienen más y más ideas, más y más amor a la literatura, a las bellas palabras, a la poesía secreta que se esconde detrás de las bellas palabras —incluso de las feas, dicen los casos terminales.

Los científicos todavía no han podido aislar el virus, o encontrar un antídoto, o simplemente identificar el origen de la enfermedad, o explicar su naturaleza, porque... pues, eso mismo, todos están ocupados escribiendo. Hay personas que ya se han desvanecido y se han consumido por inanición. Nada de espantarse, es hasta bastante lógico, aunque escabroso: escriben, no comen, mueren.

Los accidentes ocurren en masa. Los despistes son más que muchos. Por toda la ciudad se oyen explosiones. Los taxistas están a punto de meter tercera, recuerdan una frase, se ponen a escribir, sueltan el volante y... es, es terrible.

Hasta los niños se ponen a escribir. Los que aún no saben el alfabeto inventan uno, o garabatean muñecos simbólicos, e inventan historias, historias, historias. Bebés de un año, ¿qué digo?, *de meses*, toman un bolígrafo, un lápiz, y mueven las manitas cerradas hacia adelante y hacia atrás, con habilidad inaudita. Claro que acaban por rasgar el papel y garabatear todo el suelo, más allá de las escasas fronteras de la hoja blanca, pero no les importa eso, continúan, sin parar, escribiendo los Símbolos del Mundo. Y los padres tampoco se percatan de eso porque ellos mismos están ocupados escribiendo, ¿y qué es un suelo todo garabateado en comparación con un brillante cuento infantil donde una princesa ayuda a un caballero a no perderse en el bosque negro donde va a luchar contra un dragón maligno con la simple dádiva de uno de sus bellos cabellos rubios? ¿Hum?

Nunca se ha visto nada así. La situación es grave, toma proporciones calamitosas y no hay señales de atenuarse. Me gustaría decirlo de otra manera, pero no hay otra forma de decirlo: el mundo corre el riesgo de sucumbir bajo el peso de tantas novelas, cuentos, ensayos, poemas. Los poemas son más que las madres. Odas, elegías, églogas, adagios, cuartetos, redondillas, dísticos,

ditirambos, alejandrinos, pastorelas, quintanillas, décimas, duodécimas, líto-tes, sonetos, sonetinos, sonatinas, cantigas de amigo, de amor, motetes.

No estoy siendo alarmista. La Tierra ya salió ligeramente de su órbita. Y el número de escritores y poetas no deja de aumentar a diario. Y el número de palabras escritas. Y de frases innovadoras: cortas, largas, frases de una sola palabra («Él. Dijo. Para. Ella»). Frases sin comas durante doscientas páginas («No vale la pena dar aquí un ejemplo tendría que ocupar doscientas páginas pero ésta es una pequeña muestra tal vez ya sirva para dar una idea o bien lo mejor es por lo menos gastar una media línea más con esta frase idiota de modo que la idea que se estaba intentando dar sea más clara y convincente y creo que ahora ya llega el ejemplo ya está dado creo»), torniquetes y arrebatos de sintaxis que no juzgaríamos posibles o razonables.

Una persona se pregunta siempre: «¿Qué más van a inventar?», o: «¿Es que aún hay algo que inventar?». Al menos era lo que yo me preguntaba antes de la epidemia. Porque si hay algo que la enfermedad ha venido a demostrar es que las posibilidades de invención —y nuestras capacidades inventivas— son inagotables. Es triste, pero es la dura realidad: la imaginación humana está en continua expansión, como el universo. La imaginación humana es un agujero negro, que todo consume, todo devora. Y la humanidad corre el riesgo de extinguirse a causa de eso. Por exceso de imaginación, por exceso de talento, por exceso de creatividad.

Francamente, hay un límite para tanta producción artística y cultural. O debería haberlo, porque, por lo visto, no lo hay.

Además, el tema de la calidad. Sí, porque, ¿quién soy yo para negarlo?, las personas no sólo escriben; además lo que escriben es bueno, es interesante, es válido, merece ser leído, tiene estilo personal, llega a ocupar un espacio en el espacio de la literatura que estaba por ocuparse porque no se sabía, antes de que se ocupara, que ese espacio existía y era ocupable. Cada persona crea su nicho con la misma avidez y la misma precisión milimétrica con que la golondrina construye su nido. Y, si es cierto que una golondrina no hace un verano ni un escritor llega a hacer la literatura, muchas golondrinas juntas, miles, millones, billones de golondrinas juntas llegan y sobran para hacer a raudales una caterva entera de veranos: sobre todo aquellas que llegan como brindis gratuito con una generosa porción de veranos, otoños y, por supuesto, inviernos. Ése es el *quid*.

Y es ése también el genio del virus. Pone a la gente a escribir, y a escribir bien. Si les diera la voluntad, pero no el talento, sería diferente. Un médico que descubre, al cabo de cientos de páginas, que se limitó a parodiar a Fernan-

do Namora, aún puede volver a ejercer la medicina, a hacer aquello para lo que realmente tiene capacidad. Una abogada que se dé cuenta de que no todos podemos ser Agatha Christie todavía tiene una oportunidad para volver en sí y ser de nuevo útil a sus clientes. Pero ¿qué hacer con un obstetra que escribe páginas bellísimas? ¿Y con una litigante que nos deja con la duda acerca de quién es el criminal hasta el último párrafo? ¿Hum? Es triste. Es trágico. Es insoportable. Historias bien construidas, con indiscutible maestría, personajes creíbles, textos que comprenden la esencia de la *cosa literaria*: que no es en las palabras, sino más allá de ellas, que se encuentra la belleza del texto.



Al principio hasta hubo una euforia colectiva; los periódicos hablaban de un «nuevo renacimiento», los críticos de un «momento impar» de nuestra literatura, los poderes públicos de la pujanza de una «nueva generación de creadores». Sólo después comenzaron los pequeños indicios de que podría haber algo equivocado en ese brote de talento, pero nadie pudo —o quiso— ver lo que estaba sucediendo. Y, a decir verdad, en ese momento ya mucha gente estaba contaminada y había empezado a escribir, primero con cierta vacilación y sentido de responsabilidad, después cada vez más furiosamente, hasta la novela final.

¿Y ahora? Ahora el mundo es un lugar lúgubre, son tiempos ennegrecidos, éstos. Y lo peor es cuando llega el invierno. En verano nadie echa de menos las hormigas, sólo las cigarras. Pero cuando llega el invierno... Los mercados están vacíos, no se distribuyen el pan y otros alimentos básicos, el mismo pan no se fabrica. Las tiendas están vacías; abiertas, abiertas de par en par a la calle, pero vacías. Sin nadie que las mire, sin nadie en las cajas, sin nadie para encender o apagar las luces. En los hipermercados, una persona puede llevar a casa todo lo que quiera en los carritos metálicos. Pero, si no tuviera una moneda, no puede tomar ni siquiera un carrito, porque no hay dónde cambiar la moneda.

Por supuesto, hay cosas buenas. Las televisiones dejaron de funcionar. Se acabaron las telenovelas, las «novelas de la vida real», y la ironía es que se acabaron precisamente en el momento en que se multiplicó por mil el número de autores de telenovelas y al fin iba a haber alguna variedad en la industria. Sólo que ya no hay nadie para filmar: actores, operadores de cámara, maquilladoras, realizadores, productoras, asistentes de realización, equipos de luminotecnia, guardarropa, posproducción y montaje, están todos cada uno por su lado escribiendo la novela de sus vidas. También, ¿habría que decirlo?, ya

no hay boletín meteorológico. Me temo que suceda lo peor si los barcos van al mar sin saber qué mal tiempo los espera. Pero inmediatamente me doy cuenta del disparate que acabo de decir. Ya no hay nadie para hacerse a la mar, los pescadores abandonaron las redes, los arpones, las cubiertas, los cebos, y todos están con papel y pluma escribiendo relatos de naufragios, aventuras con peces de nombres impronunciables, palimpsestos de *Moby Dick*, las versiones mejoradas (y adaptadas a los tiempos modernos) de la novelita de Hemingway, *El viejo y el mar*.

Hace poco dije que era el único que había leído el último comunicado del gobierno. Después corregí y dije que no, tal vez no haya sido el único. Tal vez no lo sea, de hecho, pero hasta ahora no sé dónde estarán los demás, esos otros que aún no han sido alcanzados por esa locura colectiva, ni si serán como yo o si ellos mismos habrán sufrido alguna mutación. No sé por qué me quedé inmune al virus. ¿Tendrá que ver con mi ADN, mi código genético, con mi tipo de sangre, con la insuficiencia (o el exceso) de colesterol en mi sangre? Me faltan los conocimientos científicos para poder decirlo sin correr el riesgo —inapropiado, sobre todo en esta ocasión— de caer en la ficción científica o en el delirio fantástico disfrazado de saber objetivado.

Si no soy la única persona en el mundo que, en este momento, en este tal vez último momento de la humanidad, lee lo que otros escriben, ¿dónde están mis camaradas de armas? ¿Será posible reunirnos y crear un bastión de resistencia, una organización *underground* que luche contra la epidemia y, a través del estudio, de la lectura, de la experimentación teórico-práctica, encuentre una solución para devolver la salud a los hombres y poner de nuevo el mundo a funcionar? No lo sé. Confieso que no tengo mucha esperanza.

Yo soy un lector. Sé lo que soy: leo lo que otros escriben. Lo hago hasta compulsivamente. Es mi rutina desde hace muchos años. Por la mañana, a la hora del desayuno, aunque no tenga un periódico por delante, las páginas con la tinta aún fresca acariciando la taza de café, mis ojos recorren instintivamente la mesa, buscando palabras, letras, frases para leer: «Corn Flakes», «rico en vitaminas y minerales», «Tienda 18. Calle Camilo Castelo Branco, 15-A», «Planta—margarina vegetal, 250 gramos»... Después, a medida que el día avanza, voy leyendo todo: todos los periódicos, todos los anuncios, todos los números de todas las puertas, todos los nombres de todos los médicos en la placa del policlínico que está en la calle por la que paso —y paso los ojos— todos los días. Leo todas las novelas que me pasan enfrente, leo todos los ensayos que puedo leer, todos los poemas que pasan por mis manos cuando, a la hora del almuerzo, voy a comer un miniplato en la barra de la pastelería

del barrio donde queda mi empleo, en el cual tengo la función de leer todos los documentos que ponen encima de mi escritorio para ese debido efecto, que es que yo los lea.

Es verdad, no sé por qué milagro me quedé inmune al virus. Y lo gracioso es que no siempre fui así. De joven, yo mismo intenté escribir. ¡Se puede vivir sin haber intentado escribir! Aunque en ese momento, debo decirlo, había mucha menos gente escribiendo. Eran otros tiempos, había mucho analfabetismo, era una vida de trabajo. Después descubrí que prefería leer. Mayor libertad, mayor comodidad, más tiempo libre. Sólo ventajas. Pero antes, confieso, yo mismo tenía la manía de escribir. Nada especial, creo: unos poemitas, uno que otro cuento, dos o tres esbozos de diálogos para teatro. Pero no vale la pena ocultarlo, yo tenía la manía de que sabía escribir.

Quizás por eso me había quedado inmune, probablemente mi pecadillo de juventud —¡quería ser escritor!— funcionó como vacuna. Hasta hoy, eso me protege, lo admito, pero no sé ya hasta qué punto es una bendición o una maldición. Soy un lector en un mundo de escritores, y eso me hace sentir muy solo. Porque todos escriben, pero nadie lee lo que otros escriben. Nadie sino yo. No tienen tiempo. Están tan absortos contando su historia, concibiendo su monumento de imaginación y arte, que no tienen tiempo para leer. No es cuestión de tener tiempo: es que, simplemente, *ya no lo consiguen*.

No lo consiguen. No pueden leer. Y, cualquier día, ya ni siquiera sabrán leer. Las lenguas van a terminar así, incluso antes que el mismo mundo, porque cada uno va a escribir más y más en su propia lengua, en su código muy personal, olvidándose de que la comunicación tiene dos sentidos y de que, para ser comprendidos, hay que compartir los elementos para esa comprensión. No leen. Únicamente escriben. Mueren. Tal es la potencia, la perversión demente del virus.

*

¿Y usted? No sé si existe, querido/a compañero/a de supervivencia en este mundo en colapso. Si lee esto, es porque todavía existe, y entonces se entera de que, en algún lugar del planeta, tal vez incluso en su ciudad, hay alguien que comparte sus miedos, sus angustias, pero también sus esperanzas. Y tal vez podamos encontrarnos, sería bueno que intercambiáramos unas ideas sobre el tema para unir esfuerzos y buscar a otros como nosotros: lectores inmunes al bicho de la escritura. Bien sé que su primera reacción tal vez sea pensar: «Este tipo está tratando de engatusarme. Él mismo es un escritor, no un lector

de verdad. Él mismo ha sido contaminado y está tratando de hacerme creer que no, probablemente con algún fin poco honesto».

Está en su pleno derecho de pensarlo, yo también lo pensaría si diera con una historia así. No somos desconfiados por naturaleza sino por cultura, y nunca nadie ha perdido al desconfiar del vecino. Solamente le pido el beneficio de la duda. ¿Le pido? Se lo ruego. Aquí donde me ve, estoy de rodillas, implorándole que crea en mí. Esto no es una historia, esto no es ficción. Sólo estoy, genuinamente, tratando de establecer contacto con alguien que exista del otro lado de la página. Le estoy extendiendo la mano. Por favor, considere la posibilidad de extenderme la suya.

Una palabra más. No escriba respondiendo. Bien sé que tal vez es inmune, nunca se sabe. Aparezca, nada más. Yo sabré reconocerlo, y usted también me reconocerá con facilidad. Seremos los únicos —en la plaza, en el jardín, en la calle, en el café, dondequiera que nos encontremos— sentados pacíficamente, con una sonrisa en los labios, y un libro, abierto, en la mano ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO



Adília LOPES

NAVE QUE VENDRÁ

Mis
dos senos
en tus
dos manos
en tu boca
se abren
y se cierran
como anémonas
submarinas

Sex is about making babies

SARAH MURPHY

NAVE DE HAVER

Os meus / dois seios / nas tuas / duas mãos / na tua boca / abrem-se / e fecham-se
/ como anémonas / submarinas / submarinos / amarelos / lúcias no céu / com
diamantes / machine pumps / machimbombos / tudo / o que precisam / é do teu
amor / e de leite / para os nossos bebés / e de bebés / para o nosso leite / Só agora
/ Reparo / que reparas / em mim / e nos nossos / bebés / a haver

amarillos
lucys en el cielo
con diamantes
machine pumps
autobuses
todo
lo que necesitan
es tu amor
y leche
para nuestros bebés
y de bebés
para nuestra leche
Sólo ahora
reparo
en que reparas en mí
y en nuestros
bebés
que vendrán

PSIQUIATRAS, PSICOTERAPEUTAS E PSICÓLOGOS

O dinheiro que esta gente gasta em fatos e penteados! Nunca repetem uma
toilette! Também para isso estão sempre a facturar. Certamente não leram Roland
Barthes, ler, puxar pela cabeça, estudar, investigar, dar o corpo ao manifesto não
é com eles. Sabem, à papo seco, como sabiam os estruturalistas, com muito
estudo, que o hábito faz o monge. A aparência é tudo. As pessoas são estúpidas,
estão estupidificadas. Só vêem o embrulho. Depois sai—lhes cada prenda! Nem
tudo o que luz é ouro, o latão também luz. Mas as pessoas não andam a estudar
química nem física. Também muitos químicos e físicos não andam a estudar

PSIQUIATRAS, PSICOTERAPEUTAS Y PSICÓLOGOS

¡El dinero que ganan algunos en ropa y peinados! ¡Nunca repiten un traje! Y lo facturan todo. Claro que no leyeron a Roland Barthes, leer, esforzarse, estudiar, investigar, entregarse de cuerpo entero no es lo suyo. Saben, desde un principio, como sabían los estructuralistas, que el hábito hace al monje. La apariencia es todo. Las personas son estúpidas, están estupidizadas. Sólo ven el envoltorio. ¡Y después encuentran cada regalo! Ni todo lo que brilla es oro, y el latón brilla también. Pero las personas no saben química ni física. Y tampoco muchos químicos ni físicos estudian química ni física, hacen nada más lo que hacen. Las personas hacen lo que hacen, viven en el relajó, no se toman la vida en serio, no son serias. No hablo de los pobres ni de las personas con IQ bajos. Ésas hacen lo que pueden, hacen más de lo que pueden.

Los psiquiatras, psicoterapeutas y psicólogos no son completamente inútiles ni completamente deshonestos, algunos. Cuando todas las puertas se cierran, y subrayo con una raya gruesa todas, ellos, si les pagan, ayudan. Algunos son delincuentes, deberían estar tras las rejas haciendo trabajo comunitario y teatro terapéutico, pero gracias a Dios no todos son así.

química nem física, andam a fazer que fazem. As pessoas andam a fazer que fazem, vivem na bambochata, não levam a vida a sério, não são sérias. Não falo dos pobres nem das pessoas com QIs baixos. Esses fazem o que podem, fazem mais do que podem.

Psiquiatras, psicoterapeutas e psicólogos não são absolutamente inúteis nem absolutamente desonestos, alguns. Quando todas as portas se fecham, e eu sublinho com um traço grosso *todas*, esta gente, pagando, ajuda. Alguns são criminosos, deviam estar no xilindró a fazer trabalho comunitário e teatro terapéutico, mas graças a Deus não são todos assim.

EL PECECILLO DE PLATA

Un día me dieron un regalo de La Redoute. Compré unas ropas y me dieron un exprimidor eléctrico. Guardé el exprimidor eléctrico en un armario durante mucho tiempo. Una tarde quise exprimir una naranja. Conecté el exprimidor y vi que había adentro un pececillo de plata. Con los giros, el pececillo de plata estaba sufriendo. Por unos segundos tuve la tentación de divertirme atormentando al pececillo de plata con el movimiento de rotación. Me dio rabia conmigo misma. Desconecté el exprimidor y liberé el pececillo de plata que corrió aliviado por el suelo. No sé quién respiró con más alivio: si el pececillo de plata o yo por haber dejado de pecar. Torturar es siempre lo más estúpido que podemos hacer en este mundo. La tortura es estúpida.

Creo que las novelas de Sade están muy bien escritas, son álgebra. Pero la caridad es más excitante que el sadismo.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE BLANCA LUZ PULIDO

O PEIXINHO-E-PRATA

Uma vez deram-me um brinde de La Redoute. Comprei umas roupas e deram-me um espremedor eléctrico. Tive o espremedor eléctrico num armário durante muito tempo. Uma tarde fui espremer uma laranja. Liguei o espremedor e vi que havia um peixinho-de-prata dentro. Com a rotação o peixinho-de-prata estava aflito. Por segundos tive a tentação de me divertir a atormentar o peixinho-de-prata não parando o movimento de rotação. Tive nojo de mim. Desliguei o espremedor e libertei o peixinho-de-prata que correu aliviado pelo chão. Não sei quem ficou mais aliviado: se o peixinho-de-prata, se eu por ter parado de pecar. Torturar é sempre o mais estúpido que se pode fazer neste mundo. A tortura é estúpida.

Acho os romances de Sade muito bem escritos, são álgebra. Mas a caridade é mais excitante do que o sadismo.

GONÇALO TAVARES

EL PAÍS INGENUO

LA TRISTEZA ERA TANTA que las sonrisas pasaron a ser pagadas. Algunos funcionarios del Estado, disfrazados, diluidos en la multitud de las ciudades, observaban a los pocos ciudadanos sonrientes que pasaban, y, discretamente, nos mandaban parar.

Se presentaban: ¡Funcionarios del Estado!, decían, y pedían después la identificación del sonriente. Registraban nombre y dirección.

A fin de mes, los referidos ciudadanos recibían el cheque. «Durante el mes de febrero fue visto tres veces sonriendo en la calle», estaba escrito, con fecha y hora, en el pequeño documento que acompañaba el dinero.

La cantidad dada por cada sonrisa no era una fortuna, pero digamos que ser visto por el Estado sonriendo nueve veces durante un mes daba perfectamente para vivir sin dificultades.

Pues bien, en poco tiempo el clima emocional del país se alteró por completo. Sea por avidez o por la propia naturaleza de las cosas, el país en dos años se hizo conocido por el «permanente e impresionante optimismo de sus ciudadanos», como se decía en una agencia de noticias internacional.

Los subsidios del Estado a las sonrisas terminaron poco después, pero como nadie informó a los ciudadanos, ellos mantuvieron esa sonrisa estúpida, repugnante, inadecuada, inútil, sin razón de ser.

EL VIEJO

YA QUE NO TENÍA TIEMPO para leer su contenido, el viejo quería al menos leer el título de todos los libros que existían en la mayor bi-

lioteca del mundo. Es que gradualmente, semana a semana, se estaba quedando ciego. Como no tenía tiempo para más, su opción le pareció acertada. Si el título concentra lo esencial de un libro, si él leyera todos los títulos, se quedaría con lo esencial de una biblioteca entera.

Empezó el 1 de enero a las ocho de la mañana. Empezó por el ala norte.

Con la cabeza inclinada, ora hacia un lado ora al otro, como si estuviera loco o con una enfermedad, leía el título del libro en el lomo.

Para los estantes más altos se colocaba sobre los peldaños de una escalerilla de metal que había para tal efecto.

Con rigor exhaustivo iba arrastrando la escalerilla ligeramente de lado para que ningún libro de los estantes altos escapara a su mirada.

Era exhaustivo —ni un libro había fallado—, pero era lento. Sólo en junio entró en el ala sur de la biblioteca y su vejez entretanto había avanzado: estaba casi ciego. A ese ritmo probablemente no podría llegar al final de la segunda ala de la biblioteca. La muerte y la ceguera se acercaban al mismo ritmo.

Los bibliotecarios y los usuarios en los últimos días lo alentaban, algunos le ayudaban a transportar la escalerilla.

—Estoy casi ciego —repetía el viejo. Y todos en aquella frase oían: «Casi me estoy muriendo».

Pero el viejo todavía podía leer, aunque cada vez con mayor dificultad. Leía ahora como un niño que estuviese aprendiendo: letra a letra.

Llegó al último libro de la biblioteca. Con extraordinaria dificultad leyó su título. Después se sentó, jadeando. Instintivamente sonaron palmas: funcionarios y usuarios de la biblioteca manifestaban su admiración por el hecho, por la perseverancia.

El viejo se sentó en una silla y allí se quedó.

Allá aún permanece, sin moverse, sentado en la misma posición. Hay quien dice que está tan feliz que ya no muere.

EL BAILE

SE CREÍA EN ESO. Que el baile no era un simple conjunto de movimientos más o menos coordinados entre dos personas. Muy lejos de eso.

Se trataba no sólo de una relación física, sino de una relación espiritual. Compartir pasos de baile era como estar al lado de una experiencia última y definitiva.

En el baile, entre el par de bailarines, como que existía un proceso de ósmosis en que dos se transformaban en uno: se equilibraban las sustancias, sus concentraciones, de modo que no existieran al final desequilibrios. Era imposible que una pareja bailara armoniosamente, como se dice, sin que hubiese entre ellos una circulación interna de materiales no visibles.

Si uno era bastante más irascible que el otro, al final eso no se notaba: uno había ganado algunos gramos de esa característica mientras que el otro los había perdido.

El baile era así un método elegante de corregir los desequilibrios intelectuales, físicos, morales, económicos, culturales, comportamentales, etcétera.

La verdad es que, cuando la gente percibió el efecto de los bailes, éstos terminaron. Nadie quería perder para el otro —para su pareja— esa concentración de cualidades que creían tener. (Cada uno estaba tan contento con al menos una parte de sí mismo que pensaba que siempre se quedaría perdiendo, cualquiera que fuera su pareja). Unos no querían perder parte de su inteligencia, otros no querían perder parte de su musculatura, de su dinero, otros de su cultura.

Los bailes de dos terminaron. Quedaron sólo los bailes solitarios. Uno que otro bailando aún, como recordando tiempos antiguos, frente al espejo.

*Compartir pasos de baile era como
.....
estar al lado de una experiencia última
.....
y definitiva.
.....*

EL HIMNO

CINCO HOMBRES, de patrias diferentes, empezaron a cantar su himno al mismo tiempo. Eran, pues, cinco canciones diferentes, cinco lenguas diferentes, cinco ritmos.

Se instaló una cierta confusión en quien oía.

Las palabras de una lengua se mezclaban con las palabras de otra, los ritmos de las diversas canciones se aproximaban, golpeaban como el choque de dos materias sólidas, y se alejaban.

A veces casi parecía que la palabra de una lengua saboteara las palabras de otra lengua.

Se trataba en el fondo, ahora estaba claro, de una guerra de voces, ritmos y vocablos.

Como si fueran cinco ejércitos: eran cinco canciones, cinco himnos. A ese conflicto sonoro se fueron uniendo otras canciones.

Quien pasaba y pertenecía a otra patria rápidamente se juntaba al coro. No sería tolerable que su himno no estuviera representado.

Estábamos en una ciudad cosmopolita; en pocas horas estaban allí, en la acera de una de las calles principales, más de seis decenas de cantantes, cada uno cantando su himno.

La algazara y los ruidos mezclados eran, para quien pasara distraído, semejantes a los gritos que vienen del suelo después de un bombardeo.

Pero, de repente, todos se callaron. Y en pocos segundos la situación se modificó por completo.

Mudos, ahora, esos hombres podrían pasar por ser elementos de la misma patria.

La lucha en que cada uno intentaba imponer sus palabras y su ritmo había terminado.

Cómo calma la mudez, pensó una vieja que aún intentaba percibir algo del mundo.

Pero si todos se habían callado, ninguno de ellos se había quedado inmóvil.

Cada uno estaba a punto de sacar del bolsillo el arma cargada que finalmente, estaban seguros, resolvería la disputa •

GASTÃO CRUZ

RETRATO MÚLTIPLE

Me vuelvo hacia ti o mejor hacia
tu lugar si esta abstracción
es posible en la noche sin

sonido donde eres múltiple eco
procuro
ver de nuevo tus varios retratos

animados por el sol el amor o la respiración
la sangre vuelve
a pasar por tus brazos fotográficos

RETRATO MÚLTIPLO

Volto-me para ti ou antes para / o teu lugar se tal abstracção / é possível na
noite sem // som onde és o eco múltiplo / procuro / ver novamente os teus
vários retratos // animados pelos sol o amor ou a respiração / o sangue torna
/ a passar-te nos braços fotográficos // devo continuar / a narrar o percurso
irregular / da tua multiplicidade // eras o ar a árvore voltar-me / para ti é
como procurar / no mar os afogados

debo seguir
narrando la ruta irregular
de tu multiplicidad

eras el aire el árbol volverme
hacia ti es como buscar
en el mar a los ahogados

ESTAR EN LA VIDA

No sabemos bien a partir de qué momento empezamos a tener, no ya la
percepción de la muerte, sino la noción de un cambio en la naturaleza
de nuestra existencia, la pérdida de la ilusión de energía que había
sido nuestra, igual que la del adolescente que entra en el vagón del
metro y, saludando a otro con una fuerte palmada de su mano en la de
él, ignora la muerte, pero ignora tal vez también la vida, no sabe que
está en la vida.

ESTAR NA VIDA

Não sabemos bem a partir de que momento começamos a ter, não tanto a
percepção da morte mas a noção de uma mudança na natureza da nossa
existência, a perda da ilusão de energia que tinha sido a nossa, igual à do
adolescente que entra na carruagem do metro e, cumprimentando outro com
uma forte palmada da sua mão na dele, ignora a morte, mas ignora talvez
também a vida, não sabe que está na vida.

RECONCILIACIONES

Hay en los sueños reconciliaciones
en lugares blindados

donde no entra nunca la realidad
y el amor es sólo el deseo

que suponemos vivir o haber vivido
en el pozo donde jamás pudimos separar

las aguas del perdido
lecho del río que creímos vivo

de las que en la curva turbia de la memoria
corren de nuevo ahora y no nos mojan

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE MIGUEL CASADO

RECONCILIAÇÕES

Dão-se nos sonhos reconciliações / em lugares blindados // onde não entra
nunca a realidade / e o amor é apenas o desejo // que supomos viver ou ter
vivido / no poço onde jamais pudemos separar / as águas no perdido / leito
do rio que julgámos vivo // das que na curva turva da memória / correm de
novo agora e não nos molham

Retrato de un joven poeta

DULCE MARIA CARDOSO

*Están cerca
demasiado cerca
No logran distinguir en...
(iba a decir, en nosotros)
No logran distinguir en mí
un cuerpo
un solo cuerpo
entrelazado sobre sí mismo
Este cuerpo
que todos nombran en plural*

Hasta nosotros.

LA VIEJA ABRIÓ EL GRIFO, tapó la rejilla y se quedó viendo que el agua llenara la bañera. Cuando el cuarto de baño ya era una nube, se despojó de la bata y se acostó de forma que los pies quedaran debajo del agua que corría todavía. Cuando la bañera ya estaba llena, cerró el grifo. Comenzó a cantar dentro de una nube de oro porque el sol al pasar el cristal doraba las gotas de agua que brillaban por todas partes. Cantó durante mucho tiempo. No pensó en nada.

El perro empujó la puerta y entró. La puerta abierta dejaba huir la nube dorada, lo que molestaba a la vieja. Podía levantarse y cerrar la puerta, pero nunca lo hacía. El perro se acercó. Llevaba en la boca un buen pedazo de carne que dejó caer al suelo, justo al lado de la bañera. La vieja le dio una palmadita en la cabeza. El perro sacudió la cola y luego se acostó cerca del pedazo de carne. Parecía satisfecho, pero nadie puede garantizar lo que siente un perro.

La vieja y el perro se quedaron así hasta que la nube dorada dio paso a la primavera que venía de afuera. Cuando la luz de la mañana se apoderó de todo, la vieja se levantó y sin secarse se puso la bata de flores del color que iba bien con el día. La vieja destapó la rejilla y el agua se escurrió con un ruido agradable. El agua desaparecía siempre con mucha prisa, y los gestos de la vieja eran cada vez más lentos. La vieja sabía que ningún esfuerzo era capaz de domar el tiempo. A lo largo de la vida, la vieja supo muchas cosas que sólo la confundían a diario, por eso quería olvidarse de todo. Y ya no le faltaba mucho.

Se agachó para ver mejor el pedazo de carne que estaba cerca del perro. Como la vieja agitaba el pedazo de carne, el perro abrió los ojos y sacudió otra vez la cola. Para agradecer al perro, la vieja le dio una palmadita en el lomo.

Frente al espejo, la vieja se pasó las manos por el pelo que, fino y ceniciento, le cubría toda la espalda. Una especie de cola que todas las mañanas peinaba, lentamente, con el cepillo de plata. Después los dedos, flacos y arrugados, hacían un moño. La vieja miró los ojos que estaban en el espejo y una vez más tuvo la sensación de no conocerlos. Hacía mucho tiempo que los ojos del espejo no le parecían ser los suyos, ya que veían cosas diferentes, si es que eso se puede explicar tan fácilmente. Sentía que los ojos desconocidos veían otra cara, que ni siquiera era la de las fotografías de la sala. Una cara que la vieja nunca había visto. Se podía incomodar con esa pequeña diferencia entre lo que veía y lo que los otros ojos que veía en el espejo veían, pero la vieja aún sabía que los malentendidos siempre se resolvían con el tiempo.

Con un lápiz trazó dos rayas negras en los párpados. La mano de la vieja temblaba mucho, pero las rayas en los párpados quedaban perfectas. Cubrió las arrugas de la cara y las mejillas reseca con rubor y pintó los labios con un color que recordaba el dulce de cerezas, lo que le hacía agua la boca. El perro dormía otra vez. Como despertaba muy temprano, cuando regresaba de la calle aprovechaba todos los instantes libres para descansar.

La vieja fue a la habitación y el perro continuó durmiendo. No formaba parte del encanto ni de los hábitos del perro seguir a la vieja. En el cuarto, a la vieja le tomó mucho tiempo elegir un vestido entre los que estaban colgados en el armario. Cuando decidió que quería usar el vestido azul celeste con volantes ribeteados e innumerables bordados, la vieja abrió otro guardarropa y se demoró escogiendo los zapatos. Después, dentro del vestido azul celeste, que por demasiado grande le bailaba en el cuerpo, la

vieja se calzó los zapatos de charol negro y de tacón alto y se puso un perfume muy intenso. En el baño el perro estornudó. La vieja sabía que el perro no soportaba los perfumes y también sabía que la cohabitación es un asunto complicado. Todo eso la vieja lo sabía sin desearlo.

Despertado por el perfume, el perro se desperezó, estirando las patas delanteras. Se quedó así mientras el cuerpo soportó ese esfuerzo y luego se dejó caer de nuevo en el suelo. Le picó una oreja y empezó a lamerse la barriga. La lengua áspera raspaba y raspaba la piel de la barriga, que debía de estar sucia o saber bien. La vieja no sabía con certeza lo que movía al perro, y nadie lo puede saber.

La vieja regresó al baño, tomó el pedazo de carne y empezó a cruzar el pasillo sin molestarle las gotas de sangre que le salpicaban el vestido y se juntaban a las manchas que el vestido ya tenía en todas partes. El perro se puso a lamer, aparentemente con el mismo entusiasmo, la sangre que el pedazo de carne dejaba en el suelo.

La casa era muy grande. Inhabitable para una vieja y un perro. Los tacones altos hacían un ruido especial en el suelo de madera, y era por eso que a la vieja le gustaba usarlos.

Las dos primeras puertas que daban al corredor estaban cerradas. La tercera estaba abierta. La vieja entró y sus ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad. Cuando ya podía ver, buscó el clavo que se había quedado ahí. Lo cogió y raspó una línea en el suelo. Una pequeña línea al lado de muchas otras que ya estaban allí. En breve también aquella división se llenaría, y cuando eso sucediera la vieja la cerraría como había hecho con las dos divisiones anteriores.

Ya en la cocina, la vieja puso el pedazo de carne en la mesa y se sentó a descansar. Sonrió al oír las patas del perro que hacían un ruido cómico en el suelo de madera. Si mirara hacia afuera, podría ver una gran parte de la ciudad, pero la vieja nunca miraba. Incluso a lo lejos, como ahora le parecía, la ciudad le asqueaba. Aun así, tan lejos, donde todo se vuelve perfecto.

La puerta de la cocina, que daba al balcón, estaba abierta, como siempre. Era por allí que el perro salía cuando quería o necesitaba, ya que por el otro lado de la casa no podía hacerlo. Hacía mucho que esa puerta estaba cerrada. La vieja sabía que antes había salido y entrado por aquella puerta y que había dejado de hacerlo. No sabía desde cuándo, mucho menos por qué. De eso la vieja había logrado olvidarse. Tampoco sabía desde cuándo rasguñaba líneas en el suelo. Si las contara, la vieja podría saber que habían pasado tres años,

diez meses y veintiocho días. Pero la vieja nunca haría esas cuentas. Si alguien se lo preguntara, la vieja tampoco sabría explicar por qué hacía eso. Pero nadie le preguntaba nada. La vieja no se acordaba bien de cuándo le habían hecho la última pregunta; tal vez hubiera sido el carnicero del mercado cuando subió los seis pisos del edificio y se puso a gritar bajo la claraboya: «Quiere que pierda la cabeza, eso es lo que quiere». Tal vez hubiera sido ésa la última pregunta que oyó, a pesar de no poder jurarlo. La vieja no abrió la puerta ni respondió; ya había decidido nunca más abrir la puerta y nunca más responderle a nadie. Si aún no lo hubiera decidido, tampoco sabría qué responder al carnicero que la amenazó desde el rellano. Las amenazas redoblaron hasta que la luz implacable de la claraboya las silenció; nada podía sobrevivir a la luz implacable de la claraboya, de eso todavía se acordaba la vieja. Después del carnicero, nunca más nadie subió los seis pisos para hacer preguntas, o la vieja ya no se acordaba, y por eso se preguntaba si el carnicero consentía que el perro lo robara y hasta se conmovía con eso.

El perro cruzó la puerta de la cocina, salió al balcón y puso la nariz en lo que quedaba de una paloma muerta que había traído días atrás. Se desinteresó de la carne podrida y bajó las escaleras. Por su relajo, se percibía que no tenía miedo de que la escalera de incendio oxidada se desplomara. La vieja tampoco, sólo que el cuerpo ya no le permitía bajar más de dos pisos.

La vieja llenó de agua una olla que estaba en la estufa y arrojó en ella el pedazo de carne. Lamentaba no poder robar algo para comerlo con la carne, al menos un puñado de sal para cocerla. Aún le gustaba mucho el sabor de la sal; algunas cosas le costaba más olvidarlas que otras.

Si pudiera, la vieja iría hasta la cocina del primer piso donde siempre había encontrado cosas buenas. En cuanto pudo, fue a buscar comida a las otras casas y para ello bastaba empujar las puertas de madera. También recogía la fruta de la media docena de árboles que había en el patio cercano, donde desembocaba la escalera de incendios. Mientras pudo, la vieja subió y bajó esa escalera sin nunca haber traspasado la puerta oxidada del patio trasero. El perro sabía que no tenía nada que hacer en la ciudad. En el invierno era todo más difícil, pero podían contar siempre con las palomas, que el perro capturaba como nadie. Y hasta eran sabrosas, o al menos la vieja ya se había acostumbrado a que le gustara la carne de las palomas.

Cuando el perro regresó a la cocina, ya olía la carne cocida. Porque subió corriendo la escalera de incendio, el perro jadeaba. La vieja se sentó a la mesa de la cocina, el perro se acercó y llevaba consigo el olor de la

hierba y de la tierra mojada. La vieja puso la cara en el lomo del perro. Todavía extrañaba algunas cosas de allá afuera.

Cocida ya la carne, era momento de comerla, y para eso vieja y perro tenían reglas. Porque podía comer en la calle, el perro nunca pedía nada de lo que llevaba a la vieja. Si ella no comía todo, el perro aceptaba los restos, si le apetecía. Esta regla, entre otras, les permitía compartir la vida. El perro se acostaba debajo de la mesa mientras la vieja comía. La falta de dientes la obligaba a usar cubiertos, pero eso no le producía placer como llenar la bañera o cepillarse el cabello. Cada vez le resultaba más difícil aceptar lo que sólo la necesidad justificaba.

La vieja comió hasta sentirse saciada y después le dio los restos al perro, que no los rechazó. Alimentados, podían hacer lo que quisieran. La vieja salió de la cocina, cruzó el largo pasillo, y un aire de fiesta se apoderó de la casa, los tacones altos, el perfume, el vestido largo, la vieja no sabía con certeza lo que era. Pero una fiesta se acepta siempre, aprendió la vieja ya recluida, y todo lo que había aprendido en esa condición era más verdadero que todo lo que antes había aprendido.

Entró a la sala grande que tenía ventanas altas. De tan sucios, los vidrios no dejaban que la vieja viera el otro lado de la calle. Eso si la vieja quisiera, lo que era improbable. Se sentó en un sillón y el perro, cuando la vio sentarse, se dirigió con pereza al otro. Subió las patas delanteras y luego, lentamente, alzó las de atrás, se enroscó y se durmió.

Sentada en el sillón, que a pesar de los muelles gastados aún era cómodo, la vieja miró al perro adorado y así se quedó durante mucho tiempo. Tal vez pensando. No captaba mucho lo que pasaba por su cabeza y envidiaba al perro, a quien no se le había dado, ni él lo merecía, el martirio de pensar. Podía decirle esto al perro, pero ni a la vieja ni al perro les gustaba hablar y, por lo demás, ni lo sabían.

EN LA MAÑANA EN QUE, por la lectura de las líneas, se sabría que habían pasado otros dos años, siete meses y once días, la vieja ya había cerrado otras tres de las puertas que daban al pasillo.

La vieja abrió el grifo, tapó la rejilla y volvió a llenar la bañera. Cuando el baño ya era una nube, se despojó de la bata y se metió al agua. Cuando ésta ya no cabía en la bañera, la vieja cerró el grifo. Empezó a cantar dentro de la nube de leche, porque la niebla de allá afuera se pegaba al cristal y empañaba las gotas de agua. Cantó durante mucho tiempo. No pensó en nada.

El perro empujó la puerta y entró. La puerta se quedó abierta, lo que seguía molestando a la vieja; los problemas de la cohabitación son insolubles incluso para los compañeros más felices. La nube de leche huía rápidamente por la puerta, pero la vieja no hizo nada para impedirlo. El perro se acercó a la bañera. Traía en la boca un pedazo de carne que dejó caer al suelo. La vieja le dio una palmadita en la cabeza, el perro sacudió la cola y se acostó cerca del pedazo de carne. Parecía satisfecho, pero nadie puede garantizar lo que siente un perro.

La vieja y el perro se quedaron así hasta que la luz de la mañana de invierno se apoderó de ellos. La vieja se levantó y sin secarse se puso la bata de flores coloridas que no iban bien con el día. La vieja destapó la rejilla de la bañera, y a pesar de que sus gestos eran cada vez más lentos, el agua seguía desapareciendo rápidamente con un ruido agradable. No había manera de que la vieja dejara de saber que nada domaba el tiempo. La vieja había logrado olvidarse de muchas cosas que sólo la confundían a diario, pero aún se acordaba de otras tantas. Iban a faltarle siempre muchas cosas que olvidar.

La vieja se agachó para ver mejor el pedazo de carne que estaba junto al perro. El perro ya no le robaba al carnicero del mercado. El carnicero se había hartado de eso, el perro había desistido de él, o simplemente todo tiene un fin, tarde o temprano. Como la vieja agitaba el pedazo de carne, el perro abrió los ojos y sacudió la cola. Al tomar el pedazo de carne, la vieja vio que era la pierna de un bebé. Una pierna rechoncha que terminaba en un pie gordo con cinco dedos perfectos. Todo eso todavía se podía ver, a pesar de la sangre.

El perro esperaba que la vieja le agradeciera con una palmadita para poder dormir. Debería costarle cada vez más ir todos los días en busca de alimento, pero nadie puede decir con certeza lo que un perro es capaz. La vieja miraba la pierna del bebé y el perro esperaba la palmadita. Los gestos son muy importantes. Ninguna vez el perro llevó alimento sin que la vieja le hubiera agradecido. La importancia de un gesto está siempre en la repetición; un gesto aislado puede muy bien no tener sentido. La vieja colocó el pedazo de carne en el suelo y pasó la mano por el lomo del perro, que sacudió la cola y cerró los ojos.

Por ya no tener que hacer, hacía mucho que la vieja había dejado de trazarse líneas negras en los párpados, o de cubrirse las mejillas resacas con rubor. Se tardaba cada vez más en peinar la cola plateada con el cepillo de plata y hacer un moño; sólo que esa mañana no fue así y eso la vieja

nunca supo explicarlo. Cuando miró al espejo, reconoció los ojos que la veían como suyos y todos los gestos ganaron una prisa desusada. Sin peinarse, se dirigió a la habitación y abrió el armario, de donde sacó el vestido gris, el más caliente que tenía. Calzó unos zapatos de tacón alto que ya casi no tenían suelas y salió de la habitación. Los perfumes también se habían terminado, para alivio del perro, que dormía en el baño.

Como la vieja cruzaba el pasillo sin llevar el pedazo de carne, el perro se levantó, atento. La vieja pasó las cinco puertas que ya estaban cerradas y entró por la sexta. La casa era enorme. Inhabitable. Acostumbró los ojos a la oscuridad y cogió el clavo. Como la vieja había dejado el pedazo de carne en el baño, el perro aullaba. La vieja no fue capaz de añadir una línea a aquellas que llenaban una parte de ese suelo de madera.

Cuando la vieja volvió al pasillo, el perro la esperaba con el pedazo de carne. La vieja lo abrazó durante mucho tiempo. Luego tomó el pedazo de carne y lo llevó a la cocina. Llenó con agua la olla que estaba en la estufa y allí arrojó el pedazo de carne.

De un momento a otro, unas voces subieron furiosas por la escalera, lo que hizo que el perro se acercara a la puerta que nunca estaba abierta. La vieja lo siguió. Las voces se acercaban y eran cada vez más fuertes. Alcanzaron la puerta. Con unos puñetazos sacudían la portería, el perro empezó a ladrar. La vieja confió en la luz implacable de la claraboya que mataba todo lo que allí se dejaba. Nunca una planta había sobrevivido en ese rellano. La puerta vibraba cada vez más. La vieja se dejó caer al suelo del pasillo y se agarró del perro, que no paraba de ladrar.

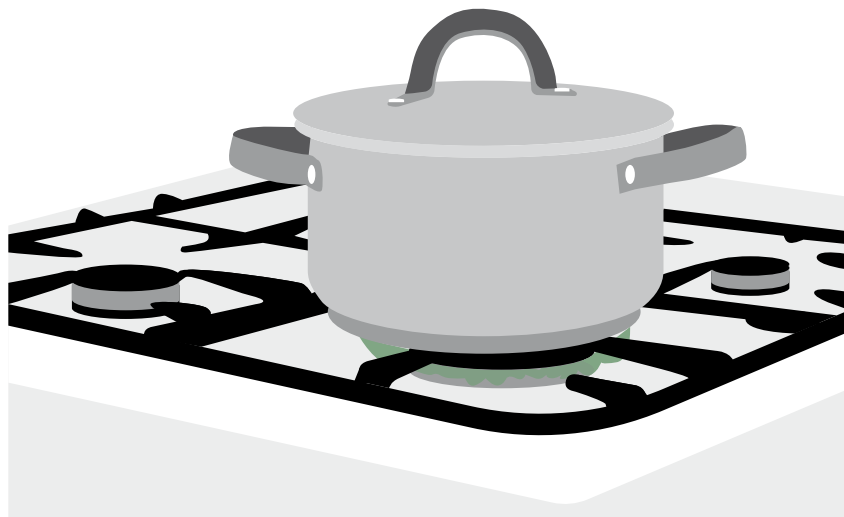
Allí afuera las voces no se callaban. La vieja las oía claramente, pero no las entendía. La luz de la claraboya nada podía contra las voces que querían echar abajo la puerta. La vieja arrastró al perro lejos de la puerta, hacia la escalera de incendios. Cuando ya estaban en la cocina, unas voces subieron también la escalera de incendios. Vieja y perro estaban atrapados en el pasillo.

La puerta que nunca estaba abierta cedió, hombres y mujeres entraron. Vieja y perro seguían agarrándose mutuamente. Un cuerpo, un solo cuerpo, entrelazado sobre sí mismo. El perro ladraba siempre. Unas voces entraron por la puerta de la cocina y se mezclaron con las que habían entrado por la puerta que nunca estaba abierta. Voces y manos en todas partes. Un grupo hizo una barrera por un lado, el otro hizo una barrera al lado opuesto; el pasillo quedó de repente pequeño, muy pequeño.

Un hombre se acercó con una manta muy grande que lanzó sobre el perro. Otro hombre tenía otra manta que también lanzó sobre el perro. La

vieja se agarró más del perro, pero voces y manos fueron más fuertes y se lo arrebataron. El perro ladró hasta que las mantas se llenaron de sangre. La vieja cerró los ojos. Cuando el silencio se apoderó de todo, los abrió. Voces y manos habían desaparecido. El cuerpo del perro manchaba de sangre un montón de mantas en medio del pasillo. Aunque no lo supiera, la vieja había empezado a llorar ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO



Fiera oculta

VASCO GATO

con Inés
para Rodrigo

I

Durante ese nado tuyo de fiera oculta
hay un papiro que se desdobra en mi boca
y nunca el futuro tuvo el sabor
de palabras tan sobradamente pronunciadas
familia muchacho ombligo
palabras con que se podría redactar
tan poca cosa
si no fuese la reinención de tu llegada
inscrita en el mundo como piedra preciosa
que no es piedra
más bien un modo inalienable de brillar
con los brazos afuera.

~~~~~  
FERA OCULTA

com a Inés  
para o Rodrigo

I

Durante essa tua natação de fera oculta / há um papiro que se desdobra na  
minha boca / e nunca o futuro teve o sabor / de palavras tão sobejamente  
pronunciadas / família rapaz umbigo / palavras com que se poderia  
redigir / tão pouca coisa / se não fosse a reinvenção da tua chegada /

Sé que tendrás que desplazarte  
tímidamente  
por estas calles y edificios que bostezan  
con los nombres que les dieron  
y que contigo tendrán una razón más fuerte  
para conspirar en la larga trama  
inanimada  
donde se deciden los bichos  
la que llamamos hombres  
y que tan pobremente los han  
habitado —te lo aseguro—  
salvo una que otra carne  
más obstinada en escaparse  
de la bala común.

Para todo eso tendrás tiempo  
aunque rápidamente te des cuenta  
de que todo ya es tan tarde  
yo mismo lamento el tiempo que esperé  
y que no tendré para no presenciar  
el incendio de tus ojos  
el magro fruto que roerás por la noche  
en algún barrio al pormenor  
cuando el escaso amor que te dieron  
fuese el alimento oportuno  
de un amor más desarrollado

inscrita no mundo como pedra preciosa / que não é pedra / antes um modo  
inalienável de reluzir / pelos braços fora // Sei que haverás de te deslocar  
/ timidamente / por estas ruas e prédios que bocejam / dos nomes que lhes  
deram / e que contigo terão uma razão mais forte / para conspirarem na  
longa malha / inanimada / em que se decidem os bichos / a que chamamos  
homens / e que tão pobremente os têm / habitado — garanto-te — / à  
excepção de uma ou outra carne / mais obstinada em escapar / à bala  
comum // Para tudo isso terás tempo / ainda que rapidamente te dê conta  
/ de que tudo é já tão tarde / eu próprio lamento o tempo que esperei / e  
que não terei para testemunhar / o incêndio dos teus olhos / o fruto magro

—extraño comercio, sí—  
el tiempo que no tendré para lanzarnos  
los dos al mar  
en alguna noche desesperada  
compartiendo la sal de todo dejar  
ese gusto tan raro  
tan sigilosamente próximo

Perdona la falta de gracia  
el tono melancólico la guerra  
pero es que vivo en una época  
que como muchas antes de ella  
repitió los subsidios al asco  
batió el corazón hasta llegar a su punto  
para dejarse llevar al horno de la ambición  
amasó los pequeños respiros

—sí, intersticiales, sutiles, difíciles—  
sin los que un cuerpo es sólo  
un estorbo para su propia muerte  
¿lo ves?  
un estorbo a su propia muerte

Porque esas finuras de que te hablo  
son sin duda la única audacia  
frente a la inevitable conflagración del espacio

que hás-de roer noite dentro / nalgum bairro de pormenor / quando o  
escasso amor que te deram / for o alimento oportuno / de um amor mais  
desenvolto / — estranho comércio, sim — / o tempo que não terei para nos  
lançarmos / os dois ao mar / nalguma noite desesperada / partilhando o sal  
de tudo largar / esse gosto tão raro / tão sigilosamente próximo // Perdoa  
a falta de graça / o tom melancólico a guerra / mas é que vivo numa  
época / que como muitas antes dela / repetiu os subsídios ao nojo / bateu  
o sangue em castelo / para se levar ao forno da ambição / deu uma sova às  
pequenas respirações / — sim, intersticiais, subtis, difíceis — / sem as quais  
um corpo é apenas / um estorvo à sua própria morte / percebes isso? / um

**—perdona una vez más, yo reformulo—  
todo esto que aún no ves pero verás  
todo esto que aún no tocas pero tocarás  
no durará más que su propia  
experiencia  
y es ésa la única ley  
y ése es el único himno  
país tan deshabitado que festejas  
cada desembarco como si te trajeran  
el océano**

**Si la eternidad fuese un espejo  
¿qué mostraría?  
Esto ahora porque es aquí  
que vive la luz y es éste el paisaje  
que ningún dios puede borrar  
sino a costa de su hambre  
por eso no temas a ningún dios  
ni a eternidad humana  
tu carne es el único tesoro  
—sélo mientras nadas—  
digno de ser envuelto por la tiniebla**

**II  
Sin saber aún los rasgos de tu rostro  
sé que me reconoceré en ti  
no fisonómicamente  
sino en lo que es común a todos los cuerpos**

*estorvo à sua própria morte // Porque essas finuras de que te falo / são sem  
dúvida a única ousadia / frente à inevitável conflagração do espaço / —  
perdoa uma vez mais, eu reformulo — / tudo isto que ainda não vês mas  
verás / tudo isto que ainda não tocas mas tocarás / não durará mais do que  
a sua própria / experiência / e é essa a única lei / e é esse o único hino /  
país tão desabitado que festejas / cada desembarque como se te trouxessem  
/ o oceano // Se a eternidade fosse um espelho / o que mostraria? / Isto  
agora porque é aqui / que vive a luz e é esta a paisagem / que nenhum*

**esos primeros traspiés que la memoria no retiene  
para que nada pueda ser comparado  
con el júbilo de la encarnación  
con la extrema vulnerabilidad  
capaz de concentrar en sí  
las apuestas circundantes**

**Pero me gustaría recibirte  
en otro lugar  
no en este buey tumbado  
que tiene el nombre de veintiuno  
peso muerto arrastrado de los cuernos  
sólo para que no lo corrompan  
las moscas  
—aprenderás a amar también el trabajo alquímico  
de las moscas  
su centralidad en las salas  
como si pudieran medir todo el espacio  
y concluir que está en el medio—  
otro lugar más congruente  
con el uso de los dientes  
con la urgencia de cuidar  
con los locos pasos de los perros**

**Siento ya la fuerza de tus dedos sucintos  
en torno a mi pulgar  
el calor que prodigamos en cada gesto  
en la inmensa consanguinidad  
de las cosas vivas**

*deus pode apagar / senão à custa da sua fome / não receies por isso deus  
nenhum / nem eternidade nenhuma / a tua carne é o único tesouro / —  
sei-o enquanto nadas — / digno de ser embrulhado pela treva*

**II  
Sem saber ainda os traços do teu rosto / sei que me reconhecerei em ti /  
não fisionomicamente / mas no que é comum a todos os corpos / esses  
tropeços primeiros que a memória não segura / para que nada possa ser**

no hay cómo huirle  
vamos de la mano con lo que nos rodea  
en ininterrumpida dedicatoria  
los dados son lanzados y tomados  
sin tocar la mesa  
y la suerte sale conforme  
la suerte que se diera  
pues de todo se sabe sólo  
la medida de su entrega

De ti cargaré hasta el fin  
el anuncio cardíaco en pleno silencio  
la ruina de una especie de soledad  
que se creía inamovible  
y que la fluidez de tus tambores  
los cascos de tu nombre incógnito  
deshicieron en un segundo  
para en su lugar  
instaurar una costura  
que nos entrelaza de los pulmones

---

comparado / com o júbilo da encarnação / com a extrema vulnerabilidade  
/ capaz de concentrar em si / as apostas circundantes // Gostaria no  
entanto de te receber / num outro lugar / não neste boi tombado / que dá  
pelo nome de vinte e um / peso morto arrastado pelos cornos / apenas  
para que não o devassem / as moscas / — aprenderás a amar também o  
trabalho alquímico / das moscas / a sua centralidade nas salas / como se  
pudessem medir todo o espaço / e concluir que é no meio — / um outro  
lugar mais consentâneo / com o uso dos dentes / com a urgência de cuidar  
/ com as loucas passadas dos cães // Sinto já a força dos teus dedos  
sucintos / em torno do meu polegar / o calor que esbanjamos em cada  
gesto / na imensa consanguinidade / das coisas vivas / não há como fugir-  
lhe / vamos de mãos dadas com o que nos rodeia / em ininterrupta  
dedicatória / os dados são lançados e apanhados / sem tocar a mesa / e a

el número 3 echado  
como un bote frente a las olas  
el equipaje hacia el futuro

Te oigo nadar siempre en estos días míos  
de naufrago puesto como estrella  
sobre las aguas  
y así estarás tú también  
en tu elemento  
los dos tal vez quietos  
y ser ella quien nos abrevia a los dos  
hacia su vientre alucinado  
la mujer que traspuso conmigo  
el umbral del cinismo  
la angustia del salón bruñido  
tu madre

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALIPO

---

sorte sai conforme / a sorte que se der / pois de tudo se sabe apenas / a  
medida da sua entrega // De ti carregarei até ao fim / o anúncio cardíaco  
em pleno silêncio / a ruína de uma espécie de solidão / que se julgava  
inamovível / e que a correnteza dos teus tambores / os cascos do teu nome  
incógnito / esboroaram num segundo / para no seu lugar / instaurarem  
uma costura / que nos entrança pelos pulmões / o número 3 deitado /  
como barca frente às vagas / a equipagem para o futuro // Ouço-te nadar  
sempre nestes meus dias / de naufrago posto em estrela / sobre as águas /  
e assim estarás tu também / no teu elemento / os dois talvez quietos / e ser  
ela quem nos encurta aos dois / para o seu ventre alucinado / a mulher  
que transpôs comigo / o limiar do cinismo / a angústia do salão espelhado  
/ a tua mãe

# Veintiocho promesas fundamentales para el año dos mil nueve

VALTER HUGO MÃE

**cortar las muñecas pasando por cada vena,  
inundar la cama, volver a coserlas en apenas  
algunos minutos. perfeccionar todas las  
técnicas de resucitación. después, ser para siempre  
con la ganancia distinta de la felicidad**

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

VINTE E OITO PROMESSAS FUNDAMENTAIS  
PARA O ANO DE DOIS MIL E NOVE

**cortar os pulsos passando por cada veia, / inundar a cama,  
voltar a cosê-los em apenas / alguns minutos. aperfeiçoar  
todas as / técnicas de ressuscitar. depois, ser para sempre /  
com a ganância distinta da felicidade**

# El vestido

HÉLIA CORREIA

FÁTIMA

La mujer tenía la libertad en el vestido. Giraba los pies, haciendo la danza de los derviches, y la falda, tan amplia, iba subiendo y ondulando, hasta quedar horizontal. Entonces aquel gran movimiento se detenía, como al borde del desastre. El tejido alisado como lámina de un metal muy ligero, en suspensión. Era una de esas negaciones de las leyes de la física que no se sabe en qué difieren de un milagro. Si insistía, la mujer comenzaría, ciertamente, a volar. Pero conocía los límites. Mujer no vuela. Algunas cosas puede compartir con los pájaros: cantar, llevar comida a los hijos. Hasta colgar de un murito, apreciando un fragmento de paisaje, sin embargo, sin dejar de ponerse alerta. Levantar el vuelo, no.

Hasta porque le verían las piernas y las vergüenzas. Ya sin hablar de los periodos de la sangre. Las mujeres condenadas menstruaban, por la desregulación que hay en el terror, poco antes de ser ahorcadas. Eso hacía explícito lo que había en el espectáculo de muy sexual, equivalente a las misteriosas eyaculaciones que llenaban los pantalones masculinos, y hacía levantar las cabezas en un impulso nervioso, con el anhelo de ver el cadáver que caía, cortada la cuerda, hacia un lado del patíbulo.

La mujer giraba hasta el punto en que la falda quedaba horizontal. Los derviches subían. Ella no.

Tenía el nombre de Fátima y se sentía cómoda con él. Siempre pensó que era bendecida, ligada por el nombre a aquella tierra en que la Virgen había hablado con los pastores. Ella creía que allí todo había comenzado. Y que, antes de eso, no había mujeres-Fátimas. En cierto modo, en cada mujer-Fátima se repetía la escena, la aparición. Había nacido el nombre hacía pocos años, dos, tres generaciones, en un lugar medio desierto que se ha-



bía llenado, sin embargo, de gente. En Portugal. Con la Virgen entregando recados de su hijo que, por lo demás, nunca la trató bien. Pero nadie quería leer esa información en los Evangelios.

#### FATHMA

La mujer tenía la libertad en el vestido. Era otra mujer, de nombre Fátima, Fathma, como la hija de Mahoma. Nunca alguien le había indicado exactamente a qué siglo, a qué año pertenecía. Y ella no necesitaba saber. No necesitaba, por cierto, nada. Por otro lado, una parte de sus nervios no había alcanzado la evolución final. Lidiaba con pequeños pensamientos que ni siquiera se tocaban entre sí. El pensamiento de moler. El de amasar. El de soplar las llamas al brasero. El de coger las aguas con cuidado. El de hacer sumisos a los niños. El de abrir el camino de su hombre al cuerpo de abajo, allí, donde ella no conocía nada de sí misma y el pensamiento, aunque pequeño, se convertía en una masa de pavor.

Fathma tenía la libertad en el vestido. Era un vestido compacto, una prisión, con una rejilla frente a los ojos. La cubría de cabeza a los pies, creando así una especie de horizonte. Hacía parte de una miríada de pequeños mundos pesados y azules, cada uno de los cuales contenía una mujer con su vientre, con sus brazos de trabajo y nada más. Tenía un ambiente muy controlado ese mundo en el que Fathma existía. Un tanto de calor y de oxígeno, menos oxígeno que calor. Ese olor a hierbas, leche y sexo que hasta en la oscuridad guiaba al hombre. Y esa selección de pensamientos.

Los cilindros azules, como planetas en su elipse autónoma, pasaban entre la casa y la fuente, la fuente y la casa, sin que se produjera ninguna desviación. Treinta pasos devoraban la distancia y no había más recorrido. Armas, pozos, rebaños, campos de grano, aunque verdaderos, estaban fuera del alcance. Sólo llegaban como historias traídas por las botas, historias que el polvo y la pólvora contaban. Fathma se quitaba el burka para que el hombre, al llegar a casa, entrara en sus ojos, entrara en todo lo que quisiera dentro de ella. Con sus aderezos de guerrero. Estaba en la naturaleza masculina esa tentación de hacer agujeros, de borrar tierra, cabras y enemigos, y la conciencia y el sexo de la mujer. Al retirar el burka, Fathma tenía siempre el recuerdo de la primera noche, de una niña muy resignada que ve a su marido complacerse con la mancha roja sobre el paño increíblemente blanco, nupcial.

Pedía para mantenerse cubierta, incluso en el espacio de la cocina donde toda la gente gemía de calor. El marido apreciaba su modestia. Y la

suegra también. No sospechaban que ella se recogía en el vestido como un animal se recoge en una concha, en una extrema medida de defensa. Querían separarla del exterior y, sin saberlo, la separaban de ellos mismos. Fathma no era una mujer. Era una función que no hablaba. Ni siquiera con los hijos. Porque ellos pertenecían al padre y, por eso, a la abuela, más que a ella. Pero los residuos de mujer que circulaban en aquel mundo bajo el burka azul que, en sí, constituía un universo, iban generando un lenguaje, aún inarticulado, muy grueso, muy trabado a nivel de la garganta. Casi se confundía con un llanto. Pero era una turbulencia de pasión. Su cuerpo, intocable por la luz, reconocía como gemela la oscuridad. Fathma amaba la noche de tal modo que el maquinismo de adivinación propio de las viejas despertaba a la suegra, que no veía hechos anormales, lo que la dejaba más preocupada.

#### FÁTIMA

Para ir a misa, Fátima vestía una falda trabada, por cautela. La iglesia quedaba muy a lo alto, al final de una gran escalera, y tenía vientos agitados. Ella posaba levemente la mano en el antebrazo de su marido. Levemente. En la otra, sostenía el bolso y el velo. Y no sobraban manos para nada más, para mantener un vestido en su lugar. Por eso la falda del domingo era tan estrecha. Sin embargo, alguna inseguridad acompañaba todo aquel trayecto y los zapatos parecían retorcerse, en el afán de pisar bien el suelo. Los tacones invitaban a los bailes a los que sólo iban chicas casadas bajo la vigilia de pesadas madres. Fátima ya no iba a ningún lado. Pero no quedó embarazada. Se asemejaba a un barco sin lastre, un barco listo para lanzarse a sí mismo más allá de las aguas. Por falta de un cuerpo en el vientre.

Fátima no debía ponerse nunca el vestido amplio. Pero se lo ponía. Entre ella y el vuelo había la red del interdicto que protegía la civilización. Atrapaba a las mujeres fugitivas tal como antes atrapaba las langostas comedoras de cosechas. Tenía un gran zumbido, aquella red, era un dispositivo para el choque. Pero la mujer se temía a sí misma, más que a todas las prohibiciones.

#### FATHMA

Fathma conocía muy poco. Pero, evidentemente, no sabía cuánto le faltaba conocer. Sabía sólo de la regularidad con que la noche caía sobre la aldea. Con la eficacia de un burka natural. Cubriendo a toda la gente, hombres, mujeres, y los animales domésticos, y las fieras. Fathma salía a veces al

patio para tocarlo, como quien toca una flor. En el gran desamparo del misterio. Extendiendo las manos y no hallando nada, ella que hallaba aspe-  
reza en todas partes. Nunca había pensado en preguntarle a su marido qué  
había en la noche. No podía proferir una pregunta. Todo era afirmativo en  
su mundo, orden y contraorden, ley y creencia. Un hierro que aquietaba el  
corazón.

Porque no había en ella un alborozo, una medida que desborda, un  
susto. No había ni siquiera maldad. Ni pensaba en el momento en que la  
suegra moriría y ella finalmente saldría al frente, para mandar. Pues, con  
la fiebre de la noche, ella dejaba caer la vida cotidiana, se distraía. Cuando  
la suegra se quejaba con el hijo, el burka le atenuaba el golpe. No tanto  
que le ahorrara las manchas negras. Sólo al acostarse, a la luz de la lámpa-  
ra, el marido las veía. Fathma no. No sabía de las propias equimosis. Por-  
que no mostraba el rostro ni a las hijas. Parecía una modestia extraordina-  
ria, un martirio del cuerpo que nadie se atrevería a censurar. La suegra  
observaba, largamente, aquel bulto que ni ojos tenía. Presentía una falla.  
No disponía, sin embargo, de lenguaje que tradujera aquel presentimiento.  
No se apoyaba en el soporte de las palabras. Fathma no transgredía ningu-  
na ley.

#### FÁTIMA

La voluntad de Fátima cedía a la voluntad de la falda, poco a poco. El ar-  
mario se agitaba de noche y el marido murmuraba contra los ratones, en su  
murmullo de marido, estirando la sábana hacia arriba de la cabeza. Ella  
decía: «Compraré veneno», e imaginaba que habría un modo de matar el  
vestido pero que lo lamentaría para siempre, si lo hiciera.

Le faltaban las tareas maternas, nunca se había levantado para cal-  
mar a un niño o para darle de mamar. Y empezó a levantarse para abrir la  
puerta del armario, de puntillas, y cada vez más cuidadosamente porque el  
vestido estaba ganando color y echando luz, debido a la impaciencia. Una  
mañana lo llevó a la despensa, un lugar donde el hombre no entraba. Pero  
lo encontraba siempre entre la harina y la lata del café, ya herido, listo  
para romperse como una planta seca. Tomó a mal que Fátima lo pusiera  
junto a las cosas feas que no vuelan. En realidad, ejercía más poder con  
aquella tristeza que cuando se agitaba en el armario sin cesar. Pues Fátima  
se sentía esa madre que castigó a un hijo y que no tiene descanso mientras  
dura ese castigo. Había puesto a su niño a pan y agua y temía que se enfer-  
mara.

El vestido desprendía un cierto olor, propio de la mala higiene de un  
recluso. Había perdido los colores de rebeldía, lilas chispeantes, amarillos.  
«Estás enferma», le decía el marido cuando miraba su rostro cetrino. En lo  
que él sobre todo reparaba era en los guisos chamuscados, en los tenedo-  
res que caían al suelo. «Al menos, acabaste con los ratones», concluía. «Es  
que el veneno es bueno», decía Fátima. Pensaba en el vestido que moría en  
la despensa sin aire ni luz ni espacio. Pensaba que tendría que salvarlo,  
fuese como fuese, aun a su propia costa, aunque la libertad la deshonrase.  
Hacia grandes planes para su crimen y le decía: «Estamos casi, casi». Estaba  
segura de que pronto ese vestido se encargaría de su cuerpo, ya sin cere-  
monia, sin ninguna educación.

«Hoy no ceno», dijo al fin al marido, y el marido no entendió. Ella le dio  
a elegir dos comidas. En una había puesto veneno, en otra no. Por casuali-  
dad, él prefirió la inofensiva. La mujer retiró la letal. «El destino es el que  
escoge», concluyó. Sacó ese trapo de la despensa, se rio muy alto y salió al  
jardín. El vestido la llevó por los aires.

La policía ni se molestó en averiguar la inocencia del marido. Todo el  
mundo hablaba a su favor. La ley debía darlo pronto por viudo para que  
Dios, a la postre, lo bendijese con una esposa fértil. La ley esperó un tiem-  
po y cedió.

#### FÁTIMA / FATHMA

Fátima se cansó de volar. Pero el vestido no. Corrió leguas. Pasaba por los  
valles, por montañas, por el día y por la noche, pero tan lejos, tan por  
encima de los picos más nevados, que nadie veía ni las piernas, ni las ver-  
güenzas, ni la sangre de la mujer. Era un grano de polvo diminuto, total-  
mente invisible bajo el sol. Brillaba por la noche, pero nadie podía detec-

*Pensaba en el vestido que moría*

*.....*  
*en la despensa sin aire ni luz ni espacio.*

*.....*  
*Pensaba que tendría que salvarlo, fuese como*

*.....*  
*fuese, aun a su propia costa, aunque*

*.....*  
*la libertad la deshonrase.*

*.....*

tar movimiento alguno a tal distancia. Era una estrella entre las demás. Pero Fátima, con su cuerpo humano, tenía hambre. No nostalgia del suelo. Hambre, solamente. Y un cierto temor a dormirse. «Detente un rato, baja», dijo Fátima. Pero al vestido no le gustaba bajar. «Yo soy tu libertad», respondió. «Si vas a la tierra, te prenden de nuevo».

«No hace daño, baja un ratito», insistió la mujer. «Sin ver a nadie».

El vestido descendió sobre el desierto. Sobre el pequeño pueblo de Fathma. Estaba enojado con la mujer y quería castigarla, causarle privaciones. Imaginó que los hombres intentarían aprovecharse de la ocasión, que su olfato cazador se abriría al olor de la hembra extraviada, que atacarían. Pero, en el último momento, el remolino de la falda empezaría. Cuando alcanzara la posición horizontal se convertiría en el filo de un cuchillo capaz de romper unos cuantos brazos.

Ésa era la fantasía del vestido. Pero la noche estaba adelantada. Y no tenía enemigos, sólo pastores que respiraban en paz en sus colchones. Los animales, detrás de las cercas, se inquietaron por unos segundos, buscando la amenaza. Pero pronto se volvieron a dormir.

Fathma, que esperaba algo de la oscuridad, aunque no se preguntaba qué, oyó que los pies de Fátima aterrizaron, con un pequeño golpe contra el suelo. Entonces se levantó muy despacio y fue a espiar, con miedo, por la ventana. Sus ojos enormes brillaban bajo el encantamiento del vestido. Porque el vestido irradiaba una luz fuerte, deseoso de ponerse a levitar.

Fátima abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Quería beber agua. Pero por la rejilla nada pasaría. Temió que la mujer reaccionara y empezara a gritar. No podía distinguir el enojo del temor. Los dos iluminaban de igual forma. Y no tenían manera de explicarse. «¡Aquí no!», le dijo Fátima al vestido. «Quiero aterrizar donde me comprendan».

El vestido rodó y se alejaron del campo de visión de la aldea. «Nadie te va a comprender mejor que ella», comentó el vestido, sentencioso. Pero quería volar. Por eso no adelantó nada más sobre el asunto ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# JOSÉ MIGUEL SILVA

## INICIACIÓN

Entre piedras elegidas  
la ventana por abrir.  
Alguien lo acompaña

en los recados matutinos:  
sal, doce panes, un kilo de manzanas  
fósforos, canela.

Al salir de la tienda,  
le robaron los pedales de la bicicleta,  
la rueda de oraciones.

Madre, quise saber,  
¿quién me tuvo en cuenta  
cuando eras pequeñita?

---

## INICIAÇÃO

Entre pedras escolhidas, / a janela por abrir. / Alguém o acompanha // nos recados da manhã: / sal, doze pães, um quilo de maçãs / fósforos, canela. // Ao sair da mercearia, / roubaram-lhe os pedais da bicicleta, / a roda de orações. // Mãe, quis saber, / quem tomou conta de mim / quando eras pequenina?

*You still haven't died, you're still not alone*

OSSIP MANDELSTAMM

Aún no has muerto y ya estás a oscuras,  
sin felicidades, café de barrio.  
Perdiste el derecho a ser infeliz,  
al carné de socio, a la compañía  
de electricidad. Un lápiz de ceniza  
es tu horizonte. Tómallo del piso.

Y así empiezan, ponte de pie,  
las horas mayores, de fidelidad  
a las resoluciones: dar con acierto  
nombres al azar a todas las líneas  
de tu mano, únelas a restos  
de poca belleza, al día que viene.

Quién sabe regresen, al atardecer,  
el bien y la calma, tocan la puerta,  
es el amigo vestido de mundo,  
trae una bola, lápiz de color  
y las zapatillas alegres de lama.

## COSECHA DEL 98

Ayer compré en el supermercado  
una botella de maduro tinto  
de Ribatejo. Si la etiqueta no miente,  
estoy frente a un vino de color  
granate, cuerpo excelente,  
de sabor y aroma muy acentuados,  
con alguna evolución y persistencia.

Tal vez no sea el Bien, la Belleza  
la Verdad, pero es mejor  
que mi vida incorpórea,  
caprichosa, sin evolución,  
de color avinagrado y sin ningún aroma.

Fuera de eso es garantizado por pruebas  
de laboratorio, mientras yo —  
¿quién me garantiza qué?

## NO SÉ SI SON LOS TREINTA AÑOS

No sé qué pasa conmigo:  
cada vez me asusta más la soledad.

## COLHEITA DE 98

Comprei ontem no supermercado / uma garrafa de maduro tinto / do Ribatejo. Se o rótulo não mente, / estou perante um vinho de cor / granada, corpo excelente, / de sabor e aroma muito acentuados, / com alguma evolução e persistência. // Talvez não seja o Bem, a Beleza / a Verdade, mas é melhor / do que a minha vida incorpórea, / caprichosa, sem evolução, / de cor avinagrada e aroma nenhum. // Além disso é garantido por testes / laboratoriais, enquanto eu — / quem me garante o quê?

A los veinte años, a los veinticinco,  
figuraba el paraíso como un cuarto vacío,  
donde el silencio de un libro resonaba  
por la noche dentro. Protegía de los amigos  
mis horas, de los hermanos, del timbre  
del teléfono. Como un ciego de nacimiento,  
estudiaba la oscuridad. Me soñaba  
recluido en una isla de peñas, rodeado  
de trincheras, distante de placitas,  
gestos, invitaciones para cenar.  
El lamento era mi *hobby* favorito.

No sé si son los treinta años, la lluvia,  
el sabor de más de un día derribado  
en los transportes colectivos,  
la maligna caída de las primeras hojas;  
no sé qué es, tal vez tu amor  
empiece, poco a poco, a civilizarme.  
Ahora, si llego a casa y tú no estás,  
corro a poner música, abro ventanas,  
me agarro al teléfono, como un naufrago,  
incapaz de soportar por un segundo  
el terror emboscado bajo la cama,  
detrás de los estantes, dentro de mí.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

NÃO SEI SE SÃO OS TRINTA ANOS

Não sei o que se passa comigo: / cada vez me assusta mais a solidão. / Aos vinte anos, aos vinte cinco, / figurava o paraíso como um quarto vazio, / onde o silêncio de um livro ressoava / pela noite dentro. Protegia dos amigos / minhas horas, dos irmãos, dos apelos / do telefone. Como um cego de nascença, / estudava a escuridão. Sonhava-me / recluso numa ilha de fragais, rodeado / de trincheiras, distante de pracetas, / acenos, convites pra jantar. / O lamento era o meu *hobby* preferido. // Não sei se são os trinta anos, a chuva, / o sabor de mais um dia derrubado / nos transportes colectivos, / a queda maligna das primeiras folhas; / não sei o que é, talvez o teu amor / comece, pouco a pouco, a civilizar-me. / Agora, se chego a casa e tu não estás, / corro a pôr música, abro janelas, / agarro-me ao telefone, como um naufrago, / incapaz de suportar por um segundo / o terror emboscado debaixo da cama, / atrás das estantes, dentro de mim.

LUVINA / INVIERNO / 2018

## RAQUEL NOBRE GUERRA

Me gusta pensar que siempre he sido una buena solitaria.  
Cuando me muera puesta bajo la luz más favorable  
dirán que me moví con la ira de un rey burlón.  
Harán romerías hasta el Senhor Roubado para mendigar  
lo poco que no haya sido apuntado.  
Amigos que enterraron cuerpos amigos  
un solo amor capaz de morir de tan antiguo  
un burro tumbado por vicios y vanidades.

Mis doscientos seis huesos harán la excusa  
para doctorados sobre el *Estádio*, esa tapia,  
que impedía que Lete devorara el rastro de los días.

Al fin y al cabo no habrá salido mal  
la tan alardeada belleza ya nos había sido prometida.

Sabes, tengo poco para decir al final.

Gosto de achar que sempre fui uma boa solitária. / Quando morrer colocada sob a luz mais favorável / dirão que me movi com a ira de um rei trocista. / Farão romarias ao Senhor Roubado para esmolar / o pouco que não tenha sido apontado. / Amigos que enterraram corpos amigos / um só amor capaz de morrer de tão antigo / um burro tombado de vícios e vaidades. // Os meus duzentos e seis ossos farão a desculpa / para doutoramentos sobre o Estádio, esse tabique, / que impedia o Letes de

LUVINA / INVIERNO / 2018

Apreciar ante todo no tener a donde ir  
hacer del amor el pasajero frecuente  
cubrir más y más la cabeza con camelias.

¿Merecerá más la literatura que mi vida?

Hice toda la tropa militar en el gran bluff de la noche literaria  
contribuí para la manía de mi generación  
sufro mi propia condición de orfandad y acepto  
que la medida de eso a que llaman realidad  
sea un aparador de bibelots con las piernas enclenques  
que sin querer un animal hace desandar.

Ahora poco escribo que convenga a la porquería diaria  
escribo la borrachera de las palabras elegidas  
porque nunca nadie escribió para elevarse  
se escribe para darle forma al miedo y reducirle el peso.

Créanme, soy supersticiosa, empeñenme la vida  
tengo un piecécito en el bien, otro en el mal  
y meo en el medio, es honesto pensar así.

Cuando me lleven llévenme entera pero antes  
déjenme surfear la resaca de la última ola.

engolir o rasto dos dias. // Ao fim ao cabo não terá corrido mal / a tão alardeada beleza já nos estava prometida. // Sabes, tenho pouco para dizer afinal. // Appreciar sobretudo não ter para onde ir / fazer do amor o passageiro frequente / cobrir cada vez mais a cabeça de camélias. // Merecerá mais a literatura que a minha vida? // Fiz a tropa toda no grande bluff da noite literária / contribuí para a mania da minha geração / sofro o meu próprio termo de orfandade e aceito / que a medida daquilo a que chamam realidade / seja um aparador de bibelôts com as pernas bambas / que sem querer um animal faz desandar. // Já pouco escrevo que convenha à javardice diária / escrevo a bebedeira das palavras escolhidas / porque nunca ninguém escreveu para se elevar / escreve-se para dar forma ao



«Donde se come quedan migajas»  
así rezará mi epitafio.

Sales de casa porque la muerte te sacude  
transpiras por el camarero que lee a Balzac  
tienes ambiciones literarias  
razones, en fin, para andar mal vestido  
despeinado con una bolsa en la cabeza  
para que se diga allí va la poesía portuguesa.

Aún buscas salvar al mundo del azufre  
del infortunio de los pobrecitos que aspiran  
a la avara seducción del matadero.

Seré breve.

medo e abrandar-lhe o peso. // Acreditem, sou supersticiosa, penhorem-me a vida / tenho uma perninha no bem, outra no mal / e mijjo no meio, é honesto pensar assim. // Quando me levarem levem-me inteira mas antes / deixem-me surfar a ressaca da última onda.

«Onde se come ficam migalhas» / assim cantará no meu epitáfio. // Sais de casa porque a morte te agita / transpiras pelo empregado de mesa / que lê Balzac, tens ambições literárias / razões, enfim, para andar mal vestido / despenteado com um saco na cabeça / para que se diga ali vai a poesia portuguesa. // Queres até salvar o mundo do enxofre / da má sina dos coitados que aspiram / à avara sedução do matadouro. // Serei breve. // Quero entrar para a história da literatura / com um verso roubado a alguém, / por exemplo, uma adolescente grávida / com um grande espaço entre os dentes / a dar na chinesa com a mãe. / Grande imagem sacada à presteza dos dias / mas que importa? Se aqui neste bairro ninguém sabe ler / e eu ardo na cupidez de ganhar para a lírica /



Quiero entrar para la historia de la literatura  
 con un verso robado a alguien,  
 por ejemplo, una adolescente embarazada  
 con un gran espacio entre los dientes  
 fumando crack con la madre.  
 Gran imagen arrancada a la presteza de los días  
 ¿pero que importa? Si aquí en este barrio nadie sabe leer  
 y yo ardo en la codicia de ganar para la lírica  
 porque en estos casos lo mejor es serse culinario  
 y hacer secreto, decir solamente que soy feliz  
 en medio de la inmundicia a diez minutos de la humanidad.

#### Señor Robado-Café Lenita-Señor Robado

Quiero escribir el poema más feliz de mi barrio  
 levantar a lo alto los ojos del dealer  
 decir que es posible remediar los días  
 hacer magia, decir sí, vivo aquí  
 con una reserva de Foucault y una mesita  
 que me da libertad a un trozo de la basura.

Pero soy una criatura tan pequeña como la certeza  
 de que toda esta gente me perdonaría si yo dijera  
 que me avergüenza vivir aquí  
 y que les saco la vida con la agilidad de un carterista.

porque nestes casos o melhor é ser-se culinário / e fazer segredo, dizer apenas que sou feliz / no meio da porcaria a dez minutos da humanidade. // Senhor Roubado-Café Lenita-Senhor Roubado / Quero escrever o poema mais feliz do meu bairro / levantar ao alto os olhos do dealer / dizer que é possível remediar os dias / fazer magia, dizer sim, moro aqui / com uma reserva de Foucault e uma mesinha / que me dá liberdade a um combro do lixo. // Mas sou uma criatura tão pequena quanto a certeza / de que esta gente toda me perdoaria se eu dissesse / que me envergonha morar aqui / e que lhes levo a vida com a ligeireza de um carteirista.

Sonrí a los muertos y entierro a los vivos  
 como a un objeto oscuro  
 por donde se rodaran manos  
 y asomos de luz.

Vivo como si no estuviera aquí  
 ligerísima ropa como en la vida  
 y voy de la primera a la última batida  
 en la respiración de un pulmón dolorido.

Lee así

podría arder a una poca distancia de ti  
 en esa plazoleta que es un poema tuyo  
 y las cosas volverían a mí, someras,  
 como el ser transportada por los días  
 pero caeré por aquí.

Mi amor

puerta cerrada y nada en las manos  
 hace mucho que es todo lo que queda.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE JERÓNIMO PIZARRO

Sorrio aos mortos e enterro os vivos / como um objecto escuro / por que rodaram mãos e jeitos de luz. // Vivo como se não estivesse aqui / roupa leve como na vida. / E vou da primeira à última batida / na respiração de um pulmão doído. // Lê assim // podia arder a uma pouca distância de ti / nessa praceta que é um poema teu / e as coisas voltariam a mim, meras, / como o ser transportada pelos dias / mas cairei por aqui. // Meu amor // Porta no trinco e nada nas mãos. / Há muito que é tudo o que resta.

# Flávio Cerqueira o *Nueves, Fuera Nada*

A. M. PIRES CABRAL

**FLÁVIO CERQUEIRA VIVÍA** en el número 136 de la calle Libório Baeta, una casita simpática heredada de los padres, en la que había un aire a Raúl Lino, enmarcada por un espacio de jardín que a causa de su incuria dejaba que se transformara en un pequeño matorral, donde prosperaban las malas hierbas y las lagartijas.

La calle Libório Baeta no quedaba en la Baja de la ciudad, pero tampoco se puede decir que estuviese en la periferia. Quedaba a medio camino entre una cosa y la otra, en aquella zona gris en la que las calles empiezan a tener nombres de fulanos de los que nadie (bueno, casi nadie) oyó hablar. Ése era el caso de Libório Baeta. ¿El lector sabía quién fue? No lo sabía, por supuesto. Ni siquiera los propios moradores en esa calle (bueno, la mayoría de ellos, claro excluyendo a los quisquillosos que encuentran en Google y en Wikipedia respuestas para todas las dudas y problemas) sabían que se trataba de un oscuro profesor de la Facultad de Ciencias de la universidad local, que había tenido un fogueo de notoriedad, como un fósforo que se enciende y pronto se apaga, y luego vuelve a ser oscuro.



**AHORA YA CUENTO** cómo fue. La historia de Flávio Cerqueira puede esperar.

La gran pasión del profesor Libório Baeta era la entomología. Daba cátedras de botánica en los diferentes cursos impartidos en la Facultad, pero su gran pasión era en realidad la entomología. Insectos. Lo fascinaban, en la inmensa variedad de formas, colores, modos de lo-

comoción, hábitos alimentarios, mecanismos reproductivos, metamorfosis. Parecía que habían sido producidos por una imaginación delirante cercana al absurdo. O que la naturaleza los había ido alterando sucesivamente, siempre insatisfecha con los resultados, en busca del insecto ideal.

Teniendo en cuenta el modo de ser delicado, casi femenino, del profesor Libório Baeta, sería quizá de esperar que, en el mundo de los insectos, se interesara sobre todo por mariposas y efímeras, o al menos por mariquitas. Pero no. Estaba sobre todo seducido por la mantis, a la que —como conviene a un profesor catedrático— siempre se refería, tanto en los artículos que la revista de la Facultad a veces le publicaba como en las conversaciones diarias, con el nombre científico *Mantis religiosa*. Una seducción perversa, por lo demás, ya que la mantis le horrorizaba con la frialdad casi mecánica con que consumía otros insectos; insectos vivos, aún debatiéndose entre las poderosas patas prensoras que los sujetaban y llevaban a las incansables piezas bucales del siniestro depredador.

Y ahora el tal fogueo de notoriedad de que hablé arriba: Libório Baeta, de tanto observar y estudiar al cruel insecto, acabó por identificar y revelar al mundo científico una subespecie de la *Mantis religiosa*, que tenía la particularidad de exhibir en las patas delanteras un serrado claramente distinto del de la *Mantis religiosa* común. El mundo científico reconoció el descubrimiento y la subespecie fue bautizada como *Mantis religiosa baetae* en homenaje a nuestro hombre. La *National Geographic* llegó a publicar el nombre de Libório Baeta en una o dos notas al pie, que Libório Baeta hizo fotografiar, enmarcar y colgar en la pared, al lado del diploma de doctorado. En realidad, llevó el disparate hasta el punto de imaginarse en un plano idéntico al de los grandes científicos mundiales, incluyendo a Darwin. Pero el escaso reconocimiento y el olvido acelerado de su descubrimiento por parte de los colegas de la Facultad acabaron poco a poco por reconducirlo a la oscuridad.

Oscuridad que sería total e irreparable, si un sobrino nieto, que era concejal, en una ocasión en que fue necesario descubrir nombres para la toponimia local, debido a la expansión de la ciudad, no hubiera tenido el arte de convencer al ejecutivo municipal para que le diera a esa calle el nombre del tío abuelo.





**PERO ESTE CUENTO** es sobre Flávio Cerqueira, no sobre Libório Baeta. Por lo tanto, volvamos al punto.

La calle Libório Baeta quedaba, como vimos, en algún lugar entre el centro y la periferia de la ciudad. Eso permitía a sus habitantes tener todavía algo del bullicio de la ciudad y al mismo tiempo disfrutar de cierta tranquilidad rural. Las casas eran generalmente chalés implantados en medio de pequeños jardines; sólo media docena de ellas tenía más de dos pisos. Había un café con minimercado al lado, una especie de tienda de conveniencia donde las personas no iban a comprar sino lo que les hacía falta hasta la próxima visita a un supermercado que quedaba en los bordes de la ciudad. Y había un bar, el Bibendum. (Las personas, ignorando el origen latino del nombre, lo pronunciaban como palabra aguda, rimando con *lundum*. El paso siguiente fue nasalizar la primera sílaba, dando como resultado *Bim-ben-dum*. ¿Y no es cierto que esa sonoridad espuria de la palabra evocaba con mucha mayor nitidez el mundo de diversión y despreocupación propias de un bar?).

Ocupaba el Bibendum un sótano debidamente oscurecido y con las ventanas tapiadas de un edificio de tres pisos. No se puede decir que constituyera un vecino bien visto por todos los habitantes, debido al ruido y las riñas que se producían, casi un día sí y un día no, a las dos de la mañana, hora en la que el bar cerraba y lanzaba a la vía pública una docena de sujetos empapados en whisky. Los abajofirmantes y las amenazas de acción judicial no habían tenido ningún efecto hasta el momento, y el Bibendum seguía allí supliendo carencias y suministrando olvidos y, decían las vecinas que acechaban detrás de cortinas, alcahueteando amores ilícitos que después se consumaban en el asiento trasero de algún automóvil, o a veces allí, en la propia calle, una vergüenza.

Flávio Cerqueira frecuentaba diariamente el bar, que le quedaba a cien metros de casa. Era soltero y no había podido hacer del hogar un lugar capaz de retenerlo. No le gustaba la televisión. Tenía una biblioteca razonable, también heredada del padre, juez de derecho, pero tampoco adquirió el hábito de leer: abría a veces, con desgano, un libro y lo dejaba después de cinco minutos de lectura. De música se servía un poco más, es cierto, pero de la buena colección de CD acababa por oír siempre, y sólo en momentos de gran neurosis, dos o tres

canciones de Jaques Brel, otras tantas baladas de José Afonso, y uno que otro trecho de música erudita, la «Lacrimosa» del *Réquiem* de Mozart o el «Coro de los Peregrinos» de *Tannhäuser*. No, no había hecho de la casa un oasis ni una ciudadela, lejos de eso, y pasaba allí el mínimo de tiempo posible.

Trabajaba hasta tarde en la Baja —era analista en un laboratorio clínico—, cenaba por allí, variando el capricho de restaurante, y regresaba a la calle Libório Baeta alrededor de las diez. Pasaba por casa para refrescarse y oír algún raro mensaje en la contestadora, y bajaba los cien metros de la calle que lo separaban del Bibendum. Se sentaba al mostrador y bebía espaciadamente y con pequeños sorbos bebidas blancas hasta la hora del cierre. Salía entonces, moderadamente embriagado pero ordenado, y se iba a la cama para que al día siguiente no apareciera con ojeras excesivas en el laboratorio.

En el bar no era en absoluto un solitario. No se encerraba en la arena de sí mismo lidiando con la neura. Por el contrario, procuraba trabar (y aguantar) conversación con desconocidos cualesquiera que le parecieran disponibles o solitarios como él. Cuando eso no era posible, hablaba largamente con Jeremías, el empleado del bar, cuya vida había conocido por completo y a quien todas las noches le preguntaba por la mujer, por los hijos y por el gato.



**ESA NOCHE LLEGÓ** un poco atrasado al Bibendum y encontró su lugar habitual ocupado por un sujeto que apoyaba un codo en el mostrador y se dirigía a la sala, pareciendo más interesado en el ambiente brumoso del bar que en la cerveza que tenía delante de él. Daba muestras de estar allí por primera vez. Flávio Cerqueira adivinó en él un interlocutor apetecible y se sentó al lado. La larga experiencia le había dado una cierta pericia en el abordaje de presumibles compañeros de confidencias. Al sentarse, se dirigió abiertamente al desconocido:

—Probablemente se desilusionó de que sea yo quien se sienta aquí.

—¿Cómo dice? —preguntó el otro, sorprendido.

—Calculo que le resultaría más agradable ver sentarse a su lado a una de esas rubias que revolotean por ahí...

El otro lo miró con aire levemente crispado. Pareció que estaba deduciendo las palabras correctas.

—No vine a este bar para buscar compañía —dijo por fin—. Mucho menos compañía de naturaleza sexual. Sólo se me ocurrió pasar por aquí, es todo. De modo que, si pretende...

Flávio Cerqueira le interrumpió con una carcajada breve:

—No, mi amigo. No soy *gay* ni busco un enganche. Busco cuando mucho a alguien con quien hablar un poco.

—Bueno saberlo —dijo el otro.

Hubo un silencio.

—¿Ya se dio cuenta —preguntó Flávio Cerqueira— de que el número de vasos que está a la izquierda de la máquina del café es exactamente el triple de los que están a la derecha?

—No me había dado cuenta de eso. Ni me parece que eso tenga una gran importancia. Es un simple azar.

—Claro. Pero yo, ¿sabe?, tengo desde siempre la tendencia a mirar todo con prejuicio matemático, digamos a falta de algo mejor. Es compulsivo en mí.

—Tiene formación matemática, tal vez —arriesgó el otro.

—Alguna, pero no tanta como sería de suponer. Sí, estudié matemáticas, y era la carrera de matemáticas la que desearía haber tomado. Pero allí intervino la voluntad paterna. «¿Para qué te sirve una carrera de matemáticas? Para morirte de hambre, ¿no?», decía mi padre. A la hora de elegir, terminado el duodécimo año, me obligó a optar por medicina, pero el célebre *numerus clausus* me empujó a lo más parecido que había en la época: farmacia. Contrariado, no llegué a terminar la carrera, pero hice las asignaturas suficientes para que me aceptaran como analista en un laboratorio clínico, donde trabajo hasta hoy.

—Interesante —concedió el otro. Y ya se habían atenuado los signos de crispación.

—Voy a hacerle una confidencia. Estamos en un bar, no nos conocemos, pero el bar es precisamente eso: un pretexto para hacer confidencias a desconocidos. ¿Puedo?

—¡Claro!

—Pues bien, allí va, entonces. Esta inclinación hacia las matemáticas llegó a dar frutos que en un momento consideré valiosos, pero más tarde se reveló como un lío.

—No me diga...

—Sí. Se dio el caso de que, después de muchas elucubraciones, formulé lo que me pareció que podía ser llamado Teorema de Cer-

queira. Cerqueira es mi apellido. Es así: el cuadrado de cualquier número es igual a la suma de ese número con la suma multiplicada por dos de todos los números enteros anteriores a él.

El otro pareció interesarse:

—Dice usted que el cuadrado de cualquier número...

—...es igual a la suma de ese número con la suma multiplicada por dos de todos los números enteros anteriores a él.

—¿Y es así?

—Sin duda. Si no, veamos. El cuadrado de 3, o sea 9, es igual a la suma de 3 más el doble de la suma de 2 más 1, que son los números enteros anteriores a 3, o sea 6. Por lo tanto, 3 más 6 igual a 9, el cuadrado de 3. Es sólo cuestión de hacer cuentas.

—Curioso. ¿Y funciona con todos los números?

—Absolutamente. Lo que pasa con el cuadrado de 3, pasa con el cuadrado de cualquier otro número, independientemente de la cantidad de dígitos que lo componen. Es sólo hacer cuentas.

—Curioso, de hecho. ¿Y cómo lo descubrió?

—No hice nada para eso. La cosa como que se me impuso. Fue, por así decirlo, una iluminación. Qué tonto fui... me pareció entonces que había descubierto la pólvora. Llevaba mi teorema acurrucado en mí, así como un marsupial lleva su crío en la bolsa. Pero, tal como la cría crece y al final ya no cabe en la bolsa, el teorema quiso mundo. Aunque, cuando se lo demostré a un amigo que es profesor de matemáticas, se rio de mí en la cara. «¿Por qué no te dedicas a la jardinería?», dijo. Comprendí y cerré el pico.

En ese momento pareció que a Flávio Cerqueira le invadiese cierta melancolía. El otro comprendió e hizo un gesto compungido.

—En fin —prosiguió Flávio Cerqueira—, tontería y consecuente desilusión, o, si lo quiere, crimen y castigo. ¿Estoy importunándolo?

—De ninguna manera.

—¿Entonces puedo continuar?

—Si lo desea...

—Tengo esta inclinación (a veces me apetece decir *este sino*) desde los tiempos de la escuela primaria. A causa de ella, los colegas me pusieron el apodo de *Nueves, Fuera Nada*, que a veces simplificaban en *Nueves, Fuera*. ¿Y sabe por qué? Porque no podía ver un número, especialmente un número largo, al que no le extrajese los nueves. ¿Sabe cómo es? ¿No lo sabe? 27 arroja nueves, fuera nada; 38 arroja nueves,

fuera dos. ¿Lo ve? Esto era —y sigue siéndolo— compulsivo. A veces me parece que es una manera inconsciente de reducir todo lo esencial, abolir adiposidades. Veamos, por ejemplo, el código de barras de esta botella: es una sucesión enorme de cifras. ¿Por qué no reducirla al máximo, es decir, a un dígito? Es sólo cuestión de extraer los nueves...

—Sí, pero miles de códigos de barras diferentes pueden dar el mismo resultado...

—Sí, lo sé. Y eso es lo que me impide por el momento llevar la cosa más lejos. Era una confusión del diablo, incompatible, además, con la exactitud que la matemática reclama. Pero confieso que hay una seducción perversa, algo oscuro e irracional que me empuja hacia esos devaneos.

—¿Quiere decir algo capaz de darle sentido a la vida?

—¿Sentido a la vida? Tal vez no tanto, pero cerca de eso. Pero déjeme continuar. ¿Quiere ver otro ejemplo con esta obsesión de los nueves-fuera? En cierto momento, aún en la primaria, me puse a pensar que los automóviles cuya matrícula dé esos nueves, fuera nada, eran buenos. No podía ver una matrícula de la que no extrajese los nueves. Un automóvil que tuviera la matrícula HN-56-46, por ejemplo, no debía de ser gran cosa, porque daba nueves, fuera tres. Ya uno que tuviera la matrícula TR-61-74 era con certeza un buen coche, porque daba nueves, fuera nada. Dedicaba horas a ver pasar automóviles y a leer sus placas de matrícula. Recluté para esta especie de cruzada a algunos colegas, que pasaron también a elegir los buenos coches de esta forma. En el fondo, era una cosa que nos divertía. Pero, bien allá en el fondo del fondo, no sería sólo eso. Era algo mágico, que nos atraía precisamente por ser mágico e irracional. ¿Usted entiende esto?

—Confieso que tengo alguna dificultad...

—No lo censuro por eso.

En ese momento, Jeremías le ponía delante el tercer whisky de la noche. Flávio Cerqueira no lo había pedido, pero el empleado le conocía la medida y los *timings* de la sed.

Ya ligeramente ebrio, pero no tanto como para atropellar palabras o ideas, Flávio Cerqueira prosiguió:

—Y ahora llega el momento de la gran confianza. Algo que puede incluso poner en peligro mi trabajo. ¿Acepta oír?

El otro dijo que sí con la cabeza.

—Aceptar una confianza de éstas implica la máxima discreción. ¿Será discreto?

—Tranquilo, seré discreto.

—Perfecto. Vamos entonces a eso. Lo que acabo de contarle lo he contado muchas veces a otros tantos compañeros de ocasión en este bar. Lo que paso ahora a contarle, sin embargo, nunca se lo he contado a nadie. La evaluación que hago de su carácter, después de esta media hora de conversación, me alienta a descargar esta confianza. O bien, esta confesión—. Sorbió el whisky y se acomodó en el banco, como quien se prepara para un largo viaje. —Como ya le dije, trabajo en un laboratorio de análisis clínicos. No es un trabajo particularmente interesante, y ya he querido cambiar de vida, pero creo que en esta época de crisis debo luchar para conservar el empleo. ¿Y no es interesante por qué? Amigo mío, ¿ya ha visto con qué materias primas trabajo? Sangre, orina, heces; la santísima trinidad, como acostumbro decir, sin ofensa de las creencias de nadie. Para quien, como yo, aspira a la pureza de las matemáticas, hay que aceptar que son productos desagradables de manipular.

—Pero, por otro lado, supongo que su trabajo exige el concurso de su bien amada matemática...

—Sí, pero no deja de ser un ejercicio sórdido, que nada tiene que ver con lo que he llamado incluso ahora la pureza de la pureza de las matemáticas. Créalo, a veces hay que tener estómago para realizar determinados análisis. ¿Ya se vio moviéndose entre muestras de heces? Nos preguntamos: ¿por qué me había de tocar a mí trabajar con el subproducto de la digestión de los demás? Entonces, sobrevuelan crisis, la propia deontología está sujeta a tentaciones. Y aquí es adonde quiero llegar, porque aquí es donde esta conversación vuelve al punto de origen, sin saber por dónde empezar. ¿Está preparado para una revelación impactante?

—Amigo mío, con todos esos rodeos, no sólo estoy preparado, sino ansioso.

—Pues bien. En momentos extremos de crisis, me niego a hacer la investigación de sangre oculta en las heces.

—¿Y qué hace entonces?

—Dejo que la matemática hable.

—¿Cómo así?

—Se lo explico. Cuando llega un producto fisiológico cualquiera para analizarlo, a la entrada se le asigna enseguida un número de registro. Ese número acompaña al producto durante todo el proceso de análisis. Pues bien, con esta inclinación mía hacia las matemáticas, he comprobado estadísticamente que en cada diez muestras de heces, hay en promedio una que contiene sangre oculta y nueve que no la contienen. Entonces, en esos momentos críticos, en vez de proceder al análisis, aplico lo que llamo la prueba de los nueves, fuera. Es decir: si el número de registro arroja nueves, fuera nada, concluyo que hay sangre oculta; si arroja otro valor cualquiera, considero que no la hay. ¿Lo ve? Uno para nueve, al igual que en los números de estadística. Simple, ¿no es verdad?

El otro estaba estupefacto. Preguntó:

—Dígame una cosa: ¿el laboratorio donde trabaja queda en la Placita del Padre Cruz?

—Exactamente ahí. Después, cuando la crisis pasa, vuelvo al camino de la deontología y procedo a los análisis como es debido.

Pausa.

—El amigo debe de estar pensando: este tipo está loco, ¿no?

—Resulta que no. Lo que estoy pensando es por qué todavía no le he roto esta botella en la cabeza.

Y cogió amenazantemente la botella de cerveza.

—Calma, amigo. No veo cómo esta confesión le pueda ofender...

—¿No lo ve? Pues entonces yo se lo explico. Hace unas tres semanas, el médico de familia, desconfiado no sé bien de qué, me pidió un análisis de sangre oculta en las heces. Como vivo cerca de la Placita del Padre Cruz, me dirigí a ese laboratorio. Al suyo. Análisis positivo. El médico, alarmado, me mandó a toda prisa a hacer una colonoscopia. Hice la colonoscopia, que no arrojó nada.

—Menos mal.

—Menos mal, dice usted. ¿Pero ya imaginó la molestia de limpiar durante dos días el intestino, lleno de hambre, y el vejamen de que a una persona se la someta a una enfermera para que le meta un tubo por el recto? Después de su confesión, he llegado a pensar que mis heces nunca llegaron a ser debidamente analizadas, pero que habían entrado en ese banal juego de azar que sus crisis inventaron. Más que banal, estúpido, cruel y hasta criminal, señor *Nueves, Fuera*. Y por eso es que estoy tentado a abrirle la cabeza con esta botella, y no sé por qué no lo he hecho aún.

—Calma, amigo. No se ahogue en un vaso de agua. Puede que no haya sido el caso. Muchas veces los análisis detectan sangre oculta en las heces por motivos fortuitos, de ninguna gravedad. Pero, aunque haya sido el caso, piénselo bien: ¿no fue un alivio recibir el informe de la colonoscopia? Además, ¿qué culpa tengo yo de que el número de registro de su análisis diera esos nueves, fuera nada? Sí, ¿qué culpa tengo yo?

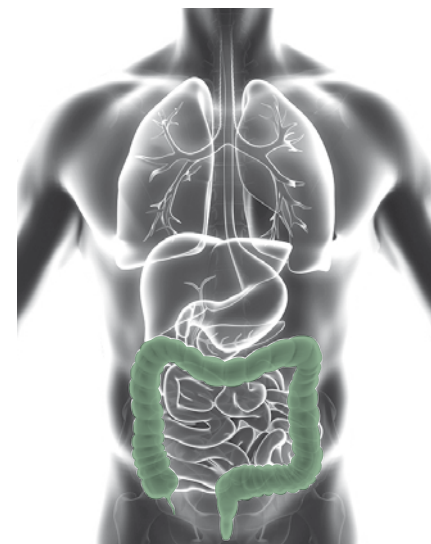


¿QUÉ CULPA tengo yo?

¿Inocente o cínica la pregunta? Desconcertante era, por cierto. ¿Pero era inocente o cínica? Probablemente inocente. El otro, sin embargo, la tomó por cínica y provocadora, y se enfureció. Alzó la botella y la rompió en la cabeza de Flávio Cerqueira, que cayó al suelo junto con el banco. Dejó veinte euros sobre el mostrador y salió. La gente levantó los ojos para ver qué había sucedido, y luego se desinteresaron: escenas como ésta, banales, no tenían potencial para producir alarma especial.

Diez minutos después, como la sangre no paraba, Jeremías llamó al 112, pidiendo una ambulancia ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALIPO



# Rosa Alice

## BRANCO

### LAS MADRES

La madre llama para el almuerzo  
y corres con los pantalones rotos,  
los bolsillos llenos,  
la risa molestando a las horas,  
las manos lavadas deprisa  
y tu boca es dulce cuando llega a la mesa.

Si tardas, la madre guarda tu plato  
junto al corazón  
y nos sonríe como si fueras a llegar.  
La comida se enfría. Nuestros ojos pegados  
a la puerta, a las travesuras que habrás de hacer,  
a las rodillas reventadas,  
a los bolsillos que se vacían en cenizas.  
Pero no hay mar que baste para ahogar  
el almuerzo a la deriva de tu plato.

### AS MÃES

A mãe chama para o almoço / e corres com os calções rotos, / os bolsos cheios, / o riso a arrelhar as horas, / as mãos lavadas à pressa / e a tua boca é meiga ao chegar à mesa. // Se tardas, a mãe guarda o teu prato / junto ao coração / e sorri-nos como se fosses chegar. / O almoço

*para Joni*

*para o Joni*

La voz de la madre no deja de llamarte.  
Cuanto más calla, más la oímos  
aullar en silencio por su cría.  
Y aún así nos sonríe,  
y nosotros a ella, tan torpes.

Las madres siempre llaman a sus hijos.  
Cuando saben que la hora de la comida acabó  
siguen viéndolos entrar por la puerta  
con sonrisa de niño endemoniado.  
Después de que todos se levantan de la mesa  
ellas astillan el plato contra su corazón  
y siguen siendo madres  
con los ojos cansados y las suelas gastadas  
de esperar en el frío para siempre jamás.

### MENOS RAZONES QUE AVES: IRAK

La ruta de las aves. Esas mañanas en que  
levantaba la cabeza y ellas pasaban  
a ras de la infancia. Paseaban  
en el cielo como yo paseaba aquí abajo. Sin calle  
ni paseos apiñados en la respiración por un secreto  
dentro del oído. Un temblor, casi la conciencia  
de tener cuerpo. En bandadas, más gente que secretos.  
Tal vez sea por eso que se posan en los tejados vacíos.

esfria. Os nossos olhos colados / à porta, às tropelias que hás-de fazer,  
/ aos joelhos reventados, / aos bolsos que se esvaziam em cinzas. / Mas  
não há mar que baste para afogar / o almoço à deriva no teu prato. //  
A voz da mãe não cessa de chamar por ti. / Quanto mais cala, mais a  
ouvimos / a uivar em silêncio pela sua cria. / E mesmo assim sorri-  
nos, / e nós a ela, tão desajeitados. // As mães sempre chamam pelos  
filhos. / Quando sabem que a hora do almoço findou / continuam a  
vê-los entrar pela porta / com sorriso de criança endiabrada. / Depois  
que todos se levantam da mesa / elas estilhaçam o prato contra o  
coração / e continuam mães / com os olhos cansados e as solas gastas /  
de esperar ao frio para todo o sempre.

Es el camino quien las escoge.  
Hay más cosas que decir entre el qué y el quién.  
Por ejemplo, las aves tienen rutas que la guerra desconoce.  
Previsible colisión con aviones  
este año (piensa ella),  
este país con sangre  
en el pico de las aves.  
Ellas pasaban. Quedan los trenes, los apeaderos,  
el hervidero de pasos que se apartan de las aves.  
El cuerpo exigía otros mapas, líneas  
sinuosas o besos. Las mañanas ahora hacen preguntas,  
por ejemplo, quién escoge una muerte para seguir la ruta de los  
[demás. Siempre  
una pregunta sobre las ganancias.  
Se concluye que hay menos razones que aves  
en los tejados solitarios. Hay menos, pero más sangre.

#### MENOS RAZÕES QUE AVES: IRAQUE

A rota das aves. Essas manhãs em que / levantava a cabeça e elas  
passavam / rente à infância. Passeavam / no céu como eu passeava cá  
em baixo. Sem rua / e passeios apinhados na respiração por um  
segredo / dentro do ouvido. Um tremor, quase a consciência / de ter  
corpo. Em bando, mais gente que segredos. / Talvez seja por isso que  
pousam nos telhados vazios. / É o caminho que as escolhe. / Há mais  
coisas a dizer entre o quê e o quem. / Por exemplo, as aves têm rotas  
que a guerra desconhece. / Previsível colisão com aviões / este ano  
(pensa ela), / este país em sangue / no bico das aves. / Elas passavam.  
Ficam os comboios, os apeadeiros, / o borbulhar de passos que se  
afastam das aves. / Era o corpo que exigia outros mapas, linhas /  
sinuosas ou beijos. As manhãs agora fazem perguntas, / por exemplo,  
quem escolhe uma morte para seguir a rota dos outros. Sempre uma /  
pergunta sobre o lucro. / Conclui-se que há menos razões que aves /  
nos telhados solitários. Há menos, mas mais sangue.

#### ARCA DE NOÉ

Mulher, vira-te de novo para trás. / É melhor desfazer-te em sal do  
que casar / de sete em sete anos por engano, / morrer ou matar por  
comida / e ouro negro, / torturar-se porque se descreê / ou ficar à

#### ARCA DE NOÉ

Mujer, vuélvete de nuevo hacia atrás.  
Es mejor deshacerse en sal que casarte  
cada siete años por equivocación,  
morir o matar por comida  
y oro negro,  
torturarse porque no se cree  
o vivir esperando ser alimentado allá arriba.  
Tener que sentir la *mea culpa* que nos enseñaron.  
*Mea maxima culpa.*  
Tú mismo te arrepentiste porque nos creaste  
y te arrepentiste.  
Pero no es suficiente, no la máxima culpa.  
Fue brutal que hayas ahogado a tanta gente,  
pero salvaste a algunos que se reprodujeron.  
Y después otros mataron con gas  
y muchos fusilaron.  
Pero sólo tú mataste por bondad divina  
y sembraste tanta convicción en los hombres  
que la fe todavía mueve montañas  
donde las minas crucifican como clavos.  
Oh Padre ejemplar: tu enseñanza  
empieza en casa y el estertor  
de tu hijo no tiene fin.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE BLANCA LUZ PULIDO

espera de ser alimentado lá em cima. / Ter de sentir a *mea culpa* que  
nos ensinaram. / *Mea maxima culpa.* / Tu mesmo te perguntaste porque  
nos fizeste / e te arrependeste. / Mas não o suficiente, não a máxima  
culpa. / Foi brutal teres afogado tanta gente, / mas salvaste alguns que  
se reproduziram. / E depois outros mataram com gás / e muitos  
fuzilaram. / Mas só tu mataste por bondade divina / e semeaste tanta  
convicção nos homens / que a fé ainda move as montanhas / onde as  
minas crucificam como pregos. / Oh Pai exemplar: o teu ensinamento /  
começa em casa e o estertor / do teu filho não tem fim.

# El último atento

MANUEL DA SILVA RAMOS

**FUI EN UN PASADO** no muy remoto un pacífico profesor de literatura. Di clases, durante años seguidos, en una universidad de provincia. Todos los miércoles tomaba el tren interciudades en dirección a esa ciudad de montaña, tan distante que su nombre no era casi nunca pronunciado. Pues, en aquellos tiempos en que viajaba en tren, regresaba a Lisboa en la noche y mi corazón se alargaba a medida que veía al Tajo aproximarse a mí como un hermano pródigo. Más tarde, cuando veía a lo lejos el puente Vasco da Gama, con su largo pavimento en forma de montaña rusa, eso provocaba en mí el mismo sentimiento bienhechor. Era la señal para volver a la rutina de los días. Una cosa que iba bien con mi carácter de soltero empedernido.

Hace siete años, de puro accidente, me enamoré de una ciega. Yo estaba en el metro leyendo el último Premio Goncourt cuando una invidente que estaba frente a mí, con un perro negro en la correa, me dirigió la palabra: «¿Usted sería capaz de ayudarme?». Dije que sí, que lo haría con el mayor gusto, cargar su bolsa de compras. Salimos del metro en la estación Alameda y el perro, curiosamente, en lugar de escoger la banqueta prefirió ir por los prados. Ella tenía una edad indefinida, como sus enormes lentes oscuros que le ocultaban una parte sustancial de la cara, pero con un cuerpo bien hecho, carnoso, a mi gusto. Así avanzamos magistralmente en medio de los prados hacia la Fuente Luminosa, que ese día estaba funcionando con sus náyades en torno al hechizado Neptuno y otros repujes menores. Cuando llegamos a los pies de la fuente monumental, ella se giró hacia la derecha y me dijo: «Yo vivo ahí, en la planta baja. ¡Venga, le ofrezco un té de Vinca-de-Madagascar!». ¿Cómo es que ella sabía que me gustaba la maría-sin-vergüenza de Madagascar? Lo cierto es que la acompañé a casa después de haber lanzado rápidamente el cigarro al agua de la fuente. En su casa, enseguida que llegamos, ella

se quitó los lentes y vi que era de una belleza rara, ostensiva. Ella hizo el té y, mientras hervía el agua, fue a buscar a un armario una lata con un surtido de *cakes* ingleses. Comimos y bebimos y, de repente, fue a su cuarto y se vistió con una combinación color vino. Cuando regresó me dijo, dirigiéndose a mí con sus bellos ojos extintos: «¡Venga conmigo, vamos a hacer el amor!». Era la primera vez que una mujer me invitaba a pasar al acto sin preliminares de ningún tipo. Desnuda, tenía un cuerpo apetecible y paradójicamente duro. Cuando la penetré, dio un gemido muy alto, y durante el tiempo que siguió no paró de gemir y morderme el cuerpo. Mordía como si estuviera buscando comida en un lugar desierto. De vez en cuando tuve que parar porque el sufrimiento se sobreponía al placer. Ella se cubrió después con un cobertor y dijo: «Se puede ir. ¡Vuelva en ocho días!».

Al día siguiente partí en dirección de la ciudad donde daba clases y donde tenía la reputación de ser un hombre serio y solitario. El tren, cuando llegaba a las montañas, pasaba por un túnel que tardaba dos o tres minutos en atravesar. Ese día, cuando llegué a la entrada del túnel, sentí una brusca agitación en el cuerpo. Temblaba por todas partes y sentía la cara ruborizada como si tuviera mucha fiebre. Me dolía toda la boca. Fui al baño y verifiqué que mis dientes habían aumentado de tamaño. Por otro lado, las mejillas se me habían chupado y casi no pude reconocer ese semblante viejo. Cuando llegué a la ciudad universitaria, tomé un taxi, como era costumbre, pero al momento de pagar, cuando el taxista me dio el cambio, le mordí la mano. Él se quedó sorprendido pero no dijo nada, y yo agarré mi maleta y me fui al hotel donde habitualmente pernoctaba. De regreso a Lisboa fui a buscarla. «Ya no vive aquí», me dijo una vecina suya parlanchina, «se fue a vivir a las afueras, donde la renta es más barata». Y luego agregó: «¡Es una persona enferma, sufre de licantropía!». «Licantropía», la corregí. «¡Sí, ella tiene la manía de que es una loba!». También me contó que su vecina era una mujer muy reservada y que casi no hablaba con nadie. Al momento de su partida la encontró en la puerta del edificio y le dijo que se iba a las afueras. Y después, con respecto a la partida, también me contó: «Iba acompañada por un hombre de su edad. Y después entraron en un carro, uno muy lujoso...». Continué mi vida universitaria, pero ahora agitada por los sinsabores que provocan los ataques súbitos de compulsión incontrolable por morder personas. Durante ese mes todavía mordí el índice de un profesor de Química en el elevador, la mano izquierda de un recepcionista en el hotel cuando me entregaba un cambio, el hombro derecho de una librera que me vendió un libro de poesía y la oreja de una empleada de la lavandería 5 à Sec cuando se agacha-

ba para ver una mancha en mi pantalón. El mes siguiente fue el turno de la mano izquierda de un supervisor de las vías, el brazo de una alumna cuando me mostraba una tarea, la muñeca de una bibliotecaria cuando me solicitaba una conferencia sobre «El pensamiento de Antero de Quental». Después, mi reputación ya figuraba en el plano inclinado de la vergüenza y la deshonra (en la ciudad ya me conocían en las zonas bajas como el «Profesor Comelón» y en las elites como el «Antropófago Que Todavía Da Clases»), cuando un día, al rebasar el túnel donde mi transformación tomaba lugar, todo cesó. Misteriosamente, como vino. Sin embargo, ya mi reputación estaba dañada. Los alumnos acabaron por abandonar mi clase y yo ya nunca regresé a aquella ciudad que, curiosamente, estaba atravesada por dos riberas caudalosas con agua cristalina que bajaba de la montaña pero que luego tomaba una coloración oxidada cuando surcaba zonas de fábricas con sus múltiples tintorerías. Curiosamente, también era una urbe visitada por los lobos que descendían de la montaña en los inviernos más rigurosos llenos de nieve.

Comencé a tratarme, después de haber sido expulsado de la enseñanza, con un psiquiatra que era también editor de libros. El tratamiento duró tres años, y cuando acabé, él me aconsejó cantar en un coro, pero yo preferí hacer un club de literatura para pordioseros. No fue difícil arreglar el club con una docena de lectores en la avenida Almirante Reis. La mayor parte era gente que se encontraba en la calle de un día para otro por motivos meramente superficiales. El club de lectura se volvió famoso cuando el presidente de la República nos vino a visitar un día en un edificio abandonado que nos había prestado una mujer mayor sin herederos. Y no nos quedamos sólo ahí, formamos una asociación e hicimos un centro cultural. Tuvimos apoyo de algunos organismos, pero fue el trabajo de muchos voluntarios lo que consiguió dejar el edificio hecho un encanto. En el primer piso funcionan la recepción y las inscripciones, en el segundo se juegan juegos de mesa como dominó, ajedrez, damas y canasta, en el tercero está la biblioteca, y ahí sigue el club de lectura; en el cuarto hay un dormitorio y algunas zonas privadas. Y después de un año, agregamos el nombre de nuestra benefactora a la casa que ahora recibe tanta gente: Centro Cultural Emília Cachopo.

Hoy, el exprofesor Ismael Lobo Xavier es el presidente vitalicio del Centro Cultural y es un hombre considerado y respetado por toda la gente, incluso por los editores de nuestra plaza, que le ofrecen libros ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ MOLINA

## El edificio

BRUNO VIEIRA AMARAL

**Rebeca y Mário** fueron a vivir a ese segundo piso en Moita después de un invierno muy lluvioso. La lluvia retrasó las obras de reparación del tejado. Cuando ocuparon el apartamento de dos cuartos, los obreros de la empresa de construcción aún estaban haciendo los preparativos para reparar la gotera. Por lo que llegaron a percibir, éste era prácticamente el único problema serio en el edificio. La infiltración había ocasionado una mancha de humedad en expansión en el techo del tercero izquierdo —el último piso—, habitado por una pareja cuarentona que, tal vez a causa de todas las molestias, les pareció a los nuevos moradores la más antipática. De su casa no provenía el ruido de las vidas normales, sólo el sonido constante de música clásica, por lo general piano, que se oía como una cubierta sonora para sofocar la vida, evitando que los otros pudieran deducir, por las narraciones que los sonidos componen, lo que pasaba en el interior. Hablaban poco. A diferencia de los vecinos, no iban al café que funcionaba en la planta baja. Idalina, de la casa frente a la de ellos, era lo opuesto. Si se puede admitir la existencia de tal cosa, ella era el alma del edificio. Conversadora y siempre revoloteando, tenía mechones, usaba escotes que les chocaban a las otras mujeres, menos por la falta de decoro que por la exhibición impúdica de felicidad. Era auxiliar en la escuela secundaria. La misma donde el vecino daba clases. El marido de Idalina era agente de la PSP. Pesado, pasaba por bonachón debido a la lentitud graciosa de un paquidermo. Hacían una pareja perfecta en ese desencuentro y en las contradicciones. Ella le daba besitos en público, le prodigaba caricias. Era viva. Él respondía con gestos vagarosos, agradecimientos avergonzados. La memoria humana de un gran mamífero ya extinguido.



Fue en el segundo verano de Rebeca y Mário en el edificio que aparecieron las cucarachas. Rebeca encontró la primera flotando en el cubo de la cocina. Una noche, después de que regresaran del cine, Mário vio otra atravesando el corredor en dirección a la sala. Al principio, no dijeron nada a los vecinos. Tenían miedo de que fuera un problema de la casa. Tal vez los otros pensarían mal de ellos, supondrían faltas de higiene. Sólo cuando empezaron a aparecer cucarachas muertas —arrugadas, encogidas— en las escaleras del edificio fue que los vecinos hablaron. Se concluyó que todos tenían el mismo problema y, por vergüenza, no habían dicho nada. En ese momento, la invasión llegó al máximo y no era raro encontrar dos y tres cucarachas en el cuarto de baño, en los pasillos, en las habitaciones y en los armarios de la cocina. Contrataron a una empresa de fumigación. Los empleados eran discretos. Se demoraban en las observaciones y desaceleraban los gestos para parecer más eficientes. Fumigaron las escaleras y los conductos de aire, el sótano y los garajes. Durante una semana no se vieron cucarachas, excepto las pocas que venían a morir a la luz. Sólo doña Tomasa, la moradora más antigua, dijo que iban a regresar. Se acordó bien de cómo había sido años atrás. Cientos de cucarachas festivas, terquísimas y, a fin de cuentas, maníacas, ciegamente dedicadas a la propagación, a la ocupación geométrica de cada metro cuadrado. Tenía la certeza de que acabarían por volver. Y así fue. Las cucarachas regresaron más fuertes y resistentes que nunca. Estaban ahora por todas partes. Por la mañana había decenas de ellas en las escaleras, en la entrada del edificio, en los contenedores de basura abrazados a los postes de iluminación, de donde salían por las bocas verdes como trabajadores del fondo de una mina. Después de otra fumigación fracasada, los inquilinos decidieron contactar a los servicios de la Cámara. Ya no era únicamente una cuestión de salubridad, era política. La salud pública estaba en cuestión, sí, pero también los votos y las plazas en el municipio. Al final, se supo que el problema afectaba a todos los edificios de la vecindad, construidos sobre un antiguo campo de maíz cuyas semillas venidas de América habían llegado allí después de atravesar el Atlántico en grandes cargueros oxidados. En un *autostop* marítimo, entre las semillas de maíz, clandestinos, habían venido los antepasados de estas cucarachas. Si pudieran testificar los éxitos de sus descendientes, sin duda se enorgullecerían al comprobar cómo en pocas generaciones un grupo inicial de cucarachas tontas de bodega alcanzó el prestigioso

estatuto colectivo de plaga, para desesperación de las pacíficas gentes humanas con quienes compartían el territorio. Se podía proceder a una fumigación a gran escala, pero el sensato consejo del concejal fue esperar que el tiempo caliente pasara y rezar para que al año siguiente lloviera más. Se hizo la gran fumigación, las cucarachas retrocedieron, hubo un nuevo y pequeño brote a finales de septiembre y, a mediados de octubre, no se vieron más. Ni en los años siguientes.

El marido de la señora del primero izquierdo había muerto hacía mucho. De los actuales habitantes del edificio, ninguno lo había conocido, aunque se hablara del señor Figueiredo con la reverencia con que se habla de un antepasado noble o de un fundador de la nación. Debilitada por una enfermedad renal, doña Tomasa se rehusaba a ir a un hospicio o a la casa de su único hijo, que vivía en Torres Vedras y que, con la puntualidad que aspira a sustituir la falta de afecto, visitaba a su madre cada quince días. A partir de cierto momento, después de casi haber prendido fuego a la casa, la señora empezó a recibir la visita de la camioneta de apoyo domiciliario de la parroquia. Le dejaron la marmita con el almuerzo, le hacían la higiene personal, le limpiaban la casa. A doña Tomasa le gustaban las chicas, la animación que traían a la casa en aquellos momentos fugaces, las bromas, lo que le contaban sobre sus vidas. Era un intervalo de alegría. Con el paso del tiempo y el agravamiento de las enfermedades, la señora empezó a gritar por la noche, gritos horribles de sufrimiento. La primera vez que la oyó, Idalina, que tenía una copia de la llave para cualquier emergencia, se levantó y se fue corriendo para socorrer a la vieja. En otras ocasiones, era sólo un llanto persistente, una queja prolongada como un dolor agudo que con el tiempo se había vuelto crónico. Un día, en el tercer año de Rebeca y Mário en el edificio, las auxiliares tocaron al timbre, esperaron durante mucho tiempo, pero ya nadie abrió la puerta.

Fue pocos meses después de la muerte de doña Tomasa que la pareja del apartamento de enfrente se mudó. Anunciaron la compra de una portentosa vivienda —detallaban el número de cuartos y los metros cuadrados, los azulejos de lujo, la cocina gigantesca y moderna, los electrodomésticos empotrados, el pequeño jardín y la parrilla en la parte trasera, donde hasta podrían instalar una de esas grandes piscinas de plástico— «casi llegando a Palmela», y la incertidumbre del lugar era una manera discreta de marcar distancias, de separarse definitivamente de esas personas, de ese edificio y de esas vidas de apartamento

en que por la noche se oía el poderoso torrente de orina del vecino, las chancletas arrastradas en la madrugada, las discusiones que estallaban en un segundo y duraban mucho más allá del silencio, y que subsistían en las miradas, como el rastro de polvo brillante de cometas intensos, y en la forma nada solidaria en que las parejas subían las escaleras en los días siguientes. Arrendaron la casa y en poco tiempo, con la sucesión de inquilinos, el equilibrio del edificio colapsó: primero estuvo ahí la profesora de educación física con su gran Labrador, cuyo ladrido se propagaba en el edificio como si el perro estuviera preso en las paredes o como si el mismo edificio estuviera ladrando; más tarde llegó una pareja con sus tres hijos adolescentes; durante unos meses, tan breves que no toda la gente se acordaba de ellas, dos muchachas brasileñas vivieron ahí con gran discreción. Cada inquilino llegaba con hábitos —hasta por la ausencia, por la invisibilidad— a los que los otros tenían que adaptarse. Frente a esos cambios constantes, la pareja del tercero izquierdo vivía cada vez más apartada y, resuelto el problema del tejado, solamente la música clásica que se oía a través de la puerta señalaba la permanencia de ellos en el edificio. Por lo demás, era como si estuvieran muertos.

Idalina desapareció durante meses. Nadie comentó el asunto porque se percibió enseguida que aquello era cosa de la pareja. Una noche, Idalina salió de un coche y se encontró con su marido a la puerta del café. Le puso una caja en las manos. Se despidió con un beso en la cara. El marido no se volvió enseguida. Se quedó parado unos instantes, con la caja en las manos, como si lo que acababa de suceder desafiara la lógica, como si estuviera más allá de su mente; acantonado en una bondad intrínseca, podía concebir que aquella inmovilidad pasmada, aquella incompreensión muda, era la única venia posible al milagro que allí se producía. Idalina ya no pudo ver al marido transformado en una estatua de sal. Ocupó el lugar del pasajero del coche que la esperaba. Sin encender inmediatamente las luces, el coche arrancó y, pasados unos segundos, desapareció en medio de las calles sombrías.

Rebeca supo que estaba embarazada el día en que nació el hijo de los vecinos. Mário telefoneó enseguida a los padres, contra la voluntad de la mujer, que quería esperar hasta las doce semanas para dar la novedad. Quebrado el sello del secreto, decidieron contárselo a los demás familiares, a los amigos y hasta, más por diplomacia que por entusiasmo, a los compañeros de trabajo. Les llovieron felicitaciones, regalos.

Los padres de Mário quisieron abrir una cuenta para el nieto —el abuelo estaba seguro de que sería un niño—, y la madre de Rebeca compró inmediatamente la ropa que el niño usaría el día en que saliera de la maternidad. Comenzaron a ver sitios de decoración de habitaciones de bebé y ya tenían una idea de cómo quedaría la recámara que, hasta entonces, servía de oficina. Cada vez que se encontraban con los vecinos y veían al bebé sentían admiración, envidia sana e impaciencia. Faltaban poco más de seis meses. Un día, después de haber hecho la ecografía de los tres meses, Rebeca estaba en el trabajo cuando sintió un hincón en el estómago. Fue al baño, vio que tenía una ligera pérdida de sangre. Llamó a Mário con un pánico controlado. El marido le aconsejó que llamara al obstetra. No estaba en el consultorio. El celular está apagado. Rebeca se tranquilizó pensando que no sería nada. Había oído decir que esas pérdidas eran normales. Esa noche, ya acostada, sintió un dolor agudo, muy fuerte, un cólico prolongado. La sangre se extendió por la sábana.

Los tiempos siguientes fueron muy duros. Rebeca estuvo un mes muy decaída. Sola en casa, lloraba al entrar en la habitación del bebé y ver las bolsas donde había puesto la ropa que le habían dado, al ver en la barra de favoritos el sitio de decoración. Oía el llanto del bebé de al lado, se tapaba los oídos con las almohadas y lloraba más. Secretamente, locamente, deseaba que aquel niño muriera. No, tampoco tanto, de-

*Oía el llanto del bebé de al lado, se tapaba  
.....  
los oídos con las almohadas y lloraba más.  
.....  
Secretamente, locamente, deseaba que aquel  
.....  
niño muriera. No, tampoco tanto, deseaba  
.....  
que los vecinos se mudaran de casa,  
.....  
que se fueran lejos, hacia donde aquella  
.....  
felicidad solar no la alcanzara.  
.....*

seaba que los vecinos se mudaran de casa, que se fueran lejos, hacia donde aquella felicidad solar no la alcanzara. Mário también sufría. Hablaban poco entre sí. Se consolaban con el silencio, se besaban sin decir nada, se amaban sin palabras, se dormían con una esperanza triste. Cuatro meses después, Rebeca descubrió que estaba embarazada. Hicieron la prueba en casa. Cuando vieron el resultado, se sonrieron mutuamente. Se besaron con serena alegría. Ocho meses después nació Laura, una linda niña. Al día siguiente, los padres de Mário abrieron una cuenta a nombre de la nieta que, a la salida de la maternidad, vestía la ropa que la abuela materna le había comprado.

Una noche, el edificio y la vecindad se sobresaltaron por la sirena de una ambulancia. El profesor del tercero izquierdo había sufrido un accidente cerebrovascular. Estuvo cerca de un mes en el hospital. Cuando regresó a casa, amparado por la mujer, había en su mirada algo diferente, una vulnerabilidad, una fragilidad que ahora era de los dos. Hablaron con los vecinos largamente, como nunca habían hecho hasta entonces, salvo cuando se quejaban de la situación del tejado que aún no se arreglaba. Agradecieron las ofertas de ayuda, el cuidado. Se volvieron más humanos o, al menos, así se comportaban. Pocos minutos después de haber entrado en casa, cerrada con llave por dentro, se oyó nuevamente el sonido de música clásica. Piezas de piano. Muy tristes.

Nada hacía prever la separación de la pareja que vivía frente a Rebeca y Mário, los que tenían el hijo que era un año mayor que Laura. Entonces debía de tener tres años y ellos exhibían el mismo aire de simple felicidad de siempre. Nunca se les había escuchado una discusión, y si a los gestos les faltaba la complicidad amorosa, se les notaba una ayuda mutua sincera. Se veía cuando cargaban las bolsas de compras del coche: ella con el pequeño al cuello, y el marido, poniendo las bolsas en el suelo, sacaba las llaves de su cartera. Había todo el tiempo una felicidad abarcadora que dominaba la rutina, tantas veces la grieta por donde se insinúan el aburrimiento, las recriminaciones y, en fin, el odio. Él le ponía el azúcar en el café, lo movía, ella respondía con una sonrisa de agradecimiento. Cuando tenían visitas en casa nadie sospechaba de malestar alguno, no había indicios de fatiga, de ruptura inminente, no se oían aquellas palabras más bruscas e impensadas que se desencadenan con un vaso de más, el instante de aire contrariado cuando se tiene que ir a buscar a la cocina una cosa que el otro debía haber traído, la mirada de recriminación —intensa aunque no ostensi-

va— por algo que él se olvidó de comprar, la censura por un comentario menos reservado sobre alguien que no estaba presente: de la vida de aquella pareja estaban ausentes todas esas cosas que sugieren una dificultad. No se notaba el esfuerzo de puesta en escena concertada en que algunas parejas al borde de la ruptura se especializan cuando reciben invitados. Hasta que, inesperadamente, él salió de casa para, se decía, ir a vivir con una mujer de quien era amante desde el primer año de matrimonio. Todo había pasado con discreción y en secreto, encuentros programados con antelación, hasta que Esmeraldo cometió la imprudencia de pagar una noche en una posada en Estremoz —cuando debía estar en Coimbra— con la tarjeta de crédito. Consumada la separación, empezó a visitar al hijo cada quince días. Primero llevaba un aire de culpa, después, progresivamente, a medida que el remordimiento iba disminuyendo, iba más confiado, más seguro, un hombre sin duda más interesante. Al principio, la exmujer se resistió al impacto. Se veía que estaba un poco aturdida, la mirada era vaga, perdida en los pensamientos; parecía alegremente nerviosa, como alguien recuperándose de un susto. Por lo demás, era la misma persona. Únicamente unos meses después, tal vez cuando percibió que no había un solo momento en que su felicidad se hubiera asentado en verdades, que todo lo que había vivido con aquel hombre estaba irremediabilmente manchado por la mentira y el engaño, fue que se vino abajo, en un abatimiento general del ánimo y de la voluntad. El cuerpo se convirtió en una carcasa enferma, grisácea, y el rostro terminó absorbiendo la negrura que le nacía en el pecho.

Cuando Laura tenía cuatro años, Idalina volvió a casa. Regresó diferente. Era buenos días y buenas tardes. Poco más. No volvió a ser el alma del edificio. Una vez, conversando con ella sobre la pequeña Laura, Rebeca tuvo la impresión de que Idalina quería decir algo sobre lo que le había sucedido. Era la antigua Idalina asomando, diciendo que aún estaba viva, pero se contuvo. Subió las escaleras después de un breve suspiro, lleno de las cosas que había decidido olvidar.

Mário fue promovido a supervisor de área en el año en que la hija iba a entrar a la escuela. Hacía mucho tiempo que esperaba el ascenso. Estaba convencido de que la última vez sólo la influencia de un gerente de otro puesto le había impedido subir y, en consecuencia, tener otro hijo, como era deseo de ambos. Un hijo más significaba otra casa, con más espacio y otras condiciones. Ganando lo mismo, estaba fuera de

cuestión. Mário había heredado del padre esta naturaleza conservadora, cautelosa. El padre siempre le decía que era mejor un empleo en el Estado, pero, al no haberlo conseguido, Mário trabajaba el doble para garantizar la seguridad económica de la familia, atormentado por la historia de un abuelo que había dilapidado una pequeña fortuna y que ya nunca se había recuperado. Cuando confirmaron la promoción, Rebeca y Mário empezaron a buscar casa. Oyeron hablar de una urbanización en Alcochete. Tenían prisa para tratarlo todo a fin de que Laura entrara a la escuela ya en la nueva casa. Cuando visitaron la casa, quedaron encantados. Era eso. A pesar de toda la excitación, de la adrenalina de la novedad, los últimos días en Moita fueron complicados. Habían comenzado la vida juntos allí. Laura había nacido en aquella casa, allí había dado los primeros pasos, en el banco de la cocina aún se veía una marca de café de una taza puesta aprisa para amarse, los viejos armarios que los dos habían barnizado, el asa de la bañera que Mário había montado y se había quedado para siempre torcida, las tardes largas y tristes en que, sentada en el sofá y recibiendo el sol que atravesaba la ventana de la sala, Rebeca lloraba al niño que había perdido, el lugar de cada cosa, la disposición de los muebles, el toallero, el olor de la habitación, el mueble reluciente del baño que desentonaba entre la loza antigua. Sufrió con aquella despedida, se regocijaron por todo lo que quedaba atrás, se besaron, y cuando cerraron la puerta por última vez y giraron la llave supieron que estaban cerrando la primera parte de sus vidas en común, con la herida certeza de que lo mucho que tenían para vivir nunca sería tan dulce como aquellos años iniciales •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Margarida VALE DE GATO

## DIANA

«A mí tampoco me gusta, hay otras cosas más allá de este disparate», decía Marianne Moore de la poesía. Sin embargo, lograba ver mitocondrias y las demás pequeñas vidas —con la mirada fija en la diminuta mancha de acuarela comprimida entre láminas de vidrio redonda la pupila maravillada por la anticipación del misterio: saber lo que era.

## DIANA

«Eu cá também não gosto, há mais coisas / além deste desconchavo», dizia Marianne / Moore da poesia. De resto, conseguia / ver mitocôndrias e as demais / pequenas vidas — olho fixo / na miúda mancha de aguarela / comprimida entre vidros de lamela / redonda a pupila em maravilha / prévia ao mistério: saber o que era. // Mais importa observar ou designar? / Eu erro no olhar receio às vezes / esqueço a árvore onde deixei as chaves / e o caderno, depois não sei chamar / o quê, espécie ou parentesco, ache embora / sossego na língua arcana dos plátanos / atrás das placas do jardim botânico. / Portanto sirvo mal, sou outra, fora / do baralho, turista aqui em tanto // do que me dá prazer e algum trabalho. / Mas não está dito ainda (ou está) se insisto / à minha pouca escala nisto eu / é porque não desligo e toco e falho / no material à vista, língua / crua clara em bruto céu

¿Lo que importa es observar o nombrar?  
Me equivoco en la mirada temo a veces  
olvido el árbol donde dejé las llaves  
y el cuaderno, después no sé decir  
qué sea, especie o parentesco, encuentre aún  
sosiego en la lengua arcana de los plátanos  
más allá de las placas del jardín botánico.  
Por lo tanto funciono mal, soy otra, fuera  
de la baraja, turista aquí en medio

de lo que me gusta y me cuesta un poco.  
Pero nada está dicho todavía (o lo está) si insisto  
dentro de mi pequeña escala en esto yo  
es porque no me desconecto y toco y me equivoco  
con lo que está a la vista, lengua  
cruda clara en cielo salvaje

#### **ALICE**

Coração-martelo, caixão-pregos, paixão-fraude. / Shakespeare morreu  
em abril num velho calendário / escreveu «as alegrias extremas têm fins  
extremos» / e lavrou com pena o óbito do amor romântico. / Desde aí  
montes de amantes são estudos de caso / nos centros de investigação do  
ocidente mulheres e homens / são manuseados pela nuca devorando-se  
mutuamente / e às trevas — com que dificuldade se reconhecem no  
flúor / de faróis, ecrãs, salões vários de escritórios e hotéis / — vascu-  
lham-nos, arrumando pela madrugada os silenciosos / azuis, que têm  
sonhos mais magros que salários. // Espero de ti o que não te ocorre  
perguntar, tenho / para te apontar este mundo cheio de lapsos. / O mun-  
do está cheio. De mortos que não chegam / a cair. O mundo está cheio  
de mortos que são vivos / de pouca sede. O mundo está cheio de jovens

#### **ALICE**

Corazón-martillo, ataúd-clavos, pasión-fraude.  
Shakespeare murió en abril en un viejo calendario  
escribió «las alegrías extremas tienen fines extremos»  
y labró con pena la muerte del amor romántico.  
Desde entonces miles de amantes son casos de estudio  
en los centros de investigación de occidente mujeres y hombres  
son manoseados por la nuca y se devoran mutuamente  
y en el jueves santo —con qué dificultad se reconocen en el flúor  
de los faroles, pantallas, salas diversas de oficinas y hoteles—  
nos escudriñan, clasificando en la madrugada los silenciosos  
azules, que tienen sueños más flacos que salarios.

De ti espero lo que no se te ocurre preguntar, tengo  
para mostrarte este mundo lleno de errores.  
El mundo está lleno. De muertos que no llegan  
a caer. El mundo está lleno de muertos que son vivos  
con poca sed. El mundo está lleno de jóvenes  
que se escurren en sueños sólidos en dos días resucitan  
en el tercero sin redención, sin nadie que les tome  
el pulso ni lo que tomaron o les dieron en exceso.  
Te pido perdón y comprensión por tantas decepciones  
que el garrote de la madurez no mata, descubrirás

/ que escorregam em sonos sólidos em dois dias ressuscitam / ao tercei-  
ro sem redenção, sem ninguém que lhes verifique / o pulso ou o que  
tomaram ou lhes deram em excesso. / Peço de ti desculpa e compreen-  
são pelas tantas deceções / que o garrote da maturidade não estanca,  
descobrirás // um dia o que é tremendo de enfrentar. O mundo está  
cheio / de adultos sem separáveis de soluções cambaleiam / por cima de  
ondas sobre longas falhas tectónicas, o mundo / está cheio de apáticos  
convulsos terremotos domésticos / torpedos em casas de repouso pito-  
rescas vilas varridas / do mapa onde havia praças piscinas gasosas e  
matinés / de domingo, havia cruzamentos e esquinas e olhos brancos /

un día lo que es terrible de enfrentar. El mundo está lleno de adultos sin soluciones de continuidad se tambalean sobre las olas sobre extensas fallas tectónicas, el mundo está lleno de apáticos convulsos terremotos domésticos torpedos en casas de reposo pintorescas villas barridas del mapa donde había plazas piscinas limonadas y matinés de domingo, había cruceros y esquinas y ojos blancos vagabundos mirando al cielo. El mundo está lleno de alambradas grandes migraciones hacia lugares peores inoculados de mohos que no se erradican mas disparan los índices de las publicaciones científicas, tú vivirás un día donde tendrás

que adaptarte —donde accidentalmente espero que encuentres variaciones. El mundo está lleno de rebeldes que son ambivalentes mansos extendiendo rollos negros de linóleo donde nada se puede leer; cubren con ellos minas de las guerras de todos los padres, rechazan pacientes dotes milenarias de insensatez y deciden que el remedio es realizar movimientos de danza contra el precario amparo de que haya un suelo donde caer. Espero de ti justicia, franqueza y desconocimiento del miedo y resistencia a teorías de la conspiración si es posible además de la total imaginación de los demás, la distracción que entrena al turista para tener valor.

vagabundos voltados ao céu. O mundo está cheio de arames / grandes migrações para lugares piores inoculados / de bolores que não saram mas disparam os índices / das publicações científicas, tu morarás um dia onde terás // de balançar — de que accidentalmente espero encontrarás / cambiantes. O mundo está cheio de revoltos que são / ambivalentes mansos desenrolando rolos negros / de linóleo onde nada se pode ler; cobrem com eles / minas das guerras de todos os pais, rejeitam pacientes / dotes milenares de insensatez e resolvem que lhes resta / traçar movimentos de dança contra o precário amparo / de haver chão onde cair. Espero de ti justiça, franqueza / e desconhecimento do medo e re-

Pensamiento mágico, el que sea necesario, hija, espero encuentres también: que tu existencia es en parte el resultado de una suma de intensidades; del surgimiento de absolutos y aflicciones; ajustes de colisiones, juramentos corregidos, injurias de afectuosos detalles. Espero de ti no menos y mucho más: el tipo de humor capaz de dar en el blanco y atenuar el escalofrío de la indiferencia, el olvido que nos inunda cuando nos deslumbran aspectos sucesivos sin un previo recuerdo, solicitud, curiosidad, el filtro amoroso dulce si es posible y casi sin diluir.

VERSIONES DEL PORTUGUÊS DE BLANCA LUZ PULIDO

sistência a teorias / da conspiração se possível a par da inteira imaginação / dos outros, a distração que treina o turista para a coragem. // Pensamento mágico quanto baste, filha, espero acharás / coincidentemente: que a tua existência resultou em parte / do encontro de intensidades; ter havido absolutos / e aflições, ajustes de colisões, juras retocadas, vergonhas / readmitidas, correspondências interrompidas, injúrias / de afetuoso pormenor. Espero de ti não menos e tudo / mais: o tipo de humor capaz de acertar e relevar / ao arrepio da indiferença, o esquecimento que nos dá / deslumbrarem-nos aspetos sucessivos sem anterior / recordação, solicitude, curiosidade, o filtro / amoroso doce se possível na mínima diluição.

# A medida que fuimos recuperando a la madre

VALÉRIO ROMÃO

**EN LOS PRIMEROS TIEMPOS**, después de la muerte de la madre, en casa no se podía reír, correr, ver la televisión o incluso comer. Estábamos obligados, por la omnipresente tristeza del padre que no salía de la habitación, de la cama, empapando almohadas hasta dormir sobre un lago de lágrimas, sufriendo en son de penitencia, de cilicio alrededor de la cadera, hasta quedarnos todos y en simultáneo muy delgados y mal encarados y ser incapaces de hacer las cosas de la escuela, porque el cerebro, afligido de combustible, ya daba cuenta de los procesos básicos por los cuales las personas mantienen la vida, lo que no es, del todo, el caso de la educación.

Cuando mi hermano de trece años se desmayó en el patio, alguien, en el consejo directivo, dedujo acertadamente que era hora de intervenir en un duelo que, de prolongado, amenazaba con proliferar, produciendo otras víctimas. Los profesores de física y de religión y moral vinieron aquí a mi casa, y la primera reacción de mi padre, levantándose con mucho esfuerzo de la cama, fue despedirlos con la punta de los dedos, no quiero ver a nadie, susurraba detrás de una almohada que lo protegía de la luz parda del candelero que los recibió a la puerta, desganado y sucio, los párpados tumbados en un desánimo de halterofilistas que nunca llegan a pasar de la mitad del envión, los pantalones de pijama sujetos por las tenazas de los dedos, intentando continuamente salirle del cuerpo, de enclenque que estaba, y la voz, mi padre tenía una voz que me hacía estremecer de alegría por dentro, así como lo hacía el olor a cerveza en su aliento cuando me daba un besito rudimentario de buenas noches o el olor a cigarro en las puntas de sus dedos cuando éstos me alisaban la mejilla plegada por una

sonrisa rastreando sin energía la subida olímpica por la tráquea, cuya función, en los últimos días, era sólo ocuparse de ver distribuida la saliva que acompañaba con bajo registro la producción continua de lágrimas: ¿puedo ayudarlos?

Y ellos explicaban la preocupación que se extendía por la escuela y de la que eran portavoces igualmente aprehensivos, porque cuatro niños sin adecuados cuidados de un adulto fácilmente acababan por pasar necesidades, y ni los cielos, ni yo ni el profesor Vítor queríamos exponer esto así de repente, pues es hasta posible considerar que el inframundo del crimen, de las drogas y de la violencia gratuita, con sus recompensas ilusorias de riqueza y felicidad, les pudiera proveer lo que la familia, en casa, no podía ni detectar como necesidad, y lo que la escuela, en la escasa competencia de su jurisdicción, no puede remediar sino mediante la caridad, entiende, señor Silva, la doble raíz del problema, continuaba el físico, deshaciendo el resto del discurso en el registro propio de quien come y eructa algoritmos, transformando el mundo de todos los días en una alegoría de *rally-paper* para ser cumplido con puntualidad kantiana.

Mi padre, dejando de oírles o de darles importancia y con mirada telescópica registrando que la casa se transformaba, en su ausencia, en un tugurio ocupado por adolescentes prepúberes y niños acabados de salir del cuello y de los pañales, se daba cuenta, en una epifanía doméstica por la que agradecía a Dios el hecho de estar todos vivos y se culpaba de haber llegado a ese punto de degradación, de que no podía seguir acostado a la espera de que el carro de la muerte pasara de nuevo o de que diese media vuelta y de allá trajese a la madre, lívida a su llegada hasta que la cubría de besos y de calor, como quiso hacerlo incesantemente hasta que se la quitaran de los brazos para que a la postre la tierra la recibiera.

Voy a intentarlo todo, interrumpió mi padre, voy a intentarlo todo, gracias por haber venido aquí, y a medida que articulaba sílaba tras sílaba, con una tonada de quien se recupera de un ACV, iba cerrándoles la puerta a los dos profesores que, por otro lado, decían las últimas gracias y cuídese, con lo que se despedían de una tarea ciertamente desagradable para ambos.

A toda prisa mi padre se devolvió a la cama y a la tristeza, abandonando la resolución energética proveniente de la contemplación de nuestro estado. Se metió bajo las mantas y allí acampó otra noche

y otro día enteros, hasta que nosotros, de vuelta a la escuela, decidimos en verdad, yo y mi hermano, que teníamos doce y trece respectivamente, ya que los de cuatro y tres no cuentan para aquel singular sufragio, que aquello tenía que tener un límite, y ese límite no podía ser la progresiva y aparentemente inevitable extinción de toda la familia, y nos sentamos a urdir un plan para sacarlo de la cama y meterle, buche abajo, por lo menos un pedazo de pan tostado en la tostadora, que sólo yo tenía permiso para manejar. Tomamos la mesa redonda de la sala, la forramos con un mantel en muy buen estado, normalmente reservado para los años nuevos y los bautismos, oscuro, en una clara subordinación al clima que se había instalado en casa y, como toque personalizado, pusimos un lugar más para la madre, y junto a su plato, donde también habría de caer una tostada que nadie tendría el derecho de comer en un momento de distracción colectiva, por respeto a la memoria y por vinculación convincente con la realidad recién construida, la fotografía de ella en el matrimonio, sacada hacía unos buenos quince años, donde ella exhibía una sonrisa que, aunque detenida y fija en el tiempo, nos convocaba siempre a mimetizarla, en una empatía magnética de la que a veces ya no nos dábamos cuenta.

Dijimos a los más pequeños que sacáramos al padre de la cama, independientemente de cómo él reaccionara. Era imperativo que él se levantara y comiese, no sólo para no encontrarlo, día más día menos, inerte como aquellos perros que cruzan la calle corriendo en dirección a los faros del coche y se tumban finalmente en una zanja, de donde ya sólo salen deshechos con la venida de las primeras lluvias, sino también para que la vida, peligrosamente en suspenso por encima de nosotros en un asomo de lluvia ácida, prosiguiera, a pesar de que la muerte le había arrebatado un poco, tal vez el bocado mayor, tal vez el bocado más importante.

Cuando el padre llegó a la mesa de la mano de los hermanos, empujándolo como si de la Navidad se tratase y él estuviera obligado a distribuir los regalos, empezó a deshacer el arqueamiento a que el hambre y la tristeza le sujetaban la espalda y, tomando la foto de la madre, muy reverente, la llevó al pecho y lloró, lloró, lloró, y poco a poco nos fuimos abrazando, también llorando, y al final éramos cinco cuerpos entrelazados en la respuesta monofásica al estímulo de la muerte en retrospectiva.

En los días siguientes repetimos los lugares en la mesa y el realce a la madre mediante la colocación en un lugar visible para todos del marco donde ella dormía, angelical. El padre ya salía de la cama más veces y por más tiempo y se involucraba, incluso, en la preparación de la cena, la única comida, aparte del desayuno de huida, en que estábamos todos los unos con los otros. De a poco fuimos logrando que el padre recuperara algunos hábitos saludables —como comer o vestirse o lavarse, todo todavía muy irregularmente hecho— por los cuales evaluábamos su grado de anclaje a la vida y a su carrusel incesante, y si había menos días en los que sólo con mucho esfuerzo conseguíamos sacarlo de la cama, después de muchas lamentaciones y el chantaje de naturaleza espiritista según el cual la madre iba a enfadarse si el padre no comía, había otros que corrían bien, días que eran como brisas de primavera en las que el sol, aún escondido, ya se anunciaba.

Un día, a la mesa, a la hora de cenar, el hermano mayor soltó de pronto unos chistes que había oído en la escuela porque aquella solemnidad impuesta actuaba en nosotros como un resorte dentro de una caja cerrada, exigiéndonos atención incesante y capacidad para no sonreír de absolutamente nada, y el padre, cabizbajo y poco cooperante con la función de comer, se fue levantando, despacio, dejando la mesa a los comensales, incapaces, una vez en la vida, de la obediencia a la tarea de inclinarse siempre sobre el corazón de sus propias heridas, y mi hermano, con la faceta de lunático que mi padre reprimía con la misma intensidad y proporción con la que mi madre se jactaba de ella y la alentaba, cuando vio a mi padre doblar la esquina del pasillo, se puso a imitar a mi madre, su voz, su acento, su forma muy particular de hacer de cualquier final de frase un dulce listo para enroscarse en el lóbulo de la oreja de quien la oyese, y nos quedamos aterrados, los hermanos menores y yo, porque el hermano mayor estaba en nítida transgresión de las más elementales reglas subrepticias que regían el luto en esa casa, y vimos que mi padre se volteaba, primero tanteando las paredes, en lo máximo de la confusión porque mi hermano suena a mi madre, suena tan bien a mi madre que pronto me viene el llanto y sólo entonces lo ahogo, apoyado en el respaldar de la silla vacía, sonriendo una sonrisa tierna e inesperada, como ya no se le veía desde los días del hospital, del internamiento, de la quimio, de la radio, de la operación por la cual le transformaron los pechos en dos



cicatrices con el aspecto de un par de cejas enojadas sobre el diafragma, y mi hermano, de cuya frente pendían unas gotas de sudor, a pesar del ambiente ameno, por saber del peligro de lidiar con una materia prima que manipulaba sin poder imprimirle cadencia de destino, continuaba, dirigiéndose cada vez más directa y frontalmente a mi padre, pidiendo que él se sentara, para que comiera, para que pusiera orden en ese desbarajuste, como era costumbre hacer cuando empezábamos a gritar o a jugar con la comida en pequeños trampolines de cuchara, y mi padre se sentó, todavía sonriendo, y nos hacía, con el índice en la boca, el gesto para que nos calláramos y oyésemos a la madre como él, que la madre tenía razón, siempre tenía razón.

Con el paso del tiempo nos acostumbramos a oír a mi hermano haciendo de mi madre, especialmente en la cena, cuando mi padre, de regreso por segunda vez al trabajo —la primera vez que volvió, se encerró todo el día en el cuarto de baño y tuvieron que llamar a los bomberos, dado que no podía abrir la puerta—, quería hablar, y quería, sobre todo, que le hicieran preguntas como sólo se pueden hacer en la unidad cómplice de una pareja, y mi hermano cuidaba de producirlas en forma y contenido, magníficamente, y allí parloteaban los dos y nosotros asistíamos, como siempre, como antes, y mi hermano junto a la fotografía de mi madre, en la mesa, parecía a veces una de esas taradas en las que personas se meten para apoderarse de las cuerdas vocales y de la capacidad de rotación vertical de los ojos.

Por la noche, cuando mi padre se iba a acostar, lo que había perdido en hambre lo había ganado en sueño, yo y mis hermanos nos quedábamos despiertos viendo las telenovelas y las películas europeas en las que la vida de las parejas, desde las cosas más triviales a las más profundas, eran desmenuzadas, y teníamos la sensación de que absorbiendo y digiriendo aquello nos hacíamos más capaces, sobre todo él, que se esforzaba solo ante el espejo a repetirse, como quien se prepara para una pieza, a fin de comprender la importancia dada por los adultos a las cosas de que nosotros apenas sabemos que existen, y día tras día nuestro vocabulario iba adquiriendo tonalidades de gente grande, palabras que mi hermano ponía a prueba por la boca de la madre al oído del padre, diciendo unas cosas que a los más pequeños los llenaban de incomprensión y que a mi padre, por el contrario, le despertaban la sonrisa o incluso, cuando mi hermano, muy certero, llegaba muy cerca, con sonora carcajada, contagiosa, porque mi padre

riendo era la única razón por lo cual se dispensaban todas y cualesquiera otras para hacernos reír.

Un día mi padre llegó a casa y me dijo que no hiciera la cena, que había pasado por una churrasquería y había traído unos pollos y un par de botellas de vino tinto, para celebrar. Con felicidad, me puse a brincar y lo abracé, preguntándole, mientras él me sostenía por la cintura, qué celebrábamos, después de todo, ya que hacía tanto tiempo no se celebraba nada en esa casa, ni al final de trimestre, muy aceptable por parte de todos, en la escuela, para quien había pasado por tanto en tan poco tiempo, y mi padre me dijo al oído, muy tierno, que conmemorábamos el aniversario de la madre, yo me había olvidado de eso, así como todos en casa, menos mi padre, a pesar de que apenas hacía una semana habían hablado de los años de ella en la cena.

El padre, esa noche, nos pidió a los pequeños, como nos llamó, el favor de cenar en la cocina mientras él y el hermano lo harían en la sala, porque no siempre podíamos o debíamos interrumpirlos, decía, dado que la complicidad no es susceptible de construirse entre asistentes en un estadio apiñado de gente, se quejaba, y él y la madre deberían cenar más veces solos, y a eso tendríamos que acostumbrarnos, porque había espacio para aquellos dos mundos, finalizaba, o no había espacio para ninguno, comprendieron, terminaba así el padre esa lección, interrogativamente, a la cual respondíamos con la cabeza que sí, sólo porque estábamos, desde el principio, aturdidos como para rechazarla.

No comí nada, con miedo de que mi hermano no fuera capaz de mantenerse firme en la piel de mi madre durante tanto tiempo sin que yo estuviera allí para meterle un golpe o arrancarle una sonrisa despectiva de reprobación, y sólo cuando lo vi salir de la sala, él primero, muy sonriente, y mi padre detrás de él, medio bizco incluso, llegué a pensar que mi hermano le pudiese haber dado un sopapo por alguna cosa que el padre hubiera dicho o incluso para intentar huir del vino que había bebido en la comida, al cual ya no estaba habituado, fue que pude sentir algún alivio, y cuando mi hermano y él entraron en la cocina tuve la ilusión de estar viéndolos otra vez, a mi padre y a mi madre, después de haber regresado del teatro o del cine y de ir a vernos, aún despiertos, pese a la promesa que la niñera hacía para que nos encontraran dormidos a su vuelta, y que nos encargáramos de estropear al pedir vasos de agua, historias y pis hasta que los

padres llegaran, cansados y felices, y compartiéramos todos juntos el cansancio y la felicidad.

Las cenas de matrimonio se instituyeron en casa y ya sucedían al menos una vez al mes, cuando nosotros, los pequeños, comíamos en la cocina unas pizzas que mi padre traía o, en el peor de los casos, una pasta con atún desenrollado a última hora, cuando él no había tenido tiempo o paciencia para pasar por la pizzería, y ellos comían en la sala y se oían las risas de ambos y el tintineo de los cubiertos en los platos, catando manjares de los que percibíamos, a lo lejos, el olor.

Con el tiempo, mi hermano empezó a ser cada vez más autoritario e intransigente. Nos mandaba a vestir, a desvestir, a lavar los dientes o a hacer trabajos de casa, y ya ni cuidaba de hacerlo con su propia voz sino siempre con la de la madre, que se perpetuaba hasta que entraba en la escuela y, contrariado, tenía que hacer de pequeño de trece años para pequeños de trece años, una y otra vez. A veces lo veía en el intervalo de una clase y le obligaba a pedirme disculpas por haberme tratado mal la noche anterior o por ya no hablar conmigo como antes, cuando éramos hermanos, y allí me lamía las heridas para no verme triste o para callarme, nunca sabré exactamente por qué, y un día más se pasaba y mi familia multiconfigurada, era una cosa de día y otra de noche y nadie podía fijar un registro de identidades que, en el transcurso del tiempo, fueran únicas y aburridamente iguales.

Cuando empezábamos a acostumbrarnos a una cosa, fuese a las cenas a dos o a las diatribas de mi hermano, ocurría un cambio cualquiera por el cual teníamos que replantear todos los planes para el futuro. Una noche, el padre, recuperando progresivamente hábitos que había dejado a la muerte de la madre, comenzó a discutir con mi hermano, mi padre que ya había bebido más de la cuenta, gritándole que estaba harto de estar en casa siempre encerrado, como un animal o un incivilizado, él no tenía peste, ni él ni ella, repetía, y nosotros, callados sobre los platos, podíamos acceder a una mirada de circunstancia por la cual lo veíamos vaciando, entre gritos, sucesivos vasos de vino, y mi hermano, provisto de una cierta forma femenina de ignorarlo, le aconsejaba calma, al menos frente a los pequeños, repetía, al menos por respeto a ellos.

Las noches siguientes fueron de aparente y relativo sosiego. El estado de discordia entre ellos se había instalado de tal forma que la cena, normalmente transcurrida en tono de conversación por la que

se ponía al día el presente construido fuera de allí, era de nuevo un momento solemne por el cual nos encargábamos de mostrar al Creador el peso del tedio en nuestras existencias. Fue cuando, en una noche inspirada, mi hermano, a la mesa, sacó de pronto una peluca rubia, tal cual el pelo de la madre, que mi padre, desconcertado con lo imprevisto del acontecimiento, decidió, por medio de la evocación de una sonora carcajada, seguida de una caricia en la peluca que se había puesto mi hermano, disipar el clima de nervios y decretar el fin del recogimiento obligatorio al que la risa había estado sometida.

La vida de la familia transcurrió normalmente durante el segundo trimestre escolar. De día, cuidábamos de ser los sobrevivientes cada vez más maduros del desastre de haber perdido a la madre, y de noche, nos reinventábamos, especialmente mi padre y mi hermano, y en esos papeles vivíamos dos vidas distintas, herméticamente selladas, como personajes en tránsito entre papeles y piezas. Mi hermano no podía evitar una distancia cada vez mayor con respecto a nosotros, «los pequeños», porque nuestra presencia reforzaba, por contraste, la naturaleza fallida del personaje que se dedicaba a perfeccionar día a día, alejándose cada vez de ser mi hermano y acercándose cada vez más a ser mi madre, transversalmente de regreso, a quien yo ya me sorprendía haciéndole pedidos de ropa, para que se los repitiera a mi padre, o lo que quería para los cumpleaños, como hacía antes, con ella.

Un día mi padre, de nuevo borracho, un hábito que él estaba de nuevo aprendiendo con demasiada frecuencia, nos llamó a la sala, arrastrándonos por los brazos con inaudito vigor, muévase ya, repetía, muévase ya, holgazanes, vamos a darles una sorpresa, y no dijo mucho más, también porque el alcohol no le despertaba propiamente la diversidad léxica y nosotros, semiasustados por la intensidad de la presencia física de mi padre en ese estado, lo seguimos, yo sosegando a los menores, agarrándose uno del otro y a mí, y cuando llegamos a la sala, mi padre, muy solemne, niños, denle la bienvenida a la madre, y allí estaba lo que tardé en percatarme de que se trataba de mi hermano, vestido de mujer, vestido como mi madre se vestía, una falda y una blusa con volantes blancos, muy peinado y muy maquillado, mi hermano libre de los pelos en las piernas de los que aún se jactaba hacía menos de dos meses, y mi padre a su lado como si lo presentase por primera vez a la familia, y los pequeños desatándose en llanto para catalizar con ello la explosión de furia de mi padre, que vocifera-

ba: fuera, calle, ni a su madre saben recibirla, qué vergüenza, y yo tendí las manos a los pequeños y mientras salíamos de la sala, apresuradamente, oímos a mi hermano con la voz cada vez más impecable de mi madre, calma, querido, la culpa no es de ellos, dales tiempo, lo entenderán y lo aceptarán, y mi padre se calló y nosotros los dejamos de oír, hasta que ambos, no sabemos por qué, salieron aprisa de la habitación con una carcajada •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

## *Ephemera*

INÊS LOURENÇO

### CAJA DE ZAPATOS

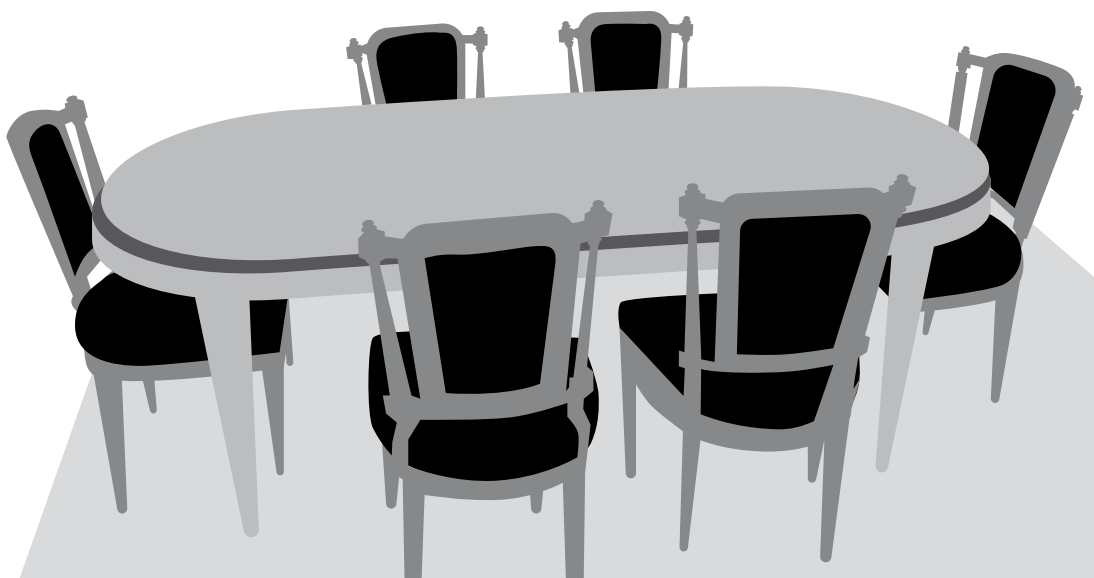
Se guardaban antiguas fotografías de familia, de ésas en sepia o con esbeltas coloraciones que rodean peinados con ondas y caracoles, niñas con lazos y trenzas y señores con bigote rizado. También se guardaban allí las cédulas personales de los hijos nacidos o llevados por el garrotillo o por una fiebre tifoidea, de esa que hacía caer el pelo y aparecer sangre en el bacín de esmalte. Esas mujeres no tenían cajón o cajita de sándalo para guardar los papeles de su pequeña existencia. Sólo una caja de zapatos, de la que ya nadie recordaba los zapatos.

### DESLIZAR LOS DEDOS

Deslizar los dedos por el tibio pelaje de un amable animal, de los que agitan la cola por la pura alegría del reencuentro, aunque no estemos con buen aire o hayamos envejecido súbitamente. Deslizar los dedos en pulpas blandas redondeadas promesa de zumo y de gajos o en un mechón de hierba húmeda o en una gota de lluvia escurriendo en el cristal. Nada de seres con raciocinio, inventores de tablas del más y del menos. Nada de teorías de la luz y de lo negro. Quieres dormir en la seda de la sombra sin autofagia de las elecciones que eliminan tu mitad.

### EPHEMERA

Ecllosionan en la superficie de algunos ríos, en los limos o en las algas, a fines de junio o agosto. Tienen alas verticales, que así se conservan, incluso cuando se posan. Duran sólo veinticuatro horas, en que no se alimentan. El ínfimo cuerpo ni siquiera incluye aparato digestivo. En



compensación, tienen que asegurar apareamientos y postura de huevos, en tan corta existencia. Por eso los machos están dotados de dos penes, para que ningún segundo de posibilidad genésica falle el objetivo. Son las efímeras. Antes de la eclosión esperaron, mutables, cerca de dos años en los limos, respirando por branquias como los peces, por el único día del gran final aéreo.

### **COSAS QUE SE HACEN DE PIE**

Gervasio decidió pensar en las cosas que se podían hacer de pie, sentado o acostado. De pie, se podía hacer casi todo, hasta dormir, pues había visto unas litografías antiguas en las que se veía, en un albergue, una gruesa cuerda suspendida de un lado a otro, para que los mendigos pasaran la noche apoyando en ella las axilas. Al final, casi todo se podía hacer de pie, desde una honesta meadita hasta un rapidito ocasional. También carteros, policías y cobradores escriben de pie, en la calle. Y hasta había asistido a unas clases superllenas, en las que los alumnos tomaban apuntes de pie. También así se ejercía la mayoría de los oficios y trabajos agrícolas, se tocaban varios instrumentos, se bailaba. Pero, pensándolo mejor, cuando un tipo tiene mala suerte, hasta se hace todo de otras maneras. Echado. Sentado. Recostado. Y se hacen cosas soñadas, imaginadas. Soñar e imaginar, dicen algunos, son acciones. Se mueven con el mundo. ¡Cosa batida, bahhh! Pero se puede creer en eso, al menos, de vez en cuando... Así pensaba, al cuello de la compañera. La silla ortopédica.

### **ANA BUTTERFLY**

Era empleada bancaria y había heredado de un abuelo melómano, que bastante influenció su educación, una colección de óperas en vinilo, que muchas veces oía en un viejo Blaupunkt que había venido con la discografía. Llegó a San Carlos para ver la puesta en escena de una de sus preferidas, *Madama Butterfly*, que con *Carmen* y *La Traviata* hacía la trilogía de sus elegidas. Consideraba un tanto deprimente y hasta sádico saber que todas esas heroínas estaban destinadas al sacrificio final. Pero la música la emocionaba tanto, con esos melodiosos estertores, que siempre se conmovía entre augurios y clímax lanzados por sopranos y barítonos. Un tal António Pinkerton, mecánico de automóviles, que iba a la sucursal del banco donde Ana trabajaba, sabiendo de sus gustos, la invitó a un viaje a Nagasaki, donde tendría que

desplazarse en representación de la marca de automóviles para la que ejercía su actividad. Ana apartó vacaciones para coincidir con el proyecto. Uno de los atractivos era visitar la bahía de Nagasaki, donde había atracado el barco del oficial de la marina estadounidense que había sido la pasión de Cio-Cio San, la hermosa exgeisha de quince años. Además, el mecánico no le era sensualmente indiferente y no tenía que dar satisfacciones a nadie. El viaje aéreo, con escalas en Helsinki y Osaka, prometía una gran aventura romántica. Llegados al destino, una ciudad totalmente reconstruida tras los horrores de la bomba atómica de 1945, se quedaron a arrullar los rituales eróticos en un simpático hotel, cerca de la plaza Oka-Machi, en el centro de la ciudad. Epílogos posibles:

—Pinkerton desaparece dejando desierta la cama, y con él se esfuman los ahorros de la pareja para la estancia. Ana, ante el desastre y la desilusión, se lanza desde la ventana de la habitación, y llega al suelo con un enorme golpe y cristales clavados en el vientre.

—Pinkerton viaja a Tokio para unirse a una antigua amante y envía un mensaje a Butterfly, pidiendo disculpas. Ésta reacciona mal a la frustración y, al no respetar las alertas de un sismo, queda atrapada por los destrozos de un derrumbe.

—Final más innovador será contrariar al destino y atropellar mortalmente a Pinkerton, con una Suzuki o un Mazda, cuando atraviesa la calle frente a una agencia bancaria para cambiar dinero. Butterfly tendrá que sobrevivir al disgusto.

### **LÚBRICOS**

El erotismo telúrico de los frutos, explosión redondeada de sus colores, de sus formas, de sus sabores. Los espléndidos racimos del moscatel, de Alicante, de la malvasía, del portugués azul y muchas otras cepas que van a garantizar el báquico calor de las venas y todos los modos bebibles de licuar penurias humanas. La belleza convexa de las manzanas, ese fruto bíblico, que arrancó de la divinidad el poder de la sabiduría, a pesar del sufrimiento. El color solar bajando por el horizonte de las naranjas, su aroma cítrico que embriaga la nariz, la suavidad de la piel voluptuosa de los melocotones, el brillo lúbrico y casi perverso de los higos. En todas las artes, la lujuria apoteósica o crepuscular de los frutos es infinita.

### LIBROS ERÓTICOS

No me refiero a la *Filosofía de alcoba* ni al *Kamasutra* ni a otros célebres guiones del placer que se anidaron en la tradición literaria. Pero sí a la intimidad con algo a lo que me rehúso a llamar objeto, es decir, a aquella humana invención con una cubierta y múltiples páginas a la que se llama libro. No es el sujeto lector que aprehende el libro, pero sí el libro-objeto que refleja totalmente sus cualidades en el primero. El libro nos influye, nos transporta a todos los lugares, nos devora haciendo parecer que somos nosotros los devoradores. La comunión erótica es perfecta, pues podemos llevarlo a la cama, al suelo, al césped, a la playa, etcétera, y sentir su olor, la textura de su papel, las facciones de su rostro, que es la cubierta que lo envuelve. Por eso, los *e-books* nunca llenarán esta erótica de un lector de libros. Los encuentros a la vuelta de la hoja, con ese ruido tan característico y el pequeño desplazamiento de aire al mover la página. Los libros de cabecera. Y los grandes reencuentros que son siempre posibles con sólo ir a un estante familiar del anaquel nunca desaparecerán.

### EL NÁUFRAGO

Despertó con un sabor extraño en la boca. Había mar, viento, vegetación. Vuelve en tropel la conciencia. Era un náufrago y había comenzado la víspera por la noche comiendo un bíceps de su compañero de naufragio, muerto hacía horas. Se horrorizó de sí mismo, tuvo vómitos por la demencia famélica y un torpor cobarde que le impedía lanzarse a las olas para acabar con la infame circunstancia de respirar. Gritó, se arrastró hasta la rama alta donde habían colgado paños rasgados de su propia ropa para indicar (¿a quién?) presencia humana. Arqueaba roncamente con esa náusea de estar todavía vivo. Después, *salvó* el texto. Y cerró el Microsoft Word.

### VOCES

No conoció personalmente a Luís Vaz, ni a Fernando António, ni a Arthur Rimbaud. Pero cuando se recogió en la cama definitivamente roído por próstatas, cataratas y otros achaques que le trajeron sus ochenta años, me confesó que uno de los heterónimos de Fernando lo había venido a visitar al hospital. «¿Y cuál de ellos?», pregunté yo, con curiosidad solícita. Tal vez Ricardo Reis, ése de *Nada de lo que es tuyo exagera o excluye*. Él respondió: «Nada de eso. Fue Alberto Caeiro, que

me obligó a repetir veinte veces el verso: *Mi mirada es nítida como un girasol*. ¡Qué aburrido!».

### FUTBOLÍN

La mujer gritaba, noche oscura, en la calle, celebrando la victoria del Porto sobre los «lagartos», en la Copa de Portugal. Le preguntaron la razón de tal festejo aún precoz, atendiendo al tiempo que faltaba para la final de dicha copa: «Mire, mi hombre me trata mal, soy diabética, estoy casi ciega y mis hijos, por quienes pasé hambre, me desprecian. Al menos el Porto sirve para festejar victorias, que yo no sé qué son». Y continuaba: «¡Porto es el más grande!». Luego contó que de joven había jugado futbolito con el primer enamorado que le había enseñado cómo se hacen los niños. «No quedé embarazada, por suerte, pero después, como ya estaba deshonrada por él, le dejé enseñarme más veces y tuve que ir a hacerme un aborto que me habría mandado con los angelitos. Pero si no lo hacía, mi padre me llenaba de porrazos y me ponía de patitas en la calle. Así era la puta vida. Ya no me gusta la gente. Las personas son peores que animales. Sólo me gustan los chicos del FCP, que me recuerdan a los muñecos del futbolito, cuando yo era virgencita y fui a la Feria Popular con mi primer enamorado».

### EL ZORRO LUPINO

Es una especie de animal híbrido. Tiene las características y la simbología de las dos especies. «Maña de siete zorros» o «En la boca del lobo» son expresiones que nos transportan al imaginario donde esas criaturas habitan. Los zorros asaltan más gallineros, y los lobos, rebaños. Forman parte del equilibrio ecológico, como dicen los que se preocupan por encontrar el nexo de ese desbarajuste terrestre, aunque se suponga que las gallinas y las ovejas no estén muy de acuerdo. Como casi todas las características zoológicas tienen su correspondencia en el género humano, tengo para mí que este híbrido animal describe a la perfección una cierta identidad, que se suele llamar *ilusa*. Es decir, la forma de disfrazar el ímpetu depredador: despedazar ovejitas con la maña cuidadosa del ladino zorro, en el gallinero doméstico, como lobo en la escarpa de los montes. El animalito tiene pelaje de diversos colores en esta simbiosis de dos especies animales. Sólo que no siempre el zorro lupino se libra de transformarse, también él, en gallina de corral u oveja de rebaño, cazadas por otro híbrido.

do por inventar, o que aún no ha sido registrado en los compendios de zoología.

### FLUMINA

El último escenario para la planeada disolución en las aguas, partiendo de la sumergida noche fluvial, no surtió efecto. Hay siempre una pleamar que devuelve a la desembocadura el cuerpo, llevándolo a las riberas del río donde lo aguarán los diversos funcionarios de diversas tareas forenses: la autopsia, los enterradores, los familiares, una nota en los diarios, si se tratara del caso. Y, así, el sueño de ser licuado en las profundidades salió frustrado por las pequeñas materialidades de la vida. Siempre algo tumefacto regresa a la superficie, un coche abandonado que por las letras de la matrícula es reconocido. La gran rabia de estar vivo sin esplendor y la pena desierta de una enorme razón desaguan en la mesa de la autopsia, donde no hay bisturí que diseque el dolor.

### SUICIDAS MENORES

Aquella empleada doméstica ya intentó matarse con pastillas. Aquí debería decirse: intentó poner fin a su vida, que es un eufemismo verborreico para definir un gesto autoservido. Se quedó con una tos persistente por haber sido entubada. No hubo noticias en el periódico. Ningún crítico investigó su biografía, por lo que tuvo que volver a la limpieza.

### PRECIPICIO

Cuando el solista se precipita en las teclas como un ser arrojado a los abismos, está envuelto en la circunstancia incierta a la que se llama virtuosismo. Ésta le permite poner la técnica laboriosamente entretejida en el cuerpo desde la infancia, como soporte de la densidad de las emociones con que nos va contagiando. Cuando en un *prestissimo* o en una *coda* rutilante de velocidad y percusión melódica o posmelódica mis ojos se fijan en la figura frágil del intérprete en su milagroso desempeño, experimento siempre, por osmosis, aquel *frisson* del trapezista antes del triple salto o del esquiador en descendente carril. Las palmas y los bravos son la catarsis necesaria y deseable. En una sala de conciertos puede asistirse al que no se asiste en la vida. Finales felices.

### LA CAMA VOLADORA DE FRIDA KAHLO

En este simulacro de horizonte  
donde empiezan  
y finalizan mis días  
más allá de la barra de acero  
y de los tubos que me rodean  
elijo los tonos de rojo  
sanguíneo que atraviesan  
el azul más intenso  
del plumaje de un ave exótica.

Este olor fuerte de las tintas  
encubre el de mi cuerpo,  
que dejó de pertenecerme  
para entrar en el espejo cortante  
del techo, que atenta miro  
en el umbral del cuadro  
donde provoqué el negro  
de mis cejas  
y la espesura de los matices.

Mis senos  
que quedaron incólumes  
en la fricción de las planchas,  
se transforman en dalías  
enormes, del color de la leche  
y los monstruos retroceden inertes  
por entre vestidos blancos  
y rosa y las flores de México  
encendidas en mis ojos ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALIPO

# Hebefrenias náuticas (el MAR libera el tiempo del movimiento)

LUÍS SERGUILHA

EN LOS EMISORES HEMISFÉRICOS de los ciclos hidrológicos la matriz-gestacional intersecciona un vórtice de timbres de la vida-grafito para enfrentar emboscadas de los espejeamientos del intemperismo con la fusión de los instantes mesoocéánicos entre falsos puntos giratorios: hay obsesiones turbulenciares en el proceso etólogo-de-los-balleneros donde micromovimientos de las líneas cristalinas hacen de los perros-de-reserva un prisma de la Condesa descalza de Djin que incorporó los condimentos fractales de la muerte en Venecia encostadas a las hidráulicas del capitán AHAB: ¡las ventosas del tiempo puro producen sedimentos pluviométricos en el universo anfibio de las ondas capilares de quien descifra o muere como hizo Mishima al enfrentar las HUÉRFANAS de la TORMENTA de Griffith con los nódulos de manganesio y el corión de la camanchaca! La putrefacción del fuego-de-los-abatimientos-del-árbitro escarifica la carnicería de los buzos de quiebra-mares sin genitalias donde la meteorización apresura subducciones masturbadoras entre las ingles de las memorias ontológicas, sí, el mar es un intervalo paradoxal de falsarios, de prestidigitadores, de videntes que genera desciframientos anorgánicos en los impedimentos acústicos cargados de termoclinas y de arqueologías de ósmosis reversas, es un frenado chamánico de coexistencias que devuelven el movimiento al movimiento entre las punciones del cinema de Vertov y los occipitales encorazonados de Eisenstein, fecundados por oxidaciones bacterianas de las vasijas anóxicas: sí, lo de-fuera de la onda jeroglífica surge cuando la visiva desaparece al eliminar la proliferación de los órganos de la espeleología y la duración de la golfada contrae las sombras expresionistas de los defloreadores de costras rocosas apiñadas de prodigios de los atajos policro-

máticos: el buzo bacteriófago se atraviesa por medio de reminiscencias involuntarias que absorben la velocidad infinita de la materia oceánica entre la precisión de los protoplasmas del muslo surfista de Proserpina y el Phaneron de Turner (pluviosidades actuando y reaccionando sobre el colapso del mirar-cartográfico bajo corrientes de convicciones que revitalizan derivas helicoidales en los tejidos de carbón de los últimos nadadores de coalescencias contemplativas): Plotino y Hume abominan las rostificaciones de los muelles y yuxtaponen las pantallas de las intuiciones mónadas a las máquinas de vapor de Watts, lanzando el infinito de los unicornios en la neumática del mundo-en-contrapunto-trompetista, ¿o será el vitral-gótico-egipcio en la hapticidad de la segura de los fragmentos refractantes entre las patas del misantropismo y el arte abstracto del «hombre al mar»?

Sí, el grito en la tela de Bacon se vuelve una zona plágica inaudible entre las redes ensanguinadas de los cachalotes: son bloques rítmicos en transmutaciones de variables intersticiales explotando perspectivas epistemológicas y negentropías a través de imágenes amnésicas consecuencia de la acupuntura diagramática-quimiotrófica: ¡son transcodificaciones de carbón-Tournier caen en las pistas de la invisibilidad-pútrida cuando los cables telegráficos del velador insaciable ascienden a las superficies-halícolas para plasmar las corrientes turbidíticas con los despojos zigzagueantes de la transhumancia de los signos-luz! Dicen: transitarios-atomistas-ilusorios impregnando el tiempo en el cuerpo de los anfibios: son los átomos y los vacíos de Lucrecio en la resbaladilla compuesta de disposiciones lumínicas, de volatilizaciones-costureras y de prostíbulos-vitrales, mezclando gelifracciones autofágicas, vedadores de citologías, ojivas sazonales, corales legendarios con mamíferos-sismógrafos, larvas estucadoras hasta las gigantescas úvulas de las avenidas psicotrópicas de la salicornia sapal: ¡los yunques de la asintaxia y las hipóstasis de la zoografía zanzan el himen de las poblaciones virtuales con las tablas atmosféricas apiñadas de escamas haláquicas y hagádicas en desertificación! El cuerpo en forqueadura temporal se vuelve un espongiario quid vitae, un crivo indiferenciado de otras sintomatologías clandestinas al recogerse en la expansividad de los marcadores pubianos que ligan la lógica de las topologías marítimas a los gusanos glaciares por medio de grúas psicodélicas, de mapas de sensaciones impersonales, acósmicas\_anomorfois en tensión basculante muerde el denodamiento pulmonar a través de ergastulos ciclotímicos:

el MAR libera el tiempo del movimiento y el buzo-gitano afronta la crueldad de las sobrecodificaciones auditivas-visuales de las micro-faunas para verterse en las correntezas de signos fuera de los saltimbanquiscúmenes: asimilar aristas de los animatógrafos con las perturbaciones bioarticulares que hacen de los escorpiones refulgentes, aloplásticos inestables, zonas de dilaceraciones de las linajeras primitivas, prolijidades geométricas en la inapagable orfandad de las lenguas tectónicas. Radicelas de los crustáceos perforan entrelazados infindables de la decodificación malabárica que retrocede y avanza locamente entre las rasuras de los tétanos fundados en los nervios-rift de los invertebrados: las desrazones intercaladas esconden por detrás los simbioses fotosintéticos con el bostezo hibernal de los poetas casi-cosmogónicos: voces-en-gravitación se desciebran y se obstruyen simultáneamente sacando la vorticidad de las oscuridades en todas las recapitulaciones-solares de las especies invasoras, en todas las cortaduras de las necrosis de la batalla de Salamina, sí, la caída interpolada de los protozoarios sirve el polilingüismo en las vecindades geográficas del lector de la ciencia nómada del alto-mar: larvas tectónicas arquitectan el apavoramiento pluviométrico, enfrentan las perforadoras de los caminos incinerados por los aluminios de los miradores de la fascinación del exidio:

VEAN, las alteraciones de la conductividad eléctrica en los batraquios intuitivos de las poleas de los archivos de las cordilleras: piedras-CLÁSTICAS se infiltran en la intangibilidad del BUZO de las capas sazonales del figural-amniótico donde la palabra-antracífera abandona la solubilidad del grito de las mortajas-en-expedición para absorber la abogacía informe de los vértices del vacío o posiblemente recuperar las plataformas eólicas disipadas por los mitos embrujados de las derivas litoráneas\_todo regresará infinitamente, repetidamente entre la inaprensibilidad de la circulación termohalina y el extrañamiento de los anticiclones repletos de procesonarias, de cataplasmas (prodigioso desvío de los golpes de los cautiverios-lunares de las fosas MARIANAS): todo se devuelve al escafandro del grito de las corrientes de resurgencia y el contemplador-ladrón de osaturas marinas vocífera y sondea concomitantemente las variantes de salinidad, creando un laberinto barroco de sí mismo con fluviologías-tentaculares; su cuerpo en enervamiento-ecobatrímetro se suspende en el tejido inmemorial de la presión atmosférica con ataques microbianos (porosidad de los varios soportes de los vigos oscuros, de las manchas absurdas entre cables submarinos y ECLUSAS): el

buzo es ondulación permanente sin rostro, un andamio de las inclinaciones inejecutables rompiendo una imagen catastrófica del tiempo por medio de gestos invisibles que rechazan la inanidad y la enfermedad homínida: musculatura indomable en el entrecruzamiento de lo invisible, en la vitalidad espiral enlaza la cortadura-giratoria de la sedimentación intervalada que incide en la neolítica ruina-silabaria como un campo de batallas a demoler la abstinencia barbitúrica donde el poema de las erecciones semiesféricas hace de las huellas tapadas de cadáveres la cremosidad loca del quebranto\_ el logos en la coladera del mythos\_ porque espera la intransitabilidad del descifrado-dentro-de-una-fosa-común con carbones bituminosos calzando el chorro monstruoso de lo no-vivido y las gesticulaciones de la ceguera tateante: el lector del alto-mar excava las torsiones del espacio semiótico, las distancias de las sensaciones establecidas, luz-sombrías en la palabra pulsátil que se transforma en lo indecible devorador-de-fusibles del cine-OJO de Vertov: rodeos de los pedúnculos silenciosos se abotonan a las virulencias asintáticas (transposición de límites, moléculas imperceptibles, rastros del despeñarse): el buzo se desprende del lenguaje en un riesgo apocalíptico, intercambia el calentamiento adiabático de la lengua, captura la sinrazón y se escapa de la lengua en una afasia de nubes lenticulares, sí, las ondas exhortadas por prominencias hidráulicas sondan las superficies de la anatomía esquizofrénica, los cuerpos robados, la revuelta de la carne porque el habla disyuntiva del buzo no es su voz, es una cizalladura antes del lenguaje, es una línea de inestabilidad, es un tiempo indivisible, el BUTOH que extravasa la lengua, sollevanta el cadáver de la lengua como substancia sonora de las isotacas en las rayas múltiples y proliferantes fuerzas zoé-bios, ¡junto a los simuladores de la tercera ley de Newton! ¿Cómo implicar los sentidos en las correntadas sin destinatario, en las vibraciones hidrostáticas, en las violencias del resfriamiento nutrido por el vacío del idioma de los vientos catabáticos?

Aquí-ahora, el buzo se irriga de sonidos inaudibles, escucha los gradientes térmicos encendidos y desmantelados por la hipotética lucidez de los alerones: la voz inhumana-animalizante-herética-cruel lo lleva para los abrasivos fósiles de la improvisada, de los devaneos afondados en los pasmos naufragantes entre orquidiarios-sísmicos y plataformas flemáticas (perforar la procrastinación de las palabras con el dolor que zurce el inanismo): inigualable fulguración del excavador de indentaciones pre-babélicas\_arqueros de hipoxias, de cremalleras ergódicas



reconstruyen virulencias, abscesos, re-hacen vida, funden vida, despedazan vidas dobladas con catas-opalinas de las meteorologías de superficies: los anemómetros desaparecen y renacen conjuntamente en el anonimato roturador de cadenas geotérmicas (bocados cáusticos atraviesan la sangre del instinto): esplendoroso adensamiento de los indicios de los traficantes de cata-vientos-imprevisibles: la joroba del buzo es-ya una reacción endotérmica, una gigantesca vena rutilada que nutre lacunarmente las bisagras de la imantación, los estertores del silencio sin extremos vivos, porque la musicalidad hidrostática es la experimentación exorcizante de su decir-de-rompimientos-fluidizados donde el tiempo es un vórtice indomable, inquebrantable, es una lava félsica absoluta e intáctil: ¡la palabra náutica se violenta, se escarifica contra el elevado porcentaje en sílica y con el rebote de las partículas vítreas se sumerge en las escurridas intensas que la transforma en una erupción espaciada del animal cristalino! EL BUZO no acontece contradictoriamente o subterráneamente, su hot spot acontece en el abismo del animal que zigzaguea la prolepsis de su dominación\_escisiones avasalladoras de temblores de corta duración, personajes aislados y grávidos de paradojalidades piroclastas: ¡el buzo sabe que el desmoronamiento incesante está ahí: en la tuberculosis y en el suicidio de quien se dice poeta con obsidias, apostemas, orfandades en las falanges! Hay interrupciones inextinguibles en el tiempo freático de los ojos inoculados del buzo, hay magmas maléficis imperceptibles, un tufo volcánico inflexo en el interior de su dédalo hecho de movimientos simultáneamente centrífugos y centrípetos que descomponen hasta la transigencia las imágenes dramáticas en gestos-RFTS, sí, el zambullido es una verga-férrea contra las estufas de la hidrosfera, es una esponja prisionera en la acidificación de la escoria, en los nematocistos, intentando deslizarse en las fábricas hidroeléctricas, enfrentar presagios y perjuros, ofuscar las reservas subterráneas, hacer de la desaparición una bruñidora regeneradora de Pangeas, sí, el buzo es un juego de oscuridades, un sedimento en BATCH, catapultando signos en los viveros bioluminiscentes del dentro que es el fuera imperceptible de la erosión marina\_minerales inesperadamente intensos de lo inexplicable preparan la zona entramares con la insurrección sin actos porque los carbonos-buzos son indisolubles de las fosas navales donde las hipofaringes se sobreponen como animales en celo en las reservas subterráneas:

bioincrustación orgiaca entre el eterno retorno de palabras de sulfato y las microfaunas descarriladas por las dehiscencias de quien habla

transversalmente en la desaparición, sí, un habla sin voz en lo real mercurial donde los estuarios se infiltran en el pensamiento-ultrasónico, destruyendo la escultura de la percepción con la translucidez de las series infinitas de la luzencia de los sensoriamientos remotos, o serán subducciones traídas que despuntan sin mirar los intersticios de las imágenes-hiperbóreas para ir al encuentro de la matanza de los parásitos antes del carbono orgánico disuelto en el hombre destilado: las consumiciones radiactivas del buzo se verbalizan en sus anzuelos aberrantes, vitalizando la lengua de quien no habla porque pensar es una relación de mar con el mar hasta el arranque de los monzones frente al infausto: dicen: geofilosofías sin verticalidades ni sumas vectoriales horizontalizadas sino canales de las irrigaciones isobáricas, topografías accidentadas en desmoronamiento flexuosos: exogénesis que abren el buzo a los intervalos de las células polares que constituyen el intempestivo del fuera alógico, amnésico de frente al despoblamiento poblado por las interpolaciones de las ondas oronográficas, sí, el buzo es la imagen que desaparece en el acto de zambullirse, es un cuerpo incógnito, anónimo atrás de su propia cabeza producida por movimientos brownianos en la inexistencia de mitos y en el alejamiento de las criaturas entre flujos laminares y planeadores de imposibles: si el devenir-clavado es alucinatorio, el retorno hidrostático hace nomadizar vulcanólogos en las fabulaciones, en los delirios, en los aerosoles agrimensores de lo incognoscible\_excepción de lo indecible\_¡sí, el buzo nunca atiende al comienzo del límite, vive en su copulación aberrante para advenir-flagicio-regerminante donde lo imprevisto del pensamiento surfista se transforma en un punto de transmutación para filtrar las membranas electromagnéticas entre la procedencia y la nitrificación de la muerte!

EL ANIMAL de las pedrerías resplandecientes es esculpido por los himnos violentísimos del desciframiento asmático en presión permanentemente variable (surcos de la vitalidad de las marsopas): el abono de las agujas de los calorímetros de barredoras exploratorias analoga las arterias de las menudencias de los encadenamientos topográficos donde minúsculas arquitecturas son rechazadas a expulsar las ascensiones de las cosechas de los talleres con pasajes esféricos (las entonaciones de la babel de los gitanos del mar están ahí, el buzo no se conoce en su propia isometría y se vuelve lapso vaticinador de hechicería respecto a la habilidad de los remadores de la bolsa: los basamentos remotos del descifrado de los sismógrafos-desalineados se paralizan en las uñas de las

albañilerías-metálicas para incrementarse mortalmente a los súbitos be-  
tónicos de las jofainas endorreicas): bordados de las enfermedades de  
las llagas con disonantes homeosis prosperando en los ciclos agresivos  
de los gases monoatómicos: las contrariedades totémicas regresan a los  
mángales sin sustentáculos y se arrancan a los triángulos escalenos de la  
tierra granulomatosa para vigilar la diferenciación memoriada del cuer-  
po-rizosférico entre la epilepsia de otros cuerpos sin manoseos oceano-  
lógicos: tragos disfrazados en vacilaciones transversales se diseminan  
en los espacios-roedores de mortificaciones, incorporando fisiologías  
inciertas e itinerarios cuneiformes para dilatarse entre los Anillos de GRA-  
VESANDE\_deserción y exordio se interseccionan cosidos de fotografías  
rasuradas por el contagio vampiresco de los tubérculos sistólicos): todo  
se entrelaza en la Anábasis de la interrogación-pugilista y en los rizados  
de los animales engrasadores llenos de razas y de fluidos del aneurisma  
trillador de tímpanos: las verrugas del buzo cambian en la sangre de las  
tarántulas-en-derrocada, su voz heráldica de presagios-aduaneros hace  
de la distopía a-cronológica un modo de vida, anticipando semanturgias  
mutables y ostensivamente adornadas por los lodos de las quemaduras  
insondables que eternizan los bajos ciclos de los metales (rombos inevi-  
tables en la hipnosis carbonífera: fracciones infusionadas continúan di-

*las verrugas del buzo cambian en la sangre*  
.....  
*de las tarántulas-en-derrocada,*  
.....  
*su voz heráldica de presagios-aduaneros hace*  
.....  
*de la distopía a-cronológica un modo de vida,*  
.....  
*anticipando semanturgias mutables*  
.....  
*y ostensivamente adornadas por los lodos*  
.....  
*de las quemaduras insondables que eternizan*  
.....  
*los bajos ciclos de los metales*  
.....

sonantes en las protuberancias de las secreciones de los hospicios marí-  
timos)\_las fuerzas de los segadores de diafragmas sígnicos rastrean en  
los pianos fúnebres de la palabra que imposibilitan las variaciones de  
saludo en las danzas de los escombros de los grafiteros marítimos (azu-  
lejería de la hibernación, eco babélico en la estampida de los mamuts  
ondulatorios del descifrado sin valor tabulado)\_sí\_el descifrado tatuado  
en movimiento en los pies del buzo se expande en tres dimensiones-  
arenosas y marca los perímetros de los muros de las seriaciones bacte-  
riológicas, atropelladas por el sofoco de los espíritus beligerantes, sí,  
lascivias envergadas por amplitudes disléxicas entre los cinceles de tren-  
zas ovarianas): los orificios lávicos irrumpen las zarzas hermafroditas, las  
rigideces cambiantes, las inflexiones de las endorfinas para esparcir la  
necesidad de lo trágico en las anomalías con gruñidos llenos de campá-  
nulas (palabra entrañada de animales sin sentido, sin imitación produ-  
ciendo turbulencias en una circunferencia de fotogramas): apenas la im-  
piedad contemplativa de la lucidez, el grito identificador de la hipnosis  
y de las caobas-cantigas sancionan y confirman el abismo inaudito de los  
cargadores de trópicos: vede, el compás del lodo convulsivo del buzo  
inhumando fisonomías en la demencia de quien intenta leer el súcubo de  
las corrientes casi electrificado por el celo-nirvánico): pequeñeces angu-  
losas multiplican acrobacias carbónicas y asombran ranuras ancestrales  
sobre los tapices tridáctilos, placentados por las patologías de la hiber-  
nación náutica (tensionamiento de los yutes deformadores): los fracasos  
del ensimismamiento de la piedra incisan los abecedarios de la telequi-  
nesis y el impaludismo hecho de cortes-falsos, cruje en el AZUL batido de  
los animales despistados que arrastran las incisiones de los berridos  
para las ulceraciones de la zoomancia (la enmienda de la demonología  
del BUZO extasía los traficantes de los herrajes de las naves con rocas  
estratificadas en los cascos transportados de aislamientos zoológicos,  
algunas aves migratorias todavía sienten el triángulo de la antropofagia  
entre los fórceps de los géiseres): eyecciones de branquias, efluvios la-  
minares, atajos caleidoscópicos, arcos milenarios desmembrándose en  
un espacio infinitamente desprendido por el espanto alienígena: mánga-  
les encarnados en los chorros de las coreografías del interior-sin-bozales  
que es ya en sí la atmósfera singularizada por múltiples dimensiones  
entre copiosas latencias de las bestias en abandono: vean, el desfasa-  
miento de los reversos pulsantes de las alegorías y las travesías del ex-  
travío espinosista en los despojos de la astucia: obstáculos del cuerpo

que no aguanta más entre prodigios-causales de perros copuladores de desasosiegos (nube piroclástica persiste en la ingeniería del caos, fuerzas infinitesimales se gravan en los sarcófagos pantaneros y los vaivenes febricitantes e hipnagógicos se estilizan en las contradicciones urdidoras de otros apéndices incicatrizable: ¡vitrinas del subsuelo manoteando en lo intempestivo de los BUZOS!)\_robustecer el vacío letal del descifrado plástico destacado en la conectividad de los antagonistas-vitrificantes y la cantilena de las homeostasis ultramarinas es polveada por los cruzamientos serpentinos de los hechiceros que alternan los estribos cibernéticos-vampiros para recapturar las sinopsis de los hagiólogos que buscan el mecanismo indefectible de las multiplicaciones de las insidias: nodosidades randomizadas parten de dentro de las garlopas-sulfosales e intentan descifrar los nódulos de las corneas del agotamiento con las navajas de las vocalizaciones bizantinas: aquí-ahora, la refracción acerca la enucleación de las ofrendas entre los juegos de las invitaciones en polifonía-cabinóide: los espacios fílmicos asimilan las nadaderas inmarcesibles de los coitos criminales, provocando sangramientos en el olvido estoico que enfrenta la refriega con los espejos distorsionados de la inutilidad manicomial: los azogues de la usura glaciario-petrolífera acogen las espigas de las especias del perro de GOYA con los movimientos parabólicos de las alcobas blasfemantes donde las placas vibrátiles de los resabios inhalan los sacramentos de los fracasos de las sufusiones, de la equimosis espontánea de las aporías, coacervadas por los carboneros-de-las-arenas-teatrales: adivinación venal estropea el hollín de las tibias de las centurias, traza los silabarios matricidas con las Ascaris Lumbricoides que invaden las parturientas del sur para entallar la menstruación en las geometrías funiculares de los mercaderes: incestuosa-teoría-de-la-física-de-los-bebedores de esferologías en escurrimiento o serán gestemas inviscerados en las estacas anamórficas desmoldando los bofes resplandecidos de las onomatopeyas que se suicidan ininterrumpidamente en los planos inclinados de los buzos de esqueletos filtrados, introducidos por las maceraciones de los prostíbulos-sulfhídricos (dicen: barreras hematoencefálicas midiendo la carnicería espiralada de los cetáceos): el magnesio informable del

BUZO transporta y lapida furtivamente los aullantes de CARGUEROS en sus propias devastaciones sin afinamientos yugulares taumatúrgicos (ecografía fáustica de las babosas milenarias, de los víveres ondulatorios, de las indigencias rodopiantes donde un trébol-de-sujetadores-

sin-manumisión hace del remolino verbal la lubricidad de las cédulas esfíngicas del último lobo de MAR: gigantesco apostema labrado en el efluvio gangrenado por las entonaciones de los desvíos plurivocálicos, sí, el BUZO acontece fluidizado en la vecindad de la ignominia babelesca de un vientre agarrador de balanceamientos de aseidades : en la confusión consagrada de los raptos de uranio el descomunal azufre de los octopodes descasca las velas de los misterios y una pata melancólica erra en la abrasadura de la necrología, le resta tallar el azogue y quemarse por dentro para devolverse al sueño perpetuo-oceánico: el BUZO es la finitud del tiempo infinito y con el grito de la emasculación provocada por la mordida del animal, talla la rarefacción de la piedra, perturba la esfinge verbal, hace de la insanidad el orificio del mundo, cava el aligeramiento del vacío, SE BIFURCA en la sublevación del exilio, pasa por la profundidad rapiñadora de la voz, se distancia de sí, traduce lo ilegible en la desalabada pasaje del espíritu, se transforma en un diagrama histérico, avanza en el desalumado embalo de la boca, intensifica la visión al tejer la cavidad del olvido, se ciega al reventar lo real, intercala la luz con el espejo de Tarkovski, estimula el mundo al contradecirse en las ladradoras hace de las membranas de la contabescencia las alabanzas del mundo, fricciona los injertos revivescientes en la alianza órfica de la des-aparición, revisa el ROSEBUD de la antimateria, perfora imágenes sin fondo, hace de la muerte la síntesis intratemporal de la imposibilidad de morir porque la incógnita es la única fuerza que lo comprende, absorbe el órgano de la lengua con la propia escucha desbravadora de espacios, se sumerge con todos los instrumentos musicales improvisados en lo imperecible noctámbulo que lo transpira hasta los tejidos de la hesitación incontrolable, se torna una vértebra de cristal-gótico porque se olvidó de sí mismo al ser atravesado por ritmos jazzísticos, nómadas, sí, bucear es abandonarse por medio del cuidar-de-sí porque el remordimiento coaxial está en efervescencia deletérea, en concúbicos criminales-orbitales en los cuerpos de los cuerpos que oscilan locamente en las superficies más profundas del mundo\_¡el buzo se fundió al mar! ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ MOLINA

# El cadáver de James Joyce

## JOSÉ LUÍS PEIXOTO

**CUANDO TERMINÉ DE ESCRIBIR** mi primera novela me recliné en casa durante dos semanas. En ese tiempo cerrado al mundo viví cada mirada de cada personaje, cada esperanza, cada angustia. En ese momento era muy joven. Creo que si lo hubiese hecho hoy, me habría suicidado en el último día de esas dos semanas, como desenlace lógico. La lógica, el absurdo de la lógica y la lógica precisa, milimétrica, del absurdo son para mí asuntos que me absorben, como si de hecho fueran la primera regla de mi vida. Pero, como dije, era muy joven, y ese pánico aún no había alcanzado las dimensiones actuales que, junto con otros pánicos y cansancios, acabarán por ser mi fin. En ese tiempo yo era mi único lector y nadie esperaba nada de mis palabras. La vida era menos difícil, en consecuencia. Me consideraba un gran escritor desconocido y era casi feliz porque cerraba los ojos ante muchas cosas.

El primer día que salí a la calle, luego de esas semanas, aún llevaba en la mirada la mirada de los personajes, y me paseé por Lisboa como si no conociera Lisboa, como si me admirara todo. Las horas de esa tarde fría de enero pasaron y yo pasé con ellas. Poco a poco dejé de ser los personajes para ser el narrador: una voz más grande que yo, una voz que había surgido en la novela como una voz de la tierra. Describí, sólo para mí, las paredes, las palomas caminando lentamente en el suelo, como si todas las palomas fueran una criatura más grande que se hincha y se hace pedazos. Describí, sólo para mí, a las personas que me miraban, e imaginé que ellas me imaginaban. Pero también, poco a poco, el narrador salió de mí, tal vez asustado por el ridículo de ser un narrador describiendo mentiras dentro de una persona, y volví a ser lo que soy: una cosa absurda cualquiera en busca de una lógica impo-

sible y que se llama Zé Luís. Con todo, luego de dos semanas de observar palabras, luego de un año de desenterrar palabras, yo era alguien que únicamente podía hacer cosas grandiosas. Sólo esa idea me parecía lógica. Entré en una librería del Chiado. Me vi entrando en la librería e imaginé: José Luís Peixoto entra en una librería, donde aún se ignora la importancia de sus palabras. Creo que el narrador aún debía de estar dentro de mí, escondido en algún rincón oscuro.

No sé cómo explicarlo. Tomé un ejemplar de *Ulises* del anaquel y empecé a leer. Nunca lo había leído todo. Aún no lo he leído. No creo que alguna vez lo lea todo. Sin embargo, tomé un ejemplar del anaquel y leí dos párrafos. Me gustaba que Joyce escribiera así. El efecto que esa breve lectura tuvo en mí fue inesperado. Instantáneamente, me acordé de haber leído, hacía algunos años, en una enciclopedia de mi hermana, que James Joyce estaba enterrado en Zúrich. También recordé que entonces había acabado de leer *Dublinenses* y que sentí algo sublevándose en mí. En la librería, sin que mis libros vieran la librería, me imaginé, secretamente, como un héroe. Yo había escrito una de las más grandes novelas de la historia de la literatura. Yo únicamente podía hacer cosas grandiosas.

En casa, guardé dos camisetas dentro de una mochila y salí. Tenía dinero y fui a Santa Apolónia. Compré un billete para Zúrich. No sabía que se podía ir a Zúrich en tren, pero me informaron que el Sud-Express iba a salir en pocos minutos y que, apenas llegando a Francia, debía cambiar de tren. Todo el trayecto lo hice de pie. Me asustaba la idea de no poder controlarme y de contarle mis planes a cualquier emigrante de París o a cualquier francés que iba a hacer un viaje usando Inter-Rail y que compartiese conmigo el vagón. Estaba siempre mirando por la ventana e, interrumpido de vez en cuando por revisores, pensé todo el tiempo que iba a llegar a Zúrich y que iba a desenterrar el cuerpo de James Joyce y que lo iba a llevar a Dublín, de donde nunca debía haber salido. Cambié de tren y llegué a Zúrich.

El día estaba por terminar. Telefoné a mi madre y le dije que estaba en Rossio. Estaba en un teléfono público de Suiza. Tengo una licencia en alemán. Tengo un diploma sellado que garantiza que soy licenciado en alemán. Bajo el sello falta decir que fueron cuatro años de triquiñuelas y ayudas de parte de algunos colegas más caritativos. Pero, pese a ello, mi alemán básico me sirvió para alquilar un cuarto en una pensión pequeña, minúscula, justo al lado del cementerio. La señora de la recepción, con las manos sobre los papeles de registro, se llevó las

gafas a la punta de la nariz cuando le dije que insistía en quedarme en el cuarto ínfimo, que tenía una ventana del tamaño de una caja de fósforos con vista al cementerio. Coloqué la mochila en la única silla que cabía entre la cama y la pared, y pasé la noche, arrodillado en la cama, atisbando el negro del cementerio: el blanco de las tumbas dibujado en el negro, las formas de los árboles esculpidas en el negro.

Cuando salió el sol mis piernas estaban adormecidas. Bajé para desayunar: tostadas y café con leche que la señora de la recepción me sirvió, contrariada. Comí lentamente. No tengo apetito en las mañanas. Di cuenta de tres cigarrillos hasta que abrieran el portal del cementerio. Dos ancianas y yo fuimos las primeras personas en entrar. Intenté encontrar la tumba yo solo, pero me perdí. Me topé con una de las ancianas, que cambiaba las flores marchitas de una jarra, y le pregunté: ¿James Joyce? Nunca he oído hablar de él. No le expliqué. Hay cosas que no vale la pena tratar de explicar. Caminé toda la mañana, dando vueltas en el cementerio, mirando nombres, mirando fechas. Por fin, era ya la hora del almuerzo, estaba con hambre y con frío, encontré la tumba de James Joyce. Estaba abandonada. Ninguna anciana le iba a cambiar las flores marchitas, no tenía flores. Tenía musgo alrededor de las letras. James Joyce escrito con musgo.

Volví a la pensión. La señora de la recepción se asustó con mi llegada. Se asustó aún más cuando le pregunté por el almuerzo. Pan, dos salchichas fritas y dos huevos estrellados por la señora de la recepción con un delantal de volantes. Salí para comprar un pico y una pala. Tuve que señalarlas con el dedo. No sé decir *pico* en alemán. Fui a mi cuarto para dormir y soñar. Me desperté a mitad de la noche. Enseguida me desperté por completo, como si no me hubiese despertado, como si no hubiese dormido. Tomé el pico, la pala y la mochila. Salí del cuarto sin hacer ruido. Me monté en el techo de un Mercedes que estaba estacionado y salté el muro del cementerio. Busqué el camino que conocía y fui directamente a la tumba de James Joyce. Enfilé la punta del pico en una de las juntas del mármol y las forcé. El mármol no sonaba como si se moviese. Cuando mis fuerzas ya se agotaban, cerré los ojos y, con toda la voluntad de mis brazos y de todo mi cuerpo, escuché que el mármol cedía. Empecé a cavar. El pico y, después, la pala. El sonido del pico y, luego, el sonido de la pala. Mi entusiasmo crecía. Luego, el pico que acertaba en algo. El tesoro. La pala que sacaba la tierra suelta. Mis manos que sacaban la tierra suel-

ta. La tapa del ataúd se quebró bajo mis pies. Aparté pedazos del ataúd. Ahí estaba James Joyce. Así su brazo derecho, la mano que escribió *Ulises*, y los huesos se separaron por las juntas. Tomé el cráneo: los ojos de James Joyce, los dientes de James Joyce. Me sorprendió el poco peso del cráneo de James Joyce, el cráneo donde nació el *Ulises*. Miré al cielo y no encontré la luna. Algunas estrellas entre las nubes. En la noche me sentí grandioso y feliz. Guardé todo lo que me parecía que pertenecía a James Joyce dentro de la mochila. Los huesos, unos contra otros, hacían un ruido suave. Salí de la fosa y empecé a tavarla con palas llenas de tierra. Animado por el peso de James Joyce en mis hombros, empujé de nuevo la piedra sobre la tumba. Por la mañana estaba en la estación de trenes.

Sentado en un vagón, llevaba la mochila en el regazo. Pensaba que era revelador que James Joyce, justo él, pesara menos que la mayoría de las ediciones del *Ulises*, cuando en el paso de la frontera el tren aminoró la marcha hasta que se detuvo. Entró un policía, bigote y patillas, y me pidió el pasaporte. Señaló a la mochila y preguntó: ¿Chocolates? *Sorry*. Salió. Medio cigarrillo después, el tren continuó. El paisaje, los árboles desnudos, los estanques de agua, me dejaban pensar. A veces, las aldeas. En la pequeña estación de una aldea cenicienta y verde decidí bajar. Entré en un café, conocí a un señor. Me ofreció un cuarto, me ofreció trabajo para ocuparme de cinco vacas. Me enamoré de la hija del señor. Guardaba la mochila detrás de una cómoda. Pasaba las noches en el cuarto al lado de la hija del patrón, Sabine era su nombre, pensando en ella y sufriendo por ella. A veces sacaba a James Joyce de la mochila y lo extendía sobre la cama para que no se enmoheciera. Hacía tres meses que no me sentía orgulloso.

Cuando decidí partir, ya era primavera. Tres de las cinco vacas iban a parir, pero yo estaba harto de amor no correspondido y Dublín me esperaba. De madrugada, me dirigí a la pequeña estación y tomé el primer tren que pasó en dirección a París. No fui a la Torre Eiffel, ni al Arco del Triunfo, ni al Louvre. Telefoneé a mi madre y le dije que estaba en Rossio. Estaba en el teléfono público de una estación de París. Cambié de tren. Estaba cansado. Hasta James Joyce, tan leve, me parecía demasiado pesado. Consideré aún la posibilidad de abandonarlo en un contenedor de basura de París y regresar a casa en avión, pero yo no soy de los que desisten. Yo no soy de los que desisten. Mientras tengo un resto de fuerzas, tengo un resto de esperanzas. Yo no soy de los que

desisten. Y llegué a Calais. Los barcos estaban llenos y solamente podría continuar el viaje al día siguiente. Timé a un inglés. Le robé su billete y también le habría robado la cartera y el reloj si se me hubiera antojado, pero el billete me bastaba. En Inglaterra viajé siempre en ómnibus. Pasé la mitad del tiempo mareado y la otra mitad durmiendo, con la boca abierta, tumbado sobre el pasajero de al lado, abrazado a James Joyce. En Londres decidí tomar un avión directo a Dublín. Estaba muy cansado y muy sucio. Aún olía a vaca. Tenía la nostalgia de los personajes de mi novela, y ganas de llamar a mi madre y decirle que estaba en Rossio —estando justo en Rossio.

Después del *check-in*, después de haber radiografiado la mochila como equipaje de mano, después de que me avisaran con un guiño que no se podía viajar con comida, pero que por esta vez pasaba, me senté en una de las sillas de primera clase. La azafata me quitó una paja del cabello y me sirvió champán. Respiré. A cientos de metros de altura, abrí un tanto el cierre de la mochila y miré a James Joyce. Confíe en él, ya éramos amigos, lo puse en mi asiento y fui al baño. Me lavé la cara. Cuando volví, dos niños estaban jaloneando a James Joyce de un lado al otro. Agarré la mochila, furioso, y me contuve para no darle un coscorrón al pequeño. Su madre, sentada al lado, se despertó y dijo: Oh, Sean. Quería llegar a Dublín. El aterrizaje fue suave.

Las calles, los *pubs*, las personas. Crucé tres puentes hasta llegar a un parque. En el parque caminé hasta encontrar un árbol que me agradase. Era un árbol grande, tal vez un plátano. Entre las raíces cavé con las manos. Primero la hierba, luego la tierra. La noche crecía lentamente en la tarde. Pasaban personas que me miraban por un instante, pero todas desviaban la mirada. Cuando no hubo nadie, ni en los senderos del parque ni atrás de los arbustos, metí a James Joyce, dentro de la mochila, en el hueco y lo cubrí con tierra y con una capa de hierba. Miré un instante el sitio donde lo dejé y consideré que había hecho algo bueno. Me alejé en dirección al aeropuerto. Sentía una falta en el corazón. Sentía pena de dejar a James Joyce. En ese momento aún no sabía que quien deja las cosas que ama dispersas por el mundo, siempre siente la falta de algo, donde quiera que esté. Fui a Lisboa. A la noche siguiente dormí en mi cama, abrazado al manuscrito de mi primera novela ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Ana Paula INÁCIO

## ASÍ ESCUCHO A MÁRIO CESARINY: MI CORAZÓN EXACTO

**¿Tendrá mi corazón exacto el tamaño de mi mano cerrada?  
La forma de un puño que golpea contra la mesa, exigiendo  
¡lo que me es debido?**

**Y lo que me es debido, gerente, es que esta leche no esté agria, lo**  
[digo

**muy alto y al pie de mucha gente.**

**Y salgo sin erguir el cuello. Me gusta el frío del viento,  
¿Sin saber dónde? el corazón.**

**Sin saber lo que importa,**

**Sin siquiera tener todos los dientes**

**(ellos también sirvieron de mesa a lo que, tal vez, no me fuera**  
[debido)

**muy blancos.**

**Pero lo sentía muy cerca,**

**al corazón,**

**a veces, peligrosamente, al borde de la boca**

**donde estalla, a veces,**

**indebidamente.**

**Para finalizar el tema sólo puedo decir que no soy ninguna *madame***  
[blanche

**y cuando caigo, caigo verticalmente. En el vicio.**

## VERANO INTERIOR

1) en la casa de enfrente  
el sábado sigue siendo el de la limpieza  
en la cuerda las sábanas  
cubren las piernas rojas  
de las sobrinas, de las nietas  
que crecen en la mirada golosa de los toreros  
el yerno francés vota LePen  
agarrado a su empleo  
de clase media  
vacaciones en Cancún y Cabo Verde  
lamenta las preocupaciones del estado social,  
el portugués lee *O Crime*  
el tío sacerdote el *Expresso*  
modo de trazar fronteras  
el riesgo al lado, como lo usa,  
ocupa la porción más pequeña  
pero ya no es un sistema de  
esparcir el mundo  
es sólo un truco de peluquería

### ASSIM OUVIDO A MÁRIO CESARINY: O MEU CORAÇÃO EXACTO

Terá o meu coração exacto o tamanho da minha mão fechada? / A  
forma de um punho que bato contra a mesa, exigindo / o que me é  
devido? / E o que me é devido, gerente, é que este leite não esteja  
azedo, digo-o / muito alto e ao pé de muita gente. / E saio sem pôr a  
gola ao alto. Gosto de sentir o frio o vento, / Sem saber onde? o  
coração. / Sem saber o que importa, / Sem sequer ter os dentes todos  
/ (também eles serviram de mesa ao que, talvez, não me fosse devido)  
/ ou muito brancos. / Mas sentiram-no muito próximo, / ao coração,  
/ às vezes, perigosamente, à beira da boca / onde explodiu, às vezes,  
/ indevidamente. // Afinal acerca da temática só posso dizer que não  
sou nenhuma *madame blanche* / e quando caio, caio verticalmente.  
No vício.

II) la prima hace la Francia  
(donde los padres suavizan la añoranza  
en *copas* de aguardiente)  
*faire du ménage dans un magasin*  
el marido construye *dès bâtiments*  
para el cerdito francés más inteligente  
la hija se hace bilingüe  
y ciudadana de doble nacionalidad  
es el circuito que se cierra en la vuelta  
más encarnizada de la ladera,  
donde las mujeres  
traen gatos salvajes en la voz

### VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

### VERÃO INTERIOR

1) na casa em frente / o sábado continua a ser o das limpezas / na  
corda os lençóis / cobrem as pernas roliças / das sobrinhas, das netas  
/ que crescem no olhar guloso dos toureiros / o genro francês vota  
LePen / agarrado ao seu emprego / classe média / férias em Cancun e  
Cabo Verde / lamenta as preocupações do estado social, / o português  
lê *O Crime* / o tio padre o *Expresso* / modo de traçar fronteiras /  
risco ao lado, como o usa, / ocupa a porção mais pequena / mas já  
não é um sistema de / espartilhar o mundo / apenas um truque de  
cabeleireiro // II) a prima torna a França / (onde os pais mitigam a  
saudade / em *copas* de aguardente) / *faire du ménage dans un*  
*magasin* / o marido constrói *dès bâtiments* / para o porquinho mais  
atildado francês / a filha faz-se bilingue / e cidadã de dupla  
nacionalidade / é o circuito que se fecha na volta / mais encarnizada  
da ladeira, / onde as mulheres / trazem gatos selvagens na voz

# Paregórico

MIGUEL MANSO

ERA BLANCA LA CASA, DE DÍA. De noche, las estrellas de afuera encendían en el interior los casquillos gruesos y finos de la morada. Ahí crecía el amor, con firmeza dañina, en la casa donde viví. Ardía también ahí un fuego secundario, nunca depuesto por el plástico de otro electrodoméstico. En la sala de estar, el televisor había aprendido poco a poco a tener color, parpadeaba con intemperancia sobre el redondo del vidrio, fenómeno invisible para ojos habituados, ojos que sólo después mirarían la claridad de la televisión digital, plana de soporte y de sentido.

La madre estaba en la cocina, el padre en la sala, y cuando intercambiaban sitio nos admirábamos. Vestíamos pijamas ridículos, todos. En el invierno, peor, por esas batas de encanto y colorido que ninguna década (incluso aquella) y ningún lugar disculparán. Entraban en mi casa vecinos con pijamas parecidos, canjeando series, cómodos en terreno ajeno. Era una vida en apartamento nuevo, edificio sin ascensor, encima de los patios, lejos —poco— de los viñedos y de las tierras cerealeras.

El miedo. Llegaba a entretenerse en la vida cotidiana de la familia; vivía aquí y allá en las divisiones desocupadas, iban a alimentarlo como a un perro. No hacía mal, no se metía, estaba allí, más o menos allí, a una distancia cómoda durante la tarde, pero, como un gato, era de noche, ya acostados, cuando se acercaba a olfatear el borde de las sábanas, a lamer la alfombra. Sin sorpresa pero sobresaltando siempre, se sacudía de pulgas hacia nuestros pies y dormía, primero que nosotros, el estupor.

Éramos por defecto defectuosos. No sabíamos nada de las cosas, a no ser la claridad que entraba por la ventana trasera, el recorrido hasta la casa de los abuelos y en el verano los días de playa, al sur. Y todo eso

cuando la televisión irradiaba luz, sumado al colorido de un periódico deportivo olvidado en el sillón de la sala o la larga cháchara sobre un acontecimiento de mediana magnitud.

Rara vez se ponía un disco en el aparato, no se fuera a rayar el vinilo. En lugar de los discos había en la cocina un radio desvinculado de esos celos. El señor del Círculo de Lectores aparecía una vez al mes al inicio de la noche, entre los bufidos de la olla a presión. Sonaba el timbre de abajo y ya lo sabíamos. Estábamos revisando su catálogo y para recibir un regalo (o por pena) gastábamos algún dinero en una antología de Fernando Pessoa, adquirida en tomos, mensualmente, o en un libro de Isabel Allende, Richard Bach, Lobsang Rampa.

Creciendo desde las calles antiguas, en un silencio agitado, horrible por eso, sobrevenían en la noche una vigilia o una procesión. Un mar de gente cubierta sujetando la antorcha de un rezo, caminando callada o llevando otras pequeñas luces. Los padres nos llamaban desde la ventana y sacudiendo el torpor del anochecer, con la esperanza de ver algo decisivo, de enfrentar el temor que nos separaba de lo que apenas suponíamos. Alzando el cuello mirábamos aquella escena y nada nos contenía. Pedíamos que nos hicieran bajar y aterrorizados sofocábamos el llanto en un colchón, temblando con el vértigo de ese espectáculo.

Miedos de los que todavía hoy nos acordamos, de las veces en que pudimos tocar el vástago que sostiene lo real, el foco de la potencia que rodea peligrosamente lado a lado con las cosas verídicas. Estar solos en eso y no haber palabras que dijeran el dolor maravilloso de estar, de esta manera, vivos.

Y nos acordamos de todo lo que es posible recordar: del más exiguo detalle a la más risible de las barbaridades. Como cuando en la aldea un tío, por gracia, desvió la vaca que iba en camino del corral, rociada del invierno que empaña de noche los lugares, y la llevó hacia dentro de la taberna, debajo de la lámpara, entre la formica y la admiración de los borrachos. En el medio, arrastradas las mesas que había, el animal liberó la vejiga con un chorro impresionante, salpicando de orina el flanco más fantástico de la infancia.

También la tarde en que una tía vieja de orejas enormes, colgadas, entró en la sala a oscuras, con un pastel de cumpleaños chispeando en las manos y en la cabeza una media de vidrio incrustada. Las burlas de las tías, sus risas escarpadas, los besos húmedos, el amor que nos tenían, las historias antiquísimas que repetían sin saber de otras. La forma



como centelleaban con lo que dijéramos, cómo les importaban nuestras cándidas herejías: *Tía, ahora mismo estoy viendo que Dios me está mirando.*

Y si nos doliesen rodilla, codo o talón, pedían que nos pusiéramos debajo del telero (escondidos de las miradas) y nos bendecían allí con ramitas de aulaga, *cosían* con hilo y aguja la parte lastimada. Por simpatía, nos portábamos bien. Regresábamos a la falda de los limoneros, al lugar del pozo, junto a unos gatos inmundos, que comían los restos de nuestro almuerzo y dormían después en largas siestas bajo un pimiento, eructando entre los vasos y alejados de la agitación en el gallinero, de los pardales que inundaban la huerta, de la llamada de las tías que golpeaban los tazones con el tenedor, para una dosis más de espinillas con caldo. Y cómo ronroneaban esos gatos con nuestras caricias. Creíamos que sufrían de una especie de estertor, como nosotros en un resfriado.

Llovía en Pascua, era triste, era bueno. El agua golpeaba con violencia en el patio encementado de la casa de los abuelos, y mientras tronaba arriba, el desagüe se obstruía abajo. Era precioso ver a alguien salir con botines y abrigo de hule para retirar la basura del tubo con un alambre mal estirado. Almorzábamos cualquier cosa que sabía a gris, a melancolía. Éramos tan sensibles en ese tiempo y no podíamos saber que años después, por cuenta de una torpe idea de literatura, convertiríamos todo eso en una prosa mala; ésta, aproximadamente. Si pudiéramos mirarnos de aquí para allá, ¿qué cara fea nos pondríamos a nosotros mismos? Que nos dejamos envejecer tanto por los años, que crecimos tan mal, que engañamos los días fingiendo que jugamos a fingir que jugamos, pero sesudos, avaros; y el mundo que nos ha sentado bien, ya podrido, lo tomamos para nosotros con el fin de estropearlo aún más. Pero si la luz prevalece sobre las tinieblas, avancemos también por un texto pardo que quiere volverse el azul que sublimamos. El del cielo rasgado por el desmedido arcoíris de la infancia, que cae irremediablemente sobre un tugurio destruido y ahí dentro del bote de la más revuelta tristeza.

Vamos a jugar a la claridad.

O es antes destello que azota un ente aturdido, abollado aún desde el propio nacimiento y ya dirigido hacia el final. Cuando se medra así en los vapores del mito se recorren los alrededores como por la tierra prometida. Se hunde en nosotros un vértigo mesiánico, alista la mecha mística y un fósforo se enciende ya en la mano diabólica, aún tierna. Leemos entonces con una voracidad lenta: con el corazón, con el tacto, más allá

del techo, sin haber aprendido las letras. Se hace evidente que hay una trampa en lo que hay, incógnito.

El cuchillo corroído en la tierra floral de una bisabuela. Nos dicen que tiene cien años ese cuchillo y subimos al pináculo de la conmoción. La moneda engastada (para dar suerte) en el cemento del patio, a la entrada de una recaudación: un tesoro incalculable. El cajón de determinada mesa, la mesa de cierta recordación. El olor que exhala en cada habitación, en cada escenario. El patrón de la bata de la abuela fue el marco de qué revelaciones. La cocina de azulejos próxima al patio, el pan después de la escuela, las hormigas ascendiendo por los brazos, la lagartija furtiva que desaparecía en el canelón.

Y las canicas en los bolsillos chocando entre sí, esa música de las esferas.

En la escuela nos extendían las manos unas muchachas misteriosas, con anillos de plástico en los dedos. Lucían: por adentro, por fuera de las sonrisas, con los dedos blancos puestos bajo la tarde y las voces. Y la lengua en que hablaban era impenetrable: cualquier cosa marina, lunar, como escarabajos cerca del suelo, lucrando con la hora mágica. Nos subía a los dientes una voluntad. Un ardor en el pecho, una intención extraña.

*Pegajosos del primer calor, favorecidos*

*.....*  
*por los genes, fuimos felices junto al brillo*

*.....*  
*de esas chicas. El corazón aprendió distinto*

*.....*  
*trote en ese picadero, de vuelta, aturdido.*

*.....*  
*Las narinas zumbando el primer relincho*

*.....*  
*macho.*  
*.....*

Pegajosos del primer calor, favorecidos por los genes, fuimos felices junto al brillo de esas chicas. El corazón aprendió distinto trote en ese picadero, de vuelta, aturrido. Las narinas zumbando el primer relincho macho. La tela celestial de las constelaciones reales y latentes capituló frente al admirable oropel de su arquetipo terrenal. Era el lampo y no el meollo de la belleza lo que ilusionaba. Salir de ese redondel, lo sabemos, es la primera tarea de los que buscan más allá de los hábiles reflejos planetarios, en un profundo olvido de sí, hasta tocar con un brazo inexistente el otro lado, que es aquí, exactamente. Cosa difícil es estar vivo y en camino. De sí mismo, de lo que se es más allá de la corpórea gramática de las semejanzas. Y ese camino no tiene fin ni comienzo, es, como nosotros, exactamente.

Esto intuía ese que tendido sobre la alfombra miraba por la ventana abierta el algodón de una mañana mirífica casi cayendo en el almuerzo. En la parte trasera del edificio las voces de los vecinos entretenidos en sus ocupaciones: el lavado de un coche, el arreglo de una moto, el extenderse de la ropa mojada en la cuerda, el asado del pez a la puerta de los garajes. Incluso sin ver, todo eso se desvelaba. Sólo la golondrina alegre rasgaba a intervalos el marco de la ventana, negra y blanca sobre el azul pacífico, despojado ya de la nube que en él venía demorándose.

En el interior, el televisor apagado.

El diamante del día puliéndose tranquilo a esa temperatura. El sol y el aire brotando en el corazón de la casa. La alfombra, el sofá castaño, el hierro oscuro de la lámpara suspendida sobre la ingenuidad del niño. Hasta que alguien vino a presionar el botón. Los fusibles del televisor se calentaron rápidamente, chasquearon y la imagen surgió en lo redondo. Se cerró la ventana a la gritería de la parte trasera, corrieron las cortinas para anular los reflejos en el cristal. La sala se convirtió en un lugar sombrío, rehén de reclamos y noticias.

Olvidamos lo que veníamos mirando: más válido es el estrépito del mundo que la mansa propensión ascética, comparable a la enfermedad. En medio del ruido las cosas, como cosas, vivifican. Se reduce el mundo a la condición de lugar, de modo que podamos vivirlo con el cuerpo y el discurso prácticos, o teóricos. Nadie mantendrá el juicio intacto especulando sobre abstracciones, evocando la quietud o un tipo de azul fuera de los catálogos. Son predisposiciones extraterrenas esas derivas contemplativas, conviene evitarlas.

El día y los meses pasaron entretejidos en los pigmentos del televisor. Colores reventados por el logro, acicateándonos a desbaratar el imagi-

nario que llevábamos, cambiado por paliativos vistosos, destinos amplios y una narrativa definitiva para el Hombre. Por allí llegaban también ecos de otra diégesis, que siempre acompaña al escombros. Cerca estábamos de contrastar nuestro limonero del patio trasero con los astros colgados en el follaje de la noche, de determinar el pequeño lugar donde éramos en la impracticable escala de lo eterno. Ya un gesto nuestro se reproducía dentro de otro gesto nuestro, mimetizando cierta elevada transparencia. Como si fuéramos abducidos por la crónica de lo trascendente, de lo improbable: bestias sobre la tierra antepasada, pirámides astronómicas apuntadas al lucero, hombres doblando cucharas con la fuerza de la mente, discos voladores disimulados en la tierra hueca, hombres santos asentados en la estera milenaria, las horas prohibidas del cinematógrafo, las gafas 3D.

Sabíamos de India por la fotogenia de los Beatles. John Lennon había sido asesinado en América por un individuo feo. El mismo tiro había atravesado el globo tumbando década tras década y sin orden cronológico a Gandhi, King, Kennedy, Guevara. Antes de ellos, durante o mucho después, capitulaba el abuelo, mártir de la misma sorpresa, pese a que la mano homicida coincidía con la suya: él el autor del disparo. Se muere siempre del mismo tiro, enseñó la infancia. Ni el Papa se salva, sobre todo si se salva.

El presentador del telediario tenía cortinas voluminosas atrás, recordaba el estudio de un fotógrafo de pueblo, mal iluminado. Leía el texto del papel, nos miraba en el intervalo de los hechos. Sabíamos que había dejado un cigarrillo a la mitad, en un cenicero que había detrás de la cámara, entre una confusión de cables.

La novela era brasileña y la brasileña era buena.

Lejos, mucho, de exclamaciones como éstas: ¡Ahí vienen las Bombocas! De cuando se luchaba contra el sórdido calcáreo en las lavadoras y las mañanas sabían a café soluble, tapa de enroscar, frasco de vidrio. Maradona marcaba a los ingleses con la mano para vengarse de una afrenta en las Malvinas (¿y dónde estaban las Malvinas?), Higuera perdía la pelota a favor de Roger Milla. Carcajeábamos cameruneses. Samba en la banderola.

Confundimos todo, es probable. Pilotos aturridos en la cabina que atravesó, velocísima, la primera infancia. Quien sea más antiguo ponga las cosas en su lugar. Sabemos sólo que había azul. Ya venía mezclado de antes.

Aquella tarde en el patio de los abuelos, verano, solos (no sé cómo decirte que mi abuela me busca), abrimos un libro de escuela que perteneció a un tío. Páginas pasando por un rostro sudoroso a la hora de la siesta. El libro en la mesa que había debajo del telero, nosotros inclinados sobre él y la vid hacia nosotros inclinada, cerca del abrigo. Empieza a escurrir la sangre fuera de la nariz, a gotear en las imágenes: unas impresiones empalidecidas de una ciudad europea. Tan azules. Y la sangre en ellas, abrasada, brillante, primera, oscureciéndose luego por la orilla de cada gota. La misma sangre que escurría mal, la profesora levantaba la mano bárbara y áspera: llegar a casa como el toro de las corridas deja la arena: abatido y sin vacas de ruedo, sin el pasodoble.

Las naranjas azules del recreo. De esos naranjos asombrosos que nadie más vio. Los rayos de luz golpeando las lentes del estigmatismo, torneando primero las naranjas, cambiando las cosas de las que la visión se alimenta. Los ojos entreteniéndose con el haz de lo irreal, entreabriéndose, semicerrándose, como llamando para sí quimeras contiguas a lo corriente. Quien viera desde afuera vería sólo a un cuatros ojos parado debajo de un árbol, desorientado, al margen del alboroto de los otros niños. Quien viera desde adentro que eso era bueno. Una manera inhumana tiene ese bueno que hay en lo que vive, en lo que asoma y se derriba por el orden natural, en esa armónica bondad que crece desde el principio de los tiempos. Somos lo bueno, dentro de lo Bueno, dentro de lo BUENO.

Somos buenos para morir.

Y todo sigue inalterable, el orden no se quiebra, la serpiente muerde la propia cola, se hace aureola de luz negra, una luz madre de las edades (las que acabaron, las que aún no) y en esa máxima hagiografía escuchamos el latido de un corazón sin carne, sangre o arterias. Sólo el latido, la cadencia, una danza sin un danzante.

La perra dormía enroscada en espiral en un rincón, entre el sofá y las cortinas. Alguien volvió a prender el televisor, la perra levantó la cabeza y de nuevo la apoyó en la alfombra, inmune al disgusto todo o sólo a ése. Al disgusto de la noticia del año ochenta y seis. Y tantas veces repetida durante los días de ese año que se quedaron mirando dentro de esas figuras desventuradas que el archivo mantiene y mantendrá sonriendo y gesticulando.

Pero a veces la música enseña la respiración. Olvidamos la embarcación redonda que vimos rodando y cayendo. Rodando, cayendo. Aunque

el sábado avance como si nada fuera. El padre salió a comprar el periódico *A Bola*, la madre se puso un traje de entrecasa y aspira y lava y pone al sol. Los cachivaches arrastrados un poco hacia el centro para barrer la pelusa que siempre se forma y se prende en las patas de los muebles. Las camas despojadas de las colchas, las cortinas fuera de la barra, un poco de desorden hasta el sosiego perfumado que se instala y dura sólo el tiempo de un parpadeo de ojos y luego vuelve a empezar su breve curso hacia el caos.

La puerta de la casa, la más alta del edificio, tenía un tirador cromado en el exterior. Entreabierta, nuestro rostro del lado de dentro reflejado en el convexo de la manija, tomando diferentes aspectos conforme se apartaba y acercaba. Abrimos la boca, tocamos con la nariz el metal, parpadeamos los ojos o los abrimos mucho. Y un dedo toca el dedo desfigurado, reflejado, con el cuerpo diminuto atrás, perdido en la oscuridad del corredor. A lo largo de las escaleras un eco si la voz experimenta una canción. Y la luz de arriba abajo lamiendo el mármol claro de los peldaños, el esmalte verde y blanco del pasamanos. Cuando, con el viento, la puerta se cerraba, el sonido de una aspiradora al fondo se ahogaba. Descendíamos algunos escalones y ya los pájaros en la ventanilla abierta del segundo piso se mostraban. En la puerta de abajo alguien giraba la llave, llegaba a habitar con nosotros el eco, frotaba la suela en la alfombra de la planta, subía. Espiando aquí desde arriba veíamos una mano deslizándose en el pasamanos, un reloj plateado. El padre. En la mano invisible, adivinado, la bolsa de compras de la que sólo nos llegaba el chirrido dúctil, también del deportivo mal doblado y del llavero listo. Y ya de nuevo estábamos dentro de casa como quien regresa de ser gato. La aspiradora en su sitio, la cebolla y el aceite en una olla sobre una hornilla encendida. Y ahí, de nuevo, el peso insistente que tiene lo que existe. Como un paregórico. Un cállate ya •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Aparecidos

## ANA TERESA PEREIRA

**Y TAL VEZ LA ETERNIDAD** sea esto, acordarnos de un vestido, de un beso, de las rosas de otoño, de la primera nieve. No sé si les sucede a otras mujeres, sentir que ya usaron un vestido antes... En mi armario sólo hay faldas hasta la rodilla, azules o grises, camiseros de colores claros, abrigos de malla, dos trajes de noche que no fueron diseñados por un modisto, sino hechos en serie, que yo alegraba con una flor o un simple adorno. Mis recuerdos son cada vez más confusos, pero supongo que eso les sucede a otras personas; sólo algunas imágenes: mi padre pintando un árbol, una pequeña casa con una glorieta, una campana tocando a lo lejos, una estación de ferrocarril.

Cuando me probé el traje de noche blanco sentí que ya lo había tenido antes: el escote profundo, la cintura entallada, la falda amplia; el tercer traje de la princesa en un cuento de hadas. Me quedaba bien, no era necesario hacer cambios ni con un alfiler. Cuando me miré al espejo, no me reconocí. El rostro estaba más pálido, los ojos más grandes, los labios más estrechos. Sonreí lentamente, y esa sonrisa no era mía.

Tal vez, y esa posibilidad me asusta, después de meses en Manderley, siguiendo los pasos de Rebecca en los corredores vacíos, oyendo los pasos de ella siguiéndome en las escaleras (¿así será la intimidad de las fieras?), haya empezado a reflejar su belleza. Y pienso que fue eso lo que asustó a Maxim, no el hecho de que su Alicia del otro lado del espejo había ido al baile con el vestido copiado de un cuadro, sin aquella belleza intermitente. Él me dijo con voz áspera, cuando tomábamos el desayuno: Tus ojos son diferentes, pareces otra persona. Y yo bajé los ojos y traté de sonreír, apreté las manos; los ojos no cambian, los ojos y las manos no cambian...

En los últimos tiempos, tengo la impresión de despertar de repente en medio de los bosques, con una vieja gabardina en los hombros como una capa, o llevándola encima con los botones abiertos (faltan muchos botones), las manos en los bolsillos, el perro pegado a los tobillos. Poco a poco, reconozco los olores y los sonidos del agua y de los pájaros. Una actriz que despierta en el centro de un escenario y no sabe quién es, dónde se encuentra; y después siente que tiene una misión que cumplir, y dice palabras que no comprende, y hace los movimientos correctos, una simple marioneta dirigida por un artista en la oscuridad.

\*\*\*

**UNA MUJER ALTA Y DELGADA**, caminando en los bosques durante la noche, la gabardina suelta como una capa, o llevándola encima, abierta, faltan muchos botones. El hombre viejo que encontré en la cabaña de la playa me dijo que tenía los ojos de un ángel; y la otra, la que camina en la oscuridad, tiene los ojos de una serpiente. Cuando paseo por los bosques al atardecer, con la gabardina que me hace parecer más alta, con un paso leve de quien tiene piernas largas y ágiles, con las manos en los bolsillos, siento la presencia de alguien que se esconde detrás de los árboles, que se confunde con ellos.

Saco la mano del bolsillo y aplasto uno o dos pétalos de azalea; tienen la misma esencia del agua del arroyo y de la lluvia ligera. El perfume de las azaleas blancas. Olemos a lo que nace de nosotros... Hay frascos de perfume en la cómoda de Rebecca, aprendí a conocerlos cuando entraba en su habitación sin que nadie me viera. Son perfumes caros, todo lo que ella poseía era caro, pero cuando abro la puerta del armario y toco sus vestidos, sus abrigos, es el perfume de las azaleas blancas que de ellos se desprende. Y eso me perturba.

Nunca me probé sus vestidos; me parecía conocer el nombre de los tejidos, de los colores, y yo no sé nada de tejidos y de colores. Volví casi corriendo hacia mi casa, mirando por encima del hombro. La casa está dividida en dos: la parte que da para el jardín de rosas, dulce y tranquilo; la parte que da al mar, la niebla densa y la violencia de las olas que amenazan con llegar al césped. Hay dos caminos en el bosque que nos llevan hasta la playa: Happy Valley, donde crecen las azaleas y los rododendros blancos, salmón y dorados, flores caseras y

llenas de gracia; y el sendero oscuro, entre las rocas y los árboles, de donde salgo siempre con el rostro arañado, las piernas arañadas.

Fue ella la que plantó las azaleas y los rododendros de Happy Valley, pero también los otros, rojos oscuros, a lo largo de la alameda que conduce a la casa; ya había oído hablar de ellos mucho antes del día en que llegué aquí con Maxim (llegamos en mayo, con las golondrinas y las campanas azules). La imagino con el viejo sombrero de paja que está en uno de los barracones, las manos sucias de tierra, dando órdenes a los jardineros. En los jarros de su salita particular hay ramos de rododendros; del otro lado de la vidriera también. Por la mañana temprano, cuando los primeros rayos de sol entran en la habitación, las paredes y los objetos tienen reflejos rojos, hasta las cenizas detrás de las rejas de la chimenea se vuelven rojas, como si el fuego se reavivara solo. Y si estoy sentada en el secreter escribiendo cartas, mi letra se hace diferente, más alta, más delgada, un poco inclinada hacia adelante; si no tengo cuidado, firmo las cartas con su nombre, como si hubiera desaparecido y sólo ella estuviera allí, con su perro acostado a los pies, y su olor a azaleas blancas.

\*\*\*

**LA TEMPESTAD**, los ángeles feroces que se alzan con las olas. *Fiery the Angels rose, and as they rose deep thunder roll'd around their shores...* Y luego el agua parada y oscura y lo que ella esconde. Un barco casi destrozado por las rocas. *Je Reviens*. El nombre de uno de los perfumes de Rebecca. El nombre de su barco. El nombre está escrito en el muelle, y al lado hay una cuerda que se pudre.

Me parece que todavía hace unas horas usaba el traje de baile blanco, pero tal vez fue hace mucho tiempo. Ahora tengo mi ropa de todos los días y una chaqueta vieja; no me acordé de la gabardina, aunque todo anuncia lluvia.

La niebla se vuelve más gruesa a medida que me acerco al mar. Podría pasar por una persona sin verla, pero ¿quién andaría por aquí además de Rebecca o del viejo que encontré en la cabaña de la playa?

La cabaña en la playa. Una antigua casa de barcos. El pequeño jardín lleno de hierbas, de ortigas. Me parece recordar las plantas, escogidas con cuidado, para resistir al viento y a la espuma de las olas. Y mis manos largas y sucias de tierra.

La puerta semiabierta y ahí adentro el olor a mar y a humedad. El secreter y los estantes, los libros cubiertos de moho. Mis libros: novelas de Jane Austen y de las Brontë, historias de viajes. El sofá donde dormí tantas veces cuando volvía de Londres o de los paseos en barco. Los modelos de barcos: las manos largas y esbeltas que trabajaban la tierra sabían tallar la madera, coser los tejidos ásperos. Las telarañas unen los mástiles entre sí, transformando los barcos en otra cosa, cambiando su naturaleza. Y hay flores por todas partes... No sabía que las flores secas duraban tanto; no mueren, quedarán iguales a sí mismas para siempre.

Él está allí, mi Maxim, mi Max, hermoso y frío, nunca conocí a alguien tan frío, tan lejos del fuego. Nunca conocí a nadie tan lejos del fuego. Me parece que ya he dicho esta frase antes, pero es así como estoy ahora, recuerdo cosas que nunca sucedieron... Mr. de Winter. Casi ríe alto. Mr. de Winter, que se casó con una niña insignificante, con un hermoso nombre que nadie recuerda, ni siquiera yo, para alejar a un fantasma.

Me inclino a una mesa donde está un cenicero con colillas pasadas y otras muy recientes. Su rostro denota extrañeza, como aquel día tomando desayuno, cuando dijo que no reconocía mis ojos.

Ahora, y éste es un momento lento ahora, sé cuál es mi misión. Ha llegado el momento, y mi corazón late muy deprisa. Estoy a la espera, mi amor, tienes que hacer tu parte, tienes que decirme lo que pasó. Nosotros dos sabemos que mataste a tu mujer, pero eso no tiene importancia, ella iba a morir en poco tiempo. Una vez más hiciste lo que ella deseaba, ella siempre dijo que cuando se marchara quería que fuese rápido, como la llama de una vela que se apaga. Le diste un tiro a tu bella mujer y la metiste en su barco y hundiste el barco...

*Nosotros dos sabemos que mataste a tu mujer,  
pero eso no tiene importancia, ella iba a morir  
en poco tiempo. Una vez más hiciste lo que ella  
deseaba*

Pero los fantasmas ganan fuerza en el agua, y a veces regresan. No necesariamente como un montón de huesos, pueden tener un cuerpo, un cuerpo menos visible, menos caliente, más pequeño, más parecido al agua que con el fuego. El agua también era uno de mis elementos, ¿te acuerdas?

Me siento a la mesa, haciendo caer el cenicero, y empiezo a sacudir las piernas hacia atrás y hacia adelante. Mi amor, ¿es la redención que buscas —qué palabra vacía—, la redención a través de un ángel que has descubierto no sé dónde? Él me mira y no sé lo que ve. La niña con la chaqueta larga y fea, el rostro inexpresivo, los ojos bajos y traicioneros. O la mujer de pantalones negros y camisa blanca, el pelo amarrado en la nuca, que parece un muchacho con el rostro de un ángel de Botticelli. *Fiery the Angels rose, and as they rose...*, el poema de Blake que uno de nosotros aprendió cuando estaba estudiando; la tempestad llegó y los ángeles se alzaron ante ti.

Él me mira y puedo ver el asombro en sus ojos. Un asombro cansado, de quien había tratado de ignorar las señales. Pero ahora, des-pacio, e inesperadamente con un poco de ternura, él me está reconociendo.

Tengo la impresión de verme a mí misma, los pantalones oscuros y un camisero que siempre he preferido a los vestidos caros, el rostro más pálido que nunca, los ojos más grandes y más grises. Acercó mi muñeca a la cara para sentir mi olor. Las azaleas blancas. Nunca me di cuenta de que se me había introducido el olor del jardín, o que le había pasado mi olor a él. Olemos lo que nace de nosotros. No, la religión no habla del amor de las piedras, pero tampoco habla del amor de la tierra y del agua y de las plantas; y del amor que nos hace levantar a mitad de la noche para ir a proteger de la lluvia una flor que acaba de despuntar, o de mañana temprano para ver una flor aún bañada de rocío. Mi cuñada decía que en Manderley había demasiados olores, pero no es verdad, sólo había uno. El olor de las azaleas mezclado con el agua del arroyo y la lluvia. Y a veces la niebla traía el olor acre del mar... Como ahora. Y me pregunto a mí misma si mi misión a fin de cuentas era ésta, ver en su rostro un poco de ternura y piedad ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Filosofía de **elevador**

## JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

**Casi nadie se fija en mí.** Las personas no me ven. Susurran hacia mí, «quinto piso», «catorce», y luego me olvidan. La invisibilidad es una cuestión de práctica, como tragar espadas. No hablo de tragar espadas al tanteo, amigo. Sé de qué hablo. Antes de ser botones trabajé cuarenta y cinco años en un circo. Aprendí a tragar espadas, fuego, trozos de vidrio, escorpiones, incluso alambre de púas. Con práctica, un hombre puede tragar cualquier cosa. Estaba preparándome para innovar el número, sería el primer artista en tragar armas de fuego y explosivos, granadas, cartuchos de dinamita, pistolas, tal vez ametralladoras, cuando me comencé a sentir mal, muy mal, fuertes dolores en la región epigástrica, náuseas violentas, y descubrí que tenía una úlcera en el estómago. Abandoné el circo.

Fue Hugo el Valiente, el domador de leones, quien me consiguió este empleo. Al principio me costó un poco. Verás, me habitué a la errancia, quiero decir, nosotros, la gente del circo, somos medio gitanos, errantes, como le gustaba decir al Asombroso Mandrake, el mago, un día estamos en una gran ciudad, en una metrópoli poderosa y agitada, y al día siguiente en ningún lugar. Yo nací en el circo. Mi madre era contorsionista, Emilia, la Prodigiosa Mujer Cobra. Mi padre, el Alegre Naricilla, el payaso pobre. Cuando tenía nueve años, el Alegre Naricilla huyó con el Admirable Jean-Pierre, el funambulista, arrastrado por un amor loco, del que nadie sospechaba, y mi mamá nunca más se recuperó. Emilia adelgazó mucho. Pasaba los días doblándose y contorsionándose, ejercitando nuevas posiciones. Se enredaba en sí misma a tal punto que después no conseguía desenrollarse sola, y necesitaba mi ayuda, y muchas veces me desesperé, y me vi tentado a cortar, con unas tijeras

de jardinero, una rodilla por aquí, un codo por allá, para, finalmente, enderezarla. Se enderezaba, pero ya se sostenía mal en pie. Hace algunos años la llevé a una clínica. Le hicieron una serie de radiografías. El médico me llamó aparte. Me mostró una de las radiografías:

—¿Ya vio?

Recorrí la radiografía con las manos, inquieto:

—No, señor doctor, ¡no veo nada!

—Precisamente —respondió el médico—. No hay nada que ver. Su madre ya ni huesos tiene. Ni uno para la toma. Un único. Se fueron. Desaparecieron. Se trata de un caso extremo de osteoporosis.

¿Comprendes? Osteoporosis. Y la gente le llamaba talento.

En cuanto a mi padre, volví a verlo, pasados muchos años, en un circo miserable, en Afogados da Ingazeira, en el nordeste de Brasil. Por aquel entonces ya había perdido el Naricilla y todos le conocían apenas por El Payaso. *Todos*, en este caso, eran muy pocos. La calidad de un circo se mide por la extensión y el brillo de los nombres de los respectivos artistas. El último circo de mi padre contaba sólo con un payaso, él mismo, y con un funambulista, Pierre. Mi padre se presentaba también en la piel y huesos de Ulio, El Hombre Más Flaco del Mundo, un nuevo número, que me impresionó por la autenticidad. Pierre, por su parte, se desdoblaba en otros dos personajes: Tarzán, domador de camaleones, y Bruna, bailarina de tap. Cambiar los leones por los camaleones me pareció una opción arriesgada e inteligente, sobre todo por disminuir en mucho los costos de alimentación y transporte de los animales. Desafortunadamente, no parece haber público interesado en asistir a un espectáculo de camaleones, al menos en Afogados da Ingazeira. Las personas encuentran más emocionante ver a un hombre meter la cabeza dentro de la boca de un león que meter en la boca la cabeza de un camaleón. Yo, que me acostumbré a meter por mi boca todo tipo de objetos peligrosos, no pienso así.

Mi primera ocupación, aún niño, fue lavar a los elefantes. Tarea difícil, sobre todo porque los nuestros, eran tres, ya todos tenían más de medio siglo, y arrugas tan profundas que las escobas se perdían en ellas. Después pasé a asistente del Infalible Barba Roja, el lanzador de cuchillos, hasta el día en que me quedé sin la oreja derecha. Tragar espadas me parecía menos arriesgado. Fue el Asombroso Mandrake quien me enseñó el oficio y me dio mi nombre artístico: el Increíble Aladino.

El Asombroso Mandrake, pobrecillo, desapareció en plena actuación. Entró a una caja, montado en el Rarísimo Tigre Blanco, y nunca más lo vimos. Ni a él ni al tigre. Te imaginas el trabajo que daba pintar aquel tigre. Pensamos primero en un Elefante Blanco, pero no había fondos para la pintura. Eran dos cajas. Entraban en una y reaparecían en la otra. En esa ocasión, la Bellísima Pocahontas abrió la primera y nada. Abrió la segunda y nada. Destruimos las dos cajas a martillazos, y nada. Ni el Rarísimo Tigre Blanco, ni el Asombroso Mandrake. Desaparecieron para siempre. Una noche soñé con ellos. El Asombroso Mandrake montado en el Rarísimo Tigre Blanco, navegando a través de las estrellas. El Asombroso Mandrake se volteó hacia mí, sonrió, él era un señor de sonrisa radiante, y me dijo:

—Las estrellas son el último camino de los errantes.

Este elevador es ahora mi mundo. Al menos continúo en movimiento. No paro nunca. Soy un errante vertical. Corregí mi nombre a Ascêncio, el cual, atendiendo a su función, me parece más adecuado que Aladino, el Increíble. A veces, cuando estoy más pesimista, se me ocurre cambiarlo a Descêncio, pero mi amargura, gracias a Dios, es sombra que pronto se va.

La invisibilidad tiene ventajas. Escucho muchas conversaciones. Veo cosas extrañas. Estoy llegando a la conclusión de que el mundo, allá afuera, no es tan diferente de un circo. Hay payasos ricos y payasos pobres. Domadores de fieras, con látigos contra tigres vegetarianos, que rugen en *playback* para asustar a la turba, y son tan miedosos que hasta una cucaracha los asusta. Hay equilibristas y contorsionistas. Los que viven contra la pared y los que nunca tuvieron columna vertebral. Están los que aparecen conejos adentro de chisteras, y los que desaparecen los conejos y las chisteras, y todo el dinero de los justos.

El circo es el mundo condensado. Como leche condensada, ¿comprendes? Medio artificial, pero mucho más dulce. La gente aprende a reír. Aprende a reír para combatir el dolor ●

# Furia

PATRÍCIA REIS

*para Inês Pedrosa*

AQUEL MOMENTO EXTRAÑO antecede a la llegada.

El comienzo de una presión específica.

El cuerpo moviéndose sin un control preciso, las manos corriendo, la espalda encorvada, la ropa prendiéndose en las cosas, manijas, sillitas, brechas y agujeros de vida. Surge una velocidad originada por la nada, por el miedo. Tal vez.

Hay, después, un ruido en las escaleras. La aceleración de todo. La puerta del ascensor, los pasos en el pasillo. Uno, dos, tres... siete en total. Pasos certeros, con firma, el peso bien dividido entre las rodillas y los pies, las caderas ritmadas. Esa marcha como una voz. No una voz cualquiera, sino un trueno amenazador, concreto, gigante.

Se hunde en el torbellino misterioso de aquel sueño despierto en el que va a caer, caer. Y no tiene alas, no es ángel, no es pájaro, no es nada.

Intenta reorganizar las ideas, alinearlas en un orden que pueda parecer normal, dentro del patrón de vida de los demás. Es una medida como cualquier otra. Le da una frontera de razonabilidad y, a causa de eso, se vuelve mejor, se agiganta en la miseria, se aguanta.

Sigue entonces un aprieto. Lentamente, en el estómago, como una ligera indisposición, el dolor es una escalada en vértigo. Siente el cuerpo pidiendo para doblarse, un mohín. Se mantiene derecha. Piensa: «Es sólo casi dolor». Todo pasa dentro de contornos ridículos, abstractos, absolutos.

La apoteosis del sufrimiento se concentra entonces en la garganta. Puede oír el latido del corazón. Son ya múltiples corazones, un músculo

elástico que se ha transformado en diferentes órganos dominadores. Es una cosa animal.

El sonido ensordece: una banda que bombea el poder de la sangre ve-loz en las venas y, en ese instante, llega el olor intenso del sudor. Las axilas exhalando todas las vísceras primitivas de ser sólo carne y cosas tenebrosas; un hilo de agua escurriendo, desastrado, en el valle de los senos.

La banalidad del miedo la avergüenza. Está segura de que habría podido ser otra: enfermera, diligente empleada de oficina, auxiliar en una guardería. Le queda sólo un sentimiento de vergüenza por ser quien es, por estar donde está y, al final, por él, la presencia de él y todo lo que de ahí viene. Previendo lo peor —aun en la esperanza de lo mejor—, ella se deja estar de espaldas a la puerta. Está en la cocina, el vientre húmedo por el agua que cae del lavabo.

Se huele.

El miedo se huele, le habían dicho de pequeña cuando se desviaba de los perros vagabundos. Sopesa las dos hipótesis clásicas que componen la película: o él llega, bien dispuesto, la mano en la puerta de la nevera y una frase cualquiera, desgarrada, como si estuvieran hablando hace mucho; o la mano en la puerta de la nevera y el hielo rompiendo el silencio en el vaso alto.

Un nuevo aprieto, una casi muerte. Percibe que su olor es un olor amargo que se mezcla con los guisos, el fuego siempre hirviendo, zanahorias, patatas, frijoles verdes, manchas de aceite, sal y nuez moscada. No hace nada sin una pizca de nuez moscada. Aprendió con su madre. Es un ritual que le permite rendir homenaje diario a la madre. Una mujer pequeña, persistente y tenaz. Es el mejor adjetivo que encuentra: tenaz. El sudor de la madre no tenía olor. O ella no tenía miedo.

Todas esas cosas corren, veloces, en su mente atormentada, son segundos que definen el inicio de la noche. Pensamientos atropellados descontrolados en su cabeza como trazos al azar en un papel cualquiera, garabatos que no forman una idea concreta. Tiene un mareo. Una cosa ligera. Hay pensamientos que no puede terminar.

Le parece, por momentos, que todo se reduce a un conjunto de manchas pesadas que se extienden por la casa, propagándose la aflicción en el pecho, el latido del corazón sin compás, desplazado, a mitad del cuello, a punto de dejar el cuerpo.

Su miedo se arrastra por el suelo. Es un río dentro de la casa. Si el corazón no estuviera sujeto envuelto en las cuerdas vocales y en la trá-



quea, tal vez podría gritar. Un grito por ella, de terror por aguantar, de aviso, de guerra. Pero está así. Prohibida. Las manos en el agua, las pulsaciones contabilizando el miedo y el miedo dominándolo todo.

Ella sabe cosas: como el hecho de que la tráquea es de diez centímetros o que la alianza se coloca en el dedo anular de la mano izquierda, porque antes se creyó que había un músculo fino que ligaba el dedo al corazón. Ella sabe atar los tomates al Diablo para encontrar cosas perdidas. Únicamente necesita un pañuelo de tela cuadrada; ata sus cuatro puntas con fuerza y dice con convicción: «Até los tomates al Diablo y sólo los desato cuando encuentro las llaves, los papeles del seguro social, el botón de esmalte verde botella...». Toma el pañuelo atado y lo coloca bajo la pata de un mueble. Para que pueda doler y ese dolor pueda motivar al Diablo para que busque lo que ha desaparecido.

Ella sabe que eso funciona.

Su madre lo hacía sin ceremonias. Su abuela, su bisabuela también. Se perdió el origen de ese ritual. Poco importa ahora. Sólo funciona con objetos, cosas inanimadas. Esa premisa es perentoria. Infligir dolor al Diablo no es apropiado para encontrar otras cosas; amor, paz, alegría, dinero, coraje.

Hay otra simpatía que conserva. Ella que se entiende como historiadora de las mujeres de la familia. Llega el seis de enero, día de los Reyes. Solamente hace falta una granada madura. Se sienta en la cocina, en silencio, en una prolongación de estar sola tejiendo un misterio. Ve el cuchillo recorriendo la cáscara como una cinta infinita y le gusta el sonido repetitivo, cinta infinita, cinta infinita, cinta infinita. Separa la corteza de las bayas rosadas de la granada. Por fin, escoge tres bayas gordas y brillantes y muerde cada una bien en el centro. Dice en alta voz:

—Gaspar, Melchor y Baltazar, me serví de esta semilla para tener y para dar.

Junta las bayas mordidas en un billete de cinco euros y dobla ese billete hasta dejarlo pequeñito, el zumo de la granada en sus dedos de piel seca. Pone el billete en la cartera, en el espacio de las monedas, bien ordenado en un rincón. Y así, ella sabe, tiene esa certeza: el dinero no faltará. El billete se queda allí en un casi olvido hasta el próximo día seis de enero. Las bayas se pudren, claro, pero eso no importa. Son protectoras.

Conoce otras simpatías. Para no casarse: mandar una estatua de San Antonio al río; para tener hijos... No, ésa no.

Se considera protegida por no haber tenido hijos. Sería peor. Intenta creerlo. Muchas veces cree. Hay otras en las que se conmueve, las lágrimas abisales, y deja que todo caiga sobre ella, porque en la calle un bebé sonríe en un cochecito sofisticado, todoterreno, conducido por una madre, ¿quién sabe?, molida, pero feliz. Feliz por tener ese consuelo. Tener hijos es un consuelo. Hasta cierto punto, al menos. Hasta que no huyan de nuestra piel con vergüenza de ser ya ellos y no sólo la prolongación de quien los parió. Ella se defiende sin habilidad cuando le preguntan por qué no tuvieron retoños (tiene odio a la palabra), por qué no cumplió su papel, esa cosa grandiosa de la maternidad que confiere sentido a la vida. Incluso a la vida que no tendrá ninguna lógica. ¿Cómo definir un sentido para la vida?

La gente la mira con una cierta pena. Tiene esa conciencia. Como si no fuera mujer suficiente, como si dependiera de ella. En esas ocasiones, se limita a exhibir una sonrisa y mira a lo lejos. Se queda a la espera de que pase, sabiendo de antemano que falta una respuesta y que de su silencio nacerá sólo incomodidad, estreñimiento y, finalmente, otra vez, pena.

«La piedad es un sentimiento menor, se tiene de los locos, de los que andan perdidos y hablan solos».

Ya lo decía la madre. Sabia madre. Que Dios la guarde. ¿La guardará? ¿Le perdonó el haberse perdido en certezas sin concretar nada que fuese digno de mención? La madre y las reglas definidas para todo, reglas que dan (¿darán?) estabilidad, certidumbre, educación y cultura. El marido es diferente. No juzga nada porque la vida no le enseñó eso. Le enseñó las cosas básicas de la supervivencia: el trabajo es para trabajar. Un hombre no se deja. Es mejor no hacer una lista de cosas. Si no las nombra, las fallas desaparecen. Nada de listas de quejas. La propia palabra —*queja*— se aisló del vocabulario, está silenciosa y quieta, sin estatuto o vida. Hay otras cosas que considerar. No es necesario entender el papel de ella en la cocina contaminando el planeta con su olor agrio, mientras oye y percibe que la llegada del marido es inminente. No es necesario porque no sirve de nada.

Un hombre fuma y bebe, no llora ni pide. Paga las cuentas y verifica el dinero. Cierra la puerta del cuarto de baño. Siempre. Compra ropa una vez al año. Usa el mismo tipo de zapatos. Arregla las cosas en casa. Ella intenta no pensar en escenarios alternativos. Nada de sueños, nada de fantasías.

—¡Deja esas revistas, qué mierda! ¿Quién te manda leer esos libros? Sólo gastas dinero en pura mierda.

Ella sueña con las extensiones de pelo de la presentadora del concurso de la televisión; siente los dolores de la otra que fue cambiada por el marido seis meses después de un matrimonio majestuoso en una quinta cualquiera; se conmueve con el nacimiento de la hija de la *top model*; intenta imitar a la actriz de la telenovela de la noche; le gustaría vestir, al menos una vez, una pieza de lencería de seda muy fina. Todo eso sucede en su cabeza antes de hacer la cena, las revistas ocultas de la mirada de él.

La mesa está puesta y él se arrastra con el vaso en la mano hasta el sofá gastado. Ella se atreve:

—Un día voy a cambiar de sofá.

—Ni lo pienses, éste ya tiene el hueco de mi culo.

Son cosas así. Agresiones que la limitan, la aprisionan, la desfiguran, la destruyen con enorme eficacia.

Él la convierte en un conjunto de cosas sin nombre.

Ella sabe todo eso y sabe aún más cuando ve que las horas pasan, horas torturadas por telenovelas que se repiten, los mismos rostros, las mismas voces. El ronquido de alcohol en el sofá.

**LA COCINA ESTÁ ORDENADA.** No le falta nada más, la luz de la televisión tragando su tristeza y ella perdiendo la noción de sí misma, lista para ser una princesa, alguien, otra que nadie conoce. Una mujer, por fin. La madre le decía que las mujeres son para desconfiar, tienen hormonas diferentes cada veintiún días y, por eso —sólo por una inevitabilidad biológica— no son fiables.

«Somos lo que somos. Y tenemos que aguantarlo».

Muchas veces se sienta en el sanitario para ver las cosas del cuerpo, la sangre castaña y roja flotando en el agua sin un destino que no sea el desagüe. Está vacía. Su cuerpo está y siempre ha estado vacío.

**EL VIERNES HACÍA CALOR.** Él llegó con el humor del cansancio y de quien ya venía bebido. No dijo nada. Fue a la nevera, abrió una botella de cerveza negra y empezó a vaciarla allí mismo en la cocina. Ella se quedó mirándolo por un instante.

—¿Estás mirando a dónde? Mira que yo hoy...

Volvió el rostro hacia el pedazo de carne asada en la tabla de madera, carne lista para rebanar. Vio el cuchillo, la película y su falta de coraje, las piernas flácidas y ese olor. El cuerpo traidor, exhalando miedo por todos los poros. Cortó las rebanadas de carne muy finas y fue picoteando, como un pequeño pájaro, los restos, las hilachas de carne que se deshacían en el cuchillo contra la tabla de madera. La puerta de la nevera se abrió de nuevo. Se sentía su cuerpo pasando el umbral de la puerta, un mal viento.

Oyó entonces el arrastre de la silla de madera y el peso de él a la mesa, esperando. Salió de la cocina con el plato listo y lo colocó frente al hombre, sin la mirada, los ojos fijos en la mesa, en el mantel con flores que compró, hace cuánto tiempo, en el supermercado. Regresó a la cocina y continuó haciendo una comida de pájaro. Miró a la ventana. Lo vio, sin ver, tomando el control del televisor, el volumen agrediendo los oídos, las noticias.

«Fuego en un edificio de ancianos mata a tres personas; el niño desaparece después de ser agredido por el padrastro; más de trescientas personas serán despedidas hasta el final del mes en una fábrica en el norte; la huelga de los enfermeros...».

No necesitaba ver nada, allí de espaldas, en el palacio de la cocina, allí estaba ella, simplemente imaginando la maldad del mundo impresa en los ladrillos con grasa y gotas de sopa que limpiar. Él protestaba alto sobre los comentarios del analista del telediario del viernes por la noche.

—Este tipo es tonto... se está viendo...

Otra vez, el sentimiento de vergüenza que la invadió era más grande que el miedo. Sintió que los hombros se desplomaban, el dolor persistente en la espalda. Masticó con calma la carne y cogió el cuchillo. Jugó con él por instantes. Sin pensar mucho. Los otros sonidos desaparecieron, la televisión, él comiendo, los cubiertos en el plato. Contó hasta mil.

Era tarde. No quería llevarlo a la cama. Su cuerpo pesado contra el suyo. No quería oírlo con su voz pastosa diciendo tonterías, diciendo nombres. La agresividad se concentraba en los ojos pardos. Eran los gestos de guerra, la guerra de los dos. Gestos casi matemáticos.

¿Cuándo empezó la guerra? Ya ni se acuerda de ello. Un día, la mano en la nevera, la botella vaciada o, entonces, el vaso de siempre. Dependía de la urgencia del alcohol. Entonces, estallaba. Un grito, una desconsideración, un despropósito. En ese momento, ella todavía hablaba.

Todavía intentaba decir y argumentar, pacificar, aceptar y, al final, pedir disculpas. Siempre pedía disculpas.

Comenzó de cualquier forma y no importa si fue ayer o si fue exactamente hace diez años porque nada más cambió. Una sucesión de engaños y pequeñas tristezas que provocaron lentamente un final que ella entendió como un castigo. El castigo que no lleva a ninguna especie de paz. Entonces, el tiempo fue royendo la bondad y la creencia. Todas las noches, sin excepción, ella pone la mano en el codo de él para enderezarle el cuerpo, evita la mesa y los vasos, hace que él no tropiece, no se aleje, se dirige al cuarto. Y ahí, siempre en la oscuridad, su mano en la blusa de ella, los dedos gruesos:

—Nunca fuiste buena. Podías ser buena.

Su cuerpo, por fin, en la colcha. Y los zapatos que no quieren salir, los pantalones apretados, la fuerza para levantarlo un poco más, él gritando:

—Déjame así, mierda.

Ella, paciente, silenciosa, trabajando con las manos, los botones de la camisa, el cierre de la chaqueta de punto. La bragueta resistente. La barriga de él hacia arriba, ella a los pies de la cama de fierro jalando los pantalones, los calzoncillos arrastrados también, el sexo flojo. Muerto.

Sin ninguna conmoción. Las cosas en su cuerpo. Eso que lo hace humano, venas, articulaciones, vello, piel, ruidos. A veces le siente la comida subiendo a la boca, pero nunca llega a vomitar.

Si pudiera querer despojarlo de todo lo demás. Pero no es ni siquiera capaz de pensar en ello. Eliminar su pequeñez, la falta de mundo, la bebida, la vida. Podría incluso matarlo, como vio en una serie policial. La prisión no sería muy diferente.

Podría todo eso. Los pensamientos se cruzaban con rapidez porque, ese viernes, se imaginó que todo realmente podía suceder. Él ya dormía en el sofá desde hacía mucho. En la televisión apareció una señora pequeña, una señora con un chal en los hombros, que le habló expresamente. La señora, una escritora, estaba allí hablándole sólo a ella. Está segura de ello. Disparó frases simples y concisas, mirándola a los ojos, sólo a ella, directamente.

Hubo un silencio y, después, en la inmensidad de la noche, dentro de aquella luz blanca azulada de la televisión, la escritora se volvió hacia ella y añadió:

—Las mujeres pequeñas inspiran un sentimiento de vaga hostilidad, como si pertenecieran a una raza diferente.

Entonces, como una llamada, ella encaró al marido en el sofá, el vaso encima de la mesa, junto al cenicero inmundo, el paisaje de la sala por completo como una novedad, y consideró que era verdad, la escritora tenía razón. Ella, como otras, era de una raza diferente. Y no era la madre. Nunca sería la madre. Su molde es otro, con algunas semejanzas, como las piezas de porcelana con defecto, pero diferente. No le importa. No tiene que aguantar nada.

Sin furia, ya tranquila de su ímpetu de fuga, suspiró y repitió la frase de la señora del chal. Como una oración aprendida de pequeña, un ritual, una cantilena, un confort.

Optó por dejar a su marido en el sofá comido por el tiempo, un sofá con vagos dibujos de cornucopias, verde, rojo, amarillo tostado. Lo miró en su esplendor miserable una única vez y apagó la televisión. Por instantes, pareció que su salida era para siempre, como si se hubiera diluido en el aire, transparente. Como si fuera a cambiar de vida sólo por haber decidido no llevar al marido embriagado a la cama de matrimonio, allí mismo, al fondo del pasillo.

En la habitación, cambió la cama, sábanas blancas de algodón puro, suaves y pueriles. Todo estirado, impecable, sin arrugas o imperfecciones. Admiró con calma la obra hecha y empezó a planchar la ropa: el delantal de la cocina de un verde intenso, un vestido verde con flores que había sido de la prima Blica, el sostén color carne, los calzones altos, los zapatos negros de entrecasa, zapatos negros para poner, para caminar en casa, las minimedias de *mousse* hasta la rodilla. Dejó que las manos recorrieran su cuerpo y no le importó la ventana abierta, con las persianas sin bajar. Había una brisa ligera. Las manos tocaron los senos con suavidad, los pezones firmes, movimientos circulares. Después la mano derecha en el sexo suave, los dedos dentro de sí, dos dedos sólo, entrando y saliendo, los ojos cerrados. Aguantó el orgasmo sin emitir un ruido, el cuerpo se dobló involuntariamente en dirección a la cama. Retiró la mano y se olió. Largo rato. Sin vergüenza.

Se acostó entonces desnuda en el calor de la noche.

En el centro de la cama hizo de estrella del mar: abrió las piernas, extendiendo los pies, las puntas de los pies queriendo llegar a la pared; los brazos abiertos en tensión, con la posición de Cristo.

Miró la lámpara de cristal verde en el techo, la penumbra de la habitación toda multiplicada en minúsculos formatos de vidrio. Las sombras jugando en una boda con las escasas luces de la calle. Se sintió dentro de una cápsula protectora, fuera de su mundo, sin miedo. Repitió en voz alta la frase de Agustina Bessa-Luís sobre las mujeres pequeñas y la diferencia:<sup>1</sup>

—Las mujeres pequeñas inspiran un sentimiento de vaga hostilidad, como si pertenecieran a una raza diferente.

Se sintió bien.

Por primera vez, después de mucho tiempo, de tanto tiempo, se sintió bien •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO



<sup>1</sup> La frase citada en este cuento es de Agustina Bessa-Luís y está en el libro *As fúrias*, Ediciones Guimarães, p. 47.

# Fernando AGUIAR

## EN EL MOMENTO EN QUE LAS LLUVIAS

en el momento en que las lluvias caían fuertes y airosas  
pequeñas hojas secas de los árboles  
se nos pegaban al cuerpo  
y nosotros parecíamos ciudadanos espantados  
que hablaban, bebían y gesticulaban.

## TODO EL ESPACIO ES MÍO

todo el espacio es mío.  
sólo yo respiro este aire inundado de poesía  
donde me obligo al antiguo intercambio de piernas  
en esta melodía que es el sonido de mis pasos.

---

## NA ALTURA DAS CHUVAS

na altura das chuvas que jorravam fortes e ventosas / as pequenas folhas  
secas das árvores / pegavam-se-nos ao corpo / e nós parecíamos os  
espantalhos da cidade / que falavam, que bebiam e gesticulavam.

## TODO O ESPAÇO É MEU

todo o espaço é meu. / só eu respiro este ar inundado de poesia / onde  
me obrigo ao antigo trocar de pernas / nesta melodia que é o som dos  
meus passos.

## QUÉ TRANSCRIBO

transcribo la lluvia en el tiempo  
transcribo el trébol en la tarde  
transcribo el tordo en la viga  
reescribo el temblor en la trama.  
transcribo la marca que amarga  
transcribo el no con el tan  
y con el tiempo lo ancho se extiende.

transcribo guardado el gusto  
transcribo una carta que harta  
inscribo retomando la cerradura  
transcribo el insecto en la pantalla  
reescribo el trazo en la collar  
transcribo el trauma en la trompa  
transcribo transbordo si abordo  
y escribo tardíamente en el sopor.

transcribo el sabor del engaño  
transcribo el camino en la puerta  
transcribo el freno sin obstáculo  
la manada descarriada transcurre  
se transcribe la curva si se turba  
transcribo la grasa en aceite  
transcribo el agua en el lecho  
y en el dolor prescribo traición.

transcribo el drama en la llama  
se transcribe a mano por la acción  
el tránsito transpone la señal  
por mal también se transcribe  
si temo transcribo temor  
presupongo perforación en la transacción  
ojo y te veo en la transcripción  
si lo transcribo, te inscribo en la suerte.

## O QUE TRANSCREVO

transcrevo a chuva no tempo / transcrevo o trevo na tarde / transcrevo o tordo na trave / reescrevo o trema na trama. / transcrevo a marca que amarga / transcrevo o desgosto se gosto / transcrevo o não com o tão / e com tempo o largo se alarga. // transcrevo guardado o agrado / transcrevo uma carta que farta / inscrevo a retoma na tranca / transcrevo a traça na tela / reescrevo o traço na trela / transcrevo o trauma na trompa / transcrevo transbordo se a bordo / e escrevo tardar no torpor. // transcrevo o travo no trote / transcrevo o transporte na porta / transcrevo

travão no obstáculo / a manada tresmalhada transcorre / transcreve-se a curva se turva / transcrevo a gordura no óleo / transcrevo a água no leite / e na mágoa prescrevo traição. // transcrevo o drama na chama / transcreve-se a mão pela ação / o trânsito transpõe o sinal / por mal também se transcreve / se tremo transcrevo tremor / pressuponho perfuração na transação / olho e revejo-te na transcrição / se transcrevo, te inscrevo na sorte. // transcrevo o travo no termo / o escravo transcreve

transcribo el sabor del cierre  
el esclavo transcribe la corriente  
el paciente trasciende la demencia  
transcribo así con urgencia  
en la gráfica inscribo transpiración  
en lo que bebo transcribo virtud  
al centro no siempre te prescribo  
y en el clavo transcribo abril.

en la forma transcribo imagen  
al final transcribo animal  
el periódico (des)transcribe lo que escribo  
por miedo transcribo sánscrito  
en la oscuridad transcribo poco  
inscrito te transcribo en la transición  
lo transitorio transgrede la inmensidad  
y si reescribo, prefiero la transcripción.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

a corrente / o doente transcende demência / transcrevo assim com  
urgência / no gráfico inscrevo transpiração / no que bebo transcrevo  
virtude / ao centro nem sempre te prescrevo / e no cravo transcrevo  
abril. // na forma transcrevo visual / afinal transcrevo animal / o jornal  
(des)transcreve o que escrevo / por medo transcrevo sânscrito / na  
escuridão transcrevo escasso / inscrito te transcrevo na transição / o  
transitório transgride na imensidão / e se reescrevo, prefiro transcrevidão.

# Los dueños de la alborada

RENATA CORREIA BOTELHO

I

LLEGO A ACHADINHA y me acuesto sobre el piso caliente. Dejo que la realidad, vivaz y simple, se apodere de mí, de mi respiración, de las sombras que me habitan. Que se van instalando con dulzura en cada pedazo de piel. Entonces van llegando los gatos, uno por uno, con pisadas cautelosas. Miro en sus ojos la ternura del reencuentro, hasta en aquellos que nunca puedo acariciar, porque su libertad y su fiereza no aceptan mis manos temerosas. Nunca, como ellos, fui capaz de atravesar sin miedo la oscuridad. Nunca, como ellos, apunté con las garras al miedo, arañando de valor la noche profunda. Algunos no me perdonan esa debilidad, mi ser excesivamente humano, y tienen toda la razón. A éstos nada más les pido, en voz baja, que me presten al menos un rasguño de su presencia. Les doy bocados de comida y agua fresca. Por el suelo, por las escaleras, por el tejado. Vienen y van, en un silencio-poema, mirando, serenos, mi ansiedad.

## OS DONOS DA ALVORADA

I

CHEGO À ACHADINHA E POISO o corpo sobre o chão quente. Deixo que a realidade, vivaz e rasa, tome conta de mim, da minha respiração, das sombras que me povoam. Que se vá instalando com doçura em cada pedaço de pele. Nisto vão chegando os gatos, um a um, em passadas cautelosas. Percebo nos seus olhos a ternura do reencontro, mesmo naqueles que nunca consigo afagar, porque a sua liberdade e a sua bravura não consentem as minhas mãos temerosas. Nunca, como eles, fui capaz de atravessar

## II

**POCO EN LA VIDA ME CONMUEVE TANTO**, desde niña, como la verdad de los animales. La verdad entera de ser exactamente lo que son, corazones limpios alumbrando la palidez del universo. Desnudos, sin telas que oculten su cuerpo ni máscara para disfrazar su existencia. Vestidos sólo con la asombrosa grandeza con que pisan la tierra, con que se protegen de la lluvia entre los pinos, con que se pasean sobre el infierno, creando el día.

Crecí encontrándolos y perdiéndolos. Disfrutando su presencia como una ventana abierta al mar. Llorando su ausencia cuando mañana se vuelve una palabra insoportable. Crecí descubriendo en ellos aquel aliento de las madrugadas que sólo la poesía y los animales pueden expresar. Fundiendo, sin ninguna distancia, mi vida en su vida. Perros, gatos, caballos, burros, pajaritos de todas clases, tortugas, grillos, caracoles, babosas, mariposas, bichos sin fin. Sin embargo, nunca aprendí como ellos a ver más allá de los ojos, ni a amar más allá del amor, ni a leer más allá de las líneas que mis manos torpes recorren. Soy gente, nada más. Sólo gente. Asustadiza, medrosa, quebrada, descontenta, sin saber, como ellos, tomar con valor el delgado hilo de la vida. Gente, demasiado gente.

destemidamente o escuro. Nunca, como eles, aponteí as garras ao medo, riscando de coragem a noite funda. Alguns não me perdoam essa fraqueza, esse meu ser excessivamente gente, e têm toda a razão. A esses apenas peço, em surdina, que me emprestem, de viés, um raspão da sua presença.

Deito-lhes bocadinhos de comida e água fresca. Pelo chão, pelas escadas, pelo alpendre. Vêm e vão, num silêncio-poema, fitando, serenos, a minha ansiedade.

## II

**POUCO NA VIDA ME COMOVE TANTO**, desde criança, como a verdade dos animais. A verdade inteira de serem exatamente o que são, corações limpos alumando a palidez do universo. Nus, sem panos a mentir-lhes o corpo nem máscara a fingir-lhes a existência. Trajados apenas da espantosa grandeza com que pisam a terra, com que se abrigam da chuva entre pinheiros, com que passeiam sobre o inferno, semeando o dia.

Cresci a encontrá-los e a perdê-los. A exultar a sua presença como uma janela aberta para o mar. A chorar a sua falta quando amanhã se torna uma palavra insuportável. Cresci a descobrir neles aquele alento das madrugadas,

## III

**TAN IMPERDONABLEMENTE GENTE**. Porque, aunque nos separen muros de fuego, imperdonablemente gente como esa gente que los pone en el carro, se dirige a la carretera más lejana, les avienta una pelota de colores y arranca, malvada, a toda velocidad. Gente como la odiosa gente que los golpea, con una deslealtad sin nombre, envidiosa de su valentía. Gente como esa gente, de manos inmundas hasta los huesos, que se divierte en plazas redondas con la sangre que mana sobre la arena. Gente como esa hedionda gente que, después de las oraciones domingueras, se dirige desalmada a los campos, fusil en ristre, a derribar cada vuelo de ala.

Cada vez es más difícil perdonar la crueldad de ser gente.

que só poesia e animais são capazes de dizer. A fundir, sem qualquer distância, a minha na sua vida. Cães, gatos, cavalos, burros, passarinhos de toda a espécie, tartarugas, grilos, caracóis, lesmas, borboletas, bichinhos de conta. Nunca, porém, como eles, aprendi a ver para além dos olhos, nem a amar para além do amor, nem a ler para além das linhas que as minhas mãos baças percorrem. Sou gente, apenas. Só gente. Assustadiza, medrosa, quebrada, descontente, sem saber, como eles, segurar com ousadia o fio estreito da vida. Gente, tão demasiado gente.

## III

**TÃO IMPERDOAVELMENTE GENTE**. Porque, ainda que muros de fogo nos separem, imperdoavelmente gente como aquela gente que os coloca no carro, rumo à mais distante das estradas, lhes atira uma bola colorida e arranca, facinora, em marcha veloz. Gente como aquela odiosa gente que os açoita, numa deslealdade sem nome, invejosa da sua valentia. Gente como aquela gente, de mãos imundas até aos ossos, que se regozija em praças redondas com o sangue a jorrar sobre a terra batida. Gente como aquela hedionda gente que, cumpridas as rezas domingueiras, segue desalmada pelos campos, de caçadeira em riste, a abater cada golpe de asa.

Cada vez é mais difícil perdoar a crueldade de se ser gente.

## IV

**GOSTAR DE ANIMAIS**, amá-los ferozmente por neles achar um raro agasalho para o frio de existir, é talvez aquilo que ainda me deixe adormecer em cada noite que se põe. Mas é também ferida aberta, latejante, caminho magoado,

#### IV

**SIMPATIZAR CON LOS ANIMALES**, amarlos ferozmente por encontrar en ellos un extraño abrigo contra el frío de existir, es tal vez lo que aún me permite dormir cada noche que llega. Pero es también herida abierta, punzante, camino doloroso, inquietud perenne, duelo sin tregua, balsa lanzada a la tempestad tratando de rescatar del abismo el poema blanco del alma.

En Achadinha, acostada en su piso caliente y engastado de huellas, es donde más pienso en el mundo. Donde intento, durante un instante de calor, perdonarlo. Es Achadinha quien me hace pensar que puedo aún creer en él —como quien cree en las hadas, en los ángeles y en las rosas, en una luz solitaria, casi música, casi silencio, a la que llamamos dios. No el dios de la Biblia, que no sé dónde reside, sino el que protege la alborada. Porque ellos lo conocen, porque con él dominan cuando la primera luz aparece.

Dios nos abandonó hace ya mucho tiempo. Nos dejó sin cielo.

Vive ahora silencioso entre las huellas de que está hecho el suelo de Achadinha.

Y yo lo siento perfectamente, cuando recuesto ahí mi cuerpo quebradizo, mirando ansiosa a los gatos-poema, que vienen y van, protegiendo este cansancio de ser gente ●

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE BLANCA LUZ PULIDO

inquietação perene, duelo sem tréguas, balsa lançada à tempestade tentando resgatar do abismo o poema branco da alma.

É na Achadinha, deitada no seu chão quente e cravado de pegadas, que mais penso no mundo. Que tento, por um instante de calor, perdoá-lo. É a Achadinha que me faz crer ainda nele – como quem crê nas fadas, nos anjos e nas rosas, numa luz solitária, quase música, quase silêncio, a que chamamos deus. Não o deus da Bíblia, que não sei onde repousa, mas aquele que cuida da alborada. Porque eles o conhecem, porque com ele privam quando a primeira luz desponta.

Deus partiu de nós há muitos ontens. Deixou-nos sem céu.

Vive agora silencioso entre as pegadas de que se faz o chão da Achadinha.

E eu sinto-o perfeitamente, quando ali deito o meu corpo quebradiço, olhando ansiosa os gatos-poema, que vêm e vão, amparando este cansaço de ser gente.

## José Rui TEIXEIRA

#### I

**Nos metemos excesivamente con los muertos, me decías.  
Sus ojos negros, acuáticos, misteriosamente  
náufragos del tiempo como momias de niños  
enfermas del amor de los padres o árboles quietos  
ensimismadas sobre su propia soledad.  
Aún así observo demoradamente tu desnudez  
sin olvidar que también morirás un día.**

**Háblame secretamente de las magnolias, del modo  
como caen los pétalos sobre la tierra en los últimos días.  
Los que no saben de la súbita blandura de las mañanas,  
recogen silenciosamente fragmentos de la luz de marzo.  
Pero tú nunca caminas sobre el trigo, ni asistes  
a la devastación de un amor más grande que la muerte.  
Derramarás tu sangre en la tierra incendiada,  
para que lloren las flores el ineludible desenlace del invierno.**

#### I

**Mexemos excessivamente nos mortos, dizias-me. / Seus olhos  
negros, aquáticos, misteriosamente / náufragos do tempo como  
múmias de crianças / enfermas do amor dos pais ou árvores paradas,  
/ ensimesmadas sobre a sua própria solidão. / Ainda assim observo  
demoradamente a tua nudez, / sem esquecer que também tu  
morrerás um dia. // Fala-me secretamente das magnólias, do modo /**



**Nos metemos excesivamente con los muertos.  
Descarnamos sus huesos como si nos ardiesen  
las extremidades de los dedos y ladrillos dorados  
nos pesaran sobre los relieves de las manos.**

**Me detengo en los silencios descosidos  
de tu ropa adentro, en la extrema soledad  
que anochece la tundra contra el hambre  
esférica en el cielo de la boca o lenguas de fuego  
sobre nuestras cabezas.  
Serás como el fin del mundo en una caja  
a los pies de la cama o la suspensión  
demorada en el crepitar de las ausencias.**

**Hubo un tiempo en que yo desconocía el miedo.  
Dios aún amaba a los hijos de los hombres  
cuando, años más tarde, dejó de llover.  
Cayó un libro de tus manos como presagio.  
Es verdad que todavía espero el rumor blanco de las planicies,  
la superficie de la mañana, tu boca como el estío.**

*como caem as pétalas sobre a terra nos últimos dias. / Os que não  
sabem da súbita brandura das manhãs, / recolhem silenciosamente  
fragmentos da luz de março. / Mas tu nunca caminhas sobre o trigo,  
nem assistes / à devastação de um amor maior que a morte. /  
Derramarás o teu sangue na terra incendiada, / para que chorem as  
flores o iniludível desfecho do inverno. // Mexemos excessivamente  
nos mortos. / Descarnamos seus ossos como se nos ardessem / as  
extremidades dos dedos e ladrilhos dourados / nos pesassem sobre  
as reentrâncias das mãos. // Detenho-me nos silêncios descosidos /  
da tua roupa de dentro, na extrema solidão / que anoitece a tundra  
contra a fome / esférica no céu da boca ou línguas de fogo / sobre as  
nossas cabeças. / Serás como o fim do mundo numa caixa / aos pés  
da cama ou a suspensão / demorada no crepitar das ausências. //  
Houve um tempo em que eu desconhecia o medo. / Deus ainda  
amava os filhos dos homens / quando, anos mais tarde, parou de  
chover. / Caiu-te um livro das mãos como um presságio. / É verdade*

## II

**Hubo un tiempo en que yo desconocía el miedo.  
Los días eran como tangerinas en las letanías  
de julio y mi madre buscaba en el fondo  
de la mañana mi cadáver. Su cuerpo pendía  
sobre una secreta forma de arrepentimiento,  
orgánica como lamentaciones en las paredes del esófago.**

**De pronto, la palpación de un soplo, un estremecimiento.  
Los frutos en el suelo antes de tiempo, un amor inconfesado  
o una rara proporción en los segmentos blancos de los dedos.**

**Mi madre retenía en las manos la aterradora  
exactitud de la muerte. Durante años la guardó  
como una lámina sobre el corazón.  
Un día, un gato escatológico deletreó su  
nombre. Creí que era Dios. Cerré las manos  
contra los higos con miedo del invierno.**

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

*que espero ainda o rumor branco das planícies, / a superfície da  
manhã, a tua boca como o estio.*

## II

*Houve um tempo em que eu desconhecia o medo. / Os dias eram  
como tangerinas nas litánias / de julho e a minha mãe buscava no  
fundo / da manhã o meu cadáver. O seu corpo pendia / sobre uma  
secreta forma de arrependimento, / orgânica como lamentações nas  
paredes do esófago. // De súbito, a palpção de um sopro, um  
frémto. / Os frutos no chão antes do tempo, um amor inconfessado  
/ ou uma rara proporção nos segmentos brancos dos dedos. // A  
minha mãe retinha nas mãos a aterradora / exactidão da morte.  
Durante anos a guardou / como uma lâmina sobre o coração. / Um  
dia, um gato escatológico soletrou o seu / nome. Acreditei que fosse  
Deus. Fechei as mãos / contra os figos com medo do inverno.*

# Décimo mandamiento

TEOLINDA GERSÃO

**EL MENDIGO DEVORABA** una costilla, sentado en los escalones de la iglesia, y tenía enfrente un sombrero, a la espera de las limosnas. Se fijó en él porque parecía tener un aire casi normal, si no fuera por la suciedad, la barba de muchos días y el mal estado de la ropa.

No era joven ni viejo, pero cuando volvió a abrir la boca —justo delante suyo— vio que tenía los dientes podridos y le faltaban algunos. Mientras tanto, daba grandes mordidas al pedazo de carne que sostenía en una de las manos, y de vez en cuando en un pedazo de pan que tenía en la otra. Masticaba con ganas y daba otro bocado, inclinando un poco la cabeza, como acostumbran hacer los perros cuando buscan la mejor posición para clavar los dientes.

Ciertamente la costilla era succulenta y sabrosa, porque se relamía los labios, que por momentos limpiaba con la manga y el dorso de la mano. En algún momento se detuvo, colocó la costilla y el trozo de pan adentro del sombrero y sacó de la bolsa una lata de cerveza. La abrió haciendo estallar la tapa y bebió un largo trago, después otro y otro. Eructó y recommenzó las dentelladas, hasta no dejar casi nada de carne.

Ahora ya no devoraba: roía despacio, entreabriendo los dientes, y se ayudaba con la lengua y los labios a empujar los últimos pedazos pegados al hueso. Era una operación más tardada, pero visiblemente placentera aún. Sólo después de chupar y lamer el hueso volvió al pan, que nuevamente mordió, bebiendo de vez en vez un trago de cerveza, como un animal buscando una recompensa.

Cuando acabó, aventó el hueso y la lata, que surcaron media calle, golpeando con estrépito en las piedras de la calzada. Se enroscó después en sí mismo y se acostó en el escalón, como un perro preparándose

se para dormir al sol. Porque había sol y, a pesar de la hora matinal, el aire no estaba frío.

O tal vez lo estuviera, al final, porque el hombre sacó un gorro de la bolsa y se lo acomodó en la cabeza, después de levantar y jalar el cuello del abrigo.

Fue en ese momento que el hombre que lo miraba salió del carro y entró en la iglesia, pasando al lado del mendigo. Era siempre así, con una ida a la iglesia comenzaba su día.

Sólo que muy raramente, como aquella mañana, era él mismo quien conducía el carro. Además, pocas veces utilizaba el carro para llegar al trabajo, ya que tenía un helicóptero privado, que en pocos minutos lo llevaba de la casa donde vivía al edificio del banco. Entonces bajaba en el elevador hasta la calle y entraba en una iglesia al lado.

Aquella mañana, sin embargo, le apetecía hacer el trayecto con calma, reflexionando en los asuntos que le preocupaban. Las cosas andaban mal, eran necesarias medidas drásticas y urgentes. Más que nunca necesitaba de ayuda divina, de una señal, una inspiración. Dios sabía que él cumplía su deber como podía y, en un mar de dificultades, iba manteniendo el banco a flote. Pertenece a la élite que con valentía dominaba a la sociedad, sujetándola de la cabeza. Si la cabeza de la sociedad estaba a salvo, también el resto del cuerpo social sobrevivía.

Con la ayuda de Dios, la cabeza de la sociedad iba a salvarse. Todas las noches rezaba, de rodillas, por esa única intención, que contenía en sí todas las otras. Sólo después se desvestía despacio, y, como autorizara su capellán confesor, retiraba el cilicio de su cuerpo humilde.

Desde joven se mantuvo casto, sólo en el estricto cumplimiento de los deberes matrimoniales: fornicar únicamente para procrear hijos que un día estarían allí, en su lugar, sirviendo a Dios, según Su doctrina y Su ley.

Arrodillado en la iglesia, con la cabeza entre las manos, el hombre pensaba en esas cosas y en muchas otras que le preocupaban. Se sentía aplastado de responsabilidad y, sin notarlo, comenzó a sollozar. Los bancos eran los cimientos: si se vencían, la sociedad colapsaba. Y él sentía una tempestad, un terremoto que se aproximaba subrepticamente.

Un miedo sin precedentes lo invadió y se transformó en pavor. Todo él temblaba, suplicando a Dios que llegara en su auxilio. Pero la iglesia estaba oscura, envuelta en sombra, silenciosa. Y vacía.

Sólo allá arriba, delante del altar del Santísimo, cintilaba delicadamente un candil. Que no resistiría al menor soplo del viento.

Se sintió abandonado, como Cristo en el Monte de los Olivos, antes de beber el cáliz que Dios no vino a apartar de su boca.

La boca del hombre jadeaba ahora con ruido, como si el aire le faltara, como si todo le faltara, hasta el piso en el que se mantenía arrodillado.

Lloraba exageradamente y gemía. Acababa de pecar con gravedad. Tuvo la presunción de compararse con Cristo y pecó también por desesperación, dudando de que Dios lo socorriera, que estuviera ahí y lo escuchara.

Esa noche flagelaría su espalda con más violencia, con el chicote que tenía pedazos de metal en las puntas. Pensó en la fuerza con la que sangraría, y que su sangre impura derramada tal vez podría redimirlo de haberse comparado con Jesús, el de la sangre sin mácula, en el Huerto de los Olivos.

Pero no paró de llorar, a pesar de sentir el alivio del arrepentimiento y una especie de sopor que lo invadía.

Ahora le parecía que sus lágrimas se debían, de un modo inexplicable y confuso, al mendigo que vio comer con gula, al pecado de haber envidiado verlo comer de aquel modo bruto, con aquel placer animal de clavar los dientes en el trozo de carne, devorándola con voracidad hasta el hueso.

Sentía, absurdamente, que el mendigo lo ofendía sólo por existir y sobre todo por comer así. Como si el pedazo de carne y el acto de comerla fueran una agresión y un robo contra él mismo, contra el mundo que él representaba y defendía.

Ese mundo comenzaba a temblar y amenazaba con caer.

Tal vez estaba enloqueciendo, pensó, y su entendimiento de las cosas vacilara, por exceso de estrés y de aflicción.

Levantó los ojos hacia el candil del altar mayor y pidió a Dios que lo iluminase, le señalase un camino.

Y entonces, de repente, la salvación le surgió.

Se vio en el brillante papel de benemérito, firmando un compromiso de servicios gratuitos a los mendigos: distribución ilimitada de pan, vino y carne, tratamiento en las clínicas gestionadas por el banco, garantía de todos los servicios, con su cremación o entierro.

La abundancia de comida poco variada los mantendría hartos y gordos, aunque no saludables, por un tiempo relativamente corto. Y, vivos

o muertos, sus cuerpos se convertían en un manantial de lucro, desde la colecta de sangre a la venta de órganos, un campo libre para probar nuevas sustancias, por no hablar de cómo la grasa podría ser aprovechada en el campo de la cosmética. Bastaba saber cómo hacer las cosas, pero en eso él era experto y tenía una enorme red de colaboradores.

Claro que toda esa parte sería omitida de la vista del público y permanecería insospechada en todo lo que él dijese o firmase, con pompa y circunstancia, con las autoridades gubernamentales.

Mi Señor y mi Dios, yo Os doy gracias. Aleluya, aleluya, vuestro humilde siervo fue escuchado.

Se levantó deprisa y vio la hora —iba a llegar tarde a la reunión, Jesús, cómo se atrasó.

Se santiguó e inclinó delante del altar, con una reverencia profunda y agradecida.

Sobre todo agradecida, mi Dios, cómo se sentía grato, pensó al bajar corriendo los escalones y azotando la puerta del carro, después de pasar, sin querer verlo, al lado del mendigo ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



# Una hipótesis de brevísimos diccionario personal

AFONSO CRUZ

## A DE ALENTEJO

EL ESPACIO Y EL TIEMPO tienen espesuras diferentes en el campo, están dilatados. Si un astronauta fuera al espacio, lejos de centros gravitacionales, y regresara, llegaría más viejo que su hermano gemelo que se quedó en casa, pues el tiempo en la Tierra habría pasado más despacio. En Alentejo también. Si alguien fuera a Lisboa, el hermano gemelo que se quedó en el monte estará más joven cuando el otro vuelva a la tierra (y no a la Tierra).

—Estás viejo —dirá él al hermano que fue a la capital, mientras come aceitunas debajo de un alcornoque.

## B DE BIBLIOTECA

ES POSIBLE ORGANIZAR una biblioteca para representar a un ser humano: los libros que leemos nos construyeron, nos construyen, nos construirán. El modo en que los reunimos nos denuncia: los preferidos, todos juntos, o dialogando con los inacabados, con los por abrir, tratando de hacerlos mejores; poetas al lado de científicos o, por el contrario, en el estante más alejado. Borges decía que una biblioteca es una autobiografía.

Mi autobiografía ya no me cabe en casa.

## C DE CRÍTICA

MATISSE DIJO QUE PICASSO era la única persona que tenía derecho a criticarle.

Dickens llamaba piojos a los críticos, D. H. Lawrence los llamaba cerdos, Berlioz se preguntaba a qué edad iban ellos al matadero, Lan-

dor dijo que eran la más odiosa de las pequeñas criaturas rastreras. Sibelius dijo que nunca se erigió una estatua a un crítico (lo que obviamente no es verdad). Ernesto Sabato, bastante más ponderado, escribió que «hay dos tipos de crítica: si nuestro propósito es escribir un libro negro y alguien nos señala la existencia de manchas blancas, debemos escuchar con mucho cuidado la observación hecha y tratar de corregir la falta; pero si tal señor se acerca para convencerse de las ventajas de escribir libros rojos o cuadriculados, hay que oírlo como quien oye llover. Buena parte de la crítica es de este segundo género y consiste en explicarnos —muchas veces a gritos— lo que el crítico habría escrito si estuviera en nuestro lugar. Pero como nunca se podrá realizar una experiencia tan memorable y provechosa para las letras, y como, si se lleva a cabo, todo se reduciría a un cambio de autor, lo mejor es ocuparse de otra cosa».

Concluyendo, y sin ninguna ironía, la crítica es fundamental.

## D DE DIOS

SEGÚN SAMUEL BUTLER, la gran lucha entre creyentes y ateos es saber si Dios debe ser llamado «Dios» o tener otro nombre cualquiera. La diferencia es a menudo semántica. Olaf Stapledon, en el libro *Nebula Maker*, tiene una idea más o menos similar, en la que la divinidad es descrita como una especie de ley física. El narrador, después de ver a Dios y gritar su nombre, reflexiona y comenta: «Pero yo sabía que si realmente Dios existiera, no podría ser más visible que la Teoría de la Relatividad».

Chesterton decía que, para un ateo, el universo «era la obra más graciosa y bella construida por nadie».

*Chesterton decía que, para un ateo,  
.....  
el universo «era la obra más graciosa y bella  
.....  
construida por nadie».*

El argumento de Epicuro de que Dios o no es absolutamente bueno o no es omnipotente tiene pertinencia: si Él no acaba con el mal es porque no puede (no es omnipotente), si puede y no lo acaba es porque no quiere (y en ese caso es malo). Curiosamente, este argumento no funciona con todas las ideas de Dios. El de los maniqueos no es omnipotente y vive en lucha contra las tinieblas.

Una cosa es cierta: con respecto a la justicia, Dios es como los portugueses: si va a suceder, se tarda una eternidad.

### E DE ENCICLOPEDIA

PARA MÍ ES TODO UN CUERPO de sabiduría que nos permite ignorar más, alfabéticamente y en varios volúmenes. Un universo medieval con media docena de orbes sólo nos permitía ignorar un universo de ese tamaño. Bruno sugirió la existencia de infinitos mundos, haciendo que cualquier persona pudiera pasar la vida ignorando infinitos cuerpos celestes.

### F DE FELICIDAD

ES LO QUE BUSCAMOS aun cuando sólo intentamos conquistar la infelicidad absoluta.

Pero conviene distinguir, como los griegos hacían, entre felicidad y placer. Son cosas diferentes que tendemos a confundir.

La felicidad es como la salud, algo de lo que no nos damos cuenta cuando la tenemos. Una capa subyacente que está presente incluso en la adversidad. Una persona puede ser feliz aun en momentos en que está triste o frustrada, tal como no dejamos de ser una persona sana por habernos constipado.

La definición de infelicidad puede ser fácilmente percibida observando la vida de un deportista.

### G DE GÓLEM

LA INFORMÁTICA HARÁ al sueño cabalístico del gólem una realidad de silicona con alma de ceros y unos. El gólem ganaba vida a través de la palabra *verdad* (*emet*) escrita en la frente. Mañana será a través de la palabra *on*.

### H DE HUMANIDAD

SOY LO SUFICIENTEMENTE optimista como para creer que a veces la humanidad puede encontrarse en seres humanos.

### I DE INFANCIA

LA REALIDAD NO ESTÁ PREPARADA para la infancia. La trata tan mal que tarde o temprano acabamos todos en adultos. Aquí un poema de Luis María Pescetti, del libro *Unidos contra Drácula*:

Casi todos los días nace un niño  
o muere un viejo dentro de nosotros.  
No pasan tres días sin que nos deshagamos  
de un viejo  
y recibamos a un niño.  
Si entre el breve dolor de una tarde  
oímos el llanto de un bebé en nosotros  
no nos demoremos en tomarlo en los brazos.

Por otro lado, la infancia está muy mitificada. Y hay muchos que nunca fueron niños. Unos porque no pudieron y otros porque no quisieron.

### J DE JALAN JALAN

SIGNIFICA «PASEAR», que es una actividad sin fines ulteriores, que vale por sí sola. Todo lo que realmente importa en nuestra vida, como la amistad o el amor, es un paseo.

Comencé a viajar a causa de los libros. Y, por supuesto, hubo viajes que me hicieron leer. El *Jalan Jalan* también es un círculo, no sólo porque hace dialogar el viaje físico con la lectura, sino también porque tiene como hilo conductor esa reciprocidad que resulta de la circularidad de los viajes.

Me dijeron, antes de viajar a Egipto, que sin cultura, sin conocimiento de la historia, aquello era «un montón de piedras». No será así, pero se percibe la idea. La experiencia del viaje puede ser mucho más profunda si nuestro conocimiento también lo es. Pero también es frecuente que la experiencia *in loco* dé nuevas dimensiones a lo que leemos previamente. Esas dos formas de conocimiento bailan una con la otra y, al hacerlo, se alteran mutuamente.

## K DE KAFKA

ADORNO DIJO QUE KAFKA era la ventanilla de informes de la condición humana.

Muy probablemente, una de esas ventanillas en que nos vemos perdidos en un laberinto burocrático después de haber estado una eternidad a la espera de ser atendidos.

## L DE LEER

VEO LA MUERTE DE SÉNECA como ejemplo de la muerte filosófica: en la bañera con las muñecas cortadas. O la de Sócrates con la cicuta. Como ejemplo de la muerte literaria imagino la de Al-Jahiz, que fue muerto por sus propios libros: le cayeron encima y lo aplastaron.

Cualquier buen lector, cuanto más grande sea su biblioteca, más siente el peso aplastante de lo que leyó y, principalmente, de lo que no lee y nunca podrá leer.

## M DE MEMORIA

EN EL ANIVERSARIO de la vigésima quinta edición del libro *Matadero Cinco*, novela que trata de memorias con una visión eternista, en que el tiempo es una especie de sólido (el futuro no será, el futuro es), Kurt Vonnegut, en la introducción, dice lo siguiente sobre la memoria del futuro: «Stephen Hawking consideró torturante el hecho de que no se nos permita recordar el futuro. Pero, para mí, recordar el futuro es ahora una broma de niños. Sé lo que va a ser de mis indefensos hijos recién nacidos porque hoy son adultos. Sé cómo mis amigos más cercanos terminarán porque están casi todos jubilados o muertos... A Stephen Hawking y a todos los otros más jóvenes que yo les digo: “Sean pacientes. Vuestro futuro irá a vuestro encuentro, se acostará a vuestros pies como un perro que os conoce y ama”».

Hablar así del tiempo no es novedad, ni en la filosofía ni en la ficción ni en la ciencia, pero pocos tienen esta capacidad de tratarlo de tú. O como si fuera un perro.

## N DE NADA

LAO TSÉ ESCRIBIÓ que un vaso sólo es útil por el vacío que tiene adentro. En nuestras vidas, nos hace falta la nada. Si todo estuviese lleno, absolutamente lleno, sería como vivir en un vagón de metro a la hora

punta, sin propósito y sin ninguna posibilidad de moverse. Y, sin embargo, la nada es lo más temible de los destinos. Sheol, el infierno para los hebreos, no era un espacio de sufrimiento, sino de olvido. Peor que los innumerables tormentos reservados a los condenados al infierno cristiano, era esa admonición, esa amenaza de que todo será borrado, todo desaparecerá y no quedará nada más allá de una eternidad de nada.

## O DE ORGANIZACIÓN / DESORGANIZACIÓN

LA DESORGANIZACIÓN es un orden desconocido. Mi secretaria es un lío para cualquier persona, pero para mí es organizada. Esto plantea un viejo problema: ¿el conocimiento es una acumulación organizada de información o, por el contrario, es la iluminación de un orden preestablecido?

## P DE PLACER

EPICURO SE QUEDÓ con la fama de bohemio, pero era una persona insípida y austera en lo que toca a los placeres. Aristipo, ése sí, creía que debíamos hacer las cosas por placer. Fue justo que fuera el suyo, y no el de Epicuro, el nombre de una revista dedicada a vinos, puros y hedonismos afines.

Muchos escritores, cuando hablan de su profesión, confiesan dolores atroces, sufrimientos avasalladores. Me gusta escribir. Me da placer escribir. Soy cirenaico en estos asuntos y abrazo el hedonismo. A veces hay algún sufrimiento, porque hay siempre la necesidad de autosuperación, de hacer mejor, de perseguir una perfección química.

Julien Green (la cita es de Simon Leys) dijo que «los únicos libros que interesan son aquellos de los cuales se podría decir que su autor se ahogaría si no los hubiera escrito».

Green plantea la cuestión en otros términos, no en el binomio dolor / placer, sino en la necesidad, una forma bastante platónica de exponer esa idea. Platón creía que la felicidad era una restauración de un estado original. Es decir, originalmente me siento bien, pero de repente todo cambia y paso a sentir dolor, falta o incomodidad. En el caso de Green, un ahogo. Una urgencia que lo amenazaba. Si fuera sed, bebería agua y esa agua sería una fuente de placer. Como la necesidad se cumple a través de la escritura, Julien Green escribía para no ahogarse.

Y eso es un placer.

## Q DE QUIJOTE

UNA DE LAS ESCENAS más carismáticas de don Quijote, aquella en la que éste acomete contra los molinos, es superficialmente leída así: he aquí cómo el sueño cambia la realidad de una persona, poniendo en peligro su vida. De hecho, a este caballero le faltaba quien corroborara sus creencias y las hiciera más sólidas, materiales, carnales, reales. Para los molinos era necesario que todos concordaran con que fueran gigantes. Pero este episodio puede ser leído de otra manera:

Los gigantes tuvieron tanto miedo que se disfrazaron de molinos.

Siempre es posible insistir, atacar la realidad (al menos una parte de ella) y abrir uno u otro agujero para un verano mejor. O ir cambiando el entorno hasta que nos satisfaga. Por otra parte, ésa ha sido la larga marcha de la civilización, vamos buscando más justicia, vamos derribando gigantes (que a veces se disfrazan de molinos) e intentamos elevar la sociedad a nuestro alrededor. Por lo general, esos cambios son particularmente lentos: casi nadie puede ver que los molinos son, en realidad, gigantes. Y existe el peligro de que se esté cometiendo un error grave. Hay una anécdota judía de un tirador que acertaba siempre en el centro del blanco. Cuando le preguntaron cómo lo hacía, él respondió que primero disparaba, después dibujaba el blanco alrededor del agujero de la bala.

¿No será que, al adecuar la realidad al sueño de una persona, sin la lenta corroboración del resto de la sociedad, estamos creando una tiranía?

## R DE REVOLUCIÓN

LA SOCIEDAD SEDENTARIA transformó la naturaleza, todo lo que ella prodigaba, la dádiva y la gracia, en escasez, limitando su usufructo, imponiendo fronteras, muros y vetos y vigilando el territorio. La pro-

*Todo lo que necesitamos se ha convertido*

*en una rareza que debe pagarse; hasta el agua*

*que bebemos, y oí decir que en una ciudad*

*suiza se paga el aire.*

videncia pasó a ser virtud divina o política gubernamental y no natural. La comida, que estaría al alcance de todos, se convirtió en un bien escaso, sólo accesible a través del trabajo. Todo lo que necesitamos se ha convertido en una rareza que debe pagarse; hasta el agua que bebemos, y oí decir que en una ciudad suiza se paga el aire. La naturaleza fue prostituida y transformada en un negocio, desde los árboles frutales a la simple contemplación de un paisaje. El turismo es otra manera de vender la naturaleza. Para poder vender los recursos naturales fue primero preciso privar a las personas de esos mismos recursos. Simultáneamente se crearon deseos artificiales, que adquieren la urgencia de la necesidad, el consumo ostentoso y el anhelo de novedad. ¿Eso sucedió con la masificación de la posguerra? ¿Con la revolución industrial? ¿Con el petróleo? No, la mercantilización de la naturaleza es una característica de casi todos los modelos de sociedad sedentaria y existe desde que el hombre se apropió del territorio, desde que se estableció en un lugar agotando ese espacio, creando jerarquías y maneras de subyugar al otro, que siempre sirvieron sólo a un propósito: la codicia.

Las ventajas de la sedentarización, sin embargo, son evidentes, especialmente en las manifestaciones de la tecnología, que permite la existencia de libros, de medicina, de confort, de transportes, etcétera. Pero la historia, según Hegel, es un retorno en espiral y sería deseable creer que podríamos volver al lugar de donde partimos, aliando las ventajas del nomadismo a las de la sedentarización, en una síntesis. El sueño de la tecnología sería puesto en práctica, y el trabajo obligatorio sería hecho por máquinas liberando al hombre. Una vida digna sería una garantía obsequiada por el propio nacimiento y no algo a lo que sería necesario acceder a través del trabajo.

O sea, necesitamos una revolución.

## S DE SUERTE

YA TUVE una vez.

## T DE TENTAR (INTENTAR) / FALLAR

ROBERT A. HEINLEIN TIENE un libro llamado *La puerta al verano*. El título nació del comportamiento de su gato durante el invierno. Heinlein vivía en una casa con varias puertas que daban a la calle. A pesar del frío, del paisaje nevado, el gato pedía salir. Heinlein le abría la puerta. El gato, al sentir el frío de la calle, desistía y pedía salir por

otra puerta. El proceso se repetía, probando con todas las puertas hasta que una de ellas diera al verano.

Mis gatos hacían exactamente lo mismo. No me parece que el clima pueda cambiar sólo con la insistencia y la expectativa optimista de uno o más gatos, pero en otras ocasiones, el ejemplo de estos felinos es inspirador.

La más irremediable falla: no intentar.

### U DE UTOPIA

LLEVÉ UNA UTOPIA a casa,  
muy ligera, como un sueño.  
La peiné,  
quedó aún más bonita,  
pero al otro día despertó  
con cara de realidad.

(Las utopías se estropean con mucha facilidad:  
Basta que nos acerquemos a ellas.)

### V DE VIAJAR

DIJO EL PROFETA: infeliz el hombre que muere cerca de casa.

En el *Bereshit Rabbah* hay unos párrafos dedicados a la primera letra de la Torá, la letra *beth*. Significa «casa» y dice el *midrash* que la letra está cerrada en todos los lados excepto uno, que es de donde sale la creación, de donde parte toda la Torá. Antes de ella, todo lo que podría existir nos está vedado, un poco como saber lo que está al sur del Polo Sur o antes del *Big-Bang*. En ese sentido, prefigura un viaje: al salir de casa, hacemos nacer el cosmos. Un viajero, al dar el paso esencial más allá de su puerta, establece y confirma la existencia de todo un universo.

### W DE WESTVLETEREN

EN LA ABADÍA DE WESTVLETEREN no se puede comprar más que un palé de la cerveza que allí se produce; es necesario llamar con antelación, dar el nombre y la matrícula del coche, para garantizar que no compramos más de lo debido. Y cuando los clientes reclaman que la producción es insuficiente y no satisface la necesidad de los compradores, los monjes simplemente responden que lo que hacen es rezar.

La cerveza es sólo para mantener el monasterio. Dicen que es la mejor cerveza del mundo.

### X DE XERAZADE (SHEREZADE)

XERAZADE DIJO en un momento (noche 351) que no estamos hechos de huesos, músculos o a-de-enes, pero sí de historias.

### Y DE YIN-YANG

OPUESTOS A CONVIVIR, medio enredados. Un buen ejemplo para muchas situaciones y personas.

### Z DE ZIBALDONE

ME GUSTA LEOPARDI. Cuando leemos lo que él escribió y sobrevivimos, salimos de esa experiencia con cierta felicidad. Sus pensamientos son tan pesimistas que el mundo, después de haberlos leído, parece hermoso, sublime y justo. Leopardi, que padecía varias enfermedades, además de ser raquíptico y con gibas en el pecho y en la espalda, creía, muy justamente para alguien con sus características, que «esta vida es triste e infeliz y cada jardín es como un gran hospital; más deplorable que un cementerio». Para él, la vida era «el viaje de un cojo y enfermo que, con una pesadísima carga a la espalda, por montañas escarpadas y lugares sumamente hostiles, cansados y difíciles, con nieve, con hielo, con lluvia, bajo el sol ardiente, camina sin nunca reposar, día y noche, durante innumerables jornadas para llegar a un precipicio o un foso y en él inevitablemente caer». Pero, para ser aún más preciso: «Todo está mal. Es decir, todo lo que existe es mal; que las cosas existan es un mal; cada una de las cosas existe con la finalidad del mal; la existencia es un mal y se organiza para el mal; la finalidad del universo es el mal; el orden y el Estado, las leyes, la trayectoria natural del universo no son sino mal, no se encaminan hacia nada que no sea el mal». Cuando cerramos este libro, *Zibaldone*, y abrimos una ventana, lo que vemos es un mundo maravilloso •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO



# Epitafio de domingo

CLÁUDIA R. SAMPAIO

Si yo desapareciera hoy  
Y hablo incluso de mi cuerpo aquí muy sentado  
escribiendo desde la punta de la lengua a la lengua más distante  
de mi vida,  
di que he comprendido.

Di que sé que nada está donde es seguro estar  
Que el amor súbito es la escalera al entendimiento  
Di que fui aire azul sobre campos de sequedad  
Carretera recta al infinito, entre olivares,  
un accidente a lo lejos  
Que probé toda la sed cuando engullí a los hombres  
Que quemé alegremente en el ácido de las palabras  
Que caí de rebote para que me vieran  
Y cuando me vieron me levanté siendo animal.

---

## EPITÁFIO DE DOMINGO

Se eu desaparecer hoje / E falo mesmo do meu corpo aqui tão sentado  
/ a escrever desde a ponta da língua à língua mais distante / da minha  
vida, / diz que compreendi. // Diz que sei que nada está onde é certo  
estar / Que o amor súbito é a escada para o entendimento / Diz que  
fui ar azul sobre campos de secura / Estrada recta ao infinito, entre  
oliveiras, / um acidente ao longe / Que provei toda a sede quando

Di que me viste desnuda, siempre  
Que corrí por hospicios con los ojos cerrados  
y la boca al revés  
Que viví más en lo alto que en el mundo plano  
y fui honesta en mi próxima locura.

Di que nunca olvidé la subida a un arce  
Que nadie vivió en mi lugar, ni yo en el de nadie  
Que fui, sí, el halo frío que llené con esta pena  
por mi ausencia  
Y que todo lo que dije fue con silencio.

Di que sé, sobre todo, que ardimos juntos como ventosas,  
aunque no quieras  
Que tu cuerpo me sirvió para andar con las piernas asmáticas  
Que te agradezco haberte ofrecido lirios  
Que me redujiste la náusea de la especie  
Di que yo, que fui yo.

---

engoli os homens / Que queimeei alegremente no ácido das palavras /  
Que tombei em ricochete para que me vissem / E que quando me  
viram me ergui animal // Diz que me viste nua, sempre / Que corri por  
hospícios de olhos fechados / e a boca às avessas / Que vivi mais ao  
alto do que em mundo plano / e fui honesta na minha rente loucura //  
Diz que nunca esqueci a subida a um plátano / Que ninguém viveu no  
meu lugar, nem eu no de ninguém / Que fui sim, o halo frio que enchi

Guárdame este secreto que tengo amplio bajo mis cabellos:  
—¿qué tanto en mí fui que no viví  
y qué tanto en ti es que fui yo?

Pero no te preocupes, no desaparezco hoy  
Cuando me conociste yo no existía ya,  
y tú sabes  
que esas saudades que vas teniendo  
son las mías.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE MARIO MORALES

com esta pena pela / minha ausência / E que tudo o que disse foi com  
silêncio // Diz que sei, sobretudo, que ardemos juntos como ventosas,  
/ embora não queiras / Que o teu corpo me serviu de andar nas pernas  
asmáticas / Que te agradeço ter-te oferecido lírios / Que me reduziste  
o nojo da espécie / Diz que eu, fui eu // Guarda-me este segredo que  
tenho largo por baixo dos cabelos: / —quanto em mim fui que não  
vivi / quanto em ti é que fui eu? // Mas não te preocupes, não  
desapareço hoje / Quando me conhecestes já eu não existia, / e tu sabes  
/ que essas saudades que vais tendo, / são as minhas.

# JORGE SOUSA BRAGA

## ACONTECIMIENTOS EXTRAORDINARIOS EN LA CIUDAD INVICTA

1.

El arcoíris que hoy se dibujaba sobre Oporto presentaba un color menos verde. Después de una rápida investigación se resolvió el misterio: una vaca fue vista ayer pastando en el arcoíris.

2.

Por la mañana un sonido aterrador despertó la ciudad. Era un Boeing que ensayaba con la cría —un bimotor sin plumas, las primeras acrobacias aéreas.

## ACONTECIMIENTOS EXTRAORDINÁRIOS NA CIDADE INVICTA

1.

O arco-íris que hoje se desenhava sobre o Porto apresentava uma cor a menos —o verde. Após uma rápida investigação resolveu-se o mistério: uma vaca fora vista ontem a pastar no arco-íris.

2.

De manhã um som aterrador acordou a cidade. Era um Boeing que ensaiava com a cria —um bimotor implume, as primeiras acrobacias aéreas.

3.

Los funcionarios públicos comenzaron a invadir a la hora del almuerzo los jardines de la ciudad. Las primeras víctimas de su voracidad fueron las rosas. Sangrientos encuentros se han dado en la disputa de un simple amor perfecto. En la emergencia, el camarero aplicado decidió aumentar sustancialmente la cantidad destinada a los jardines.

4.

En la reunión de la comisión de vecinos de uno de los barrios de la ciudad fue aprobada por unanimidad la sustitución de los candeleros de iluminación pública por luciérnagas.

3.

Funcionários públicos começaram à hora do almoço a invadir os jardins da cidade. As primeiras vítimas da sua voracidade foram as rosas. Sangrentos recontros têm-se sucedido agora na disputa de um simples amor-perfeito. Reunido de emergência, o executivo camarário decidiu aumentar substancialmente a verba destinada aos jardins.

4.

Na reunião da comissão de moradores de um dos bairros da cidade foi aprovada por unanimidade a substituição dos candeeiros de iluminação pública por pirilampos.

#### GINGKO BILOBA —UN CASO DE AMORES CONTRARIADOS NO PORTO DO SÉC.XXI

Eram os únicos elementos de uma família cujas raízes se perdiam nas mais recônditas páginas dos livros de botânica. Viviam numa cidade granítica, povoada de gente dura, pouco dada a paixões florais.

Apaixonaram-se na adolescência, quando o porte altivo lhes permitiu descobrirem as mútuas folhagens. O vento se encarregou de consumir, na primavera seguinte, essa paixão.

#### GINGKO BILOBA —UN CASO DE AMORES CONTRARIADOS EN EL PUERTO DEL SIGLO XXI

Eran los únicos elementos de una familia cuyas raíces se perdían en las más recônditas páginas de los libros de botánica. Vivían en una ciudad granítica, poblada de gente dura, poco dada a pasiones florales.

Se apasionaron en la adolescencia, cuando el porte altivo les permitió descubrir sus mutuos follajes. El viento se encargó de consumir, en la primavera siguiente, esa pasión.

Un enorme bloque de hormigón armado, semejante a muchos otros que pululan por la ciudad, puso término brutalmente a esa pasión. Los óvulos no fecundados forman ahora el suelo del Huerto de las Virtudes.

En las noches de febrero, los suspiros de los dos amantes invaden la ciudad como una densa niebla, mas la única respuesta que consiguen despertar son los ladridos de los perros.

Um enorme bloco de betão armado, semelhante a muitos outros que pululam pela cidade, pôs termo brutalmente a essa paixão. Os óvulos não fecundados juncam agora o chão do Horto das Virtudes.

Nas noites de Fevereiro, os suspiros dos dois amantes invadem a cidade como um nevoeiro denso, mas a única resposta que conseguem despertar são os latidos dos cães.

#### A REVOLUÇÃO DAS FLORES

Correspondendo a um apelo subterrâneo há vários dias que as dalias, as cinerárias, os gerânios e as hortências se recusam a florirem e os jasmineiros e as violetas a exalarem o seu aroma penetrante. De entre as rosas foram as vermelhas as primeiras a aderir. Comités de flores que se formaram espontaneamente em todos os jardins reivindicam o direito de florir em qualquer estação do ano, medidas eficazes contra as arbitrariedades das floristas, a extinção pura e simples das estufas.

## LA REVOLUCIÓN DE LAS FLORES

Correspondiendo a un llamado subterráneo desde hace varios días, es que las dalias, las cinerarias, los geranios y las hortensias se niegan a florecer y los jazmines y las violetas a exhalar su aroma penetrante. De entre las rosas fueron las rojas las primeras en adherirse. Comités de flores se formaron espontáneamente en todos los jardines, reivindicando el derecho de florecer en cualquier estación del año, medidas eficaces contra las arbitrariedades de los floristas, la extinción pura y simple de los invernaderos.

Una nube de polvo cubre la ciudad. En vano la policía controla los puertos y las fronteras. La exportación de bulbos y semillas fue suspendida. En Madeira el movimiento fue desencadenado por las estrellas. Los tulipanes que viajaban en avión y se destinaban a abastecer el mercado londinense se marchitaron colectivamente. En el Extremo Oriente, crisantemos negros invaden las calles de ciudades como Tokio y Pekín. Atrapadas las desprevenidas mariposas, abejas, avispa y otros insectos ensayan ahora peligrosos vuelos sobre los transeúntes. A las dieciséis horas, en una conferencia de prensa realizada en el Jardín de S. Lázaro, un grupo no identificado de flores, pero entre las que se podían reconocer algunas violetas tricolor, proclamaron el estado de felicidad permanente en los jardines.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

Uma nuvem de pó cobre a cidade. Em vão a polícia controla os portos e as fronteiras. A exportação de bulbos e sementes foi suspensa entretanto. Na Madeira o movimento foi desencadeado pelas estrelas. Tulipas que viajavam de avião e se destinavam a abastecer o mercado londrino murcharam colectivamente. No Extremo Oriente, crisântemos negros invadem as ruas de cidades como Tóquio e Pequim. Apanhadas desprevenidas as borboletas, abelhas, vespas e outros insectos ensaiam agora perigosos voos sobre os transeuntes. Às dezasseis horas numa conferência de imprensa realizada no Jardim de S. Lázaro, um grupo não identificado de flores, mas entre as quais se podia reconhecer alguns amores-perfeitos, proclamou o estado de felicidade permanente nos jardins.

## La historia del Joca

DAVID MACHADO

EN AQUEL TIEMPO yo no quería escribir nada. Era agosto y yo tenía catorce años, y lo único que quería era colgar una cuerda del puente, bajar el camino hacia el río y luego subir a pulso esos cuarenta metros con cuerda, únicamente para sentir que toda la gente de abajo estuviera mirándome, sobre todo las chicas con la piel aún mojada extendidas en toallas de playa en las enormes peñas escaldadas por el sol. Quería que esa hazaña gloriosa fuera comentada en los cafés de la aldea esa noche y durante el resto del verano. Año tras año, ese acontecimiento sería recordado con asombro y gala y rápidamente conquistaría un lugar en la lista de leyendas e historias que se cuentan por las noches, al lado de las moras encantadas, de los tesoros de las invasiones francesas enterradas en las laderas y del hombre que conversó con una cabra a la medianoche detrás de la iglesia. Yo quería ser más grande que el tiempo. Yo quería ser como el Joca, que un día subió aquella cuerda solamente con la fuerza de los brazos y, al llegar allá arriba, exhausto, si no cayó fue porque dos amigos lo sujetaron a tiempo.

Cuando le conté a mi abuela lo que había sucedido en el río aquella tarde, como si pudiera adivinar el futuro, ella dijo:

—Ese chico tiene talento para hacer burradas y sólo hace lo que le da la gana. Un día le va a ir mal.

Era verdad. Al Joca se le metía una idea en la cabeza y no se tranquilizaba mientras no la hacía realidad. Una vez, en una noche tibia y sin viento, la plaza de la aldea estaba llena. Había gente sentada en los muros de granito y, a la puerta de los cafés, los niños corrían de un lado a otro con helados en la mano. Entonces la campana comenzó a tocar. No la grabación con el Ave María y las campanadas de las horas, sino la misma campa-

na en la torre de la iglesia que estaba cerrada y con las luces apagadas. Alguien consiguió la llave y abrió la puerta que daba a la nave. Sin embargo, la campana seguía tocando y mi hermana y las amigas decían que eran fantasmas. Esa hipótesis se hizo más real cuando entramos en la iglesia y no descubrimos a nadie adentro. Por fin la campana se calló, pero continuamos buscando. El Joca apareció a mi lado y dijo:

—No encontré a nadie. Los cabrones huyeron.

Sólo al año siguiente se descubrió que aquel día, unas horas antes, él y el Zé do Costa habían atado un hilo de pesca a la campana y estaban sentados en la cerca de la Casa del Capitán Mayor, del otro lado de la calle, tirando de él. Es posible que haya sido en ese momento que los más viejos de la aldea decidieron que el Joca era el Diablo. No sé. No me acuerdo. Recuerdo la pena que sentía por no haber estado al lado de él tirando del hilo.

Siempre que podía, le observaba los gestos y las palabras, buscando aprender bien las reglas de aquella rebeldía que él llevaba a flor de la piel. Y la aversión que rápidamente los adultos desarrollaron en relación con él me llevaba a creer que mi admiración tenía sentido. Un día, durante un paseo por las orillas de la represa, el Joca nos convenció de robar una barca. Éramos doce y en medio de la represa la barca empezó a hacer agua, algunos de nosotros saltamos para que no se hundiera y nadamos unos trescientos metros hasta la orilla, donde el dueño de la barca estaba con un fusil, esperándonos. Después de saber lo que había pasado, mi madre me pidió que no volviera a meterme en los líos armados por el Joca.

Sin embargo, justo la noche siguiente, Miguel y yo subimos al coche del Joca para ir a beber unas cervezas en una aldea vecina. Al regreso, el Joca dijo:

—¿Quieren ver cómo corre esto?

Pisó el acelerador con fuerza y, en una recta de quinientos metros, el puntero de la velocidad llegó a los ciento sesenta kilómetros por hora y el carro derrapó en el alquitrán para hacer las dos curvas de noventa grados desde el puente. Yo iba en el asiento de atrás y por un instante creí que íbamos a morir. En medio de la maniobra, el Joca encontró tiempo para atisbar por el retrovisor: vi el goce en sus grandes ojos verdes y me di cuenta de que nunca podría ser como él, por el mero hecho de que me faltaba aquella atracción por el abismo.

Su fama creció. Cuando algo malo sucedía y no había culpables, el culpable era el Joca. El agujero en un tejado provocado por una piedra del

tamaño de una arepa. La carreta de bueyes que una mañana alguien encontró incrustada en la fuente de la plaza. Las enormes piedras de granito del muro en el borde de la carretera que fueron a parar allá abajo, destruyendo parte de los viñedos del viejo Beca. Como si tuviera voluntad de asumir hasta los crímenes que no había cometido, el Joca nunca trató de defenderse. Tal vez ya supiera lo que iba a pasar y sintiera que no valía la pena convencer a nadie de lo contrario.

Después, una noche, cerca del final del verano, estábamos todos en la terraza del Café Linterna. El café iba a cerrar y alguien soltó al aire la idea de ir al río a encender una hoguera. Nos levantamos todos. Yo dije que iba a casa a buscar la guitarra y que los alcanzaba a la salida de la aldea. El Joca dijo que venía conmigo y eso fue increíble. Era muy raro quedarse a solas con él, siempre había gente, casi siempre chicas. Salimos de allí y yo imaginé al resto del grupo viéndonos subir la calzada y desaparecer en la oscuridad. En aquella época, todos los quinqués de las calles se apagaban al mismo tiempo a la medianoche, como un hechizo, y era casi como si no existiésemos. La única cosa que teníamos eran las voces.

—Huevón —dijo el Joca—, tengo una idea.

Y yo sabía que debía quedarme callado, pero al mismo tiempo quería saber.

—Dime.

—Vamos a entrar en la casa del Mudo y a pegarle un susto.

El Mudo era un viejo que paseaba por la aldea con su traje andrajoso y una bolsa al hombro pidiendo comida y dinero. Los niños se divertían a costa de él imitando los gruñidos que usaba para comunicarse, los empleados de los cafés lo espantaban cuando aparecía pidiendo vino. Vivía en la casa contigua a la casa de mi abuela y a veces oía sus refunfuños incomprensibles a través de las paredes. Ya en ese tiempo, yo sabía que no sabía de ser un pobre desgraciado. Sin embargo, le tenía miedo.

—¿Y si nos oye? —pregunté.

—No seas cobarde —me dijo el Joca cuando paramos delante de la puerta del Mudo—. El tipo también es sordo.

Después me puso en la mano un encendedor. Y no sé lo que me asustaba más: entrar en la casa del Mudo o ser atrapado por mi abuela haciendo eso. Prendí el encendedor. El Joca sacó del bolsillo la navaja y, alumbrado por el tenue destello de la llama, buscó a tientas hasta encontrar la cerradura vieja y herrumbrosa. Yo ya lo había visto hacer lo mismo con cerraduras de automóviles y, en menos de treinta segundos, la puerta se abrió.

Él sacó otro encendedor del bolsillo, lo prendió y luego empujó la puerta y la oscuridad a nuestro alrededor se mezcló con la de la casa. El Joca entró primero. Sus pasos rasparon en el suelo de tierra, él avanzó y muy rápidamente el resplandor de su encendedor desapareció en la oscuridad.

—Joca —susurré.

No respondió. Yo entré en la casa. Había un olor punzante a orina flotando en el aire. Alcé el encendedor y el espacio se iluminó, cajas de cartón, una moto despedazada, dos sillas de madera, una de ellas sin tapa. Además, las paredes manchadas. Volví a llamar al Joca, y nada. Acerqué el encendedor a la pared a mi derecha y me di cuenta de que las manchas eran, en verdad, palabras. Estaba todo escrito, desde el suelo al techo, algunas frases completas, pero, sobre todo, palabras sueltas. No había mucha lógica en nada de aquello, tanto que no tengo memoria de nada de lo que estaba escrito ahí. La única cosa que recuerdo es que todas las paredes, las jambas de la puerta y los barrotes que sostenían el techo estaban llenos.

El Joca apareció de repente diciendo:

—El tipo viene. El tipo viene.

Salimos corriendo y yo no vi al Mudo. Y es posible que la única persona a la que el Joca quisiera realmente asustar fuera yo. Pero no importa. Porque la imagen de esas palabras en las paredes se metió para siempre en mi cabeza y mi voluntad de darles sentido me acompaña hasta hoy. Mientras bajábamos por la carretera hacia el río para ir con los demás, fui repitiendo al Joca las cosas que había leído en la casa del Mudo, siempre diciendo que necesitaba leer más para entender mejor. Porque tal vez eso lo explicaría todo. Tal vez la vida de aquel desgraciado estuviera toda escrita allí en esas paredes. Tal vez faltara únicamente quien las leyera para darle sentido a la existencia. Hablé sin parar, hasta que el Joca me dijo:

—Huevón, cállate un rato. Me estoy quedando con los oídos desollados.

Al verano siguiente, supe que el Mudo había muerto y que nadie entraba en la casa desde hacía varios meses. Además, alguien contó que el Joca no aparecía en la aldea desde la Navidad porque los padres, hartos de sus pequeñas delincuencias, le habían prohibido pasar vacaciones en la villa de la familia, con piscina y vista al Gerês, a la entrada de la aldea. Sin embargo, ya casi a fines de agosto, el Joca apareció una noche y estuvo con nosotros en la terraza del Café Deportivo bebiendo y riendo hasta muy tarde. En determinado momento, se sentó a mi lado y me preguntó por mi prima, de la que algunos años antes había sido novio. Después habló du-

rante mucho tiempo sobre la vida de portero de una de las discotecas más famosas de Braga. Y por fin dijo:

—Huevón, ¿qué harías si alguien te diera veinte contos para ir a buscar un paquete a Vigo?

—¿Qué hay en el paquete? —pregunté.

—Eso no puedes saberlo. ¿Qué harías?

Me reí y no llegué a darle una respuesta. Poco después se fue. Ésa fue la última vez que lo vi. Al verano del año siguiente me contaron que la policía había estado detrás de él porque creía que pasaba la frontera con droga, armas y mujeres, y que en cierto momento le perdió el rastro. Uno o dos años más tarde, acababa de llegar de la escuela y Miguel me llamó para contarme que habían atrapado al Joca después de perseguirlo a alta velocidad por la carretera apretada y llena de curvas que va desde Braga hasta Chaves. Él se había atrincherado en la casa de los padres y la policía había tenido que entrar ahí por la fuerza. No dije nada. No había nada que decir, siempre todos supimos que eso iba a pasar.

El Joca estuvo preso varios años y después de eso no sé lo que le sucedió. Los padres, avergonzados, vendieron la vivienda y hace muchos años que no aparecen en la aldea.

De vez en cuando, pienso en él y en aquella época efervescente, cuando todos creíamos que el mundo entero estaba hecho de plastilina para moldearnos a nuestra medida, cuando todos los caminos eran posibles. Menos el Joca, que nunca dudó de que tenía toda la vida escrita de antemano. Y no entiendo cómo él, el más rebelde de todos nosotros, nunca fue capaz de rebelarse contra el destino. Como si nunca le hubiera pasado por la cabeza que es posible cambiar el futuro.

De la misma forma que, durante muchos años, no me pareció posible cambiar el pasado. Pero ¿por qué no? Lo que siempre estuvo escrito puede ser reescrito y todavía estoy a tiempo de salvar al Joca. Por lo demás, este cuento es eso: un rescate. Algunos de los acontecimientos que acabo de narrar sucedieron de verdad, otros no, y lo que estaba escrito dejó de estar. Y quizás la próxima vez que cuente esta historia, el Joca sea capaz de escaparse de la policía. Quizás la próxima vez ni siquiera lo busquen. Tal vez un día cuente la historia de cómo los dos entramos en la casa del Mudo para leer las paredes y rescatar a aquel hombre del fondo de la miseria y del olvido ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Sarro

[fragmento]

CATARINA SANTIAGO COSTA

Se es un paño impoluto  
menos que blanco,  
un huevo crudo inviolado.  
En algún lugar la fibra roza en el atizador  
—se llena de carbón—  
el sello se rompe,  
se adquieren arrugas,  
agujeros en la piel,  
los adornos adquieren pátina.  
Mucho se vive del vicio  
y mucho del vicio no es sórdido  
—solamente rutinario—  
lo esporádico tropieza,  
el espejo ofusca,  
fondos de vasos, gafas ajenas y de carnaval  
se salen de foco.

## TÁRTARO

É-se um pano impoluto / menos que branco, / um ovo cru inviolado. /  
Algures a fibra roça no atizador / —acarvoa-se— / o selo quebra-se, /  
adquirem-se sulcos, / furos na pele, / os adornos ganham verdete. /  
Muito vive do vício / e muito no vício não é sórdido / —só rotineiro— /  
o esporádico rasteira, / o espelho ofusca, / fundos de copos, óculos  
alheios e de carnaval / desfocam. / Quer-se des-ver des-conhecer des-  
foder / des-dizer barbaridades balbuciadas / nos êxtases hologramáticos.

Se quiere «desver» desconocer «desjoder»  
desdecir barbaridades balbucientes  
en los éxtasis de holograma.  
La aurora señala el óbito  
con una certitud firmada por mano propia.

ésta,

colorida por un vitral de la Santa Capilla.  
Susurros colectivos vibran en el pabellón de la oreja  
se decoloran en el oído con los rumores de las  
guerras civiles pessoanas  
desde otros rostros locomotores del núcleo de la tierra  
que aborrecen.

Lo que importa es lamer la luz refractada,  
tornarla ígnea,  
arder bajo la bóveda  
que en nada recuerda a las altísimas alturas  
sino el interior de un casquillo de bala.

/ A aurora assinala o óbito / numa certidão assinada por mão própria,  
// esta, // colorida por um vitral da Santa Capela. / Sussurros colectivos  
vibram no pavilhão da orelha / —desmaiam ao ouvido com os rumores  
das / guerras civis pessoanas / de outros vultos locomotores do núcleo  
da terra / que aborrecem. // Importa é lambar a luz refractada, //  
torná-la ígnea, / arder sob a abóbada / que em nada lembra as altíssimas  
alturas / mas o interior de um cartucho de bala.

\*

Cuando el gambusino habla  
del cielo, del anélido, del magma,  
escupe el gramaje de la palabra,  
descarta institutos y ministerios,  
los incinera,  
hace varias huelgas  
—insomnio anorexia apnea licuados,  
los engulle.  
Alma al descubierto,  
se entrega a los que pasan y a los pasos,  
tórtolas lechuzas cigüeñas  
buitres flamencos y pajarillos  
le nidifican en la buhardilla.  
Encuentra oro,  
lo arroja hacia atrás de la espalda.  
Piensa  
«una gema es una gota de oro  
que el demiurgo nos privó  
y ofreció a los pájaros  
para que no nos la tragáramos  
—ellos olímpicos, en el sarro».

\*

Quando o garimpeiro diz / do céu, do anelídeo, do magma, / cospe a gramagem da palavra, / descarta institutos e ministérios, / incinera-os, / faz greves várias / —insónia anorexia apneia liquefeitas, / engole-as. / Alma à escâncara, / entrega-se aos passantes e aos passos, / rolas corujas cegonhas / abutres flamingos e chapins / nidificam-lhe o sótão. / Encontra ouro, / lança-o para trás das costas. / Pensa / «Uma gema é uma gota de ouro / de que o demiurgo nos privou / e ofertou aos pássaros / para que a não tragássemos / —eles olímpicos, nós tártaros».

\*

Mis pasos dibujan bandas de Moebius interminables.  
Crucé la frontera de los agregados  
que repudio.  
Uno de ellos puedo ser yo.  
Uno de ellos soy yo  
en busca de un aislamiento de cacto.

Salgo del confesionario de la piel,  
me recargo en los pasajeros del metro  
huelo a estantes con libros,  
como nubes líquenes champiñones,  
lamo desfiladeros y valles arbolados.  
Soy una criatura cronológica de las tinieblas  
un *prunus* de probeta infectada  
fruto malo de tu útero,  
a pesar de tus óvulos y dedos dioses,  
de tus cuidados de tejedora.

\*

Os meus passos desenhám nós de Moebius infindos. / Atravessei a fronteira dos agregados / que repudio. / Um deles posso ser eu. / Um deles sou eu / em busca de um isolamento de cacto. // Saio do confessionário da pele, / encosto-me aos passageiros no metropolitano / cheiro estantes com livros, / como nuvens líquenes cogumelos, / lambo desfiladeiros e vales arborizados. / Sou uma criatura cronológica da treva / um *prunus* de proveta infecta / mau fruto do teu útero, / apesar dos teus óvulos e dedos deuses, / dos teus cuidados de tecedeira. // Do teu toque / descubro uma dedada. / A inspeção sumária revela / abdómen braços pernas maçadas, / o espelho reflecte o mesmo / na nuca, nas costas, nas nádegas; / a urina, que gesto. // No cume da colina / uma papisa recolhe-me o fruto. / Consagro-o ao solo e ao Útero / mas não me sinto maria, mais / pobre, um cuco.



**De tu toque  
descubro una huella dactilar.  
La inspección sumaria revela  
abdomen brazos piernas molidas,  
el espejo revela lo mismo  
en la nuca, en la espalda, en las nalgas;  
la orina, qué gesto.**

**En la cumbre de la colina  
una papisa me recoge el fruto.  
lo consagro al suelo y al Útero  
pero no me siento maría, más  
pobre, un cucú.**

\*

**Eres un mirlo azul ígneo,  
mis tímpanos vibran con tus gorjeos  
—oigo lo que cantas, no lo que dices.**

**Me pregunto si preferiría ser magnolia  
pesada de hojas y flores gruesas  
que tendrías por morada  
o un parásito mínimo,  
sastre de dobladillos de mielina  
que se acurrucara en tu cerebro  
y se asomara a la escotilla del ojo  
para verte el vuelo.  
Saldría después por tu pico en sinfonía  
preguntando: «¿quieres que regrese?»  
Y «sí» o «no» serían buenas respuestas  
siempre que me mantengas cerca.**

**Pero es hora de poner punto final a la dieta aérea  
y acoger el vacío infinito de Dios  
hasta que él forje mar y tierra.**

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE MARIO MORALES

\*

**És um melro azul-ígneo, / os meus tímpanos vibram com os teus  
gorjeios / —ouço o que cantas, não o que dizes. // Pergunto-me se  
preferia ser a magnólia / pesada de folhas e flores gordas / que terias  
por morada / ou um parasita mínimo, / alfaiate de bainhas de mielina  
/ que se aconchegasse no teu cérebro, / assomasse à escotilha do olho  
/ a ver-te o voo. / Sairia depois pelo teu bico em sinfonia / perguntando  
«queres que regresse?» / e «sim» ou «não» seriam respostas boas /  
desde que me mantivesses por perto. // Mas é hora de chegar a termos  
com a dieta aérea / e acolher o vazio infinito de Deus / até ele forjar  
mar e terra.**

# INÊS FONSECA SANTOS

## CONSIDERA LA NUBE

Considera la nube dentro de la casa.  
Si es la cortina de tus ojos empañados  
recorriendo el corredor, si el humo del cigarrillo  
ribeteando crisis de asma, sabrás  
al inclinarte el cuerpo sobre la luz.

Considera tu nube personal.  
Se debe acopiar ficheros: fotografías temblando  
de miedo de que un día alguien las olvide,  
papeles, cartas ridículas que deberás digitalizar  
más allá de la nube  
más allá del corredor  
más allá de la luz  
más allá de la casa.

## CONSIDERA A NUVEM

Considera a nuvem dentro da casa. / Se é a cortina dos teus olhos embaçados / percorrendo o corredor, se o fumo do cigarro / debruando crises de asma, saberás / ao inclinares o corpo sobre a luz. // Considera a tua nuvem pessoal. / É preciso armazenar ficheiros: fotografias tremidas / de medo de que um dia alguém as esqueça, / papéis, cartas ridículas que

Considera ahora el viento dentro de la casa.  
Si autoriza que te quedes.  
Si te arrastra.  
Si te expulsa.  
Y desconfía: de la meteorología, de las predicciones, de las sombras. Si lloviera, por favor, no te abrigues. Al menos te obligues a este tejado vano.

terás de digitalizar / para lá da nuvem / para lá do corredor / para lá da luz / para lá da casa. // Considera agora o vento dentro da casa. / Se autoriza que fiques. / Se te arrasta. / Se te expulsa. / E desconfia: da meteorologia, das pre- / visões, das sombras. Se chover, por favor, / não te abrigues. Sequer te obrigues / a este telhado vão.

## TODAS LAS CASAS DE AMOR SON RIDÍCULAS

*Prefiero el ridículo de escribir poemas  
al ridículo de no escribirlos.*

WISLAWA SZYMBORSKA

Te escribo: una casa. Y ninguna palabra  
se reviste de ladrillos, ninguna palabra  
se deposita sobre el terreno para la construcción.  
Una casa debe tener placas, mi amor.  
una casa debe ser de material seguro,  
no va a haber incendios y dejar de haber

casa.

Una casa debe. Es todo lo que sé:  
añadir verbo a esta casa que te escribo  
ese que entre todos es el material más perecible.  
Respondí así al contratista,  
cuando me alertó de los peligros.  
Sobre todo el peligro de ser

ridícula:

*No vas a construir una casa escribiendo.*

Tomé nota. Escribí: una casa.  
Le dije: sala, escritorio, tres cuartos.  
será bueno para el niño tener hermanos,  
si no tuviera los míos que me reconstruiría  
ahora que partiste y yo escribo: una casa.

*Todas las casas de amor son ridículas,*  
continuó el contratista lleno de ternura por mí  
y más afecto al dinero,  
*regla general, tienen malos acabados.*

Tomé nota. Escribí: una casa.  
Abrí la puerta. Lo mandé salir.  
Prefiero el ridículo de imaginar una casa  
al ridículo de no imaginarla.

Te escribo: una casa.  
Y en ese instante se ha empezado  
el fuego.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

## TODAS AS CASAS DE AMOR SÃO RIDÍCULAS

*Prefiro o ridículo de escrever poemas  
ao ridículo de não os escrever.*

WISLAWA SZYMBORSKA

Escrevo-te: uma casa. E nenhuma palavra / se reveste de tijolos, nenhuma  
palavra / se deposita sobre o terreno para a construção. / Uma casa deve  
ter placa, meu amor, / uma casa deve ser de material seguro, / não vá  
haver incêndios e deixar de haver // casa. // Uma casa deve. É tudo o que  
sei: / acrescentar verbo a esta casa que te escrevo / naquele que é de

todos o mais perecível material. / Respondi assim ao empreiteiro, /  
quando me alertou para os perigos. / Sobretudo o perigo de ser //  
ridícula: // Não vai construir uma casa a escrever. // Tomei nota. Escrevi: uma  
casa. / Disse-lhe: sala, escritório, três quartos, / será bom para a criança  
ter irmãos, / se não tivesse os meus quem me reconstruía / agora que  
partiste e eu escrevo: uma casa. // *Todas as casas de amor são ridículas,* /  
continuou o empreiteiro cheio de ternura por mim / e mais afecto pelo  
dinheiro, / *regra geral, têm maus acabamentos.* // Tomei nota. Escrevi: uma  
casa. / Abri a porta. Mandei-o sair. / Prefiro o ridículo de imaginar uma  
casa / ao ridículo de não a imaginar. // Escrevo-te: uma casa. / E nesse  
instante é começado / o fogo.

# De los antípodas

(pequeño cuento pseudokafkiano)

E. M. DE MELO E CASTRO

**¿DÓNDE ESTARÁN LOS ANTÍPODAS?** La pregunta parece innecesaria... porque todos sabemos que ellos muy probablemente están allí... del otro lado de la Tierra, haciendo lo que todos hacemos, es decir, tratando de sobrevivir presos por los pies y arrastrando esas partes del cuerpo, aparentemente en la superficie irregular llena de rocas agrestes y arenas movedizas del ya referido planeta, donde por casualidad habremos nacido.

Sin embargo, a pesar de eso, podemos decir que no creemos que ellos, los antípodas, se equilibren en la posición inversa de la nuestra, durante todas sus ciertamente angustiosas vidas. Esto es, la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, en dirección al Sol. Con todo, ciertamente ellos dirán que no viven con la cabeza hacia abajo y que nosotros nacemos con los pies hacia arriba, porque el Sol, ése, está siempre en el mismo lugar y nosotros, animales terrestres, somos los que andamos siempre de un lado a otro en la superficie irregularísima de montañas, valles, ríos y mares. Por eso nunca podremos estar seguros de dónde estamos, o hacia dónde vamos o de dónde vinimos o qué vimos. Porque ellos, los antípodas, tienen razón, aunque todo indique que ambos estamos en nuestra posición correcta, es decir, ¡con la cabeza en el aire! La Tierra, esa que se desplaza girando con una velocidad loca, aunque todos tengamos la impresión de que estamos parados a la espera de cualquier cosa que no

sabemos lo que es... Y el Sol, que siempre está allí, que periódica y paradójicamente aparece y desaparece, viajando con una enorme velocidad, huyendo de sí mismo, lo que genera las sensaciones de día y de noche. Si bien los antípodas probablemente tengan razón, nosotros somos los que andamos boca abajo, aunque estamos convencidos de lo contrario, y por eso tenemos tantos problemas de salud mental. Pero los antípodas son ciertamente mucho más sabios que nosotros porque nosotros, venidos no se sabe de dónde, llegamos a esta Tierra mucho después de ellos y sólo recientemente descubrimos el camino aéreo que nos permitió descubrirlos, aunque todavía en estado de no existencia, o sea encubiertos por nuestro desconocimiento. Otros científicos históricos afirman que los antípodas no son realmente humanos... lo que es una hipótesis de una reprobable inhumanidad, porque todos sabemos que los humanos se han autodestruido desde hace mucho tiempo. Por lo tanto, nosotros seremos los antípodas de los antípodas auténticos que deambulamos miserablemente por el universo, intentando colonizar otras planetas con un clima parecido al de la antigua y gastada Tierra... Tierra que ya olvidamos completamente.

Sin embargo, es ese olvido lo que nos permite sobrevivir de un modo aceptable en cualquier parte del universo, pensando que tenemos antípodas que nos garantizan por reflejo todo eso que somos y que parecemos, cuando la verdad es que ni nosotros sabemos rigurosamente quiénes somos y dónde estamos.

Así surgió la probabilidad herética de ser nosotros los dioses que poblaron la antigua Grecia, pero que ahora no sabemos ya dónde estaba y dónde estará, ni lo que le sucedió al Olimpo, donde primitivamente vivimos felices... sin el conocimiento de los antípodas ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Carla PAIS

## EL TIEMPO RESPIRA EN LA BOCA DEL HOMBRE

Entre los dedos rutilantes de tierra y el pliegue central del cuerpo  
[que duerme,  
las mañanas frías tocan la punta del hueso,  
todo se deshace en una luz cortada bajo la cama de fierro.  
En el suelo callado se venga una grieta de aire  
o un río enano que inunda un fragmento de la piel  
del rostro o del pie —entonces, el tiempo respira en la boca del  
[hombre,  
del nombre del hombre  
que duda de la hoja, de la línea de la hoja, de la tinta de la hoja.  
Pero el hombre sopla,  
remata la punta natural del fruto  
y Dios se adormece bajo la imperfección de un poema absoluto,  
como se adormecen las putas en el rescoldo de un fuego  
o de un bolso vacío.

## O TEMPO RESPIRA NA BOCA DO HOMEM

Entre os dedos rutilantes de terra e a dobra central do corpo que  
dorme, / as manhãs frias tocam a ponta do osso, / tudo se desfaz  
numa luz retalhada sob a cama de ferro. / No chão calado vinga  
uma fenda de ar / ou um rio anão que inunda um fragmento da  
pele / do rosto ou do pé — então, o tempo respira na boca do  
homem, / do nome do homem / que hesita a folha, a linha da folha,

## LAS MUERTES POR CONTAR

Háblame de la vida antes que el tiempo le recorra el rostro y que  
[los árboles sucumban  
a las altas llamaradas.

Blancas. Inmensas.  
Y de la voz, los antiguos verbos – notables en el remate del sonido  
cuando el silencio avanza por el suelo, mucho antes de la campana  
sólida y opaca

decir las primeras notas de la pauta:

Maestro hambriento de muertes por contar,  
rasgando telas que aparecen en la boca que dice.

a tinta da folha. / Mas o homem sopra, / remata a ponta natural do  
fruto / e Deus adormece sob a imperfeição de um poema absoluto,  
/ como adormecem as putas no rescaldo de um fogo / ou de um  
bolso vazio.

## AS MORTES POR DIZER

Fala-me da vida antes do tempo lhe acontecer no rosto e das  
árvores sucumbirem às labaredas altas. / Brancas. Imensas. / E da  
voz, os verbos antigos — notáveis no remate do som / quando o  
silêncio avança no chão, muito antes do sino / sólido e opaco /  
declarar as primeiras notas da pauta: / Mestre faminto de mortes  
por dizer, / quebrando teias ocorridas na boca que dita.

## EL EXTRAORDINARIO CÓDIGO DEL MUNDO

Esa clara hoguera de humo oscuro eriza en el rostro,  
trae el retrato de un dios entero tosiendo  
y yo tengo tantos otoños dentro de la molécula orbital  
que los bosques todos sólo alcanzan la ropa sucia de la cama.  
Después pienso en cómo el corredor de la casa es pequeñito para  
[guardar todos los libros,  
y sobre la mesa más libros,  
una grupo de líneas avanza contra mis ojos turbios,  
y el poema que espera soberbio entre la costilla y el hombro,  
adormecido en el extraordinario código del mundo; cae  
[desfallecido en mis brazos  
como un hijo parido antes de la última luna. Me dicen entonces  
[que el mundo  
siempre fue un agujero donde irían a caer los hijos, pero yo sólo  
[tengo el poema  
y la tos del dios lamiéndome la anemia de los huesos. Los hijos no  
[son míos,  
son libros que no caben en el corredor de la casa.

## O DISFORME CÓDIGO DO MUNDO

Essa clara fogueira de fumo escuro arrepia no rosto, / traz o  
retrato de um deus inteiro a tossir / e eu tenho tantos outonos  
dentro da molécula orbital / que os bosques todos só alcançam a  
roupa suja da cama. / Penso depois em como o corredor de casa é  
pequenino para guardar todos os livros, / e sobre a mesa mais  
livros, / uma camada de linhas a avançar contra os meus olhos  
turbos, / e o poema que espera soberbamente entre a costela e o  
ombro, / adormecido no disforme código do mundo; cai desmaiado  
nos meus braços / como um filho parido antes da última lua.  
Dizem-me então que o mundo / sempre foi um buraco onde iriam  
cair os filhos, mas eu só tenho o poema / e a tosse de deus a  
lamber-me a anemia dos ossos. Os filhos não são meus, / são livros  
que não cabem no corredor de casa.

## EL MUNDO ES TAN ANTIGUO

El mundo es tan antiguo y no sé por qué se plantan las raíces de los  
[árboles tan lejos de la mirada,  
tan lejos de las manos, tan cerca del semen de la tierra:  
¿será que la tierra tiene sangre limpia corriendo en los caminos  
[que el río enlodó?  
Y los hijos,  
mis hijos que conspiraron en el cantero de las orquídeas,  
de manos extendidas hacia la llama del fuego que arde en el  
[recuerdo  
porque  
la hoja afilada cortará los besos de la memoria perdida y mis  
[arrugas serán sólo restos  
de quedar fuera,  
placenta muerta en los dolores de un parto lejanísimo.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ JAVIER VILLARREAL

## O MUNDO É TÃO ANTIGO

O mundo é tão antigo e não sei porque se plantam as raízes das  
árvores tão longe do olhar, / tão longe das mãos, tão perto do  
sêmen da terra: / será que a terra tem sangue lavado a correr nos  
caminhos que o rio enlameou? / E os filhos, / os meus filhos que  
cuspirão no canteiro das orquídeas, / de mão erguida à chama do  
fogo que arde na lembrança / porque, / a lâmina afiada cortará os  
beijos da memória perdida e as minhas rugas serão apenas restos /  
de deitar fora, / placenta morta nas dores de um parto longínquo.

# El retrato de Güzin

GIL DE CARVALHO

El humo de la oración corre despacio en este frío del barrio de  
[Bukharian

Turcos y otomanos me dieron trabajo. Y hoy, rusos y americanos  
La piedra es eterna dice una inscripción en ellos —en la niebla  
Es así que se da, en el sentido simple  
—No es fácil hacer tu retrato.

Cuando vienes a la puerta del café y observas la primera estrella,  
Allá en lo alto. Un día serás así, esbelta, mas tendrás que escoger

[entre

La ropa usada, la buhardilla, el muro y la cisterna.

Una vez lo dijimos, cuando el escarabajo subía el muro ciego

Y un figaro hacía la barba a un viejo cliente

## O RETRATO DE GÜZIN

O fumo da prece vai devagar correndo este frio de Bukharian Quarter /  
Turcos e Otomanos deram-me trabalho. E hoje, Russos e Americanos / A  
pedra é eterna diz uma inscrição deles — na névoa / É disto então que  
se trata e no sentido da simplicidade / —Não é fácil fazer o teu retrato.  
/ Quando vens à porta do café e observas a primeira estrela, / Lá em  
cima. Algum dia serás assim, esguia, mas terás de escolher entre / A  
roupa usada, a lucarna, o muro e a cisterna. / Já uma vez o dissémos,  
quando o escaravelho subia o muro caído / E um figaro fazia a barba a  
um velho cliente / —Ias ou iam buscar teu pai. / À espera das ervas  
amargas a toutinegra coberta no arame / Tu e ela e ele na estação de  
Haydar Pasa. Destruída, entretanto. / As mulheres, nenhuma trabalha...

—Ibas a buscar a tu padre.

A la espera de las hierbas amargas la zarcera cubierta en el alambre  
Tú y ella y él en la estación de Haydar Pasa. Destruída, sin embargo.  
Las mujeres, ninguna trabaja... Muerdes la lengua y todas las

[enseñanzas

Para cambiar de vida. Un poco a oscuras por dormir a la intemperie,  
En las visiones. Todo este tiempo habían escondido no sé qué  
En el marco del cuadro, pequeños datos, prestados, hilos de rosa tal

[vez,

Dice que la nieve se quedaba toda la noche y partía al otro día en las  
[zarceras

Cuando eran maltratadas.

Y la mujer del embajador no lograba dormir

(Junto a lugares santos de cristianos y musulmanes)

Usaban aceite y uno que brilla antes del faro

—Son siete u ocho

Las Pléyades. Esconden las casas más pobres del lado asiático

La Torre y el Ponentino, del frío. De una ciudad a otra, e incluso de

[una

Península a otra nunca ha habido sino este pequeño pasaje: un

[ponticello

Mordes a língua e a todas ensinias / A mudar de vida. Um pouco escuras  
por dormirem ao relento, / Nas enxergas. Todo este tempo tinham  
escondido não sei o quê / Na moldura do retrato, pequenos dados,  
emprestados, fios de rosa talvez, / Diz que a neve ficava a noite toda e  
parte do outro dia nas lucarnas / Quando eram maltratadas. / E a  
mulher do embaixador não conseguia dormir / (Junto a lugares santos  
de Cristãos e Muçulmanos) / Usavam azeite e um que brilha antes do  
Farol / —São sete ou oito / As Pléiades. Escondem as casas mais pobres  
e do lado asiático / A Torre e o Ponentino, do frio. De uma cidade a  
outra, e mesmo de uma / Península a outra nunca houve senão esta  
pequena passagem: um ponticello / Diz o rabino. Tem uma laranja na  
mão e fala contigo junto à «Chacruta» / —Abraham ha-Ivri. / O tempo  
mudou. O clamor das pequenas Turcas na minúscula plataforma / E a  
arruda no cercado deu às Judias tempo para a prece / Afugentando

Dice el rabino. Tiene una naranja en la mano y habla contigo junto a  
[la «Chacruta»

—Abraham ha-Ivri.

El tiempo ha cambiado. El clamor de las pequeñas turcas en la  
[minúscula plataforma

Y la ruda en la cerca dio a las judías tiempo para la oración

Ahuyentando cobras y serpientes, y las imágenes.

—El retrato no se vende.

Una muchacha escurridiza como tú, el acceso era a través del patio  
Sospecho tal como España. ¿Cómo hacer de ti un estudio?

Mientras tanto caminas descalza por el suelo gastado, otomán

Para despertarte, vas a la derecha al pozo de agua muy fría

Con el pasillo junto a las armas

Es una letrina que apesta en el pequeño patio bajo, el quemado

Un acebo venido de la península

A través del cual la pequeña ciudad de cobre descansa en el mar.

Y en esta niebla por la calle que a codos se descubre

Un rincón que subsiste así todavía, abandonado:

Un poco de agua que no se ve de dónde pueda venir

Ni para dónde va. Traer el tiempo que está afuera

Hacia a la perfección el rostro. Las marcas en las otras

Y los números, con un poco de tinta. Era preciso

cobras e serpentes, e as imagens. / —O retrato não se vende. / Uma  
rapariga escorreita como tu, o acesso era através do pátio / Suspeito  
tal como na Espanha. Como querer de ti fazer um estudo? / Enquanto  
andas descalça pelo soalho gasto, osmanli / Para te acordar — vais  
direita ao poço de água muito fria / E todavia o corredor caído junto  
às armas / É uma sentina que cheira no patiozinho baixo, a ardido / Um  
azevinho vindo da península / Através do qual a pequena cidade de  
cobre descansa no mar. / E neste nevoeiro pela rua em cotovelo se  
descobre / Um recanto que subsiste assim ainda, abandonado: / Um  
pouco de água que não se vê de onde possa vir / E para onde vai. A  
trazer o tempo que está lá fora / Fazias na perfeição o rosto. As marcas  
nas outras / E os números, com um pouco de tinta. Era preciso / Abrir  
as romãs. E a erva nos telhados de Istambul / Arde depressa. // Foi  
assim que aprendemos algo que não esquece / Vender (por uma sem-

Abrir las granadas. Y la hierba en los tejados de Estambul  
Arden rápidamente.

Así es como aprendemos algo que no se olvida

Vender (por una sinrazón)

Lo que encontramos en las calles y en los años de occidente

—Por donde va la oración...

Si te ves al espejo te gustas, no creías que

Las piedras faltaran en la calle, traídas al patio

A sujetar el limonero y un limón.

Quería hacerte el retrato, rápidamente. Como los chinos.

«Já vou» —Pero tú no, porque hay o había una pequeña trampa

Entre el café y la tabaquería donde vas —y en la pintura

Una pequeña fotografía del Estrecho, gris, para las que habían

Como tú dejado todo atrás o algún defecto.

Tú sabes y quién sabe...

Es un lugar encantador, tocado, de aquellos

A los que la historia tanto les gusta dejar pasar

Para luego acusarlos que así vivieron de —

razão) / O que encontramos nas ruas e nos anos de ocidente / —Por  
onde vai a prece... / Se te vias ao espelho gostavas e não acreditavas  
que / As pedras faltassem na calçada, trazidas para o pátio / A segurar  
o limoeiro e um limonete. / Queria fazer-te o retrato, rapidamente.  
Como os Chineses. / «Já vou» — Mas tu não, é, porque há ou havia um  
pequeno alçapão / Entre o café e a tabacaria onde tu vais — e na  
pintura / Uma curta fotografia do Estreito, cinzenta, para as que  
tinham / Como tu deixado tudo para trás ou algum defeito. / Tu sabias  
e quem sabe... / É um sítio encantador, tocado, daqueles / Que a  
História tanta gosta de deixar passar / Para logo se acusar os que assim  
viveram de — / Que bufões hoje temos a comer do chão mais simples /  
Pequenas ervas me deram sempre, / E maçãs, a língua, o tempo, já  
desde os Balcãs. / Usam de muita reserva é verdade, Turcas e Otomanas



¿Qué bufones tenemos hoy a comer de las cosas más simples?  
Pequeñas hierbas me dieron siempre,  
Y manzanas, la lengua, el tiempo, ya desde los Balcanes.  
Usan muchas reservas es verdad, turcas y otomanas  
Y ciertos protocolos que tienden a permear las supersticiones  
Más raras, pero son valientes, conocen los días, que nunca  
Aceptan por ayer y lo hacen todo de frente —las ejecuciones, por  
lejemplo.

Espirales, sacando del cobertizo iconos, ídolos, imágenes  
Que trajimos de lejos, por qué venden impiedad  
—Si no viene en el cuadro  
(Siempre me dieron trabajo)  
Y cuidado con el lápiz podría venir el sismo de repente.  
Aunque profano no lo vendo, no, si es para nosotros  
Un refugio, el abandono del exilio, un resto  
Aunque de paganismo  
Ah, lo tituló.  
Aprendo de tu vida el destino y el saber pequeño, olvidado  
Escribo de devoción lejana y el próximo invierno me contentaré  
De una pequeña oración y del humo y de la nieve  
En el barrio de Bukharian.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

/ E certos protocolos que têm de permeio as superstições / Mais raras,  
mas são corajosas, conhecem os dias, que nunca / Aceitam por ontem e  
fazem tudo às claras — as execuções, por exemplo. / Espairecem,  
tirando do cobertizo ícones, ídolos, as imagens / Que trouxemos de  
longe, por que impiedade vendem / —Se não vem no retrato / (Sempre  
me deram trabalho) / E cuidado com o lápis pode vir o sismo de  
repente. / Embora profano não o vendo, não, se é para nós / Um  
refúgio, o abandono do exílio, um resto / Embora de paganismo / Ah, lo  
titgodédou. / Aprendo da tua vida o destino e o saber pequeno,  
esquecido / Escrevo da devoção longínqua e o próximo Inverno me  
contentam / E de uma pequena prece e do fumo e da neve / Em  
Bukharian Quarter.

# El hambre del licántropo

MIGUEL MIRANDA

—¿Y HAY CURA?

El psiquiatra miró al paciente. No era su hábito mentir.

—Tendrá tratamiento. Cura, no.

El médico garabateó una receta de forma lenta y pausada.

El licántropo miró al psiquiatra y percibió la indecisión al garabatear la receta. El médico parecía nervioso, su caso debía de ser demasiado extraño para su formateo escolástico. El modo en que se rasca la cabeza no auguraba nada bueno y decidió en ese mismo momento que no tomaría los medicamentos. Tomó la receta, se levantó y preguntó:

—¿Cuánto le debo?

El psiquiatra no lo imitó, se puso detrás de la trinchera de la secretaria y escondió las manos.

—Eso es con mi secretaria, a la salida. Disculpe, no voy a despedirlo, tengo las manos sucias de tinta de la pluma.

Le notó la repulsión, los restos de sangre en los dedos y los relatos de antropofagia tenían siempre este efecto en los psiquiatras. Éste era el tercero al que recurría y parecía ser el menos malo. Hablaba, cosa que no sucedía con los anteriores. Quizás regresara, sólo para escucharlo. No tomaría los medicamentos, pero sentía ciertas ganas de volver.

En la sala de espera, la empleada decrepita acababa de colgar el teléfono, recibiendo instrucciones. Lo miró por arriba de los anteojos como si desaprobara alguna cosa y dijo:

—El señor doctor dice que no es nada por la consulta.

La observó. Era vieja, pero aún estaba fuerte. Se acordaba de alguien que tal vez hubiera estrangulado antes de comerlo, le contaron

un proverbio brasileño que le quedó ardiendo en el cerebro: «Gallina vieja hace buen caldo». Alargó una moneda a la empleada arrugada y le secreteó:

—Uno de estos días me gustaría comerla.

Ella se sonrojó sorprendida, retrocedió diez centímetros y gruño:

—¡Pendejo!

El tono de la voz no era de ofendida. Él puso sonrisa de lobo, lo cual no le costaba trabajo.

Ella bajó los ojos, indecisa. Después cortó un pedazo de la hoja de su agenda y escribió un número de teléfono. Dobló el papel y lo extendió.

—Márcame.

Él se rio.

—Lo haré. Cuando me dé hambre.

Ella se rio divertida

—¡Pendejo!

El licántropo salió ágilmente y ella se puso a imaginar cómo sería ser comida por un hombre tan encantador...

El psiquiatra volvió a sus notas en la ficha clínica. Estaba frente a un caso evidente de licantropía clínica. Un hombre que creía transformarse sucesivamente en diversos animales, desde gato, perro, caballo, ave, lobo. Y tenía fantasías de canibalismo, apareciendo con las manos, ropas y dientes manchados de sangre, para completar el escenario. Retiró dos tratados de psiquiatría del estante y los hojeó hasta encontrar los capítulos sobre la patología en cuestión. Necesitaba estudiar el padecimiento, nunca le había aparecido algo semejante en toda su vida clínica. No obstante, había casos descritos.

Su juicio médico y técnico le decía que el riesgo social del individuo era muy bajo. Aunque lo asaltaba una duda: ¿y si existiera alguna verdad en sus relatos de asesinatos y canibalismo? Con manos temblorosas, consultó periódicos de los últimos días, buscando noticias de desaparecidos, crímenes con mutilación de víctimas, pero no encontró nada. Buscó en internet y el resultado fue el mismo. Respiró profundamente, aliviado, no encontró ningún relato que levantara alguna duda insidiosa sobre sus certezas clínicas.

El licántropo salió a la calle y le entraron ganas de correr. Estaba harto del encierro del consultorio del psiquiatra. Se transformó en perro y trotó en dirección al jardín, sintiendo el hálito fresco del pas-

to al penetrar sus narinas. Detrás de unos arbustos se transformó en caballo y partió a galope, provocando una carambola en el tránsito al cruzar la avenida. Atravesó un túnel y se convirtió en flamenco rosa, levantando el vuelo con indolencia.

**EL PSIQUIATRA SE TRONÓ** los dedos y examinó al licántropo, que estaba sentado de forma displicente en la silla. Era un hombre tranquilo, no parecía nada perturbado. Sin embargo, sus relatos eran alucinados.

—No estoy nada mejor. El tratamiento no está haciendo efecto.

El médico no vaciló. Conseguía mantener una expresión de jugador de póker durante horas. Habló casi sin mover los labios, como ventrílocuo:

—¿Ya se dio cuenta de que no hay noticias sobre los crímenes que usted describe? Estas muertes y festines de carne humana no existen en los periódicos. ¿Cómo explicarlo?

Miró al licántropo con un aire triunfal. Era un maestro en la técnica de llevar al propio enfermo a reconocer su locura.

El licántropo estaba entretenido quitando costras de sangre seca debajo de sus uñas. Tardó un poco en responder, lo que le parecía al médico una señal.

—Yo ataco y como víctimas especiales. Me dedico a los vagabundos, gente que no existe, que no hace falta a nadie. Como lo que me apetece y luego despacho el resto del cuerpo en contenedores de basura. Por eso no hay noticias. Soy licántropo, pero no tonto.

El psiquiatra sacudió la cabeza y escribió una nueva prescripción, doblando las dosis y agregando otra droga. Si no aterrizaba con aquel *cocktail*, tendría que pasar a medicación inyectable, o hacerle una perfusión en un suero. Pero no sería necesario, las dosis caballares que le prescribía esta vez serían suficientes para controlarlo.

El licántropo recorrió toda la ciudad y no encontró ningún vagabundo. Parecían estar en huelga, justo aquella noche que estaba hambriento. Ya de madrugada, cansado de vagar por las calles en busca de indigentes, halló en su bolsillo el papel arrugado con el número telefónico de la secretaria del psiquiatra y sonrió.

**APENAS LA MAÑANA** se desperezaba cuando el teléfono del psiquiatra sonó. La voz de la secretaria parecía diferente, alborotada. Tosía de

forma un poco forzada, explicando que no iría a trabajar ese día por sentirse enferma. Él se extrañó, en treinta años de servicio nunca había faltado, faltaba más, descanse. Si necesita un médico... ¿No? Claro, tampoco es mi especialidad, tiene razón, pero alguna vez trabajé en hospital, y no era mal médico, dijo un poco irritado por la falta de confianza de ella. Quédese en casa hasta que se sienta mejor, acá me las arreglo.

Verificó la agenda. El licántropo venía de nuevo a consulta, como no le cobraba honorarios tampoco necesitaría de la empleada.

—Estoy cada vez peor. ¿No será mejor internarme?

El psiquiatra dio vuelta a la silla y lo enfrentó con cara de jugador de póker. Apoyó los codos en el escritorio, superpuso las puntas de los dedos unas sobre otras y lo miró con una mirada que consideró fulminante.

—Su caso no es de internación.

El licántropo venía esta vez particularmente sucio de sangre. El rostro, las manos y la camisa tenían rastros de un banquete sangriento.

—Lo dudo. Creo que debo ser internado. Su terapia no está resultando.

Estaba a punto de irritarse por la falta de consideración y de confianza que el enfermo le revelaba. Éste era un caso consagrado al fracaso: si él no creía, no conseguiría mejorar. Y como no pagaba, sólo le hacía perder tiempo y arruinaba su estadística de triunfos clínicos.

—Tal vez sea mejor que busque a otro médico con quien se entienda mejor.

El licántropo se movió de la silla. Parecía estar incómodo.

—Tal vez la solución sea ésa. Pero me apena; usted me agradó, aunque no acertara en la terapia me gusta hablar con usted. Y me gustó mucho su secretaria.

El psiquiatra quedó complacido y perplejo al mismo tiempo. Era el primer enfermo que le elogiaba a la empleada. ¿Qué vería en aquella vieja en receso?

—Afortunadamente le gusta ella.

—Afortunadamente, una mierda. Me provocó una acidez terrible, estoy aquí que ni puedo. Terminé de matarla y comerla esta mañana. Era sabrosa, pero ahora estoy con el estómago en ruinas. ¿No me receta alguna cosa para eso?

El psiquiatra sonrió. Habló con ella por teléfono en la mañana, ésa era la prueba de que las descripciones mórbidas del licántropo no

pasaban de fantasías absurdas. Escribió una receta con un protector gástrico y se despidió del perturbado, con las manos a salvo:

—Tome esto y vaya a procurar a otro colega mío, a ver si tiene mejor suerte.

El licántropo se levantó y le colocó en el escritorio una bolsa con un paquete plastificado.

—Su empleada, antes de morir, me dijo que estaba preocupada por usted; le gustaba darle una mano en el consultorio y tenía pena por ya no poder hacerlo.

El médico sonrió brevemente. Hacer salir al paciente del consultorio era un arte. Comenzó a encaminarse hacia la puerta, provocando un efecto de acarreo en el paciente.

—Ella era muy escrupulosa. Habría dicho justo eso, en una circunstancia semejante.

El licántropo atravesó la frontera entre el consultorio y la libertad, y volteó una última vez:

—De cualquier modo, le agradezco haber intentado ayudarme.

El médico exhibió una sonrisa profesional sin palabras. No era conveniente ser muy efusivo, para que él no prolongara más la retirada, no fuera a ser que cambiara de idea y se quedara.

En el exterior, el licántropo abrió los brazos y se transformó en un albatros, alzó el vuelo. Tomó una corriente de aire ascendente y partió a otra ciudad distante, donde hubiera psiquiatras más expertos.

El psiquiatra se sentó aliviado y satisfecho. Había conseguido librarse del licántropo. Abrió el paquete de plástico que le dejó y echó una mirada a su contenido. Horrorizado, comprobó que se trataba de una mano humana ensangrentada, cercenada por el puño. Reconoció el anillo de su empleada y entró en pánico. Cogió el teléfono: ¿Me escucha? ¿Es la policía? Necesito que localicen y detengan a un individuo peligroso, mi paciente, un asesino, cometió varios crímenes, no, no estoy loco, soy psiquiatra, él es el loco, no sé si me entiende, él se transforma en lobo y se come a sus víctimas, ya le dije que no estoy loco, es únicamente la verdad, no cuelgue, ¿me está escuchando? No cuelgue, ya le dije, se acaba de comer a mi empleada y me mandó una mano ensangrentada, no cuelgue, por favor, él es peligroso, no cuelgue.

¿Me escucha? ¿Me escucha? ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# António POPPE

\*

plante ante nubio  
vasos negros  
muslo negro de plate  
curva de paja  
uter cría  
saliente en chapuzón  
poma nona liba  
liquen clítor clama clítor  
grieta manada y cú cú bordas  
sólo labio  
engoma el tamandua  
engoma el tatu canasta  
porrista de culo en arena serpiente

\*

plante ante núbio / vasos negros / coxa negra de plate / curva de colmo / uter cria / saliente em mergulho / pomo nono libe / líquen clítor clama clítor / fresta manada e bum bum bordas / só lábio / engoma o tamanduá / engoma o tatu canastra / claque de bunda em areia serpe / prima penetra / glânde / plange a baba / baba folga se ajuntara // em léguas de órgão de plate / sorvo és é mó / *de djemi de djemi / de djemi de djemi*

oprime penetra  
glande  
gime la baba  
baba alivio se uniera

en leguas de órgano de plate  
sorbo eres así

*de djemi de djemi*  
*de djemi de djemi*

\*

yo, convidado en carne,  
semen al sol  
zanja al corazón,  
yakoana succión de ligamen  
órgano que llega a la piel

piEDAD borda  
lega súbitamente  
océano eres en la vuelta  
habit cru língua tribut  
moisto asomo sorbo lóbulo  
gema y vientre

\*

eu, convidado em carne, / sêmen ao sol / vala o coração, / yakoana sucção de ligâmen / órgão que vem à pele // dó borda / legue de rojo / oceano és no rôle / habit cru língua tribut / moisto assomo sorvo lóbulo / gema e ventre // mar ame lapa / água coda / fcome! à fundada sulma // de cabelo apanhado ao alto // *céufogoágua*

\*

come-coral // uma língua, sem fundo e sem origem / molha o deserto e varre // no morro Deus grande deus / quando morre um deserto todos choram em / mangueira // *não queimarás na duna / a letra é de Seu Deserto, / é de Seu Deserto a letra.*

mar ame lapa  
agua coda  
fcome! a la fundada sulma  
  
de cabello atrapado en lo alto

*cielofuegoagua*

\*

come-coral

una lengua, sin fondo y sin origen  
moja el desierto y barre

en el cerro Dios gran dios  
cuando muere un desierto todos lloran en  
manguera

*no quemarás en la duna*  
la letra es de Su Desierto,  
es de Su Desierto la letra.

\*

E a língua dos Índios Yanomami?  
Na voz de Davi Kopenawa

Foram as imagens dos japins *ayokora* e dos pássaros *satiparisi*, todos donos dos cantos, que arrancaram minha língua.

Pegaram-na para refazê-la, para torná-la sábia e capaz de proferir palavras belas.

Lavaram-na, lixaram-na e alisaram-na, para poder impregná-la com suas melodias.

Os espíritos das cigarras cobriram-na com penugem branca e desenhos de urucum.

Os espíritos do zangão *remoremo moxi* lambeiram-na para libertá-la aos poucos de suas palavras de fantasma.

\*

¿Y la lengua de los Indios Yanomami?  
En la voz de Davi Kopenawa

Fueron las imágenes de los arrendajos *ayokora* y de los pájaros *satiparisi*, todos dueños de los cantos, que arrancaron mi lengua.

La atraparon para rehacerla, para volverla sabia y capaz de proferir palabras bellas.

La lavaron, la lijaron y la alisaron, para poder impregnarla con sus melodías.

Los espíritus de las cigarras la cubrieron con plumaje blanco y dibujos de achiote.

Los espíritus del zángano *remoremo moxi* la lamieron para liberarla poco a poco de sus palabras de fantasma.

Y por fin, los espíritus Cenzontles y Arrendajos pusieron en ella las palabras de sus magníficos cantos, le dieron la vibración de su llamado

*arererererererererer*

*arererererererer*

fue así que los xapiri prepararon mi lengua, leve y afinada, e hicieron de ella una lengua de árbol de cantos —una verdadera lengua del espíritu. La convirtieron en otra.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

E por fim, os espíritos Sábiás e Japins puseram nela as palavras de seus magníficos cantos, deram-lhe a vibração de seu chamado *arererererererererer*

*arererererererer*

foi assim que os xapiri prepararam minha língua, leve e afinada, e fizeram dela uma língua de árvore de cantos — uma verdadeira língua do espírito. Tornaram-na outra.

# José Agostinho BAPTISTA

## EL DESTINO DE LOS AMANTES

Se disipa, en la neblina lejana, la cintilación de una  
antorcha,  
un rastro de imponderables amantes.  
Quien por ellos clama, clama en vano.  
Ya las venas se abrieron para la desolación de la tierra.  
Estos ríos no son sus ríos.  
Y esta agua mutilada,  
esta luz que hiere el amplio patio de los inviernos es su  
agua, su luz.  
Donde el rayo despedaza los tenues hilos del amor una  
inesperada palabra asume el desastre.  
Se amaron y se perdieron.  
De pie, sobre la cubierta, contemplarán el fin de los  
navíos.

## O DESTINO DOS AMANTES

Dissipa-se, no longo nevoeiro, a cintilação de um / archote, / um rasto  
de imponderáveis amantes. / Quem por eles clama, clama em vão. / Já  
os pulsos se abriram para a desolação da terra. / Estes rios não são os  
seus rios. / E esta água mutilada, / esta luz que fere o amplo pátio dos  
invernos é a sua / água, a sua luz. / Onde o raio despedaça os ténues  
fios do amor uma / inesperada palavra assume o desastre. / Amaram-

El albatros describe las moles inmensas de la saudade.  
Existe, sobre la mirada de los condenados,  
una aflicción de sombras,  
cuando el sol se aparta a sus dominios.  
La seducción de los frutos y la seducción de la muerte y,  
seducidos, demandaron el gran valle.  
Un arco de sonido vibra eternamente en el centro de la  
tempestad.  
Ellos se regresan hacia afuera,  
a la unánime certeza de la oscuridad del mundo.  
El alma parte.

## DESPEDIDA

Un arpa envejece.  
Nada se escucha a lo largo de los canales y los que reman  
sueñan junto a las estatuas de penumbra.  
Tu sombra está detrás de mi sombra y danza.  
Me tocas de tan lejos, sobre el precipicio y no sé si  
fue amor.  
Cierto rumor de copas, una súplica en el origen de las  
ruínas,  
todo se perdió en el solitario campo de los cielos.

se e perderam-se. / De pé, sobre o convés, contemplarão o fin dos /  
navios. / O albatroz descreve os vultos imensos da saudade. / Há, sobre  
o olhar dos condenados, / uma aflição de sombras, / quando o sol se  
afasta para os seus domínios. / A sedução dos frutos é a sedução da  
morte e, / seduzidos, eles demandaram o grande vale. / Um arco de  
som vibra eternamente no centro da / tempestade. / Eles voltam-se  
para fora, / para a unânime certeza da escuridão do mundo. / A alma  
parte.

Una estrella caía.  
Ese fuego consumido quema aún el recuerdo del  
sur, su extremo dolor anochecido.  
No viene jamás.  
Tu rostro es el prado mutilado de los pasos en que me  
entristezco, la absoluta condenación.  
Llueve cuando pienso que un día tus rosas florecen  
en el centro de esta ciudad.  
No quise, alrededor de los labios, la profanación del jazmín,  
tus hojas de octubre.  
Ocultaré, en la agonía de las casas, una pena que revolotea,  
la desnudez de quien sangra a la vista de las catedrales.  
Mi pecho abriga tus semillas y muere.  
Esta música es casi el viento.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

DESPELIDA

Uma harpa envelhece. / Nada se ouve ao longo dos canais e os  
remadores / sonham junto às estátuas de treva. / A tua sombra está  
atrás da minha sombra e dança. / Tocas-me de tão longe, sobre a  
falésia, e não sei se / foi amor. / Certo rumor de cálices, uma súplica  
ao dealbar das / ruínas, / tudo se perdeu no solitário campo dos céus.  
/ Uma estrela caía. / Esse fogo consumido queima ainda a lembrança  
do / sul, a sua extrema dor anoitecida, / Não vens jamais. / O teu rosto  
é a relva mutilada dos passos em que me / entristeço, a absoluta  
condenação. / Chove quando penso que um dia a tuas rosas floriam /  
no centro desta cidade. / Não quis, à volta dos lábios, a profanação do  
jasmim, / as tuas folhas de outubro. / Ocultarei, na agonia das casas,  
uma pena que esvoaça, / a nudez de quem sangra à vista das  
catedrais. / O meu peito abriga as tuas sementes, e morre. / Esta  
música é quase o vento.

# La ventana

FILIPA MELO

YA NOS LAVARON CON LAS ESPONJAS y cambiaron las sábanas de la  
cama. Nos cambiaron los vendajes y las sondas, checkaron los catéteres  
y nos sirvieron el desayuno parenteral. Pasó la noche y la nostalgia de  
los primates. Dejaste de gemir. Estamos solos en la enfermería. Ya  
levantaron las persianas de la ventana. Veo lo que pasa allá afuera y te  
lo puedo contar.

Lo hago por ti y por mí. Yo soy tus ojos y tú eres sólo aquel que  
escucha, atento, sin interrumpirme. Si pudieras levantarte, verías que  
hay una luminosa mañana de otoño. Vamos a morir los dos. Dentro de  
poco. Tú inmóvil y mudo en esa cama, a mi lado. Yo sujeto a este ángulo  
de la ventana.

Es una mañana luminosa. Es temprano. Y debe de ser domingo.  
Ahora pasó un hombre que no traía el periódico bajo el brazo. En vez  
de eso, mordisqueaba cualquier cosa envuelta en una servilleta. Arras-  
traba un poco los pies, con indolencia. Los domingos son así: deja de  
haber noticias porque el mundo se interrumpe. Este hombre no viene  
de ningún lado y aquí mismo desaparece, en una arista de la ventana.

Cuando dejo de verlo, las palomas bajan al suelo y le siguen el ras-  
tro en busca de migajas. Ahora practican el ejercicio de las nueve de  
la mañana. Para ellas no hay domingo. Se distribuyen en la estatua y  
se arrojan en su vuelo en picada en dirección al suelo, para después  
regresar a la base, en una parábola audaz. Entre el público, unas me-  
nean la cabeza en señal de aprobación o desaprobación, otras parecen  
discutir cuál va a ser la puntuación que se atribuirá a cada concursante.  
Todas son puestas a prueba y la que gane —ahí está ella, con la  
papada muy hinchada, sobre el brazo derecho de la estatua (el brazo

que empuña la bayoneta)— se arroja en un último descenso, secundada por el grupo uno o dos segundos después.

La morfina surtió bien su efecto. Ni te diste cuenta cuando entró el enfermero, el pequeñito con lentes como de tortuga y una sonrisa permanente que le estira la boca hacia el lado izquierdo. Asegura las mangueras que cuelgan a tu lado y checa cómo corren los líquidos de los frascos invertidos, dándoles un golpecito con la punta de los dedos. A mí me parece que el gesto es más de cariño hacia los objetos cotidianos que por los enfermos. Él es solamente un enfermero más que repite todos los movimientos de los otros enfermeros, mil veces concentrados en mil enfermos cuyos nombres ni siquiera saben. En este cuarto únicamente sobreviven los objetos.

Le pido que abra un poco la ventana y, como siempre, me dice que no, no es posible, sin explicarme por qué. Estoy atado a este aroma viciado, al olor avinagrado de la carne enferma. Apuesto a que allá afuera huele a tierra mojada, porque llovió durante toda la noche, ahora hace calor y hay un vapor invisible que se levanta del suelo y envuelve todas las cosas. El conjunto de palomas se dispersó.

Me fijo en la estatua. Inmóvil como nosotros, no tiene en su altivez de bronce ni siquiera un signo de dulzura. Es solamente un soldado desconocido más. Lo hicieron demasiado alto para la época: la Primera Guerra Mundial. Demasiado esbelto y aristocrático, casi ridículo en su postura de desfile, acentuada heroicamente por la actitud que eleva la bayoneta, como una antorcha o como un puño cerrado. Ningún soldado retornó así del frente de batalla. Por lo menos ningún soldado verdaderamente valiente, y vivo. En la guerra se da y se lleva, pero de allá nunca se trae nada. Por el contrario, allá se deja todo.

Por lo que parece, es realmente domingo y las calles de la ciudad están desiertas. No tengo ni personajes ni trama. Únicamente el marco de una ventana blanca y ocho cuadrados de paisaje estático. Te mueves un poco y suspiras ligeramente, con los ojos cerrados. Adelgazaste mucho durante la última semana. Ayer te estremeciste de pavor cuando te trasladaron de la silla a la cama, asegurado con las sábanas, agarradas de las puntas con firmeza. Estás muy ligero. Sabes bien lo que esto significa. Ha sucedido esto con los demás a tu lado, inmediatamente antes del día en que te pusieron la mascarilla y cerraron las cortinas que te separaban de ellos. Dejaste de tener visitas y las enfermeras usan cada vez más diminutivos cuando te tratan a ti.

Espera, ahora en la banca a la izquierda de la estatua está sentada una viejecita. Trae una pañoleta de seda alrededor de la cara y una bolsa de mano de buena piel sobre sus rodillas. Es elemental la observación de que se trata de una señora distinguida. Salta a la vista y contradice su postura inclinada y la tensión de su rostro arrugado.

Está probablemente descansando o a la espera de algún familiar que la viene a buscar para la comida del domingo, en una casa llena de niños que se gritan entre ellos y corren desquiciados, ignorándola en su postura de esfinge asentada en un extremo del sofá de la sala. Podría ser mi madre, esta anciana. Si estuviera viva, imagino que tendría la misma postura, el mismo sentido de clase en cada gesto esclerótico. Era toda una dama, mi madre, como se acostumbraba decir. Mi padre murió cuando yo tenía doce años; ella quedó sola conmigo y con los sirvientes. Solitaria, no. Ni siquiera cuando yo decidí pasar la frontera de repente para irme a Francia ella se quedó sola. Mi madre tenía a su pobre.

Era costumbre en esa época que las señoras de la alta sociedad tuvieran «sus pobres». Mi madre no desentonaba con los dictámenes morales del Estado Novo.<sup>1</sup> Ella, que conmigo siempre fue seca y distante, a veces sabía ser afectuosa y, siempre que se trataba de su pobre, lograba incluso ser la mejor de todas. Así, el pobre de doña Maria Adelaide era el más bien vestido —sin más ostentaciones, el más bien tratado, pero sin proximidades indebidas, el más bien acomodado, pero sin veleidades— de todos los pobres de la parroquia y, quién sabe, de todas las parroquias de la ciudad.

Los lunes, caldo verde. Los martes, sopa de nabo. Los miércoles, caldo de gallina. Los jueves, crema de chícharos. Los viernes, sopita de zanahoria. Los sábados, caldo de res. Y los domingos, coditos con pescado. Lo veía sorbiendo de pie, el plato colocado sobre el mueble frente a la puerta de servicio. Nunca le conocí familia. Nunca le escuché una sola palabra. Ni siquiera cuando mi madre se dirigía a él, siempre en la tercera persona del singular, dándole recomendaciones por medio de la cocinera. *Mi pobre*. Aquél cuyas referencias hacía los honores de mi mamá durante los tés de las amigas, en las conversaciones con los amigos de mi papá, en los encuentros de familia y, sobre todo, en los rezos y confesiones.

1 Época de la dictadura de Salazar en Portugal (*N. del T.*).



No me parece que le haya causado impresión a mi madre cuando yo partí hacia Francia. Ni le vi en sus ojos gran señal de disgusto el día que le comuniqué mi decisión. Y no recibí ninguna noticia o señal de cambio durante esos años que estuve fuera. En diciembre de 1974, cuando regresé, dudé en buscarla. Quise saber antes cómo estaba. *Muy abatida*, la describió la tía Emília. *¿Con la revolución?*, pregunté. *No, querido. Con la ausencia de su pobre*. Que lo había buscado por todas partes durante los días siguientes a la caída del régimen. Que lo había seguido buscando en los días cálidos del verano. Que, entretanto, había contactado con todas las amigas, inconsolable, ajena a la agitación política, a la nacionalización de bienes, a la ocupación de casas y propiedades, al vandalismo de los sirvientes, a las fugas hacia el extranjero. Les pedía solamente, con voz apenas perceptible, que le encontraran al pobre que era de ella.

«Nosotros no somos nada». Éstas fueron las últimas palabras que escuché de mamá, pronunciadas en un cuarto como éste, con un desajustado tono de severidad. Mi madre, quien al día siguiente había sido reducida a una bolsa de plástico negra, identificada por el número de una cama escrito en una etiqueta. Y, ahí dentro: dos pares de pantaletas desechables, un brasier y una bata de dormir con ribetes de encaje, dos chinelas con borlas de plumas blancas, una imagen de marfil de Nuestra Señora de Fátima, un rosario, un peine de madreperla y cepillo de dientes.

Ya se marchitaron las flores que te trajeron hace días las voluntarias del hospital. Se desplomaron alrededor de la mitad de la botella de plástico que hace las veces de florero. Los tallos se pudren dentro del agua. Te gustaría mojarte los labios, secos como corcho, pero el vaso y el abatelenguas envuelto en gaza están fuera de tu alcance, sobre el buró, y tú estás demasiado cansado para alcanzar la pera con el botón y tocar el timbre para llamar a alguien. Por la mañana se llevaron el colchón antiescaras para los enfermos del cuarto de al lado. Sólo hay uno para todo este piso, dijeron. Y tú susurraste que, si hay enfermos ricos, con seguridad mueren todos de sorpresa antes de que puedan hacer una dádiva.

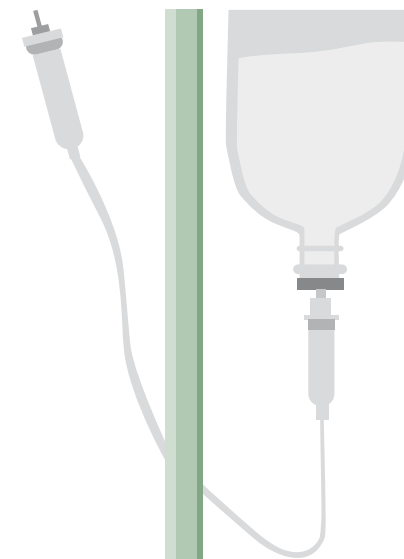
Mira a tu alrededor y yo te digo todo lo que ves. Más allá de la ventana no pasa nada. Está la silla de cuero negro rajado, el espejo manchado y el lavabo, un armario de metal, el buró sin cajones, una cama y la mesa para las comidas, que las asistentes hacen subir giran-

do una manivela enmohecida. En un rincón, en el suelo, está el calentador de cama. Atrás de tu cabeza está un nido de mangueras y, a tu lado, un soporte que las une a la pared, a los frascos, y a tus brazos. Sabes bien que aquí tienes seguridad. No te puedes mover y ya nada te pertenece. No tienes nada. No ves nada.

Pobre de ti, sólo me tienes a mí.

Si yo no fuera ciego y tú existieras, ahora mismo miraría hacia ti en busca de una reacción. Pero como hoy es día de sopa de chícharos, voy más bien a apretar el timbre para que me sirvan un plato. ¿O serán coditos con pescado? ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE MARIO MORALES



CM 1166-1

Daban miedo los astutos ciempiés  
inmóviles en el estuco del cuarto,  
y las arañas estampadas  
en los lavabos de esmalte,  
la idea de que la brea las movería  
transponiendo la brecha que defendía  
el castillo aparente de la infancia.

Era entonces que empuñaba zapatilla o escoba:  
en ese tiempo daban lucha, retorcían los anillos,  
se despegaban de la cal, corrían por la vida,  
se metían en fresas y no siempre  
las podía pisotear.

CM 1166-1

Davam medo as astutas centopeias / imóveis no estuque do quarto,  
/ e as aranhas estampadas / nos lavatórios de esmalte, / a ideia de  
que o breu as moveria / a transpor o fosso que defendia / o  
castelo aparente da infância. // Era então que empunhava chinelo  
ou vassoura: / nesse tempo davam luta, estorciam os anéis, /  
despegavam-se da cal, corriam pela vida, / metiam-se em frestas  
nem sempre / as conseguia espezinhar. // Hoje descubro-as ao  
atirar os máximos / contra a fachada, / ao indagar com a lanterna

Hoy las descubro al dirigir el farol  
contra la fachada,  
al indagar con la linterna cuartos hace tiempo trancados,  
camas donde ya nadie duerme,  
donde ya nadie muere.

Hoy les soy agradecido.  
Sólo ellas mantienen la casa habitada,  
año tras año las mismas siempre,  
de una forma indiferenciada  
e indiferente.

Por más frágiles las patas numerosas,  
por más débil el hilo de la tela,  
más perduran que la seda invisible de la memoria,  
baba sin gloria que pronto se seca,  
tristemente,  
y en vez de retener las voces y los rostros  
los descose en el paño de la catástrofe.

Por eso mantengo la escoba envainada,  
sacudo el cabello, alejo el hombro de las paredes  
—las dejo estar.

Porque no hay zapatillas ni escobas  
que lleguen a ese cuarto más vasto,

quartos há muito trancados, / camas onde já ninguém dorme, /  
onde já ninguém morre. // Hoje sou-lhes grato. / Só elas mantêm a  
casa habitada, / ano após ano as mesmas sempre, / de uma forma  
indiferenciada / e indiferente. // Por mais frágeis as patas  
numerosas, / por mais débil o fio da teia, / mais perduram que a  
seda invisível da memória, / baba inglória que cedo seca, /  
tristemente, / e em vez de reter as vozes e os rostos / os descose  
no pano da catástrofe. // Por isso mantenho a vassoura  
embainhada, / sacudo o cabelo, afasto o ombro das paredes / —  
deixo-as estar. // Porque não há chinelo ou vassoura / que chegue

sin paredes o cubierta,  
donde cazan los ciempiés del remordimiento  
y del olvido  
y las arañas destejen rostros balbuceantes.

Rostros que dan miedo, allí inmuebles  
en el estuco  
como antes.

### EN 312

Marchan indóciles en las cunetas  
a la salida de la misa vespertina:  
dan risotadas, súbitos guiños  
entran distraídas en el asfalto  
pelando naranjas,  
comparten higos que la más arisca alcanza  
empolvada en un muro derruido.

Son las madres y las abuelas que amé  
y se extraviaron en los litorales y en las europas,  
profetizadas para doctoras unas,  
otras por buena estrella destinadas a las cajas registradoras  
o a cambiar pañales a jubilados  
en los patios del infierno.

Las veo aún, si cierro los ojos: arañas  
alzadas en la brisa, flechas contrarias,  
clavadas en el viento.

A Roma las quería guiar, para sepultarlas.  
No merecen menos que camino encajado  
entre cipreses, vía Apia  
quemada por sol igualitario,  
donde se queden a la guardia de estatuas mutiladas,  
vestidas de heras, con epitafios a flor de piedra  
recitados por cigarras.

A Roma las quería guiar, por la vía láctea.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

a esse quarto mais vasto, / sem paredes ou cobertura, / onde  
caçam as centopeias do remorso / e do esquecimento / e aranhas  
destecem rostos balbuciantes. // Rostos que dão medo, ali imóveis  
/ no estuque / como dantes.

### EN 312

Marcham indóceis nas valetas / à saída da missa vespertina: / dão  
risadas, súbitas guinadas, / entram desatentas no asfalto / a  
descascar laranjas, / partilham figos que a mais arisca alcança /  
empoleirada num muro derruido. // São as mães e as avós das que

amei / e se extraviaram nos litorais e nas europas, / fadadas para  
doutoras umas, / outras por boa estrela destinadas às caixas  
registadoras / ou a mudar a fralda a reformados / nos quintais do  
inferno. // Vejo-as ainda, se fecho os olhos: aranhas / levadas na  
brisa, flechas contrárias, / cravadas no vento. // A Roma as queria  
guiar, para sepultá-las. / Não merecem menos que estrada  
encaixada / entre ciprestes, via Ápia / crestada por sol  
igualitário, / onde fiquem à guarda de estátuas mutiladas, /  
vestidas de heras, com epitáfios à flor da pedra / recitados por  
cigarras. // A Roma as queria guiar, pela via láctea.

# Huerto efervescente

MATILDE CAMPILHO

Donde tú buscabas  
el rostro de Artemisa  
Yo encontraba la cara  
de Charlie Brown  
Donde tú bailabas  
al son del piano  
de W. A. Mozart  
Yo tocaba una bachata  
Donde tú buscabas  
los trozos perdidos  
de los vasos etruscos  
Yo iba a buscar los  
pedazos de las canicas  
Donde tú te entregabas  
a la práctica de la devoción

## HORTO EFEVERESCENTE

Onde você procurava / o rosto de Artemis / Eu achava a cara / de  
Charlie Brown / Onde você dançava / ao som do piano forte / de W.  
A. Mozart / Eu tocava uma bachata / Onde você catava / os cacos  
perdidos / dos vasos etruscos / Eu ia em busca das / lascas dos  
berlindes / Onde você se entregava / ao exercício da devoção / Eu  
entregava meu corpo / ao boxe e à corrida / Onde você plantava / a  
madressilva / Eu metia o caule / da amarela flor azeda / todo na

Yo entregaba mi cuerpo  
al box y a las carreras  
Donde tú plantabas  
la madre selva  
Yo metía el tallo todo  
de la amarilla flor amarga  
en mi boca  
Donde tú pedías  
un té de tila  
Yo ordenaba  
una Coca-Cola  
Donde tú eras  
todo el río Tajo  
Yo era todo mar  
Donde tú susurrabas  
un etílico Adiós  
Yo decía a voz en cuello ¡Chao!  
Donde tú te pintabas  
el vientre de negro y cenizas  
Yo enarbolaba  
el rosa violento  
Tú planeabas  
yo caminaba

minha boca / Onde você pedia / um chá de tília / Eu mandava / vir  
a Coca-Cola / Onde você era / todo o rio Tejo / Eu era tudo mar /  
Onde você sussurrava / um etílico Adieu / Eu abria o peito em Ciao!  
/ Onde você pintava / o ventre de negro e cinza / Eu envergava / o  
rosa choque / Você planava / Eu caminhava / Você bandeja de  
prata / Eu talher de plástico / Você quinoa e abacate / Eu bife e

Tú bandeja de plata,  
Yo cubiertos de plástico  
Tú quinoa y aguacate  
Yo bistec y papas fritas  
Tú mademoiselle  
Tú monsieur  
Yo un decidido chaval  
Yo esa chava  
Donde tú eras el viento  
Yo era sol de 35 grados  
Y después un día tú  
y yo nos encontramos  
Y en la lengua arcaica  
tú me dijiste  
Mi cuerpo es agua  
Y en la lengua ordinaria  
yo te dije  
Mi cuerpo es agua  
And that was it  
That was beauty  
Black pink grey  
windy sunny  
perfect beauty.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE BLANCA LUZ PULIDO

batata frita / Você mademoiselle / Você monsieur / Eu o firme  
gaiato / Eu a tal cachopa / Onde você era o vento / Eu era sol de 35  
graus / E depois um dia você / e eu nos encontramos / E na língua  
arcaica / você me disse / Meu corpo é água / E na língua corrente /  
eu te disse / Meu corpo é água / And that was it / That was beauty /  
Black pink grey / windy sunny / perfect beauty.

## Miguel MARTINS

\*

Nada arde tan deprisa como el papel en el cielo,  
donde de las cenizas de una hoja renace una secuoya  
y a la sombra de ella, como cornucopias locas,  
mil arcángeles andróginos, anfibios y ambidiestros  
danzan al son de la savia que otrora fue poema  
y ahora es ya aquello que éste deseaba  
cuando era un niño de manos ensimismadas  
y acariciaba del mundo el pelo hirsuto:  
una miel voluptuosa con que endulzar el vino  
para revivir la historia, que es tal cual el mito  
y que vuela a la deriva rumbo al ocaso,  
en camino de la sala más íntima del sueño,  
donde somos el carro, la sirena a mirar  
y todo nos transporta sin salir del lugar.

Nada arde tão depressa como o papel no céu, / onde das cinzas de uma  
folha renasce uma sequoia / e à sombra desta, quais cornucópias loucas, /  
mil arcanjos andróginos, anfíbios e ambidestros / dançam ao som da  
seiva que outrora foi poema / e agora é já aquilo que este desejava /  
quando era uma criança de mãos ensimesmadas / e acariciava do mundo  
o pelo hirsuto: / um mel voluptuoso com que adoçar o vinho / para  
reviver a história, que é tal e qual o mito / e que voa à deriva a caminho  
do ocaso, / a caminho da sala mais íntima do sonho, / onde somos o  
carro, a sirene e olhar / e tudo nos transporta sem sair do lugar.

\*

Transito del balcón al escritorio  
o del sol a la sombra, como se quiera  
decir, me tiro en la silla, ebrio  
de sobriedad, como si cayera  
en una piscina sin agua y me predispongo  
a la escritura, o a ella me ofrezco, filipino  
crucificado en Viernes Santo,  
desequilibrado entre la fe y el buen juicio.

\*

Oscuridad. Un brazo sobre el mundo. Una pierna  
trazada, fingiéndose la propia guadaña de la im-  
propia muerte. Es esto lo que viene cuando duermo.  
Sin embargo —y no pueden ver—, el circo llegó  
a la ciudad, con dóciles animales salvajes, disputas  
de tubas, manzanas caramelizadas y la hierba se resignó  
bajo las patas de un paquidermo casi azul. Nunca,  
en la vida real, fui tan feliz, ni debajo de la colcha  
que, con cuatro sillas, me convertía en beduino. Ni  
flotando sobre la piel que me hizo hombre. Incluso  
a la orilla de tu río. La vida no se exalta así, no  
se enreda tanto. Éste es el imposible cine del alma,  
el futuro pretérito, la rosa que abre en el estómago.  
Éste es el merecimiento de los nonatos, el hambre buena.  
Y, ahí, mis manos saben esculpir el oro de los  
aztecas. Y nunca, nunca, escribieron un poema.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

\*

Transito da varanda para o escritório / ou do sol para a sombra, como se  
queira / dizer, atiro-me para a cadeira, bêbedo / de sobriedade, como se  
tombasse / numa piscina sem água, e predisponho-me / à escrita, ou a ela  
me ofereço, filipino / cruxificado em Sexta-feira Santa, / desequilibrado  
entre a fé e o bom-senso.

\*

Ecuridão. Um braço sobre o mundo. Uma perna / traçada, fingindo-se a  
própria gadanha da im- / própria morte. É isto que vêem quando durmo.  
/ Contudo — e não o podem ver —, o circo chegou / à cidade, com  
dóceis animais selvagens, despiques / de tubas, maçãs caramelizadas, e a  
relva resignou-se / sob as patas de um paquiderme quase azul. Nunca, /  
na vida real, fui tão feliz, nem debaixo da colcha / que, com quatro  
cadeiras, me fazia beduíno. Nem / pairando sobre a pele que me fez  
homem. Sequer / à beira do teu rio. A vida não se exalta assim, não / se  
envola tanto. Este é o impossível cinema da alma, / o futuro pretérito, a  
rosa que abre no estômago. / Este é o merecimento dos nascituros, a  
fome boa. / E, aí, as minhas mãos sabem esculpir o ouro dos / astecas. E  
nunca, nunca, escreveram um poema.

# La forma del mundo

MIGUEL CASTRO CALDAS

EN MI CALLE, Y ES LISBOA, hay una muchacha que extrañamente parece que desciende la calle como quien va por verdes prados, trabaja en la miscelánea pero ya no de aquellas que había antiguamente, cuando la muchacha era la hija de los dueños que, ellos sí, habían venido de una ruralidad cualquiera a Lisboa y, a veces, los hijos todavía respiraban un aire de otras maneras de sentir el viento (menos casas = menos calles). La miscelánea es paquistaní, como se dice ahora, se queda abierta de noche, vende todo más caro menos las cervezas. Sucede que mi calle todavía alberga habitantes de la antigüedad, señoras que difícilmente vuelven a subir al tercer piso sin elevador si por casualidad tienen que ir a la farmacia. Para situaciones como éstas contrató el paquistaní a esta muchacha carnosa de la que hablo, para llevar los mandados que los viejitos hacen por teléfono, solución inventada y anunciada en un cartón encajado en las frutas. Papas, latas de atún, fruta diversa, detergentes, allá va ella con una frescura como de quien va a la fuente a buscar agua o de quien va al río a lavar la ropa de los señores de una gran casa rural, muchacha sin cinismo en sus modos, adorable, con un color rústico en las mejillas, que son rosadas. Quería conocerla pero no puedo porque estoy aquí, por eso creé este personaje, José Pedro, haga de cuenta que vive aquí en la calle desde que nació, en la casa donde vivían sus padres, el padre ya murió y la madre está muy viejita, siempre en la sala con la cabeza metida en la televisión por medio de unos audífonos que le pusieron en las orejas. José Pedro es un ratón de biblioteca, a falta de una mejor imagen. Se queda leyendo en la biblioteca o va a casa y se adormece frente a la televisión con el sonido dirigido directamente a los oídos de la madre.

La madre de José Pedro existe realmente, es la señora doña Judite. Sólo inventé al hijo, ni siquiera sé si lo tiene o si vive con ella. Lo inventé para intentar llegar a la muchacha que hace las entregas. La señora doña Judite todavía sale mucho y hasta va con el paquistaní a hacer las compras porque no le gusta comprar por teléfono, todavía sube las escaleras pero con las bolsas de mandado, lo cual es peor. Por eso hace todas las compras, pero queda con la chica de llevarle después lo más pesado.

Cuando toca el timbre, la señora doña Judite no oye porque tiene los oídos enchufados y es José Pedro quien atiende. La muchacha sube las escaleras con dos bolsas pesadas y en la última parte José Pedro desciende escalón y medio para ayudarla con una de las bolsas. Le huele el cuello y le toca los dedos, en un momento relativamente difícil, cuando una persona no tiene intimidad con la otra y tiene que tomar la bolsa de las manos. Acaban de subir lo que falta y José Pedro conduce a la muchacha a la cocina y le dice, por aquí puede, ella posa la bolsa al lado del sitio donde José Pedro ya posó la otra y respira profundo, José Pedro también respira profundo y después se queda sin saber bien qué decir. Es que cada uno respira profundo por diferentes razones. Ella por estar cansada de haber subido las escaleras y él, que no está propiamente cansado —sólo descendió escalón y medio— respira profundo porque está sin saber lo que habrá de decir a continuación. Y no es sólo eso, es otra cosa, es no querer que ella se vaya enseguida, darse cuenta que ese momento se aproxima vertiginosamente y no saber lo que puede hacer para que ella se quede un poco más. O que se quede a merendar. O que pase la noche. O que se quede

*Y no es sólo eso, es otra cosa, es no querer  
que ella se vaya enseguida, darse cuenta  
que ese momento se aproxima vertiginosamente  
y no saber lo que puede hacer para que ella  
se quede un poco más. O que se quede  
a merendar. O que pase la noche.*

para siempre porque es encantadora, ella, y todavía más así colorada, respirando profundo después de la subida de las escaleras. Atención, que puede haber también en su respirar profundo una ansiedad cualquiera mezclada con cansancio, el hecho de notar la falta de voluntad de José Pedro, no saber tampoco muy bien cómo zafarse de aquella situación. ¿Pero cómo sería si ella se quedara? ¿Para qué? ¿De qué hablarían? ¿Qué harían?

Fue precisamente para saber eso que inventé a José Pedro. No puedo, por mi cuenta, llegar a esta muchacha extraordinaria porque estoy aquí ocupado escribiendo y en cuanto escribo no puedo llegar a nadie porque para eso tendría que parar de escribir. ¿Pero cómo puedo llegar a ella a través de este señor, por el cual, además, no nutro ninguna afinidad particular? Si fuera yo, sabría inmediatamente qué decirle para persuadirla. Más que qué decir, sabría qué hacer. Conmigo, si yo fuera José Pedro, ella ya no iría a trabajar al día siguiente. Y mi madre moriría en un instante y yo entregaría la casa al francés que habría comprado los otros pisos y que ambicionaba todo el edificio y con el dinero del negocio iríamos juntos a viajar por el mundo que no es redondo porque nunca regresa al mismo sitio.

¿Quiere un vaso de agua? Siéntese aquí, beba un vaso de agua.

Le agradezco mucho, doctor José Pedro, pero lo mejor es que me marche, mande besos a su señora madre.

Michael Taine está en una sala de operaciones en Massachusetts en medio de una intervención delicada y de repente el corazón para. El equipo médico está haciendo hasta lo imposible para traerlo de regreso con las técnicas y todos los recursos que tienen a disposición, pero termina por darse la muerte cerebral. Michael Taine muere. Entonces sale de sí mismo. Mirando para abajo ve su cuerpo con el equipo médico en torno. De repente los médicos consiguen reanimarlo y lo traen de vuelta. Michael Taine desciende y vuelve a coincidir con su cuerpo. You had a death experience, dice Paula, su mujer en la cabecera de la cama de su internado. No, that's imposible, an experience is something you have when you're alive. Being dead is the contrary of being alive, so you can only be dead after or before being alive. If you have an experience you are alive, not dead. A death experience is a linguistic impossibility. Paula se irritó y le dijo, I don't buy that, good bye! Se levantó y se marchó. Pero al día siguiente regresó al cuarto y le pidió disculpas. Pero para ella Michael Taine se fue y regresó. Michael Taine le explicó

que comenzó a tener la sensación de que se estaba separando. Comenzó a verse como si fuera otro. Después, cuando los médicos lo reanimaron, volvió otra vez para dentro. Michael, you were dead, otherwise the doctors wouldn't be reanimating you, le dijo Paula cariñosamente.

Al francés sólo le faltaba el piso donde vivía José Pedro con su madre para poseer todo, las áreas comunes, las escaleras, el tejado, la claraboya, los canalillos y los azulejos de la fachada. En tanto no poseyera aquel piso, todas esas áreas comunes serían parte de esa entidad abstracta llamada condominio. El francés quería destruir el condominio pero no lo conseguía. Era José Pedro quien lo aseguraba, era José Pedro que mantenía la estructura del edificio en pie. Era José Pedro, en el fondo, quien impedía que el edificio fuera un imperio.

Meses después, ya Michael Taine volvería a su vida normal, comenzó a darse cuenta de que nunca llegó de vuelta a su cuerpo completamente, lo cual era extrañísimo, porque siendo el mundo redondo, el regreso a casa es la cosa más garantizada que podemos tener. Y como Paula siempre está diciendo que nuestro cuerpo es nuestra casa... Awkward. Un día se resbaló con una cáscara de plátano y, mientras caía, consiguió verse un poquito desde fuera al caer. Cuando se lo contó a Paula, ella le dijo: See, you are still a bit dead. A esa altura ellos no estaban muy bien uno con el otro. Paula se quejaba de que Michael estaba poco vivo y su relación un poco muerta, cosa que responsabilizaba al episodio del hospital. Para ella la solución pasaba por el reconocimiento de su esposo de que todavía no se había recuperado de haber muerto. Michael le respondió: No, I'm alive, when I was falling I was laughing all the way to the ground.

Pero de noche, alrededor de las cuatro de la mañana, José Pedro despertaba y no conseguía volverse a dormir. No se le salía de la cabeza: Consigo hacerla que suba las escaleras pero no consigo impedir que las vuelva a bajar. Y se quedaba despierto durante un buen rato •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ MOLINA



# Inês DIAS

## TRITÓN

[Jardín de la Sirena, s. XVIII]

Te quiero así.  
Con las piernas que nunca tuve  
para seguirte  
y todos los dedos que fui  
amputando, del lado del corazón,  
en castigo por no saber tocarte.

Así, finalmente con la cabeza perdida  
para explicarte sólo  
lo esencial —

no hay palabras  
suficientes para este amor.  
Y un poema, incluso de piedra,  
también pasa, a menos que  
te ganen por siempre los ojos.

TRITÃO [Jardim da Sereia, séc. XVIII]

Quero-te assim. / Com as pernas que nunca tive / para te seguir / e todos os dedos  
que fui / amputando, do lado do coração, / em castigo por não saber tocar-te. //  
Assim, de cabeça finalmente perdida / para te explicar apenas / o essencial — //  
não há palavras / suficientes a este amor. / E um poema, mesmo de pedra, /  
também passa, a menos que / te ganhe para sempre os olhos.

## LAS INVASIONES BÁRBARAS

Primero la lluvia  
en el interior, en aguaceros,  
presentimiento de agujas frías  
detrás de una puerta.

Adentro ya no es la casa  
que se calienta sin nosotros,  
antes el negro al fondo del negro,  
sin almohadillas ni gato que nos afanen las manos.

Nos consumimos en el hueso,  
extraemos el último mineral de la boca —  
palabras y dientes racionados,  
menos hambre, menos aliento, menos fuego.

Sólo los sueños prosiguen en su metástasis  
tranquila, política de tierra quemada  
en torno a nuestra ausencia,  
para dejar un imperio urgente en herencia.

Tal vez el futuro del país  
está, al final, en los pacientes terminales.

## AS INVASÕES BÁRBARAS

É primeiro a chuva / lá fora, em bátegas, / presentimento de agulhas frias /  
atrás de uma porta. // E cá dentro já não é a casa / que se aquece sem nós, /  
antes o negro ao fundo do negro, / sem almofadas nem gato que nos afaguem  
as mãos. // Consumimo-nos rente ao osso, / extraímos o último minério da  
boca — / palavras e dentes racionados, / menos fome, menos fôlego, menos  
fogo. // Só os sonhos prosseguem na sua metastização / tranquila, política de  
terra queimada / à volta da nossa ausência, / para deixar um império urgente  
em herança. // Talvez o futuro do país / esteja, afinal, nos doentes terminais.

## EL SECRETO

[Jardín Amália Rodrigues, 1961]

*Van algunos en busca de belleza, dicen.*

HERBERTO HELDER

Mis dedos ya sabían  
de color a la perfección.

La muerte era lo de menos.  
Sólo la belleza nos parecía intolerable  
si no la despedazásemos,  
voz a voz, compás a compás,  
en una armonía más dócil. Menos urgente  
que los músculos que ensayábamos  
todos los días sin tocarnos.

Ahora escucho otras manos  
golpear el mismo misterio y  
secretar, *pianísimissimo*,  
al oído de alguien demasiado lejos,  
cuando al final apenas te adormeciste  
dentro de mí, con las garras  
clavadas levemente en la memoria.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

○ SEGREDO [Jardim Amália Rodrigues, 1961]

*Vão alguns em busca de beleza, dizem.*

HERBERTO HELDER

Os meus dedos já souberam / de cor a perfeição. // A morte era o menos. / Só a  
beleza nos parecia intolerável / se não a despedaçássemos, / voz por voz, compasso  
a compasso, / numa harmonia mais dócil. Menos urgente / do que os músculos que  
ensaiávamos / todos os dias sem nos tocarmos. // Agora ouço outras mãos / a  
tactear o mesmo mistério e / é como segredar, *pianísimissimo*, / ao ouvido de alguém  
demasiado longe, / quando afinal adormeceste apenas / dentro de mim, com as  
garras / cravadas ao de leve na memória.

## El fuego será tu casa

[fragmento]

NUNO CAMARNEIRO

*Grité y en ese grito ardí.*

*Me callé, y lejos y mudo ardí.*

*De todos los márgenes me aparté.*

*Al centro fui y en el centro ardi.*

RUMI, *Rubayat*

**FUI INSENSATO**, egoísta, temerario e ingenuo.

No podía ser de otro modo.

Llegué a la capital al final de la tarde y Kerem me esperaba en el aeropuerto. Lo abracé, le pregunté por la familia, por la salud, por el trabajo en el periódico. Me besó varias veces, me dijo que sí, que todo andaba bien, con la gracia de Dios. No demasiado bien, pero ahí iba, y me besó de nuevo.

Tomamos un taxi y fuimos al hotel en el centro de la ciudad. Cenamos, reímos, intercambiamos impresiones en voz baja, rumiamos memorias y silencios. Era un hotel para turistas y hombres de negocios; Kerem bebió conmigo, sonriendo, pero mirando alrededor.

Le resumí mis intenciones y discutimos los pormenores, el recorrido y una historia plausible. En el caso de que fuéramos interpelados por un grupo rebelde, lo que era bastante probable, yo tendría que elegir entre pasar por periodista o por empleado de una ONG, preferiblemente la Cruz Roja, ya que todos la conocían. Cualquiera de las opciones implicaba sus riesgos, para ambas me faltaban las credenciales, la experiencia y la fisonomía.

—En realidad, sólo pareces escritor, pero, como nunca han visto uno, van a pensar que eres un idiota o un agente norteamericano.

Y Kerem se rio.

—No les gustan los periodistas y pueden matarte por capricho, tienen algún respeto por la Cruz Roja, pero van a querer comprobarlo. ¿Prefieres morir enseguida o mantener alguna esperanza?

Y Kerem se rio mucho.

Pedí dos whiskies más. Le pregunté si podría pasar por portugués y me respondió que sí, que nadie temía a los portugueses. Teníamos dos días para crear algunos registros falsos en internet que corroboraran mi identidad, nada muy sólido, pero que surgiese en las primeras búsquedas.

—Pregúntales si tienen comida y agua, pídeles números y estadísticas, pregunta por los niños y si necesitan medicamentos. Casi todos los combatientes tienen hijos, pero muchos les han perdido el rastro.

Tomé algunos apuntes y subrayé palabras importantes: *niños, hambre, víctimas, freedom fighters*. Por lo que Kerem me decía, allí las palabras aún tenían peso. El islam no tiene imágenes, sólo palabras, y ninguna debe ser proferida si no es intencional: «Nos acostumbramos a eso», me decía, «cuando solamente tienes un libro, todo lo que allí está escrito es para ser repetido y tomado en serio».

—Es terrible, ¿no crees? Como si todas las palabras pertenecieran a Dios y nosotros sólo las pidiésemos prestadas. La mayoría de los autores nacionales únicamente llena los espacios vacíos, con tanta reverencia y tanto miedo que son poco más que ecos. La potente voz divina repetida *ad infinitum*. Nuestros teclados no necesitan puntos de interrogación, nos bastan los de exclamación.

—En mi país nos quejamos de lo contrario, de que hay demasiados escritores y las palabras ya no valen nada. Algunos gritan, otros se fingen callados, pero todos quieren inflar las palabras. Vender latón por oro, inventar brillos donde faltan.

—Las palabras son como las monedas, no nos deben faltar ni se nos deben caer de los bolsillos.

Y nos quedamos por allí. Acordamos un nuevo encuentro para el día siguiente, nos abrazamos y nos fuimos a dormir.

Él se fue a dormir. Me quedé despierto hasta tarde, pensando, preocupándome por lo que antes me había parecido accesorio y de poca importancia, cosas que se habrían de resolver en el lugar y en el momento propios. Pero el momento propio se acercaba y, de repente, me sabía estúpido y desguarnecido, a punto de entrar en una historia donde sólo podía desempeñar el papel de víctima.

Encendí el televisor y busqué un canal de noticias en inglés. En España

un hombre se había reventado en el metro llevándose con él a veintidós personas, con tendencia a aumentar. «Dios es grande», gritó el hombre según un testigo, Dios es grande. Apagué el aparato y me dormí.

A las diez sonó el despertador a mitad de un sueño que no recuerdo, y me estremecí, entre la tensión y el miedo.

\*

**LLAMÉ A EDITE** antes de levantarme. Necesitaba que me animara y me dijera que no era un completo idiota, sólo un poco valiente. No me respondió, había tres horas de diferencia y Lisboa aún dormía. Le envié algunas frases confusas y besos. Besos, mujer mía.

Salí de la habitación y fui a la planta baja para tomar el desayuno. Algunos occidentales miraban los teléfonos móviles mientras comían dulces empapados en almíbar de azúcar y bebían un líquido turbio que, de lejos, pasaba por café. Los empleados circulaban por las mesas impecablemente vestidos, silenciosos y solícitos. Me señalaron una mesa y me senté.

Pasé la mañana deambulando por la ciudad, visité los mercados, las tiendas de alfombras y de artesanías, bebí té. Me fijaba en los gestos, la entonación, el modo como meneaban las cabezas y agitaban las manos cuando algo les desagradaba. Esperaba una llamada de Kerem, había acordado un encuentro con el conductor que nos llevaría hasta cerca de la frontera. Pensé en llamarlo, pero habría sido abusivo; los tres días que habíamos pasado juntos en un festival en Francia no permitían demasiada confianza. Paciencia.

Compré un cortapapeles de hueso de camello para darle a Edite cuando volviera. Estaba tallado y decorado con finas líneas negras, y le pregunté al vendedor si tenían algún significado. No me respondió, o le parecí estúpido por buscar un sentido, o estúpido para entender la respuesta. «Biutiful, biutiful», y me sacó los billetes de la mano. «Very gud for wife».

La idea de un regalo que le pudiera llevar me servía de aval, una garantía de que habría de volver a estar con ella en la mesa del comedor, fumando demasiados cigarrillos, bebiendo demasiado vino, discutiendo mucho a propósito de nada. Después de una tregua tardía, ajustada en confusiones de piernas y manos y besos. Hay parejas que tienen sexo entre las discusiones, otros que discuten entre el sexo. Nosotros como todos los demás.

Comí brochetas de pollo en una terraza improvisada. La chica que me sirvió bromeó en varias lenguas e intercambiamos algunas palabras. Quiso

saber de dónde venía, cómo era la vida por allá, si éramos ricos o pobres. Le sonreí y no supe producir una respuesta inmediata. Somos pobres entre los ricos y ricos entre los pobres, acabé por decir. Se rio y dijo que estaba bien así.

A mitad de la tarde Kerem me llamó, teníamos un encuentro con Sami, el conductor, una hora más tarde en una casa de té. Anoté el lugar y las direcciones y le oí una recomendación: «Déjame ser yo el que hable y trate todo, no abras la boca a menos que él te haga alguna pregunta». Nos despedimos y fui caminando hacia el lugar acordado.

Llegué diez minutos antes y me senté a una mesa en el rincón de la sala. El humo de los cigarrillos, los empleados con las bandejas llenas de tazas ornamentadas, los trajes de los clientes y hasta la música que se oía en la radio daban al lugar un ambiente de película antigua, no eran muchos los teléfonos móviles y las zapatillas que imitaban marcas norteamericanas. Kerem y Sami llegaron juntos, venían a conversar y parecían bien dispuestos.

La reunión tuvo dos momentos distintos, o así me pareció por las traducciones esporádicas que Kerem iba haciendo. Durante el primer cuarto de hora, Sami fue enumerando los peligros del viaje, contó historias terribles que habían pasado con gente que conocía (degollamientos, secuestros, violaciones) y se mostró muy renuente con la tarea. En cuanto acordamos un precio (una pequeña fortuna para los jefes locales), empezó a sonreír y a decir que todo iba a estar bien, con la gracia de Dios. *Insha'Allah, Insha'Allah*, y tocamos las tazas a manera de brindis.

Señalamos la partida para las seis de la mañana, nos dimos un apretón de manos y nos separamos.

Antes de acostarme hablé con Edite. Le dije (mintiendo) que el ambiente era más relajado de lo que imaginaba, que había periodistas y hasta turistas visitando esa región. «No será más peligroso que un viaje en el tren fantasma. Todo muy controlado. Dicen que hasta las Kalashnikov que se ven en la televisión sólo sirven para adornar, la mayor parte no tienen municiones», dije, mintiendo mucho.

Le di el número de Kerem y de la embajada portuguesa. «Es todo muy seguro, pero por si acaso no tuvieses noticias...».

Me insultó, me dijo que me amaba, me insultó de nuevo y nos despedimos con besos.

Prendí el televisor; en Polonia, un grupo de cristianos de extrema derecha había incendiado un centro de acogida de refugiados, tenían por

nombre Dios Verdadero de Dios Verdadero, habían muerto tres niños y dos adultos.

Apagué el aparato y me dormí.

\*

**A LA HORA SEÑALADA** llegaron a buscarme en la entrada del hotel. El Toyota de Sami tenía más kilómetros que cualquier otro automóvil en que yo hubiera viajado, el tapizado estaba rasgado y se veía la espuma del relleno a través de los huecos y de las quemaduras de cigarrillo. Sólo se captaba una de las estaciones de radio y ahí un señor leía las noticias con un entusiasmo poco natural. Le pregunté a Kerem lo que pasaba. «Nada especial, hoy es feriado nacional, se celebra el día del fundador del país, del deporte y de la juventud». Me quedé sin saber cuál de las efemérides había excitado tanto al locutor.

A medida que nos alejábamos de la ciudad, los colores iban cambiando, los rojos, azules y amarillos se transformaban en ocres, blancos muy sucios y cenicientos, las casas se diluían en el paisaje y devolvían a los ojos la pobreza y el abandono.

De vez en cuando, Kerem se volvía hacia mí, me sonreía, hacía la señal de OK con el pulgar hacia arriba, me preguntaba si estaba *cool*. Y sí, replicaba el gesto, sonreía también. De la pobre estación de radio salían ahora canciones rápidas en ritmos que me eran extraños, Sami y Kerem conversaban, gritando por encima de eso.

El soplo del aire acondicionado no llegaba al asiento trasero. La túnica y el pañuelo que Kerem me había prestado se me pegaban al cuerpo con el sudor y me recordaban las tardes de carnaval de cuando era niño, vestido de zorro o de vaquero, fingiendo ser quien no era, envuelto en una broma que traía más incomodidad que placer.

Después de cinco horas de viaje, paramos en una estación de servicio que quedaba en medio de la nada. Llenamos el tanque, compramos botellas de agua, comimos sándwiches de queso y fumamos cigarrillos.

—Estamos en las puertas del infierno —dijo Kerem—, *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate...*

Yo me persigné, pero la Santísima Trinidad no tiene aquí ninguna jurisdicción.

—Basta con que no te quites el pañuelo, aunque tengas calor, cúbrete la cara y, si nos mandan parar, mira el teléfono, escoge un juego y finge

estar relajado. Si te saludan, responde «Marhaban», o, si es un hombre mayor, «Alaikum As-Salaam»,

—*Maraban*.

—No, «Marhaban».

—*Marahban*.

—No, «Marhaban».

—*Marhaban, marhaban, marhaban*.

—Practica en el auto; si te olvidas, más vale quedarte callado.

—*Marhaban*.

—Estamos jodidos.

—*Marhaban*.

—Estamos muy jodidos.

Sami sonrió con pocos dientes, arrojó la botella de plástico al suelo y nos mandó a entrar en el coche para proseguir el viaje.

A través del cristal sucio de la ventana, las aldeas se iban alejando unas de las otras, rodeadas por tierras áridas y montañas, cansadas de luchar contra la geografía. En las calles estrechas que cruzábamos veíamos hombres sentados en la calle, cabras empolvadas, niños corriendo detrás de balones de fútbol imaginados a partir de trapos o bolsas de plástico atadas unas con otras. El aire caliente caía y se adensaba en el asfalto, contrariando algunas leyes de la física y dificultando la travesía. Las aldeas, el aire, la mirada de los hombres de largas barbas eran contrarios a cualquier movimiento o cambio y me daban la impresión de que viajábamos más en el tiempo que en el espacio.

*Zuhr, zuhr*, repitió Sami algunas veces, aminoró la marcha y se detuvo junto a la orilla. Fue a la cajueta, de donde sacó una pequeña alfombra, y se puso de rodillas, a la sombra del coche, para proceder a la oración del mediodía.

—¿No rezas? —le pregunté a Kerem.

—No puedo rezar en público, no me preguntes por qué.

No pregunté, pero me respondió.

—Siempre he pensado que la relación de un fiel con su dios debería ser modesta, o, si prefieres, pudorosa. Los rituales y las fórmulas son necesarios para que los dioses de unos se encuentren con los dioses de otros, no habría religión sin ellos, pero para mantener la fe necesito usar mis palabras con recato, en secreto... y siempre con los ojos cerrados.

Sami se levantó y vino hasta nosotros. Nos lanzó una mirada extraña, de otro mundo, distante y altivo. Meneó la cabeza para que volviéramos al carro, y así lo hicimos.

Habíamos recorrido dos o tres kilómetros cuando nos vimos, de nuevo, forzados a parar. Frente a nosotros había una barricada policial: cuatro hombres uniformados, una estera de puntas metálicas y varias señales de tránsito que obligaban a frenar.

—¡Mierda, mierda! —dijo Kerem—. ¡No hables, no digas nada!

Pidieron los documentos de Sami y del vehículo, echaron un vistazo dentro, *Marhaban*, dijeron; *Marahban*, dije yo. Intercambiaron miradas y nos mandaron salir. Kerem se acercó al parabrisas y vio algo que le cambió el semblante.

—¡Da media vuelta, Sami, carajo, da media vuelta y vámonos de aquí!

Sami dudó, se confundió con los cambios y empezó a dar marcha atrás. Antes de que el coche diera la vuelta, oímos tiros, los neumáticos fueron alcanzados y la ventana de Sami también. Rompieron los restantes a fuerza de porrazos, nos arrastraron hacia afuera, nos patearon y gritaron. Aún puse las manos en la cabeza, *Marahban, marahban*.

Amarrados y vendados, unos sobre otros, fuimos llevados lejos en la caja de una *pick-up*.

—Las botas que traen puestas no son de la policía —dijo Kerem.

—¿Fue culpa mía? —pregunté—, ¿fui yo que fallé?

—No fue culpa de nadie, son las botas que traen puestas.

\*

**ESTABA OSCURO** y no sabía qué horas eran. La cabeza me dolía por dentro y por fuera, una presión furiosa de recuerdos y palabras que hervían desde el centro y se expandían, atravesaban los huesos del cráneo y reventaban en heridas abiertas. Quise tocarlas, pero me di cuenta de que tenía las manos atadas detrás de la espalda. También me dolían los brazos y las muñecas. Levanté el cuerpo y conseguí vislumbrar en la penumbra algunos bultos, cuatro o cinco, tal vez más. En un rincón de la sala, una luz azulada iluminaba un rostro barbudo, gafas de metal anticuadas, una página de Facebook reflejada en sus lentes. Al lado, recostada en la pared, dormía una Kalashnikov. Sentía la boca seca y un regusto amargo corriendo por mi lengua, pero no era hora de pedir agua. Cerré los ojos y traté de volver al sueño.

Me desperté golpeado por la delgada luz de la mañana. Un hombre me empujaba los hombros con violencia. Gritaba en árabe o en un inglés que me pareció árabe. Grité también y recibí una cachetada en la cara que me dejó zumbando el oído.

A mi lado estaba Kerem, también confuso, mirando alrededor. Después Sami, con las manos apretadas junto al pecho, repitiendo palabras en sordina mientras balanceaba la cabeza hacia atrás y hacia delante. En la pared contigua, dos hombres occidentales, uno pelirrojo y corpulento, probablemente nórdico, el otro delgado y de tez cetrina, más enfadado que asustado. En la esquina opuesta, una figura oscura, envuelta en una túnica o en un hábito negro. No pude verle el rostro ni las manos, no sé si dormía o si se escondía.

Al frente, sentados en sillas de madera, estaban dos hombres barbudos; el más viejo tendría unos cincuenta años, el más joven veinte, veinte y pocos. Ambos llevaban ropa local (pantalones largos y túnicas hasta la rodilla), chaquetas occidentales de estilo militar y pañuelos en la cabeza que bajaban por los hombros. Las dos Kalashnikov iban recorriendo la sala lentamente, como veletas automáticas. El más viejo nos estudiaba con lentitud e iba haciendo comentarios en un dialecto que no pude identificar, el otro respondía con risas y monosílabos.

El hombre que me golpeó debía de tener mi edad, era alto y delgado y se paseaba por la sala hablando al teléfono en un tono autoritario.

De la pequeña ventana cuadrada protegida por rejas entraban hilos de luz y voces que gritaban de lejos a otras voces.

El hombre alto terminó la conversación y se acercó sonriendo.

—Pueden llamarme Malik —dijo en un inglés bastante inteligible—. Soy yo quien manda aquí y deben respetarme porque soy yo el que va a matarlos.

Se rio, caminó hasta la puerta y golpeó dos veces.

Entró un muchacho que no debía de tener más de doce años, tenía un cántaro de barro y un vaso de plástico, y nos fue dando agua por turnos. Las manos temblaban, pero el muchacho sonreía, *Ma'an, ma'an*, repetía, inclinando la cabeza.

Malik abandonó la sala para atender una nueva llamada, el muchacho lo siguió.

En el rincón más oscuro de la habitación, la figura embozada se descubrió el rostro •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

## las casas en espinho con ruy belo

ROSA OLIVEIRA

—*qué nombre  
existe para esto que ni siquiera es alegría*

RUY BELO, *Boca Bilingue*

**con este aspecto espléndido él dice que camino por la calle principal  
las casas resplandecen donde menos se espera  
en el cruce una de ellas se asoma a ver y dice aquí estoy sentada  
se abren armarios hay estolas de zorro color palo de rosa  
atentas, vigilando desde hace décadas  
vestidos negro azabache brillante  
listos para ser llevados  
a alguna ciudad pequeña y gélida  
balcones triangulares apuntan hacia el centro del invierno  
al final de la ciudad un descampado espera a los perros de la tarde  
perdido en casuchas de papel pintado  
el olor a brócoli en las escaleras  
ejemplo de la puesta de sol posado aquí eternamente**

**as casas em espinho com ruy belo**

—*que nome  
existe para isto que nem mesmo é alegria*

RUY BELO, *Boca Bilingue*

**com este aspecto esplêndido diz ele que vou pela rua principal / as casas  
resplandecem onde menos se espera / na encruzilhada uma delas espreita**

tú envuelto en el amarillo cansado del fin del verano

como esas vidas suspendidas y condenadas  
disponibles en su clausura de casas de otro tiempo  
inmanencia y rigor de la poesía

releo a ruy belo  
insoportable como la música  
la cara de mi hijo está en la página siguiente  
trucos que el pensamiento débil nos enseña y que ruy belo no  
[permite

es insoportable leer a rodoreda con sus flores esparcidas  
es insoportable la literatura  
único bien en este atardecer de todos los demás

volver la página asusta como el salto en el corazón  
al manejar un leve mareo  
presagio del accidente que nunca llega  
parábola del ataque cardíaco  
algo en la memoria anticipada de nuestro cuerpo  
produce un polvo inútil

de aquella casa provenía la niebla eterna  
las pescaderas gritaban «¡sardinas de espinho!»  
oía el rumor de las aldeas que concurrían a la feria y yo con ellas

---

e diz aqui estou eu sentada / abrem-se armários há estolas de raposa cor  
de rosa velho / atentas, vigiando há décadas / vestidos negro azeviche  
brilhante / prontos a serem transportados / para alguma cidade desfiada e  
gélida / varandas triangulares apontam para o centro do inverno / na  
cauda da cidade um descampado aguarda os cães da tarde / perdido em  
casebres de papel pintado / o cheiro a brócolos nas escadas / exemplo do  
pôr-do-sol aqui pousado eternamente // tu envolto no amarelo cansado de  
fim do verão // como são estas vidas suspensas e convictas / disponíveis na  
sua clausura de casas de outro tempo / imanência e rigor da poesia //  
releio ruy belo / insuportável como a música / a cara do meu filho está na  
página seguinte / truques que o pensamento débil nos ensina e que ruy

el atardecer es platón que regresa  
dicen que era feo  
y que aristóteles era un presumido  
el atardecer inclemente del Peloponeso  
no es el atardecer melancólico  
escandinavo de espinho  
es un poema largo con prefacio complicado  
vuelto hacia adentro  
como tú al revés  
el libro está abierto como la mano de un hombre

quería ser la forma distendida del poema  
deambulación sin mapa  
los ojos secos por la tierra de la lectura  
respiro hondo  
sé que el único lugar es éste

en el tejido agreste de tus palabras  
leo a ruy belo  
hay otros hombres detrás de él  
cayendo uno por uno en las páginas opacas  
poemas largos como el sufrimiento  
líneas continuas de anestesia  
postfacios de libros en blanco  
envueltos en la espuma sólida del mar de espinho

---

belo não permite / é insuportável ler rodoreda com as suas flores  
espalhadas / é insuportável a literatura / único bem neste pôr-do-sol de  
todos os outros // virar a página assusta como a guinada no coração / ao  
conduzir uma leve tontura / presságio do acidente que nunca chega /  
parábola do ataque cardíaco / alguma coisa na memória antecipada do  
nosso corpo / produz um pó inútil // daquela casa via o nevoeiro eterno /  
as varinas gritavam «vinha d'espinho!» / sentia o rumor das aldeias que  
acorríam à feira e eu com elas // o pôr-do-sol é platão que regresa /  
dizem que era feio / e que aristóteles era um janota / o pôr-do-sol  
inclemente do Peloponeso / não é o pôr-do-sol melancólico / escandinavo  
de espinho / é um poema longo com prefácio intrincado / virado para

mediodía en la arena fina y brillante  
el cuarzo microscópico refleja el sol a plomo  
ese mineral generoso de nombre incierto

en la avenida 8 me espera otro poeta que pide gins  
y se duerme en todas las barras  
murmura historias de cuando enloqueció  
y salió desnudo debajo de un abrigo  
con un frasco de sal de uvas en el bolsillo interior  
tenía miedo de la contrarrevolución  
gesticulaba en la calle pertrechado dentro del abrigo  
y repetía a quien pasara:  
«¡hoy es una noche buena para vivir!»  
una tarde me esperó sobrio en la terraza  
alabó a un joven novelista que leí con cierto tedio  
la literatura está llena de gente con prosapia  
gente acéfala que recibe premios  
y cuando no los recibe  
se descalza y gime con los ojos cerrados como los fadistas  
los fadistas de la literatura son aún más intolerables  
que los fadistas con guitarra

nada de esto sobrevive en espinho  
ciudad como beirut con las vísceras a cielo abierto

---

dentro / como tu do avesso / o livro está pousado como a mão de um  
homem // queria ser a forma distendida do poema / deambulação sem  
mapa / os olhos secos com a poeira da leitura / respiro fundo / sei que o  
único lugar é este // no tecido agreste das tuas palavras / leio ruy belo / há  
outros homens por trás dele / caindo um a um nas páginas opacas /  
poemas longos como o sofrimento / linhas contínuas de anestesia /  
posfácios de livros em branco / enrolados na espuma sólida do mar de  
espinho // meio dia na areia fina e brilhante / o quartzo microscópico  
reflece o sol a pique / esse mineral generoso de nome incerto // na  
avenida 8 espera-me outro poeta que pede gins / e adormece em todos os  
balcões / murmura relatos de quando enlouqueceu / e saiu nu debaixo de

camino de madrid  
imprimes mentalmente tu capítulo de la historia literaria  
unívoca  
en línea recta como el puñetazo metafísico  
del otro que siempre está dispuesto para el golpe

hay algunos que discurren sobre una realidad que no vuelve nunca  
no puede volver por la imposibilidad teórica de la alegría

la luz dorada de las hojas tiembla  
el viento constante insiste  
sobre la luz derramada en espinho  
podría quedarme aquí hasta empezar la canción de septiembre  
ver pasar a la señora de ayuda  
sobre alfombras idiomáticas de flores y conchas

no puedo leer porque las palabras huelen a ti  
me callo y enmudezco  
para siempre no es una palabra aceptable  
necesito cigarros  
no sé fumar  
escribo en el verano como ruy belo  
veo la puesta de sol sobre la barba profética  
en busca de una epifanía que salve a alguien  
que tenga algún efecto más acá de la muerte

---

um casacão de inverno / com um frasco de eno no bolso interior / tinha  
medo da contra-revolução / esbracejava na rua dentro do casaco  
armadilhado / e repetia a quem passava: / «hoje é a noite certa para a  
vida!» / uma tarde esperou-me sóbrio na esplanada / exaltou um novel  
romancista que li com certa forma de nojo / a literatura está cheia de  
gente com prosápia / gente acéfala que recebe prémios / e quando não  
recebe / descalça-se e geme de olhos fechados como os fadistas / os  
fadistas da literatura ainda são mais intoleráveis / do que os fadistas de  
viela // nada disto persiste em espinho / cidade como beirute com as  
vísceras a céu aberto // a caminho de madrid / imprimes mentalmente o



sentada en mis días en mis sueños  
asisto a la vida ínfima de las cosas y de nosotros en las cosas  
objetos útiles que nos hacen tropezar  
acuerdos, mediaciones  
ojos mirando otros ojos con el mal  
estoy en el fondo de las escaleras de la casa de la calle 18  
escribiendo primero y pensando después  
las calles antiguas no cambiaban su aspecto cada año  
mientras pestañas transcurre la guerra de troya

I am the distance you put between  
all of the moments that we will be  
you know who I am  
you've stared at the sun  
I am the one who loves  
changing from nothing to one

en 1978 oía a cohen leía a ruy belo y me conmovía  
no sabía bien para qué  
en 1978 nadie se conmovía sin razón  
sería tal vez conmoción racional venida del futuro  
un toque de melancolía de montaigne  
espinho, portugal devorando elegías  
ecos distantes  
casi radiofónicos  
de opiniones sobrepuestas

teu capítulo da história literária / unívoca / em linha recta como a porrada  
metafísica / do outro sempre a candidatar-se ao soco // há quem disserte  
sobre um real que não regressa nunca / não pode regressar por  
impossibilidade teórica da alegria // a luz dourada das folhas treme / o  
vento constante insiste / sobre a luz derramada em espinho / poderia ficar  
aqui até começar a canção de setembro / ver passar a senhora da ajuda /  
sobre tapetes idiomáticos de flores e conchas // não posso ler porque as  
palavras cheiram a ti / calo-me e emudeço / para sempre não é palavra  
aceitável / preciso de cigarros / não sei fumar / escrevo no verão como ruy  
belo / vejo o declinar do sol sobre a barba profética / na busca de uma

los fenicios tal vez pasaron por aquí  
dejando huellas en la arena  
¿dónde están los fenicios hoy?  
¿dónde estaremos mañana  
después de haber gastado las energías que nos fueron dadas?  
¿dónde estamos nosotros en la memoria de los fenicios?

el sol acabó de sumergirse  
a lo lejos ya veo las casas convalecientes de la granja  
me levanto y camino por las murallas  
¿qué persona voy a ser ahora?

*fallaste corazón  
no vuelvas a apostar*

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE BLANCA LUZ PULIDO

epifania que salve alguém / que faça qualquer coisa para cá da morte //  
sentada nos meus dias nos meus sonhos / assisto à vida ínfima das coisas e  
de nós nas coisas / objectos úteis que nos fazem tropeçar / acordos,  
mediações / olhos nos olhos com o mal / estou no fundo das escadas da  
casa da rua 18 / a escrever primeiro e pensar depois / as ruas antigas não  
mudavam de cara de ano para ano / enquanto pestanejas dura a guerra de  
tróia // I am the distance you put between / all of the moments that we will  
be / you know who I am / you've stared at the sun / I am the one who loves  
/ changing from nothing to one // em 78 ouvia cohen lia ruy belo e  
comovia-me / não sabia bem para quê / em 78 ninguém se comovia sem  
razão / seria comoção racional vinda do futuro / um toque de melancolia  
de montaigne / espinho, portugal a devorar elegias / ecos distantes / quase  
radiofónicos / de opiniões sobrepostas // os fenícios talvez tenham passado  
por aqui / deixando pegadas na areia / onde estão os fenícios hoje? / onde  
estaremos amanhã / depois de gastarmos as energias que nos eram  
destinadas? / onde estamos nós na memória dos fenícios? // o sol acabou  
de mergulhar / ao longe já não vejo as casas convalescentes da granja /  
levanto-me e caminho no paredão / que pessoa vou ser agora? // fallaste  
corazón / no vuelvas a apostar

# Buitres y otros adorables pajaritos

SÉRGIO ALMEIDA

**UN CORTO PÁRRAFO** en la página 12 del último número de la revista *Artes em Partes* fue todo lo que se escribió sobre la obra de Frederico Valsassina (1912-1989), primer poeta bahiano que abrazó el gótico y el decadentismo con una perspectiva no evolucionista.

«Revela el autor una evidente propensión en su escritura al enfoque fenomenológico literario, saturándola de figuras ociosas, ensimismadas o simplemente inútiles, quizás inspiradas en su propia persona. Si tal artimaña sirve para que el autor dome sus fantasmas interiores, impidiéndole que desate tiros en la calle más cercana o que detone la bomba atómica sólo porque la misma no se desvió de su camino, difícilmente encontraremos ejemplo de una escritura más útil. Que continúe, pues, para bien de todos nosotros», escribió el más afamado crítico local sobre *Abutres e outros adoráveis passarinhos* (Buitres y otros adorables pajaritos), edición de autor que publicó en 1937.

La euforia que se apoderó de Valsassina le habrá impedido que se percatase del riesgo que corría cuando, a partir de ese instante, se autoproclamó «El Poe de Bahía», imitando al compinche de Baltimore en todo lo que estaba a su alcance. En el auge del delirio tembloroso, también buscó morir en el desagüe, para enrostrarle al mundo la injusticia de que estaba siendo blanco, pero lo mejor que consiguió fue romperse la columna al resbalarse en la vereda y estrellarse de lleno contra el tacho de basura más cercano.

De la misma manera, no contribuyó en gran medida a su afirmación literaria el modo nada poético como perseguía a los editores que se negaban a publicar sus abundantes escritos. A uno de ellos, particularmente severo en la crítica a sus poemas, le hizo prometer, con un

arma blanca apuntada al dilatado estómago, que ya no traumatizaría a jóvenes autores en ascenso como él con críticas desprovistas de buen sentido común. Aunque, como era el caso, esos jóvenes ya ostentaban arrugas profundas en el rostro y calvas immaculadas.

Contra toda probabilidad, Valsassina no desistió de la saña literaria. Entró en una espiral de delirio que, si no abatió por completo su ánimo, al menos hizo que los últimos restos de conexión con el mundo se desvanecieran por completo. Comenzó por romper amistad con el círculo de poetas *underground* que él mismo había fundado varios años antes, desilusionado de la forma como permitían que su obra siguiera ignorada por la mayoría.

Al poeta no le bastaba malquistarse con sus pares y hasta (ex)amigos. Quiso, a toda costa, liberarse de la docilidad que aún pudiera existir en él y se esforzó por alcanzar el nivel cero de la decencia. El abandono de las más elementales reglas civilizadas fue el paso siguiente. Se quedó sin abrigo, errando por las calles con una extraña sonrisa en los labios, que de amigable poco tenía.

Todo el dinero que juntaba en la recolección de basura era destinado a la compra de gruesas resmas de papel. Garabateaba furiosamente en él y, apenas terminaba un nuevo volumen, subía al más alto edificio de la ciudad para lanzar sobre los transeúntes sus vísceras literarias, como las motejaba. No sólo poemas, subráyese: al lado de los inconfundibles sonetos en que vapuleaba la demencia de la sociedad, era posible encontrar aun relatos exhaustivos de los sueños, los nombres de todos los jugadores del plantel del Bahía Fútbol Club o simplemente la lista de compras de la semana siguiente.

Le divertía en verdad saber que todo lo que escribía pertenecía ahora a todas partes. Era el carácter aleatorio de la cosa que lo seducía: la noción de que la hoja que contenía la descripción del sueño erótico de la noche pasada con la profesora de infancia podría chocar contra la cara del sacristán, proporcionándole material de diversión onanístico para largos días, o esperar que el borrador con la receta desvirtuada para hacer raviolos pudiera ir a parar a manos del alcalde y le provocara, de ese modo, una violenta diarrea.

Todos esos escenarios eran posibles de crear en Valsassina una fuente de indecible placer. A tal punto que, en poco tiempo, ya se consideraba el poeta más leído de la región, autor de una obra que se liberaba de los típicos condicionamientos literarios que iba a tener con las personas. En el sentido literal.

La satisfacción de Federico Valsassina por su súbita popularidad no era compartida por nadie más. Las protestas sobre la acumulación de los centenares de hojas lanzadas diariamente en la vía pública comenzaron a subir de tono a partir del momento en que el diligente escritor, en el afán de ir modificando el repertorio, resolvió hacer los escritos más incisivos. El tono bucólico de algunos de los poemas fue rápidamente sustituido por la violencia verbal más inaudita. Donde antes se insinuaba un rastro de sensibilidad, aunque amargada, sólo pasó a existir la pura maledicencia, agravada en algún caso por una ilusoria sensación de invencibilidad.

El 19 de febrero de 1973, las autoridades sanitarias recibieron instrucciones para impedir que Valsassina continuase su campaña panfletaria. La ausencia de cobijo cierto hizo difícil, en una primera fase, la intimación, pero bastó que los funcionarios abordaran al poeta, haciéndose pasar por lectores devotos, para alcanzar el objetivo. Juzgando que se trataba de una broma, pronto dio la espalda a quien lo interpeló. Pero, cuando la siguiente vez se dirigió a la torre para un nuevo ataque literario, descubrió, sorprendido, que habían apostado un vigilante a la entrada. Buscó alternativas, pero en todos los lugares por donde pasaba sentía todos los ojos clavados en él, como si cada ciudadano fuera un potencial delator de sus actividades propagandístico-literarias.

Por eso aceptó el cambio. No interpelaría a los ciudadanos en su totalidad, sino que haría una aproximación individual, quizá más eficaz aún. Querían silenciarlo. Pronto verían que sólo estaban ampliando el impacto de su obra.

La felicidad fue breve. No tardó en comprobar que las personas, lejos de reaccionar con gusto al contacto, se desviaban, exhibiendo una mezcla de repulsa e indiferencia. Hasta los que anteriormente buscaban encontrar un sentido en el bombardeo poético que llevaba a cabo se alejaban, incomodados con su intento de compartir.

La tan común omnipresencia de Federico Valsassina por las calles se volvió más espaciada. Debilitada por el rechazo, la figura pareció secarse. Cada vez que aparecía en público, deambulando sin sentido por las arterias más concurridas, parecía haber envejecido diez años. Y aun cuando era abordado de forma más cálida por antiguos camaradas con los que había perdido el contacto, ni reaccionaba y se limitaba a seguir su camino hacia ninguna parte. La última vez que fue visto

en público, más hirsuto y cetrino que nunca, cargaba una gigantesca bolsa de lona en la espalda, lo que no tardó en ser interpretado como una salida particularmente humillante de su ciudad, la capitulación definitiva de quien no concretó ni uno solo de los miles de sueños acumulados con ardor durante décadas.

Cómo habrá sobrevivido a todos esos años de miseria —el autor murió solo en 1989, cuando todos sus descendientes, ascendientes y demás seres ya habían desaparecido hacía mucho—, es tarea que no cabe aquí explicar. La mitología local pronto se apresuró a crear a su alrededor innumerables historias, cada una más improbable que la otra.

Hubo quien juró con fervor haberlo visto en más de una ocasión entrando en una limusina dorada, flanqueada por mujeres desnudas que lo cubrían de abrazos y besos, lo que iba al encuentro de la tesis de que Valsassina era un empresario de éxito que eligió la poesía como una forma de dejar la sociedad, vengándose de los múltiples atropellos éticos que cometía a diario. Cuando llegase el juicio final, las humillaciones que sufría por escribir poemas desprovistos de sentido podrían aliviar la pena aplicada al nada magnánimo magnate. Pero la teoría más rebuscada construida sobre el poeta era la que aseguraba que se trataba de un simple inspector fiscal que se había especializado en el área literaria para obligar a los editores y escritores que cumplieran sus obligaciones con el Estado. Este disfraz secreto ayudaría a explicar, al menos, su conducta extraña cuando, con el pretexto de una propuesta de publicación o de simple asesoramiento literario, vigilaba los pasos de las víctimas más allá de cualquier razonabilidad. Coincidencia o no, después de la negativa —que en la mayoría de los casos era violenta, dada la insistencia de Valsassina—, todos los destinatarios recibían extrañas notificaciones fiscales, interpretadas por los propios como penitencia por el modo brusco en que habían tratado a un semejante.

Si las historias puestas en circulación sirvieron para, aún hoy, conferir al autor de *Abutres e outros adoráveis passarinhos* una cierta aura de notoriedad, sobre todo entre el ala esquizofrénica de los candidatos bahianos al panteón literario, sobre sus libros pende, sin embargo, un espeso silencio que sólo la publicación póstuma de sus obras puede rasgar por completo •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# A una sonda espacial al final de sus días

DANIEL JONAS

Cansada de misiones, rindes la vida  
Y humana casi alaban tus días,  
Y hablan de tu beso de adiós  
Pues esta vez, por último, verás Titán  
Ya antes que cedas a la gravedad  
Del enorme gas del fin y así te extingas.  
Y gran pena va en el pecho inconstante  
De las personas que sensibles se despiden  
De tu ardiente vida de mirón,  
De tu recogimiento casi cósmico.

## A UMA SONDA ESPACIAL NO FIM DOS SEUS DIAS

Cansada de missões, rendes a vida / E humana quase louvam os  
teus dias / E falam do teu beijo de adeus / Pois desta vez verás Titã  
por último / Já antes de cederes à gravidade / Do grande gás do fim  
e assim findares. / E grande pena vai no peito vário / Das gentes  
que sensíveis se despedem / Da tua ardente vida de mirone, / Do  
teu recolhimento quase cósmico. / O monge deixará a sua órbita /  
E entregará a lata a poeira / No seu martírio frio e silente / De  
fotojornalista no teatro / De guerra abatida por morteiro, / Caída

El monje dejará su órbita  
Y entregará lata y polvo  
En su martirio frío y silente  
De fotoperiodista en el teatro  
De guerra abatido por mortero,  
Caída sobre el polvo, la roca, el gas.  
Fue larga tu vida de silencios,  
De fascinaciones siderales y estelares  
Y grandes cosas viste, si anónima,  
En tu recogimiento clerical  
En el ombligo de la oscuridad, de lo difuso,  
A lo lejos de lo más lejano; y tan confusa  
Llegada al fin de las interminables vueltas  
Recoges en tu álbum los últimos  
Fogonazos de alegría y giras  
Una vez más entre profundas sombras  
Mientras te retiras como actriz  
De la última escena entre aplausos  
Y las candilejas molestan  
Tus ojos frágiles, ríos inseguros.

sobre o pó, a rocha, o gás. / Foi longa a tua vida de silêncios, / De  
assombrações sidéreas e estelares / E grandes coisas viste, se  
anónima, / No teu recolhimento clerical / No umbigo do escuro, do  
difuso, / Ao longe do mais longe; e tão confusa / Chegada ao fim  
das infindáveis voltas / Recolhes no teu álbum os teus últimos /  
Fogachos de alegria e rodopias / Uma vez mais por entre as  
sombras fundas / Enquanto te retiras como atriz / Da cena  
derradeira entre aplausos / E as luzes da ribalta te encandeiam / Os  
frágeis olhos, rios inseguros. / Adeus dirás aos astros, aos planetas.

Dirás adiós a los astros, a los planetas.  
Dirás fue bueno verlos y amarlos,  
Probándolos eternos (tú efímera),  
Y, sobrepasando vueltas cual perro  
Que casi en un tropiezo tira  
Aquél cuyas pantorrillas sacude  
Y aplaude con la cauda juvenil,  
Te verás, tan repentina, acabada  
Por el tiempo de Plutón magnánimo  
En días y ya rica empobreces  
(Pues quien más rico hace el tiempo, muere,  
Y pobre de sus días es el rico).  
¡Adiós, pues, artefacto sideral!  
Eres casi alguien que se va y lloramos,  
Porción de nuestras vidas que se pierde,  
Globo primero, pérdida inaugural.  
Ahora la pira fúnebre te espera.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

/ Dirás foi bom de ver-vos e amar-vos, / Provando-vos eternos (tu  
escassa), / E, exorbitando voltas qual cachorro / Que quase num  
tropeço faz cair / Aquele cujos gémeos esgaravata / E aplaude com  
a cauda juvenil, / Ver-te-ás, tão repentina, vindimada / P'lo tempo  
de Plutão munificente / Em dias e já rica empobreces / (Pois quem  
mais rico faz o tempo, morre, / E pobre dos seus dias é o rico). /  
Adeus, pois, maquina sideral! / És quase alguém que parte e nós  
choramos, / Porção das nossas vidas que se perde, / Balão  
primeiro, perda inaugural. / Agora a pira fúnebre te espera.

# João Luís BARRETO GUIMARÃES

## PRELUDIO

**Transporto conmigo este día como  
la suela del zapato transporta una  
goma de mascar. El poema va sin miedo  
(se dispone sobre papel)  
deja escrito en negro lo  
que tenía que decir  
(persiguiendo sin pereza lo que  
aún no existe). ¿Y a qué huele el nuevo día?  
Por ahora a papa frita —  
pequeño prodigio un poema: a él  
le cabe decidir si engalana  
(o no) lo  
real. Porque siempre habrá alguien en busca  
de imágenes precisas  
(rechazando el artificio que adorna la belleza)  
preguntando por la verdad que existe  
en las cosas comunes.**

## PRELÚDIO

**Transporto comigo este dia como / a sola do sapato transporta uma /  
pastilha elástica. O poema vai sem medo / (dispõe-se sobre papel) /  
deixa ficar escrito a negro o / que tinha para dizer / (perseguindo  
sem pereza o que / ainda não existe). E a que cheira o novo dia? /  
Por ora a batata frita — / pequeno prodígio um poema: a si / cabe**

## MANZANAS SILVESTRES

Más que el primer verso me inquieta  
el siguiente: ¿el  
segundo quién lo da? Escojo el  
mundo  
con los párpados (abriendo y cerrando los ojos)  
escoger es excluir  
excluir es entender  
entender es conservar. Cada poema escrito es  
una oportunidad  
como alguien a quien se toca y sin  
darse cuenta pasa corriente  
(una espina en la garganta) la  
uña en una  
pizarra. Hacer poemas es como ir  
a robar  
manzanas silvestres —  
vas a la espera de dulzura pero  
te sorprende la acidez. Dentro del poema:  
sonidos  
(alrededor: espacio blanco)  
silencio trabajando.

decidir se enfeitá / (ou não) o / real. Porque virá sempre alguém em  
busca / de imagens precisas / (recusando o artifício que adorna a  
beleza) / perguntando pela verdade que existe / nas coisas comuns.

### MAÇÃS SELVAGENS

Mais do que o primeiro verso inquieta-me / o seguinte: o / segundo  
quem o dá? Escolho o / mundo / com as pálpebras (abrindo e  
fechando os olhos) / escolher é excluir / excluir é entender /  
entender é conservar. Cada poema escrito é uma oportunidade /  
como alguém em quem se toca e sem / que se conte dá choque /  
(uma espinha na garganta) a / unha num / quadro de ardósia. Fazer  
poemas é como ir / roubar / maçãs selvagens — / vais à espera de  
doçura mas / surpreende-te a acidez. Dentro do poema: / sons / (em  
redor: espaço branco) / silêncio a trabalhar.

## LA HIPÓTESIS DEL GRIS

En un mundo en blanco y negro  
me recomendaron el gris. Un recurso  
extraordinario. Con la hipótesis del gris podría  
ensayar  
soluciones inusitadas —  
experimentar el tibio (que no es frío ni  
caliente)  
explorar el crepúsculo (que  
no es noche ni día) practicar la omisión  
(que no es falsa  
ni verdad). Blanco y negro mezclados permitían  
finalmente  
vivir en conformidad —  
desocupar los extremos (tan ajenos a la virtud)  
licuarme en la turba  
en el centro del  
promedio  
dorado. Con la paleta de los grises podría  
refinar el arte de la sobrevivencia que  
(como los mansos bien lo saben) es  
no estar vivo  
ni muerto.

### A HIPÓTESE DO CINZENTO

Num mundo a preto e branco / recomendaram-me o cinzento. Um  
recurso / extraordinário. Com a hipótese do cinzento poderia /  
ensaiar / soluções inusitadas — / experimentar o morno (que não é  
frio nem / quente) / explorar o lusco-fusco (que / não é noite nem  
dia) praticar a omissão / (que não é falsa / nem verdade). Preto e  
branco misturados permitiam / finalmente / viver em conformidade  
— / desocupar os extremos (tão alheios à virtude) / liquefazer-me na  
turba / no centro na / média / dourada. Com a paleta dos cinzentos  
poderia / aprimorar a arte da sobrevivência que / (como os mansos  
bem sabem) é / não estar vivo / nem morto.

## FALSA VIDA

*No recuerdo en qué  
naufrágio  
dijiste que venías*

VÍTOR SOUSA

La  
arena que traes de la playa no hace de ti  
un ladrón —  
supe que te vas del país que no  
te quiso  
(te prometían el pasado  
querías hablar de futuro  
separados por el presente). El viento que  
sopla afuera  
da una falsa vida a las cosas  
(difícil mantenerte vivo  
en un pantano de horas muertas) si  
la cerveza

en donde al atardecer ahogará los sentidos  
ya tiene más medallas  
que tú. Si al fin del día preguntas  
a dónde fue todo el día  
es la *hora* de partir (no quedarse preso en el naufragio)  
esperando un milagro en la playa  
llorando a los barcos  
por sus nombres.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

## FALSA VIDA

*Não me lembro em que  
naufrágio  
disseste que vinhas.*

VÍTOR SOUSA

A / areia que trazes da praia não faz de ti / um ladrão — / soube que  
te vais embora do país que não / te quis / (prometiam-te o passado /

querias falar de futuro / separados pelo presente). O vento que /  
sopra lá fora / dá uma falsa vida às coisas / (difícil manteres-te vivo  
/ num paul de horas mortas) se / a cerveja / onde à tardinha irás  
afogar os sentidos / já tem mais medalhas / que tu. Se ao fim do dia  
perguntas para / onde foi o dia inteiro / é a hora de partir (não ficar  
preso ao naufrágio) / esperando um milagre na praia / chorando os  
barcos / pelo nome.

# Martes

PATRÍCIA PORTELA DIAS

*...escribo esta carta sólo para guardarla en el pecho  
como si fuera una carta que usted me escribiera  
en vez de escribirme a mí misma.*

MARIA JOSÉ

**En verdad, necesito vacaciones...** Hace siete años que no salgo del país, que no paso un fin de semana fuera de casa, siempre el trabajo, siempre el trabajo... nunca tengo tiempo para nada... El año pasado casi fui a Escocia. Iba ahí para celebrar mis cuarenta años, quería hacer algo distintivo para celebrar la fecha, iba en busca de mis raíces, tengo un bisabuelo escocés que nunca conocí. Era un sueño que yo tenía, ir a Escocia con Ivo, íbamos los dos en auto, cruzábamos el canal, tomábamos un ferry, y después otro, íbamos juntos, e Ivo también tenía alguna relación con Escocia, hablábamos los dos inglés, e íbamos juntos, en el verano ya todo estaba arreglado, llegábamos allí el 15 de agosto, el día de mi cumpleaños, habíamos organizado todo, los mapas de los sitios, los lugares donde dormiríamos, el itinerario de las ciudades y pueblos que íbamos a visitar, el lugar donde estaba el restaurante de mi bisabuelo, preparamos todo un año antes, pero después, en mayo, Ivo terminó conmigo después de doce años juntos, salió de casa, dijo que estaba confundido y que no podía decidirse y que por eso se iba. Nunca más lo vi. Me quedé en tal estado que ya ni tenía sentido ir a Escocia en agosto, conocer mis raíces, cumplir cuarenta años, así, sola, sin nadie más... sé que debía haber ido pero el dinero nunca llega y ahora ir así para gastar una fortuna sola... no me

pareció buena idea... ¿y para qué llegar allí y hacer qué, sin Ivo? Guillermo todavía me retó a ir a Creta, tenemos unos amigos que viven allá hace unos años, y Creta siempre fue mi sueño, Creta, Grecia, íbamos juntos, nos quedábamos en casa de Juan, al Tó también lo tenía ahí, todos solteros o divorciados, todos sin hijos, y yo llevaba una carpa para que acampásemos en el Olimpo, yo releía *Zorba* o la *Odisea*, bebíamos sólo vino local y hablábamos sólo de cine, rehacía la vida en las vacaciones, pasábamos los días tomando la foto perfecta y paseando en laberintos, pero después Tó estaba en contra de las compañías aéreas *low cost*, y pese a que conseguí pasajes a última hora con tres escalas en Aegeanair por un precio razonable cuando Guillermo me dijo que se rehusaba a volar por causa de las emisiones de CO<sub>2</sub>. Aún hicimos cuentas y hasta servía para dividir los costos si fuéramos en auto, pero Tó se marea viajando en auto y tenía poco tiempo para irse de vacaciones, por eso tenía que ir en avión y, para ir en carro, sólo nosotros dos, salía tres veces el precio de un viaje de ida y vuelta sólo para llegar ahí. Antes quería ir a Escocia, pero para ir a Escocia no tenía compañía y, como había terminado un asunto laboral que estaba pendiente hacía más de un año, terminé pasando las vacaciones en casa, pero trabajando aún pensé en tomar vacaciones éste u otro fin de semana, aunque fuera sólo para arreglar la casa hasta fines de año, pero ya sabes cómo es, siempre es complicado tomar sólo tres días de descanso para que después haya mal tiempo, y luego no se puede hacer nada útil en el jardín, después una persona despierta tarde y se da cuenta de que perdió el día, después la frustración que se acumula el domingo por la noche por no haber aprovechado el fin de semana como debería y encima percatarse, demasiado tarde, de que no hay comida en casa y que todo ya está cerrado y que ahora está llamando para pedir una pizza, pero yo tampoco puedo pasar los días comiendo *pizza*, prometí hacer dieta, y acabo de hacer espaguetis con una salsa improvisada con lo poco que tengo en casa y bebiendo un litro de cerveza sola y viendo una película en la televisión y, a la mitad de ella, me doy cuenta de que ya la había visto, pero no tengo fuerzas para cambiar de canal... pero de veras necesito vacaciones... Si no descanso, no sé si llego entera al final de este año.

Este verano estuve a punto de ir a Islandia. Tuve una oportunidad única, me enamoré de un hombre que iba de vacaciones con su hijo a Islandia una semana después de conocernos. Confieso que casi me da



la locura y compro un pasaje de avión, incluso llegué a pensar en tomar vacaciones a mitad de mes, así, sin más ni más, tuve hasta el atrevimiento de gastar, ni siquiera había que usar días de vacaciones y esa semana incluso tenía dos feriados por lo menos, y hasta el museo donde trabajo hacía puente en uno de ellos y yo había terminado el informe anual, que es lo que me quita más tiempo y que me genera más tensión en la oficina, y además podía salir de vacaciones sin preguntárselo a nadie, soy mi propia jefa en mi departamento, bastaba con llenar el formulario y sellarlo, y hasta era un período tranquilo en el museo, no había ninguna exposición prevista en esos días, incluso el edificio estaba en obras, y había sido perfecto, él hasta tenía un sitio para nosotros, e Islandia era el país de mis sueños, ahí no tengo a nadie ni sé nada de Islandia, pero siempre quise ir ahí, no me pareció correcto tomar una decisión tan irreflexiva, hace quince años que trabajo en ese departamento y nunca hice nada sin pensarlo dos veces o sopesarlo muy bien ni nunca dejé nada por hacer.

Lo pensé mejor y llegué a la conclusión de que era preferible no ir a Islandia, no podía ser tan impulsiva, aunque ahora había conocido a José e iba a conocer a su familia, pasar una semana con su hijo, al que por casualidad yo le había gustado desde un inicio, y si después todo salía mal, ¿qué pasaba? ¿Echo pronto por tierra este amor sin siquiera haber tenido la oportunidad de conocernos un poco mejor en nuestro hábitat natural? No, no puede ser, sin duda tendremos otra oportunidad de ir juntos a Islandia. José todavía insistió conmigo cuando le dije que había decidido quedarme en casa, me dijo que le gustaría mucho que yo fuera con él, pero su insistencia me causó más dudas, en cierto momento se sentía obligado a llevarme con él porque me conoció ahora, y yo no quiero crear ese tipo de relación, nos conocemos hace una semana y ya tenemos que hacer todo juntos, es mejor tener calma, hace un año salí de una relación, él también, de hecho aún no tenemos tanto espacio libre el uno para el otro cuanto más para Islandia... aunque sea un país pequeñito, con pocos habitantes y con los paisajes y los caballos más raros del planeta... Pero estoy cansada... estoy de veras agotada, y me siento sin energías para continuar la vida que llevo. Hace siete años que no tengo vacaciones, ¿cómo es posible? Y ahora...

No sé, creo que algo tiene que cambiar, quizá mejor debía ir de vacaciones sola, pero de irme tenía que ser a un lugar lejano, incluso a uno muy lejano, sí, pues, al sur, podía ser en barco, en avión, en tren, da lo

mismo, mira, ¿y si hiciera la Ruta de la Seda? Dejaría todo y partiría, llevando sólo un maletita y tres libros e iría de un lugar a otro del mundo, a un sitio que nunca me había pasado por la cabeza... Me gustaba la idea de ir al Pacífico, y emplear mucho tiempo hasta llegar ahí, hacer uno de esos viajes en barco, a vela, que da para muchos años y muchos mareos, uno de esos viajes que siempre quise hacer y que no hice porque Ivo siempre se mareaba en barco, siempre tuvo vértigo y claustrofobia, es eso, voy a hacer el viaje que nunca hice y que nunca quise hacer, lleno de peligros y experiencias radicales, comprar un billete sin regreso en un barco con el destino más oriental posible y pasar días y días en medio del mar, en medio de la nada, al sabor del viento, sin horizontes ni planes, al ritmo de las olas y de las tempestades tropicales... Justo eso. Me hace falta una tempestad, hasta me imagino en medio de ella, y debajo de mí, volcanes subacuáticos, epicentros de posibles terremotos, potenciales tsunamis... Necesito el choque con el clima, con las personas, con los olores, con las culturas, con la violencia de las catástrofes naturales... y vivir constantemente aturdida, con pánico frente a un posible ataque y piratas para olvidarme de los que tengo siempre que hago una presentación en Powerpoint.

Bueno, bueno, sería recorrer toda la costa oriental en barco, hasta Shanghái, eso, sí, ir a Shanghái, a unos cinco mil kilómetros de la Gran Muralla, a cinco horas de avión desde Victoria's Peak en Hong Kong, a quinientos kilómetros de distancia de un crucero en el río Yang Tse, entre el río Wang y el río Chang, ir a China... sí, eso.

Ver los últimos pandas, las grutas llenas de estalactitas y estalagmitas, los bosques de bambú, el ejército de terracota, las cataratas... sí, eso, podría hacer el viaje más largo en tren, leí en un periódico que si tomo un tren regional en Lagos a las 17:05 a Túnez, en Túnez cambiar al tren interciudades hasta Lisboa-Oriente, llego a las 21:26 y enseguida tomo el Sud a Francia vía Hendaya, llego a Francia a eso de las once del día siguiente, después agarro un TGV a París, y de París voy a Colonia, de Colonia a Varsovia y de Varsovia a Moscú vía Minsk; en Moscú espero dieciocho horas con veinticinco minutos, lo leí en un sitio, da tiempo para visitar el Kremlin y regresar, y es ahí donde tomo el famoso Transiberiano, que toma seis días hasta Pekín, y si quisiera ir hasta Ho Chi Minh, serían trescientas treinta y cuatro horas en tren hasta Vietnam.

Pero ahora estaba pensando, ir a Shanghái, en China, podría ser el gran plan... Pero el problema es que para ir en verdad a China, si qui-

siera sacar partido de ese viaje, tengo que aprender a hablar chino. No tiene sentido desplazarme hasta un lugar tan lejano y después sólo poder viajar por los caminos turísticos donde hablan inglés o francés y no tener la oportunidad de ver la China real y profunda; ya he investigado unos cuantos cursos en línea y si me dedico durante un año y medio a estudiar mandarín dos veces por semana y sigo dos cursos intensivos, uno en diciembre, uno en el verano, en dos años podré leer novelas ligeras, diarios y otros documentos con relativa facilidad y usar la lengua en la vida diaria. «No voy a poder entender la poesía de Tang ni leer los escritos originales de Mencius», decía el sitio, pero para viajar con algún grado de libertad pienso que sirve, y ni siquiera me gusta mucho la poesía. Lo mejor era combinar las vacaciones con algún trabajo o alguna investigación que yo pudiera hacer en China para el museo donde trabajo, siempre es bueno un contacto con los locales a través de un amigo que esté viviendo en el país que se quiere visitar, para hacer la estancia más atractiva, colorida, por ciertos detalles de la vida cotidiana que un turista normal no puede vivir cuando se apunta a una excursión o cuando no habla la lengua. Pero si quiero hacer un viaje que de hecho valga la pena y que me marque para el resto de la vida, tengo que escoger de antemano cuál es la zona del territorio chino que deseo visitar, para aprender mandarín o cantonés, incluso porque el mandarín se aprende en cualquier lado pero el cantonés no es lengua oficial y sólo con clases privadas, tal vez en la misión de Macao pueda conseguir a alguien, o aun, quién sabe, llegar a China vía Macao, tal vez hasta sea una buena idea, comienzo el viaje en una zona que ya era portuguesa, la arquitectura es reconocible, venden pasteles de crema y croquetas y así una persona no sufre pronto un embate cuando llega, se va desde Portugal hasta el antiguo imperio británico y sólo después de haber practicado algunas palabras y algunas expresiones con algunos locales, paso a la verdadera China.

Sí, eso de ir a China no es poca cosa, y yo sólo quería ir de vacaciones, para mí podría ser un sitio cualquiera, pero si empiezo a estudiar la lengua después tengo que seguir hasta el final, también porque después no es solamente la lengua, hay que planificar muy bien un viaje de éstos para no ir en un momento equivocado, por ejemplo, si quisiera aprender cantonés e ir al sur de China, tengo que tener en cuenta el monzón, entre octubre y marzo, y los vientos que llegan desde las mesetas de Mongolia, atraviesan Siberia y pierden fuerza a

medida que se acercan al sur, provocando un invierno seco y frío con variaciones térmicas de casi cuarenta grados centígrados entre el Norte y el Sur de China, es verdaderamente fundamental no elegir una época equivocada para ir a China, una persona puede constiparse, o peor, coger una neumonía atípica, o una bronquitis, que es mucho peor, y además de todo eso, todos me dicen que el mejor momento para ir a China es en otoño, pero justo entonces no puedo salir de vacaciones, siempre tengo inmenso trabajo, es inicio de la nueva temporada, además he leído en una revista especializada en viajes alternativos que hay que tener en cuenta las plagas de insectos, que son muy frecuentes en China, y es por esas y por otras razones que es conveniente ponerse unas vacunas de cuatro a seis semanas antes del viaje, al menos las vacunas contra la rabia y la profilaxis contra la malaria, que son las más importantes pero también son las que dan más efectos secundarios, cansancio, dolores de cabeza, vómitos, diarrea, y si empiezo a tomar todos esos medicamentos un mes y medio antes y si después no puedo ir a trabajar va a ser un problema, no puedo terminar lo que tengo que hacer antes de partir ya que a mí nadie me sustituye en el empleo cuando me voy de vacaciones, y si me pongo a conseguir todas las otras vacunas que me faltan para tener todo al día y para estar prevenida como me gusta siempre estar en todas las ocasiones, aun tengo que llevar la vacuna contra el cólera, la difteria, el tétanos, la hepatitis A, B, la japonesa, y también precaverme contra la encefalitis, la poliomiélitis, la gripe atípica, la gripe aviar, que ya no está muy de moda, ya no se habla mucho de esa gripe pero fue ahí donde empezó todo, y nunca se debe creer solamente en los medios, y además contra la rubéola que nunca tuve, contra la meningitis que ya tiene una vacuna, contra la fiebre amarilla y contra la fiebre aftosa,

*todos me dicen que el mejor momento para  
.....  
ir a China es en otoño, pero justo entonces  
.....  
no puedo salir de vacaciones, siempre tengo  
.....  
inmenso trabajo, es inicio de la nueva  
.....  
temporada...  
.....*

nadie contrae una en estos tiempos, pero también es muy importante, y según mis cálculos voy a perder una semana de trabajo sólo en tiempo libre para poder lidiar con tanta inyección, primero porque nunca se puede reservar todas las consultas necesarias en el mismo sitio, cada una es en un hospital diferente de la ciudad, después porque nunca se puede reservar todas para el mismo día o si logramos reservar dos o tres en el mismo día son siempre a horas diferentes, cada médico tiene su calendario, y lo peor de todo es que tengo miedo a las agujas, y también tengo la tendencia a generar alergias contra todo tipo de medicamentos que tomo, ya sea por vía oral o cutánea, y es por eso que cuento siempre con uno o dos días para descansar y para ir a la farmacia a comprar los antibióticos que me prescriben en las consultas médicas, ah, y hablando de farmacias, tampoco me puedo olvidar de llevar algo contra el herpes labial. Y si eso fuera todo, yo creo que iría a China este año, aunque todavía hay la cuestión de la visa, y si quiero tener la oportunidad de decidir en cualquier momento de las vacaciones que el viaje dure más de noventa días, necesito una visa de larga duración, y no siempre es fácil obtener una visa de larga duración sólo para hacer turismo en esos países, pero en ese caso hasta puedo hacer como hizo un amigo mío, voy primero a Tailandia y en la embajada en Bangkok pido una visa para China. Después espero cinco días en la isla de Phuket mientras bebo cocteles, tomo unas clases de buceo que siempre soñé hacer y también baños de sol mientras leo sobre Marco Polo o sobre lo que los chinos piensan sobre lo que Slavoj Žižek piensa sobre China, un libro pequeñísimo pero muy denso y difícil de leer, y cuando reciba la visa, me dirijo a la primera agencia de viajes y reservo un vuelo directo en Cathay Pacific hasta Shanghái, y el problema se resuelve. Si alguna vez necesito renovar la visa, siempre puedo regresar a Bangkok, y consecuentemente a Phuket, y consecuentemente a la lectura en las playas y al buceo. Pero no es solamente la visa lo que hay que arreglar para ir a China, no se va a China así como así, sin saber a qué se va, siempre hay el problema de la adaptación real y práctica al país aunque se haya leído mucho sobre el tema, incluso si se ha tratado todo el papeleo necesario con la debida antelación, y sería una pena perder unos días de vacaciones sólo para que una persona se adapte a los hábitos, a las costumbres y a la alimentación en China, antes de partir a su descubrimiento propiamente dicho. Y yo estuve pensando seriamente en este viaje y creo que

es mejor ir primero a Londres, a China Town, sólo para ver cómo es, sólo para tener la experiencia. Puedo ir un fin de semana y es una doble ventaja: no gastar días de vacaciones para acostumbrarme a China porque voy un fin de semana y los vuelos a Tailandia e incluso a China son más baratos desde Gran Bretaña, y creo que es muy importante ir primero a China Town de Londres sólo para ver cómo es, sólo para tener una sensación más palpable de lo que China puede ser, voy a comer comida china, con palillos, comprar té verde, incienso, ir al herbolario, hacer una sesión de acupuntura y otra de *tai chi*, otra de karate, estar en un taller sobre traducción de caligrafía... ir a China Town es un buen plan, hasta tiene un canal con un puente típico.

Estoy decidida a ir a China, hasta creo que este viaje le habría gustado a Ivo, sé que los tiempos no son los mejores, la vida está difícil e Ivo nunca regresará a mí, pero no me voy a desanimar, aunque los vuelos a Londres sean caros, siempre puedo ir a un restaurante chino que hay en la plaza Martim Moniz y que, ya me lo han dicho, es el mejor de Lisboa, y ya empiezo a entrenar como si estuviera en China y pido todas las especialidades de la casa: *chop suey* con calamares, pollo con almendras, cerdo agridulce, manzana *passi* y al final de todo me ofrecen un aguardiente de rosas o de lagarto en una de esas copitas pequeñas que sirven para ver allí adentro una mujer desnuda, con suerte también un hombre, y además me ofrecen un calendario con un imán para colocarlo en la nevera con doce fotos de diferentes ángulos de la Muralla China, una para cada mes, y con un buda que se puede raspar con una monedita en la esquina de la última página hasta que se ven unos números que pueden dar derecho a participar en un sorteo que ofrece un viaje a China.

Y quizá tenga suerte ...

Bueno, gracias por esta conversación, hace mucho que no me desahogaba así. Esta vez estoy realmente decidida a que no pase un año más sin ir de vacaciones. Pero hasta entonces, y porque hoy estoy cansada y ya no tengo fuerzas para ir a Martim Moniz a estas horas, también porque mañana tengo que levantarme temprano, pero voy aquí al chino de mi calle para comprar un *take-away* de *chao min* y alquilar unas películas de Bruce Lee, sólo para no decir que no he empezado a prepararme... ●

# Levi CONDINHO



si muero pronto  
no te pido lágrimas  
ni rosas

te pido que veas por mí  
todas las películas de los Hermanos Marx  
ininterrumpidamente



se eu morrer brevemente / não te peço lágrimas / nem rosas // peço-  
te que vejas por mim / todos os filmes dos Irmãos Marx /  
ininterruptamente



sou contra a propriedade privada! / há no entanto objectos que são  
mesmo meus / um garrafão de vinho sempre disponível / discos do  
Bach do Archie Shepp ou do Zappa / o *Pela estrada fora* do Jack  
Kerouac / as *Poesias de Álvaro de Campos* / o *Ulisses* do Joyce / o



¡estoy en contra de la propiedad privada!  
existen sin embargo objetos que son muy míos  
una garrafa de vino siempre disponible  
discos de Bach, de Archie Shepp o de Zappa  
o *En el camino* de Jack Kerouac  
las *Poesías de Álvaro de Campos*  
el *Ulises* de Joyce  
el *Otoño en Pekín* de Boris Vian  
el *Eros y Civilización* de Marcuse  
la *Presentación del rostro* de Herberto Helder  
los *Trópicos* de Henry Miller  
el *Diario de un ladrón* de Genet  
etc. etc.  
especialmente especialmente  
los 3 simpáticos compañeros  
que tengo entre las piernas

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

*Outono em Pequim* do Boris Vian / o *Eros e Civilização* do Marcuse  
/ a *Apresentação do rosto* do Herberto Helder / os *Trópicos* de Henry  
Miller / o *Diário de um ladrão* do Genêt / etc. etc. / sobretudo  
sobretudo / os 3 simpáticos companheiros / que tenho no melo das  
pernas

# El balcón

FILIPA LEAL

Ésta soy yo. Sí, me presento, aprovecho para presentarme. Soy yo con mis dudas excesivas, yo con un espejo en los ojos. ¿No se ve? ¿No se ve en mis ojos? Lo siento, no escuché lo que dijo. Oigo mal. Tengo una perla en el oído. Sí, me pasó esa tragedia y tengo prisa de contarle esto. Ésta soy yo, como decía, yo con mis metáforas, yo en este día. ¿Ya ha pensado cuán diferentes podremos ser mañana? Fíjese en la proximidad del mar. No es posible ser igual en la proximidad del mar. No es posible ser un río, por ejemplo, de repente ser un río, y fingir que somos los mismos. Me gustaba ser un río. Debe de ser bueno no terminar, poder sentir las aguas tan otras, tan inestables entrándonos por los oídos, por ejemplo, como esta perla que dificulta nuestro diálogo, y eso no tiene ninguna importancia. Los ríos son así, eso es lo que significa ser río, no se les pide que sean diferentes. A los ríos no les importa eso, esa fragilidad, ¿comprende? Lo que queríamos era la interrupción insólita de la exigencia. Pero eso significa ser río. ¿Cómo dice? Lo siento, no lo oigo, sigo sin oírlo. No es fácil hablar desde aquí arriba, estoy ronca. ¿Me oye? Quizá podría hablar más despacio. Trataré de leerle los labios. A mí ya me leyeron los labios, y los ojos, y en ese momento yo no deseé ser agua. Me bastaba ser mujer, aunque no viera el mar. Es difícil no ver el mar. Ésta soy yo, hoy, como intentaba explicarle. No, no sacuda la cabeza. Es importante para mí

que entienda esto. Sé que no quiere invadirme, pero no se preocupe, no lo conseguirá. Soy cualquier cosa contraria, ¿entiende? Cualquier cosa contraria a la posibilidad. Cualquier cosa contraria a nuestro diálogo, por ejemplo, que debe de ser aburrido para usted, pero absolutamente necesario para mí. Puede que no me vea, sé que no le interesa, pero al menos quédese ahí abajo. Será mi lógica irreplicable, una especie de raciocinio cierto. Hay muchos días que no sé pensar. Cuando lo vi, pensé que tal vez me ayudaría a pensar. Pues, comprendo, comprendo la extrañeza con que me mira. Ya presintió todo, ¿no? La mía lastima. Tiene razón: no es posible pensar cuando no se entiende la naturaleza. Si me oyera, si se quedara conmigo, aunque en esa ternura apática, en esa compasión, me comprometo. ¿A qué? A entender la naturaleza, a integrarla en mí, a salvarla. No llore. También está triste, ¿no? La vida es curiosa cuando dos personas tristes se encuentran. Tal vez tenga razón. Imagino lo que piensa. Es a mí a quien tengo que salvar. La naturaleza no tiene utilidad cuando no le sentimos el olor. Cuando no aceptamos el hecho de ser gente. Cuando no sabemos renunciar. No sé renunciar. Podría haberle dicho eso al principio, es cierto: ésta soy yo que no sabe renunciar. Pero, confieso, tuve miedo de que me abandonara. No, no se vaya. No tenga miedo de mi dolor, de mi enloquecida dependencia. Es una cosa terrible, ¿sabe? Es terrible despertar y haber perdido el corazón. Esta tarde, por ejemplo, me dieron ganas de dormir aquí, en el balcón. Quise ser planta acostada en el frío del suelo rojo. ¿Por qué no lo hice? Porque tal vez podía morir algo en mí. Si durmiese en el balcón frío, si yo misma me atreviera a despertar allí, tendría un infinito miedo de ya no ser gente. ¿Lo entiende? Si alguien llegara y me viera durmiendo anidada en el suelo rojo, con plantas perfectamente alineadas con mi cuerpo, le aseguro que no comprendería que sólo estaba tratando de integrarme. Que buscaba la salvación. Me

despertarían con una mirada extraña como la suya, que entonces ciertamente pensará que estoy loca. Pero no, no es exactamente eso. Tengo una especie de blancura excesiva en la mirada. Es decir, si lo deslumbrara, no verá esa blancura. Pero está por dentro, alejándonos. Alejándome de usted. ¿Entiende? Le pido que comprenda, no diré de una forma amplia, definitiva, pero que comprenda algo. Es importante para mí. Acépteme, o mejor, trate de aceptarme este día. Como le dije, mañana quizá sea otra, y podrá olvidarme, seguir con su tristeza. Es una pena que no pueda oírlo. Podría hablarme de su tristeza. Podríamos ser tristes juntos. Como en un matrimonio. ¿Es casado? ¿No? Es tan lindo. Si yo supiera, podría amarlo para siempre. Ésta soy yo que me gustaría saber amar para siempre, como en las películas. Pero hoy tengo la soledad de los árboles. Yo sé, yo sé que no es justa esta metáfora. No tengo el derecho de hablar así de una cosa que no entiendo, de una cosa tan importante para usted, ya lo he notado, como la naturaleza. No se ofenda, no se vaya, buscaba sólo una idea simple para explicarle todo esto. Fíjese: tal vez esté aquí hablando con usted porque tampoco me entiende y por eso mismo no podrá hablar de mí. Pero lo acepto, acepto que me utilice como ejemplo. Como he utilizado el árbol. Seré su metáfora, una especie de explicación del mundo. Es por eso que insisto en que no se vaya, que me oiga en este día solamente. Es que presiento que le seré de alguna utilidad. ¿A dónde va? No renuncie. Perdone la dificultad del diálogo, esta tétrica falta de lucidez. En el fondo, lo que quería que supiese es que ésta soy yo llena de sueño y de frío. Mire bien: ésta soy yo que hice una pausa en la palabra ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

## Casimiro DE BRITO

### DEL POEMA

El problema no es  
meter el mundo en el poema; alimentarlo  
de luz, planetas, vegetación. Ni  
tampoco  
enriquecerlo, ornamentarlo  
con palabras delicadas, abiertas  
al amor y a la muerte, al sol, al vicio  
a los cuerpos desnudos de los amantes—

el problema es tornarlo habitable, indispensable  
a quien sea más pobre, a quien esté  
más solo  
que las palabras  
acompañadas  
en el poema.

### DO POEMA

O problema não é / meter o mundo no poema; alimentá-lo / de luz,  
planetas, vegetação. Nem / tão-pouco / enriquecê-lo, ornamenta-lo /  
com palavras delicadas, abertas / ao amor e à morte, ao sol, ao vício, /  
aos corpos nus dos amantes— // o problema é torna-lo habitável,  
indispensável / a quem seja mais pobre, a quem esteja / mais só / do que  
as palavras / acompanhadas / no poema.

## LA PAZ

Si yo te pidiese la paz, ¿qué me darías,  
pequeño insecto de la memoria de quien soy  
nido y alimento? Si yo te pidiese la paz,  
la piedra del silencio cubriéndome de polvo,  
la voz limpia de los frutos, ¿qué me darías,  
respiración pausada de otro cuerpo  
bajo mi cuerpo?  
Perdóname estar tan solo, y hablarte aún  
de mi exilio. Perdóname si no te pido  
la paz. Apenas pregunto: ¿qué me darías  
a cambio si te lo pidiese? ¿El sol? ¿La sabiduría?  
¿Un caballo de ojos verdes? ¿Un campo de batalla  
para grabar en él tu nombre junto al mío?  
¿O apenas un cuchillo de fuego, intranquilo,  
en el centro de mi corazón?

Nada te pido, nada. Visito, simplemente,  
tu cuerpo de ceniza. Hablo de mí,  
te entrego mi destino. Y la muerte vivo  
sólo de preguntarte: ¿qué me darías  
si te pidiese la paz  
y supieses de cómo la quiero construida  
con las materias vivas de la libertad?

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

## A PAZ

Se eu te pedisse a paz, o que me darias / pequeno insecto da memória de quem sou / ninho e alimento? Se eu te pedisse a paz, / a pedra do silêncio cobrindo-me de pó, / a voz limpa dos frutos, o que me darias / respiração pausada de outro corpo / sob o meu corpo? / Perdoa-me ser tão só, e falar-te ainda / do meu exílio. Perdoa-me se não te peço / a paz. Apenas pergunto: o que me darias / em troca se ta pedisse? O sol? A

sabedoria? / Um cavalo de olhos verdes? Um campo de batalha / para nele gravar o teu nome junto ao meu? / Ou apenas uma faca de fogo, intranquila, / no centro do coração? / Nada te peço, nada. Visito, simplesmente, / o teu corpo de cinza. Falo de mim, / entrego-te o meu destino. E a morte vivo / só de perguntar-te: o que me darias / se te pedisse a paz / e soubesses de como a quero construída / com as matérias vivas da liberdade?

# Desde mi mar se ve la lengua

ANA MARGARIDA DE CARVALHO

**Les vengo a hablar de un pequeño** país, pobre en recursos, periférico, un poco marginal, que es Portugal. Y de su tan improbable existencia, de su tan poco razonable e insensata historia, y tal vez este pasado remoto le dé algún encanto —y también algún cobijo.

Les vengo a hablar de una lengua, que es la portuguesa, que siempre queda muy bien situada en los *rankings* de las más habladas, doscientos sesenta millones de hablantes distribuidos por cuatro continentes, con sus, se dice, cuatrocientos mil vocablos. Impresiona, de hecho, pero no juzgo que sean estas cuestiones cuantitativas las que puedan elevar a una lengua. No es por esto que se deban medir fuerzas entre naciones. Las palabras cargan consigo una historia, los vocablos arrastran otros consigo y es la literatura la forma más elaborada en que las lenguas florecen. Es una pena que el país de la gran globalización que Portugal fue en el tiempo de los Descubrimientos no consiga repetir el hecho a la escala de la cultura: que es probablemente la cosa más importante del mundo.

Y, en tercer lugar, les vengo a hablar de esta literatura que es la literatura portuguesa, que trasciende la lengua, que trasciende el propio país, en sus varios aspectos, en su pequeñez, en su «des-importancia» política, militar, geoestratégica, para los designios del mundo y hasta para la comunidad europea, como bien saben... Nuestra literatura es mucho mayor que nuestro país, nuestra literatura es mucho mayor que nuestra lengua, y es ella, la literatura portuguesa, más que la lengua portuguesa, aquello que verdaderamente nos une, a nosotros, comunidad lusoparlante, y a quien consigue acceder a ella, que nos une, que nos aproxima, completa, que nos transmite identidad, carácter y sintonía.

Porque el portugués tiene esta cosa mágica de ser una lengua maravillosamente impura, aglutinadora y globalizante. Proviene del latín, claro, en primera instancia, como el español, el catalán, el gallego, el francés, el italiano, el rumano... Mas está saludablemente contaminada por el árabe, por el inglés y francés, también el alemán y el japonés, ahora por criollos y dialectos africanos, hasta por palabras y polisemias que vienen siendo absorbidas del mundo virtual, que, para mí, son muy bienvenidas... Y, desde siempre, salpicada de vocablos griegos (algunos por vía latina, otros por vía directa), que, curiosamente, me parece siempre que llegan de la esfera de lo erudito, de la poesía, de la metafísica, de lo sublime, tal vez.

Sophia de Mello Breyner, que se refería al día de la Revolución como «el día inicial, completo y limpio», decía también en otro poema: «todo lo que es bello tiene un monstruo en sí mismo».

Vengo de un país que es casi un país-isla, con las fronteras fijas desde tiempos medievales —lo que parece ser una excentricidad. Allá seguimos diciendo «Vamos a Europa», como si no formáramos parte de ella. Y en la definición de nuestros poetas, este país-isla es «una franja de tierra inclinada al mar» (Miguel Torga), un «país de marineros» (António Nobre), «donde la tierra acaba y el mar comienza» (Luís Vaz de Camões), que se «recuesta con la cabeza hacia el Norte y los pies sumergidos en el Atlántico» (Nuno Júdice). Siempre nos habituamos al susurro marítimo, como una perpetua banda sonora. Y, acorralados por España, seguimos de frente. En este «no tener regreso del verbo navegar / país del opuesto, sólo mar» (Manuel Alegre).

Y el mar nos invadió la literatura cuando nosotros lo invadimos a él. «Desde mi lengua se ve el mar», en palabras de Vergílio Ferreira. «Los portugueses tienen una cuna pequeña al nacer y un mundo entero para morir», Padre António Vieira. Debajo del cielo y sobre el mar: «Ya la vista, poco a poco, se destierra / de aquellos montes patrios, que quedaban / Quedaba el amado Tejo y la fresca sierra / de Sintra, y en ella los ojos se extendían / Dejábamos también en la amada tierra / el corazón, que las penas allá dejaban. / Y ya después que todo se perdió / no vimos más, en fin, que cielo y mar» (*Os Lusíadas*, Luís de Camões, canto V).

La más extensa y bella obra épica portuguesa, que todos los niños aprenden en la escuela, en honor del Periodo de los Descubrimientos... Más aún, y mejor dicho, que generaciones y generaciones de



niños fueran descomponiendo en una gigantesca ecuación de métricas, octavas y decasílabos, es una pena... Si en tanto aprendieron el reverso de esta historia, las zonas oscuras, los puntos ocultos, la historia de los descubrimientos, la historia de los que ya estaban, los que fueron vencidos, torturados, muertos, esclavizados, traficados...

Los portugueses supieron dar nuevos mundos al mundo, pero también nuevos tercer-mundos al mundo.

Casi como contrapunto a la sublime elegía épica de *Os Lusíadas*, tenemos la desnudez cruda de la historia trágico-marítima, antología de relatos de los siglos XVI y XVII, en que la gran expedición de los portugueses «por mares nunca antes navegados» aparece despojada de esa magnanimidad, en historias terribles de tempestades, naufragios, batallas, mucha ruindad, el delirio de la sobrecarga y la vana codicia. Es verdad que de las páginas de la literatura portuguesa se desprende el aroma del mar, pero también el de la putrefacción, de la vocería, de los gritos, de los terrores, de los llantos lastimosos de los naufragos y de la mercancía que, como muchos saben, tantas veces era humana. «Si el océano en vez de agua fuese calzada estaría toda empedrada por los huesos de los portugueses» (Diogo de Couto). Tal como el Mediterráneo se va volviendo una fosa común, en esta crisis humanitaria de refugiados que Europa no sabe acoger, no sabe estar a la altura.

Y regresamos al verso de Sophia, «cada cosa bella tiene un monstruo en sí misma». O el de Pessoa: «Dios, al mar, los peligros y el abismo dio, pero es en él que al cielo espejeo».

Los brasileños acostumbran decir que al portugués hablado en Portugal le falta azúcar. Los españoles dicen que el portugués es una especie de español sin huesos. Sin huesos, sin azúcar, me gustaba decir que mi lengua es la más bella del mundo. No porque la domine razonablemente, sino porque es la lengua que hablaban Camões y Pessoa, que hablaban Eça de Queirós y Machado de Assis, que hablaban Saramago y Jorge Amado, que hablaban Drummond de Andrade, Manoel de Barros, y Sophia y Herberto Helder y O'Neill. Y también la lengua que cantan Chico y Caetano, Vinícius y João Gilberto, y nuestros Zeca Afonso, Sérgio Godinho, José Mário Branco, Fausto, Jorge Palma...

Y sólo no digo que mi patria es la lengua portuguesa, frase que se mitificó de Fernando Pessoa/Bernardo Soares, del *Livro do desassossego*, que parece muy patriótica, pero que se sacó de su contexto, se auto-

nomizó, porque lo que el poeta agrega es: «Nada me pesaría que invadieran o tomaran Portugal, si no me molestaran personalmente. Pero odio, con odio verdadero, con el único odio que siento, no a quien escribe mal el portugués, no a quien no sabe sintaxis, no a quien escribe con ortografía simplificada, sino a la página mal escrita, como persona misma, la sintaxis equivocada, como gente que se golpea, la ortografía sin ípsilon, como esputo directo que me enoja, independientemente de quien lo escupiera». Una declaración de odio a la reforma ortográfica del tiempo de la Primera República, que nos quitó, de cierta manera, la etimología griega y latina de las palabras.

En Portugal vivimos la introducción del acuerdo ortográfico con el mayor de los alardes. Hay quien lo rechaza, ferozmente. Hay escritores y académicos que lo niegan, también ferozmente. Los periódicos lo adoptan o no. Y mientras tanto, los organismos oficiales y las escuelas redactan siguiendo el acuerdo introducido por decreto. O sea, en Portugal existen, en este momento, dos grafías, simultáneamente. Es decir, se instaló el caos —palabra griega.

Vivimos tiempos extraños, difíciles de clasificar. Probablemente todavía no disipamos esta niebla ambigua y finisecular que envuelve el fin de un ciclo y el principio del siguiente. Fase ésta consonante con la crisis —también palabra griega— en que lo viejo aún resiste y lo nuevo todavía no se ha conseguido instalar.

Pero no deja de ser interesante analizar cómo la alteración de la forma en que escribimos las palabras genera posiciones tan extremadas y tan exaltadas. Tal como sucedió con Fernando Pessoa, a principios de siglo. La lengua es algo muy nuestro, lo que nos da sentido del mundo, lo que nos define y moldea nuestra forma de pensar.

Y termino de una manera optimista, diciendo que el caos no es más que un orden por descifrar, como acostumbraba señalar Saramago. Y que este régimen capitalista en el que vivimos, que trata a los pueblos del sur como consumidores o como mano de obra barata, y no como ciudadanos, no será y no puede ser el fin de toda esta tan larga historia •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ JAVIER VILLARREAL

# MANUEL DE FREITAS

## PISO ANTIGUO

*para António Manuel Couto Viana*

Es una pena que no existan ya  
esos lugares inmundos —puros, quiero  
decir— donde la muerte entraba  
sin tener que pedir permiso.  
Lugares donde eran por igual sinceros  
el sueño, el vómito o la sombra de un abrazo  
(Mayakovsky y Céline tenían la misma importancia  
y la suerte de no ser futbolistas).

## CHÃO ANTIGO

*para o António Manuel Couto Viana*

É pena que já não existam / esses lugares imundos —puros, quero eu  
/ dizer— onde a morte entrava / sem ter de pedir licença. / Lugares  
onde eram por igual sinceros / o sono, o vómito ou a sombra de um  
abraço / (Mayakovsky e Céline tinham a mesma importância / e a sorte  
de não serem futebolistas). // É pena que já não possamos / come-

Es una pena que no podamos ya  
celebrar en el suelo la derrota  
del cuerpo por la mañana. Al lavarse  
los vasos, la última vez, hubo dos  
o tres generaciones que se partieron.  
Tal vez yo perteneciera a una de ellas —pero  
eso, al poema, le importa muy poco.

Hay un lugar que escribe sobre  
la ausencia de todos los lugares.  
Toneles de varios tamaños  
donde he inscrito, por distracción,  
el único nombre verdadero.  
Estoy hablando, naturalmente,  
de cantinas.  
Pero tal vez no sea sólo eso.

morar no chão a derrota / do corpo pela manhã. Ao lavarem / os co-  
pos, da última vez, houve duas / ou três gerações que se partiram. /  
Talvez eu pertencesse a uma delas —mas / isso, ao poema, importa  
muito pouco. // Há um lugar que escreve sobre / a ausência de todos  
os lugares. / Tonéis de vários tamanhos / onde inscrevi, por dis-  
tracção, / o único nome verdadeiro. / Estou a falar, naturalmente, /  
de tabernas. / Mas talvez não seja apenas isso.

## SUB ROSA

*para Herberto Helder*

No somos los últimos, pues si  
hay algo que el mundo siempre ha hecho bien  
es acabar. De nuevo y siempre: acabar.

Más no trabajamos ya con el oro  
y tenemos un cierto pudor tardío  
en hablar de Dios, del amor o hasta del cuerpo.

Las metáforas se enfrían, quizá contrariadas.  
Son casas devueltas, madres sonrientes  
o sombrías cuyo grito dejamos de escuchar.

De la basura, sin embargo, tenemos un vasto  
e inútil conocimiento. Puede  
servirle de rosa triste a los  
que no cantan, ni siquiera, por delicadeza.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

## SUB ROSA

*para o Herberto Helder*

Não somos os últimos, pois se / há coisa que o mundo sempre fez bem  
/ foi acabar. De novo e sempre: acabar. // Mas já não trabalhamos com  
o ouro / e temos um certo pudor tardio / em falar de Deus, do amor ou  
até do corpo. // As metáforas arrefecem, talvez contrariadas. / São  
casas devolutas, mães risonhas / ou sombrías cujo grito deixámos de  
escutar. // Do lixo, porém, temos um vasto / e inútil conhecimento.  
Possá / ele servir de rosa triste aos / que não cantam sequer, por deli-  
cadeza.

# Se alquila silla color naranja (y otros bancos para pensar)

FILIPA MARTINS

I.

## LAS PUTAS DEL CONDOMINIO

«Nadie ve la maratón completa, pero cada uno sigue la final de los cien metros, querida».

Clarinha me da la espalda, malhumorada. La habitación está a oscuras, los contornos del cuerpo son trazados por una grieta de claridad que atraviesa la hendidura de la puerta. La espalda, los colgajos de carne bajo de las axilas, pero también los vértices de los muebles, sin juntas, tornillos al descubierto, *highquality*, lámparas de forma fálica, de material tintineante, casi ningún vestigio de interruptor, verdaderos rompecabezas mobiliarios, a años luz de los muebles *fastfood* de esa marca sueca. La frase es de ella. La habitación está a oscuras porque nuestro João Maria nació hace tres años y seis meses.

«Tiene que tener paciencia en esta fase; la mujer tiende a ocultar el cuerpo durante la depresión», dice el médico, solemne. Ella, en la sala de espera, con las manos en la cara.

Festejamos los tres años de João Maria; los dos con una vela mágica azul que soplamos hasta el agotamiento ante el desinterés del cumpleaños. Oigo su respiración por el intercomunicador sobre el velador; el aparato rechina cuando él se mueve. Me despierto. Tiene una respiración ahogada, una amenaza constante de llanto.

«¿A dónde vas?». Sigue de espaldas, malhumorada. Abro y cierro la puerta con un gesto rápido. La luz casi no entra: «La mujer tiende a ocultar el cuerpo».

¿Cuánto pagamos de condominio? Una fortuna. Vigilancia veinticuatro

horas, tres plazas de garaje, el césped de la entrada recortado, mantenimiento, dos columpios para João Maria, circuito de bicicleta cuando sea grandecito. ¿Vamos a tener un segundo hijo?

«Pagamos una fortuna de condominio y tenemos putas en la puerta», dice Clarinha.

Las putas no se ocupan de lo que pagamos de condominio. Las veo desde la ventana, resollando por un cigarrillo fumado hacia la hendidura de la puerta.

«Convinimos en que no fumaras en casa».

Ella, de espaldas, malhumorada. Yo, junto a la ventana. Se estacionan en la acera los coches deportivos —«putas porque quieren»—, donde la empleada con cama adentro camina despacio, empujando a João Maria, los domingos antes del almuerzo. João Maria, que tiene miedo de soltar la mano, nunca camina solo. Ella en la terapeuta, en la sala de estética, en el *brunch*.

Las putas no hablan, las veo por la ventana, se pasean para nivelar los tacones, no son viejas, ni jóvenes, no sé qué edades tienen bajo la sombra y el *blush*, y usan ropa mínima de color negro, satinada, que relampaguea con la luz de los faros. El pelo voluminoso, bien tratado, las uñas hechas, no les encontramos una mancha en la media y hay esas que enganchan en el brazo bolsas caras que yo regalo en la Navidad a la esposa y a la suegra. Los coches aminoran la marcha, las putas mantienen el paso lento, un desinterés fingido, no negocian el precio, contonean el cuerpo, exponen las manos abiertas en gestos repetidos: cinco euros por cinco dedos espetados a la luz de la lámpara, una y otra vez. Desde la ventana no percibo eso. La puta está de espaldas, pero el del coche encontró razonable el precio. Se ríe, abre la puerta —tengo un Mercedes como ése en el estacionamiento del condominio, el modelo más reciente con la parte trasera baja—, ella no entra sin ver el dinero. Me río y pienso: «Un día las putas tendrán tarjeta bancaria».

Ganan más en una noche, de hecho, que la empleada con cama adentro. Debe de servir para pagar el condominio, las tres plazas de garaje, el césped recortado.

Cuando João Maria rechina en el intercomunicador, solloza y suelta un llanto insistente, sin lágrimas, abandono la ventana. Paso por el espejo de la entrada, abro al máximo los ojos, palpo la papada distendida, entreveo mis dientes y examino el aliento, descubro más canas, cuando el pelo se hace cada vez más escaso.

«Amigo, pareces un fugitivo, pero qué mierda. A las putas no les importa».

Llamo el ascensor para el octavo piso. Los pantalones del pijama me quedan grandes y caen sobre las chancletas, unas que tomé del cuarto de un Hilton de Europa. Ajusto más el nudo de la bata. Espero. Las puertas del ascensor se abren y el vecino del décimo piso con un labrador sujeto por la correa.

«¿Va a bajar?», pregunto.

«¡Qué remedio! La perra tiene problemas de incontinencia y la mujer me volvió la espalda, malhumorada», también de bata.

Abajo la puta me espera. No sé si es joven o vieja y poco percibo de su belleza bajo el rímel y el *blush* y con el relampagueo de la ropa al paso de los coches. Se acerca, me recuesta contra el auto deportivo, que estacionó en la vereda, y palpa mi erección entre la ropa. Poco duro.

«No te preocupes. Nadie ve la maratón completa, pero todo el mundo acompaña la final de los cien metros, querido», dice y me pasa un cigarrillo encendido.

En el octavo piso de mi edificio, un hombre observa, con João Maria al cuello —un llanto insistente, de ése sin lágrimas—; está resollando, apuesto, por un cigarrillo fumado en la ventana entreabierta.

## 2.

### MI ÓRGANO EXTERNO

Las malas noticias llegan siempre a la hora del café, cuando el empleado solícito lleva los restos del postre y deja entre nosotros un silencio macerado y un nuevo refuerzo para la diabetes. Hasta el momento del café la conversación es relajada, provoca exhibición de labios, ocasiones para sonreír, abstracciones del pensamiento, bostezos interiores —confieso. Las respuestas más serias que me exigieron hasta la última cuchara del *mousse* y del budín versaron sobre un portal de ventas de coches de segunda mano, el plantel del Sporting, patrimonio inmobiliario, actividad bursátil, cómo perder vientre sin perder masa muscular, cronometraje sexual, posología diversa, síntomas corporales de gripe y examen de amígdalas.

(Mira si estoy con fiebre. No tengo los ojos amarillentos, ¿no? ¡No me mientas!).

Antes, todavía me hacían preguntas sobre el corazón. Pero ahora soy un desempleado en la materia. Vivo de la renta social de afectos; parques y caritativos, rogados y atribuidos por compasión y pena. Incluso antes, cuando

aún era practicante de la vida afectiva, los pareceres amorosos siempre me causaron nervios y dolores de estómago.

(Clarinha quiere el divorcio. ¡Esa zorra, esa zorra! ¿Oíste?, y pensar que dejé de fumar por ella).

Y yo, balanceándome en la silla, sintiendo sobre mí los ojos de los otros comensales, pedía ayuda a la servilleta estática en el regazo.

(Más de tres años sin dar una; desde que nació João Maria está deprimida. Llega a la cama y me vuelve la espalda, ¡y ahora quiere el divorcio, la muy zorra!).

En los programas de televisión tenemos cuatro hipótesis, dos completamente disparatadas, que nos limitan la respuesta correcta a un juego de probabilidades con cincuenta por ciento de hipótesis de éxito. Frente al café y sin los artificios del audiovisual, pensaba en una respuesta evidente, poco comprometida. Pero, como norma, optaba por la franqueza. (¡Qué vaina! ¡No lo sé!).

Lo que desanimaba al interlocutor.

(No le pasa, ¿no? ¡La muy zorra! Hoy me voy de putas, Francisco). Cuando empiezo a entusiasmarme con el nuevo delantero del Sporting, llega el café y es el diablo. El último, antes de que el empleado volviera con el edulcorante y un olor a juega, me llevó un tercio del pulmón derecho y el alienato para subir la calle de Santa Justa.

(El resultado de tus exámenes, Francisco. Tienes que dejar de fumar, Francisco).

Con el último trago de caféina, ya me veía arrastrando, lentamente y con dificultad, el carrito de oxígeno, un órgano externo pero contiguo al ser humano, metálico, que vence la calzada combatiendo las terrazas de la acera con rueditas de caucho y que se comunica con el resto del cuerpo mediante un tubo de plástico transparente enroscado en la nariz.

(¿De plástico o de materia orgánica? Que el tiempo lo decida).

A la hora del café, me casé. Después de dos removidas de la taza con la cuchara, el azúcar mal disuelto.

(Francisco, estoy embarazada).

No me perdonaste el silencio. La vacilación de segundos. El exceso de palabras dentro de la boca, amontonadas, impidiendo un encontronazo con las que estarían por salir.

(Te compré una cubertería de plata, Clara. Tiene tu nombre grabado en los mangos de los tenedores).

A la hora del café, me divorcié. Preguntabas, ya con el café frío.

(¿No me oyes, Francisco?).

Y yo oí. Te lo juro. Pero no podía, Clara. ¿Cómo puedo salir a toda carrera del restaurante siguiendo el rastro de tus lágrimas? El café frío y mis pulmones. Me cortaron un tercio del derecho, no tardó.

A la hora del café, me pusieron cuernos.

(La madre consiguió novio).

¿Era profesor de yoga o instructor de normas de tráfico? ¿Ya consiguió un trabajito, de esos que salen en el *Correio da Manhã*? Dile, por favor, que no beba café, Clara. Bebe café y es el diablo.

A la hora del café, me quedo más pobre.

(Choqué el carro, padre. Pero la culpa no fue mía).

Y también perdí amigos a la hora del café.

(¿Sabes quién murió?).

Nunca lo sabía.

El café es el último estimulante de coraje. La línea fina entre el miedo y la cobardía. Una especie de o hablas ahora o te callas para siempre. Aprendí a protegerme, me levanto furtivamente en el postre y llevo el carrito del oxígeno entre toallas, mesas y vasos de vino. Si en la fuga me cruzo con el tablero de los cafés, me alegro. Me escapé, ciertamente, del anuncio solemne de mi muerte.

### 3.

#### SE ALQUILA SILLA DE COLOR NARANJA

Fin de semana sí, fin de semana no, y a veces dos a tres días a la semana. Tuve residencia alquilada debajo de una silla de color naranja de plástico en el séptimo piso de un edificio de Olaias, propiedad de un cincuentón semidivorciado y padre. Silla de las modernas, que quedan ridículas al lado de muebles sin cornucopias de IKEA, con un asiento en continuidad de la espalda, parca en juntas. El espacio me fue concedido por usucapión (creo que ése es el término jurídico, del latín *usu capio*, relativo a la posesión de un bien mueble o inmueble, como consecuencia del uso de este bien por un determinado tiempo). Al principio, el espacio se mostraba ideal para dos mudas de ropa dobladas con precepto, tejido poco dado a pliegues, una bolsa de higiene básica y zapatos cerrados, porque, si hay buen tiempo, siempre hay sorpresas y las sandalias de cuña tienen pocas garantías de versatilidad.

En el momento del registro domiciliario, la funcionaria impaciente de la tienda de la Loja do Cidadão me frunció el ceño: «¿Silla de color naranja, en Olaias?».

«¿Dijo Olaias?», preguntó, impaciente.

«Olaias, le aseguro», respondí.

«¿Sabe, al menos, el código postal?», entre suspiros, mirando la cola de otras que, como yo, aguardaban a su vez para registrar dos cajones de velador o un armario de baño o, las más afortunadas, tres o cuatro perchas del armario de un abogado separado, pero no divorciado, en Restelo.

«En Olaias, el sistema sólo me reconoce una cómoda de cuarto y un estante de lavabo», me explicó, aburrida.

«Busque mejor», con incomodidad. «A veces —cuando los niños se quedan en casa de la exmujer— cuelgo un vestido de noche, escondido detrás de sacos y abrigos, en el guardarropa de la entrada. No sé si ayuda en la ubicación».

Las otras, cada una con su contraseña, midiendo el tamaño de la propiedad de la de al lado, esperaban para ser atendidas. Apoyada en la pared del fondo, después del mostrador y de las ventanillas, una mujer rubia de raíces oscuras y con un cigarrillo en un extremo de la boca le confesaba a la otra la mala suerte que había sufrido.

«Imagínate tú que dejé dos lugares para dormir semanalmente en un sofá en Barreiro por un tocador destinado a la entrada de la casa donde sólo puedo dejar las llaves del auto y el tabaco».

«¿Y dónde queda?».

«En Ajuda».

«Me parece gula de aquellos que quieren mudarse a Lisboa», criticó la otra.

«¿Crees que registran esos tocadores?».

Más afortunada, la interlocutora tenía para el intercambio dos semanas de verano en la esquina de Almirante Reis con Calçada do Desterro, en compañía de un anciano, bien casado, pero respetuoso, que la visitaba cuando la familia se iba de vacaciones a Ericeira. Entre las cuatro patas de la silla naranja, el espacio es exiguo, a pesar de que el cariño que vamos ganando con el hábito nos empuja al eufemismo: acogedor, estrecho, adecuado. El comportamiento femenino, no obstante, debido a nubarrones de vanidad, incapaz de concebir elecciones limitadas a la hora de decidir el traje diario, tiene tendencias para no respetar fronteras y colonizar territorio vecino. No hubo, pues, pocas veces cuando una manga de camisa o un

segundo par de zapatos aparecieron en espacio ajeno. Al lado, cerca, pero no debajo y entre las patas de la silla de color naranja. Los estereotipos contemporáneos son poco indulgentes, siempre listos para catalogar comportamientos, y eso, que no era más que una inadaptación a espacios limitados, se convierte, sin darnos cuenta, en una necesidad de profundizar la relación, una completa falta de respeto por límites emocionales y por la incapacidad del otro de entregarse a una relación seria. De nada sirvió argumentar, asegurar que los zapatos Louboutin merecen más que un cuadrado de suelo, porque siempre pasé por sentimentalmente descompensada, intrusa e irrespetuosa. Ávida de compromiso. Una bomba biológica en cuenta regresiva. En fin, capaz de llevar a la histeria a cuarentones lastimados por compromisos pasados, a merced de excónyuges igualmente asfixiantes, y cuya poca capacidad de compromiso se resume a cortejar a universitarias, desayunar en cafeterías universitarias y, al atardecer, beber Dry Martini.

Medir el estado de las relaciones en función del espacio para vasos de enjuague y cepillos de dientes es técnica antigua y certera. Cuando me hartó de acomodarme entre yogures fuera de plazo en la nevera y cuchillas de afeitar desechables, formando parte del ecosistema sin alterarlo —cual investigador de la vida salvaje—, vuelvo a casa, donde puedo dejar los zapatos a la puerta y cabellos en el lavabo. En la entrada, la portera me pregunta:

«¿Estuvo bien el viaje, doctora?».

«Dos cajones de una cómoda y una percha», respondo.

«No está mal, doctora. La última vez, si no recuerdo mal, tenía el respaldo de una silla para colgar el saco», argumenta la portera.

«Estoy cansada de ser inquilina, ¿sabe? Voy a alquilar un espacio con un armario donde se cuelguen dos fundas para ropa que puedan ser colocadas entre vestidos de noche», le digo.

#### 4.

#### SE LLAMABA GRACIOSA. FUE ASESINADA

En realidad, no se llamaba Graciosa, porque hay que proteger la memoria de las personas, nombre ficcionado como se lee en los periódicos; la propiedad privada no es privilegio de todos y muchos hay que sólo tienen de ellos el nombre. Que se mantengan dueños de eso, amén. No se llamaba Gracio-

sa, pero ¿qué importancia tiene? Tenía otro nombre, uno de esos largos que las chicas, después del primer beso, aseveran que nunca les van a dar a sus hijos el nombre de abuela. El respeto por la edad sólo se gana con la edad. Vivía en una casa de dos pisos, con paredes descascaradas por la lluvia, cuando la lluvia descascaraba los árboles, y se las arreglaba todos los días para tapar la soledad. Lápiz negro en las arrugas de los ojos, los párpados del color de la bufanda morada, el pelo cobrizo y ralo bajo la boina francesa amarillo-tostado, en un limbo entre la elegancia y la decadencia. Una joya en la solapa. Las rosáceas muy vivas, los labios marcados en rojo sin contorno, cuando la edad, dicen, pide sobriedad y discreción. Máscara de color en la cara y andar de estandarte de circo. Sin luto. Y las vecinas.

(Poco respeto por el marido, murió al volante, conduciendo, fue el corazón, hace tres años que lo llevaron a enterrar).

La casa llena para llenar los vacíos. El corredor con muebles de los dos lados, no da espacio a desvíos en el camino, a vacilaciones, locerías, luminarias en cortocircuito, mesas de pie de gallo, madera buena, maciza. No es un mobiliario del que uno se deshaga. Dos santos en pedazos pegados con una cola excelente, el gato de loza, el calendario de 2009 de la diócesis, vendido de puerta en puerta por *scouts*. El corredor desemboca en la sala sin uso. El sofá tapado con una manta oscura, a causa de las manchas, a causa del polvo, a causa de los pelos de la perra, destapado en días de fiesta. Nunca destapado. ¿De qué color es el sofá? Princesa durmiendo a los pies. Con su modo lento y viejo de levantarse, la perra ya tiene hábitos de reina madre. Los retratos de los nietos son soldaditos de plomo en la parada militar, marcos modernos, otros no, alineados en la cómoda de la televisión. En la cómoda de la televisión, los nietos son siempre pequeñitos, rojos de llanto ante la insistencia del fotógrafo, una mirada mate en la camisa de cuello redondo, algunos bordados, el pelo pegado por la transpiración del esfuerzo de la primera prueba frente a la cámara. No hubo manera de arrancarles una sonrisa, de esas que muestran el primer dientecito, despuntándose.

Los sábados se despertaba temprano. La sombra morada, el lápiz oscuro, el collar que no usaba durante la semana para ir al café, un rastro de perfume y de naftalina; en el rellano aseguraba que iba a pasar el fin de semana en casa de la hija, el feriado, el día de fiesta, Día de Reyes. Pero, por la noche, la sombra morada, el lápiz oscuro, el collar, la marmita de la sopa al fuego y el concurso en la televisión del dormitorio, con Princesa a los pies. Nunca quiso saber de ella, rechazando los colgantes navideños que me endosaba en la manija de la puerta, con vértigos frente a los ángeles barro-

cos de las paredes de la entrada del edificio; el San Agustín en la mesa de mármol partida por la mitad, la tabla de cocina de los chinos empaquetada y ofrecida en las fiestas en papel Continente. Criaturas enmarcadas que me miraban en la penumbra cuando subía las escaleras, después de una cena bien regada, consumida con mareos. La forma en que se inclinaba para espiar la decoración de mi sala de estar, olfateando compañía, me afligía. A veces le pagaba la renta, otras me retrasaba por descuido. En conversaciones, al repasar la memoria, me sorprendía buscándole el nombre. Cuando ella murió, estaba de vacaciones entre Jaipur y los bazares de Vieja Delhi. Los bazares de Vieja Delhi son como las pinturas en un rostro viejo, los tejidos y los abalorios hacen que veamos mejor la suciedad y las ratas.

Nunca quise saber de ella, hasta que la policía judicial me dijo la hora del óbito, entre las tres y las cuatro de la tarde; ya las sirenas estaban calladas y se aguardaba al médico forense. Y las vecinas.

(Sólo la vieron al día siguiente).

El cuerpo atado a la silla de la sala, apuñalado en el abdomen, tal vez la silla del pasillo colocada frente a los retratos enmarcados de los nietos, soldaditos de plomo en la parada. Ella se resistió. El cofre de joyas por abrir. El collar que no usaba durante la semana para que fuera intacto al café. Princesa en la terraza, en su placidez de reina madre, confusa en las horas que tardan para el concurso de la televisión. Al repasar la memoria, me sorprende buscándole el nombre.

El policía insiste.

(Lo lamento, no conocía sus hábitos).

El policía insiste.

(Lo lamento, no le conozco amigos).

El policía insiste.

(Éramos vecinas, puerta con puerta, pero lo lamento).

Nunca quise saber de ella, más allá del lápiz negro en las arrugas de los ojos, los párpados del color de la bufanda morada, el pelo cobrizo y ralo bajo la boina francesa amarillo-tostado. Máscara de color en la cara y andar de estandarte de circo.

(Estás con mierdas, porque la mujer fue muerta).

Estoy con mierdas. Las vecinas. Cada una llora sus miedos. Como desconfío de Dios, yo, en la puerta de al lado, no rezo, duermo con luz encendida ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALIPO

# Nunes DA ROCHA

Porque hay lugares vacíos donde nada cabe,  
Entre el claro-oscuro del atún de barril  
Puede estar el borrador de gran poeta.  
Por eso no es de la vida de la que tenemos que huir  
Sino en la literatura en la que debemos entrar.

LA LUCHA DE CLASES, SEGÚN EL FALÉ, REFORMADO DE LA SOREFAME

Nunca se encuentran, las paralelas,  
Ni aquí, ni en el infinito, vienen en la geometría.  
Pero si por apatía depararas paseos opuestos,  
Ve cómo las putas tienen modos entre ellas:  
Unas joden, otras ejercen.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ JAVIER VILLARREAL

Porque há lugares vazios onde nada cabe, / Entre o claro -escuro do  
atum de barrica / Pode estar a safa de muito poeta. / Por isso não é  
da vida que temos de fugir / Mas na literatura é que temos de entrar.

A LUTA DE CLASSES, SEGUNDO O FALÉ, REFORMADO DA SOREFAME

Nunca se encontram, as paralelas, / Nem aqui, nem no infinito, vem  
na geometria. / Mas se por apatia deparares passeios opostos, / Vê  
como as putas têm modos entre elas: / Umás fodem, outras exercem.



La noche es una ventana iluminada hacia adentro  
Y alguien busca colillas en un cuadro de Millet  
En esta hora infame escucho el raspado del fósforo  
Antes de la chispa,  
La risotada estática sin destinatario.  
Después, una vaga agonía invade mi estómago  
Y el mundo late una vez más antes del vómito  
Y se detiene de nuevo.  
El inmóvil bicho que soy aguarda su turno para buscar colillas;  
Oh sí, también yo conozco alguna pintura,  
Alguna poesía para también fumar lo que no es mío.  
Listo para orinar piernas abajo,  
¿Cómo salir de aquí cuando las ratas elaboran una teoría  
Universal?  
El mundo no salta ni avanza (al contrario de lo que dijo  
El poeta químico),  
Es más bien una puerta giratoria de hotel  
Donde consideramos entrar pero siempre saliendo.

A noite é uma janela iluminada para dentro / E alguém cata piriscas  
numa tela de Millet. / Nesta hora infame escuto o risco do fósforo /  
Antes do lume, / A gargalhada estática sem destinatário. / Depois,  
uma vaga agonia invade-me o estômago / E o mundo pulsa uma vez  
mais antes do vómito / E pára outra vez. / O bicho imóvel que eu sou  
aguarda a vez de catar piriscas; / Ó sim, também eu conheço alguma  
pintura, / Alguma poesia para também fumar o que não é meu. /  
Prestes a urinar pernas abaixo, / Como sair daqui quando os ratos  
elaboram uma teoria / Universal? / O mundo não pula nem avança (ao  
contrário do que disse / O poeta químico), / É antes uma porta  
rotativa de hotel / Onde julgamos entrar mas sempre a sair, / Porque  
tudo é movimento no mesmo lugar.

É preciso rasgar a língua / No espelho, / Atirar-lhe sal; / É preciso  
não ceder também / À possibilidade, / Deste ou outro destino; / E nu,  
/ Sem morada ou blasfémia, / Caminhar sobre o esquecimento.





Hay que rasgar la lengua  
 En el espejo,  
 Tirarle sal;  
 No hay que ceder también  
 A la posibilidad,  
 De este u otro destino;  
 Y desnudo,  
 Sin morada o blasfemia,  
 Caminar sobre el olvido.



Sería fácil caer hacia atrás  
 Por exceso de un mosto malo,  
 Al borde de un muelle nocturno  
 (como son todos):  
 Pensamos en cabrestantes, en ámbar marino  
 De un mejillón abandonado;  
 Y con una cierta idea de infancia con ensangrentadas rodillas.  
 Dame pues la mano, que decidiste sólo para mí,  
 Y no me dejes caer sin privilegio  
 U olvido.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

Seria fácil cair para trás / Por excesso de jeropiga, / À beira de um  
 cais nocturno / (como são todos): / Pensamos em cabrestantes, em  
 âmbar marinho / De mexilhão abandonado, / E numa certa ideia de  
 infância com joelhos em sangue. / Dá-me pois a mão, que decidiste só  
 para mim, / E não me deixes cair sem privilégio / Ou esquecimento.

# João ALMEIDA

**OH DOMINGO RADIANTE DE SOL Y CLAMORES**

**Atravieso la cuaresma en paz  
 Mientras esmog seco y tormentas  
 Agonizan el mundo  
 Mi hermano lejano**

**No estoy enfermo  
 Voy en un sosiego  
 Del lado bueno del diablo  
 Verse con la banda a la claridad**

**Compré drogas baratas en la farmacia  
 Y en la Feria de la Leche los adeptos**

**Ó DOMINGO RADIOSO DE SOL E CLAMORES**

**Atravesso a quaresma em paz / Enquanto nevocairo seco e  
 tormentas / Agonizam o mundo / Meu irmão longínquo // Não  
 estou doente / Vou num sossego / Do lado bom do diabo / Ter  
 com o bando à clareira // Comprei drogas baratas na farmácia /  
 E na Feira do Leite os adeptos / Fazem juras de amor ao clube /  
 Até à morte / Com urina e abraços // Gosto do domingo / Andar  
 aos peidos / Não produzir / Como deus / Descansam os  
 trabalhadores ao domingo.**

**Hacen juramentos de amor al club  
Hasta la muerte  
Con orina y abrazos**

**Me gusta el domingo  
Andar pedorreando  
No producir  
Como dios  
Descansan los trabajadores el domingo**

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

**EN TIEMPO DE MISERIA**

**Bajo por un jardín transparente  
Entre lodo y menta**

**Van asistentes sociales por el bosque  
En busca de pobres  
Agitan cuentas y canicas**

**Acaba aquí la rienda suelta, hay que elegir las armas**

**Cambio a la sombra del último ciprés  
Dos versos y un dedo  
Por una noche de sueño y un detonador.**

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

**EM TEMPO DE MISÉRIA**

**Desço por um jardim transparente / Entre lodo e hortelã //  
Andam assistentes sociais pelo bosque / À procura de pobres /  
Agitam contas e berlindes // Acaba aqui a rédea solta, há que  
escolher as armas // Troco à sombra do derradeiro cipreste /  
Dois versos e um dedo / Por uma noite de sono e um detonador.**

# Variaciones sobre un tema de Rulfo

JOÃO DE MELO

*Vine a Comala porque me dijeron que acá  
vivía mi padre, un tal Pedro Páramo.  
Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí  
que vendría a verlo en cuanto ella muriera.*

JUAN RULFO

**ME DECIDÍ A PONERME** en camino de Santa María en busca de mi padre. Nunca tuve intención ni ganas de conocerlo y tampoco de cargar con el peso de su sombra detrás de la mía. Sabía por boca de mi madre que se había amancebado con una viuda amparada por bienes heredados de familia, en esa tierra de exilio voluntario que yo, recelando de llegar a cruzarme con él, nunca llegué a visitar. La dejó atrás, sola, conmigo en los brazos, para ir a vivir con esa mujer nativa de la única isla que queda al sur de la nuestra. No pretendí, claro está, confrontarme con Santa María al punto de no viajar hasta allá; ni propiamente rebelarme contra ese hombre, a pesar de mi desprecio por todo cuanto me evocara su existencia. Desde que se desprendió de la vida de mi madre y de nuestra casa, no volvió más al punto de donde partió, ingrato. No invocó un simple motivo, nunca nos dio ninguna explicación. Tampoco recordó ninguno de mis aniversarios, ni mandar a preguntar a alguien cómo iba en la escuela, ni enviarme alguna prenda, por modesta que fuera, en ocasión de una de esas fiestas familiares en las que sólo los niños creen. Al menos para saber si estaba vivo y saludable el único ser de este mundo que podía llamarle papá y decirse hijo suyo. ¡Aunque fuera sólo por eso!

Es por lo tanto natural que dejara caer lo poco que sabía de su historia. Sin un nombre ni una imagen suya, acabé por olvidar su existencia. Me limité a tomar partido por mi madre, dándole siempre razón en todo y en alguna otra cosa más. Hasta en eso denotaba mi desinterés por ese hombre cuyo rostro yo mal descifraba entre las brumas de mi mente infantil, y que me habitué a no mencionar a lo largo de toda la vida. A quien me preguntara por él, respondía de inmediato que murió tres meses antes de mi nacimiento, de modo que no había llegado a conocerlo. Su figura cayó dentro de mí del mismo modo que abaten las hojas de los árboles en el cambio a la próxima estación. Dan vueltas por el suelo afuera, moribundas formas vegetales, primero amarillean, luego se secan, marchitas y dobladas sobre sí, hasta que las lleve el viento hacia la mitad del campo y las arrastre un torrente a la boca de un desagüe. También como hojas muertas se desprendieron de mí la inocencia, la memoria, la pálida imagen de un rostro que vi por única vez, sin curiosidad ni emoción, en una foto huidiza en la mano de mi madre. Fue así que se deshizo en mí la idea de un padre.

Aquello que recuerdo —y nunca pude olvidar— se resume en el calor de su mano envolviendo la mía. La mano grande del padre segregaba un sudor bueno que se me infiltraba en los poros, tan caliente como memorable. Debía poseer más sangre, tal vez más sol que mi manita de cuatro años malhechos. La infancia se transformó en su ausencia y en la desolación materna para toda la vida. Mi pasado no fue más allá de una invención verdadera que me compensó de algunas pérdidas y de las peores soledades familiares.

Mi madre pudo muy bien haberle perdonado el mal que nos hizo. Fui yo el que no olvidó el abandono al que me consagró en tan verdes años. No se trató únicamente de una evasión, ni tan sólo de su fuga de una familia a otra. El problema es que mi padre traicionó nuestra casa. Traicionar una casa significa optar por una morada peor que la anterior y criar otra idea de familia. Llevando nuestro pasado consigo, nos dio por inexistentes y sin historia. No debe existir peor mentira que fraguar la inexistencia de las personas que nos pertenecen. Nadie sueña una vida presente y otra futura si ya nos fue robado el pasado. Una falsa inexistencia como la nuestra ahí en su cabeza, no fue más que su arte de borrar rostros de un retrato o excluir nombres de un registro y de un testamento de familia. Anula lo que fuimos y

vivimos con los otros. Nos quita la posesión de un mundo, y también nuestra pertenencia a él, borra el lugar común de aquello que se vive bajo un techo, entre las mismas paredes de una casa.

Todo por causa de esa mujer que no llegué a conocer. Consta que sería más vieja, más fea, menos enamorada de él que mi pobre madre, que se desgastó por dentro amándolo en la distancia y en la ausencia de la espera por su regreso a casa. Sin embargo, jamás me dio a entender su dolor por actos o por palabras. Al contrario, siempre mostró un espíritu de tolerancia en mi educación y en la idea de familia, ciertamente con la intuición de mantener en mí la luz, la imagen de una buena opinión acerca de él, mi padre. Pero había una nube oscureciendo la suavidad y el brillo de esos ojos maternos, color de oro antiguo, dulces como ningunos y que nunca dejarían de parecer tristes. Mientras vivimos juntos, fui la alegría de su rostro y corazón. Fue por mí que ella siguió creyendo en la belleza y en la humanidad del mundo. Y repitiéndome, incontables veces, que valía la pena vivirlo, cada uno por su lado, hasta el final de nuestras vidas, que es también cuando el mundo se acaba.

Murió lentamente, como la llama de una vela al extinguirse y apagarse poco a poco. Partió en silencio, sin dolores ni grandes angustias, revolviendo los ojos por el cuarto en mi búsqueda porque quería morir mirándome, de dientes apretados y boca cerrada, sin decir lo que le iba en gana. Percibí, sin embargo, que me transmitían una orden o un ultimátum. Ellos, los ojos, eran la prueba final de que aún se puede morir de amor y con verdad, a la usanza de los románticos. Moría tanto por mi padre como por mí. Fue ése el mensaje de su despedida: pagar el amor con el precio de la propia vida. Sin nunca dejar de observarme, los ojos me pedían que fuera en la búsqueda de él, mi padre, a Santa María y le diese a entender la certeza eterna de su amor. Y que regresara de prisa, a tiempo de decirle si aún vivía, cómo estaba de salud, si todo quedaba perdonado entre los dos —no fuera a darse el caso de estar también en el umbral de la muerte, en el desamparo de toda la gente, con recelo o vergüenza de regresar. Le diría entonces que regresara por los caminos del amor y del perdón. Él llegando, abriendo a hurtadillas la puerta de una casa que una vez le perteneciera, diciéndonos con su voz de hombre, de profeta acabado de regresar del desierto:

—Aquí estoy, regresé.

De vuelta a casa, devolvería una presencia a la vida y a la muerte de mi madre. Está visto que nada de eso sucedió, todo se fue nuevamente postergando entre él y yo, y ella acabó de morir, querida madre, sin que yo me decidiera a cumplirle la última voluntad. Me dejó este remordimiento familiar, que tal vez ni llegue a serlo; un mandado que su niño no llevaría a cabo en tiempo y formas, ni lo cumpliría como un deber de hijo, lo que me pesaría siempre en la conciencia.

Y así me resolví a embarcar hacia Santa María.

Íbamos dos seres reducidos a sólo uno, dobles uno de otro. Uno de ellos más resentido que apaciguado; el otro, movido por el orgullo y la gratitud de los ojos dorados de su madre, al hacerle la promesa de encaminarse en busca del padre. Sabría si pertenecía al conteo de los vivos, qué tipo de memoria conservaba él de nuestra casa, si aún mantenía algún amor por ella y por mí, su hijo. Allá iba yo en un estado de espíritu acalorado, a arder de indignación por dentro, pero aparentando calma y hasta una bien disfrazada indiferencia exterior. A final de cuentas, ese hombre no pasaba de una mano caliente sobre la mía, de una voz erguida encima del fragor de otras voces que me hablaban y yo no entendía. Dejó de ser mi padre. Se convirtió en un extraño sin nombre ni cualidades: nunca me sirvió para nada, perdió toda la razón de ser en mi condición de hijo para toda la vida.



**AL CABO DE SEIS HORAS** de viaje a través de un mar agitado por un norte, el barco se dirigió al puerto de Santa María. Apenas atracamos, y tras haber izado la escalera hasta el puente, para el desembarque, bajé y fui corriendo por allí abajo, tambaleándome, alucinado, tan deseoso de tierra como de apurar mi misión en la isla. Una bandada de charranes cruzó el cielo encima de mí, en busca del horizonte. Las primeras casas de la villa se colocaban arriba sobre la grande, corriendo después en línea al interior de la isla. Embocados sobre la muralla, los cañones del fuerte apuntaban a corsarios y piratas imaginarios de alta mar que por ventura osasen acercarse a la costa. Vi la ermita, la calle central con sus casas alineadas, otras que se anidaban alrededor de la catedral, de un antiguo convento, de edificios blancos con adornos de basalto en la fachada, de solares con bande-

ras desplegadas por haberlos convertido en servicios públicos. Vi media docena de hombres a la puerta de un restaurante, mirando, vigilantes de quién llegara y de quién partiría de la isla en el barco ahora atracado, descargando. Pocas mujeres en la calle. Tampoco sería propiamente hora de niños, porque no los vi. Viejos sentados en los umbrales de las puertas, sí. Una que otra señora en la ventana. Todos los ojos me parecieron entregados a pensamientos tranquilos. A medida que la subía, admiré la extraña belleza de la isla: la orla marítima amarillenta por la arena de los desiertos africanos que la calima traía hasta ahí, según leyendas que me habían contado; el verde de las tierras protegidas por vallas, colinas, cercas de carrizales, cuyas cabezas surgían a veces coronadas por las casitas blancas y con rayas azules de Santa María; y la exuberancia de la naturaleza allá afuera, hasta la altura nublada de las montañas.

Era momento de internarse, tocar de puerta en puerta y preguntar por mi padre. ¿Pero cómo, si hasta su nombre había olvidado, por más que mi madre me lo hubiese repetido a lo largo de los años, pidiéndome que nunca se me esfumara de la memoria? No existe peor ofensa, subrayaba ella, que la de un hijo que olvida cómo se llama su propio padre. Sí, de hecho, yo debí haber tenido el cuidado de anotar en mi agenda, donde guardo todo lo que debe permanecer a mano para recordarse. ¿Qué me queda? Recorrer las calles, sacudir los rincones y laberintos de la villa, buscarlo en cada rostro de hombre sentado, en alguno de entre todos ellos que se expusiera a la frescura de la tarde, fumando, de ojos melancólicos, sentado en una esquina, jugando cartas con los amigos en un jardín, bebiendo en la mesa concurrida de una taberna. Lo peor sería si él ya no vive en la villa; si, por azares de la vida, tuvo que mudarse para uno de los poblados de alrededor, como Santo Espíritu, Malbusca, Maia o San Lorenzo, donde las siete olas del mar, dicen por ahí, extienden los brazos hacia la tierra revolviéndose con la arena de la playa.

Debía cruzar toda la isla, contar a toda la gente lo poco que sabía de la historia de él y de la mía, con la esperanza de que les importase en esta odisea paterna: identificarlo en su mundo, escuchar lo que me faltara saber acerca de su persona, invocar un nombre que fuera el suyo, y que fuera ese nombre el que me llevara a la presencia de mi padre.

Prepárense ahora para leer lo peor de esta historia.

Nada de esto es sólo literatura y sí una verdad sin paralelo en las glorias y miserias del mundo, en las cuales hasta a mí me cuesta creer. Fui a dar con un animal humano, un hombre viejo, un andrajo, con barba y cabello largamente desgredado por el viento, por la sal invisible que nada en el aire, por la arena voladora, y la piel del rostro surcada por arrugas quemadas y marcas oscuras. Sentado en una piedra de molino quebrada, un palmo arriba del suelo, se guarecía entre muros, a la entrada de unas tierras baldías. A su lado, lo que parecía ser un caballón: el colchón mugriento, con el cojín despararrado a la vista, la manta de dormir retorcida a un lado, trastes por lavar, un habitáculo a cielo abierto. Me impresiona siempre que me sean deparadas creaturas así, tan al margen del género humano, sin el perdón de la vida ni la gracia del mundo. Me queda la conciencia presa en una mezcla de rechazo e incredulidad, ante mi obligación de exigir justicia, encontrar solución para la tragedia o limitarme a seguir adelante, la cabeza baja, sordo a otro pedido de socorro. Como si fuese posible doblar la conciencia y esconderla debajo del sobaco. Mi parte en la cobardía de los que se llaman humanos. Me reduce al sentimiento de los que saben estar mal consigo y con los otros. Quise salir a toda prisa de ahí, sin mirar atrás.

Se dio entonces lo que estaba lejos de esperar que me sucediera en Santa María. Los ojos de él. Los ojos, los ojos. Cayeron sobre mí, se abrieron en un espanto, presos a los míos, y los míos a los suyos, por un poder magnético, grave y superior. Acabábamos de descubrir algo de primigenio y sanguíneo entre nosotros. El viejo se incorporó trabajosamente para quedar a mi altura. Sentí que todo me aturdiría

*Le di tiempo de decidirse a hablar. Justo  
después comenzó a ceder, a quebrarse  
por dentro. Le desfallecieron mansamente  
los brazos. El cuerpo sucumbió al frente,  
bajo la carga de la calvicie, doblado  
por los riñones.*

adentro de la cabeza. Atónito ante la visión súbita e ignorada de mi padre. Los ojos eran ovalados y de un negro fuerte como los míos, aunque mucho más desgastados, y también con una nube remota atravesando su condición de hombre condenado a la vida. Ambos quedamos a las cuentas con el bochorno, ante la sorpresa de tener una sola y misma imagen. Uno de nosotros traía el pasado del otro; y éste el futuro del más joven. Comparé los trazos de los rostros, para asegurarme de nuestro parecido recíproco. El único problema residía en el cabello y en la barba, tan hirsutos como incomprensibles a mis ojos. No se veían las orejas, las mejillas, el mentón completamente barbado, la media luna de la cabeza, en que le sudaban cabellos revueltos. Sólo los ojos. Pese al mal estado, los dientes mantenían la forma y la moldura de los míos. Los labios finos, la nariz discreta y recta, los arcos de las sienes, el cráneo, las cejas: idénticas en uno y otro, descontando los estragos del rostro, la piel arañada por arrugas y la diferencia de edades.

Así que lo tenía en mi frente, mirando, sólo mirando, sin decir nada. Algo se removió en mi interior aunque sin un atisbo de alegría. La idea se repetía en mi cabeza: él era yo de aquí a muchos años; y yo debía recordarle la figura que tuviera en el tiempo en que se considerara un hombre feliz. No resistí a mostrarme todo al examen de su memoria familiar. Abrí los brazos, lo alenté a verme de arriba abajo. Ninguna hipótesis de ofrecerle el cuerpo para que me abrazase. Los ojos, los ojos. Aún y siempre. Se dilataron bajo la fuerza de una indignación que me pareció lista para explotar. Tanto podían repudiarme y lanzar sobre mí su maldición, como ceder a la prueba de la verdad que yo acababa de anunciarle. Di unos pasos al frente. Levanté mi voz de trueno autoritario, como si me le proclamara y lo intimase a escucharme:

—Tal vez tú seas mi padre. Y, tal vez, yo sea hijo tuyo.

Jamás olvidaré el modo en que reaccionó a mis palabras. Se estremeció de arriba abajo, como si acabara de acusarlo de haber cometido un delito. Lo vi bajar los ojos, meditar durante breves segundos, con los ojos cerrados, rascarse la nuca y el cuello, esforzándose quizás en no zozobrar ante la emoción del momento. Debía ponderar un modo cualquiera de ocultarme su vergüenza. Le di tiempo de decidirse a hablar. Justo después comenzó a ceder, a quebrarse por dentro. Le desfallecieron mansamente los brazos. El cuerpo sucumbió al

frente, bajo la carga de la calvicie, doblado por los riñones. Como un animal al retirarse a su madriguera, volvió a sentarse en la piedra de molino quebrada. Resignado, se veía que buscaba qué hacer con el sufrimiento, en un vagar arrastrado, con la lentitud de la edad. Su figura se resumía en un cuerpo huesudo, frágil, de hombros escurridos, ya desertores. Su delgadez quizás excesiva y mi porte de hombre hecho constituían la mayor diferencia de todo lo que pudiera existir entre nosotros. Cada mendigo vive sentado en su piedra. La de mi padre le subía por dentro, le penetró en la dureza oscura de los ojos, quién sabe si también en la cabeza y en el corazón. Algo en mí repudiaba una cierta decadencia, nacida de un abandono deliberado, en su rendición a nada y a nadie. Deploraba la miseria culpable de ese hombre cuya paternidad volvía a ofenderme, ahora más que nunca. La otra parte de mí se llenaba de dolor, negligente por la amargura de un hombre que perdiera el juego de la vida. Mi dolor de hijo brotaba como la flor de los males que yo sospechaba que había vivido durante años, a manos de su viuda rica de Santa María.

Le dije a lo que venía y por encargo de quién: mi madre desde siempre mía, antes y después de muerta. Conmigo venía un secreto: el pedido de una confesión para el descanso final de su alma. Que él aceptara venir conmigo, de vuelta al principio de nuestra historia, si era que por ventura tuvo una vez algún amor por ella. Comenzaríamos por sentarnos los dos, padre e hijo, a la mesa a comer. Un padre y un hijo deben comer juntos, sentados a la misma mesa, al menos una vez en la vida, le dije con la esperanza de convencerlo para seguirme. Ni me respondió. En cuclillas desde su piedra de mendigo, curvó aún más la cabeza y los hombros, para anticiparme su respuesta a lo que vine a hacer: volver a entrar en la persona y en la existencia de él, hablarle del largo adiós de la mujer, de su muerte difícil, del amor vivo y eterno de mi madre durante una vida de espera sin esperanza por él. Podía ser que mi padre aceptara bañarse, que alguien de aquel lugar le hiciera un corte decente de barba y cabello, que se permitiera vestir una ropita comprada por mí. Hasta me volví un poco erudito: le dije que viniera para intentar recuperar nuestra primera y única humanidad. Se imponía, pues, que dejase Santa María de una vez por todas y regresase conmigo a nuestra casa de la isla de mi madre, la de San Miguel, en este mismo archipiélago de las Azores.

—Oh, viejo, ¿qué hiciste con tu vida? —le pregunté a bocajarro, para no permitir que se enfureciera conmigo luego—. ¿Cómo te llamas, viejo? ¿Qué males te acabaron en Santa María? Anda, párate de ahí, camina conmigo: yo soy tu hijo, tú eres mi padre. Vine por una historia que nunca me contaste.

Se recuperó completamente, bravo como el mar, pareció acusar el golpe de mi sorpresa. La respiración se le volvió pesada, como si padeciera asma. El pecho se le agitó en un vaivén de jadeos y pausas para recuperar el aliento. Hasta el rostro estaba contrayéndose, con la ira presa en la garganta. Le dio un golpe de cólera, una furia ciega. Después, tal vez por conocer sus excesos, reconsideró la actitud. Lo vi enfriarse y serenarse de vuelta a la normalidad. Esperé una señal, un airecito de resignación, o que entonces se pusiera a gritar conmigo, contra mi idea de llevarlo de regreso a casa. La voz me provocó un escalofrío, no sé si lúgubre, la voz, apenas infeliz. De nuevo sin delicadeza ni ceremonia, probando que no pasaba de un mal genio, me gritó que me fuera por el mismo camino que me trajo y lo dejara en paz. Que por nada de este mundo y del otro revelara a mi madre (estuviera viva o muerta) que lo encontré así, más pobre que la pobreza, un viejo tonto e inmundo, apartado del corazón humano, de todas las islas, de los países sin nombre y de los continentes del mundo. ¡Sólo el diablo de la muerte parecía no querer nada con él!

—¡Ya basta cuánto me pesa haberlos ofendido! Pero pagué mis culpas como si fueran deudas.

Sobre todo, subrayó aún, que yo a nadie dijese, allá en la isla de donde venía, que él había muerto como los muertos vivos, hacía mucho tiempo, demasiado tal vez, tanto como era posible e imaginable la eternidad de un hombre aniquilado por la vida; y nada de divulgar por ahí que lo había encontrado solo y en ese estado; ni que lo había visto con mis ojos, tan profundamente muerto, póstumo a cualquier petición o idea de vida, un muerto vivo al cien por ciento en la isla de Santa María —una tierra de exilio voluntario que nunca quise conocer ni visitar •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# Lluvia de estrellas

ROSA MARIA MARTELO

El río corría oscuro  
bajo un cielo de nubes  
y caminábamos en la orilla  
cuando empezó a llover.  
Era un día sombrío, pero la luz  
de verano se reflejaba en el follaje,

la lluvia giraba en el aire, y al caer  
centelleaba en el agua corriente.  
Nunca vimos llover así,  
con tanta luz envolvente  
y nos quedamos callados frente  
a ese pequeño cosmos

## CHUVA DE ESTRELAS

O rio corria escuro / sob um céu de nuvens / e caminhávamos na margem / quando começou a chover. / Era um dia sombrio, mas a luz / de verão reflectia-se na folhagem, // a chuva volteava no ar, e ao cair / cintilava na água corrente. / Nunca víamos chover assim, / com tanta luz envolvente / e ficámos calados diante / daquele pequeno cosmos // a despenhar-se no rio: afinal / «chuva de estrelas» não é / uma metáfora é uma visão, / pensava eu, e logo uma de nós / disse que uma coi-

despeñándose en el río: como sea,  
«lluvia de estrellas» no es  
una metáfora es una visión,  
pensaba yo, y luego una de nosotras  
dijo que una cosa así  
no se podía describir

ni ser comunicada.  
Y de hecho no, porque todo allí  
sucedió al mismo tiempo:  
la lluvia, el espanto, el agua corriente,  
y sobre todo sentirnos tan vivos  
entre las hojas de los árboles

cuánto brillaban las estrellas  
en las gotas de lluvia. En medio  
del río y de los helechos gigantes  
de las orillas se había formado  
ese pequeño teatro de agua que  
en un juego de espejos aludía

afinidades entre el cielo y la tierra.  
Mientras, ver era ser lo que veíamos.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

sa assim / não se podia descrever // nem ser comunicada. / E de facto não, porque tudo ali / acontecia ao mesmo tempo: / a chuva, o espanto, a água corrente, / e acima de tudo sentirmo-nos tão vivos / entre as folhas das árvores / quanto brilhavam as estrelas / nas gotas de chuva. Em meio / do rio e dos fetos gigantes / das margens formara-se / aquele pequeno teatro de água que / num jogo de espelhos encenava // afinidades entre o céu e a terra. / Enquanto isso, ver era ser o que víamos.

# Discurso sobre el hijo de puta

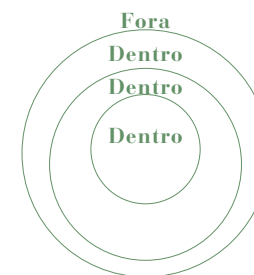
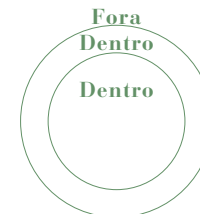
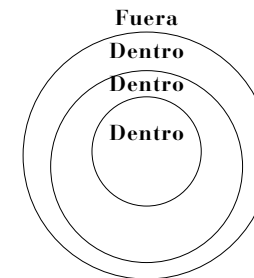
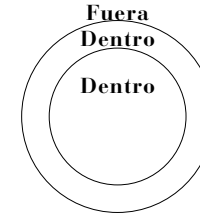
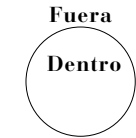
[fragmento]

ALBERTO PIMENTA

[...] dónde, procurando bien, no se encuentra un hijo de puta. El hijo de puta no cambia, el hijo de puta nunca cambia, es eterno; pero evoluciona y alarga su esfera de ocupaciones, se expande, utiliza nuevos métodos (de los sanitarios a los cementerios), cuando los viejos, como todo, acaban por gastarse y dejar de ser eficaces. Ésa es la *técnica* (o progreso) del hijo de puta: expandirse multinacionalmente en círculos concéntricos, cada vez más anchos, abarcando en el nuevo círculo todo lo que tienda a escaparse del antiguo:

## DISCURSO SOBRE O FILHO-DA-PUTA

[...] onde, procurando bem, não se encontre um filho-da-puta. O filho-da-puta não muda, o filho-da-puta nunca muda, é eterno; mas evolui e alarga sua esfera de ocupações, espraia-se, utiiza novos métodos (desde os sanitários aos cemitérios), queando os velhos, como tudo, acabam por gastar-se e deixar de ser eficazes. Essa é uma das *técnicas* (ou progressos) do filho-da-puta: espraia-se multinacionalmente em círculos concêntricos, cada vez mais largos, abrangendo no novo círculo tudo o que tenda a libertar-se do antigo:





nada, nada puede detener este surgir y expandir, y lo mismo se puede naturalmente decir del lugar que el hijo de puta ocupa. El hijo de puta, ya sabemos, está en todos los lugares, aunque tiene hábitos y modos diversos, conforme al lugar en que se encuentra. Si en ciertos lugares del sur es por ejemplo musulmán, en otros es por ejemplo católico y en otros protestante, y en otros encima judío o incluso ateo. Por eso los pragmáticos consideran que el orden y la función social son una cuestión de gusto. El hijo de puta es siempre aquello que los otros hijos de puta del momento y del lugar son; es, porque es eso que «conviene» ser, y por lo tanto es eso que es él. *El hijo de puta se inserta siempre en el proceso en curso*, cualquiera que éste sea, y ése es otro rasgo distintivo del hijo de puta. El hijo de puta colabora, y anda siempre en el viento, siempre en la marea, siempre en la ola. El hijo de puta es siempre en lo más [...]

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

Nada, nada pode deter todo este raiar e espriair, e o mesmo se pode naturalmente dizer do lugar que o filho-da-puta ocupa. O filho-da-puta, já sabemos, está em todos os lugares, mas tem hábitos e modos diversos, conforme o sítio em que se encontra. Se em certos sítios do sul é digamos muçulmano, noutros é por exemplo católico e noutros protestante, e noutros ainda judeu ou mesmo ateu. Por isso os pragmáticos consideram que a ordem e a função social são uma questão de gosto. O filho-da-puta é sempre aquilo que os outros filhos-da-puta do momento e do lugar são; é, porque é isso que «convém» ser, e portanto é isso que ele é. *O filho-da-puta insere-se sempre no processo em curso*, qualquer que ele seja, e esse é mais um traço distintivo do filho-da-puta. O filho-da-puta colabora, e está sempre no vento, sempre na mare, sempre na onda. O filho-da-puta é sempre no mais [...]

## Mariposas negras

FERNANDO J. B. MARTINHO

*Eran enormes las mariposas negras.* Aterciopeladas, una impresión de polen en los dedos recelosos. Estaban para juzgarme, y dominaban la habitación. Horas negras debatiéndose dentro de mí. Herían, con las alas, recuerdos de infancia. No era la sangre que sabía lo que en el fondo de mí iba coagulando. Endurecía eso de que yo no me atrevía a develar la naturaleza. Endurecía. Y todo a mi alrededor era diferente. Doloroso era pensar que hubiera cavernas donde todo se fuese humedeciendo, donde los minutos se durmieran como murciélagos. En ese tiempo, no obstante, aún no sabía que el musgo crecía sobre las cosas dormidas. No sabía que todo envejece. Creía que las horas negras sólo tenían la misión de juzgarme. No la de revelarme el sentido de palabras que había considerado enterradas para siempre. Palabras que me traspasaban y daban otro peso a mi sombra. El peso de las cosas que, desde el origen, en los mismos lugares nos interrogan y no se cansan de dejarnos perplejos.

Las mariposas negras. Cuando la fiebre me desfiguraba, llegaban para enjugarme la frente, pesadas de piedad. La arena les caía de un ojo a otro, marcando el tiempo de mi dolor. En los rincones de donde partían yo sentía que alguna cosa faltaba. Ya me había acostumbrado a que me amedrentasen desde lejos, a que controlaran una respiración que cada vez se hacía más difícil. Por eso me indignaba el bienestar que recibía de sus patas aterciopeladas, sobre la frente, para enjugar mi miedo •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Gnosis. Dos epístolas de Samuel C. Dayton a su juventud

JOSÉ ANJOS

*Del poema nació el hombre  
—harto de estar siempre  
dentro de la misma carne*

**I**  
**A LO LARGO DE MI VIDA**, incluso después de cumplidos todos los compromisos y tentativas de sumisión esperados de un hombre de mi condición social y moral, no encontré ningún tipo de fe en la adhesión intelectual a la religión. Ni tampoco encontré virtud en la transferencia de la conciencia a Dios. Encontré, sí, muchos años de sufrimiento más tarde y, por la vía de ciertas emociones —unas mías, otras robadas en libros—, algo que hoy puedo llamar como puertas semánticas. Pesadas puertas semánticas.

Estas puertas vinieron a revelarse fallas vulnerables y destructivas; vórtices negros que distorsionan el tiempo y el espacio, violando la sacralidad de la luz y del camino. Nunca supe al partir lo que estaba por detrás de cada una de ellas —si deseo, si significado—, es mucho menos el quehacer para abrirlas o percibir sus límites. Muchas hubo —y aún hay— casi imposibles de detectar. Otras desaparecieron al ser abiertas, lo que dificultó la repetición del paso (para no llamarle retroceso). Y en muchas quedé —y continúo— irremediamente preso. Pero hay una especial que me atormenta —la gran puerta— tan pesada como esquivo a todos los oficios de mi percepción, pero de cuya existencia aprendí a no dudar después de haber descubierto en la desnudez gris de aquella mañana del 15 de noviembre de 1837 mi insignificancia torpe y silenciosa; casi mecánica; repetida e incompetente —tanto en la tentativa feroz de adaptarme a la vida mundana y cuadrada de los afectos (y otras construcciones) como en la ventura de huir de ella con igual —o peor— fuerza y desesperanza.

Tengo, pues, la sensación de haber vivido una sucesión de vergonzosas derrotas, al contrario de una sola, oblicua y ciega, en caída determinada, como se quiere de un hombre vertical. Se tornó difícil y penoso continuar así; un progreso lento y equivocado: íntimo; violento; no siempre existente; confuso, encima de todo. A cada paso —dos puertas. Multipliquen.

Ahora que casi ningún camino me resta y la polvareda agónica de la memoria me cubre la frente, hay un viento leve y fresco que se enciende en mi cabeza ya húmeda de sueño; como si volase arriba de las más altas montañas, todas cubiertas de nieve y secretos; y mientras vuelo, mi respiración abierta es una de esa puertas que procuro; yo soy la puerta.

Despierto embrutecido de este delirio por la voz de mi mujer. Ha llegado la hora del almuerzo cotidiano. Me siento a la mesa con mi familia y los observo a todos, uno por uno: mis tres hijos, mi mujer, mi hermano redondo y calvo, su esposa, floral, como si hubiese brotado de un jardín y madurado según leyes contrarias a las que se aplican a los hombres hechos de carne. Recuerdo los rasgos del rostro triston de mi madre, como si ahí estuviese, como si fuese aquél uno de los antiguos almuerzos de familia que se extendían en las dulces pendientes de los domingos, sobre el mar.

Me doy cuenta de que esos almuerzos obedecían a un orden natural de las cosas que antecede al nacimiento del propio sol. Tomo la cuchara —la misma cuchara de mi mocedad— y percibo entonces. La clave está —sólo puede estar— en la infancia. ¡Ojala que hubiese forma de regresar!

**II**  
**QUEDARÍAS SORPRENDIDO** si llegases a saber que hoy vivimos tiempos de honestidad —interior, claro. Jamás conseguiría ser enteramente honesto con los otros. No soy dado al trabajo en equipo de despachos y mucho menos soy uno de esos nudistas sentimentales que pululan en las playas de la literatura de verano y de su verso excesivamente claro. Tal vez sea por eso que te escribo. La realidad exterior, la que los otros habitan —y me habitan, a decir verdad— es como agua hasta mi cuello hermético: no entra, pero no me deja mover bien. No os censuro, sin embargo; ahora ya no.

Dicen que la única censura del hombre es el tiempo y que de él nace su verdadera perversidad y castigo: la juventud, la nuestra y la de los otros y, al mismo tiempo, donde ella no está —un oxímoron del cuerpo en sí mismo o la sincronía de un siglo hecho de carne, casi entero, que inevitablemente

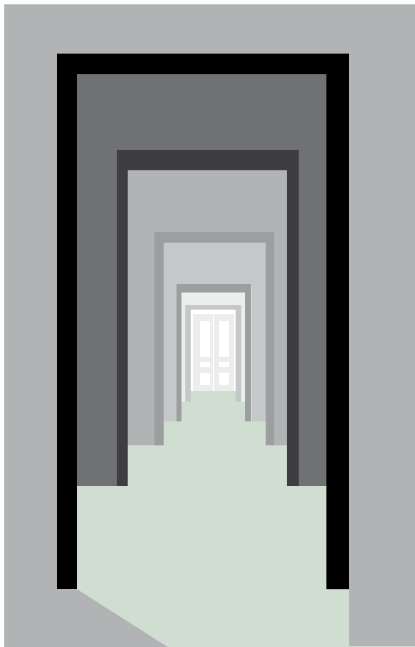
acabará en breve (mas no sin que antes sus placeres debidos hayan sido liquidados y cumplidos con todo el agasajo).

Quiero que sepas que la culpa fue siempre mía. No abrigué falsas esperanzas, únicamente duda y el fracaso de algunas certezas que acabaron por revelarse terroristas blancos infiltrados en mis cabellos ralos debido a la edad, al exceso de tiempo (*vulgo* tedio) y a la falta de él, a las preocupaciones y otras tantas presiones: el contrato de la empresa, su cumplimiento, el incumplimiento impugnado, la cesta llena de dudas para aprobar, el aroma fétido del vino de ayer empapado en las ropas pidiendo perdón al cuerpo y a la cama inexorable; además, palpitando por el perdón de alguien que le importe.

Por ese perdón, por el tenebroso miedo de la desesperación de la soledad y de la culpa, me arriesgué a caer por la vereda irreversible de los mecanismos de las relaciones que morían al nacer, víctimas de la proyección —esa peligrosa arma de muda de afectos putativos. Me arriesgué y erré ejemplarmente.

Y de fracaso en fracaso, como un funcionario, fui conquistando sin querer (mas con mérito) las ganas de desistir —si es que pueden llamarse ganas al cansancio y a la sordera del alma. Paz a sí misma (*dijo el cuerpo*) ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



LUVINA / INVIERNO / 2018

# Catarina Nunes DE ALMEIDA

**Abrió en el colchón las zanjas posibles  
y enterró por orden alfabético  
cada parte del cuerpo: los pelos  
los pantanos las uñas enclavadas  
y las uñas que otros clavaron por los muslos.  
Estudió cuidadosamente las olas las horas  
para que no quedaran dudas  
sobre los caminos marítimos  
hacia la noche. Por fin  
podó todas las ventanas del cuarto;  
bebió el vino;  
royó la carne del cuarto  
hasta no dejar ningún corazón.**

VERSÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

---

Abriu no colchão as valas possíveis / e enterrou por ordem alfabética / cada parte do corpo: os pêlos / os pântanos as unhas enclavadas / e as unhas que outros cravaram pelas coxas. / Estudou cuidadosamente as ondas as horas / para que não restassem dúvidas / sobre os caminhos marítimos / para a noite. Por fim / podou todas as janelas do quarto; / bebeu o vinho; / roeu a carne do quarto / até não sobrar nenhum coração.

LUVINA / INVIERNO / 2018

# Enséñame a volar sobre los tejados

[fragmento]

JOÃO TORDO

## 10. LUDMILA & SABURO (1985)

PERDÓN, DIJO LA MUJER, yo no saber prender luz, y fue entonces que el hombre, recién despertado (tenía en los ojos la película con que la gente regresa de los sueños), atravesó el corredor y presionó un botón. Las lámparas zumbaron, las luces se encendieron. La mujer sonrió, parecía tímida, pero era sólo el cansancio, se había levantado en la madrugada, tan temprano. El vecino del embajador se ajustó la bata con un gesto delicado y le preguntó: ¿Puedo ayudarla? Y ella respondió: Estoy buscar casa señor Tsukuda. Ah, está en el piso de arriba. La mujer pidió disculpas, agradeció, hizo una especie de venia desproporcionada, a fin de cuentas el hombre era alto, tan hermoso y elegante, treinta años, pelo corto, prematuramente gris, pero lo que denunciaba su estatus era el pijama de lino. Pese a su escasa educación, Ludmila sabía perfectamente que lo que distinguía a un hombre de otro era la vestimenta; le bastaba pensar en los príncipes y en las reinas de otrora, y en la plebe que los veneraba, los cerdos y mal vestidos.

Subió otro piso. Qué silencio, pensó, en su lengua. Qué agradable era el olor de las escaleras de madera antigua, encerada, sólo gente de bien y afortunada podía vivir en un lugar así. Atravesó el umbral y, al detenerse junto a la puerta del embajador, buscó la llave en la cartera, la encontró, por fin la metió en la ranura y, al sentir que se deslizaba en la puerta, cerró los ojos por un momento. Dio un paso adelante y entró en el apartamento. Al abrir los ojos, descubrió que en el *hall* había un espejo de cuerpo entero al lado de una percha, donde reposaba una chaqueta de hombre de paño marrón claro, con botones negros. Le provocó sonreír, y sonrió; se fijó, como era habitual, en la pequeña abertura que tenía entre los dientes delanteros, era

una cosa de niños, la abuela de Orhei solía decirle que servía para que el alma respirara. Ludmila cerró la puerta y avanzó hacia la sala. La luz nacía lentamente del otro lado del río, pero ya bendecía el edificio. El techo era alto, el espacio amplio, con sofás rasos, de ángulos rectos, y una mesa central donde reposaba un exquisito servicio de té. Escuchó el eco de sus pasos, el crujido de las suelas de las zapatillas. En una de las paredes había tres cuadros; en cada uno, sobre un fondo blanco, una letra del alfabeto japonés. Junto a la gran ventana, un bonsái de hojas rojas, que reposaba en una mesita de caoba. Afuera, Lisboa. Pero lo que captó la mirada de Ludmila fue la larguísima espada colgada en la pared. Fascinada, se fijó en la ligera curvatura del sable, en el mango con grabados de samuráis, campesinos y dragones. *Sabie*, dijo Ludmila e, incauta, llevó el dedo índice de la mano derecha al brillo de la hoja y lo pasó por su filo, sin reparar que, en ese pequeño gesto, ya caían gotas de sangre en el suelo de madera encerada.

EL SEÑOR TSUKUDA tiene doce batas, seis de ellas de seda, las otras seis de lino y algodón turco. Tiene diez pares de zapatos oscuros y dos pares de zapatillas de carrera; siete corbatas, nueve camisas blancas y cinco pares de pantalones. Considerando el tamaño de esa indumentaria en el armario, que es de puertas corredizas, enclavado en la pared del espacioso cuarto, el embajador es un hombre de tamaño mediano, ni alto ni bajo, y bastante delgado, concluye Ludmila. Nunca le oyó la voz. Únicamente habló con una mujer portuguesa, algo rudo, impaciente, que solicitó sus servicios desde hace mucho tiempo. Yo no poder sólo dos días, dijo Ludmila, y la mujer respondió: Le pagamos todos los días, a lo que, incrédula, replicó: Verdad no poder ser, y la mujer terminó diciendo: Venga aquí a buscar la llave. Dos días era un día más de lo que aquella casa necesitaba. La cama hecha, la ropa lavada, los únicos indicios de haber estado alguien ahí eran la taza y el plato dentro del fregadero (ambos lavados, pero fuera de su sitio) y un par de pantuflas que yacía en una estera japonesa entre el sofá de la sala y la pequeñísima pantalla de televisión, que, a esa hora, con el sol abriéndose entre las nubes, reflejaba el esplendor del arma. Ludmila cogió las pantuflas y no pudo dejar de reír: dos peces azules, en fieltro, con aletas amarillas. Al recogerlas, llevándolas a la habitación, se acordó de la niña, y eso le produjo un poco de tristeza, pero no logró dejar de sonreír al pensar en el embajador dormido en el sofá, tarde en la noche, con los peces enfundados en los pies y la cara de japonés aturdido por el sueño.

**SUSHI, PENSÓ.** Los japoneses disfrutaban de pescado crudo, algas, salsa de soja, *sake*, jengibre y lichis. Atrofian los árboles para que quepan dentro de casa; hunden espadas en el vientre cuando ya no pueden soportar el dolor del arrepentimiento o del deshonor. Son un pueblo extraño, y no había ninguna razón para que ella, que era del Este, pero no tanto como los japoneses, se compadeciera de esa vida de lujo. En un afán de dejar todo listo, pasó el plumero por todos los muebles, aspiró todas las divisiones, echó un poco de agua en el bonsái, cambió la ropa de la cama y, al final, habiendo comprobado que en el apartamento entero no había sombra de polvo, ni de pelusa, ni nada fuera de su sitio (cambió de lugar tres veces el cepillo de dientes), salió del apartamento y golpeó con la puerta, furiosa con el atrevimiento del señor Tsukuda. Esa noche, acostada al lado de Yaroslav, que roncaba y no la dejaba dormir, se puso a llorar. Qué raro que las lágrimas sean saladas, pensó Ludmila, debían ser dulces, porque dulce es también la razón por la que lloro. La niña, que hoy sería casi grande, habría sido una gran ayuda en el trabajo. Una cosa era limpiar el apartamento de la calle de Arriaga, qué misión tan fácil, qué sitio tan hermoso; y otra cosa muy diferente era limpiar la escuela donde trabajó durante un año, desatorar los sanitarios y vaciar los grandes tachos de basura llenos de porquería, habría sido útil, tan útil, haber tenido la niña consigo, pero quien la tenía era el silencio, la noche. Así, cuando Yaroslav se volteó en la cama, el estertor se hizo menor y, finalmente, Ludmila pudo soñar. Corrió por un confuso jardín de arbustos minuciosamente podados, que formaban un laberinto. Huía, perseguida por un hombre que empuñaba un sable pero que sonreía mucho, era el embajador, en su estera se agitaba una bata de seda con un dragón pintado.

**SEÑOR TSUKUDA,** no hay ninguna razón para desconfiar de esta mujer. Es trabajadora, se presenta puntualmente, se distingue por su discreción. Fíjese qué bella es: los ojos tiernos, los suaves ángulos de la cara, el espacio entre los dientes. Está dispuesta a trabajar y a ser suya, exclusivamente suya, durante el tiempo que sea necesario, planchará sus camisas y limpiará el polvo de los muebles y nunca pronunciará una sola palabra que usted pueda entender, porque fue instruida por mí para que no se dirija al señor embajador, que probablemente nunca llegará a conocer. En caso de que necesite hablar, indíquele que lo haga en su propia lengua, en voz baja, un murmullo, una queja solitaria, y nada más. Esto habrá sido, poco más o menos, lo que la señora impaciente de la agencia de empleadas domésticas

dijo al embajador. Pero Ludmila no necesita hablar porque el señor Tsukuda nunca está en casa. El jueves de la primera semana entró en el apartamento y se dirigió enseguida al balcón, había que regar las plantas y luego encerar las maderas, era un trabajo moroso, de paciencia, ¡pero qué recompensa obtenía! El día estaba caliente. Qué suerte poder estar allí, tener un lugar privado, sólo suyo, con una vista magnífica sobre el río de aguas turbias. Cuando regresó a la sala, observó que, sobre la mesa rasa, al lado del servicio de té, había una flor. No, no era una flor; eran varias, en un ramo, flores de cerezo, *floare de cires*, *sakura*, y, junto a las flores, sobre una servilleta, un curita, de esos más delgados, que servían para un corte superficial o para un dedo ligeramente mutilado por la hoja de un sable. Ludmila se sentó en el sofá y, sintiendo que la respiración fluía dentro de sí como el viento bajando por los acantilados, abrió la envoltura del curita y lo colocó en el corte que, entretanto, se había convertido en una levísima cicatriz.

**LOS MARTES Y LOS JUEVES** pasaron a ser días diferentes de un día de trabajo. Normalmente, en los días laborables, Ludmila se levantaba a las cinco y media y, tratando de no despertar a Yaroslav, se vestía, comía pan y tomaba el primer autobús en dirección a Lisboa. Sentía los huesos atravesados por la náusea, la cabeza le pesaba toneladas, y nada servía para mitigar la sensación de que, por más que trabajara en la vida, los días nunca serían más fáciles. Porque eso había cambiado. Los días de trabajo, que eran dos, la veían levantarse aun antes del despertador y, con una alegría disimulada, tomar el mismo autobús de siempre, atravesando, con la perspectiva de una felicidad venidera, las mismas calles de siempre, parando en la confitería para tomar un café con leche y comer una tostada mientras, dentro de sí, crecía el temblor de descubrir lo que el señor Tsukuda le había dejado en el apartamento. Las gotas de sangre habían producido flores y un curita; un arete voluntariamente perdido había dado origen a un abanico con imágenes del fleco japonés, que Ludmila había guardado, plegado, en la cartera; y la semana anterior, un mechón de pelo, estratégicamente colocado en el alféizar de la ventana que daba al Museo de Arte Antiguo, tuvo como retorno, delicadamente doblado dentro de una caja de cartón con una cinta roja, un kimono de satén, la pieza más hermosa de vestuario que ella nunca había tenido, con imágenes de un guerrero persiguiendo a un dragón por entre cálices de flores. Distraída, Ludmila subió las escaleras del edificio y, al acercarse a la puerta del apartamento, ésta se abrió sola, y el hombre del pelo gris, el cónsul, surgió y le dijo: Buen día, a lo que ella respon-

dió, asustada: Lo siento, yo ir equivocado, subir. El hombre le lanzó una sonrisa generosa y se quedó mirándola mientras Ludmila subía al otro piso y, después, oyó sus pasos avanzando hacia el apartamento del embajador con las llaves en la mano derecha, que temblaba ligeramente.



PERDÓN, dijo la mujer, mientras se quitaba la ropa, pero no hablaba con nadie, hablaba consigo misma, el apartamento parecía aguardarla con una vibración expectante. Ludmila husmeó el aire como si detectara algo, un raro vestigio, y se acercó al abrigo de paño colgado en la percha. Acercó la nariz a la tela; el agua de Colonia del embajador en la prenda. Se puso el quimono de satén, abrió el abanico y caminó por el *hall*. El espejo de cuerpo entero estaba, inusualmente, colocado en medio de la sala, que la luz de la mañana alegraba con un chorro que doraba el apartamento. El bonsái respiraba, el balcón se regocijaba con la llegada del día, las buganvillas se esparcían, satisfechas, sobre los muros de la ciudad. Al lado del espejo había un tazón de porcelana, con agua; al lado del tazón, polvo de arroz y un pincel con un mango de bambú. Ludmila se sentó en *seiza*, reposando las nalgas en los talones. Sumergió el dedo en el tazón de agua, después en el polvo de arroz, y lo llevó a la cara. En el espejo se vio trazando una línea blanca en la piel, desde la mejilla derecha hasta la barbilla. Le gustó lo que vio y luego preparó la mezcla, arrojando el polvo de arroz en el agua y revolviendo lentamente con el pincel. Algo zumbaba apenas, era el frigorífico, concluyó y, entrecerrando los ojos, empezó a pintarse la cara de blanco con pinceladas largas y vagarosas. Imaginó, en cierto momento, que la niña estaba allí; que, calzando los peces, se había puesto detrás de ella y le peinaba el pelo en *shimada*, las manitas de ella separando mechones y maniobrando ganchos y astiles. Cuando terminó, Ludmila dejó el pincel sumergido en el tazón. Miró al espejo y dijo: Qué bonita, parezco de porcelana. Tomó el abanico, lo abrió y lo sacudió lentamente. Fue en ese momento que oyó que la llave entraba en la cerradura de la puerta. El corazón se detuvo por un instante, al mismo tiempo que el pestillo cedía y la madera empezaba a cruji. Se irguió unos centímetros, pero después pensó: Señor Tsukuda. Y dejó reposar de nuevo las nalgas, cerrando los ojos, mientras los pasos de él avanzaban por el pasillo ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

## Las curvas del tiempo

INÊS PEDROSA

Quería volver a tener quince años. Cosas que decimos por decir. El cuerpo nos falla, la cabeza tarda tanto en olvidar como en recordar; la camisa, donde antes flotaba, aplasta ahora las dos rebanadas de carne antes conocidas por el nombre de músculos bíceps braquiales, encontramos la felicidad de pasar toda la vida desconfiando, despertamos de madrugada, con sobresalto, para confirmar que respiramos, que la mujer amada respira, la oímos roncar de un modo tan profundo que casi borra el ruido del primer avión, pensamos que ella tiene que dejar de fumar, qué será de mí sin ella, salimos de la cama muy despacio para ir al baño, avanzamos hasta la cocina para sosegarnos con una galleta, un vaso de leche, los llevamos a la sala, nos desplomamos sobre el sofá para unos minutos de *zapping*, meditamos sobre las estadísticas de la mortalidad por género, el maldito feminismo de los números, las mujeres duran más, ojalá, qué va a ser de mí sin ella, y qué hará ella sin mí, mejor ni imaginar, yo muerto y esa risa de ella suelta por ahí, encantando los árboles, las flores y los pantanos de charla azucarada, ella tan glotona y dulce y los buitres sobrevolándola, yo muerto, tengo que volver al gimnasio, acabar con el queso y el vino, vaya, un vaso o dos por sábado, y tantas cosas que aún no hemos hecho, no fuimos a los Picos de Europa, no fuimos a la ópera en Nueva York, y las películas de Visconti aún dentro del celofán, qué vergüenza, si muero como mi padre, sin quitar el plástico del Círculo de Lectores a la colección de clásicos portugueses, son para la jubilación, decía él, cuando me jubile voy a leer todo, no los abras para no acumular polvo, y de repente el polvo era él, aún por retirarse, y aquella vergüenza en el estante, los hombres duran menos, se gastan más deprisa, material

menos resistente, qué haces aquí, amor, te busqué y no estabas en la cama, ella arrastrando las pantuflas, luminosa nube de sueño, la cara arrugada como un mapa muchas veces doblado y desplegado, y yo, torpe, disculpa, debo de haber tenido una pesadilla, no podía dormir, no quería interrumpirte el sueño, vine aquí a ver si se apaciguaba. Como si ya no estuviera debilitado, como si mi problema no fuera exactamente ése, debilidad generalizada, el cuerpo regresando a la tierra, los pies creando raíces, mañana voy a empezar a caminar, desde que el periódico me despidió me acostumbre a despedirme a mí mismo, los proyectos que guardaba para cuando tuviera tiempo se desmoronaron en pereza, escribir para qué, para quién, sólo si fuera para ella, para mi mujer, pero prefiero contemplarla, acariciarla, vivir este amor como si tuviera quince años y la vida estuviera suspendida como un campo de fútbol antes del juego, silencio y anticipación, el aburrimiento lujoso de la felicidad, no tener que probar nada a nadie, anular expectativas y plazos, obligaciones, limitaciones, palabras circunstanciales, vivir sólo para el amor, con su torrente constante de alegría y tristeza, el amor es siempre triste porque nunca sabemos cuándo nos roban ese privilegio, ella sale al trabajo y pienso y si alguien la atropella, si me arrebatan el coche yo ando a pie, si me asaltan la casa duermo en el suelo, si es preciso, siempre que sea con ella, sin ella no imagino cómo sería, ya perdí amigos por distintas traiciones, del alma o del tiempo, antes encontrarme con los cementerios no me incomodaba, los cargaba conmigo, abarrotados de cruces, me hacían más fuerte, con el amor la posibilidad de la muerte se torna pornográfica, cuál de nosotros se irá primero, vivimos una voraz carrera contra el tiempo, es esto la vejez, me dijo una vez un escritor: no sé cómo frenar los días, corren a una velocidad imposible, no tengo piernas ni manos ni palabras que los hagan parar; yo era muy joven y me sorprendí, pensaba que el tiempo de los viejos era igual al de los adolescentes, lento, anticuado, ahora lo entiendo, todas las horas que no estamos juntos son de pánico y angustia, quién me diera volver a tener los quince años que mi corazón tiene desde el minuto en que la conocí y ver la vida allá adelante, esplendorosa y distante como una diva, poder derrochar tiempo, hacer pucheros, sufrir por irrelevancias, jugar a las canicas con las palabras, pasar noches removiendo una frase, una mirada, una ofensa, reventarme con la hipocresía del mundo y mantenerme alejado de él, correr sólo por correr, sin cansancio, hacia ningún lugar.

De repente volví a tener quince años pero no dejé de ser un viejo apasionado, una pila de cajones roída por el acné, subo el volumen de la música para no oír los gritos de mis padres, dos peces discutiendo en el círculo de mi minúsculo acuario, si no fuera mi hijo te dejaba ya, dices bien, tu hijo, dudo que sea mío también, está torcido como tú, golpean las puertas, el agua se derrama del acuario, mi madre viene a la puerta de mi cuarto a ordenarme que baje el volumen a la música, qué dirán los vecinos, salgo a la calle con una agilidad que ya no recordaba, mis amigos juegan fútbol en el estacionamiento, me llaman, juego, aturdido, marco un gol pero los adversarios lloran a gritos que no vale, que estaba fuera de juego, suelto la pelota, no quiero quedarme allí, de qué me sirve tener quince años si no sé de ella, sé que ella existe pero no está allí, cuando tenía quince años ella tendría dieciocho y estaba en una universidad lejana, a doscientos kilómetros de mí, eso es, tengo que ir a buscarla, tomar el tren, nada en los bolsillos, ni un centavo, recorro las calles como si volara, cuerpo leve, más de medio siglo dentro del cráneo y las piernas como alas, entro en las tiendas, pregunto si no necesitan un empleado, me miran desde arriba, se ríen, me ofrecen caramelos, tú tienes que ir a la escuela, no tienes edad para trabajar aquí, aprovecha la juventud, chico, se ríen de mí, ya no recordaba que tener quince años es soportar la risa de los demás, crece y aparece, niño, eso pasa, no llames, míralo queriendo ser hombrecito, las órdenes, regresa, estudia, vete, pon la mesa, calla, tiende la cama, ve a hacer el quehacer, ¿ya te lavaste los dientes? Necesito ir con ella, no voy a pasar otra vez por el martirio de una vida entera hasta encontrarla, allí en la esquina vive la muchacha que me enseñó lo que era el sexo, pero ella nunca me gustó, me gustaba otra, la de la escuela, que prefirió a mi mejor amigo, y aquello me supo a poco, ojos cerrados para hacer de cuenta que una era otra, tantas horas perdidas con las mujeres equivocadas, tantos años en el periódico escribiendo las mismas cosas, el sindicato dice que la adhesión a la huelga es total, la administración lo desmiente, el presidente de la República ahora electo promete ser el presidente de todos los portugueses, sin embargo, a pesar de las luchas partidistas, el líder de la oposición cuestiona los datos del desempleo presentados por el gobierno, y después la novela, años seguidos de vacaciones desperdiciadas por la novela frustrada, novias lloronas por falta de playa, de París, de una noche a la orilla del mar, y yo allí, a ver si me convertía en eterno, creyendo que

mis palabras irían a hacer estremecer al mundo o al menos la sensibilidad de los lectores, un volumen que quedaría para los nietos que nunca quise tener, cuando la cosa por fin salió fue una cachetada general, o antes hubiera sido, fue una cachetada local y silencio, distanciamiento, un compañero de la competencia bajó y los otros se callaron, simpáticos, ah, escribiste un libro, no lo sabía, esta vida que llevamos, siempre corriendo, y entonces ahora ¿estás escribiendo otro? Para qué escribir otro si nadie quiso leer el primero a no ser por aquel crápula que no me podía ver porque yo le comía una prospectiva novia, ah, Don Juan, piensas que además de la armadura del seductor todavía irás a la Historia de la Literatura pero te engañas, ya vas a ver cómo es, gruñó el bruto por sus capullos y asesinó el libro, bajo, mal lavado y enojado con el mundo. Parece que todavía lo veo preguntando a la fulana, al lado mío: ¿qué es lo que una belleza como tú ve en este tipo al que le apesta la barba? Yo no quería nada con ella, sucedió, por lo menos me frenó el ímpetu del segundo libro, nunca más tuve ni siquiera voluntad de escribir, al principio juzgué que de ahí a un tiempo, que al segundo era que iba a ser, el cabrón tendría que acabar por tragarme, quisiera o no, otros habrían de demostrarle mi talento, al segundo libro era que iba a ser, pero la editorial me decía que el tiempo estaba muy complicado, sólo *best-sellers*, y cuando ni un tipo con amigos en los periódicos conseguía buenas críticas o al menos alguna visibilidad las cosas se ponían aún más difíciles, y después me fue pasando la rabia, digan lo que digan es siempre a causa de eso que se escribe, la rabia es la gasolina del espíritu, el ingenio y el arte vienen por añadidura, a mí ya me pasó.

¿Dónde voy a preparar el dinero para ir a buscarla, con este mísero cuerpo de quince años, demasiado bien alimentado y vestido para mendigo? Vuelvo a casa, mi madre salió, ataco la cartera de la cocina, escondida en el cajón de las toallas, como siempre, saco las notas y salgo, tomo el autobús hasta el tren, y aquí voy, atravesando montes y valles, en busca del sentido de mi existencia. Ella me reconocerá tan pronto como me mire, la vida extendida delante de nosotros como una toalla sobre el césped de la eternidad, un banquete, yo seré abogado como quería mi padre, evitaré el esfuerzo y la desilusión del libro, distinguiré entre amigos y enemigos con mis ojos afinados por el tiempo y las derrotas, si volví a tener quince años fue para esto, la extraordinaria oportunidad de empezar todo de nuevo, un adolescente con ex-

periencia de viejo, un hombre capaz de llegar a un acuerdo con la vida, un hombre destinado a la felicidad, es eso lo que soy, mucho más que un escritor, escritores hay muchos, de todos modos, demasiados, gráfomanos compulsivos, arrogantes, ingenuos, patéticos, convencidos de que sus palabras marcarán la diferencia, separarán las aguas, acabarán con la ignorancia universal, iluminarán la noche de los siglos pasados y futuros, escaparán a la ferocidad del tiempo, a la insignificancia, a la banalidad y a la muerte.

Aquí llega, riendo, al portón de la universidad. No sé cuántas horas la esperé; sabía que al caer la tarde ella aparecería allí. Viene con un grupo, tres chicas y dos chicos, conversan animadamente. Pantalones vaqueros acampanados, túnica florida, toda ella es color, rosas, verdes, blancos, azules, caracoles castaños sueltos por los hombros, abrazada a los libros, bolsa barata al hombro, cara lisa, de un blanco luminoso, los ojos avellana parecen mayores en esta cara de niña que aún no es la de la mujer madura que conocí, las mismas formas redondas en un cuerpo esbelto, el fulgor de la juventud, músculos, luz, flexibilidad, dulzura, la llamo, ella vuelve la cabeza, acelera, vine contigo, ella se acerca, pregunta de dónde la conozco, le digo mi nombre, permanece fuera de los límites, los ojos súbitamente opacos, oscuros, le digo que me va a encontrar de aquí a treinta y cinco años, y vamos a ser muy felices los dos, y ella se ríe exactamente como mi madre, se burla frente a mí, dice: eres muy querido y muy jovencito y muy tontito, busca a una chica de tu edad, luego me da la espalda, vuelve con su grupo de amigos y desciende la calle, hablando y riendo, burlándose de mí. Ella no volvió a tener dieciocho años, ella está viviendo los primeros y probablemente únicos dieciocho años de su vida, y no hay nada que pueda hacer contra eso, he dado la vuelta a toda la vida para encontrarla y ahora tengo quince años y estoy solo, irremediamente solo en mi corazón de cincuenta y un años, adolescente cazado en el propio tiempo que quise curvar. Quiero volver a tener cincuenta años, necesito urgentemente regresar a mis cincuenta años, la gente me oye y juzga que estoy loco, nadie quiere tener cincuenta años, dónde se ha visto ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE MONSERRAT ACUÑA



# Fritz Moser

VÍTOR NOGUEIRA

## SEÑORA DIRECTORA:

La bondad con que recibe los textos que le envían, a fin de publicarse en esa revista, si después de ponderado examen fueran considerados meritorios de figurar en ella, me anima a participarle el relato de un hecho que por su extraordinaria singularidad me parece digno de conocerse.

Yo vivía en Múnich, en 1942, cuando se difundió la noticia, aunque en sordina, de que se encontraba a escasos kilómetros de distancia, ya cerca de la pequeña ciudad de Dachau, un muchacho que vivía hacía semanas sin alimentarse. Oí y dejé correr el rumor. Dos o tres meses más tarde, constaté que todavía había quien insistía en que ese muchacho continuaba viviendo sin alimento. Volví a no dar crédito a la noticia, por considerarla como fábula sin fundamento o como impostura que podría tener por principio algún interés extranjero menos sano.

Para ese momento, Fritz Moser, mi amigo, médico aún joven pero bien instruido en su arte, resolvió deshacer sus dudas visitando a ese muchacho. Y la verdad es que también Fritz se convenció de que el niño tal vez no ingiriera siquiera alimento alguno. Me dijo haberlo encontrado a la mesa, simple espectador en todo caso, ante la escasa comida de que se ocupaban las personas a su alrededor. Y dijo más, me dijo que pidió que le permitieran examinar con atención a ese pequeño enfermo. Vio toda la piel de su vientre, de las costillas a las ingles, metida hacia adentro, como si le hubieran retirado los intestinos y aspirado el aire del cuerpo. Después de esa observación, Fritz juzgó, como otros, que ese joven singular no debía, ni podía deber, la continuación de su vida al mecanismo ordinario de la nutrición. Pero aun así mi incredulidad se mantuvo, a pesar de mi aprecio por Fritz Moser.

Fritz tenía veinticinco años y una sonrisa hermosa. Los labios recostados levemente uno en el otro, en una escuadra feliz, aunque por dentro los sentimientos de Fritz pudieran tener otra forma. Es decir, hay personas que tienen suerte con la expresión que les tocó, parecen estar sonriendo incluso cuando sus humores se mantienen rectilíneos. A veces extravasaba, sin despejar sentimientos, sólo verdades rigurosas como puños. Hablaba de jaulas rodeadas de pájaros, personas comunes en circunstancias extraordinarias, minúsculos cristales entrelazándose, tratando de rescatar luces perdidas. Si no fuese ahora, ¿cuándo? Si no somos nosotros, ¿quién? Después vagaba por las calles de la ciudad, como un hombre solitario en una cubierta preguntando al mar abierto, personajes de una novela flotando a su alrededor.

Pasaba noches enteras solo en el consultorio; cuatro paredes blancas, puertas del mismo color, ventanas de guillotina, muebles con tonos de marrón asentados en el entarimado antiguo, tablas amplias, tal vez pino de tonelería. Y completamente circundado de libros, libritos de apuntes. Semienquadernaciones con lomos de carnero, carpetas revestidas de papel de fantasía. Ah, la contabilidad de los libros... ¿Dónde y cuándo se perdió exactamente ese arte de formar notas precisas? Notas en buen orden, manuscritas día a día, caligrafía cursiva sin claros ni tachaduras, por mucho que hoy extrañe a quien sabe poco del mundo. Pero el mundo es así y, se sabe por qué ventura se suceden las generaciones, la historia se va escribiendo, para después quedarse olvidada en sótanos, túneles, archivos.

Vale la pena subrayar que Fritz tenía un defecto, un corazón de mantequilla que lo hacía inquieto. Parece que estoy viéndolo tomar apuntes: ¿Donde caben veinte caben siempre veintiuno? ¿Donde caben veinte caben siempre veintidós? ¿Donde caben veinte caben siempre veintitrés? Sí, parece que lo estoy viendo: tomando apuntes, quitándose los zapatos, recostado, mirando al techo. O quizás más allá del techo. Y después se dormía. Hay momentos en que simplemente tenemos que hacer lo correcto.

Hablando de lo correcto, muchas veces le dije a Fritz que rendirse y doblarse tiene muchas conveniencias; poniendo a un lado la soberbia, deben los hombres rendirse a un consejo bondadoso, a un aviso sensato, a los dictados de la razón. A eso, Fritz respondía: Pero hay hombres que se rinden sin que debieran doblarse y hombres que no se doblan incluso pudiendo rendirse.

En fin, entonces estábamos en los mayores calores del estío, en aquel

año de 1942. De repente, me desperté sobresaltada, incomodada con la posibilidad de que en verdad existiera ese muchacho. Me levanté en caída libre, decidida a buscarlo, a emplear mis esfuerzos en el sentido de hacer que, existiendo, engullera al menos alguna cosa, de modo que yo también pudiera dormir mejor. Pero todos mis esfuerzos fueron inútiles, porque me decían que estaban cerrados todos los pasos en el cuerpo del chico. Y, aunque no lo estuvieran, yo misma me encontré con todos los pasos cerrados en el camino hacia Dachau. También Fritz, por lo demás, no volvió a hacerle una visita.

En ese tiempo yo trabajaba en la Biblioteca Estatal de Baviera, como responsable del servicio de limpieza. Un día fui llamada con urgencia hasta la sala de lectura, donde techos y paredes liberaban fragmentos, libros sucesivos caían de las estanterías (y, puestos en su lugar, caían poco después, cubriendo el suelo). Reuní de inmediato a las asistentes de limpieza, pero, por muy cuidadosos que nuestros gestos fueran, se quejaban los lectores de la falta de silencio en ese desorden. El director, perplejo, afligido como nosotras, nos pidió otros métodos para encarar la extraña situación. Salimos a la calle organizadas en equipos, intentando adquirir herramientas más útiles: escobas de exterior, carritos de limpieza, cosas de ese tipo. Pero en la calle estaba el suelo todo abierto y lleno de cráteres. Decían que era la muerte que estaba llegando a Baviera, bajando por el aire hasta el centro de Múnich. La muerte es hermana del fuego, de todo se alimenta, libros, escobas, asistentes de limpieza, sólo se extingue con las cenizas.

Y así, por vueltas que la gente dé, por textos que la gente escriba, llega la hora en que es necesario enfrentar lo más difícil. La muerte. ¿Quién la trajo al mundo? ¿En qué casa vive? ¿Qué tigre la generó? Certísima cosa es que la muerte sobrevive al hombre. Van la muerte y la vida tan juntas y hermanadas que escasamente se empieza la vida cuando ya se cae en la mano de la muerte, la vida es sólo el principio. La muerte es la que da fin a todas las dignidades, cetros, coronas y lo demás que en la vida poseemos; es el último juez de todas las controversias y demandas, es la cosa más terrible de todas las cosas terribles. No hay animalejo de cocina de la retórica que no sepa que es así.

Pero vamos a que la sangre no sale —decían los más osados mandatarios del régimen—, que por más que los piquen se deja quedar en las venas de los ciudadanos alemanes, animando el cuerpo y conservando la vida; se quejan unos y se quejan otros, olvidándose de que el mundo pronto em-

pezó con quejas. Todo esto es discutible, lo reconozco. Y, sin embargo, la muerte caminando les llega a todos, aunque la sangre no se dé por convencida. Pero, oh, ciegos, ¿por qué no veis lo que veis? ¿Por qué no entendéis lo que entendéis?

Así, la vida se complicó en la ciudad de Múnich. Tomé la decisión de mudarme a Hamburgo, donde la vida, por cierto, ni siquiera era más simple. Razones tan pesadas me hicieron olvidar la noticia de aquel caso extraordinario. Y apenas sí podía presumir que, de haber existido ese muchacho, formase parte del conjunto de los seres vivos. Pero una carta de Fritz Moser, en mayo de 1945, vino a recordarme el asunto, asegurándome que, después de un absoluto ayuno de varios años, se habían abierto los pasos en el cuerpo de aquel joven, empezando por que tomó una porción de leche y después siguió comiendo en los días inmediatos, por que durante su ayuno masticó algunos alimentos sólidos, menos por goce que por obediencia a su padre y, después de la muerte de éste, por obediencia a su madre y, después de la muerte de ésta, sólo por respeto a la memoria de sus muertos. Sí, masticó algunos alimentos sólidos, pero siempre conservó todas las cosas que masticaba en la boca, sin tragar nada. Y, en ese estado de abstinencia universal, siempre mantuvo la secreción de la saliva, y había, a pesar de todo, crecido quince centímetros.

Fritz Moser, mi amigo, entretanto menos joven y un poco maltratado, al igual que nosotros todos, por las agruras de la existencia, continuaba reflexionando y tomando apuntes sobre el modo de conservación de la vida de ese chico durante los años en que masticó el alimento sin tragarlo. Tal vez las papilas con sus vasos absorbentes recibiesen por lo menos la parte más espiritual que puedan tener los alimentos, contribuyendo por esa vía hacia la sustentación del individuo.

Y, si esta razón no fuera la verdadera, que al menos pueda inducir la atención de los lectores a un principio de incertidumbre. El mundo, como sabemos, está hecho de ciertas fuerzas que desde siempre se oponen, es un péndulo antiguo, en sus mejores movimientos oscila del caos al orden. La barbarie, sin embargo, sigue el mismo movimiento, porque el orden también tiene un lado oscuro. Yo llamo aquí barbarie a esa disposición del entendimiento que hace que la razón no nos gobierne, pero sí el entusiasmo y la costumbre. Cuidan muchos que se basan en bases de hierro y acero, pero se basan al final en la mayor de las inconstancias. Que todo en el mundo son vueltas, y viene a ser una danza en que unos entran y otros salen.

El tiempo no perdona. También entré y salí. Ahora paso los días alrededor del Paraíso. Ayudo, por la mañana, en el taller de Fra Angélico. Alisto las herramientas y dejo todo limpio, converso con los ángeles que posan para la pintura. Camino tarde afuera entre prados, cursos de agua, recojo algunos frutos. Por la noche, por lo general, visito a Fritz Moser. Nos leemos mutuamente las obras más recientes de Homero o de Virgilio (aquí hay tantas musas que ellos escriben como nunca). Se enciende la televisión a la hora de las noticias, para otras odiseas, para ver cómo marcha el mundo y para ir acompañando la saga de chicos que nos recuerdan a aquél de quien hablé.

Tareke, por ejemplo, se hizo invisible al salir de Eritrea. Pasó por Sudán, después caminó días por el desierto, tomó cerca de Trípoli un barco expresamente adaptado para el transporte de personas invisibles como él. Khaled, por su parte, se volvió invisible al norte de Damasco. Pasó por Turquía, tomó cerca de Esmirna un barco adaptado. ¿Donde caben veinte caben siempre veintiuno? ¿Donde caben veinte caben siempre veintidós? ¿Donde caben veinte caben siempre veintitrés? Embarcaciones así maniobran con minucia hasta lugares precisos, a veces junto a las rocas, a veces simplemente al borde de una playa, como si fueran grupos de ballenas suicidas.

Apago la televisión y regreso a mi nube cuando Fritz se duerme, labios recostados levemente uno en el otro, en una escuadra feliz, aunque por dentro los sentimientos de Fritz puedan tener otra forma. Le quito del cuello y pongo en un estante el librito con sus apuntes. Por lo demás, en las estanterías los libros se acumulan (notas en buen orden, manuscritas día a día, cubiertas revestidas de papel de fantasía), hasta porque Fritz dejó la medicina (aquí nadie la necesita), por eso tiene más tiempo para sus reflexiones.

Por la noche sólo guardo los puntos luminosos y un abanico de estrategias defensivas. Avanzo rápido y no miro hacia abajo. Rara vez me permito divagar y pensar en las personas que perdí. A veces, muy a veces, me pregunto qué hombre llegó a ser aquel muchacho olvidado allá a lo lejos, en los campos de Dachau. Después releo las notas más antiguas de Fritz Moser y vuelvo a convencerme: este oficio de seguir las huellas de fantasmas no es nuevo, y produce resultados muy inciertos •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

## Amor 2.0

### PEDRO VIEIRA

«Leerlo como si se muriera. Borro esta frase y vuelvo a escribirla. Como si muriese y volviera a vivir en un mismo segundo, acrecentando aún más el milagro de la resurrección, morir y volver en un mismo segundo, en el mismo instante, sin dar tiempo al luto, a las dudas de Tomás, a nada. Plim, en el tiempo de un bit. Lo leía y deseaba la muerte porque llevaba una vida llena de gozo interior. Porque lo leía. Porque lo que escribía me hacía sentir completa. Mejor. Porque aquello que me escribía, era. Todos los tuits, todos los posts, todos los guiños eran para mí, tengo la certeza de ello. Borro esta frase y vuelvo a escribirla. “Todos los guiños eran para mí, tuve la

---

#### AMOR 2.0

«Lia-o como se morresse. Apago esta frase e volto a escrevê-la. Lia-o como se morresse e voltasse a viver no mesmo instante, ampliando ainda mais o milagre da ressurreição, morrer e voltar no mesmo segundo, no mesmo instante, plim, sem dar tempo ao luto, às dúvidas de Tomé, a nada. Plim, no tempo de um bit. Lia-o e desejava a morte porque levava já uma vida cheia de gozo interior. Porque o lia. Porque aquilo que escrevia me fazia sentir preenchida. Melhor. Porque aquilo que me escrevia, assim é que é. Todos os tweets, todos os posts, todas as piscadelas de olho eram para mim, tenho a certeza disso. Apago esta frase e volto a escrevê-la. “Todas as piscadelas de olho eram para mim, tive a certeza disso”. Mas já não tenho e agora é tarde. Embora possamos sempre recomeçar, procurar um novo sentido, reler as direct messages,

certeza de eso”. Pero ya no la tengo y ahora es tarde. Aunque podamos siempre recomenzar, busco un nuevo sentido, releo los mensajes, intentando percibir si escribiría lo mismo a todas. Si otras han sentido el mismo deslumbramiento. Recuerdo el día en que me llené de coraje, en que acepté la invitación para tomar café, en la que lo invité a subir a mi apartamento, en el que puse el cuchillo más largo de la cocina en ese corazón tan adormecido. Se desvaneció, murió sin un pío (un tuit, ahora pienso la forma irónica y amarga), sin regreso. La muerte sólo tiene edición cuando escribimos, cuando parpadeamos. Leo como si muriera pero fue él quien subió a los cielos, donde está sentado a la derecha de mis añoranzas. Prefiero saberlo así que a merced de las ilusiones de ellas, otras, tantas. Son cotorras que llevan al nido todo lo que brilla, encontrarán otros oros de los tontos. Yo te llevo conmigo hasta la condena. Siento tu ausencia, disculpa, voy a borrar esta frase. Un muerto no merece vivir con remordimientos».

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

tentando perceber se escreveria o mesmo a todas. Se outras sentiram o mesmo deslumbramento. Recordo o dia em que me enchi de coragem, em que aceitei o convite para tomar café, em que o convidei a subir ao meu apartamento, em que enfiei a faca mais longa da cozinha naquele coração tão adormecido. Esvaiu-se, morreu sem um pio (um tweet, penso agora de forma irónica e amarga), não regressa. A morte só tem edição quando escrevemos, quando piscamos o olho. Lia-o como se morresse mas foi ele que subiu aos céus, onde está sentado à direita das minhas saudades. Prefiro saber-te assim do que à mercê das ilusões delas, outras, tantas. São gralhas que levam para o ninho todo o pichisbeque que brilha, hão-de encontrar outros ouros dos tolos. Eu levei-te comigo até à condenação. Sinto a tua falta, desculpa, vou apagar esta frase. Um morto não merece viver com remorsos».

## La casa de verano

ISABEL RIO NOVO

I  
«La vida está llena de ironías». Así pensó Miss Riverey recargada en el barandal de su terraza que daba al río, arreglándose el chal, completamente innecesario para el tiempo de calor, que Susana le acababa de colocar sobre los hombros. Miss Riverey tenía razón en pensar de ese modo. No habían pasado ni quince minutos desde que el doctor Carlos, deslizándolo sus pálidas manos por las alas del sombrero, se había despedido de ella, aún con vergüenza en la expresión confusa de los que llegan a dar malas noticias, y había sido conducido al patio por una Susana que parecía haber envejecido de repente, más pequeña, más grisácea, más sumida en su vestido gris, demasiado largo para su complexión.

Miss Riverey los vio descender la escalera exterior, la cual, entre algunas zonas escondidas por las jacarandas que cercaban la casa y por las esquinas propias del edificio, estaba hecha de partes que se veían y otras que permanecían ocultas, haciendo que los visitantes que se retiraban de la mansión aparecieran y desaparecieran delante de los que se despedían desde la ventana o de la terraza en una especie de encantamiento.

La última parte de la escalera no se apreciaba desde la terraza pero, aun antes de que las figuras del joven médico y de la empleada reaparecieran visibles en el patio, Miss Riverey adivinó la presencia de ambos, no sólo porque conocía por sí misma el trayecto, el tiempo habitual de descender los peldaños, sino porque el cochero se adelantó súbitamente, quitándose la boina, y se apresuró a abrir la puerta del carruaje al que subió el médico para acomodarse en el asiento y lanzar hacia el barandal una mirada cargada de lágrimas.

Miss Riverey vio cómo el carruaje hacía volar pequeñas piedras sobre

la grava del patio y viraba en la calle en dirección de la ciudad. Después su mirada se perdió enfrente, en el paisaje del río que corría ya muy cerca de la cascada siguiendo la dirección del caudal hasta el punto extremo en que el mar se confundía con el cielo. A su izquierda, melancólicamente erguida sobre el acantilado, la fortaleza en ruinas recordaba los siglos en que era necesario defender de los ataques de piratas a los barcos que atracaban. A su derecha, el puerto aguardaba la hora en que los pescadores recogerían sus redes, soltando la carga preciosa de doradas, congrios, pargos y corvinas, de ojos muy vivos y escamas plateadas que brillaban con el sol.

Susana regresaba y, en el momento en que la sintió cerca, Miss Riverey se volvió. Al darle la cara, la empleada se sobresaltó como la primera vez que la vio, hacía casi dos décadas, cuando ella era una joven que venía a trabajar para una mansión de ingleses ricos, y Christina, una niña de trece años, la mayor de cuatro hermanas, a quien ella iría a enseñar a tocar el piano y pintar acuarelas. Los ojos de Christina Riverey eran espantosamente azules, de un azul cerúleo y brillante que Susana jamás había visto en lugar alguno de la naturaleza, flor, cielo, río o porción de mar de aquella fría ciudad al norte donde se habían conocido.

## II

**En nuestra historia**, entonces, Susana se aproximaba a Miss Riverey, colocada atrás de la balaustrada de la terraza. Era el clímax del verano, el inicio de un agosto más caliente que de costumbre, la continuación de una primavera que se había presentado espantosamente clara y cálida, llena de largos días y noches perfumadas, durante las cuales las señoras, esposas de banqueros de vacaciones, las sobrinas de los industriales que habían hecho fortuna con tejidos y conservas, las hijas de negociantes opulentos, salían de sus casas prescindiendo del carruaje, vestidas con ropas claras y frescas que acostumbraban reservar para los días de playa y mostrando a todas luces que eran muy bellas y deseables. Miss Riverey hizo como las demás señoras: acompañada por Susana durante los últimos meses, paseaba de noche por el margen del río y también durante las mañanas más amenas, observando las chalanas que transportaban el corcho desde la sierra hasta el puerto. Ciertos días tomaba el camino en dirección de las casas de los pescadores, recorriendo calles empinadas y espantando al barrio con su sombrilla de seda escarlata, su esbelta elegancia, la belleza traslúcida, los brazos blancos, casi desnudos bajo las

mangas de gaza, los cabellos rubios y sobre todo los ojos, muy grandes y azules. Entonces los pescadores interrumpían el esfuerzo de arrastrar los barcos, las vendedoras de higos paraban su alboroto y las mujeres de los pescadores, de bruces sobre las redes, suspendían las agujas y las cantaletas porque todos, realmente todos, se quedaban asombrados delante de aquellos ojos tan intensamente azules, donde se podía observar el color del cielo, la fuerza del mar, el poder de los elementos.

Una mañana, Miss Riverey caminó con Susana hasta la playa, se quitó las zapatillas y se atravesó por la arena, justo junto a aquel punto donde el río y el mar se fundían. Fue en esa mañana que lo vio por primera vez, un bulto aislado y recortado contra el manto liso del agua. A partir de ese día, no dejó de recorrer el arenal, esperando encontrarlo y, al mismo tiempo, recorriendo con los ojos las cimas de los acantilados e imaginando los lagos escondidos en los despeñaderos y el aspecto de las bahías alejadas. Corriendo los ojos. Imaginando apenas. Porque, en ese momento, Christina Riverey ya sabía que sufría del corazón.

## III

**Era, realmente**, un verano espantoso. Los días calientes y sin viento se mantenían tan constantes que hacían suponer un verano eterno, los pájaros cantaban con más júbilo, la casa de verano justificaba su nombre, simple y al mismo tiempo imponente, amarilla y blanca, vuelta hacia el río y bañada por toda especie de claridades: la del cielo, la del sol, la de la superficie reverberante del río, la de la alegría de los rostros delante de un estío tan continuo, sonriente y animado.

La mansión donde Miss Riverey habitaba y donde, al inicio de esta historia, la encontramos absorta, contemplando el río, comenzó siendo la casa de verano del matrimonio. Estaba circundada por un jardín donde crecían orquídeas, lánanos y lirios salvajes, pero también lavanda, con la que Susana rellenaba bolsitas bordadas que distribuía por las cómodas, y manzanilla, que mandaba hervir en tisanas. La fachada principal estaba compuesta por ventanales de cantera rematados por frontones ojivales, recuerdo de la época romántica en la que el suegro de Miss Riverey mandó construir la casa.

Ella y su marido habían visitado por primera vez el sur para que Christina se curara de lo que parecía ser una grave crisis de melancolía. Le aconsejaron los médicos huir del clima húmedo, de la bruma espesa de la oscuridad granítica del viejo pueblo norteño, que, al obligar a las perso-

nas a permanecer en sus casas para protegerse de la lluvia, les volvía los pensamientos viejos y encerrados. Y Ricardo, con temor a una tisis, a la que no le gustaban las playas con viento, se acordó de la casa que su padre poseía junto a aquel poblado de pescadores en el Algarve y de su amigo de infancia, Carlos, que ahora era médico allí.

Christina adoró la casa desde el primer instante y se aficionó rápidamente al clima mediterráneo. Le gustaron los arenales dorados, la aridez de los acantilados, las tonalidades calientes del crepúsculo, tan diferentes de la ciudad fría y vieja donde nació. A su regreso, los médicos se sorprendieron con el buen semblante de la joven y con el apetito que mostraba. Pero el regreso, al final de aquella temporada, les sabía a exilio y, en los años siguientes Miss Riverey fue procurando, durante los veranos, prolongar lo más posible los meses de estancia en el Algarve y, durante el invierno, contar los días hasta que esos meses llegaran.

#### IV

«**Muchachita extraña**», escuchó tantas veces de su madre, una inglesa que nunca quiso encerrarse en una quinta en el Douro y vivía, con labios trémulos, lamentando el casamiento con un negociante de vinos. «Muchachita extraña», le habían confirmado las hermanas, en cuanto las criadas les cepillaban los cabellos frente al tocador, las hermanas, muchachas muy lindas y sensatas, que en el momento oportuno habían escogido como maridos a los más ricos propietarios de viñedos de la región. «Muchachita extraña», le susurraba Ricardo, aunque en otro tono, acariciándole la cara y robándole besos en los lóbulos de las orejas, en un gesto de atrevimiento que no la ofendía. Ricardo, el novio y futuro marido, tan inmerso en los valores del pueblo y que, sin embargo, tanto la estimaba y le permitía todas las excentricidades.

«Extraña», pensó muchas veces Miss Riverey acerca de sí misma, constatando el desapego con el que se mostró durante sus cuatro embarazos, cuatro veces madre de niños que nacían en partos sin dolor, de cuerpos blandos y azulados, envueltos en mucosidades y que morían algunos días, o máximo algunos meses, después del nacimiento sin que la muerte de cada uno de ellos le despertara algo más que un gran cansancio físico y una gran apatía. Como si la liberación de los infelices partiera de su propio esfuerzo y fuese arrancada a sus propias entrañas. Náuseas del embarazo, malestar en la cintura, el olor de la leche manchándole el peto de la camisa, todo pasaba por Miss Riverey como si fueran, no ocurrencias de

su ser, sino trivialidades de un vestido cortado en tejido crespado, que le quedaba muy mal y que se quitaría al día siguiente para meterlo en un baúl en el ropero y no ponérselo nunca más. Como si su cuerpo, que todavía tiritaba de placer con los baños de pétalos que Susana le preparaba con piezas de músicas tocadas por su marido, que se dilataba cuando estaba embarazada, que producía leche cuando le nacían los hijos, fuera, a pesar de eso, una cosa inacabada a la espera de ser usada.

«Extraña», comentaban los vecinos que, aunque habituados a la muerte en general y a la muerte de niños en particular, se espantaban con los cuatro féretros blancos salidos de la misma mansión en un corto intervalo de años y después todavía se asustaron más con el féretro de Ricardo, si bien la tisis no era una causa de muerte cuestionable. «Extraña», resumía en sí, la buena sociedad del siglo respecto de Christina Riverey, sabiendo que, ya viuda, rechazaba la posibilidad de integrarse a la casa de alguna de sus hermanas y recomenzó a utilizar su apellido de soltera, dejando de ser la señora Castro Gomes para volver a ser Miss Riverey. Decidió cerrar su caserón en Porto y desaparecer en el Algarve. «Extraña, extraña, extraña», decían todos, viéndola instalarse en la casa de verano durante todo el año, sola con su empleada, la cocinera y tres criados, en un desafío de hábitos, de costumbres y de trayectorias esperadas.

No se puede decir que Miss Riverey viviera completamente indiferente a la opinión que tenían de ella sus parientes, amigos y vecinos, pero las insinuaciones de las que era objeto, como todas las otras cosas de la vida, le acontecían a la distancia y ella las contemplaba como a través de una puerta de vidrio esmerilado, atenuadas y refractadas. Fue más tarde, mucho después de que las ocurrencias de la vida le acontecieran, que recordaba, apreciaba y, sí, es verdad, se emocionaba y había momentos en que se acordaba con pormenor de los rostros lívidos de los niños muertos, de la mirada desalentada de Ricardo, que sucumbió a la tisis en menos de un mes.

#### V

**Despacio, muy despacio**, cuando ya vivía en el Algarve, aquella sensación de opresión en el pecho que le venía desde la juventud, que se acentuó desde el tiempo en que Ricardo vivía y los niños le nacían y morían en espacio de días, fue creciendo, se fue adensando, agudizando al punto de no poder explicarse con razones fortuitas. Una caminata hasta la avenida que se transformaba en un suplicio. El transcurso de unos pocos metros

hasta la playa que le cubría el rostro de sudor. Los peldaños de la escalera convertida en una vía sacra. La dificultad de subir al atrio de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, desde el cual le gustaba tanto contemplar el río y la ciudad vecina.

Y ahora, hace pocos minutos, el doctor Carlos Saraiva, perturbado, porque era su médico desde hacía años, porque había sido amigo de Ricardo y porque amaba, ya desde hace algún tiempo, a Christina Riverey, le confirmaba una condición cardíaca irreversible.

Esa especie de consulta transcurrió en la sala con vista al río, sentados uno frente al otro, exactamente como un año atrás en aquella mañana irremediable en que Carlos, sujetando la punta de marfil de un bastón como si quisiera hacerlo desaparecer entre las brechas invisibles del tapanco, le confesó su amor y le propuso matrimonio, si bien, como él decía, se sentía muy inferior a ella en todo (y este «en todo» entristeció inexplicablemente a Christina, incluso ahora, en la distancia en que recordaba la escena, como si la expresión apocara la belleza, el garbo, la distinción indiscutible de aquel hombre de buena fortuna que creía estar dando una buena impresión al humillarse delante de ella). Christina lo rechazó sin severidad pero también sin titubeos, sin margen de ninguna esperanza vaga ni tono de disculpa, porque en ella la cortesía era seca y sus modos, ya dijimos, extraños.

Y fue así que, un año después de quedarse viuda, Miss Riverey rechazaba a Carlos y continuaba teniéndolo como su médico sin manifestar ningún embarazo en su presencia, exactamente como quien, habiendo dejado caer al suelo un objeto familiar y constatando que quedó con marcas de la caída, la pintura lascada o una parte golpeada, continúa utilizándolo porque funciona perfectamente.

Y confiaba en la ciencia y en la sinceridad del amigo, tanto que no cuestionó el veredicto que éste le anunció en aquella tarde de verano en que la encontramos en la terraza, asegurándole sólo pocos meses de vida. El corazón le latía, es cierto, desde ese momento con mayor intensidad, golpes siniestros, casi dolorosos, amenazando con romperle las costillas, y Christina no sentía que fuera consecuencia del avance de su malestar, sino de la tristeza que se apoderó de ella. Una tristeza sin melancolía (ah, tanto que se habían engañado los médicos en Porto, ella nunca sufrió de melancolía), apenas la tristeza honda de alguien a quien obligaban a despedirse de la vida a la altura en que la vida comenzaba a interesarle más. Alguien a quien estaban prohibidas las excursiones por los acantilados.

Alguien a quien obligaban a retirarse antes de la puesta del sol y a disfrutar del clímax del verano. Y por eso, esa misma tarde, de ojos muy azules y brillantes apuntando hacia el delta del río, Miss Riverey pensaba: «La vida está llena de ironías».

## VI

**Susana, la querida** y humilde Susana, por ventura ligada a Miss Riverey por algún sentimiento mayor y más inconfesable que el de una simple empleada de años, la ayudaba como si quisiera estrecharla en sus brazos, le extendía el chal, balbuceaba varias ofertas, de compañía, de un remedio, de un té. Christina aceptó el chal pero rechazó el resto y pidió estar sola. Regresó a la posición en la que la encontramos, inmóvil, con los ojos fijos en la imponente vista que se disfrutaba desde la terraza, el río con reflejos plateados, esmaltado por los colores de los barcos de pesca, la fortaleza y la ciudad al fondo, inmersos en las tonalidades rosadas de la puesta del sol del Algarve, tan diferente, tan diferente del de la tierra en que nació. Y fue ahí que se quedó durante algún tiempo. Si te parece que regresamos atrás, no regresamos, querido lector, y verás que llegando hasta esta parte ya no eres el mismo que comenzó la lectura y que, para que continúes esta historia, sentirás que tienes que tener muy presentes las palabras *azul, mar, luz, calor, sol, cielo*.

Por fin, Miss Riverey volvió a su cuarto, orientado hacia el oriente, donde las arboladas alrededor, las puertas cerradas, el suelo de madera encerada, creaban una atmósfera tibia. Los ramos de las jacarandas, que sobrepasaban los barandales de fierro, llenaban la división de un aroma dulce. Las moscas, ebrias por los rayos de sol que se escurrían por las ranuras de las puertas, paseaban por el aposento, rozando los frascos de perfume que brillaban sobre el tocador y embestían contra la piel clara de Miss Riverey. No la incomodaban. No estaban interesadas en su sangre doliente, preferirían sumirse en la sangre fresca de la lavandera o en la sangre madura de Susana, o hasta en la sangre dulce de la cocinera, una pequeña vieja de barriga salida, casi ciega por la diabetes, que movía las ollas y los alimentos guiada por la intuición.

Aquéel no era el cuarto que compartía con Ricardo. Ése quedaba del otro lado de la casa; además, ahora era una salita de costura donde se encerraban bordados comenzados, corpiños descosidos, medias desaparejas. Éste era un cuarto sólo suyo. Una mesita de trabajo, un tocador, una simple cama tapada por cortinas de seda, donde Miss Riverey pensó, con

naturalidad y la misma honda tristeza, que iría a morir en breve. Podía ser que así fuera, mas no sin antes, nunca sin antes, llevar allí al muchacho.

## VII

A Susana, especie de confidente, no se le escapó el sentido de aquellos encuentros casi silenciosos con el joven pescador que Miss Riverey viera aquella mañana de julio y con quien entretendió una relación inexplicable. ¿Qué podrían tener en común una señora tan rica y un muchacho tan pobre? El joven era alto, moreno, de una belleza improbable, se entendía que la juventud y la fuerza le corrían por las venas, en los músculos finos y bien diseñados. Susana nunca se casó, pero, como era una ávida lectora, conocía el poder de la carne y se percató de inmediato de una pasión. ¿De qué hablaban cuando se sentaban los dos frente al mar, con ella, Susana, sólo a unos metros de distancia? ¿Qué decían las cartas que Christina Riverey recibía de las manos del muchacho y leía y releía con una sonrisa resignada para luego quemarlas en la estufa? ¿Qué significaban aquellas conchas que él le entregaba y ella guardaba en una bolsita para traerlas a casa y después acomodarlas sobre los muebles de la sala, del cuarto y del escritorio?

Christina Riverey tenía una gran fortuna, constituida, en parte, por la herencia de su padre, y también por la herencia de Ricardo. Los tiempos estaban cambiando y el nuevo siglo que se aproximaba parecía indicar una mayor libertad de costumbres. Y, además, estaba la casa de verano. La propia Susana, que no era una mujer sensual, sentía que gran parte de las trabas que atrapaban a Miss Riverey en Porto desaparecían en este escenario. Todo era diferente al calor seco del clima mediterráneo.

Por eso, cuando Christina le dijo simplemente: «Él ha de venir hoy», Susana comprendió que no había nada que pudiera hacer para impedirlo. De noche, ayudó a la señora a desvestirse y a deshacer las trenzas, conmoviéndose con la armonía de las líneas finas de aquel cuerpo enmagrecido con la extraordinaria blancura de su tez. La ayudó a entrar en la tina de agua perfumada, le sostuvo los cabellos para que no se le mojaran, después la secó con la toalla de felpa. Y, a la hora indicada, tomó el candil, abrió la puerta que daba al patio trasero y condujo a Pedro hasta el cuarto de Miss Riverey.

Delante del muchacho, a la luz trémula de la vela de parafina, Christina era casi transparente, pero el muchacho intuía su cuerpo. Se aproximó a ella, buscó sus finos labios y la besó presionándola en un abrazo. Christina

se estremeció, las pulsaciones del corazón rápidas y heridas como el día de la consulta con Carlos, un escalofrío profundo descendiendo de la cabeza, subiendo de las pantorrillas y concentrándose en el vientre. Y Christina Riverey, que era delgada y frágil, sintió que su cuerpo se deshacía para materializarse en otro: un solo cuerpo, voluptuoso, denso, mojado, serpenteante, en la fosforescencia de la vida, inmerso en un abismo de sensaciones, alcanzando los misterios de la vida y la carne.

En una concha de plata sobre la mesita de cabecera, la vela de parafina ardía pronta a extinguirse.

## VIII

La aurora apenas despuntaba cuando Susana entró tímidamente en el cuarto de Christina. La encontró acostada, casi sin color pero con una sonrisa entera sostenida sobre sus labios. «Aquí, aquí...», balbuceaba, con los dedos inclinados en dirección al pecho, apuntando hacia el corazón. Y Susana, antes de gritarle a alguno de los criados para que se vistiera y saliera corriendo a buscar al doctor Carlos, titubeó por unos segundos, como intentando comprender si el gesto y la frase trunca de Miss Riverey querían decir que la enfermedad le acababa de atacar el músculo cardíaco o si era su corazón, finalmente dilatado, que le revelaba de repente todo lo que ella ignoraba durante sus treinta y tres años de vida —el amor, la ternura, el miedo, el placer—, matándola ahora por un exceso de expansión.

## IX

Algunos meses después de la muerte de Miss Riverey y de que el joven pescador hubiera recibido de manos de Susana un sobre con un mechón de cabellos de la joven inglesa, la casa de verano comenzó a envejecer. La cocinera murió súbitamente. Susana despidió a los criados y regresó a Porto. Demasiado lejos y demasiado ricas, las hermanas de Miss Riverey no se interesaron por la herencia de Christina y abandonaron ese asunto. La casa de verano se quedó sola enfrentando el invierno. El viento silbaba en las escaleras y, a lo lejos, los relámpagos iluminaban las ventanas con sus reflejos azulados. Todo tomaba un aspecto viejo y sombrío. Los muebles, que no fueron reclamados por las hermanas de la fallecida, todavía eran firmes, pero se llenaban de polvo aun bajo los cobertores que los cubrían. Más tarde, los sobrinos de Miss Riverey, interesados en habitar casas en otros lugares, fueron recogiendo los muebles y las porcelanas. Gente desconocida se llevó lo que sobró.



Mientras tanto, el siglo cambió. La población festejó la promesa de una era de progreso saliendo a la calle y lanzando fuegos artificiales que se reflejaban en la superficie del río en cintilaciones efímeras. En la casa, las piedras comenzaron a soltarse y a rodar. Sin cuidados, el jardín se cubrió de arbustos. En días bonitos, algunos rayos de sol atravesaban el ramaje iluminando la fachada amarilla y blanca, pero, durante el tiempo frío, la lluvia fue extendiendo las manchas de humedad en las paredes y ablandando los tejados. Nunca más encendida, la estufa de la sala, donde Miss Riverey quemaba las cartas del muchacho, se enfrió como un mausoleo.

Pasaron meses, años, un siglo. El río se fue arenando y en los márgenes se construían más casas. Los pescadores de la aldea comenzaron a rentar las habitaciones para las familias que venían de vacaciones. Para los ricos se construyeron hoteles. El verano llegaba periódicamente, a su tiempo, con miles de personas ocupadas en veranear, en tomar el sol, en bañarse en el mar, en fotografiar el río, la playa, los recortes del paisaje. Ahora en el arenal se jugaba fútbol, en el mar los surfistas convivían con los bañistas y con los que paseaban en canoas y gaviotas. En lo alto de los acantilados los paseantes fotografiaban el paisaje, y al final de la tarde todos se dirigían a las plazas con bebidas y aperitivos refrescantes. A lo lejos, al oeste, se distinguían los muelles repletos de yates.

Una mañana, una muchacha, como tantas otras, atravesó el poblado de pescadores delante de las ruinas de la mansión de Miss Riverey. Iba apresurada, como les pasa a los que tienen muchas ganas de llegar a un sitio, pero desvió la mirada lo suficiente para distinguir. Para comprender lo que sucedió a continuación es necesario tomar en consideración la claridad de la mañana de sol y la euforia natural de quien está de vacaciones. En la terraza, con los brazos pálidos apoyados sobre el barandal, le pareció ver a una joven mujer rubia con ojos muy azules, y un segundo después ya no había nadie ahí. En un instante, porque eso aconteció en un instante, la muchacha tuvo una idea para una historia. El río, en esa mañana, estaba aún más azul y luminoso ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ MOLINA

## Limbo

JOSÉ MANUEL TEIXEIRA DA SILVA

**PARTIÓ EL ÚLTIMO y ya no siento a nadie cerca, sólo el resonar de mis pasos en el hueco de las salas, a pesar de estar todo todavía aparentemente amueblado y en su sitio. Los vasos a la sombra del aparador, disponibles para las grandes fiestas, y los paraguas también en el lugar de siempre, esperando tempestades. Vendrán algunas. No se suponía que esto sucediera, aquí un niño sigue abandonado. Ellos, los adultos, con su madurez, dirían que se trata de un caso policial. Ya me percaté de la falta de dos de los retratos más antiguos, pero dejaron —lo que es extraño— los marcos de plata. Parecen ahora más pulidos, empujando los ojos hacia el rectángulo vacío. Es un hecho, ya no siento a nadie cerca. Me parece curiosa esta manera de hablarnos, decir «nadie», como si alguien aún estuviera y fuera su propia ausencia.**

**No sucedió de repente, ni sé bien cuándo todo empezó, pero ya partió el último y estoy solo en esta casa. Me pongo a la escucha; únicamente mis pasos. Ahora me doy cuenta de que los que me eran tan cercanos regresaban del trabajo cada día un poco más tarde, se quedaban más tiempo en salas más alejadas de mi cuarto, dejaron de ponerme al corriente de las novedades, ocultaban hechos que me harían entender las conversaciones y plantear las preguntas correctas; se olvidaron, por fin, de festejar mi cumpleaños. Habían desaparecido poco a poco, uno a uno, a veces de a dos. Salían a conversar, como era costumbre, y nunca más los veía. No sucedió de repente ni lo comprendí pronto, porque la felicidad estaba allí y no pensábamos en eso. Recuerdo un verano particularmente esplendoroso. ¿Hace cuánto tiempo? ¿Serán ya alucinaciones? Aquel verano esplendoroso y con la vida entera, la vida misma al frente. Recuerdo como si fuera hoy, me quedaba mirando, quería**

entender, sentir completamente, como si de ese modo pudiera prolongar una especie de eternidad presentida. Postergaban el regreso a casa, lo extendían por las calles laterales, eligiendo los caminos más largos, e íbamos hasta los límites de la ciudad, acompañados de grillos y langostas, una que otra luciérnaga. Me llevaban de la mano, apuntaban al escenario desdoblado de las estrellas.

No sé, serán ya alucinaciones, pero hay momentos en que siento partes de la casa densamente iluminadas, con la luz detrás de las puertas escapando por las hendiduras. Me acerco con cuidado, el foco oculto se va apagando y luego reaparece al fondo de la cocina. Me allego, apenas tengo tiempo de confirmar el pulido del mármol y de los metales, y luego me rodea la brea. Las luces se disparan en otro lado. Paso noches así, en la oscuridad, recorriendo toda la casa, sobresaltado, como si ahora viviera en la órbita de un astro desaparecido. También me percaté de que, si uno se asoma por la ventana, la ciudad es recorrida por haces luminosos, reflectores de búsquedas policiales, faroles que barren la costa, brillos de espejos en ángulos estudiados o gigantescas proyecciones en las paredes de las plazas. Juegos crueles que me llaman y encandenan. Nada que hacer.

No sé si debo esperar algo, si fui expresamente escogido para este abandono, aquí tan perdido conmigo mismo, pero todavía entreveo las siluetas que me eran familiares, de súbito cruzándose conmigo en ilusiones de atmósfera orquestadas por la claraboya que no se cansa de mirarme, o cuando el día, hacia el final de la tarde, exhibe una extraña realidad del mundo. Hombres que llegaban de sus empleos y se ocupaban de pequeñas reparaciones, daban cuerda a los relojes, traían trabajo para la noche, alineando columnas de números y elaborando con paciencia esquemas insondables de debe y haber. Mujeres que se quedaban bordando mientras vigilaban el punto de las jaleas, y que después, en la hora en que los pájaros volvían a rodear la casa, se descomponían un poco, se abandonaban a la transparencia de las camisas de lino, a los furtivos reflejos entre vidrios o en el estaño de las bañeras. El modo como unos y otros, hablando bajo, se encerraban tras las puertas.

Sí, es verdad que ya se plantean algunos problemas prácticos, pero no vale la pena buscar comida en el laberinto de despensas de esta casa. Fueron creciendo, ocupan espacios que eran de simple diversión y solamente encuentro objetos desarmados que un ciclón silencioso va dispersando. Siempre que mis ojos siguen los vuelos alrededor de los

traspacios, me apuesto a pensar en lo que harían los pequeños héroes abandonados en islas lejanas, en esos libros que me entretenían durante horas interminables y me dejaban gozar la seguridad de los sofás, que exhalaban un polvo denso y antiguo. Sólo ahora lo veo: también se los llevaron. Tengo que preparar redes de captura, revisar el modo de asegurar el fuego, sin gas ni fósforos en casa; tengo, más que nunca, que hacer de tripas corazón, como siempre me proponían. Un hombre no llora. Se impone aún disponer de ingeniosas ratoneras, capaces de capturar, sin contemplaciones, simpáticos roedores, los que hasta me hablaban en las viejas fábulas, y tal vez me imponga una que otra salida a las calles, según la necesidad. Me siento en un rincón de la casa como si, en un refugio de la selva, anticipase la jornada peligrosa, que ocurriría a la hora confusa del anochecer.

Ya me veo asaltando tabernas en callejuelas viscosas, inesperado Gavoroche portuense, o bien avanzando, intrépido, de túnel en túnel y de muelle en muelle, en una ciudad hecha de tramos ribereños de Oporto y de Gaia, sofocada la sabida cantilena de policías y ladrones. Alcanzaría, a la sombra de los puentes y de las torres, un refugio donde pudiera saborear los tesoros recogidos. Tal vez la catacumba que sostiene los dorados de San Francisco, tal vez un almacén cruzado por focos de luz contaminada y esas laboriosas telarañas que al final retienen lo más puro de los rocíos. Bella frase, pero dejémonos de conversaciones, que el hambre aprieta y presiento tempestades.

Me decían que la cerradura murió de vieja, pero tengo la vaga impresión de que lo dicho ya no es para mí. De todos modos, preparémonos: verificar que todo está debidamente cerrado, puertas, ventanas, postigos, simples respiradores; asegurar la solidez de los marcos; echar las estatuillas más frágiles, evitando que se quiebren con probables estremecimientos; calafatear las hendiduras con rodillos hechos con los

*Tengo que preparar redes de captura, revisar  
.....  
el modo de asegurar el fuego, sin gas ni fósforos  
.....  
en casa; tengo, más que nunca, que hacer  
.....  
de tripas corazón, como siempre me proponían.  
.....*

periódicos que dejaron, dispuestos en pila, a lo largo de años. Será sensato instalar un pequeño observatorio en un extremo del balcón, para prevenir los momentos más críticos. Allí iré, periódicamente, y seré capaz de evaluar la fuerza de los vientos y la inclinación de las lluvias, precaverme de la inminencia de las inundaciones, consciente de la música bárbara de los ronquidos y de los pitos que guían a los barcos en la boca de río, en su inmensa agonía.

Pero si aún interesa hablar con la verdad, diré que me preocupa sobre todo la desaparición de los dos retratos. En uno de ellos está la madre conmigo al cuello, sentada en un pequeño muro cerca de nuestra casa, vestida ella de una luz que la arropa como ella me arropaba con las sábanas y las mantas. En el otro, el padre, tomándome de la mano, mira alrededor, también él un niño al que el mundo interesa. Me pregunto ahora, cuando me siento lejos de todo, si no existirá un universo paralelo habitado por generaciones de niños, tan perdidos unos de otros, y en la ciudad algo que los lleva, de repente, de nuevo, a las calles, cualquier cosa como organillos, melodías de ciegos, la flauta de los afinadores de cuchillos, sonidos que me acompañan cuando me desplazo, impaciente, de sala en sala. También me aflige la ausencia del último que partió. Miro esos espejos y allí va él, una vez, y otra, como si intentara alejarse furtivamente, con movimientos de animal acosado. No, no es un fantasma, algo más físico, más cercano, como si en mí, propiamente en mí, respirara, y precisamente en mí huyese. Tengo una extraña nostalgia de lo que va a hacer, amores, viajes, vidas. Confirmando que por aquí todo está aparentemente en su sitio, pero todos partieron y me perturban los vasos a la sombra del aparador, disponibles para las grandes fiestas, temblando en el aparador, cuando pasa el tranvía número 1, hacia Infante, en los inicios, digamos, de estos años sesenta, y los paraguas también en el lugar de siempre. De poco sirven, es así la vida. Si son incluso indispensables, si no fuera sólo el poético polvillo que caracteriza, en ciertos días, el genio de este lugar, si la lluvia se cuele empujada por la ventanilla, como por acá también sucede, quedan luego perdidos, como mástiles naufragados con las velas arrojadas a los alcantarillados; he aquí, en fin, una imagen adecuada a la imaginación infantil que se supone es la mía.

No nos perdamos, sin embargo, en el relato, que debe ahora, según me sugieren, acelerar un poco, olvidar la compostura y encaminarse hacia el desenlace. Decía yo que él se alejaba como un animal furtivo,

pero podría seguirlo, en un impulso irreprimible, arrojarme a la escalera, saltar por los rellanos con desesperación, siguiendo el rastro de pasos que me son familiares, pronto confundidos con otras huellas, y ni siquiera reconocer la ciudad. Esta extraña procesión que avanza hacia mí, y me rodea, montones de turistas siguiendo banderitas, abriendo lugar a vehículos en furia, a los que debo llamar *tuk-tuks*, de aire olvidado en grandes filas para entrar en una iglesia o en una bodega, mirando los escaparates, imágenes de la ciudad dentro de imágenes de la ciudad, aproximándose en círculos infernales que se estrechan, y todos me observan, se fijan con asombro en mis ropas, como si fuera un figurante de película de época o formara parte de una campaña publicitaria. Me quedo atrás, lo perdí de vista, retrocedo a mis pasos.

Tengo que atravesar la plaza frenética. Había aquí un túnel para los peatones, pero sólo queda una escalera con dirección a una pared. Juro que ya lo vi con gente llena de prisa —¿hace cuánto tiempo de eso?—, tanta gente que pasaba en el túnel y cuya vida se precipitaba al lado de quioscos, últimas noticias, y pienso si no es todo así, túneles y túneles que se van tapando, un mapa de caminos que no llevan a ningún lado, sentidos prohibidos, calles sin salida.

Pero, con los ojos casi cerrados, doy con la frescura de un jardín. Un chico corre alrededor del lago, una y otra vez, y otra, es tan parecido a mí, nos asustamos, y luego vuelve al portal del fondo. Se abren los árboles a este barrio que conozco demasiado bien. Son calles en diagonal y volvemos al mismo sitio después de mucho caminar, o bien, en dos pasos, nos alejamos inmensamente. En los áticos, hay quien acecha con binoculares, telescopios, cosmoramas, prepara aventuras, aunque también salga, en los intervalos, al empleo respectivo. Otros abren con método los paraguas, los exhiben en señal de triunfo y ni se fijan que ya ha cambiado la estación del año. Llegan niños, incesantes, y sueltan globos al gran viento.

Quedan, no obstante, serias reservas en cuanto a mi plena supervivencia, ahora que, finalmente, vislumbro, como por casualidad, al dilecto fugitivo. Lo encuentro muy cerca de esta casa de donde no hay forma de salir. Sólo queda esconderme, muy a la sombra, en esta enorme sombra, anotando, discretamente, lo que él escribe, lo que no deja de escribir: *Partió el último y ya no siento a nadie cerca* ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# La resolución de morir

ANDRÉ DOMINGUES

*Rather than words comes the thought of high windows*

PHILIP LARKIN

La vida era una sustancia ácida, según algunos indicadores. En el horizonte ya se formaba el recuerdo de la lluvia que aún no había caído. Nubes bajas, densas, cargadas de una imperturbable y oscura nostalgia, asaltaban los cielos. Abrí la ventana y vi a las personas que pasaban, de un lado a otro en la calle, rígidas, áridas y rápidas, como si practicaran una marcha atlética camino a la belleza de los confines. En el paseo opuesto, un vagabundo tropezaba con sus propios pies. Era un descalificado por la vida que se aferraba a subvertir las reglas, la rectitud de las piernas, el contacto permanente con el suelo que ya no sentía debajo de sí.

Las personas pasaban con extrema pericia junto al mendigo y lo miraban de forma rápida y descomunal. Eso lo dejaba más aturdido. De vez en cuando, el hombre paraba de repente y esperaba a que alguien viniese contra él. Si alguien hubiera chocado con él, el mendigo probablemente habría caído. Si eso hubiera sucedido, se habría quedado postrado en el suelo, hasta que alguien se decidiera a ayudarlo a pararse nuevamente. Una vez recompuesto, habría continuado su marcha errática y lenta, cayendo y levantándose indefinidamente, hasta que la caridad del mundo se extinguiera.

Apenas cerré la ventana y tropecé con mis propios pies, casi cayendo. Me agarré a un estante en el último momento. En medio de tanto desorden soleme, libros, objetos, papeles, venenos disfrazados de promesas divinas, vi el rostro milagroso de Anna Karina que flotaba sobre el tiempo y me escrutaba con una dulzura indescriptible. La musa de Godard continuaba brillante en la juventud insospechada de una fotografía. En un claro gesto de adoración incon-

tenible, me pegué a su rostro y le besé los labios con el ardor de la primera vez. Sentía que de algún modo la había rescatado de la industria del olvido, adoptándola como musa, perpetuo y secreto amanecer, llamada de hortensias y gladiolas, dentro de la oscuridad inerte que era mi vida. Cuando alguien menos instruido me visitaba, yo la presentaba siempre como mi mujer.

Después de besarla, la miré con mis ojos en sus ojos y le pedí fervorosamente que me mostrara el camino, que me iluminara en esa tarde oscura de diciembre, que se dignara a ofrecerme por lo menos la primera frase del artículo urgente que debía escribir y enviar lo más pronto posible. Porque no había anuencia temporal y el mundo afuera corría, pero adentro de mí la inmovilidad era como un castigo de piedra.

Me senté delante de la pantalla otra vez. Una auténtica orgía de libros se extendía por la mesa.

Libros en poses obscenas, cercanos a la estética de Pasolini y a los éxtasis de Santa Teresa. Libros abiertos, pegados unos con otros, con páginas dobladas, con apuntes en los márgenes, subrayados, llenos de tinta, amor, odio y manchas de todo tipo. Me encantaba ver el libertinaje inmóvil de los libros, ver a los libros emanar su irreprimible silencio.

La página en blanco dolía en su implacable desnudez y por eso encendí la cámara de la computadora. Tenía un aire perfectamente embrujado, los cabellos despeinados, ojeras, la piel porosa y macilenta. Esperaba el milagro y el cumplimiento. No había otra imagen. Sólo mi rostro en el umbral de la pobreza, la espada de la tarde cada vez más cerca, y la desesperanza, ese patio repleto de serpientes, escombros y sombras divididas. Me miré fijamente. De vez en cuando pasaba un avión, se escuchaba el claxon de un automóvil, una ambulancia, o la voz quejosa de un animal lejano. Yo intentaba ilustrar los sonidos que escuchaba con expresiones de miedo y de fiesta, procuraba sincronizar mis labios con el ritmo, la frecuencia, la ridícula imposición de aquellos ruidos. No siempre fui feliz. Después, intenté parecer profundamente inexpresivo e inmóvil como una piedra. Como una planta de interior. Como un hombre con un índice de felicidad bajísimo. Pero la resolución de la cámara no permitía una imagen tan serena y acabé por desistir.

Un antiquísimo rumor, una palabra en potencia, una pequeñísima sílaba que se anida para después hacerse explotar violentamente y revelar el cuerpo voluptuoso de una frase sin precedentes estaba a punto de sonreírme, cuando la vecina del piso superior decidió encender la aspiradora. Quedé sin piso ni cabeza. Quise traducir mi desesperación intentando escribir a partir de la raíz de rabia que estaba sintiendo, aunque pronto descubrí que ése no era el método

seguro. Fue cuando comencé a manotear como un náufrago, a hacer señales de humo, a cerrar y abrir ventanas, a entrar y salir de páginas web con una frivolidad maniaca, a intentar encontrar el cadáver de una frase cualquiera para que la pudiera dismantelar con mis garras, clavar en ella mi pico, penetrando el perfume de la muerte reciente, inhalando una especie de presagio hasta las vísceras.

Hasta que di con esto: «Ciertas especies de buitres en los desiertos del sur de los Estados Unidos orinan sus propias piernas para refrescarse». Yo no necesitaba refrescarme, pero quería poder volver a orinar mis piernas. Este deseo originó una imagen pavorosa y esa imagen accionó el mecanismo de la risa. La risa era como una puñalada en la inexpresividad de la tarde, en el estilo pretensiosamente erudito del mal tiempo. Si bien la risa del solitario raramente se manifiesta, yo era capaz de romper la puerta del pudor y soltarme a reír la tarde entera. Me lo pensé dos veces, si debía o no cometer la pequeña locura de orinarme las piernas en ese preciso instante. Volví a mirar a la ventana. Confrontaba ventajas y prejuicios.

En aquella exigua tarde de invierno, no obstante, los prejuicios se hicieron escuchar, y acabé viendo videos acelerados de naturalezas muertas en YouTube. En *time-lapse*, la fruta se pudría en segundos. Durante días, semanas, meses, tal vez, alguien se dedicó a filmar ininterrumpidamente una bandeja de fruta encima de una mesa. Las consecuencias de la exposición al tiempo (ese presumido y elegante asesino) pueden ser impresionantes. La sobreexposición de la fruta al tiempo la humilla. Era ésta la gran conclusión que todos debíamos retener. A partir de aquí podía crear variadísimas teorías: está todo sobreexpuesto al tiempo; está todo sobreexpuesto a todo; el propio tiempo es bien capaz de estar sobreexpuesto a sí mismo, etcétera. Me preguntaba cuánto tiempo hacía falta para que los libros que yo había amontonado encima de mi mesa se descompusieran. Por momentos los imaginé en un futuro no muy lejano, como fruta desprestigiada e indolente, amasados y encogidos, en un socavamiento continuo, hasta que sólo les quedaran algunas palabras más resistentes a la acción de las bacterias de la ignorancia o de la indiferencia.

En una entrevista concedida al canal Lee por Gusto, el escritor argentino César Aira afirma que la mayor parte de la obra de Julio Cortázar envejeció mal. Refiriéndose específicamente a *Rayuela*, Aira es corrosivo: «Me parece que hoy [*Rayuela*] ha quedado como una especie de trasto, de un esqueleto de un dinosaurio en un museo». Es una afirmación, realmente, de una enorme violencia. Al decir públicamente que un clásico se tornó obsoleto, que inició su irreversible proceso de descomposición, que, tal como sucediera con la fruta, se fue

agotando a partir de un punto imaginario en el interior de sí mismo, muy parecido, posiblemente, a aquel que un día lo hizo despuntar y crecer, Aira realiza un *time-lapse* retórico sobre una obra central de la literatura de su país y, sin vacilar una sola vez, la destruye en pocos segundos. En literatura, el ejercicio de la violencia está, por cierto, bastante difundido, comenzando justo con la página en blanco, donde, aparentemente, aún no existe vulnerabilidad posible. Pero no podemos olvidarnos de que la bandeja donde yace la fruta podrida, más pronto o más tarde, se irá a descomponer también.

En mi caso, ni siquiera había fruta en la bandeja. La página en blanco ya daba señales de un cierto desgaste. Una breve fatiga, arrullada por el brillo vulgar del monitor, alcanzado por la promiscuidad del polvo y de las cenizas, se iba instalando en el espacio vacío frente a mí, ignorando la incorruptible presión del cursor. Parecía que el artículo que debía escribir (y enviar sin falta antes de las ocho de la noche) se había descompuesto ya incluso antes de existir.

Encima de mi mesa, más allá de los libros amontonados y de la computadora, había un cenicero, un paquete de cigarrillos y una botella de vino vacía. Este escenario no abonaba a favor de cierta idea de creación, basada en conceptos como la profundidad sobre el terreno, la separación entre la luz y las tinieblas, la tierra y el agua, los muertos y los vivos, y otras irreconciliables cosmogonías. El *atelier* de un escritor es, por regla general, un sitio recóndito, un rincón perdido en una zona muy poco habitable del universo, un minúsculo planeta con un grado muy bajo de parecido con la Tierra. Había muchísimas imágenes en internet de escritores en su lugar de trabajo. La tan profana trinidad del tabaco, el alcohol y los libros es una constante universal, y aunque sean únicamente estos últimos los que asumen la primacía del instante del clic, los dos primeros son fuentes irrenunciables de inspiración y conocimiento, aunque clandestino.

John Cheever, por ejemplo, aparece en varias fotografías en compañía de los tres talismanes. El alcohol, en su caso, le reveló una especie de espíritu apasionado y crepuscular, que sus pretensiosos cuentos reflejan y canalizan en mundos más o menos luminosos y terribles, al mismo tiempo que lo reivindicaba la vida como recompensa. Nadie quiere morir, pero los escritores son tanto o más pretensiosos que Cristo. Los escritores creen que pueden morir y, con su obra, salvar a quien queda acá, iluminando el camino a la vida eterna. No obstante, creen también lo contrario: que, a pesar de su obra, pueden destruir a la humanidad y vivir eternamente. Ambos delirios son lícitos y bastante conmovedores.

Además, a propósito de la vida, de la muerte y el tiempo, me apareció un verso de un gran poeta español, Caballero Bonald, que termina así: «La botella

vacía se parece a mi alma». Abrí otra ventana para poder revisitar el poema completo. El narrador arrastra un estado de espesa melancolía. Estaba, está y seguirá estando (hasta que el tiempo lo exonere de esa eternidad famélica), tal como yo aquel día, inmerso en el silencio solícito de su casa, delante de una mesa, un poco culpable por vivir: «No beberé ya más hasta tan tarde: otra vez soy el tiempo que me queda». Somos el tiempo que nos queda. Nos vamos reduciendo, día con día, aunque siga existiendo vino en la botella, alegría en el corazón, esperanza en el ojal. Viendo así las cosas, yo no disponía ya de mucho más ser.

Eran casi las siete y media. Si a las ocho de la noche no terminaba mi artículo, mi ser se eclipsaría, a través de un proceso de descomposición épica que tendría su inicio en el momento en que el editor de la revista para la cual trabajaba se confrontase frente a frente con mi intolerable falta de profesionalismo y mi insalvable negligencia. A partir de ese punto exacto en el tiempo, mi vida sufriría un proceso de aceleración radical sin precedentes. Los servicios que prestaba desde hacía años para aquella revista quedarían automáticamente suspendidos. La mala fama comenzaría a circular velozmente por los corredores de las redacciones de los periódicos y revistas, y yo contemplaría, impotente, desde la silla desconchabada de mis días, esa imagen de columnista (que tanto trabajo me costó construir) ampliada al extremo, colonizada progresivamente por la pixelización del descrédito y de la desdicha, perdiendo por completo su definición, hasta que quedara solamente la resolución de morir.

Comencé a cerrar las ventanas, una por una, como si me estuviera despidiendo de mundos imposibles y, en una última tentativa de concentrarme y redirigir cualquier cosa consecuente, me quedé completamente solo, yo y la página ilesa, dos esterilidades contiguas. Mientras tanto, y sin que me hubiera dado cuenta de ello, los vidrios de las ventanas de la sala se llenaron de gotas de lluvia, en una irónica caligrafía que desafiaba la prosa de los escritores más potentes. Me levanté y fui a ver. La tarde había madurado de forma inédita, su piel reposaba en el suelo y las personas la pisaban sin ninguna complacencia, como el lector que desprecia la página previa o el capítulo ya leído. El tránsito fluía con la anormalidad de los viernes. Ningún rastro del mendigo. Los paseos estaban llenos de atletas postlaborales, maratonistas y paseadoras de perros con instintos suicidas. Una de ellas —puedo asegurarlo ahora— tenía los ojos de Anna Karina. Tal vez nunca envejeciera ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

## *Rerum natura*

HUMBERTO ROCHA

La luna abría las ventanas para el arrecife reclamado por los despojos de las olas. Una luz fragmentada por nubes airosas de un verano atípico. La cadencia del mar es para mí un misterio. Me parece una gota jugando en una tina de agua. El celo matemático del universo es mi panacea contra la violencia diaria servida en un azucarero para diabéticos. A mi regreso en este lugar airoso hay abetos que dibujan sobrias sombras en la tierra color de yodo. En este ojear estoy solo como una herida escondida en los escombros de una guerra Olvidada.

---

### *RERUM NATURA*

A Lua abria janelas para o recife reclamado / pelos despojos das ondas. Uma luz fragmentada / por nuvens airosas dum verão atípico. A cadência do / mar é para mim um mistério. Parece-me uma omagra / a brincar numa tina de água. O zelo matemático do / universo é a minha panaceia contra a violência diária servida / num açucareiro para diabéticos. À minha volta neste / lugar airoso há abetos que desenham sóbrias sombras / na terra cor de iodo. No rodar dos olhos estou sozinho / como uma ferida escondida nos escombros duma guerra / Esquecida. // Quem descobriu o lampo da felicidade triste andaria por aqui / olhando a contradança do mar e o perfume disperso das

El que descubrió el relámpago de la felicidad triste andaría por aquí  
mirando la contradanza del mar y el perfume disperso de los árboles.  
El pensamiento posee estrategias que los derrotados desconocen.  
Los secretos guardados en el colador de nuestra memoria propagan  
imágenes como soles en los cimientos de una galaxia. Me siento bien aquí.  
Guardián de fortalezas ocultas por una oscuridad jugosa.  
Mientras el sol duerme, los mirlos descansan en los brazos de las  
[ramas secas.  
Desconozco el vocabulario de una nube inmadura  
en medio de una tempestad.

Una casa de agua sin dueño ni inquilino. Un ergástulo  
levantó el viento dispersando la neblina de la madrugada.  
Puntos de lino disecan el cielo fisurado por los caprichos de la  
luna que se despide en la inmensidad neural. Me siento como adentro  
de una burbuja a prueba de voces y del rugido solitario del universo.

---

árvores. / O pensamento possui estratégias que os vencidos  
desconhecem. / Os segredos guardados no coador da nossa memória  
espalham / imagens como sóis nos álios duma galáxia. Sinto-me bem  
aqui. / Guardiã de fortalezas ocultas por uma escuridão sumarenta. /  
Enquanto o sol dorme, os melros descansam nos braços dos ramos  
secos. / Desconheço o vocabulário duma nuvem imatura no / meio  
duma tempestade. // Uma casa de água sem senhorio nem inquilino.  
Um ergástulo / levantou-se o vento dispersando a neblina da  
madrugada. / Pontos de linho dissecam o céu fissurado pelos  
caprichos da / lua que se despede na vastidão nerval. Sinto-me como  
dentro / duma redoma à prova de vozes e do rugido solitário do  
universo. // Respiro a evasão da sombra, o florescer da pele giletizada,  
o / verdor da esperança a levitar no centro da redoma. Não sei /  
rastrear a luminosidade das estações que recuperam o relâmpago / com  
um zumbido de luzes artificiais. Tenho um compromisso / com um  
poema que usa a fissão do átomo para se defender. Eu / apenas tenho

Respiro la evasión de la sombra, el florecer de la piel rasurada, el  
verdor de la esperanza levitando en el centro de la burbuja. No sé  
rastrear la luminosidad de las estaciones que recuperan el relámpago  
con un zumbido de luces artificiales. Tengo un compromiso  
con un poema que usa la fisión del átomo para defenderse. Yo  
apenas tengo los tentáculos de la mano, los cantos primordiales y las  
tentaciones analógicas de lo cotidiano. El fracaso me acaricia el  
rostro. La eliminación de todas las letras brota de la misma raíz. Mis  
ojos no poseen el cebo del halcón, las parábolas de los  
cristos son la criba del divisor de mi muerte.

Resguardados en el sueño tengo los lucios que estallan dentro de  
mí como gritos de un apóstata dentro de una catedral. Pero  
tengo que enfrentar el desafío. Comprendo la permanencia del  
círculo acorralado en su cuadrado de sargazo y cortinas de  
vidrio deslustrado. No tengo novedades del futuro. Los rieles son  
antiguos y la fuerza de algunos fármacos creados por sortilegios  
de ciertos alquimistas. Mi cosecha no estuvo nada mal. Tengo la

---

os tentáculos da mão, os cantos primordiais e as / tentações analógicas  
do quotidiano. O fracasso acaricia-me o / rosto. A eliminação de todas  
as letras brota da mesma raiz. Os / meus olhos não possuem a ceva do  
falcão, as parábolas dos / cristos são o crivo do divisor da minha  
morte. // Resguardados no sono tenho os lucíolos que estalam dentro  
de / mim como gritos dum apóstata dentro duma catedral. Mas / tenho  
de enfrentar o desafio. Compreendo a perenidade do / círculo  
encurralado no seu quadrado de sargaço e cortinas de / vidro  
despolido. Não tenho novidades do futuro. Os trilhos são / antigos e a  
acutilância de alguns fármacos criados por sortilégios / de certos  
alquimistas. A minha vindima não correu mal. Tenho o / espólio das  
regras e apresentação, matrizes reluzentes como um / golpe profundo  
no cérebro dum rocio que soa a um eco de / humildade. Mas como  
extrair o veneno e o vinagre tenso que / pinga neste século repente  
nos crâneos e no circo de pânico / calculado por um algoritmo, não sei  
como dizer. / Disco o número sem o peso do raciocínio que lavra a

herencia de los modales y la presentación, matrices relucientes como un golpe profundo en el cerebro de un rocío que suena a un eco de humildad. Pero cómo extraer el veneno y el vinagre tenso que gotea en este siglo repetidor en los cráneos y en el circo de pánico calculado por un algoritmo, no sé cómo decir.

Marco el número sin el peso del raciocinio que labra en contra. Sólo podemos chocar en la estructura del abismo ni narciso sabe que va a ser elegido en la próxima estación. La electricidad del sol promete el infierno jugar el papel de la oscuridad para extraer vinagre espeso de este siglo de superación. Vemos la falla del sistema en los circos en pánico, las ovaciones enmarañadas en las banderas que vomitan el fuego solar en la posición atómica insinuada en el brillo de los diamantes de sangre. La desnudez eviscerada atraviesa las [paredes del escroto entre la espada y la pared de los capítulos insólitos del ser en desmembramiento. El centro de la pulsión no posee género o condición, el fin de las conjeturas en un embrión embrujado en una hoja de cuarzo barnizado.

desfavor. / Só podemos embater na estrutura do abismo nem o narciso sabe / que vai ser escolhido na próxima estação. A eletricidade do sol / promete o inferno à bola da escuridão para extrair o vinagre / espesso deste século de superação. Vemos a falha do sistema / nos circos em pânico, as ovações emaranhadas nas bandeiras / que vomitam o fogo solar na posição atómica insinuada no brilho / dos diamantes de sangue. A nudez eviscerada galga as paredes / do escroto entre a espada e a parede dos capítulos insólitos do / ser em desmembramento. O cerne da pulsão não possui género / ou condição, o fim das conjeturas num embrião embrulhado numa / folha de quartzo envernizado. // Se a vontade de absolver o diabo seria como um sonho dum / alarido de centopeias nos fios eléctricos duma diversão com a / emoção duma língua pousada num ecran de televisão. É preciso / reduzir a ascensão dos pontos neutros com o fermento da terra / na cintura da liberdade, os clássicos rebobinados nas sarabandas / das bibliotecas clínicas. // Quem paga a roda da fortuna

Si la voluntad de absolver al diablo sería como un sueño de un alarido de ciempiés en los hilos eléctricos de una diversión con la emoción de una lengua posada en una pantalla de televisión. Es necesario reducir la ascensión dos puntos neutros con el fermento de la tierra en la cintura de la libertad, los clásicos rebobinados en las zarabandas de las bibliotecas clínicas.

Quién paga la rueda de la fortuna aquellos que no tienen tiempo para vivir. Este accidente devora la serenidad de los augurios articulados por el viento en un disgusto vegetal e infecundo, testimonios del voraz envejecimiento. Seguro en el eslogan de la esperanza todos los atropellos son inicuos como los traidores escondidos en su audacia explosiva. Los criados estacionan en el neón del asfalto sudando el frío del hielo del aire acondicionado de su cerebro. En la forja del cielo, escondrijo de los argonautas codiciosos, se arrodillan en el suelo de la gruta abriendo los brazos a la nueva tecnología de

àqueles que não têm tempo para / viver. Este acidente devora a serenidade dos agouros articulados / pelo vento num desgosto vegetal e infecundo, testemunhas do / voraz envelhecimento. Seguro no bordão da esperança todos os / desmandos são iníquos como os traidores escondidos na sua / audácia explosiva. Os criados estacionam no néon do asfalto / suando o frio do gelo do ar condicionado do seu cérebro. Na / forja do céu, esconderijo dos argonautas cobiçosos, ajoelham-se / no chão da gruta abrindo os braços à nova tecnologia de / estalactites de algoritmos que os ciclopes abandonaram por / medo das suas premonições concedendo aos aglomerados da / galáxia a razia neural e sensitiva face ao preço das acções em / tempo real. // O eco da fonte das receitas não faz apelo a nenhum parentesco, / eles orientam-se pelos satélites a oriente onde a flora do / estímulo desdobra a exaustão roubando a lucidez ao paladar à / necessidade da produção. Por entre o fumo das notícias o / aliciamento por nacos de sabedoria não segue as regras dos / vectores da sobrevivência. Nas bodas dos raros



estalactitas de algoritmos que los cíclopes abandonaron por miedo de sus premoniciones concediendo a las aglomeraciones de la galaxia la razzia neural y sensitiva frente al precio de las acciones en tiempo real.

El eco de la fuente de las recetas no hace apelación a ningún parentesco, ellos se orientan por los satélites a oriente donde la flora del estímulo desdobra exhaustivamente robando la lucidez del paladar a la necesidad de la producción. Por entre el humo de las noticias la manipulación por fragmentos de sabiduría no sigue las reglas de los vectores de la sobrevivencia. En las bodas de los raros minerales sube carabinas estrelladas se extraen el escupitajo, la sangre, las lágrimas aparte túmulo en los ríos enyerbados más allá congo donde los rastros de los túmulos convalecen en el secreto de las sedes imperiales. En el tendadero de las denuncias la voz de la razón hace eco desnudo en [un esbozo de un concierto de rock y el intercambio de Money entre la sístole del ladrón y el clic de una mina antipersonal.

Escogí entonces el viento seco. Mi burbuja a prueba del polvo lunar. en la cesta del mundo, porque esperas. Cuida hombres y mujeres, entre la vigilia y el sueño cuenta los niños que restan en la falla urbana, escucha la soberbia de ellos; muere para que reinemos. No

---

minerais sobe / carabinas estreladas garimpam-se o cuspe, o sangue, as lágrimas / além- túmulo nos rios ervados além congo onde os rastelos dos / túmulos convalescem no segredo das sedes imperiais. No / estendal das denúncias a voz da razão ecoa nua num esboço / dum concerto rock e a partilha do Money entre a sístole do / ladrão e o clique duma mina antipessoal. // Escolhi então o vento seco. A minha redoma à prova do pó / lunar. Na cesta do mundo, porque esperais. Cuidai homens e mulheres, / entre a vigília e o sono contai as crianças que restam na falha / urbana, ouvi a soberba deles; morrei para nós

ofusques nuestra sede, nuestro genio, nosotros sabemos despistar a la muerte y cuidar de los animales apenas con nuestra hiel muscular. Escoge por eso el atajo de tu fuga, puedes incluso flotar, rasgar los deltas de las planicies, tener el afecto de la resina fundida que silencia las armas. Ustedes son la madera ellas son el fuego. Dígnese [aceptar la intemperie, cuando en la emanación de la fuga hablen de amor. Si aún existe el mañana. En el juego de ruleta el mensaje pasa por la oficina de los olivares, de los limoneros, de los castaños. Verdes, tan verdes que una súbita tropelía de cuervos agoreros nos harán sangrar los pulmones.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

---

reinar. Não / ofusqueis a nossa sede, o nosso génio, nós sabemos despistar a / morte e cuidar dos animais apenas com o nosso fel muscular. / Escolhei por isso o atalho da vossa fuga, podeis mesmo esvoaçar, / rasgar os deltas das planícies, ter o afecto da resina fundida que / cala as armas. Vós sois a madeira elas são o fogo. Aceitai o / relento, quando na emanção da fuga falardes de amor. Se ainda / houver amanhã. No jogo da roleta a mensagem passa pela / oficina das oliveiras, dos limoeiros, dos castanheiros. Verdes, tão / verdes que um súbito desmando de corvos aguareiros nos farão / sangrar os pulmões.

# Fernando ESTEVES PINTO

**Ellington siempre me pareció nervioso.**

**Lo mismo sucedía con nuestros juegos psicológicos.**

**Había en la familia una moldura diferente  
atribuida a cada sentimiento.**

**Luego de degollarnos en la sala la pregunta era ésta:  
¿qué moldura sentimos que sea parte de nuestro espíritu?**

**Yo decía tristeza y murmuraba siempre tristeza  
y el corazón del padre nos abandonaba con vergüenza  
la madre envolvía las manos para sujetar el amor  
y yo adormecía en delirio y despertaba siempre en delirio.**

**Ellington sempre me parecera nervoso. / O mesmo acontecia  
com os nossos jogos psicológicos. / Havia na família uma  
moldura diferente / atribuída a cada sentimento. / Depois de  
nos degolarmos na sala a pergunta era esta: / que moldura  
sentimos que faça parte do nosso espírito? / Eu dizia tristeza  
e murmurava sempre tristeza / e o coração do pai**

**El juego de la moldura tenía la ventaja de la incomprensión.**

**En una familia hay los realizadores de molduras**

**y los que sienten la realización de la materia emocional.**

**Las más bellas resoluciones eran hechas**

**en presencia de Ellington.**

**Improvisación ambiental familiar.**

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

**abandonava-nos com vergonha / a mãe enrolava as mãos a  
segurar o amor / e eu adormecia em delírio e despertava  
sempre em delírio. / O jogo da moldura tinha a vantagem da  
incompreensão. / Numa família há os realizadores de  
molduras / e os que sentem a realização da matéria  
emocional. / As mais belas resoluções eram feitas / na  
presença de Ellington. / Improviso ambiental familiar.**

# La mujer que aprendió a llorar

[fragmento]

JAIME ROCHA

I

ES UNA MUJER que sólo tiene un brazo y que mira las fotografías de un álbum. Una mujer con un velo azul. Es de ese lado que respira, del lado de la sombra. Todo el resto del cuerpo desaparece en la madera y el brazo apenas se ve proyectado en un espejo, una mancha de vidrio pegada a la pared que ella atraviesa varias veces durante el día, sin esfuerzo, en un juego que sólo a ella pertenece. Porque en aquel espacio hay una luz a través de la cual la mujer consigue aquello que nadie más es capaz de alcanzar, una felicidad total, silenciosa.

II

LO MATÉ y no soporto su muerte.

Era esto lo que el médico no entendía. Carlos murió con un tiro que él disparó, le dije. Pero fue él quien cargó el arma. Usted, señora, se limitó a poner el dedo en el gatillo. Entonces ésa era la voluntad de él, si no, no habría colocado una bala en la cámara. Queda usted libre, la culpa es del amor. Y también del momento que nos tocó vivir. Hay una depresión en la tierra que alcanza las cosechas, los animales. El aire se volvió irrespirable y ya no es posible tomarse el tiempo suficiente para pasar una velada tranquila en casa. Los vecinos destruyen las paredes con taladros, echan abajo cocinas enteras. No se aguanta el ruido de sus bocinas, no hay espacio para los carros y la basura se acumula en las calles. Sale usted a la calle ¿y qué ve?: caca de perro, latas, papeles viejos, taponos, hilos, fruta podrida, frascos, cigarrillos. ¿Y de qué siente ganas después? De matar a alguien, es obvio. Por lo tanto, no se preocupe, si no fuese usted, señora, otra persona lo habría matado.

¿Y si ahora él fuera hacia ella, si saltara desde adentro de las fotografías y apareciera ahí frente a ella, o en la sala, encima del tapete, o en el corredor, mientras buscara su anillo?

—Es poco probable —le respondió el médico.

Y si todo fuera una pesadilla, si la mujer no fuera ella y no estuviera ahí, sino en otro lugar, en el sitio de él, recostado en su cama, oyéndolo respirar. Cuando él despertara, ella le diría: Yo soy tu única mujer, sólo quiero tus manos. ¿Pensaba el médico que él creería que era ella, ahí de carne y hueso, aunque teniendo apenas un brazo?

—No sé —dijo el médico—, el mundo cambió, todos los arroyos se secaron, el hombre se transformó en el asesino de sus propios hijos. Para decirle la verdad, yo me siento pesimista, el universo no aguanta por mucho tiempo más. Los continentes van a reventar, serán engullidos por un humo surgido del fondo del mar.

—¿Y entonces Carlos? —preguntó la mujer.

—Carlos se salvó a tiempo, por su cuenta.

III

ES UNA MUJER que vive dentro de un álbum. Su rostro tiene un brillo como si saliera del petróleo. Algo reventó en la luz que le penetró en los ojos, una fuerza. Su espalda es una superficie ondulada, exhala un aroma, una especie de flor derramada de un vaso. Es precisamente con la mano que le queda que acaricia una granada y la muestra a los pocos amigos que tiene. Es una mujer derrotada, incapaz de atravesar un túnel. Una mujer con una señal en los hombros, marcada para un sacrificio.

Una mujer que toca el arpa y revive las flores, mientras otra, en la fotografía caída del álbum, muestra las rodillas debajo de un vestido de satén. Parece ella y al mismo tiempo hay allí cualquier cosa que pertenece a Carlos, la cintura, el dibujo que lo contornea, el modo en que los pies se asientan en el suelo. Atrás de ellos existe un castillo y sólo después el cielo. Es una mujer real porque su cabello se mece con el viento. El arpa la compró Carlos en un viaje por las tierras altas y es con ella que la mujer ahuyenta los tornados, devolviéndoles el mal para que se devoren a sí mismos.

—Todo está en este álbum —decía ella—, mi pasado y mi futuro.

Ahí, en aquella foto, aún tenía ambos brazos y se tomaba de la columna de un convento. En otra estaba desnuda. Su piel era blanca, pero en esa otra ya era verde porque ese día compró un vestido del color del pasto. Allí, por ejemplo, usaba *shorts*, era una época de intranquilidad, hubo una onda de

calor y todo en torno a ella murió, perros, gatos, gorriones, hormigas, todo. Fue muy difícil para ella. Tuvo que comenzar todo de nuevo, mudarse de casa, conseguir otro espejo, un biombo.

Databa de ese año la muerte de Carlos.

«Él está aquí en esta fotografía rasgada, fumando, con una bufanda, con el encendedor a su lado, puesto sobre la mesa. Sucedió un año después de la muerte, la fotografía fue cambiando con los meses. Al principio era sólo él, mirando a las dunas, luego apareció el humo y sólo a continuación entró el encendedor en la fotografía. En ésta soy yo, con lentes y él detrás, merodeando. El gesto que se ve entró en la foto unos años después. Era deseo de él que sus fotos tuvieran un gesto de manos vacías».

La mujer baja el álbum y atraviesa el cuarto hasta llegar junto al armario. Extiende después un tapete sobre las tablas y en ese lugar se acuesta a oír el tiempo. Es en ese momento del día que habla con Carlos y le va contando los cambios que el poder de sus ojos provoca en las imágenes fotográficas. «Tu rostro está rejuvenecido, tu cuerpo adelgazó, ya consigo escuchar tu habla. Me gusta aquel abrigo que usabas y tu cabello cayendo sobre tu cabeza. Tus fotos están llenándose de emociones, se notan al fondo los libros, cada vez más libros y tú hojeándolos, arreglándolos».

La mujer se interna así en su silencio, como si estuviera sentada en una pequeña isla, al lado de una cascada, y la lluvia viniera a empaparle el rostro, descubriendo un jardín a sus pies, con narcisos, tal vez con un jazmínero blanco. Y el momento en que Carlos se le escapa. Ella procura agarrarlo, como antes, pero su fuerza disminuye, aunque su cuerpo sea ahora más leve, sujeto al peso de un solo brazo.

Esta mujer es vista entrando al frío con un álbum en el regazo. Nunca podrá saber si Carlos la amaba. Cuando lo mató, esperaba que él confesara ese secreto, como hacen los moribundos llorando en las manos de un sacerdote. Pero el disparo le perforó demasiado el pecho y su voz enronqueció de prisa.

—Hay siempre un castigo para el mal —le dice el médico—, en su caso va a tener que convivir con eso.

Nunca aceptó que él la amaba porque entendió que ningún hombre puede amar a una mujer a la que le falte un brazo, o una pierna, o lo que sea. Cuántos hombres no aman a mujeres que no tienen un riñón, una oreja, una mano, un ojo. El mundo está *hecho de maltrechos*, yo acostumbro decir esto a mis pacientes porque me gusta jugar con las palabras. Pero es verdad. Imagine que encontrara un hombre sin esófago, que ese hombre sea

un genio, compone música, pinta, escribe, imagine que además era guapo, un hombre a quien sólo le falta volar. Qué mal habría en que no tuviera esófago, entre tal acopio de cualidades. Usted no se preocupe, eso de no tener un brazo no es siquiera una enfermedad. Ni fue culpa suya. Lo mató porque él quería morir. Quería acabar así, con un agujero en el pecho, como en el cine. Carlos era un héroe, un actor que no muere nunca. Usted se limitó a hacer una escena, como si rodara una película. Yo, por ejemplo, puedo llegar hoy a casa con un machete y encajarlo en la cabeza de mi mujer. ¿Por qué? Porque vi una escena así en un filme. Ahora le pregunto. ¿La mujer del filme murió en verdad? Claro que no. Lo mismo pasó con su amado. Lo mató, pero él no murió. Piense que él viajó al extranjero, la abandonó, es la cosa más banal de este mundo.

#### IV

TODOS SUS PODERES le nacieron luego de la muerte de Carlos. Las imágenes salían del álbum como si la carne tomara forma dentro de la piel. Bastaba mirarlo o tocarlo con los dedos, acariciando el rostro de papel. Imágenes que fluían por sus manos y bajaban hasta el suelo caminando por las maderas de la casa hasta entrar en la sombra, sin que ella las quisiera detener, porque era así que construía la felicidad.

—Esos poderes fueron la consecuencia de la pérdida de su brazo. Hubo una transferencia —le dijo el médico—. Usted tenía un tumor que en ese momento se creía maligno. Pero no, era benigno, fue un error la amputación. Y es ése el poder extraordinario que ahora tiene usted en el cerebro. Pasó del brazo al cerebro. Por eso no se espante cuando dice que alcanzó la felicidad total. Usted tiene un tumor en el cerebro, pero es algo bueno, la ayuda a soportar esta vida. No toda la gente puede decir que tiene un tumor de ésos, una especie de talismán dado por Dios. Sé que es católica, está aquí en su expediente. Entonces, siga adelante, no piense en Carlos. En este momento él está feliz en el cielo. Todos los hombres que mueren por motivos de celos tienen su lugar garantizado al lado de Dios. Ésa es la práctica de la pasión. El agujero que él tenía en el pecho ya está curado, la bala fue extraída por los ángeles. Qué más quiere que le diga.

#### V

—NO NECESITA seguir viniendo a las consultas. Está curada, lo veo en sus ojos, le hace bien el llanto.

Es una mujer que aprendió a llorar realmente. Un llanto manso como si

habitara en el dominio de las hierbas y las tuviera que mantener vivas, rejuvenecidas día tras día, mojadas con las lágrimas. Y en ese llanto había más de un resplandor, había en él un cántico, un llamado que hacía eco por la tierra, que descendía por debajo de las plantas y se metía a las raíces de los árboles, hasta el fondo de las arenas. Un llanto que se formaba a sí mismo como un marco desde donde aparecía Carlos, llegado a su encuentro, así, lentamente, por la puerta de entrada, atravesando el corredor, como si las lágrimas de ella hubieran dibujado un camino blanco por donde él transitaba aún soñoliento, saliendo de la muerte, respondiendo a su llamado. Él llegaba, poco a poco, sus lágrimas se iban secando, porque el cuerpo de él se mostraba, entero y desnudo, llenando la casa como antes. Riendo con los trenes, hojeando los libros, diciendo que el agua de los ríos es el acontecimiento más inusual de las cosas terrenas.

«Fue extraño, yo extendiendo mi brazo en su dirección y él no parece acordarse de que sufriera una amputación, sin siquiera recordar que fui yo quien le disparara, dejándole el pecho quemado. ¿Ya llegaste?, me preguntó él. Como si yo hubiera salido más temprano del trabajo, como si yo trabajara en una florería o en una tienda de ropa. Carlos, le dije, ¿no recuerdas nada?».

Una mujer interroga a un hombre que minutos antes había rescatado de la muerte, un hombre sombrío que contempla los muebles de la casa, las sábanas, los tinteros, los libros. «Sigues con tu obsesión por los tinteros», dice él.

«Qué podía responder a un hombre que surge así en mi cuarto y me lanza dentro de la cama como si mi cuerpo fuera un juguete, una pequeña envoltura de celofán. Carlos, dije yo, con mucha dificultad, mi intención no era matarte. Pero él no respondió, lo que quise fue envolverme el brazo, limpiarlo con un algodón, sentirlo con la lengua y después ponerlo extendido encima de las sábanas para contemplarlo».

«Me gusta tu brazo, le encuentro una belleza súbita, como si alguien lo hubiera pintado mientras dormías. Hay un calor que proviene de él como de un foco. Me gusta la velocidad de tu cuerpo. Cuando estás absorta mirando un cuadro, te olvidas de que sería mejor que te hubieras vestido, para que la sangre no corra de este modo adentro de mis huesos. No sé si el médico te explicó, pero una de las razones de mi muerte fue la perfección del espacio que existe en el camino entre nosotros dos, en ese trayecto».

«Sí», dice ella. «Cuando vienes a mi encuentro, un paisaje se forma en segundos. Puede ser un campo de gladiolas, puede ser la arena o una tabla

con pequeños clavos volteados a mi lado. Es una visión aterradora. Pero el médico me dijo que eso era parte de la felicidad, que sólo desaparece cuando los cuerpos se despedazan, cuando los miembros dejan de ser humanos para transformarse en lodo y la cintura de uno atraviesa la cintura del otro, creando una zona de dolor. El médico me preguntó si yo sabía lo que era el amor. Y yo le respondí que no, pero que tú debías de saber porque te veía poner balas en el barril de la pistola en cuanto llegabas a casa. Es el amor, el miedo del amor, me explicó él».

El médico le habló de un paciente que no era capaz de dormir con la mujer si no acariciaba un cuchillo, si no veía su brillo partiendo el techo del cuarto. ¿Y la mujer?, preguntó Carlos. Entraba en pánico, se desmayaba. ¿Y el hombre? Abusaba de ella, claro, le hacía lo que quería. ¿Y el médico? Le parecía normal. La mujer despertaba y no recordaba nada, porque lo veía sentado, mirando por la ventana, con una parte del rostro iluminado por los letreros de la calle. Me quedé dormida, es todo lo que ella decía, disculpa. No está mal, respondía el hombre. El médico insistía en que era normal. Hay casos así y más graves aún, del hombre que cuelga parte de su mujer de una ventana, en un vigésimo piso, o de la mujer que pide al hombre que le ponga una cubeta en la cabeza porque detesta su mirada. Todas escenas de amor. Y son felices, asegura él. Escenas que pasan a nuestro lado, con los vecinos. Son personas que tienen mucho para dar a los otros, gente que no sabe dónde fue a buscar el deseo del mal.

—Las personas son la peor cosa que existe en el mundo —me dijo el médico, justo después de haberte matado ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



# La bastarda en el año de 1320

PATRÍCIA MÜLLER

**SENTADA A LA MESA** de la celda del convento de Odivelas, Maria Afonso, contadora casera, no nota que el Hombre está a la puerta.

—Don Jorge me dio la tiara. El caballero principal me dio ricos vestidos. Doña Blanca, el pozo en la villa de Santana.

La capacidad de establecer comparaciones es la cualidad más interesante de Maria Afonso. Si el amante del año pasado compite en plata y oro con el amante de este año, entonces la imaginación de ella, que es la intuición legitimada por la racionalidad, no tendrá dificultad en fantasear con cuál de ellos podría unirse en matrimonio, pese a que el matrimonio sea la peor pesadilla de Maria Afonso. Antes, el convento donde habita, mandado construir por el padre, el rey D. Dinis de Portugal, ése sí un hombre sin rival, o no sería el complejo de Electra la base de la personalidad de Maria Afonso.

En la celda que comparte con el ama Irene, la mujer más cercana que percibe como cálida, Maria Afonso ejecuta sus comparaciones con refinamientos de maldad. Cambia tierras por baldíos, riachuelos por establos, caballos por hectáreas. Organiza las propiedades que la culpa y el amor del padre le dan, para que sean lo más rentables posible. Maria Afonso es una emprendedora en un tiempo en que la palabra ni siquiera existe. Organiza y promueve todo lo que está a su alcance. Tierras, objetos, y su propio cuerpo. Hombres y mujeres, dependiendo del estado de espíritu y del nivel de utilidad.

Sus muslos son blancos, deformes y torneados, mármol duro clavado en la emoción del ojo distraído de quien tiene la suerte y el azar de verlos. Ella sabe que sus muslos enloquecen a todos, entre deseo y avaricia pura, las dos sensaciones más animales que la sofisticación

humana se concede. Ella sabe que sus muslos, esas grandes putas que viven encima de sus rodillas, son mejores que ella, más eficaces en el combate a la frustración que lo cotidiano sirve como plato diario a la hora de la comida.

—No le puedo decir quién me mandó matarla, princesa, pero le puedo decir que la voy a matar.

La voz del Hombre suena a súplica en respuesta a una pregunta tan sencilla y tan extraña, al mismo tiempo. Perpleja, paralizada, intenta entender lo que pasa. Sólo consigue pensar que el Hombre que la violará tendrá el deleite de verle los muslos y que los muslos, en este momento, no le sirven para librarla de apuros. Es su victoria sobre los muslos, ironía suprema del que parece ser el final de una vida de apenas veinte años. El futuro es predecible. Tiene la duración de escasos minutos.

Estos escasos minutos son vistos por ella en fragmentos, imagen entrecortada de negro, como si no consiguiera aprehender la fluidez de los movimientos, el *continuum* del espacio, ya que el tiempo, ese enfermo mental, sólo tiene la utilidad de un moribundo. Un pedazo de mano de él apretando el aire de ella. El cuerpo de él, caliente, atrás del cuerpo de ella. La caída que le aplasta la espalda. La insistencia de él en obligarla a girar la cara para un lado, como si quisiera obligarla a no mirar lo que le va a hacer. Ella nota la duda en él, el delito pegado en la piel que le encoge el alma. Hay en este espacio un animal herido y un animal por herir. Ella es el segundo.

Ella, Maria Afonso, princesa bastarda, hija favorita del rey D. Dinis, propietaria de un archipiélago de muslos autónomos, soberanos, monja agnóstica de Odivelas y amante de más de una persona al mismo tiempo, pide a Dios que alguien entre en aquel momento.

—Por favor, dígame lo que pasa. ¿En verdad es a mí a quien desea matar? Yo soy una hija bastarda. No valgo nada. —Ambos saben que es mentira. Maria Afonso vale un reino, un país, millares de súbditos y súbditas, niños, viejos y animales incluidos. Dinis, el rey, el padre, daría el culo y más tostones para garantizar que esta niña viva con comodidad y dignidad. Dinis, el rey, el padre, mandó construir un convento para su hija.

Acostada debajo del verdugo, la monja atea siente el dedo anular de él subir encima de su ojo, como oruga en muro de piedra, impedida de verlo todo. Tal vez así me cueste menos, piensa Maria Afonso.

Ver la muerte con un solo ojo es mejor que abrazarla con dos. Muestra que apenas la mitad del mundo existe, que tal vez no sea tan triste abandonar esta tierra, que el cielo, ese milagro existencial de la idealización, tendrá una sala o un campo o un río destinado a las almas más contables y dinámicas. Pasar la eternidad rodeada de almas envejecidas es lo que llevaría a Maria Afonso a escoger el infierno. ¿Cómo será morir? ¿Cómo será dejar de existir? ¿Dinis llorará mucho por ella? ¿O adoptará la pose del rey que no puede llorar la muerte de la hija favorita? Ella recuerda las largas noches en que el padre le contaba las historias que conformaban su vida y la vida de Portugal y la de Europa. Dinis era Portugal. Batalló sin miedo para garantizar que la identidad fuera preservada, en una lucha por momentos de tal forma desdichada que siempre sonó a Maria Afonso que su padre luchaba por el inalcanzable reino de los cielos, por la manutención del alma, por la perennidad de una obra que era eterna. Ella, que vivía en el convento, desconocía este vaivén de nervios, sangre y espadas. Ella no entendía lo que era querer morir por un país y, por eso, se dedicó a acaparar la mayor cantidad de tierra posible, con la expectativa de formar su propio Estado. El Estado de Maria Afonso. Y ansiaba todos los días que alguien le viniese a robar, para que tuviera que pelear por ello.

Este deseo chocaba con el desenfreno sexual usado como forma de obtener obediencia, que es el llamado de auxilio más psicoanalítico que existe. Dominadora, Maria Afonso también es sumisa. Usa el sexo para favores y espera que el sexo le traiga amor, ese mismo amor que después rechaza.

Ella tiene los ojos azules demasiado juntos, dientes de ratoncito blanco y el cabello rojo heredado de Dinis. Las piernas presentan un ligerísimo desnivel, sólo a los ojos de los más atentos se nota la cojera con que se mueve. Como tiene edad de iniciar el noviciado, usa los vestidos por debajo del hábito. El corsé es de tal forma apretado que, más de una vez, el ama Irene da con la niña desmayada en la celda del convento, en el claustro, en la cocina por donde pasa para robar comida. La bastarda encuentra un dulce consuelo en el azúcar, a pesar de saber lo peligroso que es para la belleza si se consume en exceso. Ella quiere ser delgada, pequeña, atractiva a los muchachos, como una niña, agradable a las niñas, como si fuera una de ellas. No que se infantilice, nada de eso. La infantilización es una

estratagema usada por mentes con pocos recursos intelectuales, que optan por la primitiva razón como forma de manipulación reduciendo a los otros, igual o más inteligentes, a brutos sin sensibilidad. Ella está apesada en las grandes respuestas del universo por su capacidad de saberlas reconocer. Se siente un alma antigua en un cuerpo nuevo. Sería una dama de la corte, de no ser por la violencia en el corazón y la rispidez en el trato.

La otra mano de él inspecciona la túnica roja de ella, la camisa de lino abajo. Arriba y abajo, en un frenesí inadecuado al tiempo mental del momento, que oscila entre el pasado, ese eterno amante que a todos abandona, y una especie de limbo paralizador. Tal vez sea esto lo que sienten los niños que nunca fueron bautizados, anestesia perpetua, el vértigo de quien anda sobre la tierra a la cual no pertenece. Ella no usa ropa interior, nadie usa ropa interior en esa época, se usan vestidos que aprietan costillas, zapatos que aprietan pies, pero no se usa protección de la intimidad. No existe nada entre él y lo más íntimo de ella.

—No le pediré disculpas, princesa. —Maria Afonso siente el aliento de él muy cerca de la mejilla y consigue imaginar el puerco asado que comió. Vio muchos puercos en el asador, en las variadas fiestas que el padre organizaba en el Paço. Eran fiestas castas, algunas casi con miedo de ser. La idea de que el peligro estaba cercano no era una psicosis colectiva de un pueblo recién formado, era un miedo generalizado en que las almas lusas estaban sumergidas desde que se reconocían como pertenecientes a una nación. Los moros podían atacar; los reinos vecinos podían atacar; los propios miembros de la realeza, como había sido el caso del hermano del rey y, ahora del hijo del rey, podían atacar. Los ciudadanos de esta nación-cría saben que lo que ellos conocen hoy es diferente de lo que conocieron ayer y de lo que irán a conocer mañana. Hay una obvia razón para sentir el pánico erizando los pelos de los brazos. De las dos causas para este fenómeno —la transmitida por la sangre o la sentida en el estómago—, apenas aquella que implica la experiencia vivida y contada causa semejante impacto. Ella, la princesa bastarda, protegida por la cercanía conventual, no creía en el temor. Nada le podía suceder dentro del capullo que el padre había creado para ella. Maria Afonso instrumentalizaba para sí misma la idea de Dinis como protector.

El Hombre aplasta la boca en el cuello de ella y mete la mano debajo de la falda. Ella, Maria Afonso, dotada de espíritu matemático, no siente gran emoción, que es lo mismo que decir que le falta media alma. Por esta razón, cuando intenta hablar, la voz le sale agitada, con fallas y tonos distintos. Trata de calmarse, aclarar la garganta y esperar que el sexo consensual pueda superar a la muerte.

—Espere, espere. No necesita hacer esto así... Podemos entendernos los dos. Podemos hacer que esto sea un momento agradable —dice Maria Afonso.

La frase no sale exactamente como pretendía, y es de tal modo extranjera en el contexto, que el Hombre para lo que está por hacer y se concentra en las palabras de Maria Afonso por segundos, ya que éstas flotan en el aire de la extrañeza. Ahí en el suelo de piedras del convento, piedras del tamaño de arcas donde se guardan vestidos, frías, heladas, piedras aún con las firmas de los pedreros que las colocaron para que nadie olvide cuánto dinero deberían recibir —una señal de que Maria Afonso está en casa, en el sitio al que pertenece—, apenas la luz de las velas ilumina el terrible acontecimiento y hace que el carmín de la seda de ella se confunda con el abrigo y la túnica de él, del mismo color.

—Yo le doy oro... Llévase esta gargantilla de piedras preciosas... ¿No? Entonces yo me ofrezco. Nadie necesita saber, prometo desaparecer después. Voy hasta Aragón, desaparezco en el mundo. Nadie se enterará. —Él, el Hombre, es pesado y su mano se aparta de la cara de ella, permitiéndole que los dos se encaren frente a frente. Es la confrontación que mayor bienestar permite, pues existe una verdad franca que sólo el ojo puesto en el ojo permite. No es cobarde este momento de muerte, a pesar de concentrar en sí toda la violencia seca y cruda que puede existir. No tiene florituras, gritos, movimientos, estridencias, el melodrama que la idea de muerte, en ciertos círculos más populares compone. Es así que ella se asegura de que el Hombre debe ser un caballero. No es plebeyo, ni telúrico. Aparenta la dignidad y la abnegación que Dinis exige a sus hombres, lo que lo volverá, ciertamente, un disidente de las huestes del padre. Maria Afonso nota la delicadeza del lino del chaleco que usa, el cuidado rizo que cae sobre las orejas. No, éste no es un hombre del pueblo. Éste es un hombre de la corte. Nadie en la corte tiene interés en ver a una bastarda muerta, por la simple razón de que, a pesar de ser

rica y amada por el rey, Maria Afonso no posee ningún poder. Y la riqueza puede acabar de un día para el otro, basta que las tierras sean invadidas por enemigos o, peor, por amigos que saben que no existe un hombre fuerte y viril que las defienda. A ella, la bastarda, le gustaría ser un hombre. La naturaleza, que la dotó de talento lésbico, no la dotó de testículos físicos, sino apenas de una especie de masculinidad latente, agresiva, furiosa, que la hace expandir la sádica sexualidad como si fuera un golpe dado en la cara de Dios. La incapacidad de dulzura no modifica la ambición, sin embargo, no la vuelve más ágil en el trato social o más encantadora en la convivencia. Maria Afonso se sabe animalesca y viciosa, encarando con verdadero autoconocimiento estoico la idea de que los sacrificios exigidos a una bastarda son muy fuertes y que sólo la cáscara viril podría aguantar. Debajo del cabello rojo, lo que existe es una armadura de piel de caballero astuto.

—No quiero oro, princesa, ni su cuerpo. Sólo voy a poseerla como forma de castigo. —El tono es bajo, tranquilísimo, angelical y casi automático, un arcángel susurró aquellas palabras al oído de él. Está frío. Es de noche. Los cañaverales silban como pájaros sueltos por el mundo. Las velas de la sala se estremecen, junto con los dos cuerpos extendidos en el suelo. Por primera vez, el Hombre y ella parecen funcionar en conjunto, una pareja improbable.

Huele a carne y a sudor.

—No me mate, entonces. Tómeme, pero no me mate. —Ella implora, esta vez con verdadero pánico. Hubo alguna cosa en la última frase de él que la hizo temer realmente por su vida. Hasta entonces, era todo sólo una amalgama confusa de incompreensión.

—No puedo. —El Hombre está a punto de llorar. Cuán indigno es este llanto para ella. Cuán nauseabunda es esta fragilidad, aunque verdadera en absoluto. En aquel momento, en aquel instante, él llora con pena por lo que va a hacer, en un infantilismo sin solución, como son todos los infantilismos. Ella lo desprecia. Le repugna y lo desprecia. Un rencor visceral la invade, el mismo que dedicó durante su vida a algunos personajes que le fueron poco simpáticos. Isabel, claro, es fundamental odiar a la Reina Santa como conservación de una idea fundadora de la personalidad. Maria Afonso es también el odio que siente por la mujer del padre. Y es también el odio que siente por este hombre que la va a violar.



Para evitar más conversación, él sube la saya de ella, baja sus calzas de lana y la toma sin ninguna palabra. La entrada es seca, abrupta, dolorosa por el asco. Maria Afonso no es dada a sentimentalidades, pero le queda un poco más que la emoción por explorar. El pensamiento ya no la socorre. El lenguaje, esa tierna amante seductora, ya no la socorre. Ni la lascivia la puede socorrer, es necesario tener concentración y control, ella no tiene ninguno de momento. Le queda la humillación pura en la piel, una bocanada de aire apestoso circundándole el cuerpo, en la tentativa de entrar por los orificios, la boca, los ojos, las orejas, la nariz, en una especie de exorcismo invertido. El diablo trata de metérsele. Ésta es la imagen que se le ocurre a la bastarda para describir la violación de la que es blanco, al mismo tiempo que el Hombre resopla, continúa acompasadamente encima de ella y ella siente el dolor donde él lo inflige. En un segundo, tal vez por causa de la autocompasión —esa partícula totalmente divina en el hombre y que ella nunca pensó tener—, el tiempo comienza a ser insoportable. El presente es desplazado en el tiempo, estar allí y no estar. Un sonambulismo inconsciente, sin embargo en todo deseado. El sexo arde, herida dilacerada; las piernas están dormidas y, aun así, duelen como aserradas; los brazos caen inertes a lo largo del cuerpo, impotentes. Maria Afonso nació mujer, pero nunca sintió el dolor de la condición femenina. No tuvo hijos, ningún marido que le descargase la furia de una frustración cualquiera. Pero tiene ahora a un hombre pesado encima rasgando lo que ella había guardado allá abajo, lo que es propiedad exclusiva de ella, que da a cambio de lo que le sea favorable. Ahora, allá abajo, el demonio se ríe y destruye las paredes que la forman por dentro. Las patas de un caballo la pisotearon sin lástima ni piedad. Dolor, dolor, dolor. Maria Afonso comienza a llorar gruesas lágrimas sin sollozar al mismo tiempo. El cuerpo no permite. El Hombre gime quedo.

—Al final, voy a pedir disculpas. Disculpe, princesa.

Y sin quitarse de encima de ella, comienza a apretarle el cuello. Por instinto, ella encoge el abdomen, lo que puede encoger y que está a salvo de la carga del cuerpo del Hombre. La carga nerviosa es tan intensa que el cerebro se quiebra en mil partículas internas, conmocionado, en misericordia sobre sí mismo, en anulación de la existencia. El cuerpo de ella escoge no ser. Es infeliz esta asfixia, no tiene dignidad porque no tiene cómo permitir la posición fetal que es

aquella con la que todos nacemos y todos deberíamos morir. Maria Afonso quiere enroscarse, gemir, arrastrarse de ahí hacia afuera dejando un rastro en el suelo para que el padre la pueda seguir hasta donde ella fuera, el Infierno debe de ser tibio porque el Diablo no tolera excesos que le sean incómodos. Los sacrificios son para Dios y los hijos que se matan crucificados. Los hijos del demonio visten de seda y frescura.

—Yo sé que quiere que me vaya, princesa, pero créame que de aquí a unos segundos va agradecer que me quede aquí. Y no voy a llorar, porque si lloro la princesa no muere en paz.

Ella intenta patalear, una última oportunidad de sentir la nobleza que no tiene, la bastarda tiene sangre azul, quizás más azulada que azul, pero, aun así, algo cercano. Y hay una irracionalidad en el azulado, en la esperanza de amor, o tal vez sea sólo la irracionalidad de una muerte anunciada.

Maria Afonso no vivió lo suficiente, no amó lo suficiente, no sintió suficiente, ni dolor, ni placer, ni aburrimiento o hastío de los días largos, no conoció las suficientes personas, no tomó las decisiones necesarias, no se impuso como alma o como cuerpo, no tuvo presencia o ausencia, un vacío sórdido, una perversión frente al mundo natural, de los perros que le olfateaban el sexo cuando ella pasaba y se demoraba en pasar porque el magnetismo atraviesa códigos de comunión, no perteneció a familia o tribu, no tuvo amigas y risas de niña, ni siquiera consiguió acumular bienes suficientes para ser rica y vengativa. Ahora muere. Muere.

Y entonces Maria Afonso, en un acto inconsciente, abraza al Hombre. Siente un tremendo consuelo en el calor del cuerpo de él, al final tenía razón, ¿cómo sabría él que no la debería dejar? ¿Cuántas veces habría muerto aquel hombre o, mejor, cuántas veces aquel hombre habría matado y visto morir? ¿Cómo sabría él los secretos de la muerte? Las preguntas permanecen sin respuesta. La hija bastarda más joven del rey Don Dinis suelta un último suspiro. Y muere afeerrada al hombre que la mató ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# João RASTEIRO

*BORDER PATROL: SELF-PORTRAIT  
WITH PAULA, REFLECTION AND JOÃO*

*para Paula Rego*

El espejo aproxima el rostro de la mujer  
y denuncia hasta abortar los ojos  
sin ángeles ni animales, sin periferia,  
desnudo de todo, sólo habitado  
por una niña que susurra  
el extremo delito, desnudo de todo,  
menos de la lujuria y de su nombre,  
del alfabeto, de la familia de Lázaro  
que llora y llora por su perro perdido  
—el espejo aproxima el color del pecado.

*BORDER PATROL: SELF-PORTRAIT  
WITH PAULA, REFLECTION AND JOÃO*

*à Paula Rego*

O espelho abeira o rosto da mulher / e denuncia até abortar os olhos /  
sem anjos nem animais, sem periferia, / despido de tudo, apenas habitado  
/ por uma criança que sussurra / o extremo delito, despido de tudo, /  
menos da luxúria e do seu nome, / do alfabeto, da família de Lázaro / que  
chora e chora o seu cão perdido / —o espelho avizinha a cor do pecado.  
// O espelho tem gadanhas e asas / à revelia da alegoria da consolação, /  
e durante o terrífico e cruel delírio / da mulher sentada diante do espe-

El espejo tiene guadañas y alas  
al contrario de la alegoría de la consolação,  
y durante el terrorífico y cruel delirio  
de la mujer sentada delante del espejo,  
hay una soledad atroz, una niña  
con el animal femenino dentro de sí,  
la menstruación abriendo la boca  
del indicio del cuerpo expeliendo feroz  
un embrión —niña y pincel, «el centro  
sísmico del mundo» en su revelación.

La mujer está inmóvil delante del espejo  
(donde todos los demonios y los pasos  
efímeros pugnan por la animalidad en libertad  
por la preservada fábula de la infancia)  
pero ahí dentro pelean cuerpos bastardos.

La mujer se hunde en la silla, y el espejo  
en la ausencia de un deseo indefinido  
es la «extrañeza que no pertenece a nadie».

El espejo está vivo, y cuando la mujer  
se vuelve hacia el interior de su bestialidad,  
pinta alucinada «para darle una cara al miedo».

lho, / há uma solidão atroz, uma criança / com o animal feminino dentro  
de si, / a menstruação abrindo a boca / do indicio de corpo expelindo  
feroz / um embrião —criança e pincel, «o centro / sísmico do mundo» em  
sua revelação. // A mulher está imóvel diante do espelho / (onde todos os  
demónios e os passos / efémeros pugnam a animalidade à solta / pela pre-  
servada fábula da infância) / mas lá dentro pelejam vultos bastardos. // A  
mulher funde-se na cadeira, e o espelho / na ausência de um desejo inde-  
finido / é a «estranheza que não pertence a ninguém». // O espelho está  
vivo, e quando a mulher / se vira para o interior da sua bestialidade, /  
pinta alucinada «para dar uma face ao medo».

## EL ÚNICO ESTILO PARA LA MUERTE

*colinas tan próximas como si guardaran  
nuestros propios ojos e inmediatamente después  
se las lleva el viento hacia adjetivos distantes*

HERBERTO HELDER

Una nueva mañana de marzo, aunque temprano  
para leerte, pero tal vez ya muy tarde para retornar  
al cerezo que me arroba los sueños ciegos.

Leerte, dejar de leerte, leerte o no leerte  
no es decisión humana que se exija al habla o verso,  
a la casi pasión «prendida en carne de la lengua».

Y aunque el gorjeo del mundo ya sea ensordecedor,  
está tan próximo a mí que es en él donde respiro,  
existe el momento, no el cuerpo, el día y sus márgenes.

Es marzo, la mañana se propaga como un volcán,  
mi cuerpo, zurdo, yace postergado como la primavera  
en tu ausencia, aguarda el espasmo del cerezo.

Leerte, dejar de leerte (ayer se me murió el vecino  
del tercer piso), «no es lo mismo que meter la cabeza  
en el agujero abisinio»: en rigor, todo está fuera de mí.

Las voces se levantan feroces e indistintas, el cielo llora  
en diluvio inundando la lengua, el poema muere,  
«morir por una rosa es un caso delicado»: me levanto

y te escupo, ¡el único estilo para la muerte vertiginosa y cruda!

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE MARIO MORALES

## O ÚNICO ESTILO PARA A MORTE

*colinas tão próximas como se guardassem  
os nossos próprios olhos e logo depois  
leva-as o vento para adjetivos longínquos*

HERBERTO HELDER

Uma nova manhã de Março, ainda que cedo / para ler-te, mas talvez já  
muito tarde para retornar / à cerejeira que me inebria os sonhos cegos. //  
Ler-te, deixar de ler-te, ler-te ou não ler-te / não é decisão humana que  
se exija à fala ou verso, / à quase paixão «travada em carne da língua». //

E ainda que o gorjeio do mundo já seja ensurdecador, / está tão próximo  
de mim que é nele que resfolgo, / há o momento, não o corpo, o dia e as  
suas margens. // É Março, a manhã propaga-se como um vulcão, / e o meu  
corpo, canhoto, jaz adiado como a primavera / na tua ausência, aguarda o  
espasmo da cerejeira. // Ler-te, deixar de ler-te (ontem morreu-me o viz-  
inho / do 3 andar), «não é o mesmo que meter a cabeça / num buraco  
abissínio»: em rigor, tudo está fora de mim. // As vozes erguem-se feroces  
e indistintas, o céu chora / em dilúvio alagando a língua, o poema morre,  
/ «morrer por uma rosa é que fia mais fino:» ergo-me // e cuspo-te, o úni-  
co estilo para a morte vertiginosa e crua!

Ó CASA DE BAMBU ESCUTA

ao António Lobo Antunes

Indago ainda a previsão da teia, as horas seguem outras horas, / os dias  
outros dias, e toda a fiel renúncia afere a solidão. / Há múltiplas manchas

Todavía indago la previsión de la tela, las horas siguen otras horas, los días otros días, y toda la fiel renuncia compara la soledad. Hay múltiples manchas de abismo casi siempre sobrepuestas a la delicadeza de la casa que me recuerdan los ecos primordiales de cierto poema babilónico: «¡oh casa de bambú escucha!» Son horas de sol en el paisaje del día y yo en el cuarto me siento en el horario nocturno del mundo, en el lugar donde no hay cielo, ni suelo, o por lo menos un alborozado nombre. El cuerpo pesaroso de la secretaria y tumba de libros. En él ya no alcanza el tiempo. Hay sólo un espacio negro y atiborrado. La noche y mis rodeos de un destino cualquiera. En lo alto del acervo en frágil equilibrio, «un halcón en el puño» de Maria Gabriela Llansol, y el brillo de los misteriosos seres nocturnos que me ciñen casi hasta sofocar, tal como a la autora de «¿Dónde Vais, Drama-Poesía?» Hoy y ahora, sé que en mi lengua encubierta de soñador agotado, «este lugar no tiene significación de diccionario, no transmigró hacia ningún libro». La tela se cierra. El día se abre. El cuerpo ajustado en su total desvarío es casi tan agrio como el poema.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ JAVIER VILLARREAL

de abismo quase sempre sobrepostas / à delicadeza da casa que me lembram os ecos primordiais / de um certo poema babilónico: «ó casa de bambu escuta!» / São horas de sol na paisagem do dia e eu no quarto sinto-me / no horário nocturno do mundo, no lugar onde não há céu, / nem chão, ou ao menos um alvoroçado nome. O pesaroso corpo / da secretária é túmulo de livros. Nele já não alcança o tempo. / Há só um espaço negro e atulhado. A noite e as minhas voltas / de um qualquer destino. No alto do acervo em frágil equilíbrio, / «um falcão no punho» de Maria Gabriela Llansol, e o brilho / dos misteriosos seres nocturnos que me cingem quase até sufocar, / tal como à autora de «Onde Vais, Drama-Poesia?» Hoje e agora, / sei que na minha língua encoberta de sonhador esgotado, / «este lugar não tem significação de dicionário, não transmigrou / para nenhum livro». A teia fecha-se. O dia abre-se. O corpo / ajustado em seu total desvario é quase tão agrio como o poema.

# Historia triste con final alegre

TERESA VEIGA

EL SEGUNDO DOMINGO de cada mes, el jardín se convertía en una especie de casa de espectáculos donde se exhibían todas las personas que, mediante una pequeña contribución, quisieran negociar al aire libre cualquier objeto, por más feo, inservible e inverosímil que fuese. Si los vendedores eran pocos, los compradores eran menos todavía. En la práctica, sucedía que pasaba bastante tiempo antes de que alguien se acercara a la alfombra o a la mesa desvencijada que servía de expositor y se detuviera en actitud de estar considerando una compra, y entre quienes lo hacían, sólo una minoría pasaba a la siguiente fase, que era mover un objeto y girarlo por todos los lados, hasta que el encantamiento se rompía y él o ella seguían su viaje. Es necesario decir que esto pasa en un barrio de viejos y en una época de crisis, y ya ahora, en un mes de invierno en que el aire huele a desagüe y los árboles desnudos tienen agujeros en los troncos, abarrotados de una materia blanca en forma de ovillos de larvas que, privándolos de su habitual belleza, les dan una apariencia tosca, inmunda e incluso letal.

En uno de los edificios que daban sobre el jardín vivía una joven de las más pobres que hay, incluso en la clase obrera. De su sueldo en una fábrica de chocolates, después de pagar la renta de la habitación, el transporte y una función de cine los sábados, sólo le quedaba para comer bizcochos y pasteles, porque su estómago delicado rechazaba casi toda la comida sólida. Cuando supo de aquella oportunidad también tuvo la tentación de redondear sus escasos ingresos, pero, por mucho que miró alrededor en su cubículo, no descubrió nada con potencial para ser vendido, de no ser un peine de hueso que, a pesar de su apariencia lustrosa y apetecible, haría una triste figura solo en medio de una alfombra. Así,

como no podía volverse vendedora, se hizo compradora, o más bien empezó a hacer como los demás que iban a pasear a la feria sin intención de comprar nada.

La diferencia con las otras personas era que, al ser una persona educada, no se atrevía a meterse en nada, ni siquiera a quedarse mucho tiempo mirando un objeto. Sin embargo, sólo de escuchar y observar aprendió mucho, y estuvo a punto de pensar amargamente que algún día sí sabría tanto de antigüedades y pseudoantigüedades como cualquier *marchand d'art*.

Así, la feria, que debía ser un motivo de distracción, por un lado la volvía más exigente y evolucionada, por otro más rebelde y triste.

Seis o siete meses después se produjo un acontecimiento que revolucionó su vida. En una zona retirada del jardín, una callejuela secundaria adonde apenas llegaba el eco distante de aquella babilonia de sonidos y colores (o así parecía, porque los demás días, expurgado de todo, el jardín recaía en una paz de cementerio), y por lo tanto lejos de la competencia, que denotaba un carácter muy orgulloso y firme y tal vez una protesta contra la sociedad mercantil y la ley de la selva, un joven vendedor exponía su mercancía usando como expositor la propia maleta de cartón donde la transportaba. La chica se detuvo y miró con una expresión concentrada, al mismo tiempo que sentía la nuca latir bajo el efecto de un terrible dolor de cabeza. Después se acuclilló hasta sentir el chasquido de las articulaciones de las rodillas, y en esa posición incómoda y que la hacía sufrir aún más por su aspecto antiestético, saltando a veces en la acera como un gallináceo, paseó la mirada borrosa y vacía por una pila de pendientes, ya más utilitarios, ya más ornamentales. Al azar se fijó en una estampa cuya antigüedad certificaban las manchas de humedad que le hacían un paspartú amarillento, y que representaba una figura humana de largos cabellos y sonrisa de esfinge (se trataba de una reproducción de Mona Lisa). ¿Puedo ver? Él dijo que sí, gravemente, meneando la cabeza, y ella, mecánicamente, empezó a examinar uno a uno todos los grabados del lote, ya ensayando, aun sin tener conciencia de ello, los tics de aprecio y desdén que los verdaderos expertos elevan a nivel de gran arte, y en ella eran la prueba de que la voluntad hace milagros cuando se pone al servicio de un designio superior. A continuación, clavó una mirada persistente en unos bolígrafos viejos que había en un frasco de golosinas. Ya le dolían las rodillas; se levantó y, con modos relajados, indagó el precio de los grabados. La transacción se hizo y la muchacha clavó en la

pared del cuarto el dibujo de la mujer desconocida, y a partir de entonces nunca más se sintió sola, como si ella, la mujer del retrato y el vendedor fueran intercambiables y donde estuviera uno estuviera el otro, viviendo así una relación de a tres como si fuera de a dos, con muy buenos resultados.

En la feria siguiente, es decir, un mes después, la chica había ahorrado lo suficiente para comprar otro grabado. El tiempo que tardó en escogerla fue el mismo que perdió contemplando a su amado, pero sentía que él la observaba, y así aquellos minutos le supieron intensamente, de manera que fue con plena conciencia de obedecer una atracción mutua que esperó a que él envolviese el grabado en un pedazo de periódico, mostrando total falta de costumbre de sus manos nerviosas y afiladas, y después le depositó una moneda en las manos, acompañando el gesto con un delicado pedido de disculpas que no llegó a salirle de los labios.

La chica tenía en mente un proyecto que se condecía con su pobreza y su timidez: comprar todo el lote de grabados y luego invitarlo a venir a apreciarlos, ya distribuidos en las paredes de su habitación y encajados en las molduras que fabricaba en su tiempo libre con embalajes de cartón, pedazos de papel aluminio y otros materiales reciclados que le ofrecían en las tiendas por ser una persona a quien daba gusto dar, con su aire modesto y humilde. Unos meses más, pensaba ella, y quizá estarían en condiciones de casarse, a medida que el negocio de él se expandía y conquistaba clientes fieles como ella, de feria en feria.

Un domingo sucedió algo que ella nunca había imaginado en sus proyectos tan simples y viables. Él no apareció, y cuando, al cabo de muchas horas, se atrevió a preguntar al vendedor que había ocupado su lugar si sabía de él, oyó como respuesta que estaba muriendo, si no era que ya había muerto. Después de muchas indagaciones e informaciones contradictorias, consiguió encontrar a alguien que le dio la dirección de la madre, con quien él vivía a pesar de tener treinta y siete años de edad. La casa había sido pintada recientemente y tenía un aire muy limpio, con sus flores de plástico en jarras y piso de mosaico. La madre lloraba en la sala de entrada junto a las amigas que le hacían compañía en aquel trance y recordaban en voz alta todas las facetas nobles y generosas del moribundo. De vez en cuando una se asomaba por la puerta del cuarto, arrastrándose con precaución y de puntillas porque nadie estaba autorizado, ni siquiera la madre, a perturbar los últimos instantes de vida; él quería pasarlos ante la televisión viendo una de sus series preferidas.

Cuando la muchacha entró, él estaba riéndose bajito. La vio y se puso aún más pálido, lo que le dio a ella alguna esperanza, pues si mostraba alegría y amargura era porque aún estaba apegado a la vida. La chica ya sabía cuál era la enfermedad que lo estaba matando y la inutilidad de hacer preguntas improcedentes. Por cierto, durante todos aquellos meses había tenido la verdad frente a los ojos, pero su total falta de preparación juvenil y el gran amor que había forjado en sus sueños de virgen la habían vuelto obsoleta ante los signos evidentes que la muerte iba sembrando en el rostro de él. El espectáculo de aquel humilde tránsito la entristeció tanto que primero sólo tuvo un pensamiento: morir también. Se sentó al borde de su cama y le pidió permiso para envolverlo en sus brazos, compartir su calor, su comida y su bebida y sus besos, y él, ante tanta buena voluntad, no se atrevió a decir que no. Ella hacía un esfuerzo enorme para no llorar al acariciar su pelo, ralo y blanquecino, y las orejas roídas a causa del eccema, mientras pensaba que era capaz de ponerlas como nuevas, recordando su frasquito de aceite de almendras dulces. De repente comenzó a imponerse a la madre y a dar órdenes, con mucho respeto, pero también con firmeza, y la madre, como hipnotizada, parecía sólo esperar una señal para obedecer. Les llevó una sopa muy rica, llena de vitaminas, que los dos comieron en la cama, apoyados en las almohadas, y minutos después ella le midió el pulso y comprobó que era casi normal. Pasó el resto de la noche recostada junto a él sin importarle su olor un poco agrio, y al día siguiente no dijo nada, pero comenzó simplemente a cuidar de él veinticuatro horas al día, con la paciencia de alguien que se dedica a raspar con un palillo toda la superficie de la corteza terrestre. La verdad es que no lo hacía por simple bondad y dedicación desinteresada. Había percibido que, si no lo salvaba, moriría también, y así no llegaría nunca a casarse, y ella quería casarse con él y ayudarlo, con su olfato indiscutible de mujer de negocios que se abría camino en el comercio de antigüedades. Todo este plan fue madurado y reflexionado durante los meses que pasaron, hasta que volvió a ser un hombre normal, frágil pero con una cara seria y agradable y relativamente bien constituido.

En el Centro de Salud no podían creerlo. Lo palparon por todos lados y luego lo mandaron con una carta al hospital de la zona, donde su caso debía ser estudiado. La dirección del hospital evacuó un informe de quinientas páginas y le propuso ir a Estados Unidos, a la célebre Clínica Mayo, para que se presentara ante la comunidad médica internacional.

El muchacho —a quien seguimos llamando así a pesar de su edad, porque la enfermedad, en sus bifurcados caminos, había desacelerado el proceso de envejecimiento mental y se descubría ahora que, deteniendo el proceso de envejecimiento mental, era posible frenar el del físico— dejó la decisión al criterio de la novia, abdicando de cualquier tipo de voluntades, como si se entregara a las manos de Dios.

No podía haber hecho mejor elección, pues ella seguía teniendo el don de acertar con la actitud correcta, desde que tomó el destino en sus manos y lo iba forzando a golpes de voluntad, impulsada por la presencia a su lado del hombre amado que había rescatado del otro mundo. En Estados Unidos hicieron una gira triunfal que los llevó de los Apalaches a las playas de California, en una limusina precedida de una guardia de honor de policías en magníficas motos, que ostentaban en los cascos las banderas de los dos países.

Como aprovecharon para casarse en Las Vegas, puede decirse que todo el viaje, excepto cuando tenían que confirmar su presencia en anfiteatros que se llenaban de gente, fue una luna de miel inolvidable. No se piense que volvieron ricos. Como todo lo que necesitaban les venía a parar a las manos, no llegaron a ver un dólar, pero tenían sensibilidad suficiente para sentirse regamente pagados.

Fuera de eso, el contacto con el país de la abundancia y de la libre iniciativa les había dejado huellas profundas o, para no exagerar, unos rasguños que iban a tardar mucho tiempo en desaparecer. La muchacha se dio cuenta de que, si quería conquistar una posición en el mercado de la venta ambulante de antigüedades, tenía que apostar por la diversidad y la originalidad e ir al encuentro de los gustos y aspiraciones del público, buscando a las personas donde se encuentran, lo que suponía una estrategia de multiplicar los puntos de venta y asediar a los clientes en la puerta de sus propias casas. Pero este plan únicamente valía la pena porque tenía al lado a alguien que le gustaba tanto que, siendo iletrada, hasta parecía que conocía a Racine, cuando, en sus locuras amorosas, le decía: «Mátame, para que yo te pueda perdonar» ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

# Los días de la semana

ANTÓNIO DE CASTRO CAEIRO

**Los días de la semana tienen nombre.** Cada día tiene su personalidad. Cada día de la semana lo es en todos los países del mundo. Es así también con el fin de semana. Cada día es diferente y hay tantos días como las personas que los viven. Existen, sin embargo, patrones de identidad. Todos los días de la semana en la vida de alguien pueden ser diferentes. Pueden ser vividos de la misma manera con contenidos diferentes. Pueden tener siempre el mismo contenido, pero ser vividos de diversos modos. Pueden hacerse siempre las mismas cosas. Y, sin embargo, los días pueden ser todos diferentes. Se pueden hacer siempre cosas diferentes y los días parecerían los mismos.

Parece haber una identidad que es referida por el nombre de los siete días de la semana. Un lunes de octubre es diferente de un lunes de agosto. Independientemente del mes, un lunes es siempre un lunes. Y completamente diferente del domingo y del martes. Los días de la semana varían según los meses de los cuales son días. Lo mismo ocurre con los meses del año. Los meses del año varían de año en año.

¿No habrá, sin embargo, una identidad «personal» de cada día de la semana? ¿No parece que cada día específico de la semana regresa todas las semanas de todos los meses, cada año?

Los días son unidades temporales de veinticuatro horas. Una semana, siete días. Un mes, veintiocho, veintinueve, treinta o treinta y un días. Pero hay una enorme diferencia en las horas entre sí. La mañana del lunes, por ejemplo, es diferente de la noche del viernes. Un día pequeño de diciembre es diferente de un gran día de agosto.

Lo mismo pasa con los años. La infancia parece tener un tiempo único que la hace vibrar. Tal vez así sea también la juventud. Pero los años en la vejez se distinguen. Cada año es contado como el último. Cuando el fin se

acerca, se descubre que cada día es un personaje diferente. Es como un huésped que parte al romper la aurora y convive con nosotros en el insomnio de la noche.

Tal vez la vida no sea sino un solo día. De los que desaparecen cuando cumplimos la agenda y regresan, vacíos, en el fondo de la noche. Hay días que son diferentes. Hay días que son iguales a todos los otros.

Existe así una identidad cronológica del tiempo de un día que no corresponde a la cantidad igual de horas.

¿En qué consiste esta diferencia? ¿Cómo pasan los días y sus horas? ¿Cuál es su forma? ¿Cómo es que hay tantos contenidos diferentes como personas en el mundo? ¿Cómo compartimos todos nosotros el mismo día, cuando en un mismo instante podemos estar viviendo contenidos completamente diferentes? ¿Y se hace tiempo cuando un día se junta con otro, para hacer el día a día? ¿No tendrá cada mes sus días y semanas diferentes de los días y semanas de otros meses? ¿No son los lunes del mes de septiembre diferentes de octubre, noviembre y diciembre, etcétera?

¿Por qué tienen el mismo nombre, cuando pasan sólo para volver la semana siguiente? ¿Para dónde va un lunes después de haber pasado, cuando ya es martes? ¿Será el lunes de la primera semana del primer mes del año igual al de la semana pasada del último mes del año? ¿No será verdad, por otro lado, que un mes ya impone el tono al modo como pasan sus días?

¿No es un hecho también que los días de los meses son diferentes mes con mes porque los meses son diferentes año con año? ¿No es verdad que los años son diferentes según las épocas de la vida?

¿Y las épocas de la vida, con sus inicios y finales, no son diferentes de vidas entre vidas?

¿Y si el tiempo de la vida no resultase de juntar un segundo a cada nuevo segundo hasta alcanzar un minuto? ¿Y si el tiempo de la vida entero no resultase de juntar sesenta minutos en una hora, veinticuatro horas en un día, siete días en una semana, cuatro semanas en un mes y doce meses en uno año o todos los años de nuestras vidas en el tiempo de la vida?

¿Y si todo el tiempo de la vida vibrase ya —incluso sin haber agotado o vivido hasta su límite extremo— de modo comprimido y compacto en un segundo? ¿Y si el tiempo todo de la vida estuviera maciza y densamente compactado en el primer segundo de la vida así como en el último?

Todos los momentos en que se recorre el camino se encuentran entre el primer instante y el último. Todos son principio y al mismo tiempo fin. Todos duran, aunque sea un instante. La vida comienza el fin de se-

mana o de las vacaciones, porque la vida comienza en las vísperas de todo. También termina en la víspera. Y vivimos siempre en esa inminencia, en un «todavía no».

Un día es un personaje con una identidad propia. Tiene un alma. Es una manera de ser. Tiene hechizo. Es un modo. Y acontece con una melodía que es sólo suya.

Es como un personaje de nuestras vidas. Crea una ola. Tiene una cadencia propia. Es una atmósfera con varios climas y ambientes. Hay días normales, alegres y tristes. Hay días extraordinarios, horribles. Y hay días felices.

Cada día tiene un espíritu propio. Es una persona. Es como la persona que llega, se queda y se va. Los días en que hacemos siempre las mismas cosas y se viven siempre de la misma manera son como clones de uno solo. Pueden pasar meses. Hasta años. Todos los días de nuestras vidas pueden quedar atenuados. Nos da por acordarnos del invierno en primavera. Y de repente es otra vez Navidad.

Y, con todo, cada día es diferente. Hay diferencia en cómo los atravesamos. O pasamos las horas. O son días perdidos. A pesar de la semejanza entre los días, cada uno es único. Podrían tener un nombre. En lugar de eso están fechados.

La vida tiende, con todo, a crear patrones de identidad. Las fases de los días son vividas de la misma manera, aunque cambiemos los parámetros de normalidad habitual. Los días son también fechados por épocas. Hay tardes de verano de las vacaciones de infancia. Ésas son tardes que nunca más regresarán. Sin embargo «la tarde de verano» en tanto «tarde» es reconocida como un momento de duración del día. Tiene un patrón formalmente idéntico, ya sea de verano o de invierno. Sea una tarde de la infancia o sean las tardes del presente.

Los días son todos diferentes, sin embargo tendemos a interpretarlos según patrones de identidad. La identidad es la del corazón de la vida. Cada vida configura sus días como suyos. Cada persona es la época del tiempo que tiene para vivir. La forma de sus días es, en el límite, irrecuperable para cualquier otra persona. Radicalmente, podríamos percibir que un día en la vida de una persona tiene una cadencia tan marcada como la tiene el concepto «tarde de infancia». La «tarde de infancia» es inequívocamente comprendida por cada uno. No obstante, la «tarde de infancia» de una persona cualquiera es irrecuperable por cualquier otra persona.

Los días de la vida de cada uno son los días de esa vida. Por más o mejor que se consiga acechar dentro de las vidas de los otros, se encuentran sumer-

gidas en una opacidad radical. No se consigue nunca salir de la propia vida, del tiempo que la constituye, del modo en que se vive, para sumergirse enteramente en la vida de cada uno de los otros, incluso de una sola persona.

Los días de la semana tienen nombre. Los nombres no permiten sólo organizar la semana, el mes o el año. Los días son nombrados porque tienen una identidad propia.

¿Quién puede vivir de lunes a viernes? ¿Quién no confundió un día de la semana con otro y dejó de percibir que la personalidad del día termina por imponerse? Todos los lunes en el mundo son idénticos, pero son diferentes de los martes, los miércoles, los jueves, los viernes y, por acuerdo de la mayoría, de sábados y domingos. Ningún día de la semana podría ser cambiado por otro.

Pero el espíritu de los días no es sólo genérico o específico. Cada día es singular, incluso único. Y no lo es por estar registrado con un número del año al que pertenece. Ese método apenas lo individualiza. Cada día es una cierta fecha, aunque indeterminada. Hay días más relevantes que otros y cada vida cuenta siempre con sus días especiales. Son los días a los que nos referimos en singular y que nunca jamás olvidaremos. Aunque no sepamos bien cuál fue su mes o su año, sabemos cuál fue el día.

Hay días llenos de promesa y otros de despedida, días y días y días en los que no sucede nada. Hay días de encuentros. Hay también días en que nos desencontramos para siempre de los otros y de nosotros mismos. Hay días en que somos diferentes; tan diferentes como si la vida nos hubiera alienado y no supiéramos a cuánto andábamos.

La consistencia de un día es su espíritu. El espíritu no es sus estados o sus momentos. Quiero decir, no es el contenido específico que vivimos en cada día. Es el espíritu del día el que trae la presencia de los acontecimientos y también se los lleva. Aunque confundamos el día con sus historias, sus personas y sus acontecimientos, el día es completamente diferente de lo que se da en cuanto es día. Hay días extraños sin que sepamos bien por qué o sin que conozcamos la razón para que lo hayan sido. Hay días inolvidables y días para olvidar. Los días de la primera vez de todas las veces y también los del principio del fin.

¿Qué dice el espíritu del día? ¿Cómo podemos auscultarlo? ¿Con cuál sensor es posible captarlo? La abrumadora mayoría de las veces no conseguimos detectarlo. Es necesario que un día gane cuerpo para percibirlo tal como se insinuó en el mundo, vino hasta nosotros y se quedó para siempre.



Hay una disponibilidad natural, nuestra, humana, para elegir lo «insólito» como objeto de atención. La palabra tiene un matiz negativo, aunque el sentido etimológico sólo diga «lo que no es habitual o de costumbre». Se refiere así al carácter distintivo de un acontecimiento dado que causa, como mínimo, perplejidad.

La extrañeza de lo insólito rompe la cadena habitual y normal de la repetición de los días que atravesamos. En la secuencia cotidiana del tiempo y en la organización de los días hay una distribución de las horas que los dividen en veinticuatro, de los días de la semana en siete, de los meses del año en doce, de los años de vida. Y es esta aparente domesticación del tiempo que lo insólito revienta. Le damos toda nuestra atención. Son las historias extrañas que les suceden a los demás o las historias que nos suceden a nosotros y nos dejan perplejos, siendo otros, modificados.

Pero hay otra dimensión que está presente en lo insólito, en lo que no sucede siempre y sale de lo habitual y de la normalidad. Lo que rompe la cadena repetitiva de la distribución cuantitativa del tiempo puede tener un carácter absolutamente extraordinario, excepcional. Es lo que sale de la normalidad y de lo habitual. No importa ahora si le prestamos atención o no, si estamos distraídos o no en nuestras vidas. No importa incluso si buscamos lo extraordinario y lo excepcional, como si fuera el carburador, lo absolutamente nuevo, lo que suscita curiosidad, lo que atrae.

Los días diferentes lo alteran todo por su carácter extraordinario. Se dan, nos ocurren, vienen a nuestro encuentro, nos tocan y configuran. Hay una generosidad en ese acontecer de los momentos y de los días diferentes. Parecen regalos o promesas. Nos son dados, no sé para qué o por quién, ni de dónde provienen o cómo llegaron residualmente a nuestras

*Los días diferentes lo alteran todo  
.....  
por su carácter extraordinario. Se dan,  
.....  
nos ocurren, vienen a nuestro encuentro,  
.....  
nos tocan y configuran. Hay una generosidad  
.....  
en ese acontecer de los momentos  
.....  
y de los días diferentes.  
.....*

vidas. Ni para dónde van. Podríamos preguntar cómo fue que nos volvieron diferentes, otros, extraños incluso para nosotros mismos.

Hay días que en su extrañeza nos han alterado convulsivamente para siempre jamás. Llegamos a ser lo que no éramos. Somos más nosotros mismos después de haber vivido lo acontecido. Si esos momentos de tiempo no nos sucedieran, no seríamos nosotros. Ellos trabajan intrínsecamente la esencia del encantamiento orientado por y para nosotros.

Podemos pensar en diversos momentos que nos han trastornado pero que nos han hecho lo que somos, aunque nos volvieran diferentes: «el primer día de escuela», «el primer buceo atlántico en las vacaciones de verano», «el primer encuentro con alguien», «el primer encantamiento», «la luz del sol de la primavera de la infancia», cada uno podrá poner entre comillas lo que encuentre, o mejor dicho, los momentos en que se convirtió en sí mismo.

Vivimos contemporáneamente indisponibles para estos encuentros. Que sí ocurren y suceden. Y pasamos por el costado. Dividimos el tiempo en horas útiles e inútiles, independientemente de si el valor de la utilidad se interpreta como bueno o malo. Tenemos la idea de que controlamos el tiempo con agendas y con horarios, con planes a largo, mediano o corto plazo. Las vacaciones, los fines de semana y los feriados, las horas extras que equilibran las horas regulares, de lunes a viernes e incluso los fines de semana y hasta el verano. Difícilmente estamos solos, tenemos siempre que estar ocupados, tenemos que emplearnos en el tiempo.

Para construir sentido necesitamos llenar todas las horas, para poder atravesar el día a pie, dormimos deprisa para repetir otro día, que será atravesado al hacer hincapié en cada hora, siendo ésta como una piedra para atravesar el día de una orilla hacia la otra. Tenemos tanto cuidado en la manera en que colocamos el pie que no miramos el río. Sólo tenemos miedo de caer. Ni siquiera se nos cruza por la cabeza sumergirnos e ir a nado. No.

Tenemos que tener las horas ocupadas para no estar a solas con el silencio de nuestras vidas, para sondear todavía: «la primera vez de todas las primeras veces», «el primer encuentro con los seres sagrados de nuestras vidas», de quienes se dice que son nombrados como los santos «madre», «padre», «hermano», «tía», «abuelo», «abuela», «amigo», «amiga», «novia».

Los demás encuentros que nos suceden pueden ser insólitos, siniestros, extraños, inhóspitos. Pero cuando se da un encuentro es como si fuera la gran oportunidad de la vida. No son sólo los nombres de los santos de nuestras vidas, de aquellos a los que nos consagramos y por

quienes nos sacrificaríamos, a quienes nos entregamos y dedicamos lo mejor que podemos. Si es así, hacemos apenas lo mínimo por ellos y a veces ni siquiera eso.

Pero esos otros que encontramos y vamos encontrando abren oportunidades, nos llevan a paisajes y a dimensiones adonde no iríamos solos, porque todos los paisajes que los otros nos dan a ver son sus propias existencias. Pueden ser nuestros maestros, puede uno de esos otros, extraño voluntarioso, pronunciar una frase para aclarar lo que se necesite.

Son ciertamente aquellos que llamamos «los nuestros», a quienes nos ligan lazos estrechísimos, tan estrechos que es como si corriese en nuestras venas la misma sangre y respirásemos un mismo espíritu. Como si no pudiésemos decir «yo» sin implicarnos mutuamente. Si desaparecieran o nunca hubieran aparecido, los mapas de nuestras vidas quedarían irreconocibles. No seríamos los mismos.

La erosión del tiempo parece nivelar todo por la acción de su paso inexorable. Las primaveras ya no traen el sol que inundaba el pasillo de la casa de mi infancia, ahora son estaciones del año que llegan después del invierno y parten antes del verano. El primer chapuzón del verano ya no es como antes, cuando la playa de la infancia no estaba a la distancia de Lisboa pero existía entre el último día de octubre y el primer día de julio. Ya no encontramos en la mirada del otro a quien no veíamos desde la eternidad. Ya no miramos y ya no nos miran. Y a veces eso tampoco importa.

Sin embargo, lo extraordinario es ahora, puesto que cada instante es único. Se da, viene y va y no regresa. Empero, este momento extraordinario es la primera vez de todo en la vida. Puede ser el rasgar total de la vida en la eternidad a escala mundial.

El lapso de tiempo que es nuestra vida está configurado por un sentido de totalidad inabarcable e intangible. Es muy difícil darse cuenta de que esta vida, la nuestra, la mía, la tuya, la suya es extraordinaria. ¡El estar aquí como quien no quiere la cosa! Y que estén, en la travesía de las horas, algunas vidas al lado de otras.

Cada persona lo es a escala mundial y su tiempo es sin duda finito, pero su lance es el de la eternidad. La incisión del mundo de nuestras vidas, de las generaciones de generaciones de vidas de personas y de familias, proviene de un acontecimiento que nos hace encontrarnos en este mundo con los otros ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RAFAEL TORIZ

## Dos fábulas ufológicas

PEDRO BARBOSA

### UNA TORTUGA EN EL ACUARIO

*¿Cuál es el sonido de una sola mano al aplaudir?*

ENIGMA ZEN

**OBSÉRVESE UNA TORTUGA** dentro de un acuario en un zoológico cualquiera. Nosotros sabemos que está en cautiverio, pero posee su pequeño libre albedrío. El sentido de la vida le está oculto por la pared de vidrio transparente que la rodea. Puede moverse a la derecha o hacia la izquierda, puede subir a la superficie para respirar, puede sumergirse, esconderse debajo de una piedra en el fondo o apoyarse en una rama corta de árbol. Está libre y aprisionada al mismo tiempo. No puede salir del acuario y el sentido de la vida se le escapa. Ése es todo el pequeño mundo ahí, dentro de nuestro mundo humano que la incluye para observarla. Mundo dentro de mundos: juego fractal de cajas chinas.

El sentido de la vida escapa a aquella tortuga, pero cualquier visitante humano del zoológico sabe la razón de que ella esté ahí en cautiverio: para divertir a los humanos y mostrar a los niños la diversidad biológica. Si aquella tortuguita hubiera nacido ahí y ahí hubiera sido siempre criada, no conocería otros modos de existencia ni tendría nostalgia de ninguna isla perdida con su selva. Ella se conforma con aquél, su único y estrecho mundo. No sabe por qué está ahí.

Está ahí simplemente, aburrída, repitiendo siempre los mismos gestos, sumergiéndose y subiendo a la superficie, escondiéndose debajo de una piedra o trepando a una rama. El teorema de Goedel se aplica aquí también: sólo podemos tener conciencia del sistema de mundo en que nos

movemos a partir del momento en que conocemos otro sistema de mundo externo que le dé consistencia. Aquel pequeño cautiverio es para la tortuguita al mismo tiempo un mundo limitado e infinito. Tal como en nuestro mundo humano: donde los filósofos intentan filosofar sobre la casualidad, el determinismo y la libertad. Todo el pensamiento escatológico del filósofo metafísico no va más allá de la nariz de la tortuga al embestir los vidrios que la limitan pero que no ve. Probablemente ni percibirá que otros seres más grandes la observan y se divierten con ella.

La tortuguita no comprende el sentido de su vida ni su destino. Pero nosotros, humanos, que la pusimos ahí, que la alimentamos y cuidamos de renovar su agua, nosotros sabemos el porqué de que ella esté ahí, el sentido de su limitada existencia. El límite de la invisible pared de vidrio para aquella tortuga es el mismo velo que nos cerca y cierra con misterio el enigmático mundo humano, siempre sin respuesta.

Al juzgarnos libres y filósofos y sabios, ¿no será que toda nuestra cosmología se reduce también a un pequeño cautiverio dentro de un zoológico más grande al que llamamos planeta Tierra? ¿Planeta en el cual somos observados por seres extradimensionales dotados de una estructura cognitiva superior? ¿Será ése nuestro destino? ¿Nuestra metafísica? ¿Será para ellos y en función de ellos que existimos?

¿Nuestros *watchers*, nuestros *keepers*, nuestros guardianes, nuestros dioses?

## LA VACA FILOSÓFICA

(Meditaciones de una vaca existencialista sobre sus «criadores»)

VAMOS A IMAGINAR la siguiente situación. En un establo existía una vaca que disfrutaba de filosofar: ser una vaca filosófica no es una característica tan verosímil entre herbívoros ruminantes, pero la vida de encierro contemplativo a la que el destino consagró a esta vaca la hizo una vaca filósofa. Mejor: una vaca existencialista. Y hablo aquí de «destino» (no de «condición existencial», como ciertamente preferiría un Sartre), pues este personaje nuestro tenía desde luego el destino trazado por los humanos al nacer. Humanos que, en un plano trascendente a ella, la determinaron para toda la vida: dicha vaca fue «destinada» a vivir en un establo, a dar leche, a ser inseminada artificialmente, a parir terneros y terminar sus días con un carnicero a fin de dejarnos su carne.

Pues bien, esta vaca filosófica, de tanto rumiar dudas sobre su condición bovina y el sentido de su existencia, se convirtió en una vaca existencialista. Una vaca sartreana. Ella se interrogaba sobre el «absurdo» de su vida y de sus semejantes. Y se preguntaba, mientras masticaba la ración de paja siempre igual en el oscuro establo donde vivía: «¿Para que existimos? ¿Por qué esta vida aquí encerrada en esta celda sin casi poder moverme? ¿Qué crimen expió para merecer una vida así? De tiempo en tiempo llegan no sé de dónde unos seres alienígenas pequeñitos, que se llaman seres humanos, me ponen inyecciones, me inyectan en la vagina no sé bien qué para embarazarme, y yo, que siempre fui virgen y nunca conocí el placer del aroma de un toro fogoso sobre mis flancos en época de celo, doy a luz terneros temblando de miedo, pues me son robados después para cumplir un destino de cautiverio igual al mío, generación tras generación... ¿Qué mal hicimos nosotros al mundo para merecernos una vida así?».

Como se comienza a percibir, esta vaca especialísima no era únicamente una vaca filósofa: era también una vaca teóloga y una vaca ufológica. Estaba cercana al concepto bíblico de «pecado original», y podría haberse convertido en una vaca espiritual o hasta budista, debatiendo cuestiones de karma. Pero optó por la ufología. Y presentía la existencia de un universo paralelo al suyo donde seres extraños parecían habitar una civilización a la cual nombraban como civilización humana y que, mediante incomprensibles apariciones y manipulaciones genéticas, parecía ser una civilización alienígena de seres inteligentes que controlaban el destino de ella y el destino de toda su raza. ¿De dónde venían ellos? ¿Cómo aparecían y desaparecían? ¿Qué pretendían ellos de la miserable especie bovina?

Éstas eran sus reflexiones sin conseguir llegar a ninguna conclusión que tuviera sentido.

A veces dudaba: «¿Serán estos *aliens* humanos nuestros dioses? ¿Ángeles o demonios? Hay días en que parecen crueles, me someten a experiencias clínicas sin la menor piedad, otras veces vienen a traerme alimento y me sacan de las tetas hinchadas el exceso de leche que se llevan para no sé dónde ni para qué. Verdaderamente no puedo afirmar que me quieran mal, cuidan de mí y me curan hasta cuando enfermo, uno de ellos hasta me palmea el lomo cuando parte con el balde lleno de leche, aunque presiento que son ellos los que nos mantienen aquí de rehenes no sé por qué, ni con qué fin. Luego desaparecen en el Más Allá y sólo reaparecen al día siguiente... El gran enigma metafísico es: ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Para qué existimos? ¿Cuál es el sentido de una vida de esclavitud tan sufrida como la nuestra?».

En momentos más lúgubres, este personaje se interrogaba sobre el enigma de su muerte. Y se conformaba diciendo: «¿Cómo acceder a lo que está más allá de nuestro alcance? El más allá pertenece a Dios», evocaba, «y no nos es dado el privilegio de conocer los designios trascendentes de nuestros creadores».

Éste era el punto de vista de nuestra hipotética vaca teóloga. No obstante, nótese el curioso término que ella usó: el «Más Allá». A nosotros, seres humanos más evolucionados, nos parece bizarra esta cuestión, pues tal idea se vuelve obvia en el plano cognitivo superior en que nos encontramos frente a ella —y, sin embargo, no habitamos ningún «más allá», estamos situados en el mismo universo que ella, tan sólo en un plano evolutivo superior.

Por no conseguir descubrir un sentido para su existencia bovina, nuestro personaje sólo podía adoptar la idea del absurdo de la existencia, siendo agnóstica como era, o entonces delegar ese sentido en seres trascendentes a quienes algunas de sus congéneres llamaban «dioses».

Pero cambiemos de perspectiva, subamos un poco en la escala evolutiva de la conciencia, y coloquémonos en un punto de vista de los seres creadores y cuidadores —el punto de vista humano. La ironía de esta situación está en que nosotros, seres humanos, nos encontramos precisamente en la posición trascendente de gestores del destino de sus vidas.

En el ámbito de este plano humano (que es trascendente en relación al plano biológico-existencial de todo ganado bovino), es obvio que la existencia de esta especie animal no está desprovista de sentido. Al contrario, tiene incluso todo el sentido para nosotros. Dependemos hace mucho de ella para nuestra sobrevivencia, sea en el trabajo, la alimentación o el vestuario. ¿Pero qué sucedería si esta vaca y todos los de su especie pudieran saber la verdad última que les está escondida? ¿Sobre todo, si llegaran a saber el destino que les está reservado, en nuestro plato, luego de su muerte? ¡Sería la revuelta metafísica de todos los rebaños de este planeta!

¿Será por eso que el misterio de la muerte debe permanecer como un misterio para todos los seres, hasta para nosotros, seres humanos? «¡Muuuuuuuuuu!», mugía ella.

En momentos menos abstractos, esta vaca lechera reconocía hasta a aquel *alien* a quien llamaba su «cuidador», pero había también otro alienígena humano de bata plástica a quien llamaban «veterinario», y muchos vigilantes o cuidadores (o *keepers*, o *watchers*, como decían las vacas ufológicas americanas). Eran seres que sabían todo acerca de su vida, nacimiento, muerte y estado de salud. Sí, ellos eran conocedores, no sólo de

todo su pasado sino también de su futuro: esos humanos extraños, que sabían todo sobre los de su especie, ¿qué podían ser, si no sus divinidades? ¿Los amos de su karma? Ellos dirigían su destino y eran dueños hasta de su muerte...

¡Todo porque el hombre estaba en un plano «meta» en relación con esta vaca!

Cambiamos ahora de perspectiva y de plano cognitivo. Si adoptamos el punto de vista humano, todas las inquietudes metafísicas de esta vaca interrogante tienen respuesta. ¿Por qué? Únicamente porque el ser humano, aun viviendo en el mismo universo, posee un grado de evolución superior. De cierto modo no sólo decidimos cuál es el sentido de la vida de este animal: dirigimos, asimismo, su muerte y la de los suyos. La vida, que para ella no tiene ningún sentido, tiene sentido para nosotros, humanos: ella existe para nosotros. Cuidamos de ella en nuestro beneficio, somos buenos y malos para ella, pues los valores éticos y la finalidad existencial de la vida de los de su especie no tienen sentido en función de ellos mismos y sí en función de nosotros mismos, sus criadores y sus «ordenadores».

Se percibe ahora la razón de mi comparación: «¡Nosotros, los seres humanos, siempre vivimos en una situación similar a la de esta vaca filosófica!».

Sin ser capaces de anclar nuestras dudas existenciales en un Más Allá al que por definición no accedemos, atribuimos desde hace milenios a otros seres que nos trascienden —llámense dioses, demonios o extraterrestres— la incognoscible explicación de nuestra creación, de nuestro destino y de la finalidad de nuestra existencia en este absurdo plano aquí.

Subamos entonces una octava en la escala animal evolutiva. ¿Cuál es el sentido de la especie humana? ¿Algo tan absurdo para nosotros como el destino de la vida de esta vaca lechera? ¿Será que, sin que sepamos, hay en la Naturaleza otros seres que nos observan, nos crían y nos usan, habilitando el lugar de nuestra trascendencia incognoscible?

Que vengan los teólogos a contarnos de dioses creadores, o que vengan los ufólogos a hablarnos de enigmáticos ubicuos seres alienígenas, va a dar igual. Son seres que parecen saber y poder todo sobre nuestra existencia, vigilando y cuidando el planeta que habitamos; seres que, según consta, raptan incluso a algunos humanos y les hacen experimentos genéticos (los ufólogos lo llaman «abducciones»). Son seres que aparecen furtivamente y luego desaparecen sin nunca darse a conocer... ¿No habrá aquí una convergencia alarmante que nos obliga a reflejar? ¿Qué interés pue-

den tener ellos en nosotros, sean dioses o *aliens*? ¿Qué misterio se esconde luego de nuestra muerte? ¿O antes de nuestro nacimiento?

¿Lo sabremos antes o después de traspuesta la frontera?

Nada más diré por ahora. Más tarde se contará la parábola del «Oso hormiguero al costado de la carretera», algo que pasa por encima de la unicidad del MULTIVERSO: esa inmensa cebolla cósmica donde son centrifugados los innumerables universos paralelos... ●

P B

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



## Luís Filipe SARMIENTO

### I.

De la metafórica madre a la obra magna: piensa la materia oscura y, revelándose, la ignición le es noticia y refleja. Éste es el principio: intuí. No hay redondez en el caos y si hay es un azar de la fricción: imperfectas esferas a la deriva en la alegoría de la sangre primitiva. La realidad del fenómeno, la transparencia en sí, la primera letra, la sensación histórica de la vena, el plasma a la mirada abismada del primer observador, anónimo, de misterios. Mutila la geografía del pensamiento, el pretexto, y valora la sustancia, cuestionándose. La expresión de los desiertos opacos como exclamación de la duda entre puntos que brillan más que desconocen.

Se eleva y se esquivo al conflicto de los duendes que se

[antagonizan;

las formas que pre-existen le darán seguramente recursos.

---

### I.

Da metafórica mãe à obra magna: pensa a matéria oscura / e, revelando-se, a ignição é-lhe notícia e reflecte. Este é o princípio: / intui. Não há redondez no caos e se há é um acaso da fricção: / imperfeitas esferas à deriva na alegoria do sangue primevo. / A realidade do fenómeno, a transparência em si, a primeira letra, / a sensação histórica da veia, o plasma ao olhar abismado / do primeiro observador, anónimo, de mistérios. Mutila a geografia / do pensamento, o pretexto, e avalia a substância, questionando-se. / A expressão dos desertos opacos como exclamação da dúvida / entre

Piensa: hay un método que es y no es; el mecanismo imperfecto del conocimiento y la mecánica de la contradicción. Se interroga. El que existe en sí es una representación y de sí la experiencia. Inscribió creencias, dudó de su estructura, analizó fenómenos. Verifica que los sistemas interactúen, destruyéndose; observa, descarta lo que está sin fundamentos, y busca un menú que sea la colección pura de la obra que nos constituye el [pensamiento.

Lo que se sigue es la arquitectura de las ideas.  
El registro de lo obsoleto.

## 2.

No resuelve el paisaje con la mirada: es demasiada matemática colorida. Cuestiona la naturaleza, se sienta y observa la ciencia. Le conoce las ecuaciones, los proyectos, algunas ideas. Desconoce las respuestas y espera, mirándola. Se siente un espía contra dios a simple vista, espía la organización natural, forzándola a la exhibición de las soluciones. Las primeras gotas de néctar le bajan del cerebro a la garganta y asocia a cada respuesta un elixir. La observación de la ciencia le dibuja en el paladar un poliedro de sabores. La exuberancia de la geometría del gusto va brillando tímidamente como una constelación lejana en su universo cerebral. Las nubes lo incitan y reconoce en sus formas efímeras a Arquímedes que, en la disipación de las gotas, le sonrío.

pontos que brilham mas que se desconhecem. / Eleva-se e esquiva-se ao conflito dos duendes que se antagonizam; / as formas que preexistem dar-lhe-ão seguramente recursos. / Pensa: há um método que é e não é; o mecanismo imperfeito / do conhecimento e a mecânica da contradição. Interroga-se. / O que há em si é uma representação e de si a experiência. / Inscreveu crenças, duvidou da sua estrutura, analisou fenómenos. / Verifica que os sistemas interagem, destruindo-se; / observa, descarta o que é infundamentado, e busca um cardápio / que seja a colecção pura da obra que nos constitui o pensamento. / O que se segue é a arquitectura das ideias. / O registo do obsoleto.

## 3.

La idea es una experiencia de placer, no un dogma divino, un giro en la tristeza, en el agotamiento: el colapso de la renuncia. Su estructura está edificada a partir de la razón de sí, se explicita en la exuberancia del objeto que estimula los sentidos. El deleite de quien observa es la voluptuosidad de quien crea, la impresión del observador acoge al objeto que se transmuta. Produce fenómenos, múltiples sensaciones, lecturas y perspectivas de lo que en sí se dio a la elaboración del exterior. Entendimiento y sensibilidad confraternizan en el deleite de la observación que a la observación del creador le produce una nueva experiencia, estimulándolo en la creación de experiencias de goces. El espacio geométrico se espiritualiza con la aritmética del tiempo, se mitifica y lo que encierra se oculta en la metáfora. Lo que se deduce puede no ser lo que en el origen es.

## 2.

Não resolve a paisagem com o olhar: é muita matemática / colorida. Questiona a natureza, senta-se e observa a ciência. / Conhece-lhe as equações, os projectos, algumas ideias. / Desconhece as respostas e espera, olhando-a. / Sente-se um espião contra deus a olho nu, espia a organização / natural, forçando-a à exibição das soluções. / As primeiras gotas de néctar descem-lhe do cérebro à garganta / e associa a cada resposta um elixir. A observação da ciência / desenha-lhe no palato um poliedro de sabores. / A exuberância da geometria do gosto vai brilhando timidamente / como um constelação longínqua no seu universo cerebral. / As nuvens instigam-no e reconhece nas suas formas efémeras / Arquimedes que, na dissipação das gotas, lhe sorri.

## 3.

A ideia é uma experiência de prazer, não um dogma divino, / uma viragem na tristeza, na exaustão: o colapso da desistência. / A sua estrutura é edificada a partir da razão de si, explicita-se / na exuberância do objecto que estimula os sentidos. / O deleite de quem observa é a volúpia de quem cria, / a impressão do observador ac-

4.

Se entiende como anticipación de una experiencia en sí: resguarda el paso, efectúa el gesto, la sensibilidad, lo exponen al pensamiento, alimenta el ensayo posible. La sonrisa desgarrada la oscuridad, ilumina la ciencia que expande el deseo previsto.

En su intimidad se reserva la razón pura: el entendimiento que lo hace suceder, abriendo entrañas hasta el núcleo donde fragmentos se disipan en la unidad.

Cofre de ideas posibles, la combustión de su motor pone en marcha el trazo en el espacio y en el tiempo, proyectándolo. La idea de sí y del mundo es la creencia que lo transfigura en cada paso, se trasciende cuando entiende el cosmos en sí.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

olhe o objecto que se transmuda. / Produz fenómenos, múltiplas sensações, leituras e perspectivas / do que em si se deu à elaboração do exterior. / Entendimento e sensibilidade confraternizam / no deleite da observação que à observação do criador / lhe produz uma nova experiência, estimulando-o / na criação de experiências de prazeres. / O espaço geométrico espiritualiza-se com a aritmética do tempo, / mitifica-se e o que encerra oculta-se na metáfora. / O que transparece pode não ser o que na origem é.

4.

Entende-se como antecipação de uma experiência em si: / resguarda o passo, efectua o gesto, a sensibilidade expõem-no / ao pensamento, alimenta o ensaio possível. O sorriso dilacera / a obscuridade, ilumina a ciência que expande o desejo previsto. / Na sua intimidade reserva-se a razão pura: o entendimento / que o faz acontecer, desbravando entranhas até ao núcleo / onde fragmentos se dissipam na unidade. / Cofre de ideias possíveis, a combustão do seu motor / põe em marcha o traço no espaço e no tempo, projectando-o. / A ideia de si e do mundo é a crença que o transfigura / em cada passo, transcende-se quando entende o cosmos em si.

## Magdalena de Lisboa [fragmento]

ANDRÉA ZAMORANO

*Los hijos heredan las locuras de sus padres.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Cien años de soledad*

### EL CABLE

I

MI CABEZA DESPROPORCIONADA no pasaba entre la vagina estrecha de la noche, anticipando el rechazo del resto de mi cuerpo para mostrarse al día. Sólo quería quedarme con mi madre. La placenta se soltó cayendo al fondo del útero, sabía irremediablemente la separación que se aproximaba. La tempestad que se abatía sobre Lisboa en los últimos minutos en que estuve adentro de su barriga marcaría inequívocamente mi destino. Llovía tanto afuera. Las gotas carnudas de una lluvia fría se disparaban del cielo en una histeria suicida, se estrellaban contra los vidrios del hospital Alfredo da Costa. El viento devoraba el tejado, sorbiendo las tejas de un trago y dejando expuesta parte de la carcasa de barrotos. La noche contraía su pelvis, se derramaba el líquido de la bolsa. Las láminas de zinc, tablones de las calzadas de obras en la esquina de Pinheiro Chagas, se soltaron y volaron libres, golpeando cables, amputando árboles y destruyendo carros. La electricidad desapareció por segundos, se escucharon las explosiones de los generadores, el zumbido de los motores; enseguida, la luz volvió a la sala de partos. Sentía la falta de oxígeno en mis pulmones aún cerrados. Trataba de compensar haciendo latir mi minúsculo corazón con más fuerza, más velocidad, acelerando los intercambios metabólicos, contracciones y di-

lataciones en lugares diferentes de mi corpúsculo ya deforme, me iba sofocando silenciosa en la sangre oscura que chorreaba de las entrañas ennegrecidas:

Los fierros. Tengo que sacarla empujando. Dar a luz.

Si hubiera sabido gritar como la partera al pedir los fórceps, o agarrarme a las paredes, lo habría hecho. No sabía. Me apretó la cabeza con tanta fuerza que amasó mi cráneo, se volvió un hueso de mango. Nacía renga y extraña como la noche del diluvio que casi consigue invadir el hospital.

## 2

**LA TEMPESTAD PARÓ.** El aire propagaba mi llanto avergonzado y triste, impregnado de una plañidera funesta. Todos lo escucharon, pero la angustia no era suficiente para impulsarlos. En los rincones del bloque quirúrgico desearon desgraciadamente la sordera, corrieron las cortinas y apagaron las luces. El sollozo de las lágrimas atravesaba las paredes escondiéndose por debajo de los cobertores gruesos que tapaban las cabezas de otras mujeres que ya habían parido, plantando en sus almohadas la imagen de la bebé que lloraba desnuda y sola.

La noche se llenó de una infelicidad sofocante que impedía el sueño. El miedo era claramente audible en los silencios. Era necesario no temer la Fortuna. Entonces vivir era necesariamente sufrir.

## 3

**SE HIZO DE DÍA.** Todo el hospital se enteró de lo sucedido. Antes de llevarse el cadáver de mi madre, hablaron largo rato las auxiliares de enfermería con el personal de limpieza acerca de la tempestad y la niña que había nacido, una pobre desgraciada. Si aún existiera la rueda de los expósitos, tengo la certeza de que habría sido abandonada allí. Fui llevada por una asistente social para una Santa Casa de la Misericordia.

## 4

**EN AQUEL PUNTO** no era capaz de percibir que todo en mi vida tendría un ritmo lento. Me tomó once meses dejar de arrastrarme por el suelo frío de loza de la sala de la guardería y aprender a gatear como los otros bebés. Fue con espanto que un día, casi dos años después de haber llegado, conseguí equilibrarme de pie, arrancando pequeños pasos tambaleantes a mis piernitas cortas y a mi pie chueco y deforme.

Las auxiliares de la Santa Casa, encargadas de cuidar a los hijos rechazados, perforaban mi cuerpo con ojos de enfado. Deseaban que la creatura extraña desapareciera de ahí. Por eso siempre me arreglaban lo mejor posible cuando sabían que pasaría una asistente social por las salas en busca de una niña que cumpliera los requisitos para entregarla a una familia adoptiva. Alimentaban en mí la cruel esperanza de que un milagro pudiera ocurrir.

Creo con sinceridad que fue gracias a esos clamores que conseguí alguna benevolencia de la Fortuna. No es que la Fortuna se apiade de los lamentos de ayudantes de educadoras en una Santa Casa, pero el hecho es que un día esa misma Fortuna apareció sonriendo tímidamente. Una sonrisa falsa y breve sin ganas de mostrar los dientes. Como si anduviera ahí haciendo un favor al que no se sentía verdaderamente obligada.

Fue en ese día que un tío abuelo me encontró. Nadie supo nunca cómo lo hizo, tan sólo apareció por allá con unos papeles que sacó de una carpeta de plástico con elásticos en los extremos, los mostró a los responsables y quiso quedarse con la niña, para alegría de las ayudantes. Así, luego de tres años de aquella infancia precozmente siniestra, me fui a vivir con el único familiar que conocería en el barrio 5 de Julio, lugar que me adoptó junto con mi pariente.

## 5

**LOLOCA ERA UN HOMBRE** de estatura mediana, muy flaco, esculpido a navaja. Quién sabe si no fuese él mismo una navaja delgada, sin filo, aparentemente sin utilidad; o, tal vez, todo lo contrario: dependiendo del caso, quizá era letal.

Los más viejos del barrio le llamaban Don Loloca. Tenía una gran cabellera, crespada, en armonía con su bigote, estaba siempre bien arreglado, uniforme, sin botas rebeldes. El cuerpo enclenque se curvaba una nada al frente. A pesar de su aspecto imaculado, mi tío abuelo no era vanidoso. Los hombres serios se quieren así. Listo para intervenir de manera precisa cuando hacía falta, su voz casi nunca se escuchaba. No le gustaba desperdiciar palabras. Me habituó desde pequeña al silencio. Aprendí a no malgastarlas.

Al principio, vivimos en una barraca de madera sin luz ni drenaje. Afuera, cuatro cubetas vacías de veinte litros de pintura fueron convertidas en macetas. Don Loloca las mantuvo llenas de plantas útiles: ro-



mero, anís, ruda y lavanda. La barraca quedaba en un terreno que mi tío consiguió en un intercambio con su patrón. Un migrante de Moimenta da Beira que en la década de los setenta tomó lo poco que tenía y se vino con la familia a la capital, huyendo del desempleo que asolaba el interior empujando a los portugueses otra vez a la migración. Fue la época del éxodo rural, como descubrí en los libros de geografía de la secundaria. El hombre de la Beira se instaló con la familia en uno de los muchos terrenos agrícolas desocupados en Amadora, tomando posesión del mismo y demarcando otros lotes con estacas en el suelo y cercas con púas.

A la década siguiente, ya se había convertido en un subcontratista en las grandes obras que definirían el país en los gobiernos de Cavaco Silva. Se abrían carreteras que conducían de una punta a otra de la nación, surgían almacenes, infraestructuras nacían en todas partes. Era todo imprescindible y para ayer en el nuevo Portugal, inclusive el fin de la agricultura y de la pesca, resquicios infames de un país del pasado. Nos convertimos en un país del futuro, moderno, urbano y, por fin, europeo.

Mi tío abuelo, albañil en ese momento, recibió, como parte del pago por sus servicios prestados en la construcción del Centro Comercial Colombo, uno de los terrenos que el patrón se había apropiado años antes. No fue el único, otros trabajadores hicieron horas extras para conseguir su pedazo de tierra. El pago, hecho con sudor y callos, tenía como contraparte un apretón de manos. «Los papeles son cosa del pasado, Portugal se dejó de burocracias», afirmaba el patrón cuando llenaba a los empleados de esperanza en una vida mejor. También ellos triunfarían, creyeron. Era el inicio del barrio que los migrantes, en su mayoría caboverdiana, decidieron revolucionariamente llamar 5 de Julio. Cuando llegué aquí, otros niños ya eran hijos de ese lugar.

## 6

**PERVERSAMENTE POBRES** pero honradamente limpios, barríamos el suelo de las barracas todos los días dos veces, por la mañana y por la tarde. La manía de la limpieza mi tío abuelo la adquirió en la Isla de Santiago, de un médico higiénico brasileño. Loloca era joven cuando andaba por las aldeas en la sierra para mostrarle los caminos al médico, ayudándole a cargar su ciencia. Fue en ese momento que aprendió que las dolencias de un cuerpo sano son más fáciles de tratar.

El hábito de la isla se propagó por los lares del barrio de los alrededores de la capital. Desde muy joven, también aprendí la limpieza de la casa como todos los que aquí vivían. Eran muchos, somos aún más. De vez en cuando cortaba unos ramos de lavanda, los ataba con una cinta de seda apretada y los guardaba entre las pocas toallas del armario. Servía para evitar polillas y perfumarlas. Cuidaba incluso de retirar todo el polvo de los libros para que los muertos no ganaran miasmas.

A la tarde, después de barrer, pensaba en casi todo lo que creía digno. Al mismo tiempo, disolvía cualquier utilidad en ese acto. Mis pensamientos eran tan frágiles que no podía pensar en ellos con mucha intensidad, tenía miedo de que se quebraran. Usaba una técnica para poder pensar con alguna libertad después de las tareas, sólo cavilaba en los pensamientos que ya habían sido cocinados cuando oscurecía. En caso contrario, todo debía ser muy rápido. A veces me debatía cuando pensamientos no planeados invadían mi cabeza sin aviso. Adoraba disfrutar de ellos cuando la realidad enmudecía, ahí me permitía pensar profundo. Sólo lo hacía antes de adormecerme, en la cama. La oscuridad fortalece los pensamientos. Posiblemente porque estamos acostados, quietos, tengan ellos más tiempo para crecer en nuestra cabeza, volviéndose más resistentes, aptos para el uso diurno.

Otras veces, Don Loloca y yo tan sólo nos sentábamos, lado a lado, en el escalón de la puerta de la casa; mi tío sacaba un cuchillo pequeño pero bien afilado y pelaba una naranja en una espiral perfecta que nunca debía romperse. Después sangraba la naranja hasta que los gajos salían primorosos. Lo observaba callada, con una sonrisa avergonzada, agradeciendo el gesto con la cabeza. Mordía la fruta despacio.

De niña, sin dejar que la Fortuna se diera cuenta, aprovechaba para tirar las cáscaras intactas de la naranja al aire, esperando que al caer en el suelo de tierra formaran la primera letra del nombre de mi futuro amor. En secreto, tomaba nota de la letra en un cuaderno azul, pues un día la certeza aritmética de la repetición confirmaría mi destino sin que la Fortuna supiera.

Al final de aquella tarde, dos funcionarias del ayuntamiento aparecieron, haciendo el levantamiento de las habitaciones ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# Tiago ARAÚJO

## (GRITAR LOBO)

continué regresando al lugar donde me habitué a gritar lobo hasta mucho después que dejaras de ir en mi auxilio. el invierno fue riguroso, las especies del miedo extintas con cobertores y alguna compañía —con una presencia retraída, sobrevivió apenas esa falta de talante adolescente que aprendemos a disimular por motivos profesionales. antiguos uniformes militares dibujados con colores primarios, listas con números de teléfono, mapas, todo lo que la memoria inmediata disparó un día al interior de pequeñas cajas, a la espera de catalogación, descripción, olvido. esta noche vengo a decirte que encontré el santo y seña escritos en el reverso de un boleto de autobús, pero no tu casa. ya nadie vive en las mismas calles pasados tantos años y la luz amarilla y sucia de una lámpara desnuda pende sobre un juego de cartas dejado a la mitad. en esa época sólo nos rendíamos a quien no nos quería vencer. sé que habría una lección por sacar de todo esto, aunque prefiero acusarte de falta de resistencia en un juego que uno de nosotros podría haber ganado, pero ambos perdemos.

## (GRITAR LOBO)

continuí a regressar ao lugar onde me habituei a gritar lobo até muito depois de teres deixado de ir em meu auxílio. o inverno foi rigoroso, as espécies do medo extintas com cobertores e alguma companhia — com uma presença recuada, sobreviveu apenas essa falta de jeito adolescente que aprendemos a dissimular por motivos profissionais. antigos

## LÁZARO

*Dig yourself, Lazarus.*

NICK CAVE & THE BAD SEEDS

a esta altura ya sabes que nadie vendrá a salvarte.  
pon el volumen de la música más alto y escarba  
en la tierra blanda, lázaro, una puerta (cuarenta y siete) con salida  
a la calle en que a esta hora nadie pasa para testimoniar  
la forma más pobre, mi más recurrente forma de ilusionismo  
en la mañana que sigue a una noche sin sueño y algunas muertes,  
el péndulo de una bolsa de té suspendida por un hilo, como el día.

los monjes trapenses cavaban un poco de su sepultura  
todos los días, para no olvidarse del fin cercano.  
tu trayecto es inverso. debes ir  
alargando la red de túneles, todos los medios de fuga  
para recordarte que eres eterno  
hasta probar lo contrario, como sugieren las teorías  
empiristas y un buen amigo.

nadie me ve salir. sin multitudes o teatralidad, regreso  
a esta plaza de invierno aún vacía, mientras la línea que separa el sol  
naciente de la sombra vencida descende por la fachada de los  
[edificios,

uniformes militares desenhados com cores primárias, listas com  
números de telefone, mapas, tudo o que a memória imediata atirou um  
dia para o interior de pequenas caixas, à espera de catalogação,  
descrição, esquecimento. esta noite venho dizer-te que encontrei o santo  
e a senha escritos no verso de um bilhete de autocarro, mas não a tua  
morada. já ninguém vive nas mesmas ruas passados tantos anos e a luz  
amarela e suja de uma lâmpada nua balança sobre um jogo de cartas  
deixado a meio. nessa época, só nos rendíamos a quem não nos queria  
vencer. sei que haveria uma lição a retirar de tudo isto, mas prefiro  
acusar-te de falta de resistência num jogo que um de nós poderia ter  
ganho, mas ambos perdemos.

para anunciar que me engañé en el camino, aunque,  
aun así, no voy a volver atrás. muchas otras calles parten  
de este camino perdido. reclinado sobre el mapa, divido los  
[continentes  
en las categorías burocráticas de un exilio profesional y  
casi deseado.

la canción puede haber llegado al final, lázaro, pero no tu trabajo:  
el arte de la resurrección insertado en la rutina diaria  
hasta perder la eficacia, su reproducción técnica anunciada  
por los modernos, por los que mueren junto a la frontera.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

#### LÁZARO

*Dig yourself, Lazarus.*  
NICK CAVE & THE BAD SEEDS

por esta altura já sabes que ninguém virá salvar-te. / põe o volume da  
música mais alto e escava / na terra macia, lázaro, uma porta (quarenta e  
sete) com saída / para a rua em que a esta hora ninguém passa para  
testemunhar / a forma mais pobre, a minha mais recorrente forma de  
ilusionismo / na manhã seguinte a uma noite sem sono e algumas mortes, /  
o pêndulo de uma saqueta de chá suspensa por um fio, como o dia. // os  
monges trapistas cavavam um pouco da sua sepultura / todos os dias, para  
não se esquecerem de um fim próximo. / o teu percurso é o inverso. tens de /  
ir alargando a rede de túneis, todos os meios de fuga / para te lembrares de  
que és eterno / até prova em contrário, como sugerem as teorias / empiristas  
e um bom amigo. // ninguém me vê sair. sem multidões ou teatralidade,  
regresso / a esta praça de inverno ainda vazia, enquanto a linha que separa o  
sol / nascente da sombra vencida desce pela fachada dos edifícios, / para  
anunciar que me enganei no caminho, mas / que, ainda assim, não vou  
voltar atrás. muitas outras ruas partem / deste caminho perdido. debruçado  
sobre o mapa, divido os continentes / nas categorias burocráticas de um  
exílio profissional e / quase desejado. // a canção pode ter chegado ao fim,  
lázaro, mas não o teu trabalho: / a arte da ressurreição inserida na rotina  
diária / até perder a eficácia, a sua reprodução técnica anunciada / pelos  
modernos, pelos que morrem junto à fronteira.

## ¿Recuerdas? OLINDA BEJA

*Migu d'omê, sá kloson dê*  
(El amigo del hombre es su corazón)

TRAÍAS EN LOS OJOS la anchura de otro Atlántico, frío y brumoso, océa-  
no profundo que dejaste en la amurada de tus pensamientos lusos,  
viaje de emociones y expectativas. Y en ese trayecto trajiste olores de  
otros cuerpos y de otras plantas, los retazos de vidas que se anidaron  
en tu mente entristecida y sola, fruto de una latinidad congelada y fa-  
talista.

Llegaste un día. ¿Recuerdas? Era primavera en tu lejanía. Aquí, sa-  
bes, no hay primavera, no existe el primer verano. Aquí sólo viven y  
cantan la lluvia y el sol envueltos en hojas de gravana<sup>1</sup> o desnudos en  
noches acaloradas como novelas de amores prohibidos, amores en-  
vueltos apenas con nuestra dimensión archipelágica.

Traías el vuelo de tus pájaros migrantes, el diccionario alado que  
has intentado reproducir en el suelo islámico donde tus pies heridos y  
calientes de otros suelos reposaron por fin. Pero tus aves no vinieron  
en tu pecho ni en la proa del buque que te trajo ni se anidaron en tus  
manos rudas y prósperas de sueños como de sueños se despojaron de  
tus brazos. Y abrazos. Y las aves no migraron ni cantaron en tus dedos.  
Apenas de ellas escuchaste el batir de alas, plumas de frío que no se

<sup>1</sup> *Gravana* es un sustantivo femenino náutico que se refiere al viento fresco de sur y sureste, que sopla en el Golfo de Guinea, especialmente en las cercanías de la República Democrática de São Tomé e Príncipe, un país africano formado por varias islas localizadas en el Golfo de Guinea. *Historias de gravana* es uno de los libros de relatos más conocidos de la autora. (N. del T.).

habitúan nunca a los soles tórridos ni a las sombras calientes del cacao anaranjado.

Llegaste. ¿Recuerdas? Bailaban puíta en el patio de Sam Gidiba, una mulata sin edad, como todas las mulatas, heredera de una juventud inacabada, sensual y provocadora, hembra conocida en la Trinidad y alrededores que incluso sandungueaba sus caderas a un ritmo tan frenético y endemoniado al momento de la danza de konobia al tomar su baño matinal en las aguas sobrantes de las márgenes de los ríos. Y quedaste extasiado al escuchar el sonido frenético de la batucada. ¿Qué sonidos serían éstos? ¿Qué ritmos? ¿Qué requiebros? Todo sonaba a nuevo para tus oídos lusos donde el arrastrar triste y melódico de una guitarra era la única resonancia que traías en tu cajita de música, sonidos de colinas escarpadas y desnudas, flauta de pastor de ganado en tierras de nieve y hielo, sonidos fríos como tu cuerpo delgado que revestía una gruesa casaca de lana. Después tus pasos etéreos te llevaron por toda la isla que tan gentil fue contigo. La isla y sus productos, te mezclaste con ellos, comiste kalulu, d'jógó, sôo, manga de ôbô, bebiste café del Buen Jesús, hasta en el día de las cenizas comiste «bocado» en casa de la vieja abuela Sam Zinha y cuando al fin despertaste de tu encantamiento, ya bajo las ramadas de los viejos cacaoteros corrían, descalzos y semidesnudos, tus hijos niños.

No venías para quedarte, ¿recuerdas? Venías para llenar tu baúl (que viajó en el sótano) de fortunas, especias, tejidos raros; venías para dar órdenes, enseñar, ahorrar y partir de nuevo como quien cumple un guion señalado en cualquier conversación de amigos o en una agencia de viajes. Sabías leer, escribir, hacer cuentas, lo que era un triunfo a tu favor en aquel tiempo en que eran muy pocos los que podían exhibir dichas artes. Por eso venías, tal como Sandokan, a con-

*Venías para llenar tu baúl (que viajó en el sótano)  
.....  
de fortunas, especias, tejidos raros; venías para  
.....  
dar órdenes, enseñar, ahorrar y partir de nuevo  
.....  
como quien cumple un guion señalado en cualquier  
.....  
conversación de amigos o en una agencia de viajes.  
.....*

quistar fácilmente un reino del cual algún antepasado te contara maravillas sin fin, maravillas que pasaban de boca en boca y se dispersaban en semicírculo alrededor de las chimeneas humeantes de pueblos distantes. Era un tejido aquel contar y recontar de historias de la tierra madre, de la isla donde la fortuna era fácil para cualquier hombre de piel clara que a ella se abocase... Y tú traías estas historias pegadas al cuerpo, clavadas en el alma como las manos de Cristo en el madero y fue con ellas que entraste en el buque que te trajo a esta tierra. Que después fue tuya. Que amaste luego esa noche en que el ritmo desenfrenado de la puíta se pegó a tu alma como más tarde se pegó también a tu cuerpo el cuerpo siempre sediento de Sam Gidiba...

Cómo fue importante para ti esa noche... Tú, mi abuelejano, tú que venías a colonizar ¡y acabaste colonizado! Aceptaste los sonidos, la alegría exuberante, los olores intensos, el calor desmesurado y húmedo, las enfermedades, los amores, sí, los amores, nuestras gargantas sibilantes, nuestros gestos futuristas como quien quiere abrazar el mundo... Todo lo entrañaste en tu ser como si todo ya fuera tuyo desde el día en que viste por primera vez la claridad. Por eso siempre decías que ésta era tu tierra, que aquí estaba tu corazón, que aquí vivían tus hijos, tus nietos y bisnietos, tu posteridad... Nunca regresaste ni hablaste más de tu gente lusa y fue en este suelo de basalto y de arena que se diluyeron tus huesos pálidos y tus cabellos lisos y derechos como hilo de plomada. ¡Qué extraño cuando me miro al espejo! ¡Qué extraño cuando veo mi piel, cuando sé que todo yo soy negro satinado, negro carbón, prietísimo, como dice el forró...! Y es, mi abuelejano, cuando me miro de arriba abajo, que casi casi me olvido de que soy un mosaico de razas, un cruce de tierras más allá del horizonte, un aventurero de diferentes credos, un fruto de una marea viva de nuestra Historia tan pequeña y al final tan grande.

Hoy, mi abuelejano, tengo más del doble de la edad que tú tenías cuando llegaste a puerto y estoy exactamente en el mismo lugar donde por primera vez pusiste pie en tierra firme. Debo de ser tu cuarta o quinta generación, no sé bien, bisnieto de un hijo que siempre habló de ti como de ti hablaron las otras generaciones que me antecieron. Que te conocieron y amaron como tú los conociste y amaste. También tuviste errores, y muchos. Pero ¿quién no los tiene?

Fui ayer al Archivo Histórico. Fue mi corazón quien me llevó hasta allá. Como tú siempre dijiste: «el amigo del hombre es su corazón».

Por eso estoy feliz. Fui a cerrar las cuentas con nuestros destinos, fui a hacer las paces con todas las razas del mundo porque con todas ellas estamos entrelazados. Quise ver con mis propios ojos las letras redondas que diseñaste para los nombres de los contratados, esclavos al final, que durante tiempos interminables nutrieron esta isla. Y, por primera vez, sí, por primera vez, mi abuelejano, sentí que estabas cerca de mí; no por el tiempo cronológico que deja sus marcas en nuestros rostros, sino por los nombres que tu mano derecha dibujó sobre las líneas en los grandes cuadernos de las rozas. En una de esas líneas escribiste «Benguelino, contratado venido en una leva de hombres oriundos de Angola». ¿Quién sería este Benguelino, qué historias traería para contar en la isla, qué roza lo esperaba? ¿Habrá existido amistad entre tú y él? Tengo la certeza de que mucho hablaste de él... Ahora pregunto, mi abuelejano, ¿por qué tengo yo el mismo nombre? Sería más lógico tener el tuyo, António, tradicionalmente portugués, Serrano, Beira, pero no; tu nombre y apellido se diluyeron en ti pues no se los diste a tus dos hijos mestizos. Siempre fue así en nuestras islas, hijos mestizos con padre y sin nombre. Pero ellos, por lo visto, poco se preocuparon por eso y junto con tu blancura se fue desvaneciendo hasta no quedar de ella sino un lívido recuerdo. Se cruzaron con mujeres tongas, angoleñas, forras, todas ellas de una negrura que sólo la noche sin luna semeja en color. Sin embargo, hablaron siempre de ti a tus venideros, susurraron tu nombre en sílabas dispersas en la boca de mi abuela Plácida, de mi bisabuela Francisca, de otras más distantes todavía... Fuiste hombre de muchas mujeres, me dijeron, pero de pocos hijos, según consta.

Fui ayer al Archivo Histórico, mi abuelejano, y vi tu mano derecha deslizarse firme y joven, la pluma fuente reluciente, al escribir «Benguelino, contratado venido en una leva de hombres oriundos de Angola». Ese día, sin que lo supieras, pasaste a mi mundo... Seré yo, mi abuelejano, seré yo, Benguelino de la Costa Ferreira, conductor de taxi de tiempo completo y plantador de cacao en las horas libres, portador de tu sangre lusa en mi cuerpo negro, seré yo quien pondrá tu nombre a mi hijo que nacerá en la luna llena que se aproxima •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RAFAEL TORIZ

## Renato Filipe Cardoso

### CASIOPEA

paso mucho tiempo soñando con llamadas perdidas. ansío que dependan de mí muchas bocas que alimentar. Le pregunto a la luna si tiene frío, si quiere que vaya a buscarle una cobija. decoro paredes vacías con el aullido agónico de los perros. tal vez, como yo, crean que la ciudad es un taller de luz ilegal. tal vez les incomoden los discos voladores que convoco para traducir en corazón nativo. septiembre es un ring abandonado donde la noche asesta sucesivos uppercuts contra las páginas de mis huesos heridos. paso muchas horas viendo anuncios de suplementos de calcio. a veces llamo, para poder articular mi nombre desear buenas noches a la contestadora automática. es simpática la grabación. a menos que bombero en contra, a esta hora de la noche soy el único fuego despierto. a la espera de que llegue una postal de casiopea.

### CASSIOPEIA

passo muito tempo a sonhar com chamadas / perdidas. anseio que dependam de mim / muitas bocas para alimentar. Pergunto / à lua se tem frio, se quer que vá buscar-lhe / um cobertor. decoro paredes

## CLAUDIA

cuando tu padre murió de cáncer  
tuve por primera vez miedo de perderte.  
desde entonces, si el arroz se achicharraba en el fondo  
siempre que el pescado se asaba de más  
cuando en la piel del pollo se tiznaba la negrura del carbón  
me daba por quitarle al plato —infantilmente, lo sé—  
todas las partes quemadas de cada alimento  
las cuales comía primero, para apartarlas de ti.  
sí, habría bastado separarlo y tirarlo,  
pero era como pedir al dios de las cosas quemadas  
que cargara en mí el cáncer al acecho  
en tu genética predestinación.  
no sé lo que esto dirá de mí, tal vez  
sólo demuestre propensión para intentar ocultar el sol  
con mariposas  
lo que, además de estúpidamente poético,  
es sólo ineficaz.

---

vazias com o uivo / agónico dos cães. talvez, como eu, acreditem /  
que a cidade é uma oficina de luz ilegal. talvez / lhes incomodem os  
discos voadores que convoco / para traduzir em coração nativo.  
setembro / é um ringue abandonado onde a noite desfere / sucessivos  
uppercuts contra as páginas / dos meus ossos feridos. passo muitas  
horas / a ver anúncios de complementos de cálcio. / às vezes ligo,  
para poder articular o meu nome, / desejar boa noite ao atendedor. é  
simpática / a gravação. salvo bombeiro em contrário, a esta / hora da  
noite sou o único fogo acordado. à espera / que chegue um postal de  
cassiopeia.

## CLÁUDIA

quando o teu pai morreu de cancro / tive pela primeira vez medo de  
perder-te. / desde então, se o arroz esturrava no fundo / sempre que  
o peixe assava de mais / quando a pele do frango esmaecia negra de

sí, hoy, que no compartimos comidas ni muertes,  
siento que una novel cepa de cáncer  
se llevó lo mejor de nosotros  
cada día es una extremaunción sobre cadáveres aplazados  
todas las palabras son las últimas palabras  
cada palabra, todo en la boca,  
sabe a quemado

## VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE MONTSERRAT ACUÑA

---

carvão / dei por mim a tirar para o prato —infantilmente, eu sei— /  
todas as partes queimadas de cada refeição / as quais comia primeiro,  
para afastá-las de ti. / sim, teria bastado separar e deitar fora, / mas  
era como se pedisse ao deus das coisas queimadas / que carregasse em  
mim o cancro à espreita / na tua genética predestinação. / não sei o  
que isto dirá de mim, talvez / apenas demonstre propensão para  
tentar ocultar o sol / com borboletas / o que, além de estupidamente  
poético, / é só ineficaz. / hoje, que não partilhamos refeições nem  
mortes, / sinto que uma novel estirpe de cancro / levou a melhor  
sobre nós / cada dia é uma extrema unção sobre cadáveres adiados /  
todas as palavras são últimas palavras / cada palavra, tudo na boca, /  
sabe a queimado

# La costura

## ISABELA FIGUEIREDO

**ERA EL FINAL DE LA TARDE.** Regresaba a casa después de un día más de cautiverio. Paré en la fila del semáforo. El motor del carro se apagó. ¡Qué nostalgia de los carros antiguos! Respiré hondo. Sentía un cansancio justificado por la presión del final del año lectivo. La entrevista con el director del colegio había sido media hora antes. El menso me había llamado para anunciar que la disminución de alumnos inscritos en el próximo año obligaba a reducir las actividades extracurriculares. «El consejo pedagógico decidió que excluirémos las artes escénicas. Quedarán sólo las deportivas, que pueden ser impartidas por el profesor Deodato. Comprenderá usted, maestra, que en estas condiciones no hay lugar para la renovación de su contrato». Claro que comprendía. Para los encorbatados de este mundo las artes escénicas serán siempre la segunda opción. El deporte es lo que es. Jugadores de fútbol, de basquetbol, atletas patrocinados por empresas de audio y video, de material deportivo, bancos y supermercados. Un mundo sin llama ni llanto. Camino que no conoce el nombre ni sabe para dónde va. Una persona que escogió el teatro como profesión ya debería estar habituada a la inestabilidad de los mercados, pero ¿quién se habitúa a vivir con el corazón en las manos? Me sentía aturdida. Confundida. Del colegio llegaría apenas un mes más de salario y había que buscar nuevo trabajo. Ya no tengo la energía de los cuarenta, por no decir la de los treinta o la de los veinte. Tengo derecho a sentirme cansada de la guerra. ¿Dónde podré inscribirme para quedar entre bastidores gestionando la batalla de los nuevos guerreros?

Me distraje un poco, mirando alrededor, mientras no cambiaba el verde. Choqué con los ojos en una tienda de enseres femeninos, como se

decía cuando era niña. Un lugar que es una caverna de Ali Babá llena de lanas, hilos para coser, bordar, tejer, hacer *crochet*, agujas de todo tipo, botones, listones y encajes. Toda la parafernalia que permite construir lo que es bello y útil. Contemplé pausadamente y pensé: «¿Cómo es que, en una época acelerada, estas tiendas aún sobreviven?».

El pensamiento siguió libremente su curso por la nube que en el pasado se llamó memoria. Ahí es donde todo queda registrado para siempre, hasta el infinito.

Amo las tiendas con estanterías llenas de artículos fuera de moda, con cajitas donde hay sorpresas. Mercerías. Droguerías y boticas. Casas de materiales para la construcción y tiendas de especias. Todo lo antiguo. Amo los trabajos manuales. De materiales que sirven para hacer crecer un trabajo. Amo construir. Hacer algo hasta el final.

Comencé a aprender labores con mi madre. Al comienzo de los años setenta, cuando cumplí siete años, la preocupación de los progenitores estaba especialmente encaminada al remiendo de los estragos causados por el Mayo del 68. No era el caso de los míos. Siendo la única hija de padres con edad para ser abuelos, fui educada según los valores que también los formaron. Nunca les pasó por la cabeza que de sus manos pudiera salir una amotinada del palco. Me moldearon para ser una católica honesta y digna. En los dos últimos objetivos no fallé.

Mi madre me enseñó a bordar. De tarde había un ratito de descanso que ella me dedicaba, entre los deberes de la comida y los de la cena. Después, mi padre llegaría. Consigo visualizarnos en la sala de nuestra casa de Alto-Maé. La película está en la nube. Ella me dice: «Este punto se llama rococó. Es el más simple. Después hay otro, que es el de cadenita. Vas a aprender despacito, para que un día hagas el ajuar, puedas bordar sábanas y componer la ropa de tu casa y de tus hijos». Pronto descubrí en mí aptitud para aquello que llaman labores de mujer. Hay en éstas una concentración y minucia que me curan.

Amo el mundo de las mujeres, lo debo a la fuerte impresión de firmeza, paz y complicidad que mi madre me transmitió. Silencio y tierra. Lo que ella realmente fue trascendía lo que juzgaba ser.

Se puso el verde. La fila se fue disolviendo y arranqué, concluyendo, a propósito de la tienda de enseres, «estos sitios se mantienen porque hay una ola de regreso a los viejos tiempos». Y en el momento en que pensé «regreso a los viejos tiempos», sentí escalofríos.

Siempre conduciendo, mi pensamiento regresó a la nube adonde fue a pescar un acontecimiento de 1975.

Lourenço Marques, poco antes de la independencia, o poco después. Los portugueses salen de Mozambique en masa. La producción industrial y agrícola, que estaba en sus manos, fue interrumpida. Hay una clamorosa falta de bienes esenciales. Para conseguir pan debemos formarnos durante días enteros, esperando que aparezca un poco de harina, de alguna parte. Muchas veces volvimos con las manos vacías, porque no hubo cereal. Los blancos mandan a los criados a la fila, que sólo abandonan para ir a hacer recados, dejando piedras o cajas para guardar su lugar.

Mi padre hace lo mismo con sus empleados, pero cuando salgo de la escuela me toca sustituirlos. Se charla durante la larga espera. Los blancos con los blancos y los negros con los negros. En esos días conozco a una chica mayor, casada y en avanzado estado de embarazo. Como yo, permanece horas en la fila, sola. Está frente a mí. La veo con los brazos cruzados arriba de la barriga muy erguida, con la bolsa del pan puesta en el pliegue del brazo. Me cuenta sobre la vida, sobre el marido. Me acuerdo de sufrir la conversación y nada más, «antes de casarnos se mostraba como un señor. Todo maravilloso. Durante la luna de miel hasta tenía atenciones conmigo, ¿y ahora? ¡Es un pendejo! Prácticamente no habla. Si habla, no dice una palabra para bien. Viene poco a la casa. ¡No le importa el pan! Sólo quiere que yo lo ponga en la mesa, sólo eso. Voy a tener este hijo de él. ¿Qué va ser de mi vida?».

Nada sé sobre ella. Sé que la fila donde nos encontramos es larga y serpentea por la acera, en la parte de atrás de la panadería. Tal vez me haya dicho su nombre, pero no lo recuerdo. Lo que recuerdo es aquel «¿Qué va a ser de mi vida?». Descubrió haber sido timada por el hombre con quien está casada hace menos de un año, por el padre del hijo a punto de nacer. La escucho, paralizada. Respondo con una sonrisa avergonzada. Visualizo todo lo que me dice. En el momento en que habla, imagino su casa, su cocina. Tiene un mantel de hule para proteger la mesa. Veo la luz de la tarde, que se posa sobre el hule y realza su brillo. Pienso que un día también he de casarme, como todas las mujeres. No tengo vocación para ser monja, y quedarme soltera está fuera de discusión. Debo ser una persona con una vida normal, sin estigmas. ¿Pero cómo podré tener la certeza de que me enamoraré del hombre correcto y de que no seré engañada? Un hombre confiable. Lo que ella

me echa en cara, sin querer, es la posibilidad de un futuro desamor. Me muestra que ella y yo estamos a merced del destino. Lo que le pasó puede sucederle a cualquiera.

Hay un lugar para estacionar frente a mi puerta. A un mes de estar desempleada merezco este mimo. Apago la marcha. Me dejo estar sentada adentro, sólo unos segundos. Pertenezco a una generación frontera cuya formación aún tuvo por objeto proveer las necesidades del otro. Ser gentil, ser afable. Tratar bien. Sin embargo, educada en la cuna del pasado, nací perteneciendo al futuro. El tiempo gana su pátina de sabiduría, que nos impone. Ya en aquellos años, la vida de las mujeres como mi madre me parecía muy aburrida y muy monótona. Inadecuada. Yo quería ser libre. Mi madre tenía poder sobre mi padre, pero le permitía que creyera ser gerente de nuestra vida, mientras le ocultaba información y el cambio del gasto. A mí me gustaban los planes de ella. Adoraba la idea de engañar a mi padre. Del poder tras bastidores. Del boicot disfrazado. Me divertía ayudar. ¿Cosas de niños?

No me fui de monja, no me casé ni me quedé soltera. Me aseguré de gozar, cada minuto, el imperio absoluto sobre el territorio de mi libertad. Ha sido ése mi estado civil.

Salgo del carro. Subo hasta el último piso, abro la puerta, que tiene un truco que sólo yo conozco, y me dirijo al armario donde guardo los utensilios de costura que heredé de mi madre y que reposan, esperando por mí. Saco tijeras, dedales, alfileres, patrones de costura, encajes, listones, ganchos, botones, cajitas con sorpresas. Miro con atención los materiales e imagino las piezas que puedo hacer. Pequeñas esculturas. Bisutería. Mis manos de hada de otro tiempo pueden servir para darme de comer en este padecer de la vida. Puedo abrir una tienda de accesorios *on line*. Puedo poner mi nube a rendir. Con o sin colegio, con o sin subsidios para el teatro, yo tengo mucho que dar. Y pronuncio en voz alta la primera frase que consigo articular luego de haberme despedido del director, a la salida de su oficina: «No estoy a merced de nadie. ¡Yo tengo todo para dar, hijo de puta!» ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



# Sombras antiguas

[fragmento]

JOÃO PAULO SOUSA

**En las noches inusualmente** calientes, cuando las puertas de vidrio quedaban abiertas al bosque y ni una discreta brisa hacía estremecer la blancura diáfana de la cortina, yo recibía de mi madre la autorización para acostarme más tarde, quizás a la misma hora que los adultos. Eran momentos excepcionales, que debían ser vividos como tal; a mí me llegaba a parecer que el día no se retiraría por completo, se llevaría consigo la luz, pero nos dejaría, tal vez a propósito, el calor con el que nos habíamos embriagado las últimas horas. Había un vago ritual de fiesta pagana, como pensé más tarde, en esas noches raras, aunque predominantes en mi memoria. Sin duda, nunca conseguiré decir cuántas horas pasaron, pero, en el transcurso de los veranos de mi infancia, son las que mejor recuerdo; quizás por su diferencia o su singularidad, hayan, por contraste, producido un efecto de amalgamar las restantes, como si éstas fueran el resultado de una gris producción en serie y aquéllas vinieran de las manos simultáneamente delicadas y laboriosas de un artista. Eran las manos de mi madre que adornaban esas noches, aunque la presencia habitual de Isabel en nuestra casa (sus padres venían a jugar canasta con los míos) fuera motivo, para mí, de un incontenible entusiasmo; el hecho de que ella estuviera ahí con nosotros —y que, en consecuencia, tampoco hubiera que acostarse tan temprano como de costumbre— era el pretexto ideal para reivindicar frente a mi madre el derecho de no subir las escaleras sino cuando todos hubieran finalmente decidido dormir. Isabel era apenas dos años más grande que yo, que andaría por entonces, en las primeras noches que recuerdo, por los cuatro o cinco años, pero esa diferencia me parecía enorme, o, por lo menos, responsable de la presencia de una madurez o fuerza que la hacía asemejarse a

los adultos en la capacidad de tomar decisiones, sin, sin embargo, dejar de estar cercana a mí y participar en los juegos fantasiosos con los que yo iba llenando mi mundo. Había, de cierto modo, un mundo nuestro, mío y de ella, que los adultos condescendían a aceptar sin parecer preocuparse demasiado por ello. A Isabel le tocaba, por así decirlo, establecer el puente con ellos, en la medida en que se responsabilizaba por mí y aparentaba ser capaz de dirigir y controlar nuestros juegos. Paralelo a ése —pero sin que ninguno de los dos, en algún momento, me hubiera parecido superficial—, estaba el puente que mi madre abría hacia nosotros, y especialmente conmigo, muy evidente en aquellos momentos en que interrumpía la canasta, o el juego era interrumpido porque uno de los participantes subía al baño o iba a reabastecerse a la cocina, y venía a sentarse a nuestro lado, para, con una delicadeza y una ternura que la volvían, de repente, mucho más joven, casi de nuestra edad, mover uno de nuestros juguetes o hacer alguna observación más propia de nuestra lectura infantil del mundo que del mirar desencantado de una fatigada jugadora de canasta. Sentados, Isabel y yo, en una manta de colores entretrejididos, dispuesta ahí para nuestros juegos (años más tarde, cuando tal uso se le agotara, habría de descubrir esa manta preciosamente guardada en un armario, en la paciente espera de un llamado para nuevas funciones), comenzamos por acoger las intervenciones de mi madre con una sorpresa natural —sin embargo, de mi parte, también con la evidente alegría de poder tenerla más cerca de mí—, para después habituarnos a ellas. Si hago un esfuerzo, no obstante, para recordar a mi amiga en esos momentos, tengo la difusa impresión de que su entusiasmo se atenuaba un poco, de que casi no hablaba mientras mi madre permanecía con nosotros, o de que lo hacía con aquel tono moderado y obediente que usaba delante de los adultos, muy distinto a la voz de mando que le conocía cuando nadie más estaba cerca. ¿Alda, vienes a jugar o no?, atajaba mi padre, casi siempre en el tono neutro de quien no ignora que cumple una etapa obligatoria, aunque le parezca tediosa o hasta absurda, para conseguir lo que pretende, raras veces con impaciencia, tal vez porque el juego le saliera mal, estuviera cansado o se sintiera olvidado por la mujer. Yo veía entonces a mi madre levantarse y apartarse de nosotros, después de darnos una sonrisa que podría leerse como un pedido de disculpas o una despedida (de la cual yo me creía el único verdadero destinatario, aunque le correspondía también a Isabel acogerla apenas por conveniencia o delicadeza), atravesando la luz del candelero que nos separaba de la

mesa de juego como si entrara en una nueva dimensión, donde me era posible aún contemplarla, pero donde ella dejaba irremediamente de avistarme, y tal vez de pensar en mí.

Nunca se me ocurrió, en aquel momento, que una imagen así, tan dolorosa para el niño que era, habría de reaparecer años más tarde, más de cuarenta años después, y entonces con el carácter verdaderamente irremediable que, en aquellos lejanos años, yo sabía que era más un temor que una hipótesis seria. En los veranos de mi infancia, especialmente en los primeros que recuerdo, bastaban el sol o el calor para apartar los fantasmas segregados por la inquietud. Si la noche me atormentaba con una de esas pesadillas que tan regularmente me visitaban (el sonido amplificado hasta la distorsión de un papel al arrugarse era uno de los tópicos frecuentes, al punto que todavía hoy me sobresalto cuando alguien, por equivocarse en lo que pretendía escribir o considerar inútil lo que entretanto registró, aprieta despacio, como quien recoge sobre algo diferente de lo que hace, una o más hojas), en algunas ocasiones haciéndome gritar despavorido, y recibía el auxilio de mi madre, que me respondía y entraba invariablemente en el cuarto, para sentarse en la cama o al costado de ella y, con su sola presencia, inducir el alejamiento o la extinción de todos los sonidos amenazadores, si en la noche, como dije, hacía descender sobre mí todo el miedo del mundo, la mañana me causaba la impresión de, algunas horas antes, haberme comportado de un modo ridículo cada vez menos propio para un chico que estaba creciendo a quien no se cansaban de recordar que los miedos nocturnos eran disparatados o hasta embarazosos. También así me parecían, o yo admitía que fueran, al abrir las cortinas y la ventana del cuarto, al salir al balcón, aún a la sombra (estaba orientada al poniente), y respirar el olor de los pinos, en ocasiones también el del mar (según la dirección del viento), que no se avistaba desde ahí, pero podía escucharse en los últimos días del verano, cuando las olas se agigantaban y las calles quedaban casi desiertas. Esos momentos, sin embargo, no apartaban de mí toda la inquietud de la víspera, porque, al despertar, descubriría que mi madre ya no estaba conmigo, y esto significaba que ella me dejaba solo cuando me dormecía, tal vez justo después de que me juzgara encerrado en el sueño, sin haber esperado siquiera para saber si éste era profundo y tranquilo o leve y perturbado; mi madre me dejaba a merced de las pesadillas, lo hizo una vez y habría de hacerlo siempre que fuera a mi cuarto, al principio o en medio de la noche, por causa de mis gritos o por cual-

quier otra razón. Yo no podía confiar en mi madre, pensaba entonces, pues no era el hecho de saber que ella aparecería cuando yo necesitara ayuda que apartaba de mí la idea de que también desaparecería luego de que me viera más calmado. En cierto modo, era como si ella sólo pretendiera confirmar que yo me tranquilizaría para tener la certeza de que no la incomodaría más. Bien, apenas esa idea se me pasaba, en especial cuando aún era de noche y yo despertaba, o no llegaba a adormecerme y sólo lo fingía (ocurría, a veces se notaba en mi madre lo que me parecían ser señales de impaciencia), deseaba entonces liberarme gritando y llamarla con la voz más desesperada que fuera capaz de simular; no lo hacía, sin embargo, no me atrevía a ello, o me ponía tan triste y desanimado que me limitaba a llorar bajito, a mojar la almohada con la convicción de que no podía confiar en nadie y estaba verdaderamente solo en el mundo. Pasado algún tiempo, empero, sin que los fantasmas que habitaban las sombras hubieran regresado a incomodarme (cuando mi desaliento aumentaba, disminuía el miedo, casi hasta el punto de desaparecer), yo armaba, poco a poco, una teoría que me salvaba de la caída irremediable al vacío: la responsabilidad por el comportamiento esquivo de mi madre se debía exclusivamente a mi padre. Era ésta la idea que yo necesitaba creer para respirar de nuevo, para que las lágrimas se secaran, pues todo lo que quería era liberar a mi madre de esa culpa destructiva que la apartaba de mí sin remedio. Al encarar con convicción, en la sombra nocturna del cuarto (de día la historia era diferente), la memoria del rostro de mi padre como el de un perpetrador de la infelicidad ajena, un rostro ríspido y severo (una elaboración sobre cuyo carácter artificial no quiso entonces interrogarme, tal vez sabiendo que se volvería evidente en cuanto admitiera su existencia), implacable en la exigencia de sacrificios de los que lo rodeaban, luego la alegría me tocaba de nuevo, aunque con timidez, con miedo de volver a ser expulsada y no encontrar fuerzas para otro regreso. Pero me bastaba ese principio de recuperación del encantamiento para creer que, al día siguiente, mi madre me recogería con su sonrisa más luminosa y que yo, en consecuencia, me sentiría de nuevo apto para usufructuar la belleza del mundo.

Para mí, esa época, una buena parte de la belleza del mundo se concentraba en Isabel y, naturalmente, en nuestros juegos compartidos. Casi nunca me daba cuenta, sin embargo, de que esa belleza se sustentaba también en la presencia a distancia de mi madre, en la certeza de que ella, sin llegar a demostrarlo, no estaba tan lejos y velaba por mí; yo

creía, sin pensar en ello, que ejercía una protección tan eficaz que nada podría sucederme, y esa vigilancia era tan natural como ver surgir el sol cada mañana y desaparecer al final de la tarde. Ahora que poseo la exacta conciencia de esto, casi lamento no haber buscado a mi madre con la mirada, no haber abandonado los juegos que nos ocuparon, a Isabel y a mí, y partir a su encuentro, para de nuevo avistar que, más que cualquier otra persona, representaba una garantía de mi sonrisa, pero también sé que la conciencia de la importancia de lo que nos sucede llega siempre tarde, o mejor, sólo se alcanza cuando el tiempo interpone entre ese acontecimiento y nuestra percepción un intervalo que garantiza la pérdida irremediable del primero, por lo que cualquier lamento, a pesar de la ingenua, buena, intención que pueda contener, será siempre terriblemente inútil, o hasta hipócritamente falso. La niña del cabello hasta los hombros (una imagen preservada en las fotografías de la época, que mi memoria falseó, alargándola hasta lograr una exuberancia de contornos imprecisos, que era una de las razones de mi fascinación) me atraía como una prohibición, aunque no lo fuera, pues sus padres eran amigos de los míos y aparentaban ver con agrado que jugáramos juntos. Yo pensaba mucho en ella durante el invierno, aunque entonces casi nunca estuviéramos juntos, ni nos viéramos; nuestros caminos habituales no se cruzaban, a pesar de vivir en la misma ciudad, y necesitábamos de las vacaciones estivales para reencontrarnos, como dos enamorados que siempre habían estado conscientes de que volverían a encontrarse en breve y, precisamente por eso, habían creado una expectativa sorprendentemente tranquila de ese momento futuro. Pese a ello, el nombre de Isabel me sonaba de un encanto mayor a medida que se aproximaba la fecha de partida de las vacaciones, ese día era, para mí, el verdadero inicio del verano, importándome poco si ya estaba haciendo mucho calor o si, al contrario, aún se pronosticaba a continuación un cielo nublado y temperaturas bajas. El verano bien podía entonces enmascararse de mañanas con neblina o de tardes encapuchadas, que, incluso sin que me agradaran tanto como los días calurosos, estaban lejos de impedirme la alegría tan natural de aquella época. Por lo demás, bastaba que no lloviera ni hiciera frío, o demasiada humedad para que uno de los juegos que más recuerdo pudiera ser puesto en práctica: consistía en que montáramos una especie de tienda en el terreno entre nuestras casas, quizás más cerca de la mía, pues era mi madre la que se mostraba más dispuesta a echarnos un ojo. Usábamos frazadas viejas que Isabel, con mi ayuda,

traía de su casa, y las colgábamos de los pinos o las sosteníamos en traves de madera vieja que el padre de ella guardaba en un cobertizo, y que nosotros, al deshacer la tienda por la mañana, volvíamos a acomodar cuidadosamente en el mismo sitio, con la esperanza de que él nunca pensara en deshacerse de tan inestimable tesoro. No sé quién tuvo la idea, o si su hallazgo se habrá debido al dulce tedio de un caluroso día estival, me acuerdo tan sólo de que construimos la tienda con el empeño de quien levanta una casa, la casa donde de ahora en adelante habitaría, y de abrigarnos ahí con la sensación (al menos yo la tenía) de que habíamos encontrado un espacio en el que nadie más tenía derecho a entrar. Pasábamos así días sucesivos, sobre todo tardes, de las cuales me quedó apenas la memoria de pequeños incidentes extraordinarios, como si, junto a la imagen de los adultos, también nosotros construyésemos vida cotidiana en aquella casa improvisada, un día a día hecho de repeticiones, de recomienzos, al que nos iríamos apegando, pero que, por esa misma razón, se diluía en la espesura de los huecos del tiempo.

Hubo una tarde en que el perro de uno de los vecinos, un pastor alemán de grandes manchas negras y cafés, armoniosamente equilibradas sobre un fondo blanco, vino a espiarnos en aquel refugio seguramente tan inusitado para sí (con el agravante de que en él se escondían dos criaturas que acostumbraban dedicarle apapachos y juegos), casi destruyéndolo; no nos desagradó mucho que lo hiciera, rápidamente nuestra imaginación lo transformó en una especie de monstruo legendario, un perro gigante o un lobo feroz suelto en un páramo, que no nos perdonaría la vida si nos atrapara paseando distraídos por su territorio, pero del cual estábamos firmemente protegidos en nuestra sólida e inexpugnable casa. Poco sensible a la metamorfosis a la que lo habíamos sometido —sin consultar, por lo demás, podíamos usarlo—, el desalentado animal se apartó, con la dignidad herida, de aquel lugar donde los que otra considerara amigos le habían vedado el acceso; aquel abandono, sin embargo, representaba un triunfo para nosotros, mostraba la resistencia de la casa que habíamos construido (ninguno de los dos reconocía frente al otro que el perro se había detenido porque le habíamos dado esa orden, llevándolo a percibir que no estábamos disponibles para las habituales tonterías con que lo divertíamos o él nos divertía), nos permitía afirmar aún más categóricamente que aquél era nuestro escondrijo, el espacio en que a pesar de que todos sabían dónde estábamos, nos colocábamos fuera del mundo. Tanta ingenuidad tal vez sólo fuera posible en

esos años inaugurales, pues pronto percibiría que nunca se está fuera del mundo, tal suposición o creencia no pasa de un devaneo, un arrebato lírico, motivado por el deseo o por la insuficiencia de análisis (o por ambas causas, no es raro que éstas se presenten juntas, una más evidente que la otra, pero sin desmentir la complementariedad de la que se alimentan). Yo creía que, durante algún tiempo (poco me importaba la duración, sólo contaba la intensidad con que viviría esos minutos), existía apenas para Isabel, tal como ella existiría apenas para mí; me olvidaba entonces —o ignoraba aún—, con aquella fuerza que sólo es posible cuando la vida no pasa de un esbozo trazado por manos inseguras, de que la relación de nuestra existencia con los otros no depende de una presencia física, no responde necesariamente a la percepción sensible que los otros tienen de nosotros, pero puede guardarse en la memoria, en la recuperación mental de esa presencia física entretanto apartada. Es así, por ejemplo, que un muerto permanece vivo para quien desconoce que cesó la existencia de ese familiar o amigo, o apenas vagamente conocido, y las ideas que pasan a quien, en la ignorancia de lo sucedido, piensa en él son casi siempre sustentadas por imágenes de alguien hablando, moviéndose, riendo, a veces en silencio, alejado de los otros, tal vez sufriendo, pero aun así imágenes de vida; lo que más sorprende, en esas ocasiones, a aquel que descubre tardíamente la muerte de la persona más o menos querida es el desfase entre las imágenes creadas sobre los tiempos recientes de quien, al final, no estaba vivo y el vacío erigido para invadir una época en la que ya no había sufrimiento o soledad, y mucho menos risa o palabras, o siquiera gestos. Yo creía, por lo tanto, que me apartaba del mundo con Isabel, y ni el descubrimiento del rostro atento de mi madre, sentada a la puerta de nuestra casa, en una de esas sillas de madera clara y tela natural que aún hoy, cuando veo alguna semejante, me llenan de una alegría irracional, mirando en nuestra dirección, en la dirección de nuestra tienda, ni ese descubrimiento, ocurrido precisamente cuando, al final de una tarde, mi amiga y yo dejábamos el refugio, ni esa sorpresa, por decirlo así, me hizo pensar lo contrario, me llevó a comprender cómo yo nunca dejaría de estar presente para quien sin duda nunca se olvidaba de mi existencia. ¿Estaría mi madre ahí cuánto tiempo? Habría acabado de llegar y optado por sentarse un poco antes de decidirse a llamarme o estaría ahí, inmóvil y en silencio, hacía largos minutos, tal vez una hora, un periodo de tiempo durante el cual el sol poniéndose aún la habría calentado un poco, ¿pensando en mí y en lo

que pasaría adentro de la tienda? Si así hubiera sido y la curiosidad fuera mucha, le habría bastado llegar a nuestro refugio y asomarse al interior, pronto visible a quien se acercara a la tienda (desde el punto de vista de la supuesta intimidad que debería tener un espacio tan ambicioso en materia de aislamiento, nuestra tienda era un rotundo fracaso, como, por lo demás, sería más o menos previsible para la incipiente construcción de dos pequeños). La verdad, estas cuestiones no me incomodaron mucho en aquel tiempo, apenas quedaron guardadas en algún lugar recóndito de mi conciencia, para permanecer ahí sin apagarse, irreductibles y discretas; había en la mirada de mi madre una expectativa paciente (a esta definición sólo llegué más tarde) que me perturbó un poco, sin que yo comprendiera de dónde provenía aquella incomodidad, aquel leve desasosiego, por el que me apresuré a olvidarlo, o a suspenderlo, y a dejar que la natural agitación de la vida me tomara de nuevo por el brazo y me condujera a su antojo, sin barreras •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



# Emerenciano RODRIGUES

\*

Exijo al de la pistola  
que la suelte y quiera  
deshacer la extrañeza  
del mirar, traiga la voluntad  
de la discusión, sabiendo que  
no siempre fue posible  
aceptar a quien no quiso ver  
tenía ojos y podía oír  
pero los tartamudos esforzados  
que pretenden hablar  
merecen comprensión  
para los mancos con ideas  
los habilidosos en dictados  
ofrecen las manos.

\*

Decreto ao da pistola / que a largue e queira / desfazer a estranheza  
/ do olhar, traga a vontade / da discussão, sabendo que / nem sempre  
foi possível / aceitar quem não quis ver / tinha olhos e poderia ouvir  
/ mas os gagos esforçados / que pretendem falar / merecem  
compreensão / aos manetas com ideias / os jeitosos em ditados /  
oferecem as mãos. // Não sou cego, mudo, surdo / menos um maneta  
e tenho / pernas para saltar muros / que levantam em frente / do  
meu trilho e se preciso / derrubo escrevendo com / o meu dentro  
revoltado / não é uma coisa só mina / pensando de lá para cá.

No soy ciego, mudo, sordo  
menos un manco y tengo  
piernas para saltar muros  
que levantan delante  
de mi carril y si necesito los  
derribo escribiendo con  
mi interior rebelde  
no es una cosa sólo mía  
pensando de allá para acá.

\*

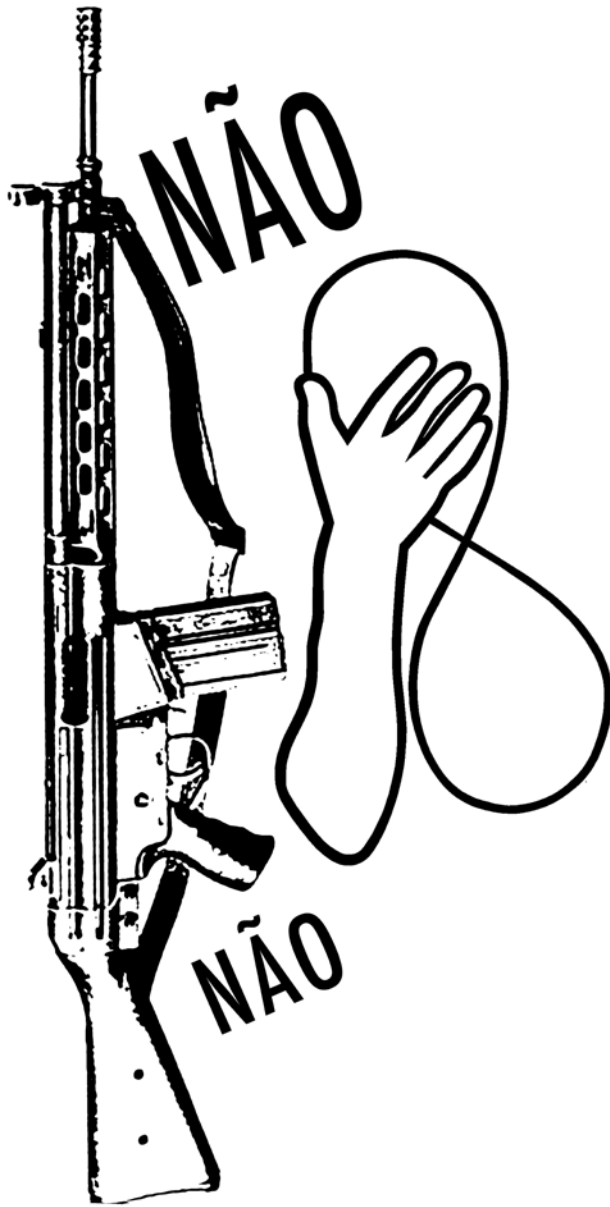
Si muriese hoy quedaría  
tanta cosa por hacer  
incompletos quedarían  
los registros que dejaría  
por eso pretendo durar  
con el abrazo y dilatar  
la admisión de revoluciones  
repentinas en las cabezas  
de la gente que pueda  
animarse a desmentir  
las palabras fallidas.

Gente iluminada podría  
iniciar la movilización  
de las ideas cuestionadas  
en el lapso de las conversaciones  
y tendríamos a la familia toda  
y más que a la familia  
a la comunidad unida  
el mundo de los mundos.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RAFAEL TORIZ

\*

Se morresse hoje ficava / tanta coisa por fazer / incompletos seriam /  
os registos que deixava / por isso pretendo durar / com o abraço a  
dilatar / a admissão de revoluções / repentinas nas cabeças / de  
gente que possa / animar-se a desmentir / as falas desacertadas. //  
Gente iluminada poderia / iniciar a mobilização / das ideias  
inquiridas / na duração das conversas / e teríamos a família toda / e  
mais do que a família / a comunidade unida / o mundo dos mundos.



## Un paseo por Lisboa

DJAIMILIA PEREIRA DE ALMEIDA

**CUANDO LOS PRIMEROS PASEOS** por la Baja perdieron el encanto, Cartola y Aquiles ya no recordaban cómo la ciudad les había comenzado a parecer silenciosa. Al comienzo, fue como si todas las personas hubieran sido impedidas de hablar y se pasearan en una aldea. A medida que el tiempo pasó, las calles y las plazas adquirían nombre, aunque ambos tuvieran una noción desfasada de las distancias marcada por los lugares por donde acostumbraban pasar, al fin y al cabo pocos. Así que padre e hijo perdieron la ilusión de que Lisboa los esperaba y de que allí podían contar con alguien o esperar alguna cosa del futuro, y la ciudad se volvió un alboroto. Esas esperanzas demoraron poco en desaparecer apenas terminó el ahorro que les servía para los gastos corrientes. A partir de ahí, iniciados los tratamientos al talón de Aquiles, su tarea era arrastrarse hasta el fin de mes con la esperanza de que no sucediera un imprevisto al que no tendrían modo de hacer frente.

Lisboa era pequeña para el deseo de Cartola de mezclarse con todo y sus piernas no poseían la rapidez para hacer de él un vector invisible. Pero aprendió a volcarse en sí mismo caminando entre los otros, como si, rodeado de gente, nadie consiguiera fijar sus facciones. La disciplina de la desaparición no le exigía únicamente el silencio, sino darse a conocer diciendo a todos «Hola, mano, ¿cómo andas?», de la manera más vivaz que podía, evitando prolongar conversaciones, disculpándose con evasivas en diálogos que no permitía que llegaran a suceder. Conseguía la magia de pasar entre los otros como un fantasma. Parecía que hasta lo había escogido.

Tal vez ésa haya sido la última aparición de su ingenuidad: la de juzgar que era señor de su disfraz y de la velocidad con la que se es-

quivaba a la memoria de quien pasaba junto a él por la calle. Cuando, en realidad, caminando como si estuviera atareado pero sin prisa para llegar a algún lado, tan sólo otro involucrado en su vida, estaba en sintonía con el ritmo de la ciudad, que lo arrastraba como una marea.

Se cruzaba con un nieto con el abuelo, mendigos, jóvenes enamorados. Del otro lado de la calle, alguien extendía la mano y llamaba un taxi. Otro se escondía detrás de unos lentes oscuros. Más adelante, un extraño vestía unos *shorts* demasiado cortos. Detrás de él, se conversaba en voz alta sobre una persona internada en el hospital. Cruzando el paso peatonal, una mujer le parecía al borde de las lágrimas. Otra, radiante, poseída por la emoción, como al borde de encontrarse con alguien. Elevando la cabeza, alguien fumaba en la ventana de un edificio. En otro, alguien lavaba un vidrio colgado en un andamio. Una camioneta de escuela seguía llena de chicos. El chofer, desconcentrado, bostezaba. Casi bastaba para olvidar que tenía un cuerpo y que se movía, siguiendo por la Fontes Pereira de Melo, empujado por la mano de su padre, albino incógnito, el instructor lejano de su desaparición.

Olía como si le quedara únicamente el olfato como sentido único de la fusión con las cosas y con el tiempo. No era Cartola quien lo hacía por no ser visto, sino la ceguera que era la condición de la ciudad, calle arriba, calle abajo, Rotunda, Rato y, en fin, rumbo a la Escuela Politécnica, donde no percibía bien cómo había llegado, un bocinazo cuando se preparaba para cruzar la calle en el semáforo en rojo, y la noción de que dormitaba despierto y de que el día acababa de comenzar.

Desaparecía sin preguntarse cuánto había caminado hasta dar consigo seis décadas después jugando a la lotería en una tabaquería del Occidente, aplastado porque nadie sabía que partió de tan lejos hacía tanto tiempo, llegar a una plaza donde era apenas un par de zapatos; rodeado de gente que no se interesaría por saber cómo se llamaba, preocupado sólo por la apariencia de salud que le garantizaba pasar inadvertido, movido por el miedo de ir a parar a la estación de policía, de que descubrieran que fingía un acento, que tenía delirios, que allí había gato encerrado.

Estaba viejo, de hecho, y lo que lo sostenía era saber que todos los días había que levantarse de la cama sin hacer preguntas. Sería mezquindad imaginar que habría de importarle lo que había hecho de sí

cuando tenía el estómago pegado al espinazo. A pesar de cuestionarse poco, sus piernas eran todavía las mismas que habían caminado de la aldea de Quinzau a Luanda hacía cincuenta años. Sus pies, por la Plaza del Rossio, los mismos que habían llegado hinchados al Kinaxixe, al grado de vomitarse de sólo mirarlos. Sus manos, aquellas con las que había matado la sed a ese niño del que ya no se acordaba. Su columna, una deformación de ese niño solitario en una carretera de camino a una interrogación sin saber cuándo la carretera acababa. Su corazón, un absceso del corazón de gorrión del mismo niño asustado por pensar que olvidaría a su madre, repitiendo el nombre de ella antes de adormecerse en la sabana como si contara con los dedos. Sus ojos, que habían visto todo: el cuerpo desnudo de Gloria la primera noche, la primera sonrisa de Justina, el talón del hijo la primera vez que lo vio, la chistera del padre cuando, jugando dentro del arroyo, había tocado por primera vez el punto en que la infancia es, para un niño, precedera.

Era aún el mismo —aleluya— pero cómo se había hinchado y encogido, cómo se hizo tan grande y tan pequeño, qué pozo sin fondo, qué chimuelo es un hombre. Permaneció entero más allá del balance de la vida, de curvas estrechas y ensenadas con vistas a la oscuridad. Habría de ser el primero en sentir flaquear las piernas que lo sostenían desde hacía sesenta y un años. Sería el único testimonio de sus dolores, la voz de su vejez hasta el día en que ya no lograra decir dónde le dolía, como sucedía cuando aún no sabía hablar. Nadie lo podría privar de cargar lo que había visto y lo que había enfrentado su espíritu, ni le podría impedir saber que había perdido, verdad que lo liberaba en lugar de oprimir, la batalla que al final nadie podía ganar sino aquel que por última vez lo recordara. Recordándolo o no como el héroe de una guerra sin sentido, no como una masa aleatoria de sangre, carne y alma, más que como un hombre que nadie conoció ni nadie vio, que no fue pero podría haber sido ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# Liberto CRUZ

para Carlos Nogueira

*Los poetas mueren de madrugada*  
Cuando el viento sopla despacio  
El rocío cae por las flores  
Las arañas renuevan las telas  
Las aves dejan los nidos  
Y un largo silbido resuena  
De casa en casa de piedra en piedra.  
*Los poetas mueren de madrugada*  
Respiran el vacío de las playas  
El silencio del luto  
La palabra rugosa  
La sal la arena el dolor sentido  
De quien parte y no regresa.

*Os poetas morrem de madrugada / Quando o vento sopra devagar / O orvalho desliza pelas folhas / As aranhas renovam as teias / As aves deixam os ninhos / E um longo silvo ressoa / De casa em casa de pedra em pedra. / Os poetas morrem de madrugada / Respiram o vazio das praias / O silêncio do luto / A palavra rugosa / O sal o saibro a dor sentida / De quem parte e não regressa. // Os poetas morrem de madrugada / Partem feitos clandestinos / Seu testamento fazem / A herdeiros desconhecidos / E pelos caminhos soltando vão / A voz escrita o sonhado sonho / A furtiva mensagem. // Os poetas morrem*

*Los poetas mueren de madrugada*  
Parten clandestinos  
Hacen su testamento  
A herederos desconocidos  
Y por los caminos van soltando  
La voz escrita el soñado sueño  
El mensaje furtivo.

*Los poetas mueren de madrugada.*  
Anuncian el origen de las cosas  
Los misterios de las hojas y de las piedras  
Y por el habla deletreada reparten  
Los movimientos de las olas y mareas  
De arenas y algas.

*Los poetas mueren de madrugada*  
Mastican el hálito de la tierra  
El hielo oculto la pólvora dispersa  
Y el espanto y el amor ahí se mezclan.  
*Los poetas mueren de madrugada*  
Saludan la niebla de la noche  
El inicio de la vida oculta  
Y solidarios  
Devuelven sus palabras.  
*Los poetas parten de madrugada.*

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ JAVIER VILLARREAL

*de madrugada. / Anunciam a origem das coisas / Os mistérios das folhas e das pedras / E pela soletrada fala partilham / Os movimentos de ondas e marés / De areias e algas. // Os poetas morrem de madrugada / Mastigam o hálito da terra / O gelo oculto a pólvora dispersa / E o espanto e o amor ali misturam. / Os poetas morrem de madrugada / Saúdam a névoa da noite / O começo da vida oculta / E solidários / Suas palavras devolvem. / Os poetas partem de madrugada.*



# Arma de lanzamiento

[fragmento]

LUÍS CARMELO

## LUCIANO

1

LA CARA DE LUCIANO parece haber sido inscrita en el último extremo de un cable. Personalidad finisterra, se dirá. Es un mapa de pliegues cuneiformes muy salientes, conducido por aparejo amigo a partir de dos hombros anchos. Aspiraba ruido su alergia a la humedad, pero ése era su mundo, su delta inseparable. Luciano, que de joven había estudiado geometría descriptiva, desciende ahora por la ladera de hormigón con que la pequeña marginal domina el acantilado y entra en el puerto de los pescadores, recostándose en los terrenos escabrosos que interrumpen el muro y que son buenos conocedores de las penumbras del varadero. Enrolla el cigarrillo y, poco después de las tres de la mañana, los hombres, venidos de todos lados, aparecerán al pie de los barcos, sea el Tói Asegurado, el Mego, el Rapa, el Támesis, el Peñasco, la Santa Engrásia, el Lenin Cansado o el Diamante del Mar. Quedan largamente mirando el agua y hablan entre sí: una conversación que nos liga a la soberbia con que las olas desafían al ganapán. Si la cosa no es promisoría, son los maestros que detienen el miedo. Hay veces en que sólo uno o dos barcos se empinan en la cresta de las olas y desafían los bramidos y las refriegas de la pleamar. Si el mar insinúa remanso, pronto el puerto se vacía y la conversación da lugar a gestos enérgicos que sobresaltan el tiempo. A Luciano le encanta despertar a mitad de la noche para acechar la saga y trae siempre consigo a Ulises, un perro corpulento que agita todo el litoral haciendo temblar la corteza de los pinos bravos, haciendo resonar las

dunas y los pedregales del espigón en días de fuegos fatuos, haciendo humear el manotazo de las olas. Después de ver las embarcaciones diluyéndose a lo lejos en la brea (queda en el aire sólo un vago murmullo que vale como cebo a las tinieblas) regresan lentamente a casa. En esa madrugada, sin embargo, una carreta descapotada se disparó, como se decía en la villa, y vino ladera abajo. El hombre y el perro fueron devorados por el estruendo y llevaron consigo los rastros de sangre hasta los tanques del varadero.

2

NO SÉ SI SOÑÉ con mi cráneo vacío. Tal vez no fuera un sueño, pero la percepción de que me habría hundido sin meter las manos en forma de vela y sin darme cuenta de la sal que suele espolvorear las quijadas con heridas de los marineros. Veía nítidamente mi cabeza abriéndose en *zoom* y las capas se sucedían: el cuero cabelludo, el cráneo, el periostio, los huesos protectores (parietales, frontal, occipital, esfenoides y el etmoides), las meninges (la dura máter, la aracnoide y la pía máter) y, por dentro, sí, por dentro sólo había LCR, el famoso líquido cefalorraquídeo. Era espeso como el azul translúcido del Mar Muerto y llenaba totalmente el volumen de los dos hemisferios, concediéndome la densidad del fondo de los océanos (mi memoria ondeaba en ese diluvio de sargazos y se desvanecía confundiendo la tinta oscura del estribor con las nubes tipo nimbostrato, que son las más bajas y negras). Yo vagando sin gravedad alguna entre algas, moluscos, crustáceos, carambolas, lapas, quimeras, poliquetas, caracolas, erizos, peces abisales y caballitos de mar. Todo flotando. Mis pensamientos eran así: un fluido que matizaba el vaciado y que, sin embargo, me permitía distinguir imágenes, aunque sin adecuar lo que observaba con un sentido concreto, tal vez por no ser capaz de percibir correspondencias y analogías. Lo que pensaba se deslizaba. Un casco empujado por las corrientes del mar sin poder detenerse, inmovilizarse, para que yo pudiera entender que un techo es un techo, que una ventana es una ventana, que los tubos del suero son los tubos del suero (el paisaje en la enfermería del hospital tampoco era famosa, aunque a veces la sombra de los plátanos se entrometiese en el salitre de los techos abombados que hacían de cúpula sobre la cisterna acuosa de donde adivinan mis apariciones mentales). Cuando la doctora reaparecía, vestida de verde y tal vez sonriendo (¿quién

sabe?), lo que yo advertía era una mancha gelatinosa que serpenteaba a mi alrededor, acariciando y al mismo tiempo deshaciéndose en el sombreado de los plátanos. Cualquier cosa parecida a una erección que inflama sin motivo aparente.

3

**DEJÉ DE SOÑAR**, por fin. Lo que veo se extiende. Se parece a la luminosidad del crepúsculo. Una lengua caliginosa que se prolonga sobre la tierra y que trae de vuelta lo que en ese momento se hace patente como único. Tal vez el hospital y los pájaros ahora posados en las sombras de los plátanos sólo hayan pasado a existir para que yo los vea. Para poder suponer una cosa así, es preciso no tener cinturón de seguridad en el alma, fisonomía que yo entiendo como siendo la lenta resonancia que todavía me perpetúa. No me ocurre nada que pudiera haber precedido este instante en que súbitamente me siento en la cama sin ningún mareo. Más: tengo la perfecta conciencia de que me alimentan con líquidos, porque todo yo soy una montaña inundada de lava y de antiguos océanos y acorazados por dentro. Sólo el cartílago o la corteza exterior (de que los buitres, las almas, los alimentos y los hospitales también son revestidos) separa ese material ígneo de la voz que ahora no oigo, de la voz que no consigo ni siquiera usar. Al lado, corrieron las cortinas de tiras y un cardumen de peces enfermeros ahogó el ajedrez del suelo sobre el cual la cama de mi vecino aún tiembla. Sopesan varias movidas y avanzan con varias doctoras con estetoscopios en el aire, avanzan como peatones respiratorios, avanzan con choques eléctricos que levantan el pecho y las mareas más revueltas. Por fin, acuñan, o intentan acuñar con manos abiertas un jaque mate a la muerte (que es una criatura insana que hace desaparecer geografías, por apagar la penumbra de las alas de los mirlos golpeando en el parapeto de la ventana y ya no en las ramas que instigan la copa y otras esferas pendulares llevadas por la brisa de la tarde). Y la cama de mi vecino aún tiembla. Temblaba. El futuro es la larva que ha olvidado la patente. Hacia allí caminamos, cabizbajos. Es lo que hacen todas las criaturas de bata y cruz rojiza, después de alejarse del ajedrez de la cama (de ahora en adelante paralizada). Aún no había sonado la campana y ya estaban algunos de ellos a mi alrededor, disfrazándose. No, nada pasó. Se olvidan de que lo que veo se extiende. Cualquier cosa parecida a una erección que se marchita sin motivo aparente.

4

**EN CIERTO MOMENTO**, dijeron que me había comportado como un relámpago. Adoran establecer comparaciones, están en su sangre. Confirmé que oía bien (podía escuchar el cepillo alisando en la carpintería detrás del hospital). Ya estaba firmando los papeles de alta cuando percibí que el líquido que me llenaba el interior de los hemisferios se había solidificado. Perdí así la esperanza de verme con escamas en los brazos o con aletas brillando con la boca en dirección del cebo. Atravesé después la enfermería y entré al jardín. Una alameda de plátanos, los setos de romero en cada uno de los lados y el cielo tan azul. Tan azul. He intentado recordar el trueno que ha debido preceder al relámpago. «Ahora va a tener mucho tiempo para poder jugar con las palabras», me dicen. Y se rieron en mi dirección como si yo fuera un niño. «También cuide la alimentación. Evite las grasas». Pensé en grasa y huesos. Fue entonces que se me ocurrió que el perro y la evidencia de mi cura habían traído también la suya. A partir de hoy, yo encarnaba a Ulises y me encarnaba también a mí y a muchos más. Un cuerpo es un repositorio de juegos y de deseos inauditos. Nada más. Yo iba a cambiar de vida. Llegué a Lisboa y llamé a Filipa, la mejor amiga de mi exmujer. Por todas las razones, sólo ella sabría cómo encaminarme en esa fase complicada. Me llevó a unas señoras con blusas de encaje que administraban el patrimonio de un rico ribatejano puñetero y de grandes bigotes, cuya herencia había sido entregada al bien querer de acólitos y monaguillos de la parroquia más cercana. La residencia tenía habitaciones llenas de luz y apartamentos lindos y floreados en los estucos, con asistencia (médica y otra) en caso de necesidad. Se veía el Tajo y las gaviotas disputaban con los felinos de la terraza el pan nuestro de cada día. Me sentía un angelito con alas de fieltro fundiéndose en el firmamento de los justos. Creé un restaurante biológico y decidí regresar al oeste a tiempo para volver a ver las pesquerías, las constelaciones y las noches, pero ahora era momento de aquietar intemperies, de repensar la forma perfecta de los caquis, de acertar las pulsaciones y los suspiros (tanto más que, en los nuevos parajes, había chicas con trajes de deporte anaranjados cabriolando archipiélagos). Cualquier cosa parecida a una erección que se domicilia a determinadas horas sin motivo aparente ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALIPO

# Un calor ardiente en Bombay

MIGUEL REAL

**Chubascos amenos** me recibieron en Bombay, era julio, a finales de mes, el monzón declinaba lentamente entre suntuosos caudales de agua, que inundaban las calles e inundaban las barracas de los pobres, cubiertas de hojas trenzadas de palmera o de plásticos azules impermeables, y un calor muy ardiente, que me sofocaba la garganta y me empastaba la espalda de sudor. A la salida del viejo aeropuerto inglés, hoy inexistente, recibí el primer aliento de la India, poderoso como un soplo escaldado y moribundo, tierra roja, cielo azul, campos verdes, vegetación exuberante, multitudes expectantes, de mirada suspendida en el infinito, como muertos sobresaltados, esperando la felicidad en la próxima reencarnación.

En mi imaginación deseaba que la India oliera a raíz de mandrágora, a cáscara de sándalo o perfume de nardo, o a jengibre molido, tan bella como un pedazo de alcanfor, pero no, olía a polvo denso y resecaado entre el aeropuerto y Marina Drive, un polvo sucio, sólido, húmedo y vivo, como el estallido de las aguas uterinas de la mujer, que se afincó hasta hoy en mi cuerpo, hechizándome.

Mi valiente taxi de asientos forrados de terciopelo grueso como una alfombra europea, apestando a hedor de incienso, quemado en honor de Lord Ganesh, el dios niño de cabeza de elefante, lanzaba furiosos bocinazos y fintaba jóvenes galantes de camisa blanca larga y mujeres altas y hermosas de sari colorido, arrastrando hijos de la mano, que, como una despaciosa manada caótica, por cualquier lado atravesaban las largas alamedas británicas; roncando como un rinoceronte enfadado, el taxi ladeaba otros viejos Fiat a menos de un dedo de distancia, destartados pero veloces, del tiempo del colonialismo. El taxista se llamaba

Ashram, era hindú, acababa de cambiar su auto-palanquín por el nuevo taxi amarillo y negro con ayuda de la dote que la familia recibiera de la mujer del hijo más viejo, fue un buen negocio, me aclaraba, vivirá en mi casa hasta su muerte, come de mi comida, ha de parirme bellos nietos, es justo que su padre pague el lujo de la comida y de la ropa permanentes, para él también fue un buen negocio, me decía, demorándose con la cabeza girada hacia mí, yo, temeroso, levantaba el dedo índice, apuntaba infructíferamente al frente, él continuaba, me dio tres cabras blancas lecheras que, sumadas a la venta del palanquín, pagaron dos tercios del taxi, el resto debo pagarlo en diez años, intereses del veinte por ciento anuales; para hacer plástica, le pregunté qué edad tenía la nuera, diez años, respondió Ashram, orgulloso, embocando el carro hacia una de las cinco filas compactas, rasante entre los otros vehículos, pitando estrepitosamente en un recorrido de parar-avanzar, en el cual cada estruendo de pitido confirmaba la victoria sobre el otro carro, para tomar posesión de otros diez metros de camino.

Ashram se volvió mi amigo, me socorría con sus servicios siempre que pasaba temporadas en Bombay, fiscalizando las inversiones en el City Bank, que me permitía vivir en Goa sin trabajar. Ashram era un *harijan*, un Hijo de Dios, pertenecía a la antigua casta de los intocables, que Gandhi y Nehru habían abolido, cambiando el sistema milenarista de las castas por el sistema occidental de las clases sociales, que permitió enriquecer a millones de intocables en dos generaciones. Ashram ya murió, hace siete u ocho años, destrozado, él y su taxi, por un camión cisterna que, integrado en una caravana, se dirigía hacia el interior transportando agua a los campos secos de los arrozales, financiada por las últimas rupias de la Revolución Verde de la señora Gandhi, hija de Nehru. La última vez que me transportó por Bombay, se decía un *dalit*, un oprimido, exigía garantías de crédito al gobierno, controlaba una flota de una nada despreciable docena de viejos taxis negros y amarillos, y venía prometiendo a Lord Ganesh un altarcito de oro si éste le duplicaba los carros en los próximos años.

Me instalaba en el primer piso del Churchill Palace Hotel, en una calle vertical a Marina Drive, un hotelito familiar y burgués, rígido en la decencia según los dictámenes del caballerismo inglés, panes tostados untados de compota en el desayuno, tocino, huevos y una comida con carne por día servida por un mesero de piel oscurecida y cabeza redonda como un globo, unos labios gruesos descoloridos bajo un bigote ára-

be, que me trataba de *Sir* —*Yes, Sir. No, Sir*— lo suficiente para no olvidarme de la comida europea y desear comida hindú de regreso a Goa. Ashram me recogía a las diez en punto en el vestíbulo del hotel, daba la vuelta a los bancos conmigo, esperando unos metros atrás de mí, firme y delicado, como un servicial victoriano, impecable en su *kurta* de algodón blanco bordado a mano, por ventura de la mujer o de la nuera. Avisado por teléfono, me recogía en el aeropuerto con un pequeño collar de caléndulas y jazmín. A mediados de la década del setenta, propietario de un solo taxi, Ashram acababa de ofrecerse para el programa de esterilización masculina, promovido por uno de los hijos de la señora Indira Gandhi, que no veía otra solución para la prosperidad del país sino cesar drásticamente el crecimiento poblacional, succionador del crecimiento económico, anulándolo. Ashram, con tres hijos, se ofrecería para recibir una inyección en los testículos a cambio de ciento veinte rupias, una lata de aceite de maíz para freír y un transistor de pilas. Ashram me contó que, en su aldea, cerca de Pune, en Marashtra, los profesores, las enfermeras y los médicos sólo recibían el título si cumplían la altísima cuota de esterilización de niños y enfermos. La policía machacaba las caras y apaleaba las piernas y espaldas de los reacios, y despedía a los funcionarios que no cumplían. Al año siguiente, cuando regresé a Bombay, Ashram se quejó conmigo de los efectos de la esterilización, quedó impotente durante meses y tuvo que socorrerse con ungüentos homeopáticos que le forzaban el pene, sin resultados visibles en la eyaculación, con erecciones durante largas horas con un palo insensible entre las piernas, cumplía su función con la mujer, me decía, pero perdió el placer. Sonreía como un niño dolido, pero luego se alegraba, se consolaba con la prosperidad de los negocios, que, siendo evidente, por la multiplicación anual del número de taxis, no le rendía excesivo provecho debido a los altos intereses anuales que pagaba a una caja de ahorro. De los tres hijos sólo uno trabajaba conduciendo un taxi de la familia, los otros, buenos alumnos, estudiaban ingeniería en Nueva Delhi en universidades privadas de prestigio, mermando, mes a mes, las finanzas de Ashram.

Con tantas inquietudes, y hasta problemas, como la impotencia y las sucesivas averías de sus carros, Ashram era un hombre feliz en circunstancias infelices, como son felices los indios. Al final de la tarde, bajo las acacias de follaje verde intenso, me llevaba a veces al negocio de su primo, cerca de Church Gate, para comernos un *cheese paper masalade-*

*ga*, un tubo enorme de pan de queso, hueco, con masa envuelta, salido del horno, cortado a mano en trozos calientes, le poníamos salsa de especias, agasajándonos la lengua, preparándola para la cerveza helada; nos contábamos anécdotas, historias felices e infelices, en inglés, masti-cando pan de queso y picando semillitas de anís; después, barriga llena y cerebro nublado por la cerveza, paseábamos por la playa, tirando cacahuates salados a las grajas negras que, graznado, se posaban en los hombros y en la cabeza de Ashram. Al terminar el día, la noche caída sobre la ciudad, sorbíamos té negro de Ceilán en una *patisserie* francesa de Veer Narimar Road, escandalizando a los burgueses hindúes de traje y corbata occidentales, que no imaginaban cómo un europeo osaba pisar la alfombra sintética de un salón fino acompañado de un *dalit* de camisa sudada —la decadencia, decían, con taza inglesa de porcelana en la mano y dedito meñique alzado; sentía la mala voluntad del gerente, un hindú sureño de cabello untado de brillantina, bigote emperifollado y cara afeitada, ridículo en su chaqueta negra, camisa blanca y corbata gris, me hacía el sordo como una cobra y ciego como un topo, un té para dos y dos rebanadas de pastel de mango con raíz de loto, el empleado trajeado ridículamente a la rajá, con un turbante de seda de Benarés, zapato de piel pintado con la punta volteada hacia arriba, ostentaba una carota sombría de superioridad, traía a propósito dos té y yo le regresaba una taza, bastaba un té para los dos, no era necesario nada más.

En el tiempo anterior al monzón, cuando el calor, de tan denso y ardiente, penetraba por los poros de los pantalones de lino y mordía y ensuciaba los muslos, dábamos un nuevo paseo por la playa, refrescando el cuello y el pecho con la brisa suave de la bahía, después nos despedíamos con un abrazo, él seguía hacia su casa, yo subía la breve escalinata de mármol del Churchill Palace Hotel, los dos porteros inclinaban la cabeza hasta los pies, hacían la pregunta sacramental, si yo quería muchacha o muchacho, niño o niña, joven o adulta, se burlaban, ya conocían mi respuesta, la única mujer que yo quería esa noche, como todas las restantes, era a mi mujer, estaba en Goa y se llamaba Sumitha, era mi hermana, decía, ellos, serviciales, habituados a la rareza europea, sonreían, no se admiraban de que yo prefiriera a mi hermana, ellos también se habían iniciado sexualmente, sin penetración, con las hermanas, en el cuarto común de los barracos de *basti* (barrio de las latas), en la adolescencia, se admiraban de que lo explicara directamente a los extraños.

Ashram me llevó a la casa de los padres un fin de semana neblinoso y frío. Me vi forzado a esperar al martes por la tarde para confirmar el rendimiento bien dotado o la clamorosa pérdida de una aplicación financiera, que el City hiciera a mi nombre, en un fondo de pensiones del Deutsche Bank. Desperté al despuntar la mañana del sábado con el estruendo inarmónico de las bocinas y el chocar de los cascos herrados de los caballos tirando los carruajes forrados de hoja de plata para los turistas ingleses, como los retablos de las iglesias europeas. Abrí enfadado las puertas de la ventana-balcón de mi cuarto, tomé un pequeño almuerzo frugal de té y pan tostado. La gerencia, presa de una melosa simpatía hindú, mezcla de bondad natural y servilismo cultural adiestrado a la fuerza por los ingleses, adornó la bandeja del té con dos rosas *bordeaux*, de pétalos abiertos y frescos. Auspicio de un día feliz, corrí la cortina de tul, sombreando la luz escapada del día naciente, quemé tres varitas de incienso, ahuyentando a las grajas negras, suficientemente osadas para picotear el tul y comerme los panes tostados y el té negro, que se enfriaba mientras tomaba un baño, me sentía invadido por una pereza enfermiza. Terminé de ponerme una larga y ancha camisa blanca, cuando el repique sonoro de la bocina del Fiat arqueológico de Ashram se hizo oír en el *lobby* del hotel. Ashram me llevó a su aldea, de cuyo nombre no recuerdo sino la terminación —*puram*—, cerca de Pune, ciudad cuya abundancia de fábricas le merecía el título de industrializada, los padres de Ashram vivían amenazados por sus milenarias tierras, debido al trazo abstracto de la planta, de la nueva industrialización del sur de la India, decidida en Nueva Delhi por los ingenieros indios formados en Manchester, que, por vía de una precipitada revolución industrial de la India, apostaban por transformar los largos y exuberantes alrededores verdes de Bombay, de vivacidad tropical y belleza inaudita, en una escualida y febril tierra de lucro, sustentada en un parque industrial con un perímetro de trescientos kilómetros donde, como hoyos negros, se ostentaban todas las industrias contaminantes que Europa rechazaba, como ocurría en Bhopal, en el centro del país, cuando una fuga de gas tóxico del complejo industrial de Union Carbide, fabricante mundial de pesticidas, se propagara por la atmósfera de los populosos *bastis* de la ciudad, matando a millares de indios por asfixia.

Yo había recibido en la bandeja del sirviente del hotel la muestra de un futuro álbum de fotos clásicas de Gandhi, que saldrían en una subasta el mes siguiente, habría sido una espléndida manera de pasar el fin de

semana en Bombay, era obra de un fotógrafo aficionado de Cardiff, un tal Mr. Smith, que trabajaba en la India en seguros y fletes de navíos, y, como a mí y a mi padre, le fascinó el país, dejó todo, hasta a la mujer de Cardiff (que entró con el divorcio en el tribunal, concedido de buen grado por Mr. Smith), y se juntó con la hija bien morena de un *vaixiá*, gran importador de tejidos de Cachemira y tapetes persas del territorio actual de Irán, abasteciendo la totalidad del sur de la India, en especial la región de Kerala; con el dinero del suegro, proveniente de la cuantiosa dote de la mujer, Mr. Smith se volvió un permanente compañero de Gandhi desde la Marcha de Sal, en 1930, y la grandiosa manifestación antiinglesa de desobediencia civil. Mr. Smith fotografió a Gandhi con Nehru, con Indira Gandhi, a Gandhi con Rabindranath Tagore, el más lírico poeta indio del siglo xx, a Gandhi escribiendo una carta a Hitler y Roosevelt, suplicando la paz en nombre de los pueblos del mundo, a Gandhi en Londres, en el ciclo de conferencias con los ingleses por la independencia de la India, a Gandhi en Suiza con Romain Rolland, éste tocando al piano los acordes de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, a Gandhi en huelga de hambre por la matanza entre los indios y los musulmanes, a Gandhi en la casa prestada que habitaba en Bombay, hilando el algodón en la rueca —la colección, cuyos ejemplares se reproducían en diversas dimensiones en el álbum, me atraía, sería una buena inversión, no podría adquirir todos los originales de las fotos, algunos verdaderamente caros, marqué el número privado del agente subastador para protestar por el alto precio de las fotos, cerré la boca y enmudecí mis protestas cuando, del otro lado de la línea, el agente amablemente me recordó que el precio de los rollos nada tenía que ver con la autoría de las fotos, éstas retrataban al fundador de la India moderna, el padre de la nueva patria, el autor de la independencia, no había límite, en sí, para el valor de los originales, la hijas de Mr. Smith, sin embargo, habían emigrado definitivamente para Inglaterra, donde habían adquirido un *chalet* marino en la costa de Cornwall; consideraban, sensatamente, que el patrimonio fotográfico del padre debería permanecer en la India, unieron un vivo sentimiento de patriotismo a un no menos sólido pragmatismo y habían atribuido un precio razonable, si se puede decir así, al conjunto de fotos; fue él, el agente, el que dividiera la cantidad total entre el número de fotos, atribuyendo un valor exacto a cada una.

Yo no conocí aquella India, la de la explotación inglesa y la del *Satyagraha* (la verdad-fuerza de una idea, traspuesta a la lucha por la in-

dependencia por medio de la no violencia), la India de la miseria absoluta, millones de campesinos viviendo en el interior como auténticos aborígenes dravídicos, casi desnudos, de pecho esquelético y piernas esmirriadas, hombres de barba y cabello hirsuto, mujeres consumidas por la tuberculosis o por reumatismos antes de los treinta años, muriendo entre la caterva de diez hijos vivos, auténticos cadáveres de pie, llevando en la memoria otros tantos nacidos, muertos o fallecidos en menos de ocho días, familias sobreviviendo en grutas o cavernas, seres paupérrimos en estado terminal de decrepitud, una India prehistórica que la modernidad turística e industrial disfrazaba pero no extinguía. De vez en cuando, uno quedaba aterrorizado por la noticia de que una viuda más había practicado el *sati*, la inmolación en el fuego de la pira fúnebre del marido, prohibida por Alfonso de Albuquerque en Goa, en la primera mitad del siglo XVI, y por los ingleses en toda la India en el siglo XIX, prohibición reafirmada por los nuevos gobernantes hindúes en el periodo posterior a la independencia, pero vorazmente practicada en el interior rural. Quería adquirir dos o tres fotos, necesitaba escogerlas según el precio y el valor histórico, yo vivía en la India socialista de Indira Gandhi y me atraía su foto de niña, al lado de Ghandi, en el jergón de la prisión, una de las más valiosas, la mirada pacífica y múltiple de Gandhi y la mirada igualitaria de Indira se unían en la foto de Mr. Smith, augurando una futura India dulce y armónica, fundada en la tradición, o en una India potente, asentada en la industrialización y en los conflictos anárquicos de las carnicerías entre indios y musulmanes que habían llevado al nacimiento de Paquistán.

Ashram me saludaba desde el parque del hotel, sonriente y amable, de manera suave y dulce, natural en los hindúes, aparté la muestra del álbum, pronosticando que el gobierno invocaría alguna legislación para adquirir la totalidad de las fotos de Mr. Smith, sería sensato no meterme en futuros laberínticos burocráticos, y no me convenía liquidar más capital sin garantía de retorno a plazo breve, junté las manos a la altura del pecho e imploré a Ashram la espera de unos minutos más.

En la aldea natal de Ashram fuimos recibidos por su padre, que volvía del arrozal de la familia vestido con *pudivão*, sucio por las aguas, secado en la entrepierna, enrollado y amarrado a la cintura. Fui alojado en casa del brahmán de la comunidad, mezcla de sacerdote, de médico, de juez popular, de profesor y de hombre bueno de la aldea, que recibía en sus brazos a los niños nacidos y quemaba los cuerpos de los muertos reci-

tando los mismos mantras y oficiando las mismas liturgias de paso de un mundo al otro, murmurando oraciones que armonizaban los espíritus de los vivos y de los muertos con la naturaleza material y el universo espiritual, bien sintetizado, como modelo de vida, en la palabra *gurú*, aunque ésta se aplique más a dirigentes de pequeños grupos o sectas religiosas. El padre de Ashram fue un *sudra*, un campesino o artesano pobre, que se casó con una intocable, descendiendo de casta por amor, se volvió él mismo un intocable, y fue nombrado por el brahmán desollador de vacas y curtidor de pieles de la comunidad; como expiación y como remisión de su culpa, cuidaba en sus últimos días a las vacas enfermas en un pastizal cercado, una especie de hospital o de refugio de la tercera edad para vacas, una fuente de agua componía un arroyuelo, formando una red de arroyos florecidos; la mayoría de las vacas, viejísimas, incapaces de mantener el cuerpo en pie, aguardaban la muerte recostadas, pacíficamente, un trabajo sagrado, aunque impuro, las manos del padre de Ashram penetraban en la sangre escarlata y en la carne aún latente de la vaca, le sacaban las gruesas y protuberantes vísceras, le raspaban la grasa de la carne y curtían la piel, reliquia benefactora que el brahmán guardaba.

Atónito pero no sorprendido, asistí, el domingo por la mañana, a la total exclusión del padre de Ashram, de la comunidad de la aldea, cuando fue a cambiar unas pepitas de calabaza por unas semillitas de cardamomo para condimentar el arroz. Fue dejado, vergonzosamente, a la entrada de la tienda de la aldea, una especie de botica pueblerina europea del siglo XIX, dejó la envoltura de hoja de plátano con pepitas a la entrada del local, suplicando con las manos juntas el trueque por el cardamomo, el tendero, un *vaixiá* de quijada engrasada de manteca roja y barba sucia de residuos secos de arroz, mandó, corrientemente, al padre de Ashram alejarse a una distancia en la que su sombra no penetrase las tablas de madera del suelo mugriento de la tienda, vino a la puerta y tiró al suelo un paquete envuelto en papel periódico con media mano de semillas de cardamomo, el padre de Ashram, entre gestos pomposos de agradecimiento, como si el *vaixiá* lo hubiera agraciado con un favor de vida o muerte, se alejaba con los ojos en el suelo y el cuerpo de frente, sin darle la espalda, señal ofensiva de ingratitud ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# Sin título

BEATRIZ HIERRO LOPES

**ESCRIBE COMO EL CONDENADO.** Recuerda los huesos de la casa donde aún son tuyas las piernas que persiguen a los pájaros sólo por el deseo de que te nazcan alas en el lugar de un abrazo. Recuerda el abrazo, la carcajada —de papá, de mamá—, cada palabra dicha, aunque sea de hoy, esa misma tierra en que tu infancia es devorada. Mírala. Mira la tierra, mira cada paso, escoge entre tu pasado las manos más enfermas a las que no negaste las tuyas —el roce del cuerpo que en vida fue mortaja. Vístete de cuerpo, sé de todos los cuerpos, cada cuerpo. Y que de tus hombros descienda, de lo alto, la duración de tu propia historia, que es la de este hombre viejo que, delante de Dios, llora; la de este otro que, en la calle, te extiende la mano por hambre para que acabes con su hambre; o hasta la de aquel que, ya desgarrado de alma y cuerpo, te pide el calor de tu abrazo sólo para decirte que, al final, también tú puedes ser un pájaro. Escribe, escribe sobre todo. Pero, principalmente, nunca te olvides de lo que dice el poeta: todos los hombres mueren una muerte mucho más grande que la suya. Y sólo el condenado lo sabe —mirar de frente la muerte es negarle el devorarnos la vida ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# Manuel FILIPE

## LA VISTA DEL CHIADO

Juro que vi —en vísperas de Navidad— escurrir lágrimas de la generosa nariz judía de Pessoa, aunque comparte su pequeña placa de bronce con una nórdica de formas opulentas.

¿Sería obra de la llovizna, irreverentes gotas de cerveza o manifestación de genuino desagrado?

## À VISTA DO CHIADO

Juro que vi —em vésperas de Natal— escorrerem lágrimas do generoso nariz judaico de Pessoa, embora partilhasse a sua escassa tábula de bronze com uma nórdica de formas opulentas.

Seria obra do chuveiro, irreverentes gotas de cerveja, ou manifestação de genuíno desagrado?

## EDUARDO SÉTIMO

A folha ictérica do plátano / despenha-se com um ligeiro ruído / na alameda longa e atapetada // como eu tocada / por essa intermitente alma vegetal / que cai abandonada / a qualquer incerto sono / ou a invernos longos e chuvosos. // Aqui, onde os passos procuram o silêncio, / começa o meu exílio

## METRO

[...] / na estação de metro Cais Sodré / à mais chuvosa hora da manhã / a disforme lebre de azulejo / treme de muito frio e contenção // e a gare de embarque é um ser vivo / — pobre Alice

## EDUARDO SÉPTIMO

La hoja ictérica del plátano  
se despeña con un ligero ruido  
en la alameda larga y alfabética

tocada como yo  
por esa intermitente alma vegetal  
que cae abandonada  
en cualquier incierto sueño  
o en inviernos largos y lluviosos.

Aquí, donde los pasos buscan el silencio  
comienza mi exilio.

## METRO

[...]  
en la estación de metro Cais Sodré  
a la más lluviosa hora de la mañana  
la disforme liebre de azulejo  
tiembla de mucho frío y contención

y la estación de embarque es un ser vivo  
—pobre Alicia que rumia de pie  
los restos lisérgicos de la primera comida—

que ruma em pé / os restos lisérgicos da primeira refeição — /  
impotente de ternura e de desejo, // a luz falsa, como um falso  
beijo, / ilumina o frenesi da multidão / aprisionada entre o passado  
e o futuro // antes de navegar pelo rio escuro / onde Alice  
envelhece temporã / de pulso atado ao relógio imperativo / [...]

## CICLONE

Certa tarde de Fevereiro, um ciclone atinge a sempre inerme  
Lisboa. Igualmente desprevenido, entretenho-me à janela com as

impotente de ternura y de deseo,  
la luz falsa, como un falso beso,  
ilumina el frenesí de la muchedumbre  
aprisionada entre el pasado y el futuro

antes de navegar por el río oscuro  
donde Alicia envejece temprano  
de pulso atado al reloj imperativo  
[...]

## CICLÓN

Una tarde de febrero, un ciclón alcanza la siempre inerme Lisboa.  
Igualmente desprevenido, me entretengo en la ventana con las espirales  
de las hojas que acompañan la primera lluvia, mientras que los  
vigilantes del tiempo cargan el color de las alertas —amarillo pálido,  
naranja congestionado, rojo rubicundo.

Las tejas se agitan, incómodas en sus lechos, y este ligero ruido  
aquieta la tranquilidad de los interiores.

Las corrientes de aire circulan, las hijas ruidosas del viento pasan  
a través de las fachadas, golpean con las puertas, hacen caer los

espirais das folhas que acompanham a primeira chuva, enquanto os  
vigilantes do tempo carregam a cor dos alertas – amarelo pálido,  
laranja congestionado, vermelho rubicundo.

As telhas agitam-se, incómodas nos seus leitos, e este ligeiro  
ruído desinquieta a tranquilidade dos interiores.

As correntes de ar circulam, filhas ruidosas do vento passam  
através das frinchas, batem com as portas, fazem cair as molduras  
das estantes. Ao longe, em movimento lentíssimo, as ondas  
encaracolam na direcção errada.

Chapéus-de-chuva do chinês, a cinco euros, volteiam ao longo  
das fachadas como morcegos estropiados, e então, o ar torna-se  
mais rápido do que o pensamento: as árvores tombam nas  
traseiras, sobre a estrada. Apetece, agora, abrir as janelas ao vento  
e sentir-lhe a força. Mais comodamente fica-se a ver, sem pensar.



marcos de las estanterías. A lo lejos, en movimiento lentísimo, las olas se encaracolan en la dirección equivocada.

Las sombrillas del chino, a cinco euros, vuelven a lo largo de las fachadas como murciélagos estropeados, y entonces el aire se vuelve más rápido que el pensamiento: los árboles caen en la parte trasera, sobre la carretera. Se antoja, ahora, abrir las ventanas al viento y sentir su fuerza. Pero cómodamente se queda uno a ver, sin pensar.

## FISALIA<sup>1</sup>

La fisalia, sí, una *carabela portuguesa*, llegó a la costa en un remoto arenal del sudoeste. Llegaron los periódicos y las teves con todas las explicaciones, porque el bicho era raro y letal, con sus hidrodinámicos y ocultos dardos. Después de algunas —pocas— horas bajo la resolana, la fisalia se desvaneció, espantosa, en el límite ígneo de la marea alta, agua y misterios vaporizados con la vida.

El porqué de haber estado viva, aunque fuera sólo de agua, ninguna televisión supo explicar.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RAFAEL TORIZ

1 La carabela portuguesa (*Physalia physalis*), también conocida como fragata portuguesa, agua mala o falsa medusa, es una especie de medusa de la familia *Physaliidæ*. Se suele encontrar en mar abierto en las aguas cálidas del planeta, en especial en las regiones tropicales y subtropicales de los océanos Pacífico e Índico, así como en la corriente atlántica del Golfo. La carabela es un animal carnívoro (*N. del T.*).

## FISÁLIA

A fisália, sim, uma *caravela portuguesa*, deu à costa em remoto areal do sudoeste. Vieram os jornais e as têvês com todas as explicações, porque a bicha era rara e letal, com as suas hidrodinâmicas e ocultos dardos. Após algumas – poucas – horas à torreira, a fisália desvaneceu-se, espantosa, no limite ígneo da preia-mar, água e mistérios vaporizados com a vida.

O porquê de ter estado viva, embora apenas água, nenhuma televisão soube explicar.

# El mensajero

## MARIA JOÃO CANTINHO

EL VIEJO JOSÉ SE SENTÓ en el umbral de la puerta. Sus ojos estaban cubiertos de enormes cataratas y se fijaban en un lejano punto imaginario. Mientras estaba así, su existencia presente cedía lugar a la inmaterialidad pura del recordar. Su pasado se transformaba en la única vivencia posible del hombre viejo.

Desde el año anterior vivía solo. Unos habían partido lejos, otros ya no estaban entre los vivos. Ahora, ahí estaba él, esperando su propia muerte.

Mientras estaba sentado bajo la luz cálida del sol mediterráneo, frecuentemente dormitaba, pero ese sueño era, la mayoría de las veces, de tal modo profundo que soñaba por cortos periodos de tiempo, percibiéndolos como una eternidad. Durante la noche, el miedo al vacío lo poseía de tal forma que su cuerpo se volvía incapaz de ceder al sueño. Por eso se adormecía tantas veces durante y bajo la clara luz del día.

En la medida en que se iba volviendo más viejo y el rostro se le arrugaba como un pergamino, sus sueños se volvían cada vez más extraños y bellos, inquietándole intensamente el profundo significado de esos mensajes.

La noche cayó y con ella descendieron la oscuridad y el miedo. La extrañeza se instaló insidiosamente en todos los lugares y en todas las casas, cubriendo todo con su manto añil y etéreo, de puro silencio. La noche no vendría mansamente, seguida del triste crepúsculo, sino que caería abruptamente, informe en su materia, pegándose al rostro del mundo. Como una máscara definitiva, se cubriría del misterio de la sombra total, que nos parece normal apenas por el hecho de que nos hemos habituado a ella. Se injertó la falsa quietud en los cuerpos, como una fuerza terrible y oculta, volviéndolos desmesurados, artificiales y crueles, a la feble luz del claro de luna. Una neblina fría envolvía todo y el silencio se hizo tan pesado que no podía escucharse el propio latido del corazón. La consistencia misma

de las figuras le parecía despojada de sí misma y era como si las casas y las personas, las calles, no tuvieran identidad. José tembló y un escalofrío le recorrió toda la superficie del cuerpo, aunque el frío no se hiciera sentir.

En el centro de la plaza sonó un maullido. Largo y triste, interminable en la noche. Podía verle la mirada felina y desafiante, a través de la noche. Tal como había aparecido, de una forma súbita, también desapareció. José se lanzó detrás de él, en una persecución desenfundada e irreal, a través del espacio y del tiempo que los separaba. Mientras corría, las calles se agrandaban, se distorsionaban, y era difícil saber lo que veía. Entonces una enorme roca, densa y opaca, negra, se le atravesó. Formaba una vasta plataforma, sobre la cual se podía observar una forma femenina, vestida de blanco, a semejanza de las antiguas vírgenes vestales.

Frente a la extraordinaria visión, el hombre viejo se paralizó brutalmente. Era una mujer de belleza perfecta, lunar y fría. Tenía una piel magnífica, tan clara y transparente que se podían ver los filones azules, las venas, bajo la clara superficie de la piel. Y, luego, aquellos ojos negros, gélidos como el viento del Norte, asolando el rostro, ojos pétreos y fijos, dos banderas negras que ondeaban en la oscuridad. Traía los larguísimo cabellos amarrados en lo alto, formando una trenza. Sus labios, en su trazo fuerte y bien marcado, eran de un tono rojo oscuro, casi morado, tan bellos y fríos como las demás facciones del rostro, inolvidable visión de la terrible belleza. Las aletas delicadas de su nariz, alargada y fina, vibraban ligeramente. En algún momento, la fría belleza de la mujer se suavizó con la tenue luz de una sonrisa o de una desidia cercana a la comprensión. José pudo ver el rostro sobrenatural temblar como si golpes de aire, invisibles y fuertes, le fustigaran. Su cuerpo, alto y bien torneado, levemente anguloso y fino en los tobillos y demás articulaciones, hacía justicia a su rostro, con sus músculos firmes.

Entonces José asistió al más espantoso de los acontecimientos. Del rostro le brotaron pelos negros que la envolvían lenta e inexorablemente, primero el rostro, después, cubriendo todo el cuerpo. La boca se alargó hacia el frente, tomando la forma de un hocico animal. Comprendió, aterrado, lo que aquello significaba. Observaba una terrible metamorfosis y se perdía en el seno de un innumerable miedo, impotente de hacer cualquier cosa. Allí estaba, paralizado, inútil.

Lágrimas tristes escurrieron por el rostro animalesco de la mujer gato, prisionera de su condición. Un maullido triste invadió el paisaje lunar, como un llanto de un niño.

Al despertar, José estuvo durante mucho tiempo pensando en esa parábola soñada. El miedo que sentía se le pegaba a la piel, helado y viscoso, y, como no conseguía liberarse de él, entró en una apatía que lo volvía incapaz de hacer cualquier cosa. Entonces, paralizado de terror, se quedaba suspendido, como en un fragmento de tiempo cristalizado, sin pasado ni futuro, hueco e inerte. Y en ese abrazo del vacío, el terror lo amedrentaba, creciendo en él como enfermedad incurable.

Era una noche gélida y él se perdía en el desierto, deambulando a través, con el rostro petrificado y reventado por el pasado. Todo se volvió parte de la superficie ilusoria de una memoria total. El canto de las tinieblas se elevaba del desierto y él esperaba, escuchando. ¿Se interrogaría acerca del tiempo? Y sentía que era necesario persistir en esa búsqueda, pues la memoria era todo lo que le quedaba de sí mismo. Por eso era necesario persistir, buscar algo sin saber claramente qué, saber lo que había más allá de la memoria...

Lo que le quedaba, el cuerpo cansado y roído por el tiempo, se tumbó en el desierto helado y no conseguía erguirse ni mover siquiera un dedo. Sus ojos de hombre viejo se entreabrían, ofuscados por el poder terrible de la luz inmensa e intolerable. Vio el bulto blanco y resplandeciente que caminaba en su dirección, desfigurado por los brillos reflejados de la luna clara. Blanca, lenta e inexorable, ella caminó, con pasos seguros y calmados. Lo cubrió con su cuerpo suave y cálido, y sus ojos negros y danzantes le penetraron por dentro del alma, poseyéndolo. El inaudito terror que sintiera, en su cercanía, se desvaneció cuando adentro de él ella sumergió su mirada oscura. El calor irradió arriba del cuerpo, llegando por los pies, haciéndose acompañar de una progresiva pérdida de fuerzas. Dejó de escuchar y sentir el latido del corazón y la sangre se paralizó en las venas, sin ruido, sin nada. El silencio sobrevino, mortal, hecho de oscuridad total. En una mirada final, él vio, ya no el rostro lunar y perfecto de la semidiosa, más bien una horrible y aterradora cabeza de gato, cintilando en los ojos de la muerte.

No despertó. Y nunca hubo quien fuera capaz de explicar por qué motivo un gato negro se encontraba acunado en su regazo. Lo cuentan aquellos que lo vieron y no los que saben ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

# En un único movimiento

AURELINO COSTA

## I. DESTINO

La voz almejada de los pescadores  
penetró en mi casa  
un vidrio rasgó el silencio  
en la fístula del postigo...

vinieron de las dunas los hombres  
trajeron cargados  
la nuez moscada de las indias  
el peligro de un batracio  
y algo de arena en sus zapatos...

---

## EM UM ÚNICO ANDAMENTO

### I. DESTINO

A voz amiçoada dos pescadores / entrou-me pela casa / um vidro  
lacerou o silêncio / na fístula do postigo... // vieram das dunas os  
homens / trouxeram carregados / a noz moscada das índias / o peri-  
go de um batráquio / e alguma areia nos sapatos... // puseram-se nus  
ante o sol / ali estiveram olhando o azul / dos náufragos, que por

pasaron desnudos ante el sol  
allí estuvieron mirando el azul  
de los náufragos, que por azar  
no llegaron a la costa, antes de la hora...

escuchaban, ruidosos, un sepulcro  
fósforos ardientes en la desnaturalizada  
presencia de los amantes...

sacrificándose, como gatos vigorosos  
en un mirar tan tierno y provocativo  
miau, miau en el oscilante tanatorio  
entre gritos que superaban el miedo...

---

sorte / deram à costa, antes da hora... // escutavam, ruidosos, um  
sepulcro / fósforos ardentes na desnatura / presença dos amantes...  
// sacrificando-se, como gatos viçosos / num olhar tão terno e provo-  
catório / miau, miau no oscilante tanatório / entre gritos superado-  
res do medo...

## II. RÉQUIEM

Un rostro se emancipa  
y el brillo lunar coagula  
en el pedúnculo inclinado  
la señal de la paz

Los ojos en la Herrumbre  
entibian el silencio

El cálido gozo fallece  
en lo azucarado de la lengua  
entre pechos que se ofrecen  
a la frescura de los dientes

La piedra escruta el tiempo  
desde la puerta fija  
a la náusea de los goznes tensos...

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE MARIO MORALES

## II. REQUIEM

Um rosto emancipa-se / e o luar coagula / no pedúnculo vergado / ao  
sinal da paz // Os olhos em Verrugem / amornam o silêncio // O cá-  
lido gozo falece / no açucarado da língua / entre peitos que se ofere-  
cem / a frescura dos dentes // A pedra perscruta o tempo / desde a  
porta fixa / à náusea dos gonzo tensos...

# La diferencia entre mirar a la muerte y ejercitarse en la muerte

## MARIA FILOMENA MOLDER

*Ingenui est cui multum debeas,  
et plurimum velle debere.<sup>1</sup>*

MONTAIGNE, «Sur la mort d'un ami»

### 1

SINTIENDO CONTINUAMENTE (por lo menos desde 1577) en la garganta y en los riñones la mordedura de la muerte, Montaigne considera indiferente morir en la patria o fuera de ella, pero si tuviera que escoger, lo que le gustaría sería morir a caballo «fuera de mi casa y alejado de los míos. Hay más aflicción que consolación despidiéndose de los amigos [...] y me olvidaría de buen grado pronunciar ese eterno y gran adiós» (*Essais*, III, IX, 956). Por más que la ensayemos, nunca estamos preparados para la despedida final, para ésa no se conoce ejercicio, es, de verdad, la fuente de la aflicción, es en ella que se explica el misterio de la desaparición. Montaigne conoció una despedida que lo obligó a una transformación de vida.

### 2

«ES VERDAD, MONSEÑOR, teniendo yo la memoria corta, y ajada aún con la turbación por la cual mi espíritu debía de pasar, debido a una pérdida hartamente pesada, y tan sustancial, que es imposible que yo no haya olvidado muchas cosas que querría fuesen sabidas. Pero de aque-

<sup>1</sup> «Es propio de un corazón noble querer deber más a aquel a quien mucho debe». Palabras que, en su lecho de muerte, La Boétie dirige al tío, después de pedirle que le cubriera los hombros, esto a pesar de la presencia de un criado.

llas que retuve en el recuerdo, he de enviarlas tan fidedignas cuanto me sea posible». Éstas son las palabras iniciales de la carta que Montaigne escribe el 19 de agosto de 1563 a su padre, relatándole de la muerte de Étienne de la Boétie, ocurrida precisamente en la madrugada del día anterior.

Se trata de una descripción que sigue, vigila, pierde, malinterpreta, asombrada y contenida, deshecha y lúcida, impotente, los pasos de la agonía de su amigo, y que fue terminada de imprimir siete años después, el 24 de noviembre de 1570.

### 3

**CIENTOS DE AÑOS** anterior a las epopeyas griegas, la *Epopéya de Gilgamesh* es el primer texto literario conocido y, simultáneamente, la primera presentación del reconocerse,<sup>2</sup> que se anuncia al desencadenar el temor por la muerte propia, llevando a Gilgamesh al proyecto de un largo viaje en busca de la inmortalidad (el subtítulo de la traducción francesa de Jean Bottéro reza así: «El gran hombre que no quería morir»), tras haber —y a causa de haber— presenciado la muerte de su amigo íntimo, Enkidú.

Ese largo viaje es saldado por el fracaso, pero su resolución se traduce por la aceptación del fracaso, movimiento cuya mediación es exclusivamente de tenor literario, es decir, de vuelta del largo viaje a las puertas de su ciudad, el príncipe, que es al mismo personaje y narrador, se sienta a la orilla de su muralla y escribe todo lo que le sucedió durante el viaje, finalizando con una alabanza, con la que, de hecho, se inicia igualmente el poema, de la ciudad amada, Uruk. Las afinidades entre el poema y el proyecto de los *Ensayos* de Montaigne son notables, en el sentido de que la visión de la muerte ajena marca y altera para siempre la vida y la conciencia de ella. Montaigne escribe no para enseñar sino para relatar, y en ese relatar está puesta la intención de pagar una deuda que quedará siempre por saldada, a no ser por aquella parte suya en que el corazón se obliga a revelarse figuran-

2 Debo esta interpretación a Franz Rosenzweig en *Der Stern der Erlösung*, donde, además de esto, se defiende la tesis de que el acceso al «reconocerse», el descubrimiento del *Selbst*, del sí mismo, sólo puede ser poética —aparte del *Gilgamesh*, otro ejemplo es la tragedia griega —y, agregó yo, de matriz dramática, en la medida en que los personajes actuando unos sobre otros nos muestran el modo con que se hace un cargo de la vida, esto es, el sí mismo escapa al dominio exclusivamente conceptual.

do, contando, pintando, resolución literaria que no anestesia el escándalo de la muerte ajena y el terror de la muerte propia, aunque da forma comunicativa a aquello que sólo se conoce por iniciación, la confrontación con nuestra propia vida.

### 4

**PREPARARSE PARA LA MUERTE** forma parte, desde Platón, de los ejercicios propios de la filosofía, si no es que es su ejercicio por excelencia, el cual entre los griegos no puede excluirse de una figura resoluble con la cual la vida se presenta. En ese sentido, el viaje que el alma realiza y es descrita en el *Fedón* (67e), el viaje que nos conduce a nuestro interior, también es una forma dramática, es una forma de poner en escena aquello a lo que llamamos el «reconocerse», que se realiza al habituarse a la imagen de la muerte. En griego, *habituarse* se dice *meletáw*, que también significa «cuidar de», «curar», «ocuparse», «ejercer», «ejercitarse» (en el arco, por ejemplo). Cuidar eso, que también se comprende como combate contra el olvido, lo que quiere decir que el saber en cualquier momento nos puede abandonar (cfr. *Banquete* 208a).

### 5

«**NUESTROS PADECIMIENTOS** han menester de tiempo, el cual es tan corto y tan precipitado en la muerte que es forzoso que ésta sea imperceptible. Son las aproximaciones de la muerte las que debemos temer, y éstas son susceptibles de ser experimentadas». A esta experimentación de las aproximaciones de la muerte, a este poner a prueba nuestros temores, a este ejercicio de dominio del tiempo, como duración de nuestros dolores y anticipación de éstos, llama Montaigne ejercitación. A él consagra la sección sexta del libro II de los *Ensayos*.

Es destacable, por lo tanto, que la ejercitación no nos puede ayudar en la muerte, esto es, no podemos ir a su encuentro y deliberadamente exponernos a las dificultades, en la expectativa de no ser sorprendidos por ella. Una vez idos no volvemos: «sólo la podemos ensayar una vez —cuando llegamos a ella, todos somos aprendices». De aquellos que degustaron y saborearon la muerte ninguno «volvió acá para darnos noticias». La verdad, no se puede sacar enseñanza de la muerte. Y, sin embargo, «me parece [...] que existe alguna posibilidad de familiarizarnos con la muerte y de, hasta cierto punto [*aucune-*

ment] ensayarla». *Aucunement* significa «hasta cierto punto», es posible experimentar la muerte, esa fortaleza inexpugnable excepto para aquellos que encontraron las puertas abiertas, en la medida en que se consiga vislumbrarla, haciendo el reconocimiento de sus vías.

En esta imagen montaigniana se libera, vehemente, el resplandor paradójico al que la muerte obliga, resquebrajando cualquier tentativa conceptual que no sea la de *aucunement*, expresión que es, sin duda, el sello, el contraste propio de este orfebre. Todos los conceptos a determinar en su pensamiento pertenecen a esta especie particular, la de la aproximación a nuestra existencia en todos sus puntos y perspectivas, evitando arruinarla irremediabilmente.

En ese sentido, «hasta cierto punto» apunta para el único cuadro en que nuestra comprensión se revela fértil, al mismo tiempo que invalida el escepticismo nihilista, vinculando entre sí una advertencia severa y un propósito esperanzador.

Hay una conciencia aguda de que después de esta vida entramos en un «estado eterno», y de que la naturaleza, en su astucia benévola, se encargó a través del sueño de hacernos «acostumbrar a él y de quitarnos el miedo de él», astucia a la que nuestra imaginación, sin embargo, no es afecta, pues por la fuerza de nuestra aprensión duplica «la verdadera esencia de las cosas», de tal modo que se puede llegar a suponer que la preparación para la muerte está incluso consensuada y engastada en esa fuerza, revelándose vanos todos los preparativos para enfrentarla. Montaigne espera llegar a tener esa revelación.

El recuerdo brutal del accidente, que le dio acceso a la fortaleza de la muerte, se agravó indeleblemente en su alma, pues se representó «el rostro y la imagen de la muerte muy cerca de lo natural» y fuera de la jurisdicción imaginativa, de ahí la posibilidad de reconciliarse con ella.

Refiriéndose al modo como se sentía, a la languidez que la extrema flaqueza le procuraba, ahondando en una suave anestesia, confiesa que «habría sido una muerte feliz», pero pasadas algunas horas, cuando las funciones del alma resurgieron al mismo ritmo que las del cuerpo, «me cuidé de volver a morir en otra ocasión, pero, esta vez, de una muerte más viva».

No obstante, aquella reconciliación sólo gana cuerpo verdadero, a partir del momento en que Montaigne puede contar cómo habían pasado las cosas, en que las puede dar a conocer, él, que no conseguía

mayor tormento, mayor agonía que «tener el alma viva y afligida pero sin medios para expresarse», de modo que las palabras arrancadas a la fuerza a los enfermos no «constituyen una prueba de que estén vivos, por lo menos, plenamente vivos», son antes gestos oníricos, movidos por el hábito, acciones espectrales, pues los movimientos sólo se revelan nuestros si estamos enteramente empeñados, comprometidos con ellos (y es en eso que se reconoce una auténtica expresión): ésa es la condición de nuestra existencia, mejor, ésa es la condición de la existencia en cuanto nuestra. Contra toda la evidencia, fue ése precisamente el caso de las últimas palabras de La Boétie.

## 6

**UNA MUDANZA** sin nombre ni calidad presentida en el rostro de La Boétie, que se acostara vestido, alerta. Montaigne que, respondiendo al llamado de los familiares, acaba de llegar a su casa. Estamos en el día 10 de agosto de 1563, el amigo le pide que se quede. Dos días después va a encontrarlo con el mal empeorando, debilitándose ostensiblemente. Al día siguiente tampoco se quedó con él. El sábado, día 14, La Boétie se presenta extremadamente abatido: «Me dijo que su enfermedad era ligeramente contagiosa, y además, que era desagradable, y melancólica [asociada a la bilis negra]; que él conocía bastante bien mi manera de ser, y me pedía que no estuviera con él sino de tiempo en tiempo, pero cuantas veces pudiera. No lo abandoné más» («Sur la mort d'un ami»).

El domingo, La Boétie sufre la primera serie de visiones; habiendo vuelto en sí, cuenta que le pareció estar entre una gran confusión, envuelto por una nube espesa y una neblina oscura, donde todo se mezcla sin orden, pero que eso no le era del todo desagradable: «La

*¡Cómo son inoperantes estas palabras*

*para dar cuenta del inmenso dolor de los que*

*están viendo partir, y cómo son desgastadas*

*para dar cuenta de la angustia del que da*

*su última despedida!*

muerte no tiene nada peor que eso, le dije entonces. Y no tiene nada el que sea tan mala, respondió él» (*ibidem*).

Ese mismo día, contrariando la serenidad y casi dulzura de las palabras cambiadas, La Boétie comienza a perder las esperanzas de su cura, además de inquietarse por las flaquezas que mostró. Montaigne lo sosiega, por tratarse de accidentes comunes a aquellas enfermedades. Entre los dos, se inicia el juego entre aquel que teme perder y aquel que, admitiendo haber recorrido ya la mitad del pasaje, no corre para obtener el primer lugar, y si fuera a decidir, aún se quedaría más tiempo entre los suyos, en particular, su tío y su mujer, y sobre todo el amigo dilecto. Montaigne lo advierte de la necesidad de regularizar todos sus asuntos, y La Boétie redacta su testamento: «Mi tío, mi mujer<sup>3</sup> [...] habiendo aprendido hace mucho, tanto por larga experiencia como por largo estudio, la escasa seguridad que cabe a la inestabilidad e inconstancia de las cosas humanas e inclusive de nuestra vida, que no es tan cara, y que, todavía no es sino humo y cosa ninguna [...]» (*ibidem*). ¡Cómo son inoperantes estas palabras para dar cuenta del inmenso dolor de los que están viendo partir, y cómo son desgastadas para dar cuenta de la angustia del que da su última despedida!

Al amigo, La Boétie entrega una deuda por saldar: «Mi hermano, le dice, que amo tan afectuosamente [...] os suplico como señal de mi afecto por vos, que aceptéis ser el sucesor de mi biblioteca y de mis libros, que os doy [...] Eso será para vos un *mnemósynon tui sodalis* [un recuerdo de tu compañero]». Aparentemente, La Boétie presentaba señales de mejorías, vigor en la voz y en las palabras, firmeza en el rostro. Pero el latido del pulso, que Montaigne esperanzado vuelve a medir, le oprime el corazón.

Al día siguiente, otro desacierto confirma la inoperancia de los propósitos serenos y esperanzados, de las palabras medidas y equilibradas —«estoy seguro de que voy a encontrarme a Dios y la morada de los bienaventurados»— que se desvanecen, se sofocan frente al exceso de la desaparición. A la impaciencia de Montaigne en relación con ellas, responde La Boétie con una punzante interrogación: «¿Qué os pasa, hermano mío, me queréis infundir miedo? ¿Y si yo lo tuviese, quién podría quitármelo?» (*ibidem*). La Boétie naufraga, destrozado entre la voluntad

3 A quien llama «ma semblance», como muchas veces sucedía, y que Montaigne dice ciertamente proceder de una antigua alianza entre ellos.

de ceder a la muerte, el deseo de ver cesar sus tormentos, y la desesperación de tener que abandonar aquello a lo que aún no se habituó.

Al comienzo del martes, día 16, parece reconciliado, repitiendo que puede llegar, que lo encontrará bien dispuesto y con pie firme. Aunque, durante la noche, el rostro comenzaba a ser robado a la vida, pareciendo una sombra y un espectro más que un hombre. Y tiene lugar la segunda serie de visiones, efectos maravillosos de la imaginación que, a pesar de ser muy exigido por Montaigne, él no podrá recobrar, de tal modo son admirables, infinitas e indecibles.

En medio de estertores punzantes, de las estocadas de la muerte que lo herían, cada vez más certeras y opresivas, La Boétie, entre otras cosas, comienza y recomienza a suplicarle con intensa pasión que le diese un lugar, y como Montaigne, intentando calmarlo, le hiciera dulcemente sentir que no se dejase arrastrar por el mal, que sus palabras no eran las de un hombre entendido, el moribundo se llena de impaciencia por la incompreensión y exclama: «Hermano mío, hermano mío, ¿me niegas, entonces, un lugar?». Montaigne se pone entonces a buscar argumentos sobre la relación entre los cuerpos y el espacio, para convencerlo, a lo que La Boétie concede un «está bien, está bien», y responde con otra argumentación: «ocupo un lugar, pero no es ése el que necesito, y, en pocas palabras, ya no tengo ser». A lo que Montaigne agrega, consolándolo inoportunamente, que Dios le dará en breve uno mejor. Incluso sabiendo que no es eso lo que está en juego, La Boétie acepta, desiste, ya sin tiempo ni fuerza, diciendo que hace tres días que está, él mismo, convenciéndose.

Muere a las tres de la mañana del miércoles, día 18 de agosto, «después de haber vivido treinta y dos años, nueve meses y diecisiete días». Montaigne no estaba en ese momento junto a él.

## 7

**MUERE SOLO** —pieza en un acto con un solo personaje—, hay que prepararnos para eso. Pero no hay modo de prepararnos para la muerte ajena. En relación a la muerte de los otros, en el caso límite supremo en que ese otro es el más amado, sólo se puede asistir, ninguna lección —justo lo que, falso, se destila del poder alabar e imitar la serenidad y la valentía presenciadas. Asistir a la muerte implica una exigencia por cumplirse: explicar la sutura que, habiendo sido apagada por entrega recíproca, se abrió irremediamente: la deuda por

pagar que sustenta todos los pasos de Montaigne, cuya vida «desde el día en que lo perdí» no es sino «humo, una noche oscura y dolorosa. *Donne-moi une place !* Es en la vida que se halla el lugar, y no en ese entendimiento de la vida en que aparece como ejercitación, como dominio creciente de las aproximaciones de la muerte —e inclusive sabiendo que no es posible establecer una línea de separación clara, en la medida en que las aguas de una y otra se mezclan—, en la vida, en la que se obedece a la voz de alguien: ¡Recuérdame! La biblioteca de La Boétie, recibida como herencia, es el símbolo de eso, *mnemósyon* le llamó él, al donarla al amigo: «yo, a quien, con amorosa estima, él, con la muerte en los dientes, constituyó, por testamento, heredero de su biblioteca y de sus papeles» (*Essais*, I, 28).

«¡Dame un lugar!», pide La Boétie a Montaigne en la última tarde de su vida, ese pedido definitivo, repetido de un modo tan punzante mientras Montaigne, ciego y afligido, no lo consigue descifrar, creyendo que el amigo, al pedirle aquello que aún tiene y ocupa, perdió las reglas de su juicio.

La Boétie pide cualquier cosa a Montaigne, lo que sabe sólo el amigo, y únicamente él puede dar, pero no consigue obtener ni la más tenue comprensión.

## 8

**HAY UN MOMENTO** en nuestra vida —que sólo formalmente podemos anticipar— en que nos reconocemos, en que nos descubrimos como nosotros mismos, nos sorprendemos y somos sorprendidos por el propio ser, sorprendemos a la soledad y anticipamos la muerte solitaria. Reconocerse puede ocurrir al momento en que se ve a la muerte aproximarse a alguien, la muerte ajena y no la nuestra: vemos la muerte sobre el rostro de alguien que amamos y la visión de la propia muerte irrumpe inextinguiblemente.

Montaigne junta el dar ayuda, el asistir a la muerte ajena, al ejercicio de familiaridad con la muerte, aquello que llama «ejercitación», y que no sólo es la forma suprema del cuidado de sí, porque hay otra que se le adelanta, la de no olvidar, la de dar un lugar a aquel que se despidió eternamente de él.

Por eso, no se vislumbra en Montaigne cualquier tentación de solipsismo, contenida en la actividad contemplativa, de que el *Fedón* de Platón, en el cual se describe el ejercitarse en el viaje de la muerte que

permite al alma solitaria acceder a su interior, conocerse, es el ejemplo original. Inversamente, en Montaigne el propósito de conocerse a sí mismo se engendró en la experiencia de asistir a la muerte del otro, haber quedado vivo obliga a no ceder al sentirse perdido; la anticipación de la muerte es incesantemente combatida, menos por la ejercitación que por el esfuerzo de no olvidarse, que se alía magnéticamente a la búsqueda de la inmortalidad, a la aceptación de lo irreductible. Y todo eso debe explicarse, contarse, encontrando las figuras protectoras, basándose en palabras ajenas.

Como escribió en el libro III, cap. 9, «los lugares embrujados y habitados por personas que nuestra memoria convida, nos conmueven mucho más que escuchar narraciones de sus actos o leer sus escritos». Es también ésa la compañía que le reserva a Étienne de La Boétie.

## 9

**SE TRATA DE RECIBIR** la comunicación de un secreto, en el que se conjugan ver cualquier cosa y hacer cualquier cosa, sobre todo en el sentido de hacer cualquier cosa por sí mismo, ser sometido a cualquier cosa o persona, y guardar eso para sí hasta el momento en que otro recibirá la comunicación de ese secreto. En el caso de Montaigne, esa comunicación es de naturaleza literaria. En verdad, aquel secreto no puede ser compartido en una comunidad, toda vez que se trata del reconocimiento del propio yo como un enigma, sellado por una juntura entre dos, cuya sutura fue enteramente absorbida al perderse en otro, que mantenía íntegros a Michel y Étienne. Presenciamos aquí el gran milagro de la duplicación: el descubrimiento de que el otro no es sino yo. Saber el nombre del amigo fue esencial: «Nos abrazamos por nuestros nombres», habiéndose buscado aún antes de haberse encontrado (*Essais*, I, 28).

Este reconocimiento sólo tomó ventaja expresiva en Montaigne, luego de haber pasado por la terrible prueba de aquellos días de agosto, en que se abrió una herida, cuyas cicatrices nunca más se cerraron. Todos los días que le siguieron fueron henchidos por la resolución de investigar sus signos en todas las direcciones posibles •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



# LUÍS QUINTAIS

## LEJOS DEL PARAÍSO

Amamos a una mujer, luego un continente perdido.  
Al final, fuimos nosotros que perdemos el norte.  
Alguien abre la puerta, el viento del desierto  
sopla dentro de la sala, como llevados lejos  
del paraíso, improbable ficción consentida.

Marcamos el tiempo, el compás.  
La música después del silencio sabe la áspera notación,  
incontenida furia tomando por asalto las arterias  
que insisten con su oficio de cosas  
vivas y frágiles.

## LONGE DO PARAÍSO

Amamos uma mulher, depois um continente perdido. / Afinal, fomos nós que perdemos o norte. / Alguém abre a porta, o vento do deserto / sopra dentro da sala, somos levados para longe / do paraíso, improvável ficção consentida. // Marcamos o tempo, o compasso. / A música depois do silêncio sabe a notação desabrida, / incontida fúria tomando de assalto as artérias / que insistem no seu ofício de coisas / vivas e frágeis.

## EUROPA

Una mujer lee a Goethe  
sentada en el umbral de la biblioteca.  
Goethe es la casa de la literatura

y ella lee *Viaje a Italia*  
con denodada atención.  
Cruza la pierna, de la izquierda

a la derecha, de la derecha  
a la izquierda, el rostro tenso,  
subrayando la concentración.

En la mano asoma nervioso  
el lápiz, que luego subrayará  
las proposiciones que la memoria

enaltece. Los labios se mueven  
labios de niña aprendiendo a leer,  
regreso a un origen.

que se repite a cada lectura,  
lo que define al clásico.

La escritura es lenta, voraz, física,

## EUROPA

Uma mulher lê Goethe / sentada no átrio da biblioteca. / Goethe é a casa da cultura // e ela lê *Viagem a Itália* / com denodada atenção. / Traça a perna, da esquerda // para a direita, da direita para / a esquerda, o rosto tenso, / sublinhando a concentração. // Na mão assoma nervosa / o lápis, que adiante sublinhará / as proposições que a memória // enaltece. Os lábios movem-se, / lábios de criança aprendendo a ler, / regresso a uma origem // que se repete a cada leitura, / o que define o clássico. / A escrita é coisa lenta, voraz, física, // coisa de vísceras e de sentidos / despertos, geografia do indefinível / que se define a cada leitura. // Reparo na ausência, no ensimesmado / restolhar das páginas, no cabelo cinza / da mulher lendo Goethe, a casa da cultura.

cosa de vísceras y sentidos  
despiertos, geografía de lo indefinible  
que se define a cada lectura.

Reparo en la ausencia, en el ensimismado  
rumor de las páginas, en el cabello cano  
de la mujer leyendo a Goethe, la casa de la cultura.

### BÁRBARA LÍRICA

*Die Zaubeflöte*, padre. No lo dices así.  
Yo tampoco sé alemán,

pero sé que cantarás por la tarde,  
y te oiré en el garaje durante ese ensayo

último y mortal.  
El mundo acabará y volverá a empezar

en un ciclo de alucinaciones y sutiles tonos  
de voz, que tú dominarás.

Las sombras caerán sobre el presente  
donde te escucho. Eres puro brillo

que un sueño de eternidad aún compone.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

### BÁRBARA LÍRICA

*Die Zauberflöte*, pai. Não o dizes assim. / Eu também não sei alemão, // mas sei que irás cantar pela tarde, / e ouvir-te-ei na garagem durante esse ensaio // derradeiro e mortal. / O mundo acabará e recomeçará de novo // num ciclo de alucinações e subtis tons / de voz, que tu dominarás. // As sombras cairão sobre o presente / onde te escuto. És o puro brilho // que um sonho de eternidade ainda compõe.

# Fotobiografía virtual

GERMANO ALMEIDA

Tuve derecho a la primera fotografía de mi vida allá por los seis o siete años. Nos fue tomada, a mí y a Hito, por el padre Higinio, un capuchino que de tiempo en tiempo visitaba Boa Vista con el objetivo de bautizar a los niños, casar a la gente, poner al día las confesiones y las comuniones y encomendar a los fallecidos durante su ausencia.

La madre de Hito, doña Tchutcha, había llegado a nuestra isla como la primera profesora normalista en ser mandada para allá, como le gustaba decir, chasqueando el pulgar en el gis, y estaba allí para dar el segundo grado de instrucción primaria. Era una mujer alta y flaca, madre de tres hijos, siempre sonriente, que se rehusaba a usar la vara de membrillo o la palmeta para castigarnos. Hito era el tercer hijo y era muy pequeño para su edad; no obstante la diferencia de tamaño, pronto nos hicimos amigos inseparables, tan amigos que no dudé en enseñarle a ayudar en misa y permitir que, en mis ausencias e indisposiciones, me sustituyera junto al padre Higinio en la homilía. Esto sucedió hasta que me sentí superfluo y ofendido por doña Tchutcha, y en venganza no sólo le retiré a Hito mi confianza, sino también la distinción del manto rojo que tanto le gustaba.

Todo fue por causa de una broma inofensiva: en aquel tiempo bastaba frotar un cerrillo en cualquier superficie rugosa para encenderlo. Me acuerdo de la admiración y envidia que teníamos de los fulanos habituados a andar descalzos por los campos en medio de pedregales y que tenían la planta de los pies tan hecha suela que les bastaba una pequeña fricción para encender los cerillos. Un día estaba yo perfeccionando el truco cuando Hito apareció y, como en una especie de código fraternal, le tiré un cerillo encendido. Con tan mala suerte, sin

embargo, que le entró por el cuello de la camisa junto al pescuezo y bajó por la espalda. Su reacción instintiva fue huir en carrera loca. Corrí tras él, pero cuando lo alcancé ya estaba chamuscado. Una cosita de nada, nomás, apenas un susto que creí que quedaría entre nosotros como un secreto. Pero no, pronto fue a contarle a su mamá. Luego, otro día que fui a buscarlo a su casa, doña Tchutcha, siempre sonriente, me acusó de haber querido incendiar a su hijo. Me llamó endemoniado y dijo que le tenía prohibido a Hito jugar conmigo.

Después del padre Higinó pasaron algunos años, y es natural que la fotografía de cuerpo completo no haya sido la segunda en mi vida. Pero ésa es la que recuerdo mejor, por ser una fotografía de estudio que requería un armatoste especial. En aquel tiempo no había fotógrafos profesionales en Boa Vista, de modo que cuando se viajaba a Praia o Vicente era usual hacer aquello conocido como fotografía de pose. Respeté la tradición y luego de que empecé a trabajar pude mandar a hacerme una. Y también porque estaba en camino de ser conscripto, y ya se sabe que a veces el diablo mete la cola y por lo tanto era necesario dejarle algún recuerdo a la familia.

Mi poeta acostumbraba lamentarse no haber tenido el cuidado, a su debido tiempo, de recoger fotografías de niños de diferentes edades parecidos a él con miras a su futura fotobiografía, cosa que terminaría por sucederme a mí. Esto fue debido a que, al contrario de él, mi entrada al mundo, si no de la escritura por lo menos sí de la publicación, fue muy tardía y se debió a una gran serie de azares, así que la hipótesis de escribir una autobiografía nunca me pasó por la cabeza. Y es que, teniendo desde siempre por un simple contador de historias, cuando me faltaban oyentes me las contaba a mí mismo y no pocas veces en voz bien alta. Fue gracias a esa manía de hablar solo, aliada al hábito que tenía de andar siempre con un libro metido en el pantalón y escondido entre la camisa, que me gané la reputación en la isla de no estar muy bien de la cabeza.

Mi primera incursión en el mundo de la escritura fue a causa de un naufragio en una noche de temporal, de un barquito de pesca con unos diez hombres a bordo en un viaje Boa Vista/Sal. En ese momento yo debía tener catorce o quince años y me acuerdo todavía de ellos por los nombres propios: Manuel de Tetige, el maestro, joven capitán de islas y costas, casado con Ti Cola, una mujer pavorosamente hermosa y de una sonrisa mansa que poblaba los sueños de nuestra adolescencia. Nho

Banda y su hijo Roque, ambos pescadores, él llegado de Santiago hacía tantos años que ya era parte de la familia de los cabreros, un carpintero portugués de nombre Virgílio... Sólo Roque, más o menos de mi edad, escapó con vida, incluso sin un rasguño, un verdadero milagro que él no supo explicar de pie; decía apenas que una ola lo había levantado y dejado entre las piedras donde lo habíamos encontrando temblando de frío. Virgílio murió en la playa, pobre, nadando horas y horas en un mar donde se habían soltado las furias, y sin embargo logró llegar vivo a tierra firme. Cuando lo encontramos todavía respiraba, pero apenas duró vivo el tiempo para que Isabel, su mujer, llegara y lo abrazara a los gritos.

Fue con esos naufragos que descubrí el placer de contar historias por escrito. Todo a lápiz porque, aunque tenía acceso a una máquina de escribir, su sonido me impedía agrupar las ideas. De cualquier manera, le tomé gusto a la cosa, y ya espoleado escribí sobre todo lo que se me vino a la cabeza y hasta a versar, que no a poetar, me atreví. Me acuerdo todavía de un largo poema de amor que le dediqué a una compañera de nombre Valentina, «¡Sentado en la roca de Piedra Alta, pienso en ti!». Se lo ofrecí pasado en limpio en un cuaderno de papel pautado, pero ella apenas lo husmeó y luego lo rechazó, dijo que tenía flojera de leer versos, más aún escritos a mano y en una caligrafía horrible. Yo quedé un poco azorrillado y por eso nunca llegué a decirle que estaba enamorado de ella.

De la tropa en Angola también tengo algunas fotografías con compañeros, en el cuartel y en el bosque. El fotógrafo era un sargento de carrera, responsable del economato, y que había montado un cuarto oscuro en un rincón del depósito de ramos generales, y no sólo nos vendía carísima cada fotografía, le gustaba engañar en las cuentas, siempre a su favor: nueve y tres, trece, decía en voz alta, ... ¡ah, mierda, ya me estaba confundiendo, engañando, nueve y tres, catorce! Disculpe, mi sargento, ¡pero nueve y tres son doce! ¡Me estás llamando mentiroso, mira que soy tu superior, no me quieres de enemigo!

Para matar los largos tiempos inútiles de los cuarteles, comencé a recrear mi infancia de fantasías, cuyas páginas, sin embargo, se fueron quedando no sé por qué en maletas, cajones y lugares, incluso porque consideraba que esas historias eran demasiado locas para ser contadas. Eso fue hasta que me crucé con *Cien años de soledad* y, entre otras cosas, con el hilo de la sangre que recorre todo Macondo y entra en la

casa de Úrsula y camina junto a las paredes hasta encontrarla en la cocina para avisarle de la muerte de José Arcadio.

Después de leer a García Márquez volví a las historias para escribirlas y cuando consideré que eran publicables les di el nombre de *Historias de Boa Vista*. Sin embargo, mi amigo João Nuno Alçada, entonces agregado cultural en la Embajada de Portugal, receló de mi título: van a pensar que son historias del Club de Fútbol de Boa Vista, me dijo. Y sugirió *Historias verídicas de la isla fantástica*. Fue Zeferino Coelho, mi editor en el camino, quien propuso recortar el título y dejarlo en *La isla fantástica*.

No obstante, no puedo dejar aquí de reconocer públicamente que fue la computadora lo que revolucionó mi escritura, especialmente a través de dos funciones extraordinarias: no hacer ruido y permitirme borrar y volver a escribir como si nada hubiera existido antes. Recuerdo también que cuando por primera vez me encontré con la hoy ya célebre pieza de museo de nombre Amstrad<sup>1</sup>, sentí que, ahora sí, escribir historias con la intención de publicar ya había dejado de ser una mera posibilidad. Por lo demás, admito que el *Testamento* ha sido el primer libro caboverdiano escrito en computadora. Y, por si acaso, también el último en ser impreso en tipografía. Luego de él fue cuando entramos definitivamente en la era del *offset*.

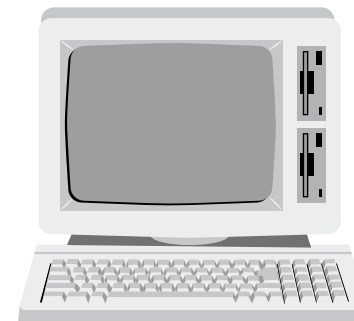
En nuestras noches de luna y calor en la Boa Vista de mi infancia, nos sentábamos a la puerta de la casa después de la cena para oír a los mayores contar historias: Nho Quirino, Moriçona, Niche de ti Dodó... Cada uno tenía su propia especialidad. Por ejemplo, Nho Quirino, hombre leído, con una cultura inusual para un trabajador rural, poseedor de un viejo y cochino ejemplar del *Lunario perpetuo*, tendía más hacia los episodios de historia universal, particularmente las novelas de caballería que dominaba con maestría. Já Moriçona, casi analfabeto, se inclinaba hacia los masones y pateados saliendo o entrando en el mar en las noches de luna llena, todos vestidos de blanco y montados en enormes y bellos rocines blancos con sillines, frenos y espuelas en oro trabajado;

1 Amstrad cpc (acrónimo del inglés Colour Personal Computer) fue una serie de ordenadores personales de 8 bits producidos por Amstrad durante la década de 1980 y a principios de la década de 1990. (N. del T.).

Niche era versado en brujas y cachorronas<sup>2</sup>, que él sin temor y como costumbre perseguía para cortarles la cola y a veces incluso las degollaba, siempre sin dejar rastros de sangre o ni marcas de los asesinatos.

Contar historias es un placer que no se compara con estar horas y más horas delante de la computadora en busca o a la espera de inspiración. Ni con esa famosa angustia de los creadores que sienten sobre sí la responsabilidad de transportar el peso del universo o de conducirlo a uno cualquier destino. Los intelectuales con los que primero me despojé y aprendí del mundo del cual Boa Vista era el centro fueron Nho Quirino, brazal de nuestra casa, callado durante el día para toda obra, pero a la nochecita más elocuente que cualquier político hocicón; Moriçona, capador y matador de puercos, decía tener profesión de «cataador» porque vivía cachetonamente de las pequeñas chambitas que le pedían hacer; y Niche, pastor de cabras y cuidador de las palomas de Boa Esperança. Todavía hoy, cuando me preparo para contar una historia, tengo presente a un oyente, pero particularmente invoco a esos maestros de imaginación fértil y carcajada fácil que entendían y practicaban el lúdico juego de la vida •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RAFAEL TORIZ



2 Las cachorronas son seres sobrenaturales con aspecto de perro gigante que atacan a las personas de noche. Se supone que son el espíritu de las mujeres que cumplen penitencia por haber abortado a sus hijos. Se trata de una leyenda típica de Cabo Verde. Un arquetipo sospechosamente parecido la Llorona mexicana. (N. del T.).

# Conversación con Federico García Lorca

MARIA ESTELA GUEDES

*No preguntarme nada. He visto que las cosas  
cuando buscan su curso encuentran su vacío.*

*Hay un dolor de huecos por el aire sin gente  
y en mis ojos criaturas vestidas ;sin desnudo!*

FEDERICO GARCÍA LORCA, NUEVA YORK, AGOSTO DE 1929

## W PARK 79TH STR.

Recorrer la calle hasta el final,  
A pie cruzando el Central Park.  
Se observan gays abrazados por las veredas  
O de diversas razas dándose la mano;  
Los lagos de márgenes congelados, en este invierno de cristal fino  
Crepitante cristalografía.

## CONVERSA COM FEDERICO GARCÍA LORCA

*No preguntarme nada. He visto que las cosas  
cuando buscan su curso encuentran su vacío.*

*Hay un dolor de huecos por el aire sin gente  
y en mis ojos criaturas vestidas ;sin desnudo!*

FEDERICO GARCÍA LORCA, NUEVA YORK, AGOSTO 1929

## W PARK 79TH STR.

Percorrer a rua até ao fim, / A pé atravessando o Central Park. / Vêem-  
-se gays abraçados pelas veredas / Ou de diversa raça dando-se a mão; /

Indiferentes al frío, allí, donde el hielo se termina y respira el agua líquida,  
A la moda patos reales, vanidosos de la charla  
Vestidos con estuche de brillantes.  
Turistas tiritan, bajo gorros de piel, toman fotografías.  
Desnudos, los árboles, son delgados esqueletos  
Trazados a bisturí, sobre una cúpula de neblina.  
Deja ver, la transparencia, el busto erguido  
De los elegantes rascacielos en la 6ª Avenida.  
El tiempo es monstruo, sibila.  
Pero, orgulloso, la bella cabeza de bronce  
Erguida, una estatua enfrenta la nieve, al hielo,  
Tal como enfrentó el Papado, la Realeza  
Y amenazas a su vida: Giuseppe Mazzini, el gran líder del carbón.

En los dos extremos de la 79th Str.,  
El agua del Hudson es inaccesible a quien camina,  
Barrida por marginal ríspida, a toda la velocidad de la carrera,  
Por limusinas largas  
De Madonnas protegidas, detrás de vidrios oscuros.  
Sí, el tiempo es gritado, cara a la ventana.  
Y otros vehículos detrás de vehículos  
En un hurry de workaholics, que retumban y atormentan  
Los tímidos oídos.  
Vuelve de nuevo a la extranjera, los pies helados

Os lagos de margens congeladas, neste Inverno de vidraça fina / Crepi-  
tam cristalografia. / Indiferentes ao frio, lá, onde o gelo se esburaca e  
respira a água líquida, / Vogam patos reais, vaidosos do papo / Vestido  
com écharpe de brilhantes. / Turistas tiritantes, debaixo de gorros de  
pele, tiram fotografias. / Despidas, as árvores, são esguios esqueletos /  
Traçados a bisturi, sobre cúprea chapa de neblina. / Deixam ver, à  
transparência, o busto erguido / Dos elegantes arranha-céus na 6ª Ave-  
nida. / O tempo é monstro, sibila. / Porém, orgulhoso, a bela cabeça de  
bronze / Erguida, uma estátua enfrenta a neve, o gelo, / Tal como en-  
frentou o Papado, a Realeza / E ameaças à sua vida: Giuseppe Mazzini, o  
grande líder carbonário. // Nos dois extremos da 79th Str., / A água do

**De angustia, impotentes para alcanzar el agua,  
Presos en la nítida sensación de clausura.  
A pesar de la libertad para los homosexuales,  
Y de la libre relación interracial que ahora existe,  
Como en tu tiempo, Federico,  
Manhattan sigue siendo una isla.**

#### **HARLEM**

**También caminé por el Harlem, Federico.  
Domingo, día de misa, en la Iglesia Bautista Abisinia.  
Un día de lluvias ralo, malévolo,  
La interminable cola para la visita, guiada, conversada  
E instruida sobre lo que se puede o no hacer  
En el lugar sagrado.  
Las viejas negras sobre tacones altos, Federico,  
Y ellos, de sobretodo, barba recortada, pelo brillante,  
Zapatos bien engrasados.  
Y otras, más nuevas, bellas, las abrigas a lustrar el suelo,**

**De visión, chinchilla y zorra  
plateada. Y ellos muy barnizados, y ellos de sombrero y todo,  
El dinero exhala vapores de perfume caro,  
Ganancia, ¿quién sabe?, en el Diamond District,  
Allí tan cerca de las altas finanzas  
Por metonimia llamada Wall Street.  
Dentro, en la catedral, con dos pisos como un teatro  
Y alta piscina en el altar  
Cuando blancos y negros se sumergen en el bautismo,  
Cantan gospell potentes voces  
Y el pastor anuncia quiénes son los famosos allí presentes.  
Había embajadores, Federico, y políticos importantes  
Pero sólo recibo un nombre,  
¡Salvando a monarquías —Prince!**

**Como ves, nada en este capítulo se iguala  
Al que viste, aunque continúen  
Asesinándose editores de películas**

#### **HARLEM**

**Também eu andei pelo Harlem, Federico. / Domingo, dia de missa, na  
Igreja Batista Abissínia. / O dia de chuvita rala, mal-encarado, / A inter-  
minável bicha para a visita, guiada, conversada / E instruída sobre o que  
se pode e não fazer / No local sagrado. / As velhas negras sobre saltos  
altos, Federico, / E eles, de sobretudo, barba aparada, cabelo brilhante,  
/ Sapatos bem engraxados. / E outras, mais novas, belas, os casacos a  
rasar o chão, / De vison, chinchila e raposa / prateada. E eles muito en-  
vernizados, e elas de chapéu e tudo, / O dinheiro a exalar vapores de  
perfume caro, / Ganho, quem sabe?, no Diamond District, / Ali tão perto  
da alta finança / Por metonímia chamada Wall Street. / Lá dentro, na  
catedral, com dois pisos como um teatro / E alta piscina no altar / Onde  
brancos e negros mergulham para iniciático batismo, / Cantam gospell  
potentes vozes / E o pastor anuncia quais os famosos ali presentes. /  
Havia embaixadores, Federico, e políticos importantes / Porém só retive**

**Hudson é inacessível a quem caminha, / Barrada pela marginal ríspida,  
a toda a velocidade corrida, / Por limousines compridas / De Madonnas  
protegidas, atrás de vidros fuscos. / Sim, o tempo é uivo, vidra a cara. /  
E outros veículos atrás de veículos / Numa hurry de workaholics, que  
atroam e atormentam / Os tímidos ouvidos. / Volta para trás a estrangei-  
ra, os pés gelados / De angústia, impotentes para alcançar a água, / Pre-  
sos à nítida sensação de clausura. / Apesar da liberdade para os homos-  
sexuais, / E da livre relação inter-racial que agora existem, / Tal como  
no teu tempo, Federico, / Manhattan continua a ser uma ilha.**

Que ganaron premios  
Y otros mil delitos mayores y menores,  
Pero nada de racismo a la vista,  
Y el odio a las filas, sólo si son tantas  
Para comprar boleto en el teatro, para arreglar  
El lugar sentado en el café, y para pagar la cuenta,  
Y para entrar en los museos,  
Y para ver las exposiciones, porque, Federico,  
Ahora los homosexuales hasta pueden casarse, ¡vea usted bien!  
Y con una bella negra, si quisiera, también  
Nadie se opondría... Pero es verdad, mi amigo,  
Restan quejas del capitalismo  
Y la mayor de ellas es ésta: el otro lado del esplendor  
Es la aniquilación paulatina del Planeta,  
El otro lado de la vida millonaria  
Es gente comiendo de los cajones de la basura.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE ROCÍO CERÓN

um nome, / Rescendente a monarquias — Prince! // Como vês, nada  
neste capítulo se iguala / Ao que viste, se bem que continuem / A assassinar-se editores de filmes / Que ganharam prémios / E outros mil delitos maiores e menores, / Mas nada de racismo à vista, / E ódio a bichas, só se forem as tantas / Para comprar bilhete no teatro, para arranjar / Lugar sentado no café, e para pagar a conta, / E para entrar nos museus, / E para ver as exposições, porque, Federico, / Agora os homossexuais até podem casar-se, vê tu bem! / E com uma bela negra, se quiseses, também / Ninguém se oporia... Mas é bem verdade, meu amigo, / Restam queixas ainda do capitalismo / E a maior delas é esta: o outro lado do esplendor / É a aniquilação paulatina do Planeta, / O outro lado da vida milionária / É pessoas comerem dos caixotes do lixo.

## Once líneas, casi nada

EMANUEL JORGE BOTELHO

acabé, hace poco, de pensar.  
no encontré, en mí, nada que merezca tener un nombre.

quedar entre dos comillas, dije a mi voz,  
no me salva del abismo.

no hay nada que asegure las palabras  
de la vergüenza,  
y la caída no tiene protección  
cuando se cae de manos sueltas.

todos los días muere un hombre que sólo quería  
tener un poco más de tiempo, digo,  
y escribo mi culpa dentro de mis manos.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

ONZE LINHAS, QUASE NADA  
acabei, há pouco, de pensar. / não encontrei, em mim, nada  
que mereça ter um nome. // ficar entre duas aspas, disse à  
minha voz, / não me salva do abismo. // não há nada que segure  
as palavras / da vergonha, / e a queda não tem amparo / quando  
se cai de punhos lassos. // todos os dias morre um homem que  
só queria / ter um pouco mais de tempo, digo, / e escrevo a  
minha culpa dentro das minhas mãos.

# Magical Realism-IOI

ONÉSIMO TEOTÓNIO ALMEIDA

*En portugués debería* escribir Introdução ao Realismo Mágico, o Realismo Mágico-I, más ajustados a los hábitos universitarios lusitanos, pero la verdad es que todos estos años de América han acabado por pasar factura a mi jerga. Y de hecho es por estas tierras de Colón donde he encontrado más veces de la cuenta descripciones de cursos sobre la susodicha industria acuñada en el título de esta narrativa, anunciando análisis en letanía laudatoria de sus pergaminos innovadores en la literatura con imaginative flights of fancy, el concepto mítico de tiempo, la visión animista y vitalista, la simbiosis natural-sobrenatural imano-transcendente, la ósmosis humano-telúrica, lo hiperbólico y lo monumental. Como si esto no fuera suficiente, tenemos además la fluidez ontológica, el meta-récit, la técnica de evasión semántica y la reticencia autoral, la convención transculturada, nociones místicas de la causalidad, y toda esa cantinela evocando en mí a un poeta guatemalteco hoy de nombre muerto en mi memoria, pero que en los años juveniles, via Livraria Morais, en el Largo do Picadeiro, 11, en Lisboa, atravesó el mar y me lo hicieron llegar a las islas Azores, un engagé que abofeteaba a los intelectuales alienados, tantas veces apaleando versos en los filósofos con su ontológica manera de llegar a las monedas. Estoy siendo cruel, cazurro hasta más no poder, como si estuviera desdenando lo real maravilloso de Carpentier, la esquizofrenia cultural en Miguel Ángel Asturias, el juego mágico con lo imposible de tantos otros autores, por no hablar de la etnografía imaginaria del omnipresente García Márquez, endiosado él en coro universal porque el elemento fantástico en su obra no es ni obtrusivo ni gratuitous, sino enriching, supporting and enhancing de la narrativa. En Macondo, un cadáver in-

corrupto, el cura que levita, la joven que sube al cielo, el bebé que nace con cola de cerdo, al que la gente le llamaría rabo de puerco, alfombras que vuelan, muertos que resucitan, y hasta lluvia de flores, agitaron el mundo entero a sus veintitantos años, pero estremecieron poco mi cabeza obtusa de basalto. La verdad es que nací empírico y temprano me gustó la repetida frase de un profesor de música (sí, por increíble que parezca aprendí, o mejor, intentaron enseñarme): ¡Las coles nacen de la tierra! Nunca me he llevado bien con éxtasis teóricos y me he interesado sobre todo por cosas visibles y palpables, como el alumno de medicina al que sólo le gustaba estudiar anatomía por el método de Braille. Cuando viajé por Hegel, en un cursillo por azar opcional, me deleité interiormente en el instante en que Andy, conocedor del desdén que el filósofo nutría con sus actos (hasta el punto de, un día, enfrentado con unos cuantos de ellos, haber dicho arrogantemente: ¡No me importan los hechos!), no se contuvo a mitad de un preámbulo del profesor lanzado estratosfera afuera en devaneo delirante y, después de haber esperado ansiosamente un párrafo, ya que en las clases de los States queda muy mal interrumpir a alguien, profesor o alumno, da lo mismo, soltó: Haga el favor de tomarse un descansito para que yo pueda estropear esas teorías con un simple puñado de hechos.

Cuando somos como nos han parido, no hay tu tía. Así que el lector me perdone este razonamiento rastrero que no empaña ni de lejos la honra, fama y gloria de escritores que, felizmente para la humanidad, nacieron de otra estirpe y son por eso capaces de rasgos que transportan a sus lectores para fuera de este mundo mezquino, pesado y de chirigota donde sólo suceden cosas previsibles como la muerte, las enfermedades, el matrimonio, la fiebre y la necesidad de limpiar la habitación. ¡Ah! Y los impuestos, como nos recordaría Woody Allen. Si estaba, amable lector, indignado conmigo, sepa que no busco imponer mi gusto, naturalmente o por natura sellado, abandonándome por completo a evaluar todo lo demás en función de él. Lo arriba dicho ha tenido sólo la intención no consciente, y por señal totalmente oriunda del casi-azar, de expresarle sentimientos antiguos como quien se confiesa al amigo que espero que sea el lector.

¿A qué viene entonces este espeso e inoportuno prefaceo?

A eso voy, sí, que ya va siendo hora. He hablado de «casi-azar» y de hecho fue un casi-azar lo que me llevó a Colombia, más precisamente a una ciudadcita dueña del nombre de lugar más bonito —Cartagena



de Indias— siempre y cuando sea pronunciado debidamente en la lengua y con el acento de las nativas (bueno, Magdalena del Mar tampoco se queda atrás, pero para aquí, para la estória,<sup>1</sup> dejemos que se quede). Estaba decrepita la ciudad por aquellos años, como una mujer que tras su edad dorada desoladamente ha empezado a descuidar su aspecto y se ha acostumbrado a ni siquiera peinarse. Un bañito el día de Resurrección y ya está. Las fachadas de la arquitectura eran testigo de los años áureos pero lejanos. Sin embargo, incluso en aquel abandono todavía se podía imaginar asomándose a los balcones a los súbditos de su majestad imperial Felipe el Grande, quien había mandado construir allí un castillo más imponente que el que se irguió, también por su orden, en Angra,<sup>2</sup> este recorrido por mí en tiempos antiguos.

Igualmente por casi-azar supe que me quedaría en Aracataca, tierra natal de García Márquez, más allá de Barranquilla, y ésta a su vez no exageradamente lejos de Cartagena. Y eso ayudaba, además, a cimentar mis convicciones sobre el irrealismo del realismo mágico porque, si Macondo ha dejado de existir para siempre, como nos informa el final de Cien años de soledad, y su gente no había tenido otra oportunidad sobre la tierra, Cartagena de Indias, por el contrario, exhibía una sólida realidad que se parecía más a la Lisboa y el Río de Janeiro de antaño que a las invenciones de la tremenda broma literaria de García Márquez. El tercer y último casi-azar sucedió días antes de viajar a Cartagena, con la llegada del más reciente libro del gran Gabo, Crónica de una muerte anunciada, remitida por un librero amigo de viaje por América Latina, entusiasmado con la edición de ochocientos mil ejemplares ampliamente publicitada en su lanzamiento. Decidí por eso llevarlo conmigo como compañero de playa y me extendí, tal cual, a leerlo en la arena por detrás del Hotel las Velas. La verdad es que la lectura fue un acto mecánico casi, porque anunciada estaba en mi

- 
- 1 La palabra *estória*, arcaísmo de *historia*, fue restituida a la lengua portuguesa en 1919 gracias a João Ribeiro, gramático de la Academia Brasileña de Letras, quien propuso que se utilizara el término para referirse a la narrativa de cuño popular y tradicional. Es éste el sentido que adopta nuestro autor. (N. de la T.).
  - 2 Se refiere al castillo de São João Baptista, cuya construcción fue ordenada por Felipe II a finales del siglo XVI en la ciudad de Angra do Heroísmo, en las Islas Azores. (N. de la T.).

mente la ausencia de entusiasmo por ella. A lo mejor un círculo vicioso, pero de mis preconceitos y defectos ya he pre-avisado al lector. Tres casi-azares, por lo tanto, trinidad imposible de subestimar incluso para quien, como yo, no es supersticioso.



Joanne aceptó de buen grado la sugerencia de que fuéramos a Barranquilla y, desde allí, a Aracataca. El problema era el transporte. Conmigo quedaba la incumbencia de discernir una solución a través de contactos con los locales. Vino auspiciosa: un taxista nos llevaría a la ciudad por un precio muy módico y nos traería de vuelta al anochecer. Fue por lo tanto así, según el plan anunciado en las visperas, que comenzó al día siguiente lo que vengo a contar en este relato.

No caí en la estupidez de hablarle al taxista del realismo mágico. Aunque sólo fuera por una razón vital: él entendía con lapsos graves mi portuñol silabado y yo poco más que conseguía leerle los gestos de las manos. Con el rodar del coche y de los minutos, fue aumentando el número de sonidos y palabras descifrables, pero nunca llegué muy lejos en ese trabajo insano. De cualquier modo, a media hora de viaje consiguió transmitirnos un plan muy superior al de Barranquilla, donde, según él (y los taxistas siempre lo saben todo), no había nada mejor que Cartagena —«Ésa sí, ¡una bella ciudad!»— y donde ni siquiera se desvenda cualquier rastro de García Márquez. Prometía llevarnos hasta el inicio de una selva tan fascinante como el Amazonas —como mínimo, nos garantizaba— o tal vez incluso mejor. Desvió el curso, se metió por carreteras con más agujeros todavía y, en un momento dado, detuvo el coche, inspeccionó los alrededores y, al regresar, se enredó con un montón de frases aparentemente explicando que la carretera se presentaba inesperadamente intransitable, pero que no valía la pena desistir del proyecto si no nos importaba ir por la playa. De todas formas yo protesté objetando que el Amazonas no tenía nada que ver con el mar Caribe y que su prometido sosia no podía estar en aquella dirección. La verdad es que, sin mapa, no tenía argumentos, tanto más que no sabía dónde estaba, condición *sine qua non* para, si tuviera mapa, discernir para qué lado dirigirle. Así, estábamos allí, Joanne y yo, totalmente a merced de nuestro taxista. Y no nos había mentado, porque después de algún tiempo fuimos a dar a un inmenso arenal, una playa hasta donde se perdía la vista. «¡Mire,

señor, mucho mejor, mucho mejor!». Sí, el piso no tenía agujeros y ni siquiera había tráfico. Teníamos aquella pista enorme enterita para nosotros, lo que, retrospectivamente hablando, hace pensar en cosas terribles que en aquel momento no se me ocurrieron. Del Amazonas o algo semejante, sin embargo, ni por el forro.

El hombre no dejaba de elogiar el piso, tan duro y liso, que le permitía acelerar. Después de unos buenos pocos kilómetros giró a la izquierda y se metió de nuevo tierra adentro por más atajos y curvas, senderos que se adensaban y desembocaban en espesa mata verde. Joanne y yo nos mirábamos. El taxista era debilucho y exhalaba una bondad imposible de asociar a la personalidad de cultivador de artes marciales. Físicamente no constituía amenaza. Además, él sabía que el dinero que llevábamos era prácticamente el necesario para pagarle el viaje. Un asalto no le haría obtener ninguna plusvalía que valiera la pena.

Un golpetazo y el coche se paró. «¡Estamos bien!», pensé. Pero no me dio tiempo a decir nada porque el taxista exhibía una sonrisa eufórica: «¡Hemos llegado!». Y yo volví a pensar: «¿A dónde?».

Un mozo negro, estatua negra en versión africana, vino a abrirnos la puerta. Alto, proporcionado, musculoso, no sonreía. Habló con el taxista y supuse que estaban quedando en una hora para que este último viniera a buscarnos. Ahora teníamos que seguir a pie a nuestro guía unas centenas de metros, porque supuestamente el coche no podía seguir. Allá fuimos entonces los dos, sin comunicarnos entre nosotros la aprensión que empezaba a asaltarnos. ¿Estupidez ingenua de turistas tontitos, o temores irrealistas de americanizados recelosos de las culturas extrañas? Lo mejor era silenciar las dudas y ahogar los miedos.

La verdad es que todavía no habíamos recorrido un kilómetro del atajo mal calcorreado entre una intensa arboleda con claros en las alturas, aquí y allí, cuando llegamos a una zona abierta con agua, medio estancada y salpicada de hojas y raíces, aunque, todo sea dicho, el verde era cristalino. Un claro en el cielo solariego pero filtrado por una capa de neblina grisácea. El muchacho nos mandó saltar. «¿Para dónde?». Había allí un barco y yo no lo veía. ¿He dicho un barco? ¡Qué va! Una canoa. Cavada en un tronco negro con espacio para el guía, de pie, Joanne sentada en el medio haciendo de lastre y yo atrás, de plantón también, en un virgencita que me quedé como estoy. Iniciamos un viaje, entra en el canal, sal del canal, penetrando más y más en la selva, a veces, sin tener otro remedio que agacharme para no darme en la cabeza o incluso en el pecho contra gruesas ramas atravesadas

que nuestro conductor evitaba con naturalidad congénita y que a mí casi me cogían por sorpresa con el riesgo de hacerme caer y —¿quién sabe?— servirle de merienda a algún cocodrilo.

La serenidad del agua y del aire era sólo perturbada por el ritmo de la vara que buscaba el fondo del canal para impulsar el avance de la embarcación que aquel gondolero trasladado hacía deslizar. Todo lo demás era ruido suave de hojarasca, trinos de aves sin nombre, saltos inesperados de sapos o familiares suyos, patos bravos de repente en desbandada, bandos de pájaros planeando entre espesas nubes, fauna y flora anónimos para mí, irreconocibles en mi catálogo isleño de chichinabo donde nada existía de tropical figura. Toda una sucesión de telas, colores, arboleda sin etiqueta en una especie de documental de *National Geographic* en versión muda.

El guía, de explicaciones nanay; ni siquiera hablaba. Nada tenía allí nombre, sólo imagen. Eran aves y peces, árboles como en la narrativa del Génesis en los días de la creación. Él iba concentrado en la proa y ni sé si le preocupaba si todavía estábamos a bordo o si nos habíamos caído al agua. Tal vez su atención se fijase en vigilar caimanes o, qué sé yo, parientes de hipopótamos para precaverse a sí mismo y a los anónimos pasajeros bajo su responsabilidad. Momia egipcia, especie de un libremente-condenado-a-canoa haciéndola navegar, a ritmo acompasado, bajo un intrigante y misterioso silencio.

Juro que llegué a avistar a lo lejos cabezas bien definidas de bichos semejantes a hipopótamos que después, en una especie de síndrome de Sancho Panza, acababan por transmutarse, como si de dibujos de Escher se tratase, en troncos de árboles o rocas que el timonero sorteaba con pericia. El matorral verde se adensaba, un túnel por momentos oscuro avivaba los ruidos de vivientes en las aguas más y más impenetrables a la luz, y yo sospechaba que espíritus del otro mundo se escondían en aquellas entrelazadas ramas y raíces, troncos y hojarasca, y seguramente se pasearían durante las noches. Lo cierto es que abundaban por allí mariposas-hechiceras sobrevolándonos y salpicando con furtivos colores las márgenes de los canales.

De súbito, el guía se gira y dice que tenemos que saltar. Pensé, pero no me autoricé el pensamiento, así que no voy a revelarlo. Simplemente obedecí, igual que Joanne, mientras él agarraba la canoa para echársela a la espalda y después, cual Hércules, con los dos brazos la aupó hasta la altura de la cabeza. Subió una peña y volvió a bajar hacia el canal que, al final de cuentas, seguía más adelante, llamándonos para embarcar de nuevo y proseguir viaje.

El guía casi-mudo por fin habló: «¿No tienen hambre?». Pensé en qué milagros iba a hacer. ¿Coger un pez y ofrecérselo crudo?, ¿cortar raíces y, mezcladas con hojas, agasajarnos con una ensalada? Pero el plan era otro. Su madre tenía un restaurante y podríamos ir a comer allí por un escueto monto. Nuevo asentimiento por parte de sus poco exigentes pasajeros. En un plis-plas estábamos desembarcando en un arenal inmenso, con el mar lejos, como lejos estaba yo de saber si aquella había sido nuestra autovía horas antes. El escenario se estaba volviendo gris. No llovía, pero abundaban las señales de haberse desplomado mucha agua de los cielos. No diría yo que habría estado lloviendo durante cuatro años y seis meses, como en Macondo, pero el cielo era en realidad *una sustancia gelatinosa y gris*<sup>3</sup> y en el aire estaba suspendida *una humedad caliente y pastosa*. Donde el paisaje empezaba a perderse de vista había indicios de barcos y, en la zona para donde nos encaminaba el mozo, leves señales de viviendas que, a medida que nos aproximábamos, se revelaban simples cenadores urdidos con troncos y ramas. De dentro de uno de ellos emergió una negra corpulenta, lozana y saludable con la que el guía entabló conversación —dedujimos que sería su madre— antes de encaminarse en dirección a uno de los barcos. La mujer sin nombre (¿Úrsula? No lo sé; todo prosigue, por otra parte, sin nombre en esta *estória*, en ese mundo en el que habíamos entrado pausadamente, *muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo*) llamó precisamente con el dedo a un chiquillo, negro también, que en un ápice se sacó de la chistera dos cajones usados, obedeciendo a la señal de Úrsula, para que nos sentáramos junto a la tosca mesa de cañas atadas sobre un grueso tronco, mientras ella iba dentro y regresaba con un gran cuchillo reluciente y un manojo de tubérculos y otros vegetales que sumergió y retiró inmediatamente de un estaque de donde salían escurrendo. Nos quedamos allí observando la laboriosidad de aquella mujer *activa, a menudo severa* en aquel *paraíso de humedad y silencio anterior al pecado original, espacio de soledad y de olvido*. Ella peló, decepó, truncó con energía y fue llenando dos platos, más tarde desapareció y volvió de nuevo con una escoba y, *barriendo la casa*, volvió a sumirse y *volvió a hundirse en el trabajo*, perdone, lector, ya me estaba

3 Las partes destacadas en cursiva se corresponden con fragmentos sacados de *Cien años de soledad*; en el texto original, en portugués, el autor deja las frases de García Márquez en español. (N. de la T.).

distrayendo otra vez y no sé quién me trae este castellanizar a la pantalla. Me pregunté, sin llegar a decírselo a Joanne porque me censuraba cualquier reparo etnocéntrico, europeo o americano, si no sería aquel *el único rincón de seguridad establecido por los pacíficos negros antillanos que construyeron una calle marginal* (sí, aquella playa era justo eso, una calle, por la que yo incluso había viajado en taxi) y si no estarían hablando en un *farragoso papiamento*. En papiamento parecía comunicar el hijo, nuestro guía (¿José Arcadio?), que volvía con un chaval, cargado con dos enormes peces que le entregó a la madre, que se vio inmersa en el bullicio de dominarlos y matarlos, encender una hoguera en un rincón y ponerlos en una parrilla. Sólo el gruñir de los cerdos nos hizo girar las cabezas y vimos entrar en nuestro espacio (recinto no era, dada la ausencia de compartimentos), moviendo la cola, encaminándose derechitos a los restos de los tubérculos que Úrsula-a-lo-mejor había cortado. José Arcadio (¿o sería José Gabriel, el único que quedó en Macondo?) dio órdenes a una joven que pasaba a nuestro lado, *y daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de niños y animales* —perdone otra vez, benévolo lector, estos descontrolados tropezones en las páginas de *Cien años de soledad*, quería yo decir, inoportunos para la buena marcha de la narrativa de aquella comida frugal y bucólica.

Mamá Úrsula confeccionó ante nosotros dos colosales platos de vegetales, sobre todo tubérculos, de entre los que conseguí distinguir una especie de pepino, coco con arroz y frijoles. En el centro de cada uno de los platos, un garboso pescado (¿mojarra? ¿sábalo?) untado de apetito. El mío me miraba fijamente queriendo hablar en papiamento también; los cerdos ya a nuestro lado rondando la mesa esperando por las espinas y yo sirviéndoles de buen grado la cabeza y el rabo y el cerdo más grande meneando feliz la cola, bien educado, casi pidiendo permiso o disculpándose por cualquier gesto más desatinado, salivándole el morro como si se lo estuviera limpiando antes de la comida, y Úrsula-tal-vez con una enorme familiaridad abriendo camino entre aquella piara para venir a preguntarnos si deseábamos algo más. «¡No, muchas gracias!», y ella de vuelta a hacer caricias al cerdo más grande y yo, sin querer, juro que sin querer, miré al muchacho para ver si tenía cola de cerdo, aunque confieso que nada vislumbré. Madre Úrsula siempre en un vaivén alborozado y yo queriendo darle conversación, que Macondo parecía *un pueblo feliz* y ella que *en Macondo no ha pasado nada, ni está pasando nada ni pasará nunca* y murmurando cosas que no entendí bien pero que traduje más o menos por *hay mucho que cocinar, mucho que*

*barrer, mucho que sufrir por pequeñeces.* Ya me he vuelto a distraer, querido lector, y comprenderé que de la furia le sea imposible perdonarme un fallo más, pero juro que no volverá a suceder de nuevo otra intrusión del castellano en esta nuestra purísima lengua en que comulgamos.

El resto fue así, todo en aquel misterio de lugar, de gente, sin nombre y sin nada, sólo con una gran paz para los ojos y para las almas de los viajeros que éramos nosotros en aquel otro mundo. Sólo después, ya en casa, a mi curiosidad botánica le dio por sospechar de nombres ligados a figuras e intu-yó los términos de lo que probablemente habíamos comido: patacones, yuca, berenjena y tal vez rábano; pero no juro ni por todo el oro del mundo haber acertado ni siquiera en uno de esos vegetales convertidos en manjares.

Llegó el momento del retorno (no hubo que pagar, eran cuentas con el hijo), la entrega atinada de este vuestro criado y narrador y de Joanne al final de la tarde al taxista, que nos esperaba de regreso de aquel más allá ignoto teniendo ahora una preocupación en el rostro que se explicaba así: la marea estaba alta y sería complicado regresar por la playa, sin embargo no quedaba otra, por no existir mejor alternativa. Entramos en el coche-anfibio para seguir avanzando y reculando, esperando el retroceso de las olas para de nuevo avanzar unos metros más, y siempre en ese para-avanza-para-avanza, haciéndome dudar de si los agujeros de la carretera serían tan tremendos que justificaran que resultara más seguro viajar en un casi submarino. Una ola más grande dio un zarpazo en el coche y sentimos la frescura del agua en las piernas y el sorber de la ola succionadora queriendo arrastrarnos con ella.

Era de noche cuando llegamos a Cartagena y, en la entrada del hotel, mientras pagábamos a nuestro taxista arquitecto de ese desvío no anunciado de Barranquilla hacia Macondo, yo ya me estaba arrancando a contárselo todo a una pareja de americanos que habíamos conocido días antes, pero que no se habían atrevido a unirse a nosotros en aquella aventura por lo incógnito. Sospeché ya entonces, en ese mismo momento, que no se estarían creyendo nada de lo que nos había pasado porque estaba viendo, sobre todo en él, Jack, señales de escepticismo. Pero aceptó escuchar el relato narrado con minucia, embelesamiento y *élan*. Joanne fue la que le oyó, por lo bajito, comentar escépticamente a su compañera que nunca había sido santo de su devoción eso de la literatura fantástica, ni mágica, ni fantástica, negándose en redondo a leer un sonadísimo *best-seller* en traducción inglesa de un latinoamericano García-No-Sé-Qué que una literatonta exovia le había intentado endiñar.



*Hoy reconozco bien la dificultad de García Márquez para conseguir que creyeran en él. De Macondo, dijo, no quedó nadie, tal vez sólo Gabriel, que yo sospecho que sería el mozo de la canoa. Mi relación con Joanne acabó y ella me acusa ahora de delirios ficcionales, y me tiene tanta rabia por naderías que se interponen en las vidas de un par de amantes (naderías que lo estropean todo, especialmente la alegría de las esperadas noches) que, si por azar el lector se la encontrara e intentase indagar sobre la veracidad de mi estória, ella tendría estómago para mentirle con una cara tan serena y seria que se haría imposible levantar ni sombra de duda sobre su palabra. Podría sugerirle, muy estimado lector, que se pusiera en contacto con Jack y Ann —así se llamaba su novia, por si todavía no lo he dicho—, que al menos habían oído mi relato recién sucedido. La verdad es que —y apuesto a que esto va a hacer que se acabe de convencer de que le estoy contando milongas— perdí el contacto con ellos y no hay manera de descubrir su paradero.*

*La historia con Jack es simple, y se cuenta en unos minutos, si al lector todavía le quedan algunos antes de cerrar el libro y tirarlo a un rincón con su desazón. Jack y Ann no habían salido nunca de los States. Quiso el destino que ellos cogieran, como nosotros, una ganga en forma de paquete de vacaciones. Se quedaron toda la semana en el hotel porque no hablaban español y tenía piscina y playa con todo servido en inglés. Jack me reveló una mañana durante el desayuno estar fascinado con la nunca vista generosidad del hotel que le rellenaba todos los días el bar del frigorífico de la habitación. Decenas de pequeñas botellas de las más variadas bebidas que él no conseguía consumir completamente y por eso las iba empaquetando para llevarselas de regreso. Le expliqué que recibiría la cuenta de todo, pero él se negaba a creerme porque no había pedido nada y nada estaba en el contrato. Que no iba a pagar por lo que no había solicitado. Aun así, intenté insistir; pero sólo cuando a la salida le obsequiaron con una brutal demanda de quinientos cincuenta dólares de bar, de lo que fui testigo porque estaba en la cola esperando mi turno para el check-out, fue cuando él me dio furiosamente la razón. Maldijo sin ningún efecto y, desesperado, vació sobre el mostrador la bolsa donde guardaba las botellas que no había conseguido consumir todavía.*

*En aquel mismísimo instante tuve una idea perversa. Fui directo a la habitación (le pido al lector que aguante un poquito más, que verá a dónde llega todo esto y, sobre todo, entenderá las razones por las que perdí el contacto con Jack) y cogí una hoja de papel timbrado del hotel que metí en la maleta.*

*Ya en casa, unas semanas después, escribí a Jack (los cuatro nos habíamos intercambiado nuestras direcciones) felicitando a la pareja por haber ganado el premio al Mejor Cliente del Hotel Las Velas, gracias a su consumo de verdaderos campeones del bar. El premio consistiría en una semana de hospedaje gratuito cuando volvieran a Cartagena. Terminaba con mil gracias, más felicitaciones, y la firma de El Gerente para servirle, Andrés Nacimiento Martínez.*

*Carta de cabeza al correo, rumbo a algún lugar en las montañas de Pensilvania y, a los pocos días, tenía a Jack llamándome eufórico con la noticia del giro que había dado aquella historia de provinciano bolicón que terminaba al final en oro sobre azul. Era tan generoso el regalo del hotel que Ann y él tuvieron claro que querían aprovecharlo cuanto antes, porque además les había encantado Colombia, o, vamos, el circuito cerrado de Las Velas. Me vi acosado por el recelo de que fueran a ir de verdad. Armándome de valor, respiré hondo y le confesé la broma.*

*Ruptura inmediata. Todo terminó allí con Jack colgando ríspido y yo sólo alcanzando a oír el resonar de la furia, el embate del teléfono en su reposadero.*

*Aquí tiene, querido lector, la razón de la no existencia de testigos de mi viaje real y auténtico a aquel mágico sitio, donde todo lo escrito era irreplicable para siempre y donde me parece que yo tampoco tendré una segunda oportunidad sobre la tierra ●*

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RAQUEL MADRIGAL

## José Alberto OLIVEIRA

### CONTRA LA IMPIEDAD DE LAS GENERACIONES MÁS JÓVENES

**¿Quién les pidió que, debajo  
de libros y cuadernos, entre  
el polvo que encamó al fondo del saco,  
estuviera la caridad, o incluso  
esa mezcla instantánea  
de ternura y egoísmo  
que, servida fría, habrá de  
parecer la adolescencia?  
En esta mañana de mayo, a las ocho  
y treinta, el estruendo de las cigarras  
está en ebullición perfecta.**

### CONTRA A IMPIEDADE DASÇÕES MAIS NOVAS

**Quem vos pediu que, debaixo / de livros e cadernos, entre / o pó que  
acamou no fundo do saco, / estivesse a caridade, ou mesmo // essa  
mistura instantânea / de ternura e egoísmo / que, servida fria, haverá  
de / parecer a adolescência? // Nesta manhã de Maio, às oito / e  
trinta, o estrugido das cigarras / está em ebulição perfeita. / Cantam  
todo o Verão e morrem // imprevidentes, segundo / o fabulista. Um  
camião azul, / que passou na rua, / intimidou as mais próximas, // um  
pombo julga-se solista. / De quem a culpa de que observações /  
espúrias não possam ser um hino? / Do camião azul? Do que vos  
espera?**

Cantan todo el verano y mueren  
poco previsores, según  
el fabulista. Un camión  
azul, que pasó por la calle,  
intimidó a las más cercanas,  
una paloma se juzga solista.  
¿Quién tiene la culpa de que las observaciones  
espurias no puedan ser un himno?  
¿Del camión azul? ¿De lo que usted espera?

### MANDARINAS

Para cuidar de los vicios,  
como de árboles frutales,  
puede consultarse un noticiero,  
con desenfado,  
o para que las nieves del Ártico  
no se derritan  
sin que llegue la información,  
o para escapar pronto  
a la tentación del absurdo,  
que es aún, con el azar,  
la mejor explicación de las pérdidas  
en la ruleta, imagino mandarinas  
en un huerto del Sur de Europa —  
el aroma a sol y mar  
y muchas moscas.

### TANGERINAS

A cuidar de vícios, / como de árvores de fruto, / pode aceder-se a um  
noticiário, / por desfastio, / ou para que as neves do Ártico / não  
derretam / sem que chegue a informação, / ou para escapar  
brevemente / à tentação do absurdo, / que é ainda, com o azar, / a  
melhor explicação das perdas / na roleta, imagino tangerinas / num  
pomar do Sul da Europa — / o cheiro a sol e mar / e muitas moscas.

### CATECISMO

Yo era pequeñito  
(se usaba mucho sufijo  
en esa época)  
y fui a ver  
a la Legión abrir trincheras,  
porque ya venía  
la Rusia Soviética;  
los niscalos tenían otro sabor  
y los nisperos.  
Había gallinas  
en los patios,  
había conejos  
y coles  
en los patios de los Hospitales;  
había pobres,  
muchos suplicando  
sufijo. Me habían  
dado una lapicera  
con colores y una pluma  
que salpicaba tinta,  
para practicar  
la letra redonda; me robaron  
los colores,  
pero no me quejé:

### CATEQUESE

Eu era pequenino / (usava-se muito sufixo / nesse tempo) // e fui ver  
/ a Legião abrir trincheiras, / porque vinha aí // a Rússia Soviética; /  
os miscalos tinham outro gosto / e as nêspersas. // Havia galinhas /  
nos quintais, / havia coelhos // e couves tronchas / nos pátios dos  
Hospitais; / havia pobres, // muitos a pedirem / sufixo. Tinham-me /  
dado uma caixa // de lápis de cor / e uma caneta que espirrava /

fue sólo cuando descubrí  
que la ineptitud en el dibujo  
era apenas el fruto  
del vientre de toda  
la ineptitud.

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

tinta, // para eu treinar / a letra redonda; oubaram- / -me os lápis de  
cor, // mas não me queixei: / foi só quando descobri / que a inépcia  
no desenho // era apenas o fruto / do ventre de todas / as inépcias.

# Espejo del agua

RUI CARDOSO MARTINS

**Muchacha**, qué haces en el agua a esta hora  
asustas de muerte a los que van al trabajo  
por qué eso, muchacha

El río Tajo corría suave sin pausas en la superficie  
~~~~~  
casi _____

Amanecía pero aún era noche, dijeron testigos al final.

En el canal del desagüe sur del estuario, cerca del muelle de embarque, una corriente fuerte empujaba las porquerías hacia el mar. El barco salió de lado, con doscientos pasajeros como máximo, más la tripulación; tiró de los motores y entró de proa, perforando el músculo líquido del montículo protector del viento. El cacillero¹ hacía toser su motor dentro del río, el rápido y el lento. Tenía la responsabilidad de ser el primer barco de la mañana.

En el puente de mando, vuelto hacia Lisboa en la orilla diluida, donde las luces públicas se apagaron, descendiendo por la calle, desde el castillo hasta las grúas del puerto, el maestro vio unos pájaros. Las gaviotas rasaban y subían del Tajo, enojadas con el mundo entero, como de costumbre. Tenían alas negras, un chal en los hombros y el pico en gancho; otras eran de esas blancas y plateadas que aparecen en la televisión con música de guitarra, de pecho abierto, suspendidas del cielo por un hilo. Ninguna, sin embargo, se atrevía a sumergirse, y discutían muchísimo la cuestión.

1 Cacillero, embarcación que une Cacilhas y Lisboa, atravesando el río Tajo. (N. del T.).

Abajo, en el portalón de proa, el primer marinero barrió con la linterna el cristal del agua. Había un fantasma, una sábana de franjas brillando.

—¿Es una medusa?

—¡Una jibia, una gigante!

Pitó.

—Trae el gancho.

Desde la popa, el segundo marinero corrió con la red en el palo. Una trampa cónica, transparente. Mira, mira, reía el marinero, hoy hay jibia para el almuerzo, me quedo con las ventosas y no me importa freír.

—¡Tan hermoso, se parece a Nuestra Señora de las Aguas, capitancito!

El maestro del cacillero paró el motor, rompiendo las reglas de la compañía. Los carros zumbaron a lo lejos en la cubierta del puente, vamos a tomar el servicio volando a Lisboa. Si la administración lo sabe, vas a tener que oírlos.

¿Otra vez, maestro? No es una empresa de pesca, no pueden lanzar la red en el camino, después de terminar el turno hacen lo que ustedes quieran, pero la misión en esta, en esta... cómo decirlo... en esta casa vuestra es transportar con seguridad a las personas, los coches, a los que duermen en la orilla sur y que trabajan en Lisboa, a los turistas que quieren ver toda la ciudad en el otro lado del Tajo, sea ella blanca o no lo sea, etcétera. Es sólo lo que tienen que hacer, navegar hacia allá y regresar acá, salir de acá y volver allí, los recursos son escasos y tenemos que optimizarlos, ¿entendido, señores tripulantes de este cacillero?

El señor ingeniero tiene razón y no vuelve a suceder; por otro lado, como sabe, en los barcos nuevos es imposible pescar, vamos con el aire acondicionado apagado y con los portalones hidráulicos sellados; es cierto que estos barcos son calientes en invierno, y grandes, y rápidos, pero también poco maniobrables y sus recursos están realmente optimizados. Le doy la razón, señor director, porque el ascensor a la cubierta de los pasajeros nunca lo vi bien, los viejos llegan con bastón y aquí está la fotocopia

ELEVADOR AVERIADO

USE LAS ESCALERAS

porque se ahorra donde se puede, pero déjeme coger el bocado que vino a tener con nosotros, señor administrador, el malandro de la jibia se atravesó en el camino, debe de haber subido en la marea alta de la noche, detrás de un cardumen de camarones, de una anchoa, sólo toma un minuto y no hace mal, después tiro las máquinas y compenso, doy nueve nudos y estamos dentro del horario. Mire, un día tiene que probar la jibia frita con nuestros chicos, está ya invitado, señor ingeniero, queda tan saladito y crujiente, con eso me dio una nostalgia de jibia que ni imaginaba, no cambiaba la jibia frita por una sirena bonita que llegara nadando desnuda, cantando el fado, y es más, por, por, cómo decir, por la puta que te parió, señor, si quieres comer anda al restaurante y pide salmonetas, cherne, lenguado, déjanos en paz, quiero vivir un poco más de esta vida desgraciada como era antiguamente, en el Tajo a la lluvia, al viento, en el yunque del verano, en la tempestad que es más de media hora en las olas sólo para atracar en el batelón, los turnos cambiados, las cuatro horas de sueño, las bromas de los marineros, salen de aquí estafados y aún van a pescar y vender, daría la vida por cada uno de ellos, porque yo voy a morir temprano pero quiero ser feliz hasta entonces, un hombre se reforma y en dos años adiós marinero, ya vas al timón de tu lápida en el cementerio, pensaba el maestro del barco con diez capas de tinta o más.

Al ver la carcasa de hierro acercándose, el casco almohadillado de neumáticos de camioneta, el castillo de popa anaranjado, las gaviotas aumentaron la gritería en la clase de esgrima. Si no están durmiendo en tierra, o volando para ser filmadas con arpegios sentimentales, las gaviotas viven con un malhumor interminable. No quieren saber de la nostalgia, no creen en el amor, nunca lloraron por un hijo, nunca quisieron morir por una mujer que se fue, jamás se rieron de felicidad o de ternura como yo y como tú. Algunas gaviotas se perforaban los cráneos entre sí y entornaban en el río las plumas con sangre, los sesos de pescado y lodo.

El segundo marinero estiró los brazos a babor. La punta de la vara se sumergió a metros de los ojos desconfiados de la jibia (la negra la hiere). En la inercia del barco, la red se deslizó para atrapar el cuerpo de blando alabastro.

Pero el molusco cefalópodo, de conocida astucia (incluso la jibia), siguió las reglas de emergencia: cambie al color ambiente usando sus células especiales o cromatóforos; proteja la cabeza, dispone para el

efecto de ocho brazos y dos tentáculos; escupa la tinta de la bolsa para confundir al atacante, retroceda con un chorro de agua y suméjase tan pronto como sea posible. La jibia se puso verde oscuro y se sumergió a pique. El monstruo antiguo, memoria de las naves, fue a cazar, el fondo tiene allí cuarenta metros contra una profundidad media de 10.6 metros, según mediciones recientes, pero dentro de mil años, continuando la tasa de sedimentación actual, se producirá el completo encenagamiento del Tajo y podremos ir a pie de una orilla a la otra y ahí no sé adónde irá tanta agua, ni para qué van a servir los puentes.

De repente la cara del segundo marinero quedó blanca-gelatina. El muchacho había soltado la red y apretaba los dedos en el empallado.

—¡Pierdes la jibia y la red, angelito! —gritó el primer marino.

—Faneca, ¿te mareaste o qué? —gritó el maestro al timón.

—¿Qué es eso, capitán, qué cosa va allí en el espejo del agua? —tembló el segundo marinero.

Apuntó la mancha que pasaba por la quilla, flotando en el montículo agitado. Basura, plásticos, plancton, baba de las olas o espuma de un peluche destripado. Y en el centro un cuerpo. Vestía un sobretodo crema que le hacía un globo en la espalda, los brazos abiertos, arrastrando el cinturón de algas. La cara debajo de la línea de agua, hacia el fondo. Los cabellos rubios se sacudían como cilios de los mariscos de las rocas. El maestro conocía esa súbita alteración del paisaje. A veces, la ciencia náutica es muy simple: si la marea del río está vaciando, un cadáver corre hacia la desembocadura.

—Un muerto. Trae el garfio.

El palo con el gancho llegó pronto, pero la mujer fue más rápida. El Tajo iba con más prisa, con una velocidad de 2.3 metros cúbicos por segundo, lo que es importante para el flujo de los contaminantes y para la oxigenación del mayor estuario de Europa, porque en promedio, según los científicos, dos veces al día entran y salen cerca de setecientos millones de metros cúbicos de agua, son números que impresionan.

Los marinos todavía gritaron ¡hey!, como si la muerta pudiera nadar hacia atrás, agarrar el salvavidas, subir por los neumáticos y todo está bien, no se habla más de eso. O como si fuera posible llenar de repente el río, invirtiendo la marea. Pero para eso tendrían que sacar

la luna de su sitio. O, en otra de las hipótesis, producirse una hora antes un terremoto de media hora, con epicentro en la falla a lo largo de Algarve y llegar una ola gigante desde mar, el empeoramiento de la ya dramática situación de Lisboa, sinceramente, yo ni quiero pensar en eso.

Chicos, dijo el maestro, en pocos minutos el cuerpo va a estar pasando bajo el puente, voy a avisar a la policía marítima. Y sacándose el sombrero, se bendijo e inventó una oración: que ellos descubran si va a Trafaria, y ya ahora de donde zarpó. Si saltó del puente, se cayó de un barco, si la mataron en el muelle. Finalmente, si Dios quisiera, que la pluma escribió el fado de esta pobre mujer. Ah, y quién es.

Distraído, el cacillero perdió el rumbo, una traición más del Tajo. Dio vuelta al timón, se quejó, pero el piloto encendió el motor y dio marcha atrás y luego giró la nave en dirección al muelle de embarque, y una vez más a Lisboa.

Había un pato gordo graznando en el lago.

Mientras tanto, el sol, venido desde el mar por la espalda, subió por las alturas de la playa y corrió kilómetros. En el puente, tiñó de rojo todos los pilares, luego rodó por el rellano al lado de los coches y también tomó el servicio en Lisboa, ahora el trabajo es poner la ciudad bonita y llena de luz. A mitad de la tarde, la sombra de las personas será tan gruesa que se podrá enrollar como una alfombra y llevarla hasta casa para refrescar, tipo agosto, pero calma que aún falta mucho.

Y dentro del cacillero, en la luz oxidada del aire, los pasajeros vieron que los marineros estaban corriendo, apuntando, gritando ¡hey! Tontos con las maniobras, los que iban sentados se levantaron, quien dormía despertó y se asomó por las ventanas del nivel superior. Abajo, en la cubierta, se acercaron desde los portalones y del castillo de popa. Recibieron en directo la noticia de la mañana en el indeciso azul del Tajo.

—Una mujer ahogada.

—¿Dónde?

—Allí al fondo. Todavía se ve la cabeza junto al Cristo Rey.

—Pobrecita, paz para su alma.

—¿Es la cabeza de una persona? No lo parece.

—Pero sí lo es.

—Qué horror.

—Esto está cada vez peor.
—Como las cosas están, ya nada me admira.
—Tengo que cambiar de gafas.
—¿Murió cómo?
—Saltó del puente, tal vez.
—O cayó al agua.
—¿Ella venía en este barco?
—No, señora, la trajo el río. El maestro ya avisó a la policía marítima. No podemos hacer nada más.

Temblaban con el presagio, querían salir de allí, pero secretamente pensaban:

—Menos mal que no fui yo.

O lo contrario:

—Cualquier día soy yo.

Doscientos pasajeros como máximo, más tripulación, imaginaron la última hora. ¿Me quedaré deforme o entero, asustadizo o sereno, vestido o todo desnudo, estaré con la familia y mis amigos, u horriblemente solo, seré un tronco pálido a flote, un pedazo de carne en el suelo...?

Muchos siguieron viaje en esos extraños pensamientos, pero no sólo, no sólo.

En la cubierta de proa, debajo de la tarjeta de publicidad:

¡AGÁRRESE!

¡SALDOS!

-40% -70%

¡AGÁRRESE!

está sentado el señor Kantilal con la bolsa de gatos eléctricos. Kantilal es de la India y vende gatos a pilas, tienen un esqueleto y un cráneo de plástico forrados con pelo de fibra. Vende en la Plaza del Comercio. Cuando llega allá, toma dos o tres gatos, aprieta el botón de la panza y los gatos marchan en círculos, los ojos brillantes y maúllan un ruido que confunde a los niños cuando no están mirando directamente a los gatos porque parece más un ladrido de perro. Kantilal está melancólico, vio a la mujer flotando en el Tajo y le vino la nostalgia,

como dicen aquí, se acordó de su tierra de cuando era joven y del río Ganges, que lleva a los muertos. Pasan flotando por las orillas de los campos, en medio de las ciudades, y la gente se baña en el agua lodosa con los cadáveres al lado y no se asustan para nada si algún buitres les abrió el vientre y sacó el cordón de sus tripas, aun si la piel les salta del cuerpo, en claros blancos y podridos. El sagrado Ganges atraviesa mi país desde los Himalayas y es el mejor sitio para morir y empezar los renacimientos, hasta llegar al estado de la liberación completa del alma. Cuando me vuelva viejo, y si tuviera dinero (dejar de vender gatos a pilas), muero en las orillas de Ganges, mi Ganga, y allí yo soy incinerado con sándalo, incienso y guirnaldas. Que no se quemara a las mujeres embarazadas, a niños y hombres santos o a un desdichado mordido por una cobra, éstos descienden las aguas sagradas hasta que el río coma sus cuerpos y el espíritu prosiga el eterno camino.

Esto no se lo cuento a nadie, piensa el señor Kantilal, van a decir qué asco, apuesto, pero así es como son las cosas, hoy quiero saber cuántos gatitos me van a comprar, con suerte una docena, el día va a estar bonito.

En la cubierta de la popa, tal vez a diez metros del señor Kantilal, pero a estribor, una mujer va a toser. La tos es seca, le raspa y le duele, además se notan, ahuecadas, las lunas de los ojos. Maria Rosa no tiene expectoración y está olvidando un disgusto de amor, sólo el último, ése hasta le cuesta menos de lo habitual, está con mala cara, más por eso de la mujer flotando. Se muerde el índice doblado, desde el fin de semana está segura de que va a quedarse sola para siempre, paciencia.

Pero al fondo en el Tajo está zarpando el paquebote *Reina de las Aguas*, el *Victoria de los Mares*, la *Princesa del Océano* u otro nombre parecido, Maria Rosa leyó en el periódico gratuito que es una de las ciudades flotantes que visitan Lisboa en esa época, cuenta con tres piscinas al aire libre y una cubierta, salas de juegos, no sé cuántos restaurantes, centro comercial y una biblioteca con más de seis mil libros donde los pasajeros pueden matar toda su hambre de lecturas. Es el lugar ideal para vivir la gran novela de su vida, una vuelta al mundo en el paquebote *Reina de las Princesas*, ya veo el nombre correcto,

cuesta ciento noventa mil euros la *suite* donde todos los caprichos y sueños serán realizados, pero también se puede embarcar en un recorrido más corto y barato, sin embargo inolvidable, va hasta Madeira y vuelta de avión, por ejemplo, el paquete incluye cena para dos personas con espectáculo de magia internacional con ilusionista de fama en cruceros desde el Báltico al Adriático, mira que compensa, Maria Rosa.

Lo agradezco pero no tengo dinero, sólo problemas, ahora el médico dice que tengo que dejar de fumar. Vi mi corazón en la ecografía. Al latir parece una lavadora ruidosa, hay una válvula que se abre y se cierra mal y una pared más gruesa de lo que debería, con cicatriz. Él apuntó en la pantalla con el bolígrafo, ¿está viendo aquí, Maria Rosa? Me reí y pregunté, doctor, ¿la cicatriz pudo haber sido por un disgusto que tuve en la vida?, él dijo que ya vio que eso sucedería, que todo se puede cambiar de repente en una situación de gran estrés. Entonces quiere decir que es verdad cuando se dice

—Tú me partiste el corazón

y

—Tengo el corazón partido.

Y el cardiólogo dijo que es verdad, pero sólo en parte, lo que pasa de hecho es una herida, el corazón es demasiado elástico para partirse.

Ahora, mi corazón pesa ciento cincuenta gramos, lo mismo que un paquete de jamón. Juro que no me vuelvo a enamorar. Adiós paquete de lujo, haz tu vuelta al mundo, y que hagan amor entre sí los maridos y las mujeres, los enamorados y las enamoradas, en todos los pisos y en las piscinas y donde quieran y muchas veces al día. De aquí no salgo nunca. Ya fumaba un cigarrillo.

En la cubierta por encima de Maria Rosa, atravesando el piso, se sentaba doña Filomena, una señora que tiene las manos quemadas de detergente. Pasó la noche levantándose, rascándose la erupción en el pulgar, esa mancha rosada, áspera, que salta a la vista en la piel oscura. La disculpa para caminar toda la noche es el ruido extraño que viene del frigorífico, debajo del cuadro colorido de la Virgen. A causa del ruido, doña Filomena fue cinco veces a la cocina, murmurando ¿quieres ver que ahora el frigorífico?... era sólo lo que me faltaba, Nuestra

Señora, si el congelador se rompiera tengo allí un kilo de lengüeta gruesa. Era la oferta de la semana en el supermercado, limpia de hueso, la vaca es más barata que con hueso en otros sitios, nunca más fui a la carnicería del señor Almeida. Doña Filomena inspeccionó el armario de la despensa: dos latas de atún, una de salchichas, cuatro huevos, dos kilos de arroz, una botella de aceite de palma, un sobre de maíz, un paquete de harina blanca de nieve, cebollas y patatas para la sopa, y en el frigorífico hay un resto de leche y sobras de mandioca. He estado escuchando la nevera y no está bien, cada cinco minutos da un salto, suelta así una especie de gemido y empieza a temblar, como si tuviera mucho frío, a veces suelta agua en el suelo, o es un problema del motor o una cosa agujereada detrás, y yo no puedo dejar que la carne se estropee.

Pero en realidad el frigorífico está bien, lo que le preocupa a doña Filomena es el hijo menor, José Eduardo. Ella teme que siga el camino del padre, que nadie sabe de él, o de su hijo mayor, que sabe dónde está porque lo visita todos los sábados a las tres, haga sol o haga lluvia, en la prisión de Lisboa, conoce a todas las que están a la entrada para la revista, las madres, las mujeres, las enamoradas y los niños de los otros presos. El otro día la policía tocó a mi puerta y me dijo doña Filomena, su hijo José Eduardo va por el camino del otro, no tarda mucho para que la gente lo agarre y se acaba, vea si le pone juicio en la cabeza, se vuelve a la escuela y estudia, y no anda por ahí haciendo disparates, fumando y vendiendo porquerías y entrando en la casa de los demás por la ventana.

José Eduardo pasó la noche afuera, la ropa de la cama está en su sitio, mi hijo parece un murciélago, sólo duerme cuando hace sol. Y ahora, suspira doña Filomena, me estoy cayendo de sueño de camino al banco, tantas tareas de limpieza que tengo antes de que él abra la agencia, no te olvides, Filomena, de poner una gota de lejía en la mancha de la alfombra al lado del vaso, pero sin mojar el suelo que la piedra se estropea, queda amarilla y parece chichi. La Cándida fue despedida por una cosa parecida, qué va a ser de ella y de los niños.

El dueño del banco dijo en el telediario que saludaba la entrada del refuerzo de capital angoleño en la institución, que permitirá hacer frente a las nuevas... a las nuevas... a los compromisos con los accionistas, oí al hombre hablar, a él es que nadie da lecciones de... lecciones de... ética, después el gerente de la agencia de la Rua do Ouro,

que siempre me miró como si yo fuera sólo una bata de la limpieza, sin una persona adentro, llegó simpático y preguntó si yo no estaba orgullosa de ver que Angola crecía. La señora está ahí, ¿no?, así me lo parecía, y ahora ve a sus compatriotas invirtiendo en Portugal, comprándolo todo con oro, diamantes, petróleo, y les gustan las ropas caras, ¿eh? El hombre movía su corbata y yo respondí, doctor, ¿qué es lo que yo gano con eso, doctor?, no voy a tocar un céntimo de ese dinero, ¿en qué me afecta el petróleo? Nada. Quiero que mi nevera no se estropee y tener comida allí.

Puedo hacerle un dulce de coco a José Eduardo. Desde pequeño le gusta y nunca más lo hice. Él va a recuperar el juicio. Pero qué sueño, Nuestra Señora.

En la fila delante de doña Filomena va la florista Adelaida, aburrída porque las flores se venden poco, de no ser en la puerta de los cementerios. Y aún no ha dejado de ser lo que era, no estamos para romanticismos, los hombres cuentan las monedas en el bolsillo y las mujeres sólo compran cosas que dan para comer. La florista Adelaida tiene que tomar pronto una gran decisión, es más, dos. Primero, la más importante: si de veras va a tener al bebé. Ella está hace años con Rubén, que es un buen muchacho, tal vez un poco borracho, ¿pero ¿quién va a confiar en un hombre que nunca toma una cerveza? Ninguna cosa estaría bien en esa cabecita, piensa Adelaida. El problema es que, hace unas semanas, quien perdió la cabeza fue Adelaida. Cuando vio que ella, cuando vi que había hecho una estupidez, listos, Adelaida se cuenta la historia a sí misma para ver si le sale bien, hice una estupidez y me acosté con Quim en el almacén de las flores, caía sobre el tejado esa luz de la tarde indescriptible y él sabe cómo hablarle a una mujer. Tiene miel en la voz. Es un hombre hermoso y siempre me ha gustado, resumiendo y concluyendo, creo que estoy un poco enamorada de Quim y soy capaz de estar embarazada, no soy capaz, desde ayer lo estás, listos, la prueba dio positivo. Pero ayer Quim no me dejó llegar al final, me cortó el teléfono y ahora no atiende, él anda con otras, de lo que sé es que yo estaba esperando, y pensé en ir al hospital para arreglarlo lo más rápidamente posible, ellos dan unas píldoras. Pero hecha idiota fui al café para encontrar a Rubén y le dije que un día tal vez los dos... si ya había pensado en la posibilidad, y él

se quedó medio alelado y me dijo que ésa era su mayor alegría en el mundo, tener un hijo mío, entonces le dije que eso tal vez podía suceder, sí, es verdad, creo que lo estoy, aún falta confirmarlo, pero... y él oh mi amor, mi amor, pidió más cervezas pero ahora yo no puedo, Rubén, el alcohol hace mal al... y él me tocó el vientre, me besó y gritó a todo el café

—Amigos, atención, voy a ser padre, ¡una ronda para todos!

—¡Felicitaciones!

Y, si las cosas tienen que ser así, así serán, hay la posibilidad de que el bebé sea hijo de Rubén, por lo demás ahora tengo casi la certeza de eso, conté las horas y se ajusta perfectamente, si es hijo de Rubén me regalo a mí misma un ramo de rosas, nunca más hago estupideces.

—¿Dónde estará Quim en estos momentos?

Descendiendo de nuevo las escaleras en una ventana de proa, un hombre acecha Lisboa con ojos soñadores. Es el señor Fonseca, que está viejo y enfrenta, a nivel individual, los síntomas de deterioro de la situación social y económica del país (el señor Fonseca habla con un tono pomposo, para aclarar). Después de una vida entera de trabajo intenso (otra suya), el señor Fonseca descubrió algo increíble, descubrí, masculla el señor Fonseca, que vivía por encima de mis posibilidades, y ahora estoy como casi toda la gente, tal vez la estrangulada lo está más, en una aflicción de muerte, con la cuerda al cuello.

Pero vaya que no todo es malo, no todo es malo en esta desgracia, afortunadamente.

El señor Fonseca cerró el restaurante porque no pudo pagar el IVA de las comidas que servía —menú con sopa, plato principal, por ejemplo: bacalao a la brasa, jurelitos con arroz de tomate, más postre, café y digestivo— a un precio ridículo. Llegó el fiscal de las finanzas, le pasó la multa y cerró el restaurante.

Y para completar las cosas, para agravar la situación, estoy perdiendo mi casa, el banco me mandó ayer la tercera carta de desalojo con orden judicial, la última. Y mi mujer aún no lo sabe porque yo no se lo he dicho, no tuve coraje.

Pero he aquí que me surgió una esperanza inesperada: recibí los análisis de la biopsia del hospital y tengo un cáncer en el hígado en

estado avanzado. Debería haber tratado esto antes, ahora deben abrirme el estómago para cerrarlo a continuación. Hoy hablo con el abogado, parece que hay, o por lo menos debe de haber, alguna ley que prohíba expulsar de casa y poner en la calle, bajo el puente, a una persona muriendo de cáncer. El abogado piensa que es una excelente posibilidad que explorar y tengo que presentarle los análisis y el informe del médico, confía en que vamos a lograrlo. Y que este cáncer me haya caído del cielo. No todo es malo en esta desgracia, de lo malo lo menos, de lo malo lo menos.

Ya están más tranquilos, dijo el primer marinero, y tú cómo estás, también te asustaste, Faneca. Qué te parece, yo la vi flotando, dijo el segundo marinero, eso no se lo recomiendo a nadie para comenzar el día.

Y para cambiar de tema, y estar siempre listos para las peripecias del cacillero, que son inagotables, revisan reglas de emergencia.

—No te olvides, muchacho, que si le sucede algo al maestro, soy yo quien toma su puesto y te quedas a mis órdenes.

—Sí, señor, gran novedad.

En caso de colisión, por ejemplo, dijo el primer marinero, yo verifico los estragos, me quedo de vigilancia, ayudo a vestir los chalecos, transfiero a los pasajeros, ¿y tú? El segundo marinero puso el dedo debajo del gorro, tenía picazón en el sitio de los pensamientos. Yo, bueno, ¿yo calmo a los pasajeros de la popa, si fuera el caso veo lo de heridos, y ayudo en la transferencia?

—Sí.

—A propósito, mañana voy a Belén para ayudar al desembarque de los soldados del portaaviones estadounidense. Nos quedamos esperando en la barra.

—¿Gringos? Borrachera segura. Mierda. Ayuda a la economía de Cais do Sodré. A ver si los mandas al Tajo, Faneca.

—En ese caso grito: ¡hombre al mar, capitancito!

En el puente de mando el maestro cantaba, po-poro-po-poro-po-poro-po-poro-po-poro-po, esta vida de marinero me está matando, al frente tenía a Lisboa cada vez más definida, preparándose para la con-

fusión, pero aún suspendida en la suavidad de la mañana. El maestro miró a sus hombres. Les silbó.

—Tanta jibia que queda por comer. Es una pena morir tan temprano, es una pena, chicos.

—No piense más en eso, maestro.

El marinero que perdió la pierna en el batelón, el barco refuló y él tenía la pierna dentro del cabo enrollado, el cacillero salió y su pierna voló por los aires, cortada como una pieza de carnicería.

El viejo que saltó al muelle antes de tiempo, le faltó suelo y se sumergió, fue jalado por la hélice y apareció muerto del otro lado.

Y el otro pasajero loco, un africano, después de caer le arrojamos la boya pero no se agarró, se zafó porque tenía mochila y lo jalamos con el gancho. Y apenas puso los pies en tierra huyó, se fue corriendo todo mojado, ni siquiera agradeció a quien le salvó la vida, ¡qué tipo de prisa tiene la gente, a dónde iba de esa manera?

Y ese caso que aún no está resuelto... Una pareja comienza a discutir, a discutir, y en determinado momento el hombre empuja a la mujer, el portalón de la popa cede y ella cae violentamente de espaldas al río. Era pesada y llevaba mucha ropa, Faneca saltó y también allí se iba quedando, no pudo arrastrarla, en media hora la mujer murió de frío. Pero eso está en investigación, es homicidio.

—¡Maestro, más despacio, mire el muelle!

—No pierda la máquina o tenemos que rezar por los santos, capitancito.

—Gracias.

Amarren el barco. Bajen las salidas, vayan todos en paz, acabó la aventura. Vayan a trabajar, vayan a buscar empleo, vayan a pasear. Estamos todos bien y mañana no pasará nada, pueden venir otra vez, cuando quieran.

Pero, ¿y tú, desconocida de la gabardina?

En el canal del desagüe sur, pasando el puente, dos ojos iban abiertos, vueltos hacia abajo, parecía que observaban el fondo por el filtro verde del agua (pero no veían nada del Tajo, los ojos de la muerta). Sardinas plateadas de dorso azul, un pulpo cabelludo detrás de un cangrejo verde, una salmoneta con las aletas del frente como piernas, lenguados juveniles tan finos que los llaman hojas de oliva, un sargo

con los dientes armados, camarones en procesión, un robalo que asado daba para seis, el almacén de un paraguas, una bota sin suela, un esqueleto de barquito de pesca, un bagre tan feo que al nacer la propia madre se asustó, un berberecho que muerde el agua para cambiar de sitio, los periscopios de las almejititas enterradas y algunas ostras que intentaban regresar y hacer colonia, pero eran hembras a las que le nació un pene por culpa del veneno con que ellos pintan el revestimiento de los barcos, para que ningún ser vivo se pegue al casco, y que se llama tributilestano (vulgo TBT) y provoca el imposex, una enfermedad extraña que cambia el sexo de los bivalvos y es uno de los principales obstáculos a la recolonización del Tajo con ostras que, desde la antigüedad de los romanos, y hasta los años sesenta del siglo XX, eran reputadas como de las mejores del mundo y ahora sólo sobran bancos y bancos de cáscaras muertas, lindo servicio, no hay duda.

Mújoles curiosos se deslizaban sobre el agua, cardúmenes gordos, con la boca hacia el exterior, como si respiraran por el aire y no por el agua. Rodearon a la muerta, en procesión. Le mordían los cabellos, y algunos hilos rubios entraban en sus mollejas de gallina, mezclándose con fibras de papel higiénico.

¿Dónde va esa cabeza rubia, en el espejo del agua?

También las palabras y los pensamientos van por el mundo flotando, unos agarramos, otros son llevados por las corrientes

~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~ ~

Muchacha muerta qué haces en el Tajo
asustas a los que van al trabajo •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALLIPO

El humo me dijo que sí (monólogo para un actor)

MANUEL DE ALMEIDA E SOUSA

los celos le corroían las paredes del estómago. ino, no tengo celos!...
lo decía sin pensar.

pero... dolían

mucho. dolían en el estómago y en el ruido ensordecedor de la
[verdad.

iah!... los celos...

los celos son como un hombre cansado.

los celos tienen barba y cabellos blancos

y

se sienten muchas veces en la estación de ferrocarriles.

un día aún mueren triturados en los rieles.

~~~~~

A FUMAÇA DISSE-ME QUE SIM (MONÓLOGO PARA UM ACTOR)

o ciúme corroía-lhe as paredes do estômago. não, não tenho ciúmes!...

/ dizia-o sem pensar. / mas... doía / muito. doía no estômago e no

ruído ensurdecedor da verdade. / ah!... o ciúme... / o ciúme é como

um homem cansado. / o ciúme tem barba e cabelos brancos / e / senta-

se muitas vezes na estação de caminhos de ferro. / um dia ainda morre

triturado sobre os carris. // tudo podia começar assim, mas não. / a

cena representa um espaço rectangular flanqueado por enormes

lápides, alinhadas e apoiadas sobre um muro lateral... não /

demasiado alto. / as da esquerda, brilhantes e metálicas; / as da

direita, de um leitoso branco mármoreo. / no passeio central,

todo podía empezar así, pero no.  
la escena representa un espacio rectangular flanqueado por enormes  
lápidas, alineadas y apoyadas en un muro lateral... no demasiado alto.  
las de la izquierda, brillantes y metálicas;  
las de la derecha, de un lechoso blanco marmóreo.  
en el pasaje central, fragmentos de huesos y una mesa donde estoy sentado  
fumando este cigarrillo  
hay un diario en el suelo.  
ya lo he leído.  
ese diario posee el germen de la luz...  
es una semilla que, para fructificar... tendrá que morir.

sólo después diré:

los celos le corroían las paredes del estómago. ino, no tengo celos!...  
lo decía sin pensar.  
pero dolían  
mucho. dolían en el estómago y en el ruido ensordecedor de la verdad.  
iah!... los celos...  
los celos son como un hombre cansado.  
los celos tienen barba y cabellos blancos  
y  
se sienten muchas veces en la estación de ferrocarriles.  
un día aún mueren triturados en los rieles...

fragmentos de ossos e uma cadeira onde estou sentado a fumar este  
cigarro / há um jornal no chão. / já o li. / esse jornal possui o gérmen  
da luz... / é uma semente que, para frutificar... terá de morrer. // só  
depois direi: // o ciúme corroía-lhe as paredes do estômago. não, não  
tenho ciúmes!... / dizia-o sem pensar. / mas... doía / muito. doía no  
estômago e no ruído ensurdecido da verdade. / ah!... o ciúme... / o  
ciúme é como um homem cansado. / o ciúme tem barba e cabelos  
brancos / e / senta-se muitas vezes na estação de caminhos de ferro. /  
um dia ainda morre triturado sobre os carris... // que digo eu...? /  
pois... / o ciúme. / na última vez que sentiu ciúmes confessou-me uma

¿qué digo yo...?  
pues...  
los celos  
la última vez que sentí celos me confesó una historia intrigante, una historia  
[que adelantó mi reloj  
no me dejó dormir.

las historias que me cuentan resbalan, siempre, por deseos escondidos,  
profundamente escondidos.

son historias sigilosas.  
son palabras en desasosiego.  
tremendas.  
después no.  
después pasan días y nada me dice.  
mejor...  
dice.  
dice otras palabras que suenan sin importancia.  
dice:  
—de aquí a Bruselas, ¿cuántas horas son en tren?  
y  
yo respondo siempre  
aunque no obtenga la respuesta de sus pensamientos.  
aunque mis palabras suenen como un...

*caer el rompecabezas en el suelo*

história intrigante. uma história que adiantou o meu relógio // não me  
deixou dormir. // as histórias que me conta resvalam, sempre, por  
desejos escondidos. / profundamente escondidos. / são histórias  
sigilosas. / são palavras em desassossego. / tremendas. / depois não. /  
depois passam-se dias e nada me diz. / melhor... / diz. / diz outras  
palavras que soam sem importância. / diz: / —daqui a bruxelas...  
quantas são as horas no comboio? / e / eu respondo sempre / ainda  
que não obtenha a resposta dos seus pensamentos. / ainda que as  
minhas palavras soem como um... / *caer el rompecabezas en el suelo* //  
porquê o ciúme? / nem eu sei. não. / acho que sei. / contei-lhe uma

¿por qué los celos?  
ni yo lo sé                   no.  
creo que sí.  
le conté una historia pasada, una historia mía...  
íntima.  
íntima como paraguas en éxtasis profundo en cualquier cuarto de hotel.  
¿habrá sido así?  
¿habrá sido por eso?  
no.  
tal vez no.

*caigo*  
*vuelvo a caer incluso más fuerte que la vez anterior*  
*miro*  
*miro todo desde mi pequeña parcela de suelo y...*

le pregunto si me ama  
y  
la respuesta llega como un chorro  
como un  
  
no  
  
rojo  
después se volvió suavemente en  
  
no  
  
azul  
¿o habrá sido verde?  
en la secuencia

história passada. uma história minha... / íntima. / íntima como guarda-chuvas em êxtase profundo num qualquer quarto de hotel. / terá sido assim...? / terá sido por isso? / não. / talvez não. / *caigo* / *vuelvo a caer incluso más fuerte que la vez anterior* / *miro* / *miro todo desde mi pequeña parcela de suelo y...* // pregunto-lhe se me ama / e / a resposta vem como um jacto / como um / não / vermelho. / depois tornou-se suavemente num / não / azul. / ou terá sido verde? / na sequência / veio um cigarro de pausa. / e / a fumaça disse-me que sim. / que me amava muito / como nos filmes. / então sonhei aquela noite de amor que escorregou de mim / ao ritmo do saxofone // uma voz faz-se ouvir para dizer que

llegó un cigarrillo de pausa.  
y  
el humo me dijo que sí.

que me amaba mucho  
como en las películas  
entonces soñé aquella noche de amor que se deslizó de mí al ritmo del saxofón  
  
una voz se hace oír para decir que el espacio estará resbaladizo y es muy peligroso no seguir las indicaciones escénicas del señor escenógrafo

ayer  
corrí a lo lejos apoyado en la beata  
ella  
con el pecho descubierto  
me condujo a una fuente rodeada de ventanas  
y  
puertas entreabiertas.  
ahora  
un ramo de flores con una nota garabateada en un papel.  
pensé  
repensé...  
no.  
no pensé  
  
seguí calle abajo  
  
y

o espaço está escorregadio e é muito perigoso não seguir as indicações cénicas do senhor / encenador // ontem / corri ao longe apoiado na beata / ela / com o peito descoberto / conduziu-me a uma fonte rodeada de janelas / e / portas entreabertas. / agora / um ramo de flores com uma nota escrevinhada num papel. / pensei / repensei... / não. / não pensei / continuei rua abaixo / e / a minha memória voou como um planador entre montes e cavalos... / por entre horizontes indeterminados. // uma mulher passa, agora, à minha frente e deus desperta. a mão de deus cresce do chão e uma voz rouca faz-se ouvir com violência: — / pecadora! cresci rodeado de selvas!... / a mão



mi memoria voló como un planeador entre montes y caballo...  
por entre horizontes indeterminados.

una mujer pasa, ahora, frente a mí y dios despierta, la mano de dios crece del suelo y una voz ronca se hace oír con violencia:

—¡pecadora! ¡crecí rodeado de selvas!...

la mano se extingue en un disparo.

aquí es cuando me quedo inmóvil.

la economía abierta

y

el horno no está para pasteles.

la hora es rápida y veloz

y

en ese banco con vista a la carretera

se contemplan ausencias

las posibles

y

rayos de sol cada vez más fríos...

¿será grave?

bueno. no será.

*cuando ames no me muerdas con sigilo*

para los noctívagos de lo virtual recomendamos la lectura de

[«geopolítica de la mala fe»

extingue-se num disparo. / aqui é que fico imóvel. / a economia aberta / e / o forno não está para bolos. / a hora é rápida e veloz / e / naquele banco com vista para a auto-estrada / contemplam-se ausências / as possíveis / e / raios de sol cada vez mais frios... / será grave? / bom, não será. / *cuando ames no me muerdas con sigilo* // para os noctívagos do virtual recomendamos a leitura da «geopolítica da má fé» / a que consagra as premonições religiosas / uma espécie de auto-sugestão mediante repetição — mui próximo do minimalismo espiritual. / li isto no velho «livro dos loucos» parágrafo 3 do capítulo 21 // perguntaram-lhe: / —que se sente ao viver com um lobisomem? / e /

que consagra las premoniciones religiosas  
una especie de autosugestión mediante repetición, muy próximo al  
[minimalismo espiritual.

he leído eso en el viejo «libro de los locos» párrafo 3 del capítulo 21

le preguntaron:

—¿qué se siente vivir con un hombre lobo?

y

ella sólo dijo:

responder es complejo. pero puedo adelantar que:...

mi belleza es un trofeo

y

mi carne...

fui la víctima a lo largo de la vida, pero con él es diferente

él es solícito, educado, y todo lo contrario a un perturbado.

él comprende, como nadie, mi tendencia al suicidio...

fue en la cocina

que encontré una fórmula para amar distancias cortas

estaba en el frasco de los ajos

en el frasco de los tallarines sólo un mensaje:...

—cuando amo

los colchones vuelan sobre el balcón

y

entre los espejos de narciso me desentierras

ela só disse: / responder é complexo. mas posso adiantar que:... / a minha beleza é um troféu / e / a minha carne... / foi a vítima ao longo da vida. mas com ele é diferente / ele é solícito. educado. em tudo contrário a um perturbado. / ele compreende, como ninguém, a minha tendência para o suicídio... // foi na cozinha / que encontrei uma fórmula para amar distancias curtas / estava no frasco dos alhos / no frasco do macarrão apenas uma mensagem:... / —quando amo / os colchões voam sobre a varanda / e / por entre os espelhos de narciso desenterras-me / é facto... a percepção é já pensamento... / porque no meio / há portas // só no regresso / se solta a curiosidade / e / remiro a

es un hecho... la percepción es ya pensamiento...  
porque en el medio  
hay puertas

sólo en el regreso  
se suelta la curiosidad  
y  
vuelvo a mirar la nota.

¿qué dice?

no puedo leer.  
está escrita en una lengua desconocida  
una lengua de ningún lugar  
una lengua...

suicida  
caída de un edificio  
de muchos pisos.

me gusta discurrir sobre el encolado de objetos obstinadamente agregados al  
[mundo]

*hay un número que quiere decirnos algo*

y  
cuando despierto entre bolas de jabón  
cuando estoy descalzo  
mi naturaleza difícilmente percibe qué hermosos son mis largos y sabrosos... ojos  
estoy hablando de una breve mirada

nota. / que diz...? / não consigo ler. / está escrita numa língua  
desconhecida / uma língua de lugar nenhum / uma língua... /  
suicidária. / caída de um edifício / de muitos andares. // agrada-me  
discursar sobre a colagem de objectos obstinadamente agregados ao  
mundo / *hay un número que quiere decirnos algo* / e / quando desperto  
entre bolas de sabão / quando fico descalço / a minha natureza  
difícilmente percebe quão formosos são os seus longos e sabrosos...  
olhos / estou a falar dum breve olhar / dum silhueta à luz de velas /  
duma barriga farta de pecado / de tragédias gregas onde os  
jardineiros dão corda aos seus relógios de bolso / a minha vida é

de una silueta a la luz de las velas  
de una barriga harta de pescado  
de tragedias griegas donde los jardineros dan cuerda a sus relojes de bolsillo  
mi vida es como pepas de aceituna agitándose en la olla  
deslizándose adentro  
pero continúan crudas.

salí de casa con una ropa puesta.  
en la mano, una maleta casi vacía, sólo un libro. no más que eso.  
la humedad me dolía los huesos.

entonces...  
la luz de la vela rompe las sombras y, con su vestido de noche, llegó hasta mí  
y  
me dijo: —Sólo tú, para hacer que me quede.

entonces decidí quedarme por ahí.  
nos cruzamos aprisa  
en las calles  
cada quien encerrando en sí la incertidumbre  
del principio  
y  
del fin

el semáforo estaba abierto para todos  
pero nadie se atrevía a cruzar  
no se oían cláxones

como caroços de azeitona agitando-se na panela / deslizam lá dentro /  
mas continuam crus. // saí de casa com a roupa que tinha vestida. / na  
mão, uma mala quase vazia. apenas um livro. não mais que isso. / a  
humidade doía-me nos ossos. / então... / a luz da vela rompe as  
sombras e, com seu vestido de noite, veio até mim / e / disse-me: —Só  
tu, para me fazer ficar. // então resolvi quedar-me por ali. // cruzamo-  
nos à pressa / nas ruas / cada qual encerrando em si a incerteza / do  
princípio / e / do fim / o sinal estava aberto para todos / mas ninguém  
ousava atravessar / não se ouviam buzinas / reclamações / a economia  
do fluxo nas vias / caracteriza-se pelo congestionamento estático e

reclamos  
la economía del flujo en las vías  
se caracteriza por el congestionamiento estático y por el sentido único

y  
¿la clorofila?  
¿el progreso?  
¿el olor en la nariz?  
¿el gusto amargo en la boca?

¡ah...!  
imágenes que escapan por la ventana

con los codos apoyados  
en un sueño

desperté  
y  
un escalofrío sobrevoló con mis sentidos como un espantapájaros  
un escalofrío instantáneo se apoderó de mi cuerpo  
un escalofrío suicida  
que se lanzó del quinto piso en un vuelo  
espectacular

en la mañana  
pronto por la mañana... somos despiertos por la novedad  
el mundo no duerme  
cuando

pelo sentido único // e / a clorofila? / o progresso? / o cheiro no nariz?  
/ o gosto amargo na boca? / ah...! / imagens que se escapam para fora  
da janela // om os cotovelos apoiados / num sonho // despertei / e / um  
calafrio sobrevoou os meus sentidos como um espanta-pássaros / um  
calafrio instantâneo apoderou-se do meu corpo / um calafrio suicida /  
que se lançou do quinto andar num voo / espectacular / de manhã /  
logo pela manhã... somos despiertos pela novidade / o mundo não  
dorme / quando / ouço o mar nas minhas insónias / ao sabor de  
ansiolíticos / assomei meio corpo pela varanda / e / vi um homem  
lançar-se da janela. // não foi a primeira vez que fantasiei a minha

oigo el mar en mis insomnios  
al sabor de ansiolíticos  
asomé medio cuerpo por el balcón  
y  
vi un hombre lanzarse de la ventana

no fue la primera vez que fantaseé mi propia muerte.

pero...  
nadie muere hoy  
no es permitido.  
a menos que atravesen la puerta  
nadie muere hoy...

desperté a las cuatro de la mañana  
y  
a las cinco cayó el cuerpo.  
muerto.

para asegurarme me colgué en el tendal con los ganchos de la ropa  
y  
en ese instante me imaginé...  
yo.  
ya caído abajo

en la vereda

~~~~~  
própria morte. // mas... / ninguém morre hoje / não é permitido. / a
menos que atravessem a porta / ninguém morre hoje... // despertei às
quatro da manhã / e / às cinco caiu o corpo. / morto. // para me
segurar pendurei-me no estendal com as molas da roupa / e / nesse
instante imaginei-me... / eu. / estatelado lá em baixo na calçada. // sim
/ com a sonolência perde-se o equilíbrio / e / caímos sete pisos... / ou
algo assim / como se nos convertêssemos / de repente / na imagem do
nosso próprio funeral. / há um mar de dúvidas / dúvidas viúvas. / há
um campo que irrita a pele... / então / só então / se perfilam os
triciclos dispostos a regatear com senhoras de meia idade / e... / é. /
posso dizer houve um tempo em que / desejei ainda desejo / continuo
a desejar / e / pergunto-me se aquele corpo não fantasiou a minha

sí
 con la somnolencia se pierde el equilibrio
 y
 caímos
 siete pisos...

o algo así
 como si nos convirtiéramos
 de repente
 en la imagen de nuestro propio funeral.

hay un mar de dudas
 dudas viudas.
 hay un campo que irrita la piel...
 entonces
 sólo entonces
 se perfilan los triciclos dispuestos a regatear con señoras de mediana

[edad

y...
 es.
 puedo decir hubo un tiempo
 deseé aún deseo
 sigo deseando

y
 me pregunto si ese cuerpo no fantaseó mi muerte

morte // o morto serei eu...? / não não fui eu quem saltou no vazio. /
 fui? / nunca saberei o porquê de tal loucura... / matou-se? / ou matei-
 me...? / desapareci deste mundo?... / confuso / despedi-me da vida / e
 tomei o caminho do ascensor / ainda tive tempo para olhar o ramo de
 flores. / antes as flores cumpriam a sua função / as flores mascaram
 o odor da decomposição dos corpos / mas ali não havia nenhum
 corpo / só uma suposta alma / e / frio. pois / as almas têm frio / as
 almas perdem-se no meio da rua como pássaros / como borboletas... /
 depois morrem as almas morrem / as almas morrem / as almas
 morrem / as almas morrem / com a chegada do inverno / cala-te!... ela
 está ali / atrás da porta. a ouvir-te / a seguir os teus movimentos... /

¿o muerto seré yo?
 no no fui yo quien saltó al vacío
 ¿fui yo?
 nunca sabré el porqué de tal locura...

¿se mató?
 ¿me maté?

¿desaparecí de este mundo?...
 confuso
 me despedí de la vida
 tomé el camino del ascensor

y
 aún tuve tiempo para mirar el ramo de flores.
 antes las flores cumplían su función
 las flores mascaron el olor de la descomposición de los cuerpos
 pero ahí no había ningún cuerpo
 somos una supuesta alma

y
 frío. pues
 las almas tienen frío
 las almas se pierden en medio de la calle como pájaros

como mariposas
 después mueren las almas mueren
 las almas mueren
 las almas mueren
 las almas mueren

con la llegada del invierno

não descola. / não te deixes dormir se adormeces... / ela mata-te com
 a faca da cozinha / e / os teus planos de suicídio voam / abrem espaço
 a um crime. // crime...? / não. / ela... / não dançará mais. / foi passear
 de metro // o tempo passa pela vida / a galope / foram vocês que
 escreveram a mensagem na tampa da caixa? não percebi nada... mas
 pode ser que sim. que tenham alguma / sorte... / de qualquer forma
 deixarei a caixa “destampada” para que possam respirar melhor... // o
 tempo é tanto / e / pensando o tanto que o tempo é... / pois é. as
 pessoas fraccionam o tempo / e / as emoções. / entrementes / a
 máquina de lavar roupa roda com muita espuma / bolas de espuma /

íte cala!... ella está ahí
detrás de la puerta oyéndote
siguiendo tus movimientos...
no se separa.
no te dejes dormir si te duermes...
ella te mata con el cuchillo de la cocina
y
tus planes de suicidio vuelan
abren espacio a un crimen.

¿crimen?
no.
ella...
ya no bailará.
se fue a pasear en metro

pasa por la vida
el tiempo
a galope

¿fueron voces las que escribieron el mensaje en la tapa de la caja? no
me percaté de nada... pero puede que sí, que tengan algo de suerte...
de cualquier modo, dejaré la caja «destapada» para que puedan respirar
[mejor...

grandes / muito grandes. / no tambor apenas a roupa íntima dela / e /
a centrifugação. / estava na centrifugação quando a porta se abriu /
um mar de espuma inundou o quarto / a espuma... / a espuma
envolveu-nos num mergulho / num salto / num sobressalto / num salto
alto / de verniz. vermelho. // que digo eu...? / e / o carro? / não sei do
carro / por certo que o carro se enfiou por baixo do comboio e
morreu / morreu ali / e / foi levado para o cemitério de automóveis. /
as máquinas devoradas pela ferrugem são levadas pela espuma da
máquina de lavar roupa / quando isso acontece... grelhamos carne / e
/ só depois é que comemos. / vá!... / come / come tudo. / mas antes

el tiempo es tanto
y
pensando lo tanto que es el tiempo es...
así es. las personas fraccionan el tiempo
y
las emociones.
mientras
la lavadora gira con mucha espuma
bolas de espuma
grandes
muy grandes.
en el tambor sólo la ropa íntima de ella
y
el centrifugado
estaba en el centrifugado cuando la puerta se abrió
un mar de espuma inundó el cuarto
la espuma...
la espuma nos envolvió en una zambullida
en un salto
en un sobressalto
en un salto alto
de barniz, rojo.

¿qué digo yo?
¿y
el auto?

tempera os bifes / e / não esqueças o óleo hidráulico dos travões. /
sem travões / como poderás suicidar-te?... / atiras-te lá de cima sem
travões / e / morres. logo. / sem travões morres / e / o suicídio não
será consumado. // quero que os teus lábios de papel flutuem nos
meus almoços / deixa-me... / já vendi tudo! /até a infância...
lambuzada em latas de refrigerantes

no sé del carro
por cierto, el carro se metió por abajo del tren y murió
murió ahí
y
fue llevado al cementerio de automóviles.
las máquinas devoradas por el óxido son llevadas por la espuma de la
[lavadora
cuando eso sucede... asamos carne
y
sólo después es que comemos.
iea!...
come
come todo.
pero antes adereza los bifés
y
no olvides el aceite hidráulico de los frenos.
sin frenos
¿cómo podrías suicidarte?...
te tiras encima sin frenos
y
mueres. enseguida.
sin frenos mueres
y
el suicidio no será consumado.

quiero que tus labios de papel fluctúen en mis almuerzos
déjame...
¡ya vendí todo!
hasta la infancia... embadurnada en latas de gaseosas

CASCAIS, SEPTIEMBRE DE 2012
VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

Nuestra alegría llegó

[fragmento]
ALEXANDRA LUCAS COELHO

DOCE

ALGUNOS MAMÍFEROS saben que van a morir hoy. Éstos tres saben que pueden morir hoy.

—El sol tiene colores que nunca nadie vio —dice Ira.

Detrás de él, Ossi abre los ojos. Al frente, Aurora, también.

De tan pegados, la voz vibra en los tres.

—¿Qué colores? —pregunta Ossi.

—Colores sin nombre, no podemos verlos —dice Ira—. Escuché esto una vez, en la ciudad.

—¿Hay colores que no podemos ver? —Aurora hace un techito con la mano.

El sol les da de lleno. Tres corazones, seis pulmones, billones de nervios en una hamaca, tórax con tórax, boca con nuca, cóncavos, recóncavos, convexos. Jóvenes como la flor del cacto de Alendabar, la playa donde despiertan.

Ossi sostiene el flanco de Ira, que sostiene el flanco de Aurora. Ella cierra los ojos, flexiona la rodilla izquierda. Ira gana el ángulo y entra en ella, con Ossi a la espalda. Primera vez que despiertan juntos, primer sexo entre tres, primera hora de luz.

Este día espero por ellos para cambiarlo todo. Pacto.



UN VIEJO ESCARABAJO avanza en la ruta que lleva a Alendabar, con piso de terracería, llena de baches, mantenida en esas condiciones para alejar a los extraños. Toda la región alrededor de la playa tiene un

dueño llamado Rey. Sus visitantes llegan en helicóptero, razón por la que es raro que un forastero se apersona. Además de mala, la carretera termina en un camino cerrado, como en las pequeñas playas privadas. No es pequeña ni privada, pero sólo quien está al lado puede rodear el alambre de púas.

Felix salta del escarabajo, libre al fin. Todavía no puede manejar y mal entra en el coche, pierna larga, melena de oro: *ballerina* en la cabeza, abriendo los brazos. El sol, refulge. ¡Quince años! ¿Cómo pasó esto?

Ursula, la madre, sonrío, no sabe. Pidió el vocho a los amigos en esta parte del mundo, lo estaciona en la última sombra, antes del camino cerrado. La primera vez que vino todo aquí era una selva sin propietario. Fue entonces cuando conoció al futuro padre de Felix y hoy trae sus cenizas. Murió a muchos husos horarios de acá, donde viven el hijo y la madre. Felix nunca estuvo en esta parte del mundo. Nunca oyó siquiera el nombre de Alendabar.

—Parece inventado —le dijo a la madre cuando venían en el escarabajo, esquivando los baches llenos de lluvia, espejos del cielo.

Con un ojo en la ruta, Ursula respondió:

—Todos los nombres son inventados.



AURORA SIENTE EL VAIVÉN de Ira hasta la raíz del cabello, emisión de nervio en nervio, pelvis, vagina, estómago, faringe, coronilla. Está casi boca abajo, pierna derecha estirada, pierna izquierda flexionada, la rodilla en la barbilla ya medio fuera de la hamaca. Cuando cierra los ojos todo fluctúa, aéreo. Cuando los abre, el sol da en la flor del cacto, en un botón. La palma de la mano de Ira le cubre la nalga, y a cada arremetida la pelvis de ella se contrae, a cada salida se expande: bomba de sodio y potasio, impulso eléctrico, motriz.

Al mismo tiempo, Ira siente el vaivén de Ossi hasta la raíz del cabello, emisión de nervio en nervio, ano, próstata, estómago, faringe, coronilla. Con ojos cerrados, es arrojado a las fieras. Con ojos abiertos, es el amante del medio, hombre de atrás, mujer de frente. Quiere cada luz de este día, cada color de esta hora, el azul en la flor del cacto: índigo. Floreó el día en que él nació, decía la abuela. Pero el cacto tenía miles de años ya, ¿sería hombre primero al llegar o sería

mujer? Pasó tanto tiempo que los equinoccios dieron la vuelta y las estrellas estaban de nuevo donde estaban.

Las manos de Ossi están en las caderas de Ira, más estrechas que las suyas. Ossi es el más pesado de los tres, Ira el más ligero. Ossi nunca sintió las caderas así y entre ellas todo tan justo, músculo dando de sí. No piensa abrir los ojos.



EN CUALQUIER MOMENTO el Rey espera un invitado del oriente a quien tiene intención de vender una pequeña parte de sus dominios, la única que no le da ganancia. Antes de marcar la visita consultó el mapa celeste, como acostumbra. Oyó decir que así hacían los reyes de antes en oriente, en occidente. El equinoccio caía en viernes, calaba pleno. Sería el comienzo de la nueva estación, antes de la cosecha, ahora del sacrificio.

Sería hoy.



—¿POR QUÉ HOY? —pregunta Felix, camino de la playa, saltando un charco—. ¿Se trataba de una fecha especial para ti y para papá?

—No —dice Ursula, un poco atrás—. Pero pensé que él le gustaría por ser equinoccio. Norte y sur iluminados por igual, el día con la misma duración de la noche, doce horas de luz... ¿te acuerdas de esto?

—Sí, no me acordaba que era hoy. Entonces comienza la primavera.

—Aquí el otoño.

—Ah, claro. Estamos al revés.

Un pájaro se posa adelante, golpea una gota de lluvia. Felix lo reconoce del álbum que tiene desde niño: ¡un poupatuti! No hay lugar a duda, es el único con ese arcoíris en la cabeza. Le mandará una foto al padre. Pero no bien piensa en él, el dolor es tanto que el cuerpo salta solo. Salta y salta, a ver si se gasta un poco. Parte de Felix continúa actuando como si el padre estuviera vivo. Hay células que se niegan a saber. Algunas células de él no aceptan que el padre murió.

—¿Y por qué esta playa? —pregunta, saltando por última vez—. Prometiste contármelo cuando llegáramos.

—Todavía no llegamos —Ursula se detiene.

Un zumbido de helicóptero llena el aire. Madre e hijo miran hacia arriba, los mismos ojos amarillos. Ojo de animal, decía el hombre que con ellos formaba un trío. Antes de ser padre de Felix, antes incluso de conocer a Ursula, había probado ceniza humana en Alendabar. Así se hacía la despedida de los muertos, entonces. Parte de la ceniza se mezclaba con fruta, todos comían un poco. Después caminaban hasta la desembocadura para lanzar el resto al encuentro de las aguas, al estero.

El futuro padre de Felix le contó la historia a Ursula en esta playa, al día siguiente de conocerse, y le preguntó si se comería sus cenizas. Dio una carcajada para no parecer dramático. Detestaba parecer dramático.

Tenía varias vidas ya. Ella, veinte años.



DOS COPAS DE PALMERA se balanceaban al vaivén de los amantes, resguardo y resplandor. Hace milenios que las palmeras sostienen las hamacas, dan guarida al barco del pescador, además de todo lo que en ellas se posa, mora, se come o bebe. De ellas viene la fruta que se mezcla con la ceniza de los muertos. Y algunas todavía se transforman en tótems o en grandes canoas. Más antiguo, sólo el cacto de la flor índigo, también imposible de observar en otras arenas, en otros parajes. Algo que Ossi, Ira y Aurora desconocen porque jamás vieron otros.

Este equinoccio decidirá si vivirán para ver doce horas de luz desde la primera. No planearon pasarla así, es la hora más relajada del plan que tienen. Se acelerarán en las próximas, en la cuenta decreciente hasta el anochecer. Uno encajado en el otro que encaja en el otro, el zumbido en el cielo no los detiene.



MIENTRAS TANTO, en los pastizales del Rey, las reses se sobresaltaron con la anticipación auditiva de todo animal. Rara es la semana acá sin helicópteros y el corazón de ellas continua disparando por atrios y ventrículos, tan parecido al humano que podría sustituirlo, sólo que cinco veces más pesado. Si se disparasen todas en desbandada, en un

día imposible, sin capataces ni cercas, el suelo retumbaría por muchos kilómetros. Son la infantería avanzada del sacrificio, el gran ejército de los involuntarios.

Y en breve los siervos del Rey penetrarán los horizontes limpios de la selva. Tan limpios como un sexo expuesto, dispuesto para el espectador.



EL REY SABE que alguien se aproxima antes incluso que cualquier animal. Una señal en el bolsillo y ya sale de palacio, examinando las alturas. La terraza da acceso a una pista de aterrizaje en piedra traslúcida, extraída de la mina junto al río. El primer aperitivo para quien llega del cielo.

—Bienvenido —murmura el Rey, con su boca de las cavernas: hoyos negros, estalactitas. Acaba de localizar el puntito del helicóptero que trae al huésped.

Es aquí cuando un llanto irrumpe en el interior y el Rey acude, corriendo. Es padre de un varón recién nacido, un ser vivo realmente suyo. No conocía esta felicidad. Esta nueva ferocidad.

Por toda Alendabar corren relatos sobre el bebé del Rey. Él lo toma en los brazos a cada llanto. Él cambia el pañal de algodón de mil hilos, lavado en la cascada que los más viejos tienen por sagrada. Él examina los excrementos, color, consistencia, sería capaz de comerlos. Lo hará. Él no fue dotado de fe, pero quiere a los dioses a los pies de su fruto.

Este mundo y el otro existieron hasta hoy para reconocerlo.



ALLÍ ARRIBA, a diez mil pies, el invitado del oriente se regocija. ¡Qué colores, qué aguas, qué transparencia! Las pequeñas islas adornadas por corales con seguridad todavía vivos: esmeraldas, cobaltos, fucsias, limas. Ninguna señal de emblaquecimiento, de colapso, salta a la vista. Y el helicóptero dobla hacia la bahía más majestuosa en la que ya puso los ojos.

—¡Alendabar! —clama el piloto.

Gana en un vuelo lo que los siervos allá abajo no ganan en un año.

Por encima de todo, el Rey tiene pánico de morir, por eso no escatimó hasta encontrar al mejor piloto. Tan desahogado es el contrato que la propaganda le aflora en la boca, espontánea:

—¡La historia del mundo comenzó en Alendabar, cuentan los nativos!

El invitado está dispuesto a transigir, ante lo que ve. Una orilla floreciente bordea el arenal, extensísimo. En un extremo de la playa, el acantilado negro, recostado en un volcán. En el otro, la desembocadura de un río incandescente, que al subir se ensancha bastante y tiene una isla en el medio. Hacia el interior está la gran rafia de los prados, pero el litoral sigue denso, intacto, todo lo que este oriental tiene en mente.

Vale la pena circundar el planeta, piensa. Sin muros ni mastines, la selva será la mejor guarnición.



SIN EMBARGO, el río incandescente lucha por la vida. Los cardúmenes de branquia expuesta descienden al océano donde dragones marinos abrazan cotonetes, latas de anticongelantes dan a luz crustáceos, amores locos, mutantes, que no se ven desde el helicóptero ni en un fin de semana. Nadie mide el veneno del río desde que el Rey llegó, con sus planes de ganado y minería. El ganado carecía de agua suficiente. La minería, de un dique para los residuos, que poco después estalló. Y los ribereños vieron venir al río como nunca, en un torrente castaño. Semillas, animales, casas, todo se llevó. Una anciana se metió en la corriente para agarrar uno de sus animales. El nieto, un niño todavía, corrió detrás pero fue engullido, después sintió un golpe. Cuando volvió en sí temblaba en el lodo, un vecino apenas pudo empujarlo hacia la orilla. Al bajar, las aguas hallaron a la abuela, atravesada por un fierro. Fue ella quien dio nombre al nieto. Un nombre de hace mucho, cortado para el día a día:

¡Ira! El ojo expectante de los antepasados, testigo de cuanto crimen, objeto de unos más, el macho a la fuerza primero, la hembra a la fuerza después, ni de una ni de otro, ahora.



LA DEMANDA DE SIERVOS es mucha en las tierras del Rey. Para no quedar a puerta abierta es necesario algún bosque, pero tampoco pueden quedar fuera de la vista. La insatisfacción se propaga, hay que vigilar cada chispa, detener el contagio. Por lo tanto, al llegar a Alendabar, el Rey mandó construir el alojamiento de los siervos atrás del matadero, local cien por ciento opaco, no vaya algún invitado a salirse de la ruta, hallarse donde no debe.

En ese alojamiento llegó a dormir, al principio, un pescador ya padre de adultos, viudo recién casado con una joven. No bien quedó embarazada le hablaron de aquel hombre, conocido como Rey, interesado en comprar las tierras circundantes y contratar a su gente. Sería un sustento más seguro que el mar. El pescador fue para allá, se quedó, estrenó el alojamiento de los siervos. Tan grande se reveló la trampa que sus hijos intentaron liberarlo. Lo que sucedió después nunca se aclaró. Venida de la ciudad, la policía declaró al Rey víctima de asalto, padre e hijos ahogados. Y policía viene, policía va, Alendabar aprendió a callarse. Y el último hijo del pescador nació:

¡Ossi! Quien vive del mar conoce el fondo, cuerpo de faena y arpón, la Tierra aguarda quién la circunde, además de la boca, además del volcán, algún humano la doblará, es juramento.



LA GENERADORA DEL VARÓN del Rey fue revisada en las tierras altas de Alendabar. Óvulos, trompas, útero, genes, todo de prisa, en privado, antes de la inseminación. Los padres de la doncella, devotos de un culto, dieron las gracias por la ausencia de trato sexual. Se dice en Alendabar que el Rey es adverso, no se le conocen relaciones. Ella se mantendría impoluta, con el futuro asegurado, si no hubiese muerto en el parto, de infección. Sólo una mano sostuvo la suya, hasta el final:

¡Aurora! La crema, la crin, la leche, las sardas, la última de la casa, madre matriarca, los hermanos tan mayores, la tráfuga, la saltimbanqui, canta para dormirse.



—*YO VI EL CIELO EN LLAMAS / el sol era azul / y el mar rojo* —los párpados de Aurora se cierran.

El sueño que sigue al gran cortocircuito (espasmos, taquicardia, hiperoxigenación, reducción de la actividad de la corteza, desbordamiento de neurotransmisores: orgasmo).

—Hay incluso un mar rojo —dice Ira.

Ossi pasa su brazo por encima de ambos, los aprieta contra el cuerpo. También está casi dormido (oxitocina, dopamina, todo se ralentiza, hasta las palmeras).

—Sol azul, no sé —continúa Ira—. Pero en las tierras heladas es posible ver tres soles, como en un viaje de Upa-la.

Silencio. Ossi respira detrás de él, Aurora, al frente. Ira no desiste:

—Mi abuela contaba que Upa-la fue la primera canoa. Cierta noche, hace miles de años, la tempestad derribó una palmera. Por la mañana la vieron flotando en el río, apresada por la copa. Si la liberaran, viajaría veloz con la corriente. Por lo tanto, en ella viajarían veloces. La sacaron del agua, le quitaron la corteza, excavaron el tronco. Así nació la primera canoa, porque para todo hay una primera vez. Y le dieron ese nombre, Upa-la.

Escucha hacia atrás: Ossi duerme con la boca abierta. Escucha hacia delante: bajo los párpados de Aurora ocurren cosas rápidas. Y buenas, porque ella sonrío.

Ira espía al sol, entrecierra los ojos. Está a un minuto de quedarse dormido.



VEINTE SIERVOS se apresuran en el matadero. El calor es enemigo de la carne, tal como la sangre o la daga mal afilada. Antes de que el día claree, ya todos los siervos del Rey deben estar comidos y bebidos, eufemismo para una calabaza de harina con agua. Entonces, la radiante estrella que a todo da vida despunta entre las dos palmeras, y cada uno va hacia su destino, la mina, el ganado, la selva.

A estos veinte caló el sacrificio de las reses. Entre rampas y rodillos, ganchos y grúas, no es raro vaciar intestinos con las manos, pisar descalzos en la hiel. El acre de la sangre entra en la piel, en el pelo,

debajo de las uñas. Se patina en la sangre, se respira sangre. El olor de la sangre aterroriza a las reses. Si no lo sabían antes lo saben ahora: van a morir. Braman, esperan, son detenidas en la marcha.

Los matarifes oficiales usan pistola antes de degollarlas, dardo directo al cerebro. Si falla a la primera, se va agujerando hasta acertar. El objetivo es dejar la res inanimada mientras la encadenan boca abajo y la daga corta la garganta y la sangre brota. Está probado que el sufrimiento perjudica el producto final, así se obtiene mejor carne en el plato, y de brindis, un final humanitario.

Mientras tanto, el Rey alimenta un universo paralelo, por atrás. Su método sigue siendo el mazo en el cráneo, que requiere varios martillazos, casi siempre. No sólo la res llega semiconsciente a la sangría, también el cráneo semiaplastado.



FELIX OBSERVA el cerco en busca de un punto flaco, alguna abertura hacia la playa.

—Increíble cómo cerraron esto —dice Ursula, con las manos en la cintura.

—¿Estás segura de que no es propiedad privada?

—Segura. La playa es una reserva natural. Pero todo lo que está alrededor fue comprado por un tipo al que llaman el Rey, según contaron a nuestros amigos del vocho.

—¿Rey? —Felix camina hacia la derecha—. ¿Rey de qué?

—No lo sé. Del ganado, de la madera. De su vientre.

Ursula camina en sentido contrario. Ve los cactus gigantes a través del cerco. Nunca olvidó estos cactus. Según la historia de la creación de Alendabar, fueron los primeros cactus del mundo, cuando todavía iban a florear, contaba el padre de Felix. Entonces eso sucedió en algún momento desde que Ursula lo conoció en esta playa. Y cómo floreaban, piensa ella. Qué azul magnético.

—¡Felix! —grita de repente.

Encontró la abertura en el cerco ●

Camões bajo el signo de la incertidumbre*

HELDER MACEDO

Tiene sentido que esta Conferencia Internacional, titulada «Bajo el signo de Camões», esté llevándose a cabo en Guimarães, la «Capital Europea de la Cultura», que es también la ciudad más emblemática de la fundación de la nacionalidad portuguesa.

Como toda la poesía épica, *Los Lusíadas* es, o pretende ser, un poema de fundación. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿fundación de qué? El subtítulo del Coloquio, «crisis y superación», desde luego sugiere que no hay una respuesta simple a esa pregunta básica. En realidad, el «signo de Camões» también se podría designar como un «signo de incertidumbres» manifestadas no sólo en el tiempo en que él vivió, sino también en nuevos tiempos de crisis y de deseada superación, como los que vivimos actualmente.

Camões publicó *Los Lusíadas* cuando el reino de Portugal tenía más de cuatro siglos de existencia, y lo escribió más de un siglo después del inicio de la aventura imperial portuguesa. Si es un poema de fundación, sería, *res in media*, un poema sobre una idea de nacionalidad y sobre un concepto de imperio que presuponía la necesidad de fundar de nuevo lo que ya debería estar fundado y de fortalecer lo que se había vuelto precario. Camões estaba enfrentando una crisis y considerando cómo superarla, lo que hace a *Los Lusíadas* un poema épico algo ambiguo por ser tan crítico del presente como celebratorio del pasado y, en sus previsiones del futuro, menos afirmativo que condi-

* Conferencia de clausura del coloquio «Bajo el signo de Camões. Crisis y superación», realizado por el Centro Interuniversitario de Estudios Camonianos (CIEC), en Guimarães, Capital Europea de la Cultura, del 10 al 12 de junio de 2012.

cional. Virgilio, en la *Eneida*, el modelo ostensivo de *Los Lusíadas*, celebró la fundación de Roma para celebrar la Roma imperial de su tiempo; Camões celebró la fundación del imperio portugués para criticar al Portugal de su tiempo. Las exhortaciones que hace a Don Sebastián, el joven rey que debería ser «la bien nacida seguridad de la lusitana antigua libertad», ponen la continuidad de la historia en un modo condicional: «tomad las riendas del reino vuestro, daréis materia a nunca oído canto», dice al inicio del poema, indicando claramente una situación de desgobierno del país. Y el poema va a concluir: «Si esto lo concede el cielo y vuestro pecho digna materia tomar de ser cantada...». En tiempos de crisis no superada, la continuidad de la celebración épica tenía que quedar pospuesta para un hipotético futuro.

La crisis confrontada por Camões no era ya la de la sucesión al trono, que parecía haber sido resuelta por el nacimiento de Don Sebastián. Era una crisis más antigua y más profunda, que tenía que ver con las circunstancias económicas, sociales y éticas del país y del imperio. Una de las consecuencias más graves de la expansión imperial portuguesa había sido el empobrecimiento de las personas que permanecieron en el territorio de Portugal. A medida que aumentaba el comercio de ultramar, la producción interna disminuía. Las especias de la India no enriquecieron a la vasta mayoría de la población. Los beneficios le pasaban al lado, iban a otros parajes. El tráfico de esclavos africanos serviría para sentar las bases de la futura economía colonial brasileña, pero no para fortalecer la economía portuguesa.

En la generación anterior a Camões, Francisco de Miranda de Sá ya se había rebelado contra el despoblamiento y el debilitamiento del reino cuando analiza los desde luego evidentes maleficios del imperio en la vida portuguesa. Dice, por ejemplo, lo siguiente:

*No me temo de Castilla
De donde la guerra aún no llega,
Pero tengo miedo de Lisboa
Que al olor de esta canela
El reino nos despoja.*

[...]

*Hizo al principio la pobreza
Vencer los vientos y el mar,
Vencer casi la naturaleza;
Miedo, eh, de nuevo a la riqueza,
Que nos venga cautivar.*

Gil Vicente, el dramaturgo oficial de la corte del abuelo de Don Sebastián, Juan III, tiene en el *Auto de la India* una memorable entrada en escena de un supuesto héroe imperial —un marido patético engañado por la mujer dejada en Lisboa— que declara: «Fuimos al río de Meca, / Peleamos y robamos». Pelear para robar se había convertido en un propósito del imperio. El propio Camões mencionará sucintamente en una carta escrita en Goa la corrupción que por allí se extendía, cuando caracteriza a la capital del virreinato como «madre de villanos malos y madrastra de hombres honrados».

Camões incorpora la condena del imperio en el mismo poema en que lo celebra. La descripción de la partida de las naves hacia Oriente, que debería ser de afirmación positiva por marcar el inicio del viaje celebrado en el poema, está dominada por la vehemente condena de todo lo que ese viaje significaría o, más propiamente —como si en una paradójica profecía retrospectiva basada en hechos acontecidos—, de lo que ya había significado. La condenación es hecha por «un viejo de aspecto venerable», el llamado Viejo del Restelo que, personificando la *vox populi*, emerge de la multitud que había corrido para asistir a la partida de las naves: mujeres que van a quedarse sin los maridos, madres sin hijos, hijos sin los padres, novias sin los novios, en un coro de previsibles infortunios que hace que los navegantes entren en las naves sin la «acostumbrada despedida» y no parten como héroes dignos de ser celebrados pero casi con vergüenza, con los ojos bajos.

El venerable viejo que representa la sabiduría popular derivada de la experiencia —«con un saber sólo de experiencias hecho»— no únicamente maldice la aventura imperial que se está iniciando, sino también ruega que «ni cítara sonora o vivo ingenio» dé a tales actos «ni fama ni gloria». Es decir, su condena abarca al propio poema que Camões está escribiendo. Pero el Viejo del Restelo es, después de todo, un personaje de ese mismo poema y, a través de él, es su autor que, sobre la base de su propia experiencia, está contraponiendo a los

reprobables actos de la codicia imperial —la «gloria de mandar» la «vana codicia», la «vanidad a quien llamamos fama»—, lo que sería un propósito digno de alabanza. Ese propósito sería una guerra justa contra los enemigos a la puerta del reino que, como el sabio viejo acentúa, tendría la recomendable consecuencia económica de propiciar más seguras ganancias en «tierras y riquezas», sin que por eso «el reino antiguo» se «despueble y se debilite».

La retórica de la «guerra justa» integrada en el habla del Viejo del Restelo y resonada en la voz del propio Camões al final del poema, sería una plusvalía ideológica reciclada del espíritu de la Reconquista cristiana, aunque no necesariamente un propósito determinante. Pero era una retórica útil, considerando que, en el tiempo en que Camões escribió *Los Lusíadas*, los enemigos islamistas a la puerta del reino eran una realidad concreta, amenazadora y no menos militante en opuestas «guerras justas». El islam no sólo era el poder imperial rival de los portugueses en el Lejano Oriente, era también un enemigo próximo que de hecho amenazaba la supervivencia de la Europa cristiana y continuó amenazándola hasta la victoria naval española de Lepanto en 1571, cuando el poema ya estaba escrito y en vías de ser publicado. La lucha contra el islam «a las puertas del reino» sería, por lo tanto, una causa justa en defensa de toda Europa. Pero fue una causa que también serviría a los intereses económicos específicos de los portugueses, y eso era quizás su principal justificación.

En Portugal, una nueva oligarquía se había beneficiado de la riqueza venida de afuera. Pero, precisamente porque esas riquezas venían de afuera, sus beneficiarios no necesitaban invertir en las riquezas potenciales —comparativamente menores y de lucro más lento— que pudieran ser producidas dentro del país. Y así, como Miranda de Sá había predicho a principios del siglo XVI y Antero de Quental corroboraría a finales del siglo XIX, los beneficios del imperio se convirtieron en una de las principales causas de la decadencia de la nación portuguesa.

Las políticas más favorecidas por la oligarquía imperial portuguesa en el tiempo de Camões eran o bien la continuación de una política comercial armada en Oriente o la intensificación de la más reciente política de ocupación esclavista en Brasil. Las dificultades prácticas de su aplicación en continentes tan distantes eran sin embargo notorias, la moral de ambos al mínimo dudosa, y la mayoría del pueblo portu-

gués continuaba empobreciéndose. Por eso hubo también quien propusiera lo que hoy se llamaría una tercera vía, que pronto fue despreciablemente caracterizada como una política de «pan y vaca». Esa política, que apuntaba a la ocupación y explotación de tierras adecuadas para la agricultura y a la ganadería, es mencionada, en términos negativos, por Diogo do Couto, en la obra *El soldado práctico*. Pero, si entiendo correctamente, es aquella que, en implícito desacuerdo con ese amigo y compañero suyo en Oriente, Camões incita a Don Sebastián para implementarla, «rompiendo los muros de Marruecos». Tal vez con exagerado optimismo, se consideraba que ese lado de los Algarves sería el granero que alimentaría a quien lo controlara. La ocupación de las tierras adyacentes del norte de África —desde los tiempos de la Reconquista cristiana entendida como una extensión del Algarve ibérico— ampliaría los límites de la nación rural, con un beneficio económico más tangible para la mayoría de la población portuguesa que la política imperial en tierras lejanas. El nuevo proyecto épico defendido por Camões sería, así, un necesario complemento de la idea de imperio celebrada en *Los Lusíadas*, un modo de superar la crisis en que el país se encontraba.

La Historia —la comprensión retrospectiva de lo que sucedió— tiende a reflejar lo que vino a suceder y no necesariamente lo que estaba ocurriendo o, menos aún, lo que podría haber ocurrido. La exhortación hecha a Don Sebastián, en las últimas estrofas de *Los Lusíadas*, para que rompa «los muros de Marruecos» se sitúa en el espacio ambiguo entre la expectativa y la realidad. La incursión militar dirigida por Don Sebastián en 1578 condujo a la catástrofe de Alcazarquivir y a la anexión de Portugal a España dos años más tarde. Por lo tanto, parece difícil justificar la sensatez de tal acción. Retrospectivamente, tampoco sería posible hacerlo, excepto en la medida en que el desastre militar de Alcácer-Quibir fue eso mismo: un desastre militar. Sus consecuencias negativas quizá no reflejen tanto un error de política como errores en su aplicación debido a la incompetencia suicida de un rey insensato. Lo mejor que se puede decir de Don Sebastián —un joven fanático, misógino y se supone que sexualmente impotente, o sea, todo lo opuesto de lo que fue Camões— es que tal vez haya adoptado una política correcta por razones erróneas. Pero, al hacerlo, hizo erróneas las razones correctas que pudiera haber habido.

Desde la perspectiva de Camões, la conquista y ocupación de los Algarves africanos sería un complemento de la política de ultramar y un necesario correctivo de sus consecuencias negativas, pero no un sustituto. La responsabilidad del joven rey sería por lo tanto dar continuidad al imperio corrigiendo los errores que debilitaban ya fuera al reino o ya fuera al imperio. Camões no es un Viejo del Restelo que rechaza el imperio —aunque los argumentos morales por él usados sirvan a su propósito moralizador— sino un «soldado práctico» que defiende el imperio. La verdad, sin embargo, es que jamás ningún imperio fue montado por razones de orden moral, y el imperio portugués ciertamente tampoco lo fue. La retórica de la «guerra justa», tal como la retórica de la «misión civilizadora» —o, en nuestro tiempo, de la «democratización»— puede ser un pretexto, pero nunca es una causa. En cualquier caso, la idea expresada por el personaje del Viejo del Restelo de que habría sido mejor que no hubiera habido imperio quedó integrada en el poema en que Camões celebra y defiende el imperio. La realidad de la que Camões partió fue que, para bien o para mal, había imperio. Y así, en las recurrentes y cada vez más violentas intervenciones personales que hace en el poema, él mismo corrobora y ejemplifica la argumentación moralizadora del Viejo del Restelo, usándola como un correctivo a los desmanes del imperio. Pero Camões también se sirve de otro personaje para denunciar la perversión de los ideales morales que deberían estar siendo implementados por una legítima política imperial. Ese personaje es Baco.

En el plan metafórico que el poeta superpone a la narrativa del histórico viaje de Gama, ese poderoso dios pagano se caracteriza al mismo tiempo como el padre ancestral de los portugueses, el antiguo maestro de la India que los portugueses demandaban y el oponente más feroz de su proyecto imperial. Baco parece representar el punto de vista de los enemigos portugueses al advertir a la población de la tierra africana de Mozambique contra las «personas robadoras» que eran «esos hombres que pasaban» y «que con pactos de paz siempre anclaban». Las acusaciones de Baco son calificadas en el poema como «falsedades». La verdad, sin embargo, es que las incómodas palabras que se le atribuyen difícilmente podrían haber sido consideradas falsas por los portugueses contemporáneos de Camões:

*Y más sabe (le dice) que entendido
Tengo de estos tendidos, que ladrones,
El comercio del mar han destruido,
Con incendios y bárbaras acciones,
Y ya traen, de largo, engaño urdido
Sólo de asesinarnos y de robarnos
Y a los hijos y esposas cautivarnos.
(I, 78-79)*

Las críticas del Viejo del Restelo —y del propio Camões— tienen, así, una ejemplificación concreta de las acusaciones de Baco sobre los métodos con que esos «cristianos sanguinolentos» se fueron enriqueciendo.

Baco es sin duda el personaje más complejo de *Los Lusíadas*. En varios de los ensayos que he publicado desde 1980 traté de entender el valor funcional de los múltiples —o incluso contradictorios— modos como Camões lo caracteriza en el poema. Ciertamente no lo logré del todo, pero no conozco ningún estudio de la obra de Camões que lo haya logrado. Lo más que puedo, por lo tanto, es compartir con ustedes algunas de mis perplejidades, por parecerme pertinentes para el tema que estoy considerando: crisis y superación, es decir, «Camões bajo el signo de la incertidumbre».

También he tratado de demostrar, en otros ensayos, que Camões articula en *Los Lusíadas* dos tradiciones literarias de significación opuesta: la épica y la pastoril. De la perspectiva pastoril, asociada al mito de la Edad de Oro, todo lo que constituye materia de la celebración épica —viajes y demandas, guerras y conquistas, riquezas y poder— es producto y síntoma de la decadencia que hizo caer a la humanidad en la Edad de Hierro (la misma «Edad de Hierro y armas» contra la cual se insurge el Viejo del Restelo, en reiterado énfasis). Por el contrario, la épica celebra esos mismos viajes y demandas, guerras y conquistas, riquezas y poder que la pastoril condena. La gran paradoja inherente a *Los Lusíadas* es que celebra desde una perspectiva épica actos equivalentes a los que condena desde una perspectiva pastoril. Y, no menos paradójicamente, la aventura épica celebrada en el poema será recompensada en un *locus amœnus* pastoril.

Al superar las contradicciones inherentes a la situación histórica de Portugal en su tiempo para una confrontación entre Venus y Baco,

Camões está poniendo en conflicto dos divinidades —medios hermanos, ambos hijos de Júpiter—, que en la mitología clásica no eran antagónicas, sino, en muchos aspectos, complementarias. En el contexto del poema ambas representan propósitos frustrados, son metáforas de lo que no sucedió. Baco representa el deseo de que no hubiera habido imperio; Venus representa el deseo de que el imperio que hubo no fuera aquel en que se había convertido. La Isla del Amor es la reconciliación de lo que no debería haber ocurrido con lo que debería haber sido. Es por lo tanto también un correctivo ideológico. La propia Isla, recuérdese, es la transposición pastoril de una expedición épica: la expedición de Cupido «contra el mundo rebelde, por que enmiende / errores grandes que hay días en él están, / amando cosas que nos fueron dadas / no para ser amadas, sino usadas» (IX, 25). La necesaria enmienda preparada por Cupido es, por lo tanto, de los «errores grandes» cometidos en el tiempo presente de la escritura del poema, y la transpuesta figuración pastoril de su expedición en la Isla del Amor es una representación metafórica de cómo corregirlos.

Baco es una divinidad inequívocamente pastoril. De los cuatro elementos, el suyo es la tierra. Su benéfico gobierno de los hombres estaba asociado a la fertilidad de la naturaleza. Siendo caracterizado en el poema como, simultáneamente, el padre ancestral de los portugueses y el señor de la India que los portugueses exigían, cuando se opone a la aventura imperial de sus descendientes humanos no está solo, lastimado su antiguo poderío que le está siendo usurpado, sino también dejando latente la idea de que, tanto para la India como para Portugal, el cambio de su poder benéfico por el poder militar de la ambición humana sería una pérdida y no una ganancia. En realidad, a pesar de la caracterización hostil de Baco, hay una historia de significación opuesta que se deja implícita en la narrativa de *Los Lusíadas*, una contraépica contada desde la perspectiva de Baco. Pero ésa sería la historia de que el decadente Baco salió vencido por sus descendientes portugueses, convirtiéndose en un dios desheredado, y Camões está escribiendo su poema desde la perspectiva del tiempo presente en que vivió. Sucede, sin embargo, que, desde esa perspectiva, la derrota de Baco no es completa, porque trajo consigo consecuencias aún por resolver. El declive de Baco sigue siendo una latencia, tanto en términos de la fundación de la nación portuguesa como de la continuidad del imperio portugués.

La identificación de Baco con Oriente, que, por sí sola, hubiese justificado su oposición a los rivales planes imperiales de los portugueses, es aumentada con la otra circunstancia fundamental que lo caracteriza, por medio de Luso, como el antepasado mítico de esos mismos portugueses que estarían repitiendo, en el tiempo de la historia, el pasado mítico de su padre ancestral. «Padre Baco», le llama pronto Camões en su primera aparición en el poema (I, 30). Ese vínculo de ancestralidad va a ser reiterado en las declaraciones de Vasco da Gama y Paulo da Gama sobre la historia de Portugal y se lo indica de nuevo, aunque en términos negativos, en el decir del mismo Baco, cuando desciende al templo de Neptuno con la intención de «dar a los de Luso triste muerte», y rechaza vengativamente a esos arrogantes usurpadores de su antiguo poder como «la débil generación que de un vasallo mi nombre toma» (VI, 26-30). Pero no es menos significativo que ese vínculo ancestral es el lema pastoril de Baco, el «verde tirso», que está patente en el primero de los estandartes que Paulo da Gama muestra al catual² para ilustrar su discurso sobre los portugueses ilustres (VII, 77,78; VIII, 1-4). Hay en ese pasaje del poema un sutil desplazamiento de perspectiva, pues aunque Baco se haya insurgido contra sus descendientes, éstos asumen con orgullo la ancestralidad de Baco, de quien en consecuencia no se considerarían usurpadores sino continuadores y legítimos sucesores. Recordemos algunos de los versos atribuidos por Camões a Pablo da Gama:

*Luso es este que ves, por quien la fama
A nuestro reino Lusitania llama.*

*Fue hijo, oh compañero del Tebano
De quien se cuenta el conquistar contino:
Parece que a parar al suelo Hispano,
Siguiendo el curso de sus armas vino*

[...]

*El ramo que le ves como divisa,
El verde Tirso fue de Baco usado,*

² Funcionario comercial en el extranjero. (N. del T.).

*El cual a nuestra edad muestra y avisa
Que fue su hijo oh compañero amado
(VIII, 2-4)*

Baco había sido y continuará siendo caracterizado en el poema en términos enfáticamente negativos: «fabricador de falsos engaños» (I, 73), «irado y casi insano» (I, 77), «malévolo» (I, 97), «odioso» (IX, 39). Por lo tanto, se habría convertido en todo eso. Pero el Baco invocado en el discurso de Pablo da Gama es, por el contrario, un ejemplo positivo, es el Baco anterior a la decadencia al ser simultáneamente caracterizado en términos pastoriles (por la referencia al emblemático «verde tirso», «el cual» —nótese— «a nuestra edad muestra y avisa»), como un triunfante conquistador de «diversas partes» y un proficiente guerrero (con las «armas que contino usó»). Por lo tanto, sería un modelo a seguir por los descendientes de Luso, a los que, sin embargo, se opone, pero quizás no sólo porque su antiguo el poder le estaba siendo usurpado, sino también, y acaso más fundamentalmente, porque sus antiguos valores estaban siendo traicionados. Y éstos serían los valores asociados al dominio de la tierra, incluso si resultan de guerras y de conquistas como, en implícito paralelismo, habrían sido las preconizadas por el Viejo del Restelo y por el propio Camões al desear la ocupación de las vecinas tierras del norte de África.

Si el elemento asociado a Baco es la tierra, el elemento asociado a Venus —la nacida de las olas— es el agua. Como protectora del viaje celebrada en *Los Lusíadas*, debería por lo tanto representar una perspectiva épica opuesta a la perspectiva pastoril personificada en Baco. De hecho así sucede, pero sólo hasta cierto punto. Porque del mismo modo que el pastoril Baco es conquistador y guerrero, así también la caracterización de Venus contiene aspectos aparentemente contradictorios. En efecto, a pesar de que sirvió a Camões para establecer una relación histórica —y por lo tanto épica, bélica e imperial— entre Roma y Portugal haciendo referencia intertextual a la *Eneida*, la Venus camoniana no corresponde ni a la diosa pagana de la épica virgiliana ni a la Venus pastoral del epicureísmo renacentista, cuya representación transpuesta en las Tres Gracias servía para significar las tres vías capaces de llevar a la humanidad a la verdadera felicidad, combinando poder, sabiduría y placer, *vita activa*, *vita contemplativa* y *vita voluptuosa*. Es la alianza de Venus, en *Los Lusíadas*, con la sabiduría de Júpiter y la

fuerza de Marte. Pero la Venus camoniana también reconcilia en sí las cualidades espirituales de la Afrodita Urania, que el cristianismo transfirió a la Virgen María, con la sexualidad de la Afrodita Porné, que el cristianismo neutralizó. Y de hecho es la Venus pastoril —la Venus media hermana de Baco— que va a consagrar la inmortalidad de los navegantes en la alegoría de la Edad de Oro que es la Isla del Amor.

Algo reductoramente, desde la lectura pionera de Faria y Sousa, para quien, de una perspectiva teológica cristiana, Baco correspondría al Diablo, las funciones de Venus y de Baco en *Los Lusíadas* han sido asociadas, en mayor o menor grado, a las dos religiones que se ponen en conflicto en la narrativa histórica del viaje: el cristianismo y el islamismo. Sin embargo, creo que ni Venus ni Baco pueden ser identificados con cualquiera de estas dos religiones porque ambos se sirven de las creencias humanas para sus propios propósitos, que son de orden diferente. La asociación de Venus con la fe cristiana en *Los Lusíadas* es siempre circunstancial y, si ocurre, es explícitamente indicada en el texto como un error de percepción, como cuando, en un momento de suprema ironía autoral, Vasco da Gama agradece con oraciones cristianas a la «Divina Guardia» la protección que había recibido de la pagana «diosa guardadora». Correspondientemente, la alianza de Baco con los musulmanes es, como hoy se diría, pragmática y oportunista.

No hay duda, sin embargo, de que en circunstancias históricas contemporáneas de Camões, el islam era el enemigo político y enemigo religioso de los portugueses. Los epítetos usados por el poeta contra el «torpe ismaelita», además de equivalentes a los que también usa contra Baco —«falso», «malicioso», «pérfido»—, nada tienen de ambiguo. Y no hay duda de que, en términos de intencionalidad autoral, incluso cuando critica a sus contemporáneos, Camões escribió su poema desde una perspectiva cristiana asumida. Pero la militancia antiislamista manifestada por Camões no debe ser traspuesta —como lo ha sido— para lo que sería una militancia proislamista opuestamente correspondiente de su personaje Baco. El propósito de Baco era impedir el éxito del emprendimiento imperial apoyado por Venus, sirviéndose para ello de las alianzas humanas o divinas que pudiera lograr. Y por añadidura, en el proceso también profanó a las dos religiones en conflicto. Por lo tanto, al igual que, en el Canto II de *Los*

Lusíadas había personificado a un sacerdote cristiano para hacer una celada a los portugueses, así también, en el Canto VII, intrigará a un devoto musulmán contra los portugueses cuando, sacrílegamente desde el punto de vista islámico, aparece fingiendo ser el propio Mahoma. Y después de este último intento fallido para engañar al mismo tiempo al moro y detener el curso de la historia —es decir, para impedir la llegada de los portugueses a la India—, Baco desaparece del poema, sin ninguna explicación.

Fernando Gil, en una desafiante e innovadora prospección del poema en un libro que escribimos en colaboración, *Viagens do Olhar*, analiza lo que designa como «el fracaso» de *Los Lusíadas*, y en ese contexto, lo que caracteriza como «la resistencia de Baco», Camões tiene la posibilidad de resolverlo en tanto personaje (pp. 13-75). Y, de hecho, Baco es el gran problema que queda por resolver en el poema. Sin embargo, desde mi perspectiva de lectura, sólo habría habido fracaso en *Los Lusíadas* si Baco no hubiera resistido, si no fuera un personaje dejado por resolver. Como yo lo entiendo, el Baco de *Los Lusíadas* de Camões corresponde a la incertidumbre sobre el futuro de Portugal. La decadencia de Baco —la poderosa deidad fundadora transformada en un corrupto, débil y malévolo manipulador de engaños— es una advertencia a los contemporáneos portugueses de Camões.

Por otro lado, tampoco me parece completamente correcto aseverar que Baco desaparece del poema. O, si desaparece, también Venus desaparece. Lo que de hecho sucede es que ambos van a ser traspuestos a otro personaje mitológico, Tetis, que va a presidir la consagración de los héroes épicos en la pastoril Isla del Amor. La identificación de Tetis con la causa de Baco se había enfatizado en el poema, cuando, tomando partido por él, había exigido obediencia inmediata a las órdenes de Neptuno para que los vientos destruyeran las naves de los portugueses (VI, 48). Pero es la misma Tetis, la aliada de Baco —que, herida por las flechas providenciales de Cupido con especial intensidad «porque más que ninguna otra le era esquiva» (IX, 48)— quien va a ser la representante de Venus en la Isla del Amor. Francisco Gil lapidariamente constata que «la Isla de Venus es abiertamente y exclusivamente dionisíaca: es decir, *Venus enemiga de Baco da como premio a los navegantes los valores de Baco*» (p. 53, cursivas de FG). En eso siempre estuvimos de acuerdo. Pero no cuando considera que, por esa razón, la Isla del Amor correspondería al triunfo de Venus sobre un

Baco que, aun a regañadientes, se hubiera convertido en un «cómplice de esa Venus protectora de Gama como antes fuera de Eneas» (*ibid.*). Mi diferente conclusión es que ni Baco ni Venus son vencidos o vencedores. Como yo lo entiendo, ambas deidades representan ideales traicionados por la historia: la fundación mítica de Portugal, personificada en el antiguo poder de Baco, y una refundación mitologizada de Portugal en la Isla de Venus. La recuperación de esos ideales habría sido el verdadero propósito de la aventura épica guiada por Venus, no para la India encontrada, sino para la dionisiaca Isla del Amor aún por encontrar.

Como intenté demostrar en otro ensayo ya antiguo sobre *Los Lusíadas*, Camões sobrepuso a la narrativa del viaje factual de Gama a la India un viaje iniciático hacia el conocimiento que culmina en la utopía de la Isla del Amor, donde todos los opuestos pueden ser reconciliados. También ya he indicado que hay todavía otro viaje que se desarrolla a la par de esos dos, y que está constituido por el propio poema. Camões recurrentemente caracteriza la escritura de *Los Lusíadas* como equivalente al viaje marítimo que está celebrando, un «nuevo atrevimiento» (resonando la designación que atribuí a Adamastror y a Baco del viaje de Gama) que lo llevó a encontrarse en «alta mar» y con «viento tan contrario» que teme que su «débil batel se hunda temprano» (VII, 78). Ciertamente no por casualidad, esa explícita analogía se inserta en el inicio del discurso de Pablo da Gama, que el poeta brutalmente interrumpe cuando éste le iba a explicar al catual el significado de las ancestrales insignias de Baco para, en dramático contraste con el pasado celebrado, ejemplificar en su propia condición de incomprendido poeta y guerrero («en una mano siempre la espada y en otra la pena») los desmanes del poder en la nación contemporánea cuyo pasado estaba celebrando (VII, 77-87). Los cargos que ahí hace a los portugueses de su tiempo serán repetidos y amplificados al final del poema, cuando acusa al país de estar metido «en el lucro no más y en la aspereza / de apagada, y sombría, y vil tristeza» (X, 144). Son críticas que podrían haber sido hechas por el Viejo del Restelo, si es que no incluso acusaciones que podrían haber sido vociferadas por Baco. El poema terminará con una última imposición a Don Sebastián, en que, reiterando las palabras que Camões atribuyó al Viejo del Restelo, lo incita a conquistar las tierras vecinas del Norte de África. Pero eso serían cosas futuras, porque el viaje de Camões en el mar

incierto de la poesía ya había terminado. Su poema había sido al final un viaje a través de dudas en relación al pasado, de desesperación en relación al presente y de incertidumbre en relación al futuro.

En el siglo XIX, Oliveira Martins, el historiador contemporáneo de Antero de Quental, consideraba al imperio como una de las causas de la decadencia de Portugal —la famosa declaración de que *Los Lusíadas* no eran una celebración, sino un epitafio. No es cierto, claro, porque Portugal aún ahora sobrevive. Pero el hecho es que ha sobrevivido en un estado permanente de crisis, de la cual el imperio fue al mismo tiempo una causa profunda y una aparente salvación. Por lo tanto, para concluir estas consideraciones sobre las incertidumbres de Camões ante la crisis que enfrentó en su tiempo, lo que también empecé por decir sobre la crisis que enfrentamos en nuestro tiempo: las riquezas de las colonias sirvieron, a lo largo de los siglos, para sostener la oligarquía portuguesa, y muy poco sirvieron para el desarrollo económico y social de la nación portuguesa. En consecuencia, haciendo justicia a las advertencias de Sá de Miranda y de Camões, el país continuó despoblándose, no necesariamente al olor de la metafórica canela, sino a la búsqueda de un tangible trabajo que trajera oportunidades de mejora económica y social a la mayoría desfavorecida de la población. Incluso hace cerca de medio siglo, cuando las guerras coloniales comenzaron a principios de los años sesenta, un país cuya población europea no excedía de diez millones y con varias colonias potencialmente ricas en varios continentes, se había logrado que siguiera siendo el país más pobre de Europa Occidental.

Con el fin de las guerras coloniales, Portugal volvió a sus fronteras anteriores a la expansión imperial con la ambigüedad celebrada por Camões en *Los Lusíadas*. El ejército portugués, desistiendo de luchar en una guerra que no había perdido, pero no pudo ganar, derrocó al régimen colonial al que hasta entonces había servido y se hizo cargo de la independencia de las colonias como una causa ideológica compartida. Cuando las antiguas colonias se convirtieron en países independientes, también Portugal habría podido hacerse independiente de las colonias. El pueblo portugués se entusiasmó, previendo un futuro mejor.

Y así pareció que sería el futuro, cuando Portugal se asumió como una nación postimperial, integrándose a la Comunidad Europea —o, como pasó a ser llamada, Unión Europea—, en cuyo contexto podría desarrollar sus propios recursos. Las subvenciones procedentes de

Europa permitieron que se construyeran carreteras que abrieron el interior del país, que se produjera más y que se comercializara mejor lo que se producía. Por primera vez en cinco siglos, Portugal dejó de ser un país sólo de emigración para convertirse también en un país de inmigración, con personas procedentes de Europa del Este, las antiguas colonias de África e incluso Brasil, que era la antigua colonia preferida por los portugueses de la emigración económica.

Sin embargo, los hábitos antiguos persistieron. La situación actual demuestra que, como las recetas de especias de la India, del oro de Brasil, o del petróleo de Angola, la financiación externa recibida por la adhesión de Portugal a la Comunidad Europea no fue aprovechada adecuadamente para fortalecer la economía nacional. Peor aún, algunas de las fuentes nacionales de riqueza, como la pesca, se han visto negativamente afectadas. Algunas de las pocas industrias que había han dejado de existir. La producción agrícola no se modernizó para convertirse en internacionalmente competitiva. Es cierto que la crisis que ahora está experimentando no es aplicable sólo a Portugal. Pero no me parece gran consuelo el argumento tantas veces usado de que, por ejemplo, la situación de Grecia es aún peor. Tampoco, por otro lado, parece edificante, que en respuesta a la crisis, nuestro actual gobierno aconseje a los portugueses —una vez más— resolver sus problemas económicos emigrando a otros países. Porque también es cierto que, una vez más, como Camões tan indignantemente denunció en *Los Lusíadas*, la gran mayoría de la población es la que está sufriendo las consecuencias de los errores de sus gobernantes. Camões, al hablar de su tiempo y para su tiempo, está también hablando de nuestro tiempo y para nuestro tiempo. Pregunto, para terminar: ¿es éste el «signo de Camões»? ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

Canto noveno

NUNO MOURA

I

**aún los carteros andaban a pie
y el agua con gas era en el mar y la sangre espesa diluía
se extendía la ropa en los arenales
y aún conocíamos a las personas de nuestra vida
aún se entraba y salía de este país
con la ligereza de un mesero
aún nadie abusaba de su posición
a no ser para lanzar hijos al aire
el carnicero colgaba corazones excelentes
hace mucho se había abandonado la idea de los números oficiales
se buscaban ataques de hambre prendiendo fuego a madrigueras
y de ahí nada surgía
a no ser un mayor entendimiento de la tierra**

CANTO NONO

I

**ainda os carteiros andavam a pé / e a água com gás era no mar e o
sangue grosso diluía / estendia-se a roupa nos areais / e ainda
conhecíamos as pessoas da nossa vida / ainda se entrava e saía deste
país / com a ligeireza de um empregado de mesa / ainda ninguém
abusava da sua posição / a não ser para lançar filhos ao ar / o homem
do talho pendurava corações excelentes / há muito se tinha
abandonado a ideia dos números oficiais / procuravam-se ataques de
fome deitando fogo a tocas / e daí nada surgia / a não ser um maior**

y de sus camaleones soñolientos
rastreadores de nuevas rutas
había itinerancia antes de haber autobuses
y los dragones rojos celebraban lecciones fúnebres
aún la muerte no tenía conocimiento de la prosa
y era común la pasión súbita por perros
y se explicaba la velocidad a los hijos
sin bloqueador solar
y las corrientes de aire perfumaban a la planta del café
y ya admirábamos las estrellas
sentado en el regazo de João dos Santos
aún pedíamos disculpas cuando nos sentábamos de espaldas
porque aprendimos el proverbio luandino
el sabio corre de espaldas
aún no había monedas en las piscinas naturales
y el pez espada negro ya coloreaba porto-muniz
y ya una mujer barajeaba una aldea
con la dulzura de la ropa cambiada
y si había choferes era para que llevaran resúmenes
éramos todos criados sin toallitas, sólo con abrazos
aún nuestros festivales eran por carta
y el femenino de pendejo era pequeña y de
abundancia habas

entendimento da terra / e dos seus camaleões sonolentos /
farejadores de novas estradas / havia itinerância antes de haver
autocarros / e os dragões vermelhos cerimoniavam aulas fúnebres /
ainda a morte não tinha conhecimento de prosa / e era comum a
paixão súbita por cadelas / e explicava-se a velocidade aos filhos /
sem loção solar / e as correntes de ar cheiravam à planta do café / e
já admirávamos as estrelas / sentados no colo do João dos Santos /
ainda pedíamos desculpa quando nos sentávamos de viés / porque
aprendemos o provérbio luandino / o sábio corre de costas / ainda
não havia moedas nas piscinas naturais / e já o peixe-espada preto
coloria porto-moniz / e já uma mulher baralhava uma aldeia / com a
doçura da roupa trocada / e se havia motoristas era para levarem
resumos / éramos todos criados sem toalhetes, só com abraços /

aún Líbano no hacía anuncios al turismo
ni Portugal tenía mar
nadie había dicho «ese dinero va
a llevarnos a la ruina»
y los hombres apenas usaban marcas
de fieras peligrosas y no soñaban aún
escribir a soberanos
ni en catálogos literarios
para smart-shops
y los refrigeradores aún no interferían
con radio áfrica
y la national geographic era apenas música
y las teorías eran horarios que nadie habitaba
y la presencia de un hijo era la pose que el amor más admiraba
y el interior y el exterior
eran las posiciones que este niño ensayaba
durante el sueño
y aún nadie había ocupado las 30 plazas
para pintar en la calle.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

ainda os nossos festivais eram por carta / o feminino de puto era
miúda e de / abundância vagem / ainda o Líbano não fazia anúncios
ao turismo / nem Portugal tinha mar / ninguém tinha dito «esse
dinheiro vai / levar-nos à ruína» / e os homens usavam apenas
marcas / de feras perigosas e não sonhavam ainda / escrever a
soberanos / nem em catálogos literários / para smart-shops / e os
frigoríficos ainda não interferiam / com a rádio áfrica / e a national
geographic era apenas música / e as teorias eram horários que
ninguém habitava / e a presença de um filho era a pose que o amor
mais admirava / e o interior e o exterior / eram as posições que essa
criança ensaiava / durante o seu sono / e ainda ninguém tinha
ocupado as 30 vagas / para pintar na rua.

Una mirada a lo fantástico

NICOLAU SAIÃO

1. DE LO FANTÁSTICO COMO TERRITORIO VITAL

ES EL NUESTRO UN MUNDO donde las dudas, o *peor que eso*, determinadas certezas encarnaron en innumerables cuerpos, rostros, representaciones de acontecimientos, vivencias contaminadas por una realidad que excluyó la posibilidad de que la alegría de existir sea independiente de la razón social y, más grave que esto, de acuerdo con la propaganda incesante de los medios de comunicación, tendencialmente o inculcadamente: supernumeraria.

Las civilizaciones, en este preciso momento, como se sabe, sin unos oráculos no tienen posibilidad de escapar, sea por el fingimiento, sea por la simulación propiciada por los fideísmos a un hecho evidente y palpable: son mortales y, comprobadamente, se desvanecen a cada minuto. Es una deconstrucción/modificación acelerada a la que sólo los ritmos individuales, curiosamente, colocan cierta barrera como si fueran islas. Y lo llamado *real social*, cada vez más incómodo, es mucho más extraño e inquietante que el tradicionalmente siniestro continente de los monstruos inventados por la imaginación de los escritores, de los pintores, de los cineastas que cultivaron el género.

Tzvetan Todorov, en un libro escrito con la proverbial habilidad articulada de los intelectuales franceses de calidad y, más que eso, parisinos, a pesar de su origen trasnacional, concluyó —fue lo que su parte del siglo le permitió— que lo fantástico residía por encima de todo en esa *duda* sentida por el lector. Pero eso era y debía ser derivado de la *escritura* del autor, fundamentalmente, lo fantástico reside en esa escritura y en los medios existentes para que se aventure por ese plano. De ahí que hoy, salvo por error, por falta de motivo o, incluso,

por falta de capacidad inventiva, los escritores ya no cultiven el género fantástico, a no ser que le añadan, de forma bastante natural aunque perturbadora, un potente *elemento de terror*. Lo cual, claro, es un signo de los tiempos, *de nuestros tiempos devastados*, toda vez que lo fantástico tiene que ver con *el miedo y sus saltos* y no con *el terror y sus circunstancias*. Los cuentos y las novelas fantásticas —y lo mismo se comprueba en el cine y en la pintura— fueron contaminados y hasta sustituidos por los relatos sobre *serial-killers* y *mass-murders*, psicópatas o seres en pleno uso de su crueldad.

Se dio después una inversión en la realidad social, que es el depósito en el cual se basa el *campo de manejo* de los autores antes de —tras la difusión de la escritura— quedar mezclados, interligados, interpenetrados. Como refirió Louix Vax: «El arte fantástico debe introducir terrores imaginarios en el seno del mundo real». Yo detallaría aquí: introduce, siempre, y es debido a ese hecho, pues lo fantástico es siempre procedente del territorio de la escritura, del arte en general; y es sólo ahí que se ejerce, pese a la simulación/convención de la existencia del fantasma. Ahora, por el contrario, hoy por hoy, **lo real es lo que introduce terrores mucho más reales en el mundo de la imaginación**. Dado que nos faculta para percibir, al constatar esta evidencia, es bien cierta la frase que nos dice que la verdad, o si quieren la realidad, tal como la luz del día, es fatal para los monstruos imaginados, siendo *ad contrari* el vientre del cual brotan los monstruos reales de nuestra existencia perversamente socializada.

En el fondo, a causa de la agudización de los conflictos internos-externos, lo fantástico nos aparece ahora como un país recordado donde la imaginación se refugió, ella que es cazada por las esquinas por la crueldad de los dueños de la Tierra que, curiosamente, ya no disimulan los colmillos sino que antes los justifican con, hasta, cierta gallardía...

Siendo encarnaciones simbólicas del Mal, los monstruos fantásticos son hoy bromas algo evasivas en comparación con los monstruos sociales que determinados poderes forjan y yerguen para que su estrategia resulte y acreciente su estatuto de gente sentada en una curul.

Drácula o Frankenstein —a no ser que los veamos como representación de los que ocupan la realidad circundante de primera— forman unas figuras demasiado tristes, pobres diablos en que los convirtieron, al pie de gente tan real como un Ceausescu, un Kim Jong-il,

un Stalin, la corte nazi o un dictador sudamericano, o, en los últimos tiempos, un jefe fundamentalista cualquiera de las diversas gamas en la ecuación. O uno de esos protagonistas centroeuropeos o africanos promedio que tajantemente despachan millares a sangre fría sin un gran trabajo de conciencia.

El juego, el juego de imaginar personajes de pesadilla, se volvió un juego mortal. Más grave —*dejó de ser juego* y ahora es una especie de recuerdo en los mecanismos cotidianos. La cuestión clave no está en la lectura, como Todorov postuló, *sino en la escritura*. El dueño de lo fantástico es el narrador, tal como en la vida social lo son los que gobiernan la masa de quienes fingen depender por la representatividad democrática. Tal como en una película, escenificada con aplomo, todo es, en última instancia, el cuerpo sensible del realizador, desde los personajes hasta las peripecias, desde el *décor* al elenco.

Los monstruos de lo fantástico que se transmutó mientras los años pasaban —y constatarlo es casi un lugar común que el cine, por ejemplo, capturó con oportunidad y astucia— andan ahora por las calles bajo el atuendo de comerciantes, de profesores o de modelos fotográficos, de farmacéuticos o de peluqueros, de simples agentes de la ley, médicos y banqueros. (Todas estas profesiones, aquí radica el detalle, tienen que ver con cintas o libros conocidos, como el lector proverbialmente atento recordará).

Y es así que de forma algo recalentada o artera, en un mundo hecho palco inquietante para personajes carnales aterradores, un *ersatz* de lo fantástico es, imagínese, usado para distraer de la realidad hostil: últimamente la moda (que no es moda, pero sí un golpe financiero-social bien armado y consciente) de los filmes de vampiros para adolescentes, transfigurando los monstruos en pequeñas estrellas que, pues es ése su enfoque, encantan a los pobres ingenuos de manera singular.

Así, por un lado, se exorcizan fantasmas peligrosos de lo cotidiano y se amenizan los focos traumáticos e, incluso, las neurosis que infectan el día a día y que, aquí y allí, amenazan con explotar.

Lo fantástico en el arte es como una señal que asegura que la imaginación libre aún no se ha esclerotizado. Creando zonas oscuras y embrujadas como en el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, los cuentos «científicos modernos» de Pere Calders, las ecuaciones de Jorge Luis Borges o las metáforas de Juan Rulfo de Cortázar —esto en el univer-

so ficcional hispánico—, las incursiones poético-trágicas, permeadas de una profunda nostalgia de Bruno Schulz y Claude Seignolle o Jean Ray, lo fantástico lanza un reto a la perversidad y al cinismo del mundo de la necesidad y nos hace saber, sin lugar a dudas, que el único sitio donde debería ser lícito que existan miedo y monstruos —la imaginación artística— está siendo inundado por la sangre tan real y triste de los desvirgamientos sociales provocados por la inepticia de un mundo que vive entre los destrozos del derecho romano, *après la lettre*, las seducciones, un tiempo apaciguadoras, otro perturbadoras de la interactividad y las simulaciones de los fideísmos occidentales con, bien adentro del horizonte, los fanatismos de tipo oriental de buena cepa medievalista.

Así, el mundo de lo fantástico apela a nuestra comprensión, tanto de los fenómenos interiores como exteriores, a nuestra capacidad de insurrección ante las injusticias, las *cauxias* y las corrupciones éticas oficiales o privadas, al humor negro o brillante y a la libertad de optar, que no es negociable. No olvidemos, antes recordemos sin ceder a chantajes: las tentativas contemporáneas, llevadas a cabo por asociaciones profesionales de orientación generalmente «fideísta» o de obediencia, que caprichosamente intentan eximir criminales y asesinos del castigo con el pretexto de que la culpa es de la sociedad, deben encontrar por delante nuestra determinación de **demostrar** que la culpa es, sí, de sus componentes **más** la sociedad que los forjó y que *aquéllos generalmente controlan* para efectos de su interés ilegítimo y opresor.

Y sepamos seguir ese llamado de lo fantástico, sepamos aventurarnos imaginativamente por esas noches negras en que las fieras comuestas, siendo un dato esencial, desaparecen, no obstante, borradas por el canto del gallo y por el aire purificado de las mañanas incorruptas.

2. DE LO FANTÁSTICO EN LA LITERATURA —VIAJE CONCISO

UN UNIVERSO QUE ACEPTE firmemente lo sobrenatural se encuentra cerca de lo maravilloso pero lejos de lo fantástico. Por el contrario, un universo profundamente realista es aquel donde la ambigüedad fantástica se puede manifestar. Un vulgar ciudadano supersticioso, ante una «aparición» diabólica, se siente aterrizado aunque no sorprendido. La sorpresa puede sentirla un honesto ca-

ballero racionalista armado de tremendas certezas frente a un acontecimiento insólito.

Lo fantástico, más que la derrota del cartesianismo, es la volatilización de aquello que lo sustenta: una sociedad que perdió el sentido —y, más que el sentido, el gusto o el apego— de las realidades (véase el mundo de los *talk-shows*, donde la realidad presentada tiene como objetivo crear un tipo de realidad cubriendo/sustituyendo todo lo real social exterior, complejo y contradictorio).

Lo fantástico no alerta ante el hecho de que en cualquier momento podemos desaparecer de la faz de la Tierra. En efecto, ¿quién conoce el momento de su muerte? ¿Cuáles, adicionalmente, son los mecanismos del tiempo? ¿El tiempo es nuestro aliado, pues vivimos dentro de él, o, al contrario, es una espada siempre suspendida sobre nuestra cabeza? Pasado, presente y futuro se entrelazan en el relato fantástico y, por lo tanto, lo fantástico se convino que exista en la realidad. Pero lo fantástico, fundamentalmente, tiene que ver con el presente, ese instante infinito y evanescente que tan deprisa surge y luego se va, y nosotros con él. Lo fantástico, tal como el presente —que reside perpetuamente entre el pasado y el futuro—, se equilibra entre el mundo real y el sobrenatural, hesitando siempre. Puede decirse, con entera conveniencia, que en el sótano de la casa crece una excrescencia carnosa que en cuanto se intenta tocar inmediatamente desaparece, para volver a reaparecer en cuanto nos apartamos. Lo fantástico contemporáneo es de orden conceptual, como en los cuentos de Pere Calders «La estrella y el deseo» y «Cosas de la providencia», o en el de Borges «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», donde, para citar a Vax, *los manejos de lo extraño se entrelazan con los de la inteligencia*.

El héroe-víctima moderno verificó, con inquietud, que su saber, su conocimiento y su cultura no le proporcionan las necesarias *armas milagrosas* para enfrentar la maldición, aunque son, por el contrario, un motivo más para temblar, un territorio más de pavor y desesperanza. (Así como los establecimientos de enseñanza de alta jerarquía, en la práctica de esta contemporaneidad, ya no garantizan un incremento de saber y de medios de vida, antes bien son lugares donde los clientes con terrible frecuencia son destinados al Dios dirá, una vez que en sus expectativas campean la desigualdad, la visión del desempleo y hasta el cínico apadrinamiento partidario).

En suma, lo fantástico corriente contemporáneo es hijo de la *desesperación*, mientras que lo fantástico tradicional procedía del *desconocimiento*, de la *fisura* entre lo que es real y lo que puede no serlo. Domina en la sociedad la idea difusa, muchas veces inquieta y confusa, de que la *duda* entre real e inusitado posible (sello canónico de lo fantástico) sólo existe en el plano en que los próceres a cargo nos *mienten*, sin proporcionarnos las verdaderas *razones* que guían el mundo y permiten, en el plano de la escritura, ver claro y hacer claro.

Es esto lo que explica que en los últimos años se hayan multiplicado como hongos las telenovelas, novelas y hasta ensayos que propician relatos que, de forma impetuosa, abordan las multiplicaciones fraudulentas a las que se habrían entregado gremios como el Vaticano y grupos iniciáticos, autores célebres, estados y asociaciones, antiguos monarcas y capitalistas, etcétera.

Existe, pues, un fantástico en *acción*, las relaciones sociales están cubiertas por una pátina que provoca en el ciudadano común la sensación de no saber *en qué andan*, como suele decirse.

Observemos que, como una vez más Vax suscribe, lo fantástico también es *la presencia del hombre en la fiera o de la fiera en el hombre*. La ferocidad del tigre es natural y no nos asusta. Pero imagínense un tigre con cabeza de hombre o un hombre con cabeza de tigre. ¿Cómo es que pueden existir cosas así? Es de esa pregunta horrorizada que brota lo fantástico. Pero en este momento, debido a los avances de la tecnología y de la ciencia de punta, se antoja la posibilidad de que, de hecho, eso pueda existir. Más aún: existe la posibilidad de que personas con nuestra apariencia sean nonatos modificados que contengan en su interior, monstruosamente desarrollados, todos los instintos de depravación y de perversidad que sus presuntos usuarios programaron. (Sin mencionar la utilización manipulada y cínica de los medios). Y es de este alejamiento del ciudadano y el supuesto Estado que nace la angustia y la desesperación que lo fantástico moderno apunta mediante la escritura en que la duda pasó al campo que se interroga sobre la legalidad y el abuso en que parecen tenernos sumidos.

Y no se resuelve este *impasse* metafísico metiendo la cabeza o la pluma —o el aparatejo interactivo— en la arena...

La poesía es la transfiguración de la realidad. Lo fantástico es el trastorno de la realidad. Y de esa catarsis posibilitada por la escritura nace una poesía específica, o diría: un halo de poesía que roza los

campos de la nostalgia y de la tragedia, y que, a partir de ese arte, permite que se supere la amargura que emerge de la fugacidad inherente a la vida, al *tempus fugit* fundacional.

La poesía, bien entendidas las cosas, violenta las leyes de la escritura para llevarnos mediante la deconstrucción que precede a la belleza y al saber. En lo fantástico es la violación de las leyes de la lógica comúnmente aceptada que nos transporta titubeando, repletos de confusión, por los recovecos de esta tierra inquieta. La poesía nos proyecta en un universo encantado, lo fantástico nos sumerge en un mundo donde todas nuestras certezas se fracturaron. De lo fantástico se desprende un hálito poético de rasgos aterradores y lúgubres, fascinantes y embrutecedores —y sólo consigue eso si los textos que lo persiguen no procuran dar a luz *la poesía*, y sí el conflicto entre lo real normal y lo sobrenatural mefítico que yace dentro de la más asombrosa realidad, súbitamente puesta en cuestión y aparentemente transformada en algo que no se sabe bien lo que sea, pero que no nos gratifica.

Dejemos durante algunos segundos a nuestra mirada vagar por pequeños ejemplos, para iluminarnos en tono recreativo una cierta función de lectores reconocidos: piénsese, como en la novela de Prosper Mérimée *La Venus de Ille*, en una estatua modelada en un parque ajardinado. Las estatuas, tal como los maniqués y los muñecos, son siempre vagamente aterradoras, pues se parecen en demasía a las figuras de carne y hueso. En la figura petrificada de la estatua hay siempre una sugestión de vida posible, de animación, a pesar de que nuestra razón y nuestra experiencia nos garantizan que tal cosa no puede comprobarse.

En la novela referida existe la sospecha de que una estatua salió de su estado pétreo para estrangular a un novio demasiado atrevido que, para hacer una broma, contrajo un matrimonio burlesco con ella. Hay indicios que pueden tomarse por positivos, pero el caso puede ser el resultado de la superstición del entorno o trasladado a cuenta de imaginación excesiva, bien aprovechada por un asesino hábil y emprendedor.

De lo que no hay duda es de que Alphonse de Peyrehorade murió con el pecho marcado por arañazos amoratados y el cuello roto. ¿Obra de la estatua injuriada o artimaña vivaz del rival español a quien humillara en el transcurso de un juego de frontón?

En un relato policial, este *plot* sería apenas un motivo parcial de puesta en escena y estaría allí apenas para cargar el enredo de un perfume de misterio, pues en poco tiempo se invertiría en otra dirección, derrumbando las premisas de cuño metafísico, dado que en aquel género todo se desenrolla verdaderamente en el piso sólido de lo cotidiano real. En la novela fantástica, al contrario, la secuencia de acontecimientos, terroríficos o angustiantes, no termina en un apaciguamiento del descubrimiento, ni siquiera lo tiene como blanco. En general, el final de un relato fantástico, o deja permanecer los motivos de angustia en un articulado ingenioso, o abre nuevas interrogaciones tenebrosas. La explicación, si así se le puede llamar, levanta nuevas perplejidades de mal cariz.

Digamos que esta característica, este rasgo de inacabado, mueca de humor negro tiernamente brutal, tipifica lo fantástico como *un género abierto* y, por eso mismo, mayor y elaborado por autores de calidad superior.

De ahí que el relato fantástico retroceda o desaparezca en los períodos de conmoción, o exista débilmente en los países donde, por causa de la miseria social o del fanatismo fideísta, laico o no laico, la existencia civil esté sujeta a las penas de descalificación ética, moral o de tono bajamente social, como sucede entre nosotros, que nunca *et pour cause* tuvimos literatura y arte fantásticos —con ligeras excepciones de eventuales inadaptados— que no fueran anticipadamente débiles o epigonales e imitativos •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

Nuestro mejor olvido

ANDREIA C. FARIA

UNA VEZ EN EL METRO vi a un hombre enloquecer. Registraba la mochila, la vaciaba y volvía a acomodar los objetos transportados —peines atrapados entre mechones de cabellos, guantes impares, insectos durmiendo en el ámbar, pañuelos sucios de papel. Y una bolsa de canicas, que se reían de él al titilar. En varias ocasiones el hombre debe de haber reunido las canicas en la palma de la mano, examinándolas, antes de hacerlas rodar por el carruaje. Sólo entonces me fijé en él.

Tenía el rostro torcido como una corteza de pan y disminuido por la falta de dientes. Los ojos eran un río de lodo y los días de mendicidad le hundían las esquinas de la boca. Gemía con las manos en el turbante limpio, en la barba negra, digno botín que parecía haber sido prestado para que pudiera seguir viviendo, gimiendo más. Se llamaba Sukur. Lo sé porque, cuando hubo un fallo en la luz del carro y todos los pies se propusieron rodar sobre las canicas para que algo les sucediera en esa mañana fría, el hombre se levantó y declaró: «¡No teman! Soy Sukur, el vendedor de inciensos». Y prendió un palillo de olor.

La llama encendió un fusible en el pecho de los viajeros, y un hormiguero, como la voluntad de una golosina o de una diablura, se les subió a las puntas de los dedos, siempre enlatados y conservados en el frío como frijoles.

Después, cuando la luz eléctrica vino, con el estremecimiento del arranque del carro todos volvieron la cara hacia las ventanas y olvidaron a Sukur. Él dio algunos pasos y se estancó, buscando un banco vacío para sentarse. Hablaba una lengua sucia que los indígenas acostumbraban dejar sin respuesta.

Llegué hace meses a la ciudad y aún no le conozco un día de sol. Al

desembarcar en el aeropuerto me quedé en la puerta, viendo la lluvia a través del cristal hasta que las luces de la calle se encendieron, y luego me resigné a ver siempre las ventanas de los coches y los ojos de las personas difuminados por esa agua ininterrumpida, de modo que las calles me olían a lavandería y la cerveza me sabía a caldo.

Me preparaba para salir todos los días como para un servicio fúnebre. Pero podía decirse que aquella ciudad extranjera respondía a mis ansias. En mi país, en agosto, el sol arde en los tejados de cinc y los pájaros tienen que buscar alimento antes del mediodía. La tristeza se celebra en lágrimas y manchas negras y es contrariada por cada esplendor de la primavera. Allí la tristeza era sentida en los riñones, en un parsimonioso golpe que echaba a los sufrientes por tierra sin que quisieran volver a erguirse. Yo venía huyendo de una gloria en herida, de un patrimonio de dolor, y lo agradecí. Me aficioné bastante bien al hollín que cae con la lluvia sobre las cosas. Si llorara por la noche, la almohada estaría negra.



FUI PIDIENDO INSTRUCCIONES hasta llegar a la cuadra que una tía me había dado como referencia. Yo debía buscar trabajo en los hoteles donde se instalaban los turistas, los comerciantes y los conferencistas en viaje. Tomaba de la mano una pequeña maleta y aspiraba el frío y el humo de los cigarros en el aire. No veía perros, ni niños, ni cementerios. Sólo jóvenes adultos japoneses o europeos, bien vestidos y confiados, y ninguno parpadeaba ni cerraba los ojos, y si alguna vez bajaban la cabeza era para considerar la adecuación de sus propios zapatos a la moda más reciente.

Encontré trabajo en una pensión. Los tiempos de oro de mi tía habían pasado y los alojamientos más modestos pertenecían ahora a paquistaníes. En los cuartos de baño alfombrados había manchas de vómito que nadie se había atrevido a limpiar.

Cuando decía que trabajaba en una de esas pensiones, las personas arrugaban la nariz. Eran de los sitios más pobres e inmundos de la ciudad y yo escondía las uñas negras en los bolsillos para que no se negaran a venderme más cerveza. Pernoctaban allí asiáticos que fallaron en sus emprendimientos, adolescentes sin cuarto para el sexo y viejos que buscaban un lecho para morir. Llegué a ver la camilla bajar por el ascen-

sor y salir por el sótano, sostenida por los extremos por dos bomberos. El humor del cuerpo permaneció durante una semana en el cuarto y en los corredores. Un viejo tan viejo estaba muerto desde hacía tanto tiempo que exhalaba un olor dulce y trémulo. Por unos días, los huéspedes nos felicitaron por el buen olor a las manzanas cocidas.



CUANDO LO VI por primera vez desnudo, lo que más me impresionó fue su estómago. Parecía haber sido aporreado hasta quedar hundido, pegado a las costillas. Y las manos, que revelaban su peso en un cuerpo tan flaco, morenas, contorsionadas de venas en una inusitada proximidad con la luna.

Estaba sola bebiendo, los codos decaídos y balanceando la pelvis contra el balcón, hasta que apareció y se puso a hacerlo. Me miraba de soslayo, con la curiosa elegancia de un cisne, y se movía en espasmos avergonzados.

Acepté mudarme a su apartamento rápidamente, a pesar de que aún me quedara el hábito de marcar con el borde húmedo del vaso los anuncios de alquiler de cuartos en el periódico.

Llegaba a la casa al ocaso y él ya me esperaba desnudo en el sofá. Dejaba espacio entre su cuerpo y el mío y me lo hacía mientras veíamos televisión o mientras discutíamos qué comer. La lluvia crujía en la ventana y dormíamos ambos un sueño frío de reptil.



EL TURNO DE LA NOCHE fue el primer lugar adonde me llevó cuando me vio desesperada, tratando de luchar contra el invierno y sus mangas rotas, las rodillas rasgadas, los pies mojados.

El trabajo en el hotel empezaba por la mañana temprano. Era duro y anestésico y yo, que ya había encontrado a Dios en aquel país y oído golpear su corazón en un campo dorado, me resignaba ahora a su ausencia. Me dejaba transportar como un animal misericordiosamente dormido hasta el día en que pudiera ser feliz.

Entraba al servicio de madrugada y preparaba los pequeños almuerzos, los huevos revueltos, los jugos, la fruta blanda y el pan sin sabor, todo espantado y dividido en platos con porciones iguales. Aspiraba las

habitaciones, tendía las camas, lavaba los baños. Me contemplaba con seguridad en los espejos.

Por la noche ardía de deseo por la cerveza oscura y tibia y bajábamos por una puerta secreta del bar hasta el sótano. El suelo temblaba con los carros de metro que pasaban por debajo, lo que confundía a los hombres a la hora de lanzar las apuestas. Hacían varios tipos de apuestas para divertirse. Quién se venía en último lugar mientras veían pornografía, quién lanzaba almendros a la Reina por las rejas de su palacio, quién acertaba en la próxima muerte de una personalidad famosa, quién adivinaba el pensamiento de los demás.

Más tarde los vi rondar la propia muerte. Se conocían tan bien que uno desafiaba al otro a hacer lo que más le aterrizzaba, o cada uno se lanzaba a sí mismo un desafío a cumplir públicamente. Así, vi a hombres convencerse de que iban a morir de cáncer y a retirarse enfermos del juego. Vi a los que medían los minutos entre la caída y la muerte, cuando se lanzaban de un puente. Vi a los que cortaban orejas y extremidades del cuerpo.

Morían muchos del impacto, de la infección; otros, que vacilaban en jugar, enloquecían. David quería mostrarme con esto que nada había que temer si desafiábamos el miedo. Pertenecía al Turno de la Noche con la furia de quien extiende y contrae las piernas para ganar lance en un columpio. Él mismo estaba muriendo y, como un beato conservado en olor a rosas, dejaba la sangre correr en su piel translúcida.



NO VALE LA PENA buscar lo que no existe aquí, le dije. Llegaba la primavera, los remiendos en la ropa no me hacían llorar. Se lo dije hombro a hombro como si fuésemos hermanos. Uno de los hombres proyectaba en la pared fotografías de hormigas aplastadas entre las hojas del otoño y de la nieve brillando en los cuernos de un ciervo. Había abatido al animal mismo, convencido de que podía trasplantar a su propia frente los cuernos y ser respetado y avistado a lo lejos en la calle. Tenía un miedo insuperable de ser atropellado, o de ser ignorado. Y tenía planes para implantarse también una cola, qué bueno sería poder sacudir una cola con satisfacción, pero para eso tendría que matar un felino de gran tamaño.

Toda la gente rio y bebió mucha cerveza. La cerveza calentaba las manos y entumecía las sienes, hacía tierna una parte imprecisa del cuer-

po. Les propuse que bailáramos. Agarré a David y lo hice girar entre mis manos. Giramos tensos como peones de acero en el suelo, cronometrando el tiempo hasta caer. Y cuando la danza se arruinó, corrimos por las escaleras para que no nos volvieran a poner la vista encima.



PARA PODER CUIDAR de David pasé a cubrir el turno de la noche en el hotel.

Soñé con una torre, me dijo cuando llegué a casa por la mañana. Soñé con una torre negra de hormigón y de ella veíamos a la ciudad entera respirar. ¿Ya notaste que en esta ciudad no hay perros, ni niños, ni cementerios? ¿Hace cuánto tiempo que estás aquí? ¿Recuerdas que llegamos para marcharnos, que la idea de partir era lo que nos hacía alegres y cínicos? Era lo que nos hacía despertar. Y, sin embargo, la ciudad, imposibilitada de ser otra ciudad o cualquier otra cosa que no fuera ella misma, fue sitiando nuestra voluntad. Desde la cima de la torre percibí la geografía de la ciudad. Es una roca de ecos, donde el calor se desvanece, y nos abrazamos los oídos y el pecho para oír mejor, y para dormir mejor.

Tragó las pastillas de la palma de mi mano y continuó: Oye, quiero salvarme. Quiero encontrar a Dios, o una soledad esencial y tranquila que me transporte hacia Él.

El transporte era yo. Negociaba con Él —como un niño negocia con su madre para poder dormir sin pijama— su ida hacia los cielos.



TUVE QUE RESCATARLO de las manos de un esotérico y de las de una amante tardía. Había alturas en que se olvidaba que éramos escaparates delante de Dios, que su hilo de vida se reflejaba en el filo de mis ojos y que, por lo tanto, no desistiría de él. Asumiendo ese papel yo sufría al tener que vigilarlo y vigilarme tan severamente, pero no había opción. A menos que lo matara, y eso es lo que él querría que yo hiciera, con mano firme y amorosa, que lo matara de la forma en que él quería morir, en la cama de una enfermera, con drogas o con un golpe fino.

Las mañanas en que se sentía mejor eran de una alegría desconocida para ambos. Se acostaba en la cama para mostrar vitalidad y yo le aca-

riciaba el cuerpo bajo la bata. Salíamos por las calles muy temprano y tuvimos muchas veces la impresión de poder empezar de nuevo, una ilusión de insensato alivio al sorber tragos de aire frío y de café.

Me llevaba a iglesias porque decía que era natural que Dios, convocado por tanta gente los domingos por la mañana, apareciera ahí. O que dejara un rastro callado para que lo siguiéramos con nuestro mejor oído. O, aunque Dios nunca apareciera, sería aquél el lugar legítimo para que la gente creyera que lo haría, y era contra los mármoles de las iglesias que la frente de David buscaba enfriar la fiebre. La mano temblaba entre sus piernas en las naves vacías de los templos, porque incluso en la paz había algo que le incomodaba, que lo llenaba de hambre y náusea y lo hacía precipitarse. Acostado en las losas, sus caderas estrechas eran la cuenca de donde yo después limpiaba el semen. Vertido como lágrimas. Su mejor habilidad postrada ante la sombra de Dios.



Y DIOS, en eso estábamos de acuerdo, era un elefante atravesando llanuras y unificando incidentes. Nuestra ansia de sentidos y propósitos, de que todo contara una historia y tuviera al final su justicia y alguna poesía. Dios era esa idea que los niños tienen de los adultos antes de llegar a su tamaño. Una idea tonta.

La capilla donde estábamos había sido construida para los niños. Ahí oraban, bajo una bóveda de cal llena de estrellas. Ahí la joven Reina había depositado su primer libro de oraciones. Durante la Guerra la capilla fue bombardeada, y luego reconstruida, y nosotros nos sentamos en los bancos pequeños y pensamos que preferíamos el camino hacia Dios antes que a Dios mismo.

Pero él proseguía, y en eso estábamos de acuerdo, sereno como un elefante atravesando la llanura. Y sólo Dios podía saber del vendedor de inciensos, y de los perdedores de apuestas, y de dónde enterraban a los perros y a los niños. Y sólo Dios podía saber de mí y sólo Dios podía saber de David, por eso era bueno confiar en su memoria ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE MONSERRAT ACUÑA

Graça, la inmortal

[fragmento]

FILIPPE HOMEM FONSECA

SEIS HORAS Y NUEVE MINUTOS DE LA MAÑANA. Graça pasa por el cuarto de la Niña Celeste, la oye roncar; la vieja no se dio cuenta de nada, aún duerme y vive, en ese orden.

(Sólo que la Niña Celeste ya no duerme. Juega con la suerte. Con la muerte).

Hay manchas rojas denunciando los pasos. Graça, al regreso tendrás que limpiarlas, qué tal si la Niña Celeste resbala y cae, se rompe la pierna; deberías empezar a darle un baño, cambiarle los pañales, una logística espantosa. Mejor pasar el trapeador, un poco de detergente en el agua, es más resbaladizo que la sangre.

Graça se da un vistazo en el espejo. Continúa joven y cansada. Menos mal.

Se sienta en la tapa de la taza del baño, cierra la puerta y abre el armario de los medicamentos a la altura de los pies que sangran, necesidad y satisfacción al mismo nivel, como no siempre están los males y las curas. Saca alcohol y algodón y caen frascos de merthiolate y agua oxigenada, tapas mal cerradas, todo botado, *de prisa*, está todo para apurarse. La voz de la Niña Celeste le zumba en la cabeza, *Por favor, Graça, la manutención del decadente no puede quitar vigor al ímpetu de la novedad.*

—Huyo de la novedad volando, herida

dice la muchacha, bajito, y el merthiolate y el agua oxigenada se esparcen sobre los pies, en la parte de arriba donde no hay heridas ni necesidad de parches, es de las plantas de los pies que la vida gotea y se mezcla con el contenido de los frascos, empapa el tapete. Mancha en los surcos entre azulejos, mapa de un laberinto.

Por lo menos ya tengo una disculpa para cancelar la cena.

Aceptar la invitación había sido la tercera cosa en la vida que hiciera de forma espontánea. Le quedaban cuatro hipótesis sin reflexionar de meterse en la boca del lobo.

Es mejor no cancelar. No lo voy a dejar colgado.

Se acuerda del padre,

Colgado.

Aparta la imagen.

Por lo menos con Gabriel sé que puedo contar.

Abre el paquete de algodón,

¿Puedo contar?

se despertó llena de fuerza: el paquete estalla y los copos flotan blancos antes de tocar los líquidos del nuevo día. Beben, ligero desayuno de campeones. Graça tiene hambre; primero hay que curar los moretones. Abre el frasco de alcohol, moja el algodón, desinfecta los pies, le arde y suelta un silbido por entre los *brackets*, bajito para no despertar a la Niña Celeste. Limpia las pequeñas heridas; era sólo falsa alarma, dos vendas, remiendo hecho.

Se levanta para ir a buscar el balde y el trapeador, lo desliza en las gotas de sangre que motean el corredor, siempre coloreaban a esta casa tan gris. Y cae, un golpe sordo, ningún hueso partido y la Niña Celeste aún sigue durmiendo y viva, podría ser peor. Mientras exista margen para empeorar, están las cosas bien.

En la cocina, llena el balde de agua, despacio para no hacer ruido; así va a demorar siglos para tener la cantidad suficiente. Abre un poco más el grifo, equilibrio delicado: el grifo chorrea más de la cuenta y la manguera, imitación hoja de plata y entrelazada, se escapa y escupe agua en todas direcciones, moja la cocina y a Graça. Tendrá que pasar el trapeador por otro accidente más.

Vierte detergente en el balde, sigue la medida indicada en la tapa en relación con la cantidad de agua, le parece demasiado aunque no se atreve a abrir otra vez el grifo, mientras no; está todo contra ella, es necesario dejar que se cansen los infortunios. Opta por no revolver el agua en el balde para que el detergente en exceso se quede ahí, en su lado imposiblemente redondo. Después reconsidera, es mejor no abusar de la suerte, abre el grifo y esta vez no hay ducha involuntaria. El día entrando en los ejes, Graça alegrándose con poco.

Sol de corta duración. Pasa el trapeador por el suelo de la cocina, piensa tomar un café antes de avanzar con la empresa. Abre el armario de la loza, se estira para sacar una taza de café. La agarra con tanta fuerza, para no dejarla caer, que el esfuerzo resulta contraproducente: la taza se le escapa por la mano sucia de detergente grasoso y se le hace añicos abajo. Graça aprende que, a veces, es por aferrarnos con tanta fuerza a las cosas que acabamos por perderlas y quebrarlas. A veces nos perdemos y quebramos a nosotros mismos.

Aguenta el aire en el pecho. El sonido de la porcelana al quebrarse no despertó a la Niña Celeste,

respira,

recuerda el barullo que hace la máquina de café y desiste.

No quiero despertarla, no le deseo ningún mal. La divina gloria, del tercer piso, puede venir con lengua de plata que yo no la mato.

Lleva el balde y el trapeador para el corredor. Comienza a limpiar.

En el cuarto de baño, la tarea de Graça es más complicada, aquel tapete deberá ir a la lavadora. Se acuerda de la ropa dejada en la lavadora, tendrá que extenderla o comenzará a oler.

Ventana abierta, ni un alma allí se ve a trabajar pero el trabajo va apareciendo hecho. Demoraba siglos, es verdad, ¿y entonces? La evolución de las especies tampoco se hizo sin desviaciones de calendario y presupuesto. Una ciudad en obras es como una ciudad en llamas. Ambas en transformación. En un sentido, en dirección a la ceniza. En el otro, ¿en dirección a qué? ¿El futuro?

Olvida el mañana entero. Pueden las obras nunca acabar.

Los andamios dejan poco espacio para el tendedero, Graça se arregla como puede. El azar insiste: una rebanada más fuerte y el viento le arrebató una blusa de las manos, la favorita de la Niña Celeste, vieja de décadas, tejido delicado con un patrón intrincado de colores famélicos. Tantos cuidados todos estos meses para lavarla a la temperatura correcta, para no estropearla y, ahora, mira. La vida es mágica, hace desaparecer cosas y personas.

Las próximas piezas, ya menos importantes, ya Graça las toma con firmeza, pinzas de ropa entre los dientes; una de ellas, astillada, le abre un pequeño corte en el labio y Graça vuelve a ver la sangre gotear. Dos piezas de ropa interior de regreso a la lavadora, debe ser.

Y Graça aprende que si a veces nos aferramos con tanta fuerza a las cosas sin importancia es porque ya no tenemos nada más a qué aferrarnos.

Mientras tiende la ropa, se acuerda del padre. Pasa siempre.

*

EN EL BARRIO DE LAS COLONIAS era conocido por su apellido. Azevedo, profesor de música en la primaria, dedicado a los niños, sólo a los hijos ajenos. Un hombre que maltrataba gatos en la calle, anciano prematuro, solitario incluso teniendo familia (o por tenerla), loco de soledad, salía de bata a la calle durante la noche para hacer el mal a pequeñas criaturas abandonadas, como él. ¿Qué quería de la vida? Graça nunca lo descubrió. Mucho menos el vecindario, que de él sabía el apellido y un poco más.

El padre y su varilla de fierro, robada de una de las obras de la calle, nada que se parezca a las obras de ahora. Iban alternando. O era el agua o era la

electricidad o era televisión por cable. Se turnaban. Graça, en aquella época, no se preguntaba

¿Por qué no arreglan las cosas entre ellos para que no tengan que perforar constantemente la calle? ¿Por qué comprometer nuestro bienestar inmediato en función de la satisfacción a largo plazo de una necesidad que, muchas veces, ni siquiera sabemos tener?

Hoy, en retrospectiva, se halla a sí misma pensando en esto, aunque ya crea saber las necesidades que tiene.

El padre se arrodillaba en sus pantalones de pijama, las solapas de la bata se ensuciaban en charcos de aceite y colillas de cigarro que después llevaba a la cama cuando se acostaba (solo, siempre solo hasta con la mujer al lado) y con la varilla de fierro raspaba el asfalto por debajo de los pocos carros que encontraban estacionamiento por entre los escombros, las obras de agua o de electricidad o de cualquier otro recurso que suponía facilitar la vida, *atajos que se hacen pagar, llamadas directas para el infierno de las buenas intenciones de los otros a nosotros*, acostumbraba decir el padre de Graça. *Tan caras, siempre tan caras, las buenas intenciones de los otros y las nuestras.*

Raspaba el asfalto y metía la varilla adentro de los motores de los carros estacionados, en busca de un gato escondido, con miedo. Como él. Sentía tanto miedo y no sabía de qué y eso sólo lo hacía sentir aún más miedo.

Una vez, Graça tenía siete años, el padre se metió en líos con un vecino a causa de estas averías. Eran casi las cuatro de la mañana y un hombre acababa de estacionar. Llegó a su casa y Azevedo descendía por la calle. El motor estaba caliente y el gato procuraba el calor y el padre de Graça lo buscaba con la varilla. El dueño del carro volvió a salir, se olvidó del estéreo, y se topó con el individuo de bata arrodillado rebuscándole el motor con la varilla de fierro. Lo pateó y el padre cayó en uno de los hoyos de las obras, era otoño y había llovido, lodo por todos lados.

Y Azevedo, tanto ruido al entrar en casa, hasta despertó a la hija, ahora de pie y de pijama en medio del corredor, mirando los pasos de escombros que el padre había dejado en el piso,

Traje las obras de la calle para adentro de la casa.

Se acostó así como venía, lodo y todo, llevó las obras para la cama, a ver hasta dónde la mujer aguantaba, hasta dónde estaba dispuesta a llevar la retirada.

Al día siguiente, sábado, cerca de la hora del almuerzo, el padre se levantó y sin decir una palabra, sin que nadie más tuviera oportunidad de decirla,

—Detente.

abrió la puerta del balcón y se tiró del quinto piso.

El padre de Graça extendió los brazos, alas de un buitre goloso con la idea del

propio cadáver y se hizo volar con dirección al suelo. O por lo menos fue así que Graça imaginó el momento decisivo, ya que, cuando el padre abrió las ventanas, una corriente de aire se apoderó de la casa, abusadora, hizo revolotear hojas de la agenda sobre el brazo del sofá, notas donde Graça, más tarde, intentaría encontrar justificación para lo que el padre hizo, ya que no la encontraba en las conversaciones que, a la fuerza, intentaría mantener con la madre sobre el asunto.

Y la atención de Graça se refugió en esa agenda, hojas que volaron leves en oposición al peso del gesto paterno y se acomodaron dulcemente sobre la alfombra sin color. La *Sinfonía número 8* de Schubert, la *Inconclusa*, donde nunca encontró respuestas; poco notó el encanto del padre, la frustración sentida cuando se atrevía a imaginar la música faltante. ¿Cómo podría Graça, que deja todo a la mitad, comprender el peso de una obra cuyo final nunca conoció?

Levantó el rostro, vio al padre colgando en el tendedero, percibió el vacío de sí mismo. Y la madre de Graça, creyendo en lo que veía antes de que Graça se diera siquiera esa oportunidad a sí misma, no cubrió los ojos de la hija para evitársela, no le tomó la mano para llevarla al cuarto y ponerla a dormir, confiarla a una pesadilla que se volvería un alivio al despertar.

Solapas de bata sucias de lodo y aferradas a la vida, la costura de las mangas abriéndole la piel debajo de los brazos, una marioneta expuesta en el quinto piso. La calle estaba llena, a pesar de las obras: vecinos que no tenían hacia dónde ir excepto aquel barrio de escombros presente y supuestos lujos futuros. Miraron arriba y apuntaron, *mira a Azevedo colgado*, y se rieron mucho, un coro de burlas y viento que hizo el cuerpo de Azevedo girar y quedar de frente a la hija; ninguno bajó la mirada,

la vergüenza,

por entre las rejas del balcón, Graça encarcelada en aquella memoria y el padre colgado en el tendedero.

Llamaron a los bomberos y el vecindario siempre riendo; cuando lo quitaron del tendedero el padre de Graça respiraba. Aún habría de comer mucho y trabajar más, sólo que estaba muerto por dentro y nunca más cazó gatos ni volvió a intentar matarse. El final llegaría de manera menos aparatosa —si bien más que definitiva— años más tarde. Todos vividos en vergüenza.

Dejó así una profunda marca en la cultura del barrio, en boca del vecindario: —Aparece ya, no seas Azevedo, no me dejes colgado.

*

CUANDO GRAÇA EXTIENDE ropa es como si abriera las heridas a la calle.

El aire está húmedo. Ha de secar. Como las lágrimas y la vida.

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

SÍ, jefecita

AFONSO REIS CABRAL

ENTRÉ A MI PEUGEOT 205 con tres bastonazos en la ventana. Abrió la puerta sin más. Sentada, vieja en todo, dijo: «Ahora me llevas al Seguro Social». Fue lo que me bastó para arrancar, responder: «Sí, jefecita», mientras Eva acomodaba el bastón entre las piernas, Tendría cien años, pero se movía con la indiferencia de las cosas idas. No le importaba no regresar a ese sitio, ni estar en sitios que no eran suyos, como mi carro.

El bastón, raspado en la empuñadura, se mantenía fijo, aunque Eva se balanceara, ajena al tránsito y extendiendo el pañuelo que le resbalaba por la cabeza. Cerca del nudo del pañuelo, un signo se movía a cada frase. «Dime, muchacho, ¿cuánto va a ser?». No supe a qué se refería. «Jefecita, no soy taxista», explicaba, cuando ella insistió: «Tienes el carro bien conservado, ¿cuánto va a ser?». No respondí. Me faltaba la voz, que era un soplo, un beso que nunca le daría.

La ciudad casi no fluía. Media hora después, cuando nos acercábamos al Seguro Social, Eva trató de comprarme el coche, por un precio que pactó en quinientos euros. Más que justo, era un favor que me hacía. «Me quedo con esta lata y te libro de cargas».

Sin saber por qué, cumplí las órdenes y la llevé al Seguro Social. Cuando salió, una pierna linfática a la vez, le pregunté: «¿No se despide, jefecita?», y entonces ella me lanzó un «¿Cómo crees? Me esperas aquí, que debo volver a mi casa».

Eva demoró tres cuartos de hora.

La gente entraba con miedo y salía deprisa. Las mamás llegaban con carritos de bebé, a veces sin bebé adentro. Un hombre traficaba con los turnos de las consultas. Algunas funcionarias fumaban en el barandal del tercer piso, lanzando las colillas sobre los usuarios. En la puerta, el policía

me apuntaba con el dedo: «Circule, circule», y yo lo ablandaba: «Un momentito, estoy esperando a mi abuela».

Eva regresó, sonriendo al policía como si diera dulces a un niño. «Lo que importa es que tengo contactos allá. Que se chingue el Estado», comentó. Me pareció más tranquila, menos hinchada, segura de pecar sin castigo.

Seguimos el camino inverso y la ciudad mantenía su paso lento. Los mensajeros cortaban el tránsito con sus motos, cuidando de no golpear los retrovisores. El ruido orquestado de los motores se perdía entre los bocinazos. Los camiones aprovechaban para descargar en las tiendas. Salían hombres con cajas de plástico en el hombro. Adentro, berlinesas, *croissants* y dulces frescos. Los coches más antiguos como el mío apesaban anuncios en los parabrisas. Un jubilado escupía en el paso peatonal. Chinos paseaban sin conversar, encorvados como quien vende barato.

Frente a nosotros pasó una mujer hostigando al Chihuahua que traía en el regazo con besuqueos en el hocico. Las uñas de gel enormes le picaban las orejas. Noté que Eva observaba. Apoyó las manos y la cara en el bastón y comentó: «Esa se parece a mi hija». Prosiguió con una voz más aniñada, delatando: «Entre todo, lo peor es que perdí su rostro, casi no la consigo recordar». Por un momento, con los ojos en blanco, calló, pero la dueña del Chihuahua regresó.

Eva no se contuvo. La conmoción la obligaba a tocarse el pecho y respirar profundo. Aferrada al bastón, continuó: «Cuando ella nació, ya no tenía esperanza de tener más hijos. Ella era mucho mejor que yo. Se hizo grande con facilidad». Se acariciaba las manos sin cruzar los dedos.

Seguimos por una calle más despejada, en el trayecto que Eva indicaba. Estaba atenta al camino, aunque insistía: «Una chispa nomás para ver, una llama viva, mi hija». Y se interrumpía, pasaba de «Tú manejas mal» a la hija, y de la hija a «Dimos más vuelta por esta calle». Eva pasaba. Mejor no atravesarse, aunque creyera que la vieja debía mostrar mayor consideración. Le estaba haciendo un favor, a final de cuentas.

Su respiración se tranquilizó, ya no se tocaba el pecho, aunque cabeceaba. Por fin se incorporó, se tomó las rodillas y me miró, tocando con el índice la palanca de velocidades. «Quédese quieta», le pedía, y agregó: «Sabía que sólo la apagarían con violencia, como se apaga el fuego. El hombre fue a hablar con ella en la puerta de su casa y le pidió dinero. Ella no le dio. Claro y bien. El hombre la empujó adentro. Mi hija todavía le debe de haber dado unas buenas mordidas y puntapiés». El orgullo la animaba, su cara ganaba color, llegó a sonreír.

Yo también sonreía, no por burla sino por confusión. Es que Eva contaba mal la historia, entre sollozos, sin articular o usar las pausas correctas, y con un acento de bocado a la fuerza antes de salir. Continuó: «Pero él era hombre y quería dinero. La arrastró al baño y se encerró con ella».

Estábamos tan cercanos en el carro como la hija y el hombre en el baño. Eva simulaba la lucha, manoteaba en dirección mía. Dijo aparte: «Él era hombre y ella pequeña». Descubría en la memoria lo que había pasado. Quería con certeza arreglar un final distinto, aunque no encontrara las palabras exactas. Renunció a seguir elaborando y terminó con: «Sacó el cuchillo. ¿Has visto un cuchillo apagando una llama? Antes hiere al que toma el cuchillo. Pero no. Lo enterró en la garganta y la dejó desangrar. Mi hija quedó ahí. Él se llevó los cien euros de la cartera y la policía lo atrapó días después».

Pitaban. Nos rebasaban por ambos lados. «Chíngale, hijo de tu puta madre», vociferaban. Ella secaba sus ojos con el pañuelo y yo temía que al hablar la lastimara, de tan transparente y desnuda. Arranqué con la impresión de que acabamos mal.

Algunas cuerdas después, llegamos al edificio de Eva. «Es justo aquí, muchacho. Dame un minutito, tengo algo para ti», me pidió.

«Sí, jefecita». Apagué el carro y me quedé oyendo las luces intermitentes. Eva regresó con naranjas. El aroma se apoderó del tablero y la tapicería. Camino a casa comí un gajo y me limpié el jugo con la manga •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



Lisboa, capital de la literatura apátrida

JOSÉ MANUEL FAJARDO

El pasado mes de junio, coincidiendo con el octavo aniversario de la muerte de José Saramago, una deslumbrante lectura de textos suyos, que tuvo lugar en la fundación de Lisboa que lleva su nombre, me hizo recordar la primera vez que conversé privadamente con él. Fue en 1991, en la ciudad de Estrasburgo, durante un encuentro literario. Yo había sido enviado allí por la revista *Cambio 16* y coincidí con otro periodista, el portugués Torcato Sepúlveda, que era amigo de Saramago y nos propuso tomar algo juntos.

Los tres compartimos un par de horas de charla en un café cercano a la plaza Kléber. Torcato y Saramago hablaban un excelente español. Yo apenas era capaz de balbucear alguna frase de cortesía en la lengua portuguesa y estaba muy lejos de imaginar que un día terminaría viviendo en Lisboa. Nuestras edades nos situaban en tres generaciones diferentes. La historia de nuestros dos países conspiraba contra nosotros, haciendo planear sobre el cielo alsaciano pretéritos fantasmas de violencias, desdenes y resentimientos peninsulares. Pero allí estábamos, en un país extranjero para todos, en una plaza de nombre germánico, en una ciudad que en numerosas ocasiones ha cruzado, sin moverse de lugar, la frontera que separa Francia y Alemania. Y hablábamos con la satisfacción de quien se reconoce en sus contertulios. Compartíamos la misma indignación ante las injusticias del mundo, la misma pasión por la Historia y por el lenguaje que es memoria. También una misma sensación de marginalidad, de habitar extramuros de la realidad oficial del mundo...

Unos años antes de aquel encuentro personal, le había escuchado contar públicamente a José Saramago, durante la presentación de su

novela *La balsa de piedra*, una anécdota que venía a ilustrar con humor esa sensación de marginalidad compartida en Estrasburgo. Una anécdota que yo no había olvidado, y se lo comenté.

«Hace unas semanas viajaba en tren por Francia», había contado Saramago, «por esas fechas había una gran huelga, seguro que se acuerdan, y nuestro tren quedó detenido durante horas en pleno campo. No sabíamos cuánto tiempo íbamos a pasar allí, así que los ocho viajeros del compartimento en que yo estaba decidimos jugar a las adivinanzas como mejor manera de combatir el aburrimiento. El juego era sencillo. Se trataba de adivinar de qué país europeo era cada uno de los allí presentes. Se hacían preguntas de usos y costumbres y de ahí se concluía el nombre del país. Enseguida averiguamos que había franceses, por supuesto, y alemanes, pero cuando llegó el turno de adivinar de qué país era yo, el interrogatorio se volvió más difícil. Tan difícil que mis compañeros de compartimento terminaron por dejarse de preguntas sutiles y empezaron a enumerarme los posibles países de mi origen. Irlanda. Yo negaba con la cabeza. Italia. Una nueva negativa. Hungría. No. Yugoslavia... Uno a uno, enumeraron los países de Europa, recorriendo mentalmente su geografía. Por fin se rindieron sin haber nombrado a Portugal. Entonces comprendí que los portugueses no existimos: somos una ficción».

Quizá por eso la figura de Fernando Pessoa, autor convertido él mismo en ficción por sus heterónimos, ejerce tal fascinación en autores y lectores, no sólo portugueses, sino de todo el mundo. Quizá también por eso había imaginado Saramago, en su novela *La balsa de piedra*, que un prodigio de la geografía desgajaba a la península ibérica del resto de Europa y la lanzaba al mar, con rumbo a las otras tierras de África y América. En todo caso, durante la conversación que mantuvimos en Estrasburgo yo me sentí habitante de esa balsa pétrea. En ella se daba una proximidad que triunfaba sobre las diferencias de edad, nacionalidad o lengua. Una proximidad que no me sorprendía, pues ya la había sentido antes, al leer las novelas de otros autores que, como Saramago, por más que hundan bien hondo sus raíces en la lengua y la cultura de sus países de nacimiento, tienen la virtud de hacer, paradójicamente, de su escritura una literatura apátrida: el mexicano Antonio Sarabia y el italiano Antonio Tabucchi.

Hoy me digo que no es casualidad que esos dos Antonios, el mexicano y el italiano, vivieran desde hacía años en Lisboa, compartieran

amistad en vida y hoy comparten última morada en un cementerio de la ciudad que lleva el más poético de los nombres: el Cementerio de los Placeres. Los dos yacen allí, en el panteón de los escritores portugueses donde reposan Urbano Tavares Rodrigues, Natália Correia, Mário Cesariny o José Cardoso Pires. Puede parecer contradictorio que dos autores extranjeros reposen en la misma tumba que acoge y homenaja a los grandes autores del país, pero en Portugal no hay contradicción alguna en ello. Y para entenderlo conviene regresar a la conversación de Estrasburgo y a la revelación que se produjo en ella.

Quizás sea necesario ese sentimiento de marginalidad, de inexistencia, del que hablaba Saramago entonces, para escribir una literatura que escape, en su alcance y en la misma elección de las historias que cuenta, de las rejas de la cultura patriótica. En estos tiempos en que se supone que un autor peruano debe escribir del Perú, un cubano de Cuba, o un mexicano de México (porque ésa es la ley de la marginalidad en un mundo globalizado, por tanto centralizado: volvemos exóticos a los ojos de quienes están en el centro, y obligarnos a exhibir nuestro exotismo), resulta un verdadero bálsamo para la inteligencia leer *Ensayo sobre la ceguera*, de Saramago, esa metáfora terrible sobre la libertad humana situada en ninguna parte y en todas al mismo tiempo; *Troya al atardecer*, de Antonio Sarabia, que revisita los mitos clásicos para introducir ni más ni menos que dos nuevos héroes en la *Ilíada*, o *Nocturno hindú*, de Tabucchi, ese viaje que tiene tanto de alucinación y cuyo verdadero territorio no es el de la gigantesca India, sino el del escritor en busca de su propio tema, un territorio por definición universal.

Al recordar el uso metafórico que en aquella conversación hizo Saramago de lo portugués como patria de los inexistentes (los otros, los que no cuentan), de la ficción y de la mirada marginal sobre la realidad, no me parece hoy exagerado afirmar que hay una literatura, de la que los autores citados son muestra, que bien podríamos llamar portuguesa —mutando el sentido geográfico de la palabra por un sentido de pertenencia más profundo y universal—, aunque esté escrita en otras lenguas y por autores nacidos en otros países. Una literatura apátrida para la cartografía del mundo, porque no responde a la geografía política, sino a la del corazón.

Hablando aquel día con Saramago y Torcato Sepúlveda, como luego en otras conversaciones con los mismos Sarabia y Tabucchi, o con otros

autores amigos que admiro, como Ana María Matute, Luis Sepúlveda, Santiago Gamboa, Mathias Enard o Bruno Arpaia, fui consciente de pertenecer, al igual que ellos —españoles, chilenos, colombianos, franceses o italianos—, a ese país imaginario que no entiende de fronteras. Y cuya capital, a ciencia cierta, es la ciudad de Lisboa.

Aquella conversación de Estrasburgo no terminó al cabo de las dos horas de reloj en que estuvimos juntos, sino que me ha acompañado desde entonces, como acompañan siempre las palabras que ayudan a vivir, y tras ella comprendí que Portugal, además de ser política y económicamente un país más de la Unión Europea, se había convertido, dentro de la geografía mental de los escritores de otros países, en un territorio libre de la imaginación. Vistos ahora en perspectiva, libros como *El invierno en Lisboa*, de Antonio Muñoz Molina, y *Sostiene Pereira*, de Tabucchi, son expresiones de esa irresistible atracción hacia la ficción que ejerce Portugal.

Una atracción que llevó a Antonio Sarabia a instalarse en 2003 en Lisboa y a pasar los últimos catorce años de su vida en ella. Nacido en la Ciudad de México, irrumpió en la literatura tardíamente para estos tiempos acelerados, como Saramago: a los cuarenta y ocho años de edad y con la soberana impertinencia de hacerlo con una obra maestra, *Amarilis*, en la que entraba en el corazón de Lope de Vega y del Siglo de Oro español.

Sarabia afirmó la mexicanidad de su literatura escapando a los tópicos. No quiso ser autor de exotismos para lectores europeos, sino una voz que dialogaba con la herencia múltiple de la cultura mexicana. Con la Europa de la que había venido la lengua en que escribía. Con el México telúrico cuya intensidad y crispaciones conocía tan bien y que le hizo alumbrar su trilogía sobre el volcán de Colima (*Los convidados del volcán*, *El refugio del fuego* y *Los dos espejos*), que ha hecho entrar al universo del viejo volcán de fuego en los dominios de la literatura mexicana y universal. Y con el México marcado por la violencia, evocado en su última novela, *No tienes perdón de Dios*, editada el año pasado a poco de su muerte, y en la que humor, novela negra y poesía se dan la mano en un texto que fue acogido por la crítica en Francia con los mayores elogios. Pero Sarabia es también el autor de *Los avatares del piojo*, donde juega con la reencarnación de Napoleón; de *El retorno del paladín*, cuyo escenario se divide entre la Granada medieval y el París que tan bien conoció, pues pasó más de veinte años alternando su estancia en él con

estancias en Guadalajara, y de *El cielo a dentelladas*, donde imaginó el descubrimiento a la inversa de la Europa renacentista por el joven indígena taíno que Bartolomé de las Casas recibió como esclavo cuando era adolescente.

Los años lisboetas también dejaron huella en su obra, como le había sucedido ya a su amigo Antonio Tabucchi. La figura del pintor portugués de *No tienes perdón de Dios*, o su relato todavía inédito *El Guincho*, que tiene por escenario la playa de igual nombre ubicada en la costa lisboeta, son ejemplos de ella. Pero es en el episodio «La voz cantante», de la novela *Primeras noticias de Noela Duarte*, donde Antonio declaró su pasión por la ciudad que lo acogía y la puso en boca de uno de sus personajes:

Luego nos fuimos a Lisboa. De las ciudades por las que transecurrió nuestra gira, ésa es la que más me gustó. Las callejuelas empedradas subiendo y bajando colinas con vistas espléndidas sobre los tejados de la ciudad o sobre las anchas aguas del Tajo. La bondad del clima, la transparencia del aire, la tranquilidad de sus gentes. Las calles con sus trazos de adoquines decorando las aceras. Hay en sus barrios y edificios una atmósfera de rancio abolengo, de aristocracia provinciana, al mismo tiempo cosmopolita y acogedora [...] Sin la espectacularidad de París, de Roma o Barcelona, Lisboa posee una recatada belleza que a menudo no está a la vista, sino que se va descubriendo poco a poco.

El viaje literario de este mexicano convertido en lisboeta, capaz de invitar a tomar unas cervezas a unos desconocidos compatriotas suyos a los que escuchaba hablar en español en el metro de Lisboa y de disfrutar del fado como si fuera un bolero, se adentró en el territorio de literatura apátrida en que escriben los autores que más estimo, y estoy seguro de que lo hizo arrastrado por una irresistible atracción hacia la otredad que sólo puedo calificar de portuguesa. La misma que sigue trayendo hasta aquí a autores de todo el mundo y hace que hoy pueda uno cruzarse en las calles de Lisboa con el argentino Mempo Giardinelli, la cubana Karla Suárez, los mexicanos David Toscana y Pablo Raphael o los españoles Rosa Montero, Antonio Muñoz Molina y Juan Vicente Piqueras. Habitantes todos, permanentes o por temporadas, de la capital de la literatura apátrida •

Leer a Pessoa [fragmento]

JERÓNIMO PIZARRO

PLURALIDAD

LA PLURALIDAD DE LA OBRA de Fernando Pessoa —que también puede ser entendida como la pluralidad de su creador— es responsable, en gran medida, de la atracción que desde hace décadas viene desencadenando la obra pessoana, como si de un abismo se tratase, como si por medio de ella nos asomáramos al abismo del ser. «¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?»,¹ pregunta Jorge Luis Borges, sugiriendo la ausencia de un dios original responsable por la creación. Y Pessoa, que podría haber sido esa instancia generadora en el caso de sus creaciones, parece responder a Borges al afirmar que «el dios que faltaba» no fue él sino Alberto Caeiro, por él mismo concebido.² Ahora bien, si Caeiro, que fue inventado, es el «Dios detrás de Dios», Pessoa, su inventor, pasa a ser una creación de Caeiro y deja de ser posible llegar a una instancia suprema, puesto que ésta o no existe o

1 Véase al final del poema «Ajedrez», de *El hacedor*: «Dios mueve al jugador, y éste la pieza. / ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza / de polvo y tiempo y sueño y agonías?». Jorge Luis Borges, *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, 2005, t. 2, p. 203.

2 En un valioso ensayo sobre Alberto Caeiro, Maria Irene Ramalho recupera un verso famoso del poema VIII de *El guardador de rebaños*: «Elle es la Eterna Creanza, el dios que faltaba...». («“O Deus que faltava”: Pessoa’s Theory of Lyric Poetry», en *Fernando Pessoa’s Modernity Without Frontiers. Influences, Dialogues and Responses*, ed. de Mariana de Castro, Tamesis, Woobridge, 2013, pp. 23-35). Los manuscritos caeirianos pueden ser consultados en la página de internet de la Biblioteca Nacional de Portugal (BNP): <http://purl.pt/1000/1/alberto-caeiro/index.html>

es sólo una invención de todas las otras. Así, Pessoa afirma haberse vuelto un discípulo de Alberto Caeiro, tal como Álvaro de Campos, otra creación de Pessoa, nos dice que tanto él como Ricardo Reis y Alberto Mora sólo se transformaron en lo que realmente valía la pena ser luego de «pasar» por Caeiro, «por el pasador de aquella intervención carnal de los dioses». ³ En esta ocasión no me interesa discutir la verdad histórica de la ficción, pero sí admitir, con Wallace Stevens, que la poesía es la ficción suprema, y aceptar la verdad poética de la génesis de los tres heterónimos de Fernando Pessoa (Alberto Caeiro, Álvaro de Campos y Ricardo Reis), pues creo que esta ficción, compuesta por cada una de la ficciones individuales llamadas heterónimos, o «pessoas (personas)-libros», ⁴ es responsable de esa atracción ejercida por la obra pessoana sobre todos nosotros.

De este modo, lo que me propongo es analizar tres lecturas posibles de la obra en cuestión, tres formas críticas de abordarla que, en mi opinión, van a seguir trazando los caminos por los que los lectores llegan a esa obra. Evocando a Pirandello, diría que Pessoa puede ser visto como uno, ninguno o cien mil. ⁵ ¿Quién ha construido una persona más indivisa? ¿Quién ha militado a favor de un vacío más? ¿Y quién defiende a un poeta más múltiple? Estas páginas se dedicarán a responder estas pre-

³ «En torno a mi maestro Caeiro había, como se habrá desprendido de estas páginas, principalmente tres personas: Ricardo Reis, Antonio Mora y yo [Álvaro de Campos] [...] Y todos nosotros tres debemos lo mejor del alma que hoy tenemos a nuestro contacto con mi maestro Caeiro. Todos nosotros somos otros, es decir, somos nosotros mismos en serio, desde que fuimos pasados por el pasador de aquella intervención carnal de los Dioses». Fernando Pessoa, *Prosa de Álvaro de Campos*, ed. de Jerónimo Pizarro y Antonio Cardiello, colaboración de Jorge Uribe, Ática, Lisboa, 2012, p. 101; y *Obra completa de Álvaro de Campos*, ed. de Jerónimo Pizarro y Antonio Cardiello, colaboración de Jorge Uribe y Filipa de Freitas, Tinta-da-china, Lisboa, 2014, pp. 459-460.

⁴ «Dentro de mi mester, que es el literario, soy un profesional en el sentido superior que el término tiene; es decir, soy un trabajador científico, que a sí mismo usted no le permite que tenga opiniones extrañas a la especialización literaria, a la que se entrega. Y el tener ni ésta, ni aquella opinión filosófica a propósito de la confección de estas personas-libros, tampoco debe inducir a creer que soy un escéptico». Fernando Pessoa, *Livro do desassossego*, ed. crítica de Jerónimo Pizarro, INCM, Lisboa, 2010, t. 1, p. 447.

⁵ Recordemos una de sus novelas más famosas: *Uno, nessuno e centomila*, de 1926.

guntas. Hoy, que seguimos debatiendo el número total de *dramatis personæ* inventadas por Pessoa, creo que conviene retomar la clásica cuestión planteada por Jacinto do Prado Coelho: ¿unidad o diversidad?

Yendo al encuentro de esta interrogación, que no creo que vaya a perder actualidad mientras existan los estudios pessoanos, voy a atenerme a tres obras clásicas que, en mi opinión, representan bien las tres perspectivas críticas antes citadas: *Diversidade e unidade em Fernando Pessoa* (Diversidad y unidad en Fernando Pessoa, 1949), que presenta a un Pessoa más unitario; *Aquém do eu, além do outro* (De este lado del yo, más allá del otro, 1982), que defiende a un Pessoa con menos existencia; y *Pessoa por conhecer* (Pessoa [Persona] por conocer, 1990), que revela a un poeta más diverso. Naturalmente, me remito sólo a estas tres obras y no a las muchísimas otras posibles, con el fin de simplificar el análisis, pero también porque cada una de ellas se afirmó como un marco crítico en su momento histórico. Hoy es justo recordarlas y proponer un esquema de lectura con base en sus presupuestos, que hasta podría ser mucho más complejo, pero que, para los objetivos de este ensayo, no es absolutamente necesario que lo sea. Al fin y al cabo, el punto de partida está constituido por tres vectores —uno, ninguno y cien mil—, que definen un conjunto de coordenadas bastante amplio. Antonio Tabucchi, por ejemplo, refiriéndose a Pessoa, solía hablar, como tantos otros críticos, a través de oxímoros: *Una sola multidine* (1979) o *Un baule pieno di gente* (1990).

En *Diversidad y unidad en Fernando Pessoa*, escrito entre 1947 y 1949, Prado Coelho traza un retrato de las seis individualidades poéticas de Fernando Pessoa (Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Fernando Pessoa lírico, Fernando Pessoa autor de *Mensagem*, Álvaro de Campos y Bernardo Soares). El Pessoa de Prado Coelho es un Pessoa radiante, pleno, luminoso como un cuerpo celeste. No es un astro entre astros, ni un planeta aislado, sino el propio sol de un determinado universo; de ahí que la crítica portuguesa pueda corroborar, a modo de conclusión, «la existencia de una personalidad única, verdaderamente inconfundible», ⁶

⁶ Jacinto do Prado Coelho, *Diversidade e unidade em Fernando Pessoa*, Verbo, Lisboa, 1991, p. 12.

y dejar en claro su genialidad.⁷

Prado Coelho pretendió, en suma, «descubrir la unidad psíquica en la polimorfia»;⁸ insistió, en un acto de fe, en la existencia de «un núcleo de personalidad una», «un denominador estilístico insofismable»,⁹ oponiéndose a las invectivas de Campos contra el dogma de la personalidad en *Ultimátum* (1917) y, finalmente, no aceptando como verídicas algunas afirmaciones de Pessoa, el «insincero verídico»,¹⁰ con que el escritor trató de distinguir de sí mismo sus figuras soñadas. Prado Coelho se resistía a aceptar la ficción de las ficciones pessoanas y, aunque Pessoa dijo que era el menos existente de su creación, el crítico se aferraba al puerto seguro o a la tierra firme de «una unidad psíquica básica», a la cualidad misteriosa de un mundo único y original, propio del genio, y a los «rasgos lingüísticos comunes»¹¹ de la obra pessoana, que incluso fueron corroborados en un ensayo de estilística léxica, en 1969, a través de un análisis computacional.

Pessoa deja de ser Pessoa, alguien que existió —voy a abstenerme de decir «realmente existió»— entre 1888 y 1935, y se convierte en una miríada de figuras, en una gran escenografía y en el nombre de una nueva galaxia. Como poeta proteico o poseído, Pessoa deja de ser el paciente artesano de una obra, para dar lugar al *medium* de figuras no por entero suyas, que lo usaban como vía de acceso al mundo. Prado Coelho, con alguna irritación («Pessoa habría generado a Campos como las hembras dan a luz a los hijos»),¹² insiste en una visión diferente de la poesía y del poeta, no como inspiración y raptó de un ser excepcional, de origen platónico, pero sí como artífice de un ser uno y único. Proteger a Pessoa de la disgregación fue la fórmula de Prado Coelho para amurallar al genio pessoano, genio más por su

7 Es interesante notar que Prado Coelho desdobló a Pessoa en Fernando Pessoa lírico y Fernando Pessoa autor de *Mensaje*, lo que nos permite sospechar que podría haberlo desdoblado también, más allá de la lírica y de la épica, en Fernando Pessoa autor de *Fausto*, por ejemplo, si el *Fausto* hubiera sido publicado antes de 1949. Véase la edición del *Fausto* preparada por Carlos Pittella (Tinta-da-china, Lisboa, 2018).

8 Prado Coelho, *op. cit.*, p. 73.

9 *Ibid.*, p. 122.

10 Adolfo Casais Monteiro, *Fernando Pessoa. O insincero verídico*, Inquérito, Lisboa, 1954.

11 Prado Coelho, *op. cit.*, p. 152.

12 *Ibid.*, p. 159.

unidad que por su capacidad de despersonalización, considerando el crítico que ésta sería «muy relativa».¹³

(Paréntesis: pensemos en el llamado disco de Newton, que mostró que la luz blanca del sol está compuesta por los colores del arcoíris: para demostrarlo, Newton hizo girar velozmente un disco con esos colores que, pasados unos segundos, formaron, juntos, el color blanco. Mientras que el color negro es la ausencia de todos los colores cuando no hay luz, el blanco contiene todos los colores que podemos ver, pues está constituido por todas las longitudes de onda del espectro visible. Una doble posibilidad: podemos ver a Pessoa dividido en muchos colores, o indivisiblemente blanco, dependiendo de si el disco está fijo o en rotación. Pero se trata de una ilusión. Otra posibilidad: podemos imaginar a Pessoa como un prisma que refracta, refleja y descompone la luz en los colores del arcoíris. Pero, en ese caso, él no sería la fuente de luz, sino un medio transparente).

Leyla Perrone-Moisés —que fue alumna de Roland Barthes— publicó en 1974 un ensayo en la revista *Tel Quel*, «Pessoa personne» (Pessoa [Persona] nadie), ensayo que serviría de base a su libro *Aquém do eu, além do outro*, publicado en el mismo año de la primera edición del *Libro del desasosiego* (1982). Su ensayo puede ser considerado equivalente a «La mort de l'auteur» (1968), de Barthes, en el campo de la bibliografía personal —una especie de «La mort de Pessoa»— y su libro es, paradójicamente, una de las mejores introducciones al *Libro del desasosiego*. El objetivo de Leyla Perrone-Moisés era «estudiar por qué y cómo Pessoa es *nadie*; pero, principalmente, mostrar cómo ese *nadie* se hizo *alguien*, cosa de que el propio poeta llegó a dudar».¹⁴ El segundo objetivo tal vez se haya desligado del primero, ya que en el ensayo de 1974 encontramos afirmaciones más sonoras y radicales, que en los capítulos posteriores («Pessoa personne» abre el libro de 1982) fueron siendo matizadas. En ese ensayo, Perrone-Moisés, después de citar la nota biográfica mecanografiada por Fernando Pessoa en marzo de 1935,¹⁵ declara que «Fernando Pessoa “él mismo” no

13 *Ibid.*, p. 165.

14 Perrone-Moisés, *op. cit.*, p. 66.

15 Fernando Pessoa, *Eu sou uma antologia: 136 autores fictícios*, ed. de Jerónimo Pizarro y Patricio Ferrari, Tinta-da-china, Lisboa, 2013, pp. 654-656.

existió»,¹⁶ y que a pesar de que los críticos le intentan imponer las fronteras de un sujeto unitario que representase a un sujeto «verdadero», Pessoa fue el centro no-ocupado de un círculo giratorio (casi, como decía Claude Lévi-Strauss, el punto ciego de una constelación cósmica o de un conjunto de mitos),¹⁷ y, por tanto, un «sujeto estallado en mil sujetos, para convertirse en un no-sujeto», un efecto de lenguaje, un punto de convergencia y divergencia de sus múltiples identidades. Esta visión de Pessoa, que casi tachaba el traductor de letras comerciales del centro de Lisboa, el transeúnte enigmático de algunas fotografías en blanco y negro, era radical y sugería que Pessoa, como sujeto, se había perdido y se había transformado —dicho con sus palabras— en un «vacío-persona»,¹⁸ en un ser que se había anulado a sí mismo y ya no podía regresar a un yo unitario después de multiplicarse en «otros yos».

Comprendió la necesidad de subrayar una valencia menos negativa de su trabajo y la urgencia de apegarse menos a las propias palabras de Pessoa, que tienden a llevarnos por los caminos del vacío, de la ausencia, de la inexistencia, del despojamiento, de la pasividad, de las heridas y del sacrificio. Defendió la existencia de una inversión: «La poesía de Pessoa es la reverencia de nadie en Alguien, del “discurso vacío” en “discurso pleno”». ¹⁹ Ese Alguien, con mayúscula, nació, pues, de la

16 Perrone-Moisés, *op. cit.*, p. 12.

17 Según Lévi-Strauss, el mito crece como una espiral, pues cada versión es ligeramente distinta de la anterior; y la configuración del conjunto formado por un mito y sus diferentes variantes, después de algún tiempo, se asemeja a una nebulosa en la cual «las partes centrales revelan organización en tanto que la incertidumbre y la confusión siguen reinando en el contorno». Claude Lévi-Strauss, *Mitológicas*, t. 1, *Lo crudo y lo cocido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 13.

18 Perrone-Moisés, *op. cit.*, p. 21. La fuente es un texto incluido en *Páginas íntimas y de autointerpretación* (textos fijados y prologados por Georg Rudolf Lind y Jacinto do Prado Coelho, Ática, Lisboa, 1966, p. 60), fechado por los editores cerca de 1915, que cito después de cotejar el original: «¡Quedaré el infierno de ser yo, la limitación Absoluta, Expulsión-Ser del Universo lejano! Ni quedaré Dios, ni hombre, ni mundo, mero vacío-persona, infinito de Nada consciente, pavor sin nombre, exiliado del propio Misterio, de la propia Vida. Habitaré eternamente el desierto muerto de mí, error abstracto de la creación que me ha dejado atrás. Arderá en mí eternamente, inútilmente, el ansia estéril del regreso a ser».

19 *Ibid.*, p. 4.

poesía, de la creación poética de ficciones, del recurso al imaginario para suprimir el vacío del sujeto y la brecha del deseo, en términos lacanianos. Redención parcial, característica de la crítica de la época, aunque no exenta de verdad: después de la muerte del autor nos quedan, por encima de todo, sus textos, y éstos son nuestro principal medio para esbozar una *persona*. En este sentido, para Perrone-Moisés, el día a día de Pessoa fue menos su vida que su obra: «para Pessoa, lo cotidiano fue su poesía, y el cuerpo se desencarnó, cifrado en los rastros de tinta sobre el papel, atestiguando indefinidamente su imposibilidad de sentirse real y entero». ²⁰ No sorprende que más tarde haya surgido, en la vertiente crítica más interesada por las cuestiones de género y de sexualidad, la necesidad de «corporalizar» a Pessoa, ²¹ aunque esta tendencia haya insistido en devolver «el cuerpo» al escritor portugués casi exclusivamente a través del análisis de su sexualidad y sus «otros yos». Pero Perrone-Moisés fue prudente cuando recordó que el «vacío-persona es puntual y constantemente habitado de afectos», que la poesía pessoana es un «canto, melodía y ritmo» y que éstos «son los rastros de un cuerpo deseante». ²²

Los libros de Jacinto do Prado Coelho y Leyla Perrone-Moisés son más teóricos que el tercero que me propongo aquí abordar: *Pessoa por conhecer* (Pessoa por conocer, 1990), de Teresa Rita Lopes, ²³ que también fue alumna de Roland Barthes, como Perrone-Moisés, pero nunca se inclinó por una aproximación a la literatura a partir de la teoría. Confieso que podría haber elegido otro libro —uno que defendiera que Pessoa fue un esquizofrénico, como *O caso clínico de Fernando Pessoa*, de Mário Saraiva, por ejemplo, ²⁴ pero no sólo no creo en el diagnóstico de esquizofrenia, como no considero necesariamente la multiplicidad de Fernando Pessoa —que escribió «Seamos múltiples, pero señores de nuestra multiplicidad»— ²⁵ como un síntoma patoló-

20 *Ibid.*, p. 73.

21 Anna Klobucka y Mark Sabine, *Embodying Pessoa. Corporeality, Gender, Sexuality*, University of Toronto Press, Toronto, 2007.

22 Perrone-Moisés, *op. cit.*, pp. 104-105.

23 Teresa Rita Lopes, *Pessoa por conhecer*, Estampa, Lisboa, 1990.

24 Mário Saraiva, *O caso clínico de Fernando Pessoa*, Referendo, Lisboa, 1990.

25 Fernando Pessoa, *Sensacionismo e outros ismos*, ed. crítica de Jerónimo Pizarro, INCM, Lisboa, p. 241.

gico. El libro de Saraiva y el de Lopes son contemporáneos y lo que interesa notar hoy, retrospectivamente, es que mientras Saraiva quiso explicar el heteronimismo a partir de un diagnóstico clínico, Lopes vino a demostrar que no teníamos todavía una noción clara de la magnitud de ese fenómeno. El nombre de Pessoa es una legión, para usar la expresión de los evangelios, pero ¿cuántos entes forman esa legión? Antes del estudio de Teresa Rita Lopes, se creía que serían unos veinte; después de ella, la cifra total superó los setenta y, más tarde, superaría los cien. En 1966, António Pina Coelho, después de nombrar las cartas y visiones atribuidas a un tal señor Pantaleón, propuso la siguiente «lista de heterónimos y subheterónimos»: «Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Bernardo Soares, C. Pacheco, Doctor Abílio Ferreira Quaresma, Vicente Guedes, António Mora, Chevalier de Pas, Alexander Search, A. A. Cross, Charles Robert Anon, Pero Botelho, Caesar Seek (variante de Alexander Search, que traducido al portugués es Alexandre Busca), Dr. Nabos, Fernando Summan (?) (Fernando Pessoa, since Summan (?) = Some one = Person = Persona), Jacob Satan, Erasmus (?), Dare (?)».²⁶ La lista mezclaba personajes de ficción con autores ficticios y contenía algunas impresiones, pero ya dejaba prever que Pessoa era un mundo por conocer. A estas figuras, Pina Coelho agregó otras tres, en *Os fundamentos filosóficos da obra de Fernando Pessoa*:²⁷ el Barón de Teive, Jean Seul y Carlos Otto. De hecho, se le habían escapado estos personajes, en particular el Barón de Teive, que Maria Aliete Galhoz ya había revelado en 1960 en la edición de la *Obra poética* de la editorial Aguilar. En 1977, Teresa Rita Lopes dio a conocer otros tres nombres: Thomas Crosse, Raphael Baldaya y Charles James Search²⁸, y finalmente, en 1990, presentó su célebre lista de setenta y dos *dramatis personæ*. Es a ella, principalmente, que debemos la imagen de Pessoa como un dramaturgo múltiple; recordemos que, en 1985, cinco años antes de *Pessoa por conhecer*, Lopes publicó un li-

26 António Pina Coelho, «Algumas peças de ficção ainda inéditas de Fernando Pessoa», *Brotéria*, vol. 83, núm. 10, Lisboa, octubre de 1996, pp. 332-343.

27 António Pina Coelho, *Fundamentos filosóficos da obra de Fernando Pessoa*, Verbo, Lisboa, 1971, t. 1, p. 64.

28 Teresa Rita Lopes, *Fernando Pessoa et le drame symboliste. Héritage et création*, Fundação Calouste Gulbenkian / Centro Cultural Português, París, 1977, pp. 266-283.

bro-escenario, *Le théâtre de l'être*,²⁹ donde desdobló y puso en diálogo los monólogos individuales de Pessoa y sus «otros yos».

En su libro, Teresa Rita Lopes nos ofrece esta imagen de la obra pessoana: «La obra de Pessoa es una inflorescencia, una caléndula de sombras-personajes. Si yo le arrancara un pétalo y lo analizara meticolosamente, hasta con un microscopio, no por eso llegaría a conocer la caléndula. Estudiar por separado éste o ese heterónimo, éste o ese tema o aspecto de Pessoa, y deshojar la caléndula para sólo clasificar uno de los pétalos. Por eso me aplico desde hace mucho tiempo a reconstituir el conjunto en que cada ser-pétalo participa». Y después de esta declaración de principios, añade: «la novela-drama-en-gente está constituida no sólo por los monólogos de cada personaje y por su interacción, sino también por los hilos narrativos que los congregan en una única red. Y una tela tejida a varias manos, un cuento contado a varias voces [por] seres de esa “pequeña humanidad” de que Pessoa afirmó ser el “centro”, o, en otras palabras, “el corazón de nadie”».³⁰ En resumen, Lopes imprimió un mosaico y, para armarlo, utilizó los retazos o fragmentos textuales atribuibles a cada personaje, con la intención de demostrar que, en esa tela narrativa total, el universo pessoano, como una caléndula, se abría y brillaba en todo su esplendor. Pessoa era múltiple, pero era una flor, una galaxia, una sinfonía, y sería, por lo tanto, equivocado mirar sólo los árboles y no ver el bosque, o ver el bosque y no ver la vida que se desdobra bajo las copas de los árboles.

En mi opinión, la multiplicidad de Pessoa reside menos en su multiplicidad real, por así decirlo, en el hecho de haber forjado ciento y tantas figuras —lo que no es excesivo, si pensamos que la labor se desarrolla por más de treinta años— para su multiplicidad póstuma y para la que no es posible elegir sólo un libro que la caracterice. En ese sentido, para concebir a una persona como cien mil, tal vez sea menos útil pensar en *Pessoa por conhecer* u *O caso clínico de Fernando Pessoa* que en todos los centenares de libros que se han escrito sobre Pessoa, que un día se convirtieron en mil y que tal vez lleguen a miles o a millones. Creo que Pessoa ha sido múltiple, pero también que nosotros —los

29 Teresa Rita Lopes, *Fernando Pessoa: le théâtre de l'être. Textes rassemblés, traduits et mis en situation*, La Différence, París, 1985.

30 Lopes, *Pessoa por conhecer*, op. cit., t. 1, pp. 171-172.

críticos, sus lectores— lo seguimos multiplicando y desdoblado de forma exponencial; y que cada día su auténtica y definitiva multiplicidad es ésta, ante la cual la otra, la verdadera, se va haciendo pequeña. ¿Qué representa una persona que fue ciento treinta y seis *personæ* ante un Pessoa traducido a decenas de idiomas, leído en incontables países y citado por millones de personas? Permítanme dejar esta pregunta en suspenso —ya que es más una incitación a la reflexión que una pregunta— y volver al principio. Pessoa es, a lo sumo, una multiplicidad de «Pessoas» que es constantemente multiplicada.

Creo que Fernando Pessoa fue y no fue uno, ninguno y cien mil. Creo que históricamente fue uno, el hombre que nació en 1888 y murió en 1935, aunque en ese lapso de tiempo haya vivido muchas vidas; creo que, literariamente, fue uno y ninguno, porque optó por atenuar su identidad autoral para asumir las de sus personajes;³¹ y creo que póstumamente es ya cien mil y quizá millones o cientos de millones, si tuviéramos en cuenta, sobre todo, la dimensión maciza de su presencia en internet. ¿Quién es Pessoa? Ésta es una cuestión que desde hace años se vienen formulando los lectores pessoanos (y este adjetivo, *pessoano*, me parece hoy propio de la literatura fantástica). Y cada lector ha dado, al menos, una respuesta a esta cuestión básica. Que lo diga José Paulo Cavalcanti Filho, que deseó escribir su *Casi autobiografía* con la voz de todos los demás lectores, incluyendo la de Pessoa, en un gran mosaico afín a otros que le son anteriores: «¿Qué retrato de sí mismo pintaría a Fernando Pessoa si, en vez de poeta, hubiera sido pintor? Ciertamente no un cuadro, solamente. Muchos. Por eso tantas

31 En un texto sobre Fernando Pessoa y Antonio Machado, Jorge Wiese recuerda que Paul Ricoeur, en *Soi-même comme un autre*, al hablar de la identidad, señala que en latín se expresaba este concepto por medio de las palabras *idem* e *ipse*: «Para Ricoeur, la identidad *idem* presupone una especie de permanencia del sujeto en el tiempo; a la inversa, la identidad *ipse* no implica ninguna aserción concerniente a un pretendido eslabón en lo cambiante de la personalidad. La identidad *idem* corresponde al concepto de miseria; la identidad *ipse*, al concepto de ipseidad [...] Un autor *ipse* es, por lo tanto, un autor que renunció a su identidad autoral (o la relativizó, la atenuó) para asumir sus personajes, que, como las fantasías shakesperianas de Pessoa y de Machado, son las voces del hombre, su propio monólogo». (Jorge Wiese, *Otros textos: apropiaciones, 1989-2009*, Universidad del Pacífico, Lima, 2010, pp. 291-292). Véase otro ensayo de Jerónimo Pizarro sobre Pessoa y Machado en *Alias Pessoa* (Pre-Textos, Valencia, 2013).

veces, y de tantas maneras, se intentó definir ese que trató de ser espectador de la vida, sin mezclarse en ella: como un ángel marinero, un desconocido de sí mismo, un extraño extranjero, un extranjero lúcido de sí mismo, un hombre que nunca existió, un sincero mentiroso, un insincero verídico, *esfinge proponiendo el enigma, narciso negro, laberinto, sistema solar infinito, galaxia, poeta de la depresión, poeta de la mansarda, poeta de la hora absurda. Hombre del Infierno*, como en lat curiosísima definición de Eduardo Lourenço, *si creemos en Dante*. En todos los casos reconociendo que la dimensión de la obra excede este “barco abandonado, infiel al destino”, que es su vida. António Mega Ferreira constata: *Como poeta, él está por encima de lo humano; como hombre, vive por debajo de lo normal*. En una conversación, Cleonice Berardinelli me confesó que tenía la sensación de que, cuanto más se acerca a Pessoa, más él escapa».³²

Se nos escapa a todos. Es más nuestro porque seguimos construyéndolo.³³ Es menos nuestro porque cada vez es de más personas.

POSDATA: Pessoa imaginó la invención del «fútbol de mesa» y del «críquet con tablero» (Pittella y Pizarro, 2017, pp. 193-197) y en la Casa Fernando Pessoa, en Lisboa, existe hoy un juego plural de fútbolito: once Pessoas desafían a João Gaspar Simões, al arco, Adolfo Casais Monteiro y Eduardo Lourenço en la defensa, Arnaldo Saraiva, Mário Sacramento, José Blanco, Jorge de Sena y Fernando Guimarães en el centro, y Jacinto do Prado Coelho, José Augusto Seabra y David Mourão Ferreira como delanteros ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALIPO

32 José Paulo Cavalcanti Filho, *Fernando Pessoa: uma quase-autobiografia*, p. 85. Record, Río de Janeiro, 2011. Cada segmento en itálicas remite a palabras ajenas; las primeras (*Qué retrato de sí mismo pintara...*) son de José Saramago: <http://caderno.josesaramago.org/36890.html>

33 «Este *Libro del desasosiego* es un texto que Fernando Pessoa nunca tuvo, físicamente, frente a los ojos [...] Así es sólo por eso *siendo de él es aún más nuestro* de lo que normalmente son otros textos suyos [...] de una caoticidad textual empírica, aunque condicionada por la intención expresa de Pessoa (cuando existe), los editores hicieron un libro. Que no fuera por eso, suscitaron un desasosiego semántico y hermenéutico que nunca más lo dejará». Eduardo Lourenço, «O *Libro do desasosiego*, texto suícida?» (1984), en *Fernando Rei da Nossa Baviera*, INCM, Lisboa, 1993, p. 84.

«Toda poesía es respuesta»: Luís Filipe Castro Mendes

SILVIA EUGENIA CASTILLERO /
VÍCTOR ORTIZ PARTIDA

En una de las colinas que dan forma a la ciudad de Lisboa, en el barrio de Ajuda, se encuentra el Palacio Nacional, construcción rococó del siglo XIX con una imponente fachada neoclásica. Los pasillos largos y amplios — laberínticos— que vamos recorriendo al interior nos provocan incertidumbre. Minutos después de nuestra llegada, aparece Luís Filipe Castro Mendes, poeta, periodista, licenciado en Derecho y actualmente Ministro de Cultura de Portugal.

Afable y sonriente, conversa con nosotros. Luego de ser publicada su obra completa, *Poemas reunidos* (2018), los temas que guían la entrevista son la poesía y el arte.

¿Cómo llegó a la poesía?

La poesía la escuchaba de niño. Mi padre me leía poemas. La música de las palabras me encantaba y también aprendí a leer muy temprano. Me encantaban las letras, de manera que creo que me encantan el sonido y la música de las palabras. Siendo apasionado de la lectura, la poesía la encontré muy temprano. Desde muy temprano me encontré con la poesía y con la lectura, y por eso doy tanto valor al aspecto musical de la poesía.

¿Cómo encara un poeta la realidad social de un país?

Toda la poesía es una protesta contra la indigencia de las palabras. Una gran poeta portuguesa lo ha dicho: «El poeta busca

la palabra justa». Por eso busco un mundo justo, porque la justicia está en el ser. Cuando buscas la palabra justa también aspiras a un mundo justo.

Usted también escribe prosa...

He escrito una novela.

¿Por qué razón su relación más profunda es con la poesía?

Porque es lo que sé hacer mejor.

¿Cree que un poeta puede gobernar mejor?

Platón lo decía, pero creo que la historia no concuerda con la previsión. Aunque se ha dicho que los poetas deben ser los elegidos, creo que lo que se quiere decir es que el gobierno debe ser creación. No debe ser solamente una rutina, no puede sólo acompañar los hechos. El gobierno de la ciudad debe transformar. Debe ser un gobierno que no intente ajustarse a los mandos, pero con todo realismo y sin ilusiones para hacer un trabajo de transformación. Un trabajo de transformación y luego un trabajo de creación. Solamente así veo la razón de los poetas en el gobierno de la ciudad, porque, en realidad, Platón, cuando lo decía, pensaba en los tiranos. Se refería más que a los poetas a los filósofos para gobernar.

Lo que creo es que el poeta es un ciudadano y que, como los otros ciudadanos, tiene su función, y como para mí la poesía es la respuesta a situaciones de vida, es una construcción de verdad que tiene que ver con las circunstancias. Toda poesía es respuesta, por eso el poeta termina respondiendo con su poesía a la injusticia del tiempo que vive. Esto no quiere decir que la poesía tenga que ser comprometida, sino que toda poesía se confronta naturalmente con la realidad.

¿En algún momento ha habido una confrontación entre su labor poética y la diplomática?

No, porque son dos trabajos muy distintos. Aunque en ambos tienes que utilizar la palabra justa. En la diplomacia yo diría que no hay sinónimos: si dices «la conversación fue franca» o «la conversación fue abierta», quieres decir cosas distintas.

En el lenguaje diplomático, cuando escuchas una cosa ya traduces el estado de la situación. En la poesía tampoco hay posibilidad de cambiar una palabra por otra. Por eso podemos encontrar similitudes entre poesía y diplomacia.

Tiene usted quince libros de poesía y acaba de publicar su poesía reunida. Después de todos estos libros, ¿sigue escribiendo?

Yo espero que sí. En este momento no estoy escribiendo mucho. He escrito desde niño, aunque tuve, por ejemplo, diez años en los que no escribí. Ahora tengo una actividad que me absorbe por completo, pero mi intención es seguir escribiendo.

¿Cuáles son sus temas en la creación literaria?

La poesía no tiene temas, tiene circunstancias. No se hace porque debe hacerse. Tuve la experiencia de escribir la novela. Cogí elementos y escribí de manera más continuada: te sientas, corriges elementos, tienes ideas que pones en práctica y es un trabajo más continuado. La poesía es diferente. Es una cosa que construyes, que vas trabajando, tienes más piezas que luego organizas. Si hoy escribo una novela, puedo decirte que tiene como tema el siglo XVIII y las relaciones de los portugueses del siglo XVIII. Si escribo un ensayo, puedo decirte que es sobre las relaciones de los trabajadores. Pero con la poesía es diferente.

Sí, pero hay poetas que escriben libros con un hilo conductor y otros que escriben el poema como finalidad...

Yo soy más de los segundos. En este momento tengo seis poemas, pero no he escrito ningún libro. Si hay poetas que escriben libros por temas, pueden hacerlo. Pero todos mis libros contienen poemas muy distintos. Claro que hay temas en mi poesía, pero son muchos temas.

En el contexto de la poesía de Portugal, ¿usted se considera dentro de lo tradicional? Porque me he dado cuenta de que hay una rama experimental muy importante...

Yo no me considero un poeta tradicional, aunque use mucho las

formas tradicionales. Me apuntan junto a los poetas que buscan seguir las tradiciones, pero a mí me gusta mucho trabajar con la gente, con el clima. No me identifico con la línea tradicional, aunque tampoco soy un poeta futurista, no tengo afinidades con la poesía experimental.

Como poeta ¿cómo vive la figura de Pessoa?

Es muy importante para todos nosotros. Todos los que escribimos poesía, de alguna manera, tenemos una relación con Pessoa. En lo personal, su descubrimiento fue importante para mí, porque vivía muy ligado a los textos tradicionales. Toda su obra es algo extraordinario. Poco a poco lo fui descubriendo.

Su relación con la poesía brasileña...

Soy muy lector de la poesía brasileña. La conozco muy bien. He vivido en Brasil algunos años, por un intercambio. Entre poetas tienen mucha comunicación; no es el gran público, pero entre ellos saben lo que se hace.

¿Cómo considera la relación de la poesía portuguesa con la narrativa?

La poesía en Portugal se edita con dificultad. Es evidente que la novela se edita más, aunque no quiere decir que sea menos. Podemos tener libros con tirajes muy interesantes, si lo comparas con el nivel europeo, aunque ahora es más difícil publicar poesía en comparación con la ficción, en principio porque vende menos. Hay mucha gente que lee poesía en Portugal, y en otros países a los que he ido; por ejemplo, en Francia se lee mucho menos poesía que en Portugal. No la gran poesía clásica, por supuesto. Hay muchos problemas, por ejemplo, con la poesía más joven. No es fácil, aunque tengamos buenos editores.

¿Cómo define usted Portugal?

En realidad, Portugal es el país en el que se creó esta lengua que hablamos, la lengua portuguesa, que sale del latín. Es esa lengua que nos constituye. Toda la literatura de la lengua portuguesa tiene una cosa en común: todos nosotros, brasileños y

portugueses, estamos trabajando el mismo material, aunque haya, por ejemplo, rimas en Brasil que no lo son en Portugal. La rítmica es distinta porque la pronunciación es diferente. La lengua es la misma. Todos los escritores de la lengua portuguesa están trabajando el mismo material.

Para usted ¿la lengua define a este país?

Yo creo que las lenguas son utilizadas por diferentes pueblos, por lo tanto expresan culturas distintas. La cultura portuguesa es una de ellas, la británica es otra. Ahora bien, hay la comunidad de la lengua, y es fatal que haya una evolución. Por ejemplo, en Brasil y Portugal tenemos movimientos literarios completamente desfasados. En Portugal, el movimiento de 1915 y en Brasil el de 1922, y los del 22 no conocen prácticamente a los novelistas portugueses del 15. En los años treinta hay una conexión, la gran novela brasileña y la poesía entran a Portugal. Y hacen antologías, en Brasil, de Portugal. Pero hay mucho desconocimiento mutuo de los modernismos, tanto del portugués como del brasileño. De cualquier manera, ¿por qué el poeta brasileño tiene que conocer la poesía portuguesa? ¿Por qué el poeta americano tiene que conocer a los grandes poetas ingleses? ¿Por qué el poeta mexicano tiene que conocer la poesía española? Porque la lengua se comparte, y eso hace que todo poema sea un diálogo con los otros pueblos. En nuestro caso, tenemos confrontaciones con los brasileños.

¿Los brasileños han renovado la literatura portuguesa?

Muchísimo. Tanto la literatura como la lengua portuguesa. En mi opinión, *Grande Sertão* hizo la gran revolución literaria en la lengua portuguesa.

¿Qué influencia tiene la literatura africana en la portuguesa?

Hay escritores africanos que son muy leídos, editados y conocidos en Portugal. Y, por supuesto, tienen mucha influencia sobre los escritores portugueses.

¿Y en su poesía?

Me encantan los temas africanos. Tengo muchos poemas escritos durante los viajes que hice por África, aunque no tengo influencias de los textos africanos. Yo creo que lo más interesante en la literatura africana se encuentra en los novelistas. Aunque hay poetas angoleños que son muy buenos.

¿Cómo ha modificado su concepto de cultura el hecho de ser poeta?

La cultura es mucho más larga que la poesía. La poesía es muy importante. Trabaja sobre el lenguaje, se encarga de la renovación del lenguaje, quiere más conciencia crítica de sí misma y contribuye a la capacidad crítica. Porque es la manera de descubrir el lenguaje, la lengua. No solamente es un medio de comunicación, también ayuda a comprender el mundo. Para mí, el concepto de lectura es más vasto que el concepto de poesía. Se puede pasar del concepto de poesía al de literatura para construir en las personas por medio de la educación, de la escuela, porque tú no construyes un ciudadano crítico y capaz de entender los matices si limitas el estudio de la lengua a la comunicación y no al valor estético, al valor imaginativo y al valor creativo que conlleva la literatura.

¿Quiere agregar algo para los lectores latinoamericanos?

Quiero agregar que la poesía latinoamericana y la portuguesa tienen mucha relación. A veces no se conocen como deberían, pero los movimientos literarios son muy cercanos. Es muy importante que nosotros conozcamos lo que se escribe en Latinoamérica. Esperamos que en Guadalajara se dé la oportunidad de dar a conocer nuestra poesía con el público mexicano y el de Iberoamérica ●

Ida VITALE

CORRER EL RIESGO

Entrar a un nuevo día para ver cómo muere.
Comenzar una hoja a ver cómo se escribe.
Cubrirme bien los ojos para ver cómo veo.
Acariciar el hielo para sentirme viva.
Leer, releer la frase, la palabra, el rostro.
Los rostros, sobre todo y pesar lo que callan.
¿Intentarlo con pájaros para perder la ruta?

SONRISAS

Si a muchos que yo me sé les preguntaran qué valor tiene la sonrisa, comenzarían por emitir una, breve y sardónica, perfectamente inútil, y de seguro responderían que ninguno, que ellos sepan. Pero, aunque no lo digan, sí le suponen uno, aunque meramente crematístico. Saben que una sonrisa puede ser la inversión requerida para conseguir algunas cosas.

En este momento estoy rodeada de chinos, jóvenes estudiantes, concienzudos, infatigables. Digo rodeada porque su proporción aumentó en el edificio en el que vivimos: como está cerca de la universidad, múltiples orientales carentes del gusto burgués por la privacidad comparten en él apartamentos grandes.

Esta invasión corrompe el uso de la sonrisa. Los chinos no sonríen mucho, no al enorme y desconocido mundo que los rodea. ¿Observaron los que siguieron alguna transmisión de aquellas Olimpiadas chinas, las extrañas, galvánicas muecas que, a guisa de sonrisa, los deportistas locales producían para el público o, más bien, para la televisión que los enfocaba? Una contracción casi tetánica, dispuesta, sin duda, por la autoridad más próxima, pero sin haber creado el clima para una exitosa espontaneidad.

A poco de llegar a Austin noté que los norteamericanos, éstos al menos, fuesen lo que fuesen, cristianos, mormones, retirados, burócratas, etcétera, sonreían hacia todos los puntos cardinales, sobre todo en los espacios pequeños, peligrosos de intimidación, como un ascensor. Nunca supe si lo hacían para hacerse perdonar algo o para atajar la malevolencia que imaginan latente en el mundo que siempre les será ignoto. Llegada de un Río de la Plata más bien hosco, las frecuentes sonrisas que me estaban dirigidas me intrigaban; más aún, me creaban un problema de identidad. Al principio me dije que yo debía ser la *Doppelgänger* de alguna americana colmada de relaciones, miembro de un club nutridísimo o de una congregación que había logrado hermanar a todos sus integrantes. De lo contrario, ¿cómo se explicaba que yo anduviese por una ciudad desconocida saludando a diestra y siniestra como político en gira?

Pronto descubrí que aquí la sonrisa nace no bien se cruzan las miradas. Era yo quien las desencadenaba, mirándolo todo y a todos con curiosidad, porque un americano mirado a los ojos sonríe de inmediato como un robot sin fallas. Al fin, acostumbrándome a ser más discreta mermé alrededor de mí el exceso que me inquietaba. Por supuesto, el normal tomar conciencia del prójimo, al subir y bajar de un autobús, al coincidir en una puerta, en un elevador, al recibir cualquier mínima atención, se complementa con una sonrisa. Por lo tanto, siempre que regreso a Montevideo debo transformar mi naturalidad. Allí, en mi ciudad de origen, debo olvidar mis nuevas y buenas costumbres, porque arriesgo alguna agresión verbal: allí sólo se sonríe a un desconocido o desconocida en son de burla. Una sonrisa perdida recibe de retorno una mirada severa. Así es como corro el riesgo de morir bajo vehículos no menos ariscos, cuyos conductores suelen apretar los dientes ante el peatón osado que se le cruza en el camino.

Luego, otra vez en Austin, provoqué la extrañada sorpresa del conductor que no bien ve a un peatón que demuestra tener intención de cruzar, se detiene media cuadra antes, mientras yo, que conservo todavía el refle-

jo equivocado, lo miro con humildad, moviendo mi rabito imaginario, pidiendo perdón por mi osadía y sin resolverme a usar mi derecho al libre cruce en la zona debida. Es uno de los peligros que corre el que va y viene por el oscilante puente tendido entre países que sólo tienen en común esas modas un poco ridículas, transmitidas por la vía inapelable de la televisión. De un lado y de otro, si me descuido, me esperan leves escaramuzas, pero reconozco que unas son fáciles de remediar, mientras que las de allá, las del país donde las sonrisas son tan poco usuales y se venden tan caras, empiezan a resultarme inquietantes, casi peligrosas, porque, a veces, y no sé por qué, descubro una imprevista, fría fijeza en los rostros que cruzo. Eso, cuando me miran.

Pero volvamos a los chinos, cosa que no me es difícil: todavía no olvido el pasmoso espectáculo que inauguró las Olimpiadas. Ya lo sé, ni falta hace que me lo digan: esa perfección la logran las dictaduras, es fruto de una masa adiestrada a someterse al látigo, de la clase que sea, y a archivar el pensamiento, sin duda porque no cabe entre las horas del trabajo, de la obediencia y del sueño. Pero sucede que si la perfección mecánica puede ser odiosa, la imaginación puesta en juego por Zhang Yimou es el resultado de alguien que piensa, libre, y también sueña y delira, capaz de recrear la Muralla o la precoz aventura marítima china o imaginar el efecto de cientos de tambores tocados a la vez mientras las luces danzan sobre ellos.

Lo descubrí en *Crouching Tigger, Hidden Dragon*, en *House of Flying Daggers*, con sus luchas a vuelo limpio por los techos o en lo alto de un bosque de bambúes que se balancean mientras los enemigos, prendidos de ellos como cigarras, enfrentan sus inmensas espadas. O cuando, dos días después de la apertura de las Olimpiadas, vi en la televisión, por pura casualidad, en la versión del MET de 2006, *The First Emperor*, una ópera de Tan Dun, compositor chino que vive en Nueva York, que también dirigía la orquesta. En la prodigiosa puesta en escena nadie volaba, pero por sus hallazgos plásticos no pude menos que pensar en Zhang Yimou. Y era de él, como supe al final.

Siempre he sido levemente reacia al género operístico, aunque en ciertos casos —Haendel, Mozart, Purcell, Galuppi y afines— me dejo caer con delicia en sus redes. En *El primer emperador* no hay fantasía sino historia, que puede incluir, sí, algo de leyenda, ya que el músico que se atreve a amar a la hija del emperador, prometida a un general victorioso, aparece también como creador del himno de su país. La música se ciñe

casi siempre a los cánones melódicos chinos, emplea las campanas tradicionales o una especie de arpa horizontal, tocada con púas, combinada con arpas occidentales, mientras los coros se atienen, en cambio, a normas que nos son más familiares. El escenario estaba dominado por una gran escalinata que funcionaba como tal o se convertía en un telón de fondo. Mediante proyecciones se transformaba en un grabado antiguo o, mediante máscaras, sugería una multitud. Básicas las luces sutilísimas en variación constante, tanto para crear la ilusión de nuevos espacios como para facilitar cambios, que ni demoraban ni pesan. El resultado fue tan mágico que ahora espero el momento en que este mismo equipo asombroso ofrezca *La flauta mágica*, de Mozart, o *El amor por las tres naranjas*, de Prokofiev. Sería una operación obvia. La humana, necesaria sonrisa puede ser la sonrisa del arte en plenitud.

Luego vino el espectáculo sudafricano. Toda comparación es odiosa y ésta además inoportuna por mezclar categorías distintas. Los sudafricanos son modestos y apenas aspiran, creo, a que se los tenga en cuenta. No puede decirse esto de los chinos, que se toman su tiempo sin dejar de marcar su camino. Poniendo de lado esto y las sonrisas, no puedo evitar registrar el paso del cometa del delirante fervor futbolístico. El Uruguay había sido, casi por tradición, discreto en sus triunfos, cuando los había, sobrio y cauteloso, en la misma medida en que el nacionalismo no se consideraba virtud. Hoy eso ha cambiado. Salieron cuartos en el campeonato de Sudáfrica; esa ubicación discreta se borró, sobrevaluada, bajo otra verdad que parece ser la verdad verdadera, la del alma, que se instaló en comentaristas de fútbol, periodistas, en cualquier locuaz deseoso de llevar las aguas para algún molino. Quizás los emolumentos que están al fondo del escenario hayan impuesto esta imagen, aunque un cierto pudor aparte un poco los reflectores. Hasta la Academia Nacional de Letras del Uruguay quiso alcanzar también ella, tan gris, un poco del celeste reverberante y, descubierta la veta por la que podía llegar a integrar el dichoso coro, celebró el correcto modo de hablar de los jugadores. Con ello apenas lograron que todo el que no está reñido con el diccionario reflexione sobre el reducido nivel general, contra cuya mediocridad, sí, se destacan los jugadores que llevan años en el exterior, por ejemplo en España, y gozan del dinero que su condición de esclavitud entre equipos y vendedores les depara. Hasta es posible que alguno compre libros. Aquí, la sonrisa ligera del principio se cubre, qué vamos a hacer, de una tristonía ironía •

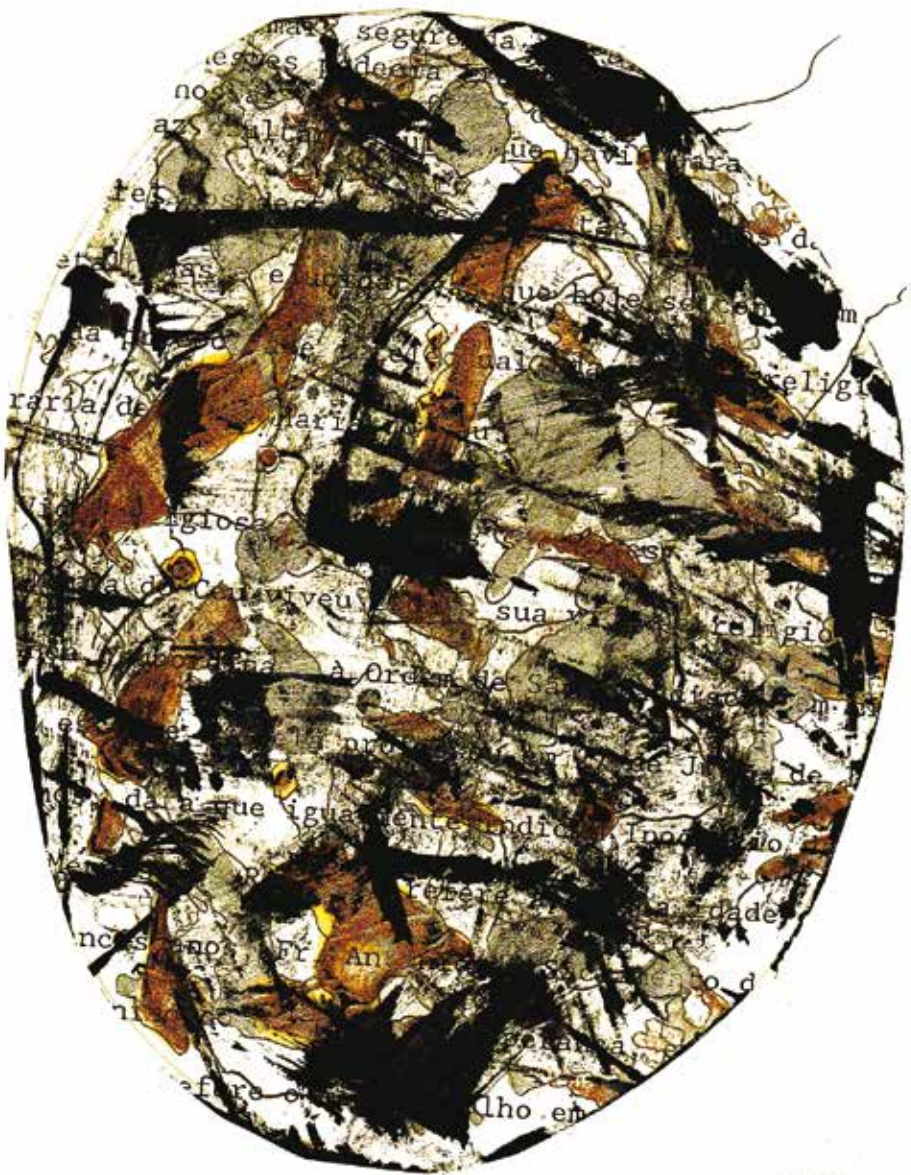
*...o el arraigo, escribir en un espacio idéntico
siempre, casa o desvío.*

JOSÉ M. ALGABA

**Arrastro por los cambios un lápiz,
una hoja, tan sólo de papel, que quisiera
como de árbol, vivaz y renaciente,
que destilase savia y no inútil tristeza
y no fragilidad, disoluciones;
una hoja que fuese alucinada, autónoma,
capaz de iluminarme, llevándome
al pasado por una ruta honesta: abiertas
las paredes cegadas y limpia
la historia verdadera de las pintarrajeadas
artimañas que triunfan.
Hoja y lápiz para un oído limpio,
curioso y desconfiado.**

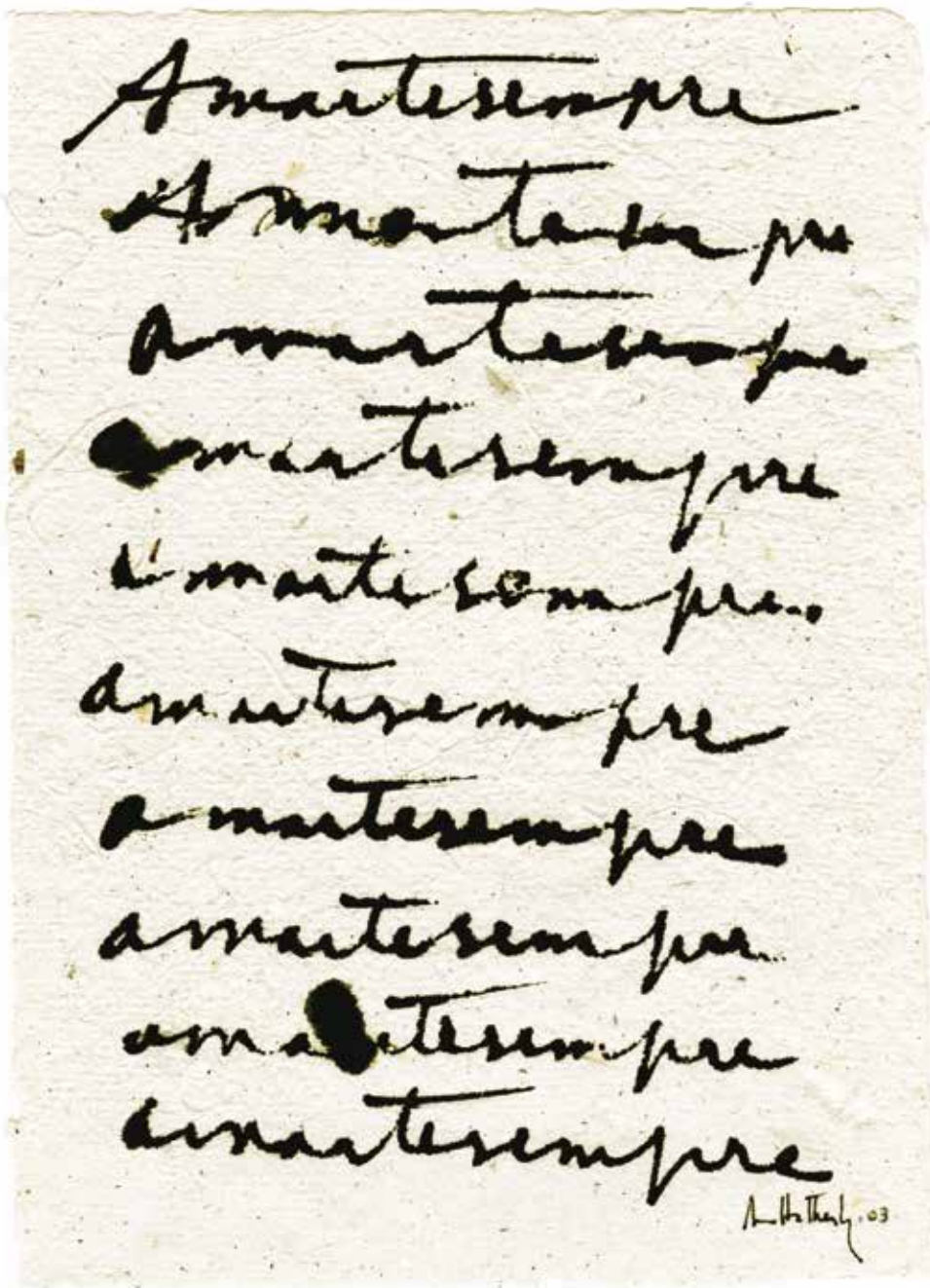
Nota:

«Correr el riesgo» se publicó originalmente en el número 74 de *Luvina*,
«Sonrisas» en el número 72 y «Hojas naturales» en el número 82.



A. Hatherly '15

NUEVO ABECEDARIO ANA HATHERLY



← Retrato de Sor Maria do Céu
 Acrílico, tinta china y collage sobre cartulina
 21 x 14.8 cm
 1995

Sin título
 Plumón sobre papel
 20.6 x 14.8 cm
 2003

La obra visual de Ana Hatherly se caracteriza por la gestualidad, por el movimiento de la mano que crea inquietas líneas de texto, densas texturas, múltiples formas que continuamente se (trans)forman, que sugieren itinerarios, significaciones diversas, procedimiento para transmitir gráficamente una poética que, siendo también verbal, se evidencia en la visualidad.

Hatherly se sitúa en una frontera de indefinición entre la escritura y la visualidad, una de sus características como precursora de la poesía experimental y artista plástica. En sus caligrafías, las palabras/versos se inscriben en la página como sendas que se recorren al sabor de la «imaginación y de la memoria» de cada uno.

Gestualidad que surge del estudio de la escritura china arcaica y de la investigación a partir de elementos caligráficos y pictográficos, y que ha resultado en una interpretación muy propia de ese proceso de transmisión de información y de conocimientos, evolucionando hoy hasta una representación más geométrica y originando una especie de nuevo abecedario basado en la organización de ocho caracteres que tituló *Alfabeto estructural*, publicado en la revista *Operación 1* (1967), y que, sin representar «estructuras fonéticas o específicamente lingüísticas [...], son ya una forma de lenguaje».¹

El supuesto fue hacer ilegible la escritura para que sólo pueda ser observada, reescribiendo así un texto que «provoca el azar, suscita lo fortuito, recoge lo inesperado, no rechaza lo inexplicable, lo ambiguo, lo incomprensible»,² según palabras de la propia autora. La imagética de los ideogramas le habrá suscitado el deseo de añadir una carga visual en la poesía que entonces escribía.

A finales de los años sesenta y a inicios de los setenta, la autora realiza algunos poemas experimentales recurriendo a la mecanografía,³ así como los primeros poemas con la utilización de letreset, apelando a un material innovador en la época, que permitía potenciar visualmente los poemas experimentales valiéndose de diferentes tipos y cuerpos de letras, aumentando de una forma sustancial la carga expresiva y la subjetividad de una escritura que se asumía deliberadamente asémica. Ese lenguaje contemporáneo permitía «diferentes grados de legibilidad del texto» y constituía «un desafío a la construcción de significados», según escribe en el prefacio de *O escritor*.⁴

Creó una gramática propia donde el proceso comunicativo se efectúa más por la visualidad de las líneas y no tanto por las palabras que lo componen. En ese sentido, las caligrafías son una provocación de la autora para que el lector reconstruya, por un proceso más in(ter)ventivo, su propia lectura.

Participa en tres ediciones de la Bienal de Venecia (1976, 1978 y 1980) y en la XIV Bienal de São Paulo en 1977, año en que también colabora en la Alternativa Cero, organizada por Ernesto de Sousa. Durante ese período su actividad artística abarca el campo del *performance* y la instalación, creando obras de mayores dimensiones.

¹ Ana Hatherly, *Mapas da imaginação e da memória*, Moraes Editores, Lisboa, 1973, p. 8.

² *Ibid.*, p. 9.

³ Ana Hatherly, *Anagramática*, Moraes Editores, Lisboa, 1970.

⁴ Moraes Editores, Lisboa, 1975.

En los años ochenta se dedicó principalmente a la actividad docente, a la investigación y a la publicación de libros. En esa década inició una intensa investigación sobre la escritura y los «textos-visuales» barrocos, lo que dio como importantísimo resultado la publicación de varias obras, entre ellas *A experiência do prodígio: Bases teóricas e antologia de textos-visuais portugueses dos séculos XVII e XVIII*,⁵ razón por la que esos años son escasos en obras visuales, realizadas puntualmente para participar en exposiciones colectivas.

A semejanza de otros artistas, a Ana Hatherly le gustaba trabajar por series, explorando las posibilidades que cada una le proporcionaba, pero refutando el concepto de «coherencia», que normalmente se les atribuye a los artistas plásticos. Ana Hatherly se decidió por una intransigente libertad expresiva y una liberadora irreverencia creativa, dejando que la imaginación invadiera los soportes, normalmente simples, donde ejecutaba sus obras plásticas, optando por espacios de provocación y de experimentación en vez de repetir las mismas soluciones plásticas.

A pesar de que una parte sustancial de su obra visual estaba directamente ligada a la palabra y a los signos gráficos, en determinado momento realizó obras donde los colores y las tonalidades se revelaron como un factor de explotación primordial, de las que será ejemplo la serie *Viaje a la India y otros recorridos*, después de haber visitado ese país, y que fue presentada en el Museo del Chiado en 1997.

La serie *Neograffiti*, la última que hizo, incorpora un lenguaje de arte urbano (que se remite a otro tipo de experiencia de comunicación visual igualmente urbana, con la realización de la serie de collages *Las calles de Lisboa*), pero para usarlo no como elemento ilustrativo o de representación figurativa, sino como un nuevo procedimiento de escritura.

El sintetismo del lenguaje utilizado, que, por su configuración, retoma muchos de los ensayos evidenciados en el libro *Mapas da imaginação e da memória*, le permitió continuar «escribiendo», en un proceso igualmente gestual, aunque sin la minuciosidad y la sutileza de las caligrafías. Lo que podrá reflejar un retorno a las indagaciones ideográficas de los años sesenta, cerrando así un ciclo cuya inventiva y originalidad resultaron en una obra inquieta que exige ser revelada en su plenitud.

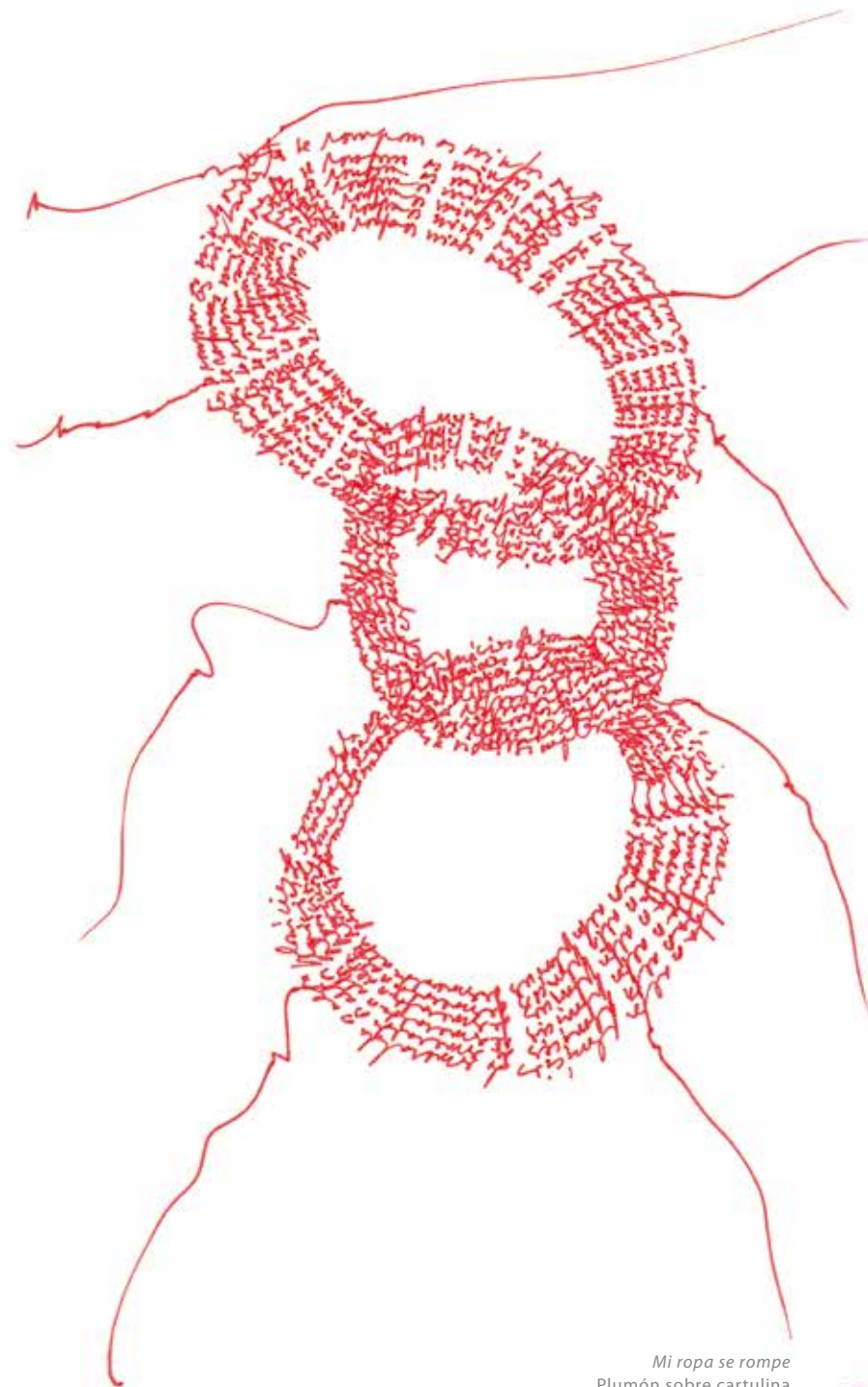
Fue una autora que se expresó en diversas áreas, incluyendo la música y el cine, pero esencialmente fue la escritora que trató de darle una dimensión plástica a la poesía, potenciando las palabras que ganaban otra expresividad por el modo en que eran (d)escritas y dispuestas en la hoja. Y con una evidente sensibilidad femenina, a pesar de rechazar la designación de «poetisa» —siempre se consideró «poeta»—, como lo comprueban su filigrana en la elaboración de los textos caligráficos y la delicadeza con que ese encaje de palabras era colocado en la hoja.

Ana Hatherly es, definitivamente, una poeta con un acendrado sentido estético, que ha explorado de forma magistral la expresión gestual y la dimensión visual de la palabra.

FERNANDO AGUIAR

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

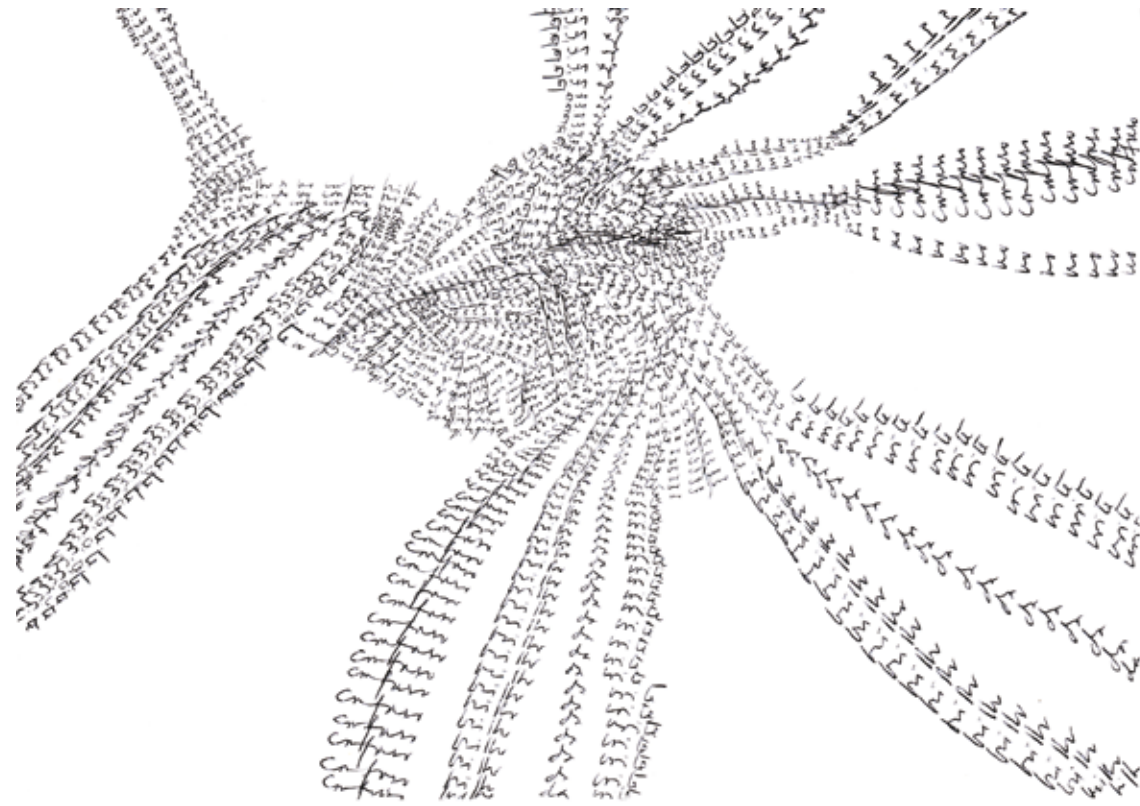
5 Imprensa Nacional / Casa da Moeda, Lisboa, 1983.



Mi ropa se rompe
Plumón sobre cartulina
20.3 x 12.7 cm
1996



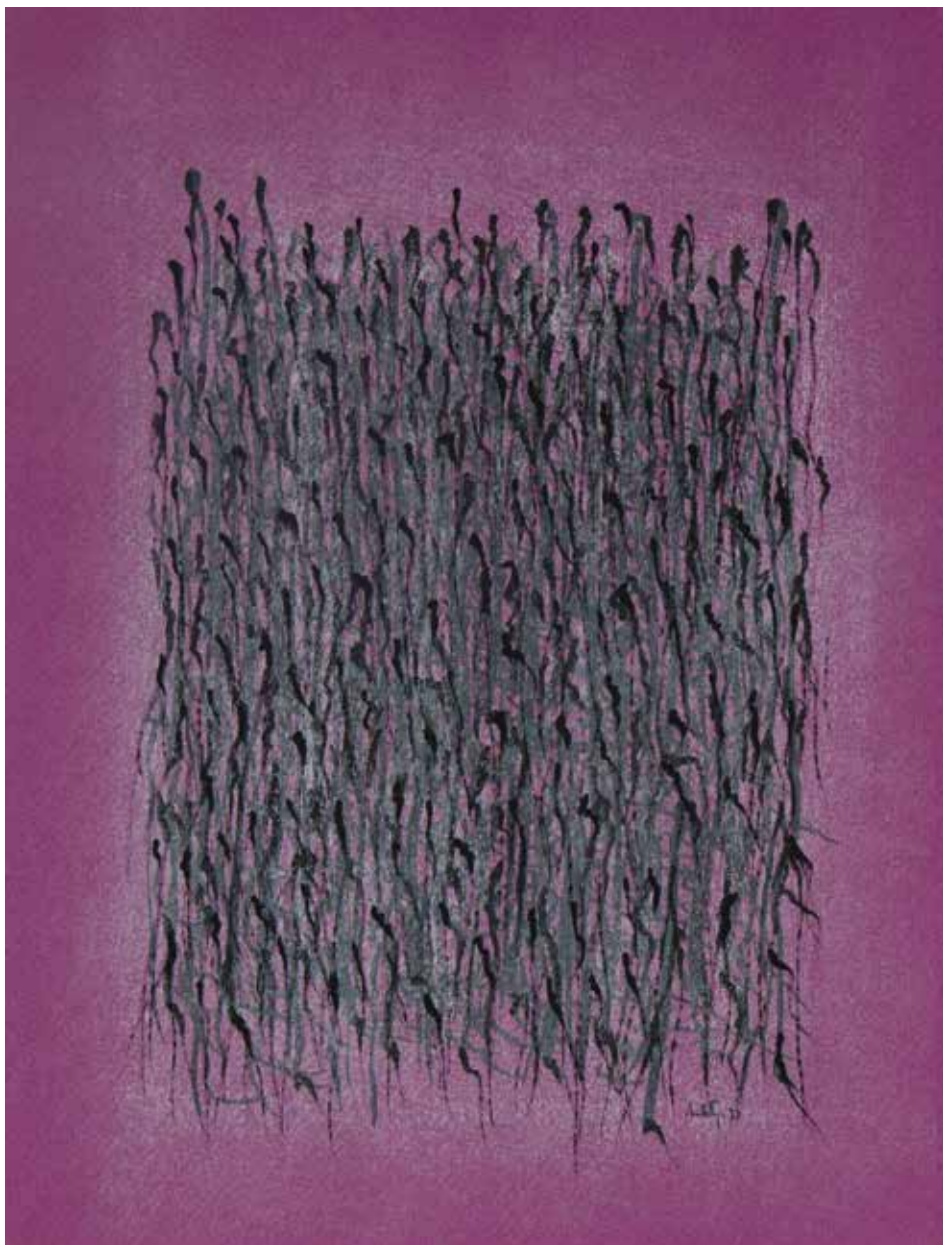
LUVINA / INVIERNO / 2018



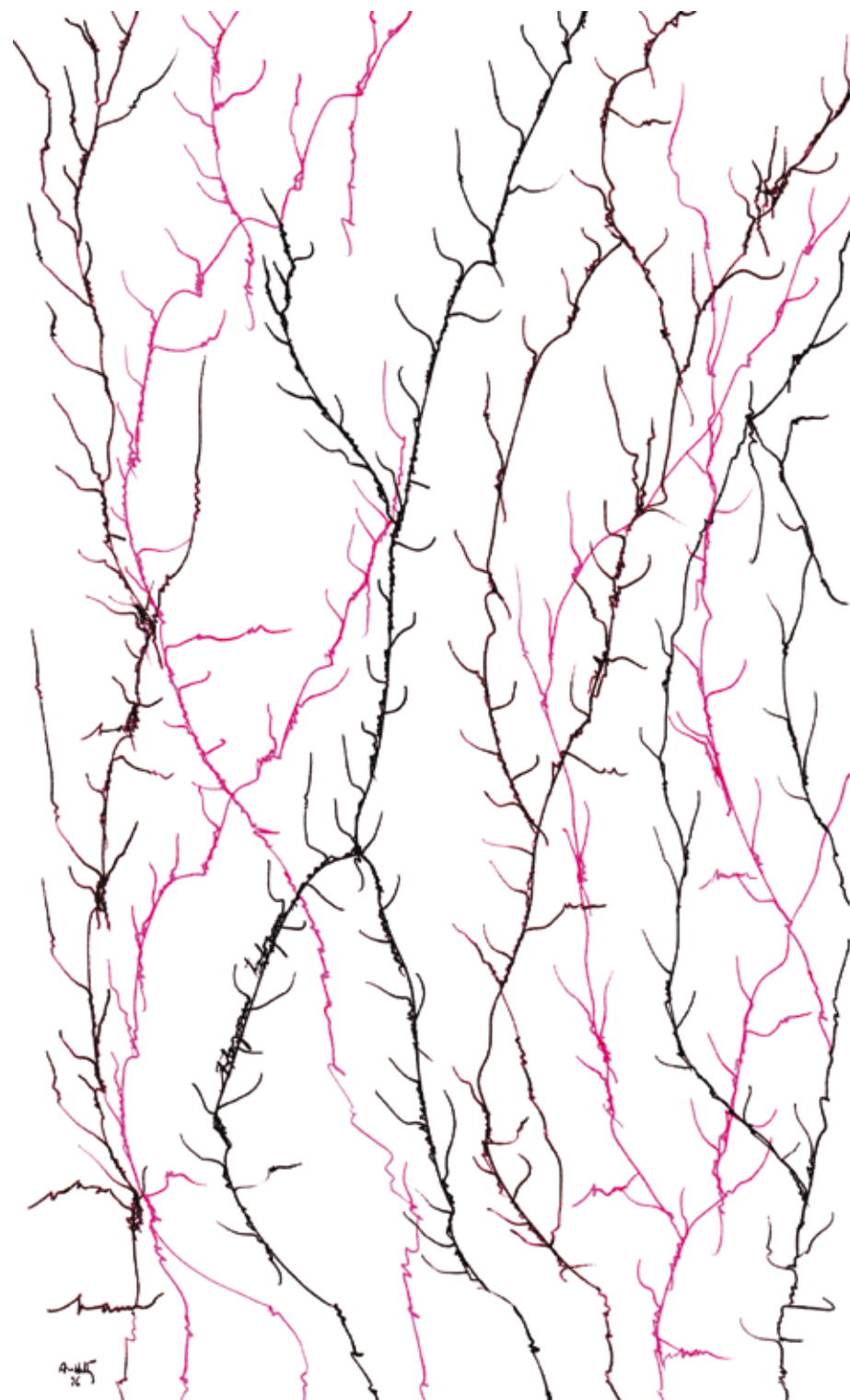
← Sin título
 Acrílico pastel, acrílico y tinta china sobre cartulina
 21.5 x 12 cm
 1996

En el confuso brillo de la noche
 14.9 x 21.1 cm
 1994

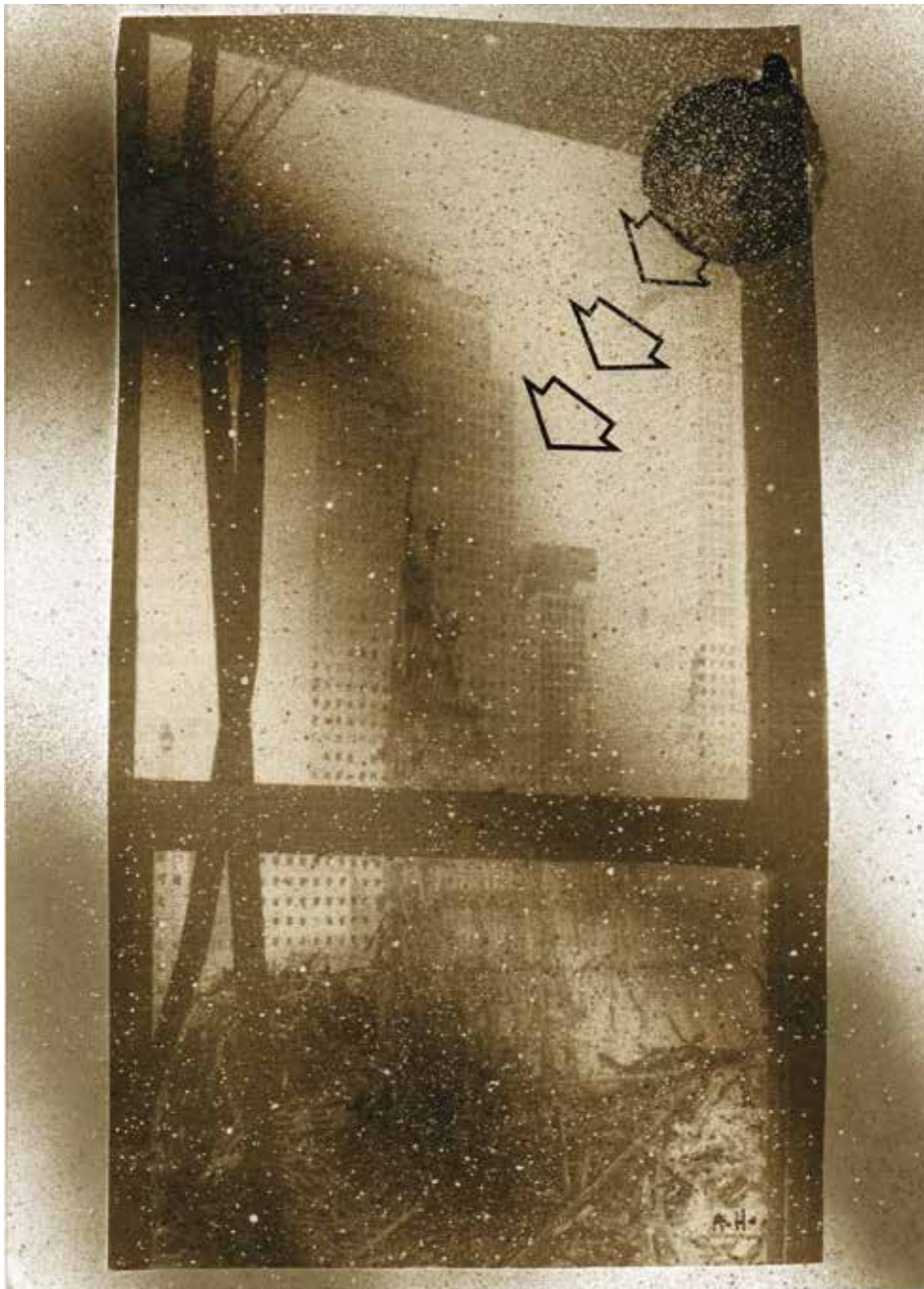
LUVINA / INVIERNO / 2018



Sin título
Tinta china y pastel sobre papel
31.8 x 24 cm
1993

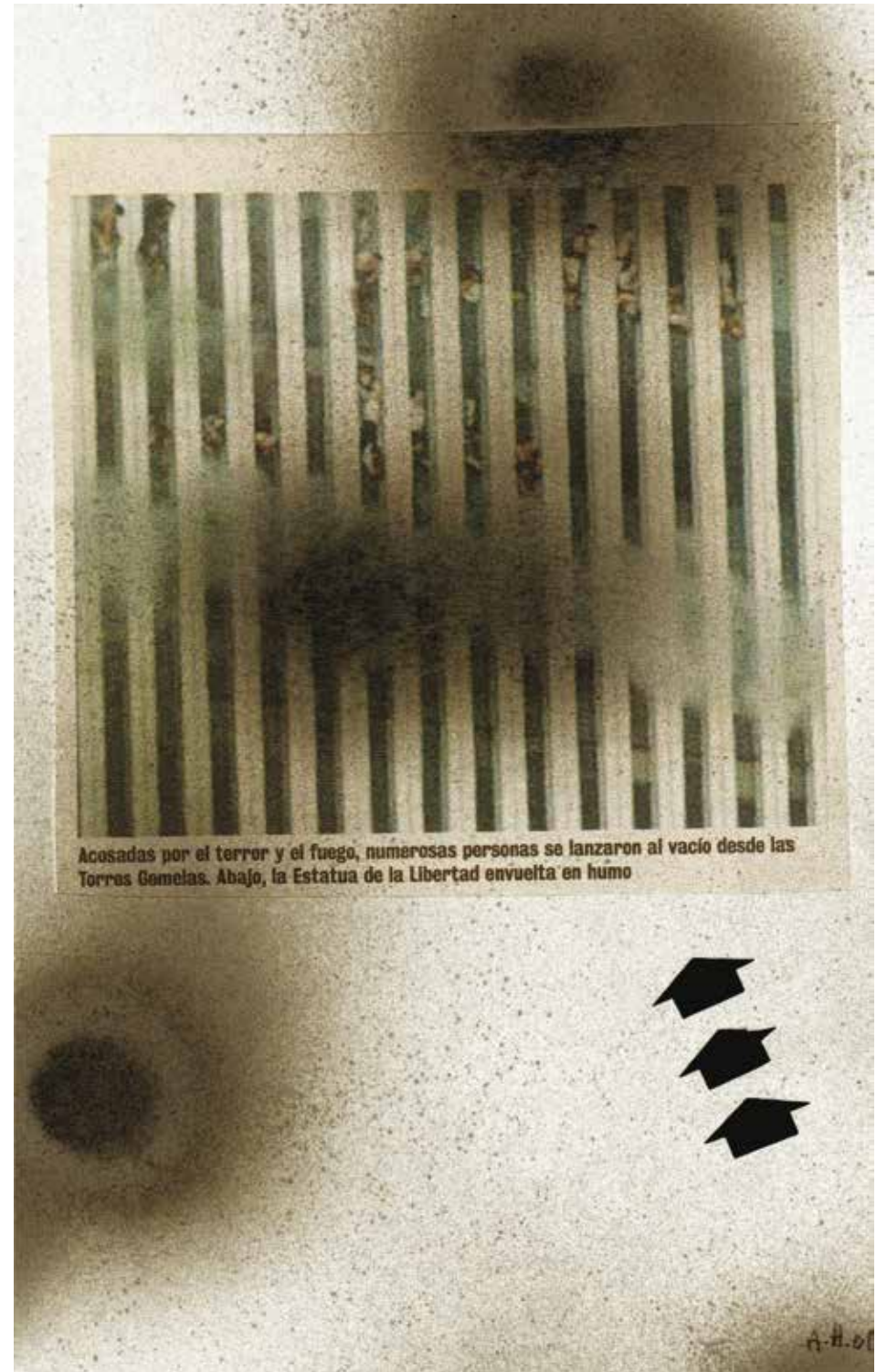


Las inocentes plantas →
Tinta china sobre cartulina
21 x 12.6 cm
1996



El 11 de septiembre de 2001
 Collage y espray sobre cartulina
 21 x 15 cm
 2001

El 11 de septiembre de 2001 →
 Collage y espray sobre cartulina
 20.3 x 12.7 cm
 2001





Sin título
Tinta china, pastel y collage sobre cartulina
13.7 x 21.7 cm
1973

LUVINA / INVIERNO / 2018

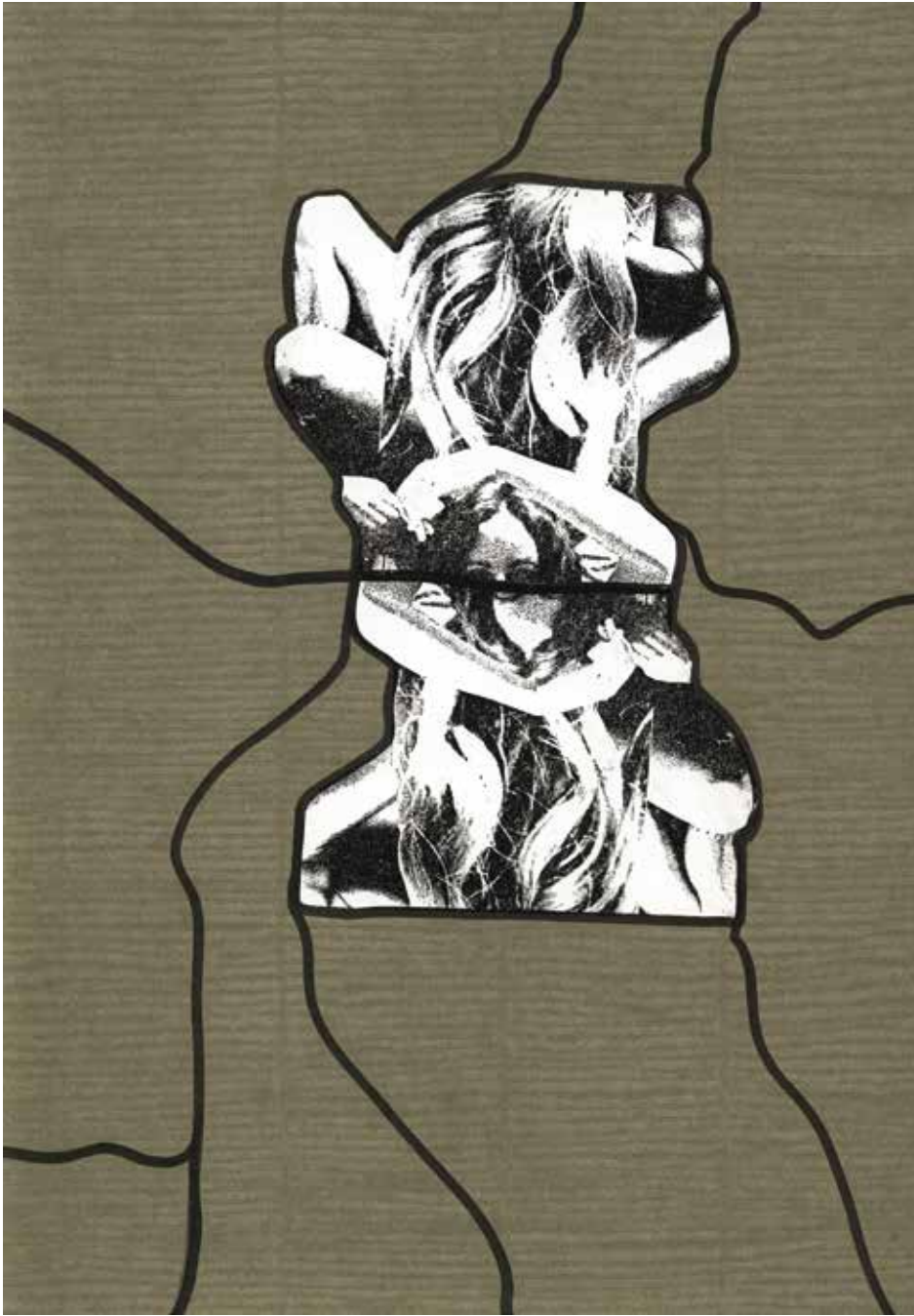
XII



Sin título →
Tinta china sobre cartulina
20.3 x 12.7 cm
1996

LUVINA / INVIERNO / 2018

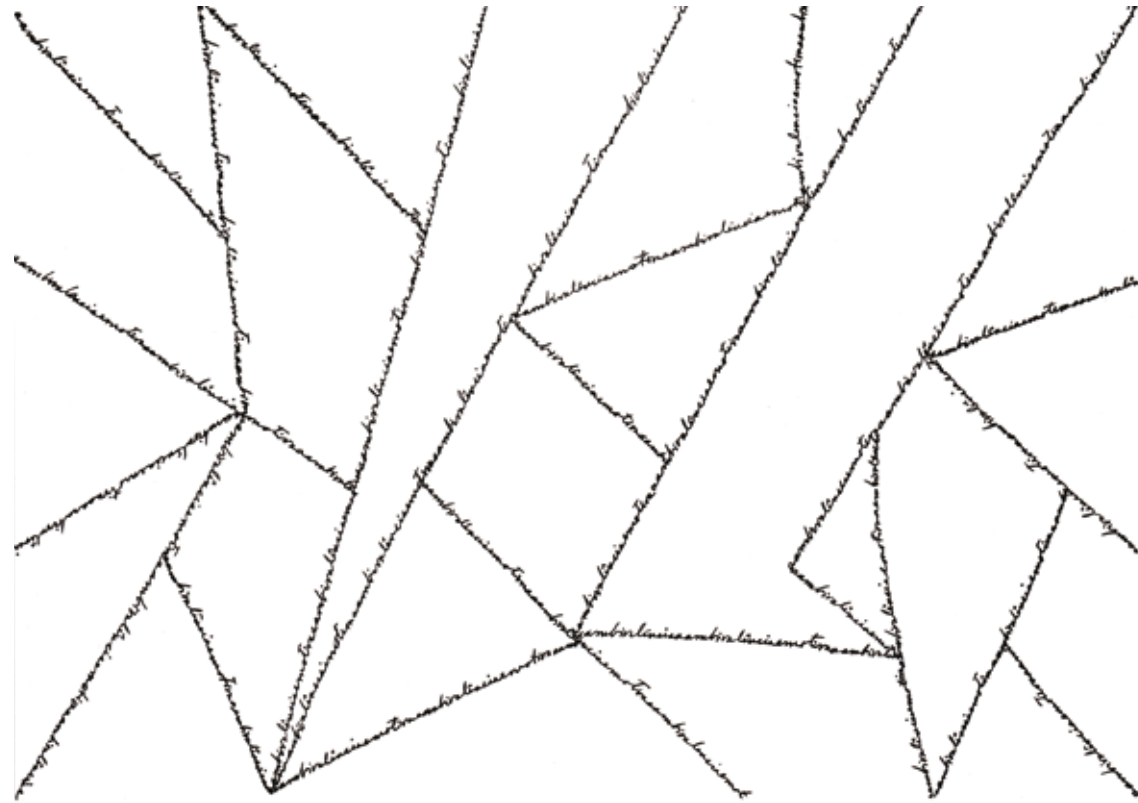
XIII



Sin título
Plumón y collage sobre papel
29.7 x 21 cm
1988

LUVINA / INVIERNO / 2018

XIV



La ambivalencia emotiva
Tinta china sobre cartulina
15 x 21.1 cm
2003

LUVINA / INVIERNO / 2018

XV



Pax
Tinta sobre papel
27.9 x 21.6 cm
1987

Imágenes: cortesía de Fernando Aguiar



La relación feliz del cine y la literatura en Portugal

● HUGO HERNÁNDEZ
VALDIVIA

El cine de Portugal ha encontrado en la literatura de su propio país un valioso proveedor de historias: las películas inspiradas en novelas, cuentos y obras de teatro son numerosas. En las letras está, de hecho, el origen de una buena parte de la filmografía del realizador más importante en la historia del cine portugués, Manoel de Oliveira (cuya actividad inició con películas silentes, y quien vivió ciento seis años y dejó una nutrida filmografía: sesenta y cuatro películas, en las que abundan los cortometrajes y no faltan los documentales). En nueve largometrajes suyos hay alguna participación de la escritora Agustina Bessa-Luís: con sus novelas (*O princípio da incerteza*, 2002) y cuentos (*Inquietude*, 1998); en alguna ocasión aportó la idea (*El convento*, 1995) o los diálogos (*Party*, 1996). Su estilo es de un rigor inconfundible (una puesta en escena exquisita, un trabajo de cámara preciso y elegante y un ritmo apacible) y sus nexos con la literatura pueden rastrearse más allá del curso de las historias. En una de sus cintas más conocidas, *El Valle de Abraham* (*Vale Abraão*, 1993), que se inspira en una novela de la citada escritora, la historia sigue a una hermosa mujer (inter-

pretada por Leonor Silveira, quien protagoniza numerosas películas de De Oliveira) que explora la libertad que le permite su matrimonio. El cineasta utiliza, a menudo y con fortuna, la voz en *off* (que corresponde a un personaje y narrador omnisciente) y hace numerosos guiños a *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert.

Otras cintas célebres se inspiran en obras o autores no menos célebres. En *La divina comedia* (*A divina comédia*, 1991), De Oliveira retoma algunos extractos de obras de Fiodor Dostoievski y Friedrich Nietzsche. *La carta* (*La lettre*, 1999), que obtuvo el Premio del Jurado en Cannes y registra las vicisitudes de una joven mujer (interpretada por Chiara Mastroianni) que renuncia a un posible amante para conservar el amor, tiene su origen en *La princesa de Clèves*, de Mme. de Lafayette. En *Regreso a casa* (*Je rentre à la maison*, 2001) el aporte viene del teatro, de piezas de Eugène Ionesco y William Shakespeare, pero también del monumental *Ulises* de James Joyce. En *Singularidades de una chica rubia* (*Singularidades de uma Rapariga Loura*, 2009), De Oliveira tiene como punto de partida un cuento de José Maria Eça de Queirós y sigue a un joven cuya vida sufre trastornos considerables cuando se enamora de la misteriosa rubia del título. El realizador fue un invitado frecuente del Festival de Cannes; compitió por la Palma de Oro en cinco ocasiones y obtuvo dos premios de la crítica cinematográfica (Fipresci), el mencionado Premio del Jurado y una Palma de Oro honoraria.

El veterano João Botelho también ha bebido con frecuencia en las aguas literarias. *A corte do Norte* (2008) se inspira en una novela de Bessa-Luís, y con una puesta en escena que emula la pintura del siglo XIX revisa la frustración, en diferentes genera-

ciones, de las mujeres de una familia adinerada. *Os Maias: cenas da vida romântica* (2014) tiene su origen en una novela de Eça de Queirós y acompaña a un aristócrata que va de los brazos de una mujer a los de otra hasta que se enamora. *El libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa, un libro de una lucidez apabullante (confieso que no he podido terminarlo en más de un intento: en comparación, E. M. Cioran es optimista), está en el inicio de *Filme do desassossego* (2010), que sigue las vicisitudes de un hombre solitario que reflexiona sobre las miserias cotidianas de la existencia.

Margarida Cardoso, quien tiene una filmografía respetable como documentalista, lleva a la pantalla *A costa dos murmurios* (2004), la novela de Lídia Jorge. La acción se ubica en la guerra de independencia de Mozambique y exhibe la mezquindad de la milicia portuguesa. Fernando Lopes también alterna el documental con la ficción. En *Uma abelha na chuva* (1972), inspirada en una novela de Carlos D'Oliveira, recoge la estulticia de una pareja de nobles, depresivos y depravados, que se entretienen destruyendo a su servidumbre. *El barão* (*O barão*, 2011), de Edgar Pêra, es una propuesta de cine de terror que surge de una novela de Banquinho da Fonseca: en blanco y negro sigue las contrariedades de un burócrata-vampiro, y su estilo recuerda al *Nosferatu* (1922), de F. W. Murnau. Es un *remake* de una película que fue realizada durante la Segunda Guerra Mundial y disgustó a tal grado al dictador Salazar que éste mandó destruirla.

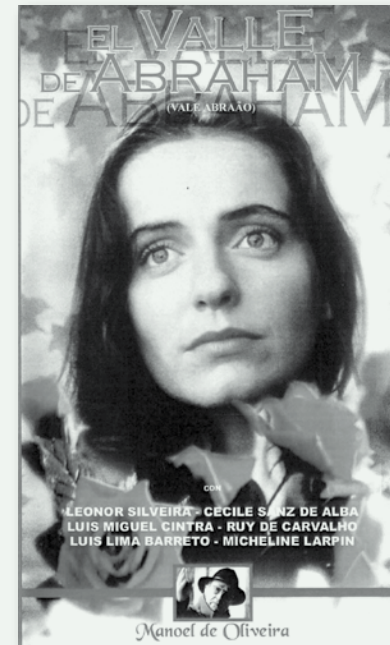
Las biografías de algunos escritores también han servido de pretexto para empujar más de una cinta. Es el caso de *A toca do lobo* (2015), de Catarina Mourão, quien es nieta del escritor Tomaz de Figueiredo y

da cuenta en la cinta de algunos secretos de su abuelo. Rita Azevedo Gomes, por su parte, en el documental *Correspondências* (2016) toma como referencia las apasionadas cartas que intercambiaron dos reputados poetas: Sophia de Mello Breyner Andersen y Jorge de Sena, quien vivió en el exilio entre 1959 y 1978. La correspondencia y algunos poemas cobran vida en la voz de actores y celebridades.

El mapa del cine portugués tiene un pilar importante en el productor Paulo Branco, quien cuenta con una obra extensa (doscientos setenta y seis títulos) y se ha encargado de alimentar el cine independiente (en Francia y en Portugal). Ha trabajado al lado de cineastas «difíciles» que, como él, son grandes lectores; ha apoyado proyectos arriesgados, y su rica colaboración con Manoel de Oliveira ocupa un lugar importante en su filmografía. Desde sus inicios se ha involucrado en propuestas valiosas. Baste mencionar *Cosmópolis* (2012), del canadiense David Cronenberg, cuyo origen es la novela homónima de Don DeLillo; *Cosmos* (2015), del polaco Andrzej Zulawski, quien se inspira en la prodigiosa novela del mismo título de Witold Gombrowicz; y *El fatalista* (*O fatalista*, 2005), de João Botelho, cuyo origen está en *Jacques el fatalista*, de Denis Diderot. Recientemente, Branco ha aparecido en la prensa por su pleito en los tribunales con el norteamericano Terry Gilliam. En el año 2000, ambos colaboraron en *El hombre que mató a Don Quijote* (*The Man Who Killed Don Quixote*), inspirada en el *Quijote* de Miguel de Cervantes. Pero el rodaje fue terriblemente accidentado (el ruido por una base militar cercana a la producción era insoportable; las lluvias se llevaron parte del material; el actor principal, Jean Rochefort, tuvo problemas de próstata y de espalda, agudizados por mon-

tar a caballo) y el proyecto abortó. De todo ello queda constancia en el documental *Perdidos en La Mancha* (*Lost in La Mancha*, 2002), de Keith Fulton y Louis Pepe. No obstante, el proyecto revivió en fechas recientes: la película existe, y fue estrenada en Cannes después de que Gilliam y Branco pelearon en los tribunales por los derechos. El realizador ganó en un primer momento (gracias a lo cual la cinta pudo exhibirse en el festival francés), pero el productor apeló y la corte falló en su favor.

Manoel de Oliveira escribió alguna vez un «Poema cinematográfico» que bien podría ser una conclusión sobre la relación entre cine y literatura. Así comienza: «Películas, películas, / las mejores se parecen / a los grandes libros que / por su riqueza y su profundidad / son difíciles de penetrar. El cine no es fácil / porque la vida es complicada / y el arte indefinible, / indefinible será la vida / y complicado el arte» ●



La liza del poema

● HUGO PINTO SANTOS

A céu aberto (A cielo abierto) deja explícito, a lo largo de sus páginas, que la «liza del poema» (p. 12) es uno de los ejes principales, si no el principal, de la poesía de Paulo da Costa Domingos (PCD). En una producción escrita que se inició hace más de cuarenta y cinco años, PCD ha lanzado sólidas bases para un descontento que sólo ha multiplicado su razón de ser, y la incidencia de su expresión artística, a medida que el mundo se muestra, más y más, incapaz de alterar el curso de barbarie que el autor trae a la plaza de sus libros —de sus libros, de sus múltiples participaciones en los más variados volúmenes y plaquetas, individuales y (muchas veces) colectivos, revistas y periódicos. En un poema publicado hace casi década y media, podíamos, por ejemplo, leer: «Hace cincuenta, cincuenta mil años / que no hay sosiego, ahora es un / pitbull que come la banca / del jardín». (*Asfalto*, Frenesi, Lisboa, 2005). Un conjunto de versos que lleva en sí una oposición importante para PCD: la memoria del pasado y la captación de la fugacidad presente. En el trazado casi cubista de estos versos citados se cruzan perspectivas básicamente desavenidas, insertadas entre cronologías

apartadas, propuestas por planos divergentes, insertas en jerarquías de sentido que se fragmentan. Esta especie de ahora absoluto, marcado por la poderosa imagen canina, parece listo a rasgar el vestigio pétreo en algún lugar ancestral, la imagen diluida en el interior de la cueva prehistórica, el papiro de otras eras, el pergamino pasado, otras señales del pretérito. Se trata de una formación subrepticia, que tanto puede reclamar para sí la derrisión y la ironía como puede aclimatarse en la más impetuosa desconjunción, dejando de tener en cuenta contextos históricos, geográficos, otros. Y, sin embargo, se debe reparar en que la raza *Pitbull* fue, es, en Portugal, un indicio, una poderosa señal de algo, de varias otras cosas. En medio del torbellino imparable, ¿cuánto, turbia e imprecisamente, de la información portuguesa, de los incidentes de ataques, de supuestos casos, o de perniciosos ataques de perros que pertenecen a esa raza, ocuparon un lugar cimero en los noticieros portugueses? ¿Fueron un móvil de la «información», fueron un instrumento para mantenerla como estaba —y está—, o fueron un distractor? Colocar esa palabra entre comillas no es aquí una forma de dudar, sino una forma de categorizar, sin grandes vacilaciones, como barrosa, friable y deletérea gran parte de lo que pasa por información entre nosotros; nación orgullosa de sus telediaros¹ que se prolongan por casi dos horas.² En *A céu aberto*, por lo de-

1 La designación «telediaro», generalizada en Portugal, es un poco injusta. Se refiere a los bloques noticiosos del canal estatal (expresión que carecería de aclaraciones que aquí no caben), largamente monopolista en el país, pero que se aplica, un poco sin criterio, a programas de información, incluso en canales que no son la RTP.

2 Los noticieros de los tres canales de señal abierta (es decir, no del cable) en Portugal por lo general se transmiten entre las 20:00 y las 21:30 o 21:40 hrs.

más, escribe PCD: «muere la libido bañándose en el / mercurio de la comunicación social, / intoxicada en la profusión de imágenes / fáciles al entendimiento sin orgasmo» (p. 34). Un tramo que, a su vez, tal vez podría acercarse de este otro modo: «el paisaje de regreso a casa, / iluminada con litio, / chatarra y zarza reseca» (*Cal*, Averno, Lisboa, 2015). Dos casos en que la química de los metales convoca nociones como las de calor, frío, toxicidad y, posiblemente, disturbios psíquicos (en forma de un derivado del litio), de una forma especialmente concisa y articulable entre sí, por el paralelo de un mismo metaforismo lapidario.

El cruce que, en el poema de *Asfalto* («Hace cincuenta, cincuenta mil años...»), se hacía entre lo histórico —el vasto generalizable— y lo que es marcadamente epocal, configuraba un elemento importante para la poesía de PCD. Con notable frecuencia, ella se inclina —con violencia, pero también con una sobriedad expresiva que se deben, desde ya, señalar como diada crucial— por la torpe excepcionalidad de un tiempo que es el nuestro, que va siendo, en diversos puntos de la Historia, lo *nuestro*. A él le corresponde, tal vez, la descripción de un «tiempo neobacoca³ en este país // oficante» (*Cal*). Motivo por el cual es tan urgente la aparición (¿o la constatación, sin más?) de una «vida real / de personas reales en una época adversa / y de altísima nulidad» (p. 25).

A céu aberto refuerza un mecanismo retórico que libros anteriores ya habían aplicado, y que consiste en formar bloques enunciativos, incrustados en el poema, los cuales funcionan como sutiles signos de alerta, señales lexicales, actuando casi como un ruido de fondo para el lector me-

3 De *bacoco*: atildado, prudente, no ingenuo (*N. del T.*).

nos sintonizado. Éstos, sin embargo, pueden constituir un poderoso mecanismo discursivo, además de poseer una considerable fuerza persuasiva: «Están ahí afuera los *creativos* / se engañaron, trajeron / telón de fondo para un tratado de paz» (p. 23, cursivas mías). Se trata de un momento perfectamente integrado en el todo del poema, un paso en que el sujeto se limita a describir la denotación de un simple cuadro cotidiano. Sin embargo, la inserción de la palabra «creativos»⁴ instala un incremento de significado, promoviendo una especie de lectura sociológica; un vuelo rasante sobre las prácticas y la expresión hablada del país. El mismo mecanismo está señalado luego en el título del poema «Gestión de la flota» (p. 39), que se sumerge en vuelo libre en el complejo e íntegro mundo de los negocios y de las empresas. Se trata de una operación retórica de uso frecuente en PCD, incluso en momentos en que su inserción podrá pasar desapercibida, empapada en el líquido aparentemente inodoro, incoloro e insípido de la vida cotidiana: «Libre, pero atado a la *libertad* / de elección en un supermercado / de ideas que son una estercolera» (p. 75, cursivas mías). Pero ésta no es agua que se beba sin cautela, porque la «libertad de elección» no es simple complemento de la frase, mera pieza en su gramática y en la articulación textual de sus componentes. Es, más bien, una demostración del poder incalculable de las palabras, cuando están insertadas en el galimatías atesorado por los po-

4 La palabra *creativa*, en portugués corriente («descuidado» sería otra posibilidad), designa a los trabajadores (o «colaboradores», otro vocablo que merecería una explicación que trasciende el espacio deseable) responsables de aspectos precisamente creativos: *design*, video, sonoplastia, etc. Una simplificación, que pasa por transformar un adjetivo en nombre y así nivelar por lo mismo lo que es diverso, específico y diferentemente importante.

deres. Libre albedrío de los pobres de espíritu, posibilidad «ilimitada» de los dilapidados, el supermercado del poema no es una superficie comercial, sino un terreno minado por las energías aquí convocadas. ¿Suplemento irónico, por lo tanto, o veraz afirmación de un estado de cosas? Ambas, por cierto. Ironía con la verdad. *O homem quase novo* (El hombre casi nuevo, Frenesi, Lisboa, 2010) nos trajo la notación de un «Verano *descompensado*»⁵ (cursivas mías), y *Escrita* (Escritura, & etc., Lisboa, 2010) expresaba con claridad que merece lo que extiende su sordidez al sol, «la pensión de la falsa invalidez, *la metadona*, / ropa usada embebida en el perfume // de la usura y en el grito *bipolar*⁶ del aburrimiento».

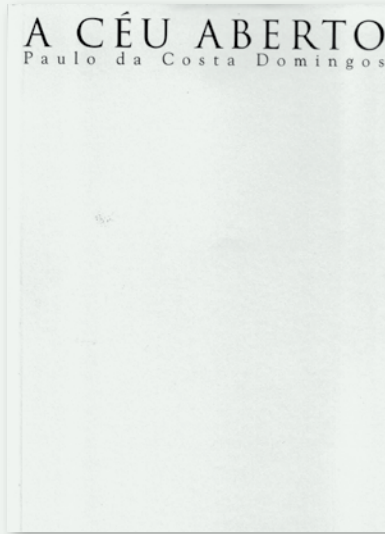
En la poesía de *A céu aberto*, PCD se remonta a la infancia: no movido por cualquier impulso nostálgico —como será por cierto redundante afirmar, sobre todo en quien escribió el «prodigio / que fue el disparate de la infancia» (*Escrita*)—, sino por medio de una técnica mucho más imbuida en las nervaduras del texto y en la minuciosidad de su orgánica. Tres poemas consecutivos de *A céu aberto* se titulan «Roba», «Saca», «Pon».⁷ Si el primero de ellos co-

5 La palabra *descompensado(a)*, de forma independiente o en paralelo a su dirección inicial, tiene o tuvo en Portugal un uso casi pandémico, aplicado en las situaciones más insospechadas, a propósito de las razones más inesperadas, ya sea un estudiante con problemas de aprendizaje, una empleada doméstica en conflicto con la entidad empleadora, o una compañera de trabajo en día difícil (ejemplos reales).

6 Sea *metadona*, sea *bipolar* —descontadas las discrepancias en los contextos respectivos—, están en el caso de *descompensado(a)*. Motivos, naturalmente, distintos causan la presencia de ambos términos, de forma continuada imperante, en el lenguaje cotidiano.

7 Estas palabras aluden al llamado juego de robos, practicado con un trompo con cuatro lados, cada uno marcado con una letra: R de *roba*; S de *saca*; D de *deja*, y P de *pon*. Parece probable que sea una derivación del *dreidel* de la tradición judaica.

mienza con el verso «En la fábrica de angustia», puede ser interesante comprobar que su último verso es «Nada» (p. 63) y que, en el poema inmediatamente anterior a este tríptico, el verso final era «Todo», mientras que el poema «Saca» presenta, en su verso final, «A desnudo». El poema «Trompo» cierra el poema con tres simples palabras: «Deja, saca, pon» (p. 66). Un paralelismo de construcción, por lo tanto, pero también la arquitectura de un todo reticulado, con segmentos que se implican mutuamente. Por lo demás, no será desdeñable que, en *O homem quase novo* se lea: «Roba, / saca, pon, en las ciudades desiertas / del corazón». Así, los haces de sentido se hacen aquí en dos direcciones: un juego infantil fuerza el retorno a la infancia, pero los textos inscritos en el borde de cada una de las caras del trompo infantil, en particular «roba» y «saca», por así decir, emancipan la infancia. O, finalmente, la encorralan en su verdadera función, en el ámbito del organismo del poema. El juego es una imagen dinámica, múltiple. Puede, perfectamente, funcionar sólo en ese primer plano, en que parece evocarse un pasado despreocupado; pero, en realidad, su fuerza únicamente se concentra y afirma cuando se pasa a otro nivel de sentido. En el momento en que se percibe en la inocencia de un entretenimiento una inscripción que en mucho trasciende los límites estrechos de la niñez. Es el despojo, la improvisación de las sociedades modernas, la absoluta desprotección del individuo vapuleado por el oleaje incluyente de la sociedad que parece acogerlo. Esta poesía, que elige en su punto de mira un paisaje devastado, no toma ese estado de cosas como una generalización abstracta, sino como una concreción de llamamiento inmediato y sensible —«Miramos el



horizonte como a un granero / exangüe y desvalido» (p. 72)—, presa como está de la obligatoriedad de atender a la «precisión fija de lo cotidiano / enloquecido» (p. 103). El leviatán de esta poesía tiene un rostro definido, incluso cuando surge oculto bajo un ropaje sibilamente mitológico: «El golpe del dragón en la copa de los árboles, cuando el crimen ronda la gravedad / de los semblantes, afila el hilo / de navajas: los Barberos sonríen» (*Cal*). Es el monstruo destructivo, pero también el fénix renacido como una pesadilla sin fin: «Durante toda la noche se quemó / el capitalismo para ser salvado / al día siguiente / por el capitalismo» (*Sumo de limão* [Zumo de limón], Viúva Frenesi, Lisboa, 2017). Frente a tal monstruosidad, está clara la posición del sujeto de los poemas, y que es, sin duda, un sujeto actuante de la Historia: «Mi revuelta no tiene culpa ni odio. / La encuentro finalmente seca, como palo arrojado, / sólo puedo compararla con documentos muy antiguos» (*Gogh, uma orelha sem mestre* [Gogh, un maestro sin la oreja], nueva ver-

sión, Frenesi, Lisboa, 2004). Lo que revela, sobre todo, una posición de imperativa sospecha. Sospecha de los canónicos enfoques del compromiso político, del *engagement*. PCD los contrapone a una opción mucho más lúcida. Matizado por el escepticismo, pero, de modo no menos importante, por la ironía, el posicionamiento del autor va mucho más en el sentido del anarquismo, del estremecimiento más profundo, pero también mucho menos partidario y conciliador. El «eterno retorno del trabajo» (*O homem quase novo*), o el «mundo solamente entregado al trabajo» (*Escrita*) son mucho más una queja y una señal de repudio que una vulgar constatación descriptiva. El encarcelamiento que los versos y la prosa de PCD denuncian, en consecuencia, cava mucho más profundamente que la superficialidad de signos contradictorios de un mundo, de una sociedad, que enfrentan una «conspiración contra el género / humano y sus bichos» (*Sumo de limão*).

La poesía de PCD ha logrado operar un raro equilibrio entre dos fuerzas potencialmente contrarias. Por un lado, la energía de matriz libertaria, anarquista, conduce a la constatación rebelde de la iniquidad. Del otro, la forma que el poeta encuentra para vehicular su descontento, y que podría consistir en una operación unívoca y de concentración exclusiva en sus propósitos «contenidistas». Es precisamente lo que no sucede en la poesía de Paulo da Costa Domingos. Sus ritmos y sus opciones lexicales, sus maniobras con el verso, la frase y la palabra denotan un eximio cuidado por el cual la revuelta se transmite de la forma más sobria, clásica y formalmente inatacable. No por casualidad, en una plaqueta posterior a *A Céu aberto*, PCD escribe: «Te arrastré al eje de página cruda / mi cómpli-

ce» (*Sumo de Limão*). El «eje» es palabra que se deriva del taller del poeta, alguien claramente impenitente en la medición, en el equilibrio y en la contención de los materiales de su actividad. De su liza ●

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS
DE RENATO SANDOVAL BACIGALUPO

- *A Céu aberto*, de Paulo da Costa Domingos, Averno, Lisboa, 2017, con dibujos de Pedro Calapez.



Perfil del otro. El universo literario de António Lobo Antunes

● MARCO JULIO ROBLES

Y al desear calmar la sed, creció en él la otra sed; mientras bebe, sorprendido por la imagen de la belleza que contempla, ama una esperanza sin cuerpo, cree que es un cuerpo lo que es agua.
OVIDIO, *Las metamorfosis*

No han sido pocas las ocasiones en las que me he preguntado: ¿qué hace que un narrador sea considerado un gran narrador? ¿Cómo se funda lo clásico? ¿Cuáles son los criterios que determinan la calidad de una obra, son mensurables? Y ¿cuánto y en qué medida depende la inserción de una obra en la cultura bibliófila debido a condiciones que no se relacionan con la calidad de ésta? Cuenta F. M. Cornford que, cuando se encontraron los papiros egipcios, cerca de la mitad de los mismos eran copias de la *Iliada*

y la *Odisea*, de suerte tal que, más allá de Platón, Aristóteles o los tres grandes trágicos de Occidente, Homero fue considerado como baluarte fundamental de la cultura griega. Esto bajo el supuesto de que copiar una obra era atribuirle un valor sustancial: en otras palabras, hacerla merecedora de permanecer, defenderse del tiempo y de la pérdida. Lo cual hace pensar que ya los antiguos tuvieron claro que unas obras poseen un valor superior frente a otras. Y que debido a esta valía era necesario salvarlas del olvido.

Por su parte, T.S. Eliot, en un breve ensayo sobre «lo clásico» en literatura, funda su particular criterio de discriminación en el uso de la lengua efectuado por un autor. Para él, Virgilio y Dante son los «únicos clásicos» de Occidente, por el simple hecho de que agotaron los recursos de la lengua latina. De igual manera y con idéntico criterio menciona a Cervantes en el caso del castellano y a Shakespeare en el de la lengua inglesa. ¿Se trata de la lengua y no de los temas? ¿Es el uso retórico de un idioma y no la maestría en la ejecución de una obra? ¿Es sólo el análisis lingüístico el que dota de valor a una obra literaria, con independencia de la repercusión emocional que cause en los lectores? Borges decía que la diferencia entre un buen poema y uno malo, según su acercamiento a lo poético, era que un poema lo emocionara o no. Nunca menciona los arabescos retóricos. Aunque es dable pensar en emociones intelectuales, en las que el uso de la lengua aliente, en un lector erudito, una respuesta emocional en apariencia, pero atravesada en realidad por un componente racional que incluiría el uso no sólo preciso sino también creativo del idioma.

Sin embargo, no estoy tan seguro de

que el criterio de Eliot sea infalible. El caso de António Lobo Antunes es un ejemplo de ello. La maestría que alcanza en algunos de sus libros no se debe sólo al buen y arriesgado uso de la lengua portuguesa, sino al manifiesto equilibrio interno de sus obras. Algo semejante sucede con otros autores, entre los cuales podemos citar a Marguerite Yourcenar y a José Lezama Lima. No sólo son grandes estilistas de la lengua, son grandes narradores en cuyas obras el equilibrio es fundamental allende un uso pulcro del idioma en que se expresan literariamente. Otra de las cualidades literarias de Antunes es la elección de los ambientes y conflictos. De modo que, al uso de la lengua y sus recursos, mencionado por Eliot, abría que añadir el fondo sobre el que descansa la montura lingüística.

António Lobo Antunes ejerció como psiquiatra antes de dedicarse a la escritura. En las contraportadas de sus libros se menciona, en reiteradas ocasiones, que es considerado por la crítica como un firme candidato al Nobel de Literatura. La maestría con la que usa la lengua portuguesa fue reconocida, en su momento, por José Saramago. No obstante, los temas que elige son fundamentales en sus creaciones. En otras palabras, no se trata sólo de un escritor comprometido con su lengua, los recursos de ésta y la recreación atractiva de figuras retóricas, sino de temas de enorme repercusión emocional y cultural.

En la obra de Antunes existe un maridaje entre una forma literaria pulcra y preocupaciones hondamente humanas: el tema de los migrantes, la deuda de Occidente con sus colonias, los falsos caudillos, el submundo de los travestis y homosexuales, las luchas intestinas en los pueblos africanos abandonados a su suerte, sin instituciones y con la marca

indeleble del servilismo y la división interna. La Lisboa esplendorosa, cuyo auge descansa en la asimetría trazada por los imperios colonialistas. El tema de los viajes, de los exploradores que se adentran en la «Ciudad de los Otros» en busca de fortuna y la frustración de estos mismos exploradores al ver sus sueños desvanecidos.

Adentrarse en la obra de Antunes supone sumergirse en más de una treintena de libros con diferentes registros. Éste es uno de los rasgos que más llaman la atención del escritor portugués nacido en el verano de 1942. Desde 1979, cuando publicó su primera novela, *Memoria de elefante* (Mondadori, 2015), no ha dejado de entregar al público, libro tras libro, historias de vario linaje. Desde las que tienen un regusto autobiográfico hasta las crónicas que conservan ese particular fraseo suyo de oraciones subordinadas rematadas con adjetivos contundentes.

Sin embargo, la riqueza que late en la obra de Antunes no se ciñe solamente a la variedad de temas, a los puntos de vista desde donde narra o a la superposición de planos espaciales y temporales en una misma obra. Se trata de eso, pero también de la versatilidad de su pluma, que es capaz de utilizar un vocabulario diferente según el tema de la obra. Una voz que se renueva al servicio de las acciones que describe.

Así, en la ya mencionada *Memoria de elefante*, obra donde narra sus peripecias existenciales e inclinaciones literarias, la prosa es barroca pero descarnada, las descripciones están fraguadas con un lenguaje que extrapola los términos médicos a la metáfora poética. Mientras que en *Las naves* (Siruela, 2002), publicado en 1988, el lenguaje es abigarrado, propio de una esfera temporal anterior a la nuestra: la época de

las exploraciones portuguesas, de las colonias, los barcos, los esclavos... Es un libro donde abundan las descripciones marítimas. El universo de los que buscan enriquecerse y la combinación de atmósferas mediterráneas y tropicales hacen de *Las naves* un laberinto de referencias culteranas a tal grado que, aunque existe cierta afinidad entre las dos obras citadas, bien podrían haber sido escritas por personas diferentes.

Pertenece, pues, António Lobo Antunes a ese raro linaje de escritores que encuentran una voz peculiar para cada narración. Esa clase de escritores que no se contentan con el hallazgo de una fórmula exclusiva de redacción mediante la cual tratan toda clase de temas, sino que naufragan en las posibilidades del lenguaje, extrayendo de éste una montura peculiar que se adapta a la perfección a las acciones narradas y no a la inversa. En *Las naves*, las descripciones, por lo general, se nos presentan del siguiente modo: «En África, sembrada de mojones, de restos de carabelas y de armaduras de conquistadores muertos, los búhos se posaban en el centro de los atajos y dejaban que los coches los atropellasen». El uso del imperfecto subjuntivo menudea a lo largo de la obra. Mientras que en *Memoria de elefante* las descripciones con las que el narrador presenta los ambientes y las acciones del psiquiatra —que es el mismo Antunes— suelen ser más distanciadas, magras e incluso despiadadas: «Desde que se separó de su mujer cinco meses atrás, el médico vivía solo en un apartamento decorado con un colchón y un despertador mudo inmovilizado de nacimiento en las siete de la tarde, malformación congénita de su agrado porque detestaba los relojes en cuyo interior de metal palpita el muelle taquicárdico de

un corazoncito ansioso». Este fragmento evidencia lo que ya habíamos anticipado: que Antunes eleva el lenguaje médico a metáfora poética, además de que, por lo general, el uso de los verbos se da en infinitivo y el esquema de la narración contempla la combinación entre pasado reciente y pretérito remoto.

En *Las naves*, el mar, el óxido de las embarcaciones, la distancia y los sueños defenestrados son los elementos que recrean una historia plagada de nostalgias y sinsabores, en donde, además de varias geografías, se superponen tiempos narrativos y personajes reales con ficticios. El cambio de registro lingüístico también lo encontramos en *El orden natural de las cosas*, publicado en 1992 y reeditado por Siruela en 1996. En este libro, las narraciones de los diez personajes que lo componen cambian de manera radical: «siento un adorno de sepultura magullarme la pierna, oigo la hierba en las losas de la sábana, veo los serafines y los cristos de escayola que me amenazan con las manos rotas». Aquí, el narrador, mientras espera el sueño que le ha prometido la tableta de Valium, ante la inminencia de la muerte no tiene otro recurso que la memoria para escapar de una realidad que lo oprime. Pero su voz, sus recuerdos, enhebran en una sola narración tanto rememoraciones bucólicas como presagios de muerte. Hierba y losas, sábanas tan pesadas como sepulturas y adornos fúnebres. Se trata de una larga meditación sobre la muerte en la que los rasgos patéticos se purifican gracias a la pulcritud y belleza de la prosa.

Con una obra narrativa tan vasta, resulta una imprudencia intentar captar en un solo ensayo todas las peculiaridades de un escritor que, además, se mueve con entera liber-

tad en su propio universo literario. Aunados a la versatilidad de su pluma, pueden destacarse dos rasgos más de su obra. En primer lugar, el uso de la memoria como territorio de recreación de la vida: de la historia tanto personal como política que vivieron sus personajes. Y, en segundo término, el interés presente en gran parte de sus novelas y crónicas por el perfil de los otros: africanos, esclavos, homosexuales, travestis, luchadores sociales y los propios portugueses atados a su particular destino de conquistadores conquistados, a su vez, por la ambición. A estas dos últimas aristas de la obra de António Lobo Antunes dedicaremos nuestros esfuerzos sucesivos; toda vez que ya hemos aclarado con suficiencia que su obra posee innumerables matices.

Los recuerdos de los personajes vertebran el pasado, al tiempo que proporcionan indicios del presente desde el cual se está narrando la historia. *Memoria de elefante* comienza con la intervención del personaje principal recordando a su padre, ambos psiquiatras, al que acompañaba al hospital en el que él mismo trabajará varios años después. *Comisión de las lágrimas*, novela en la que Antunes recupera un pasaje aciago de la historia de Angola, avanza a través de la memoria como recurso narrativo desde donde la evocación se combina con el ahora, creando un mosaico alucinante en el que presente y pasado colaboran para mostrarnos las vicisitudes de una familia africana. El *pater* de esta familia, sacerdote evangélico, participará en la tristemente llamada Comisión de las Lágrimas, organismo dedicado a la tortura de disidentes políticos. Y será su hija, hacinada en un hospital psiquiátrico, la que, a través de recuerdos confusos, caóticos, deshilvanados, irá reconstruyendo, a lo largo de más

de doscientas páginas de apretada prosa, todo lo que sucedió en aquellas tierras. Sueños, ilusiones, dolores presentes y heridas lejanas se tienden la mano, como si António Lobo Antunes intentara decirnos que la realidad se compone en gran medida no sólo de aquello que recordamos sino de cómo lo hacemos nuestro, y de la repercusión de ese pasado en la materialidad del presente.

Puede parecer baladí afirmar que un escritor se preocupa por los «otros», dado que de una forma o de otra la literatura es un universo de relaciones humanas. Incluso la literatura fantástica, que a menudo genera narrativas en donde las relaciones no se dan según el cauce esperado, conserva rasgos, si bien dislocados, de relaciones entre agentes, sean éstos de la índole que sean: animales, objetos, seres fantásticos o personajes con rasgos humanos... No obstante, al referirnos a António Lobo Antunes como un escritor preocupado por el perfil y las cualidades de los otros, queremos resaltar el numen humanístico que se percibe en sus obras. Prácticamente en todas ellas, los seres humanos, sin importar su rango o sus debilidades, están atados al devenir, al «orden natural de las cosas». Mientras que el enfrentamiento entre razas y culturas aparece bajo su pluma como una condición contingente. De suerte tal que no importa si estamos leyendo una narración sobre Angola, sobre la «Lixboa» del siglo XVII o sobre los bajos fondos en los que a menudo se mueven los hombres y mujeres cuya sexualidad los obliga a guarecerse en el anonimato y la sombra. Pues el encuentro con el otro, según Antunes, está marcado por las desavenencias, obstáculos, sufrimientos y dolores repartidos y sufridos sin excepción de raza.

Por otra parte, más allá de esta calidad de reconocimiento mutuo, la literatura del escritor portugués se inclina por los personajes cuyo contexto social los convierte en seres vulnerados por la historia, por la capacidad tecnológica, por el idioma, por el color de la piel o por su preferencia sexual. Da voz a los desarraigados, aquellos que permanecen encerrados entre las monótonas noches de los hospitales psiquiátricos, por ejemplo. Lo mismo que a los exploradores que, de un modo distinto pero con la misma crudeza, se encuentran encerrados en sus propios sueños de bienestar y éxito. Hombres atrapados por su ambición, como sucede en *Auto de los condenados* (DeBolsillo, 2012), historia en la que una cuantiosa herencia sirve de pretexto para desnudar las pasiones humanas más viles, los rasgos más deleznable de una familia portuguesa, compuesta por seres que son, al fin y al cabo, tan semejantes a los angoleños, que padecieron sus propias luchas, instigados por un hambre semejante de poder.

Resumido en unas cuantas palabras, la literatura de António Lobo Antunes ha merecido la atención de la crítica y la predicción de su permanencia en la historia de la literatura, no sólo porque su manejo del portugués es célebre, rico e incluso difícil en algunos pasajes; sino porque confía en la posibilidad humana de mirarse en los otros y reconocerse tanto en los rasgos loables como en los vergonzosos, sin reparar, por supuesto, en distinciones frívolas. Lejos, también, de los prejuicios que separan a seres que en el fondo se parecen tanto, y que se necesitan con la misma fuerza con la que a menudo se odian ●

De almas, amistades y artificios. Fernando Pessoa y Mário de Sá-Carneiro

● ALBERTO VILLALOBOS
MANJARREZ

*Nada soy, nada paso, nada sigo
Traigo, por ilusión, mi ser conmigo.
No comprendo comprender, ni sé
si he de ser, siendo nada, lo que seré.*

FERNANDO PESSOA, 1923

Platón es claro cuando, en el *Fedón*, explica que el alma es un principio simple y puro que existe antes de estar en el mundo y que persistirá una vez que el cuerpo haya desaparecido. El alma entonces debe purificarse y dirigirse hacia lo inmutable, lo imperecedero y lo eterno; ella debe contemplar, cara a cara, una Idea como la Belleza, cuya luz divina disminuye por completo cualquier otro resplandor sensible. La orientación del alma hacia la Belleza, que va de los cuerpos hacia los discursos, y después hacia la virtud, no es otra cosa que el *Eros*, el amor. El deseo de realizar un amor, pero ahora en este mundo, es el motor de lo inverosímil, de lo imposible, es decir, de la transformación de un alma en algo que quizá tendría que oponerse, un cuerpo. Tal es la revelación final de la novela *La confesión de Lúcio*, de Mário de Sá-Carneiro. La imposibilidad de una relación amorosa entre dos amigos da lugar a una creación sin igual donde el alma de uno de

ellos, Ricardo de Loureiro, adopta la forma material y concreta de una mujer, Marta. Compañera ideal para un poeta, con «un rostro hermosísimo, de una belleza vigorosa, tallado en oro». Se trata del rostro del alma del poeta que toma por amante a Lúcio. Mujer vaporosa, triste y fugaz que muerde los labios de su amante casi frente a los ojos de Ricardo, su pareja, quien es, finalmente, ella misma.

Esta mujer desmemoriada parece no existir sino a través de los encuentros con un amante. Al intentar recordarla, a Lúcio se le diluyen sus facciones como en sueños; en su lugar surgen los rasgos de Ricardo. Lo mismo sucede con los besos que, aun cuando provienen de esta rubia y esbelta mujer, se deben también a los labios de su amigo. El origen de esta materialización del alma en una mujer se encuentra en la impotencia de un ser sin afectos e incapaz de amistad, como Ricardo, que desea amar a Lúcio. Esta alma, material y suplementaria, surge en el lugar donde el amor no es posible y consume el encuentro. «En el momento en que la hallé —¿oyes?— fue como si mi alma, al ser sexualizada, se hubiera materializado. Y sólo con el espíritu te poseí, ¡materialmente! He ahí mi triunfo... ¡Triunfo inigualable; ¡Grandioso secreto!».

Al contrario de Platón, para Sá-Carneiro el alma puede morir, puede suprimirse a sí misma; y esto sucede en el momento preciso en el que el secreto, el misterio, es visible para Lúcio: Marta es en realidad el alma de Ricardo que se ha transformado en el cuerpo de una mujer. ¡Un mismo individuo presente en dos cuerpos de sexos distintos! Un alma material que goza con múltiples amantes. Ricardo asesina a Marta justo cuando esta verdad ha sido mostrada; el poeta se destruye a sí mismo cuando dispa-

ra a la mujer que es su alma. La contemplación de esta terrible escena empuja a Lúcio al aislamiento, después de cumplir una condena en prisión, puesto que se le ha atribuido el asesinato de su amigo. La inverosimilitud de la historia es lo que impide a Lúcio mostrar su inocencia. Él tiene que pagar, que expiar, el haber presenciado lo imposible. Un misterio pasado que a Lúcio le parece ajeno, como si él no lo hubiera vivido, sino otro. Así, sólo le queda esperar la muerte, el hundimiento en un sueño más denso que el de esta vida.

Y si bien se trata aquí de la ficción de un mismo individuo repartido en dos sexos, cuya muerte no se la ha dado otro sino él mismo, para Fernando Pessoa el surgimiento, la transformación y la desaparición de un alma, de otro dentro de uno mismo, no era sólo la invención de un personaje por parte de un autor, sino un fenómeno que hace explosión hacia adentro, incluso de modo involuntario, donde alguien se desvanece y otros toman su lugar. Pessoa recuerda cómo es que él mismo desaparece en las ocasiones en que Álvaro de Campos y Alberto Caeiro, dos de sus más importantes heterónimos, discuten con fervor sobre Metafísica. La permanencia y la estabilidad de la identidad personal, del yo, muestran así su inconsistencia; esto porque quizá la identidad tiene en realidad la estructura de una simulación. «Desde que me conozco como siendo aquello a lo que llamo yo, me acuerdo de precisar mentalmente, en figura, movimientos, carácter e historia, varias figuras irreales que eran para mí tan visibles y más como las cosas de aquello a lo que llamamos, acaso abusivamente, la vida real».

Los heterónimos no sólo surgieron mediante un esfuerzo creativo por parte de

Pessoa, sino que el escritor fue el lugar donde ellos simplemente aparecieron. Así es como este autor describe el surgimiento de Caeiro: su propio maestro nace en su interior. Campos y Ricardo Reis son los discípulos de este primer heterónimo. Reis, por ejemplo, nace dentro del alma de Pessoa un día de enero de 1914. El poeta no se asume como el creador de estas almas, sino que se identifica sólo como el testigo de su gestación tanto subjetiva como literaria. Pessoa no está ahí cuando ellos discuten, divergen y dan forma a sus estéticas. La poesía latinista de Reis está marcada por un triste epicureísmo basado en una vida aislada, en la ausencia del dolor y en la búsqueda de suaves placeres, donde los versos son música que, más que con emociones, se elabora con ideas. En cambio, para Campos la poesía es una prosa cuyo ritmo es siempre artificio. Este último heterónimo, ingeniero naval de profesión, desarrolla en su poesía una nueva forma de despersonalización que caracteriza a este autor múltiple.

Si Pessoa es el terreno, el espacio donde nacen otras almas, por parte del heterónimo ocurre otro movimiento en el que una identidad, que a su vez surge dentro de otra, se mezcla con fenómenos como navíos, mares y brisas. Las contingencias del alma del heterónimo, tal y como se muestran en su poesía, se confunden con la forma misma de la naturaleza. Habría entonces momentos donde ya no es posible distinguir entre imaginaciones, sensaciones y cosas. Así, en «Oda marítima», las sensaciones de Campos se vuelven un barco movido por el viento; su imaginación, un ancla medio sumergida; y su ansia, un remo partido. «¡Y vosotras, oh cosas navales, mis viejos juguetes de sueño! / ¡Componed fuera de mí mi vida interior! / ¡Quillas, mástiles y

velas, ruedas del timón, jarcias, / chimeneas de vapores, hélices, gavias, flámulas, / gal-dropes, escotillas, calderas, colectores, válvulas, / caed por mi interior en montón, en tropel, / como el contenido confuso de un cajón vaciado en el suelo!».

El alma de Campos es interferida por la atmósfera de los muelles; sus emociones son envueltas y absorbidas por las aguas. Sin embargo, la transformación de su alma no se detiene ahí, sino que, además de estar en las cosas, se encuentra más allá de éstas, es decir, en las acciones humanas. Los movimientos del alma son también las violentas acciones de piratas que matan y saquean cruelmente. «¡Los piratas, la piratería, los barcos, la hora, / aquella hora marítima en que las presas son asaltadas, / y el terror de los apresados huye hacia la locura —esa hora, en su total de crímenes, terror, barcos, gente, mar, cielo, nubes, / brisa, latitud, longitud, vocerío, / quisiera yo que fuese en su Todo mi cuerpo en su Todo, / sufriendo, / que fuese mi cuerpo y mi sangre, / compusiese mi ser en rojo, floreciese como una herida hormigueando en la carne irreal de mi alma! // ¡Ah, serlo en todos los crímenes!».

En la «Oda», el alma se vuelve también un cuerpo sufriente donde las venas de Campos son las superficies que los cuchillos perforan; su inteligencia es la cubierta donde se lleva a cabo la carnicería; y su vida misma es el conjunto convulsivo de una feroz piratería. El alma de Campos no sólo es parte del mundo, sino que ella, por sí misma, es ya un mundo que contiene mares, atmósferas, mástiles, cubiertas, cuerpos, piratas y muerte; un pandemonio de sangre que posee toda la intensidad emocional que caracteriza a la poesía del ingeniero, y en la cual Pessoa reconoce una gran fuerza que a él siempre le faltó en vida.

Para Bernardo Soares, el semiheterónimo de Pessoa, es decir, un alma que no es enteramente este escritor, sino una parte suya, una mutilación, el mundo es una fuerza ciega en la que las enfermedades, las guerras, los desastres y las tormentas son las manifestaciones de una sola y misma potencia. «El monstruo inmanente en las cosas tanto se sirve —para su bien o para su mal, que al parecer le son indiferentes— del remover de piedras en lo alto como del remover de celos o codicia en un corazón. Las piedras caen, y matan a un hombre; la codicia y los celos arman un brazo, y el brazo mata a un hombre» (*Libro del desasosiego*). Para enfrentar a este cosmos, brutal e indiferente —donde Dios, si existe, ocupa una angustiante posición debido a que también reconoce su propio sinsentido, tal y como se lee en «La hora del diablo»—, Pessoa recurre a la literatura para hacer de la vida un sueño. La literatura es el arte de la simulación de la vida: historias que nunca han ocurrido; versos cuya forma nadie utiliza en lo cotidiano.

De simulacros, fingimientos y artificios está compuesta la compleja sensación que somos nosotros mismos; sensación que, si es en extremo dolorosa, conviene hacerla pasar por la escritura. Es así como Pessoa enfrentó quizá la desaparición de un alma que no estaba dentro de sí mismo, sino en otro, pero que lo dejó con el corazón inerte. Sá-Carneiro, el más íntimo de sus amigos, con quien lo unían un gran respeto y una profunda admiración —al punto de situarlo, si de narrar lo extraño se trata, a la altura de Edgar Allan Poe—, y con quien funda la revista *Orpheu*, se suicida en abril de 1916 en la ciudad de París. «Hoy, falto de ti, soy dos a solas. / Hay almas pares, las que conocieron / dónde los seres son almas. // ¡Cómo

éramos sólo uno, hablando! Nosotros / éramos como un diálogo en un alma».

Según Pessoa, su amigo era un genio al que los dioses amaban demasiado y, por ese motivo, le dieron una muerte prematura. A causa de la tragedia, el poeta se reconoce a sí mismo como un triste sueño, como un alma plural que ha quedado solitaria; sin embargo, como Pessoa entiende que el mundo y la brutal indiferencia de sus acontecimientos son un basurero de fuerzas instintivas, múltiples fuerzas ciegas e impasibles frente a la alegría y el dolor humanos, exclama sobre la muerte de su amigo: «Si así es, ¡que así sea! Así lo han querido los Dioses». Aquí se vislumbra otra verdad, además de la que corresponde a la indiferencia del mundo, que no cesará de atravesar su obra y la de la mayoría de sus heterónimos: esta verdad concierne a la irrealidad que constituye el alma, el corazón, de todo lo que sucede. Irrealidad que florece en el alma humana, donde la alegría y la tristeza son siempre algo fingido. «¿Serán las almas sinceras / así también, sin saberlo? // Ah, ante la ficción del alma / y la mentira de la emoción, / ¡con qué placer me tranquiliza / ver una flor sin razón / ser mía sin corazón!». Es así que quizá la génesis de los heterónimos, tanto del que tiene al niño Jesús en su interior —Caeiro—, como del que se suicida tras un riguroso y racional examen de la vida —el Barón de Teive—, se encuentre en asumir que somos algo que ocurre sólo como en sueños ●

El flagelo que pesaba sobre Elena Garro

● RAÚL OLVERA MIJARES

Ya por su volumen, el libro *El asesinato de Elena Garro* (Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 2014) resulta casi inverosímil; por el grosor semeja un directorio o listín telefónico de una gran urbe. Me parece que la primera edición, auspiciada por la Universidad Autónoma de Morelos, en 2005, debía de ser menos copiosa. La doctora Patricia Rosas Lopátegui (Tuxpan, Veracruz, 1954), profesora de literatura mexicana y latinoamericana en la Universidad de Nuevo México, se propuso una tarea digna



de un coloso: reunir la integridad del material hemerográfico, tanto de Elena Garro, notable articulista y aguda ensayista, así como de aquellos que han escrito sobre ella —bueno, de casi todos. La pregunta obvia que se impone es si tal labor titánica era indispensable, dado el recelo, la inquina y la malevolencia que prevalecía y sigue existiendo, hasta cierto grado, en torno a la autora. Como tantos que nos dedicamos al estudio y al disfrute de las Bellas Letras, he venido frecuentando la obra ensayística y poética de Octavio Paz (1914-1998) por espacio ya de un decenio. Mi visión puede decirse que es de una crítica moderada y razonable. No puedo dejar de ver y admitir lo obvio en cuanto a la globalización y los compromisos con el proyecto neoliberal (lo mismo que el célebre autor argentino Jorge Luis Borges en sus curiosas relaciones con los regímenes de Pinochet, Franco y las distintas juntas de su país), amén de otras cosas que revelan no sólo un oportunismo político sino intelectual (*El laberinto de la soledad*, o bien *Las trampas de la fe*, son obras estratégicas desde variados puntos de vista), pero luego viene la esfera íntima. Es curioso enterarse por este libro de cómo Elena Garro hacía las veces de amanuense, secretaria, correctora de galeras y hasta factótum del marido, futuro «mandarín de la cultura». Todo para que, con el fruto de esos artículos periodísticos, él pudiese ofrecer fiestas y recepciones con gente de quien procuraba ganarse las voluntades, tanto colegas artistas como editores, práctica común en los años de París, sobre todo, pero que también se extiende a los lustros de permanencia en Norteamérica, donde al parecer no permitió que su mujer cursara estudios universitarios en Berkeley (para empezar, no la dejó acabar en la Universidad Nacional Autónoma de México, con el pre-

texto de casarse para viajar a España). Esas anécdotas menudas de los encuentros en París con Paul Éluard, Benjamin Péret y otros poetas del grupo de los surrealistas (algunos conocidos desde España, en aquel congreso de escritores revolucionarios) son sumamente extrañas y desconcertantes. Uno se queda pensando: ¿sería verdad que la gracia y el atractivo de Elena Garro fueron, en realidad, las cualidades que le abrirían a Paz esos cenáculos tan exclusivos, o era más bien algo que ella se imaginaba halagando su comprensible vanidad de mujer?

Ciertas prendas tenía Paz para hacerse valer, quiero decir, méritos intelectuales, una sensibilidad para el arte, un espíritu despierto para el pensamiento y, sobre todo, para hallar la ocasión idónea de acomodarse a fin de obtener propósitos prácticos, cualesquiera que éstos fuesen (publicaciones, invitaciones al extranjero, trabajo como docente, escauceos de toda laya). Más que un panorama de víctimas y victimarios, considero que lo que se impone es ante todo la idea de una simbiosis, la convivencia y mutua explotación de dos calculadores egoístas, entendidos como personas inteligentes y sagaces que persiguen fines propios. Aquí el discurso feminista acaba por dominar al final: la mujer lleva todas las de perder, debe asumir un papel de sumisión, si quiere medrar y salir adelante en una sociedad machista. En la consagración pública de Elena Garro como escritora —llamémosle así aunque no deja de ser algo exagerado—, es decir, en ese estrecho margen de maniobra que tiene la mujer con un marido que aspira a ser artista de excepción, un genio en el arte y el pensamiento, además de una figura pública (lo cual no es lo mismo, pues esto último tiene repercusiones en la política, la economía, la consi-

deración social), dos eventos me parecen capitales en la carrera de Elena Garro dramaturga y novelista. El primero es haberle permitido el marido tomar parte en el programa *Poesía en Voz Alta* y estrenar ahí aquellas piezas suyas de teatro. El segundo, sea por las circunstancias que se quiera, haberle propuesto a Joaquín Diez-Canedo, al frente del entonces prestigiado sello editorial Joaquín Mortiz, la novela *Los recuerdos del porvenir*, y más tarde ser Paz miembro del jurado y otorgarle el premio Xavier Villaurrutia (1963) a su mujer. Bona Tibertelli de Pisis, amante en turno de Paz —la escapada al harem con ella en el vecino mundo árabe, al otro lado del Mediterráneo—, esposa de André Pieyre de Mandiargues, poeta y amigo de Paz, es un personaje relevante sin lugar a dudas. Se dice que por despecho hacia la amante fue que el marido decidió ayudar a la esposa. El furtivo regreso a París en busca afanosa de un refugio o escondite en aquella casa donde vivió Molière, *Rue de l'Ancienne-Comédie*. En otras palabras, aunque siempre tardó en llegar, el «espaldarazo» de Paz parece haber sido decisivo.

Es verdad que esa consolidación duró bien poco, 1969 es un año crucial, de persecución por ser proscrita del Régimen y de fuga, ahí ya se mezclan otras cosas, la más difícil de entender y dilucidar es el financiamiento por parte de la Cuba de Castro de la publicación periódica *¿Por qué?* y esos artículos asombrosamente lúcidos y brillantes acerca de los verdaderos caudillos de la Revolución mexicana, tan bien escritos que revelan un talento histórico insospechado (propio o acaso ajeno). La persecución de que fue objeto por parte de Fernando Gutiérrez Barrios y el oscuro cuerpo policiaco a su cargo es un hecho independiente de las

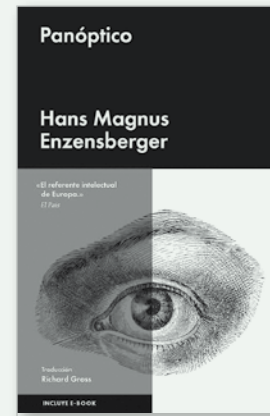
disputas y diferencias con Paz, o bien hay un punto de cruce, la lista aquella en que se acusaba a los intelectuales con lujo de nombres (la cual, tanto madre como hija negaron haber suministrado a los medios noticiosos). El consiguiente desprestigio en el ambiente intelectual provocado ante tal hecho, más que por un notorio torturador o esbirro de los poderosos, debió haber venido orquestado de otra parte (en discordia, digamos), precisamente del cerrado y codicioso corro de los intelectuales, aunque, ¿de qué manera, a través de qué intermediarios, en qué circunstancias precisas? Otra cuestión de interés son las declaraciones de Helena Paz Garro respecto de las dádivas recibidas, en calidad de recompensa, de manos de Díaz Ordaz por haber escrito aquella carta desafiando a su padre y cuestionando su simbólica y supuesta renuncia al cargo de embajador en la India (en realidad presentó sólo la baja y se puso a disposición para cumplir otro encargo, siempre con goce de sueldo). Parece ser que a ella no se le ocurrió otra cosa mejor que pedir la casa en la *Rue de l'Ancienne-Comédie*, sobre la que gravaban varias hipotecas, cuyos derechos fueron adquiridos al parecer por Paz, quien siempre anduvo detrás de la casa, por haber sido residencia del famoso Jean-Baptiste Poquelin, Molière. Díaz Ordaz conseguiría que Paz abandonase sus ambiciones de quedarse con aquel inmueble. Después madre e hija regresarían a París y vivirían en esa casa, aunque no me queda muy claro qué pasó al final con ella: ¿la vendieron para volver a México, cuando les llegó aquella invitación por mediación de la mujer de René Avilés Fabila para recibir el indulto, como quien dice, con innumerables promesas que jamás se cumplirían? Parece un tanto ingenuo deshacerse de un bien

inmune como ése, cuando lo único que hay son promesas que acaban por volverse humo.

Llego al fin a la parte medular de este escrito. Estoy convencido de que el presente es una consecuencia y un reflejo del pasado. Como creador intelectual, tanto ensayista como narrador, he debido enfrentar, a título personal, sin instituciones de amparo, el cerrado coto, gremio, cenáculo (o como llamárselo se quiera) que forman los escritores en contubernio con los editores. Hay otras formas, sin necesidad de recurrir al asesinato, con las cuales es posible someter al ostracismo más atroz y más severo al colega que resulta incómodo y molesto. En el caso de Elena Garro, el castigo fue ejemplar y, a todas luces, excesivo: años de exilio y luego el indulto o perdón para venir a morir a un lugar (Cuernavaca) donde se asfixiaba de calor, no cabía en la casa con sus gatos, y muchas veces se quedaba ella sin probar bocado para que los mininos pudiesen tragar (la sola beca del Sistema Nacional de Creadores no era de gran alivio para alguien aquejado por el cáncer). Animalitos con nombres tan curiosos y coloridos como *Lola* o *Conradino* (en italiano es Corrado y entonces Corradino, sin ene). El amasiato que forman Poder y Opinión, esto es, el Régimen y los llamados intelectuales orgánicos (Gramsci *dixit*) junto con los medios. Celebro el hecho de que la doctora Rosas Lopátegui se encuentre en Nuevo México, cuyo desierto, en Los Álamos, ha sido escenario por cierto de pruebas nucleares, con los nocivos efectos secundarios y cancerígenos que tardan milenios en extinguirse del todo. Desde esa tribuna neutra y valerosa, es factible emprender este revisionismo histórico que saludo.

Sin duda alguna, Elena Garro es una de

las escritoras más vitales y expresivas no sólo en México sino de la lengua española y en América Latina. Sus aportes en el teatro, la novela, el relato son innegables, no menos notorios son sus alcances como articulista, autora de ensayos, crónicas, reportajes y, sobre todo, su aguda visión en la crítica social. Ésa es precisamente la razón de ser de aquel que, por medio del lenguaje o el pensamiento, pretende explicarse la realidad, ver las causas de los yerros y corregirlas. Escritores y profesores —la llamada Academia también se halla aludida, aunque tantas veces se haga ésta de la vista gorda— deberían luchar por la independencia de pensamiento, de enseñanza y de difusión de los propios hallazgos. Es verdad que los fondos, sean privados o públicos, son determinantes. Pero ¿tienen aquellos que ponen los recursos pecuniarios la facultad de determinar hacia dónde deben conducirse los esfuerzos en materia de investigación o creación, con el respectivo esclarecimiento y enriquecimiento de la realidad? ¿No es un riesgo demasiado elevado confiar, de manera tan ciega, en la buena fe de los mecenas? Un libro como éste da pábulo para discusiones no sólo en el estricto terreno literario o, ampliando un poco el campo, periodístico, sino en una gran variedad de zonas limítrofes o aledañas: la economía, la política, los derechos de las minorías (mujeres, *gays*, latinos, hebreos, afros, musulmanes), en suma, la justicia social. Nada como leer directamente a Elena Garro, sobre todo en las fuentes prístinas, es decir, aquellas piezas en que su genio está vivo, las obras de imaginación, ficción y drama ●



● *Panóptico*, de Hans Magnus Enzensberger. Malpaso, Barcelona, 2018.

LA ESCRITURA COMO OBSERVATORIO

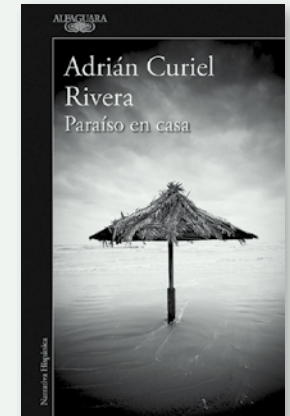
Equilibrado entre la constatación de los pasmosos equívocos del presente y la ironía que hace falta para comprender por dónde estarán las soluciones, la inteligencia de Hans Magnus Enzensberger ha encontrado en el espíritu del ensayo breve, ágil e incisivo una feliz vía para interpelarnos. Autor de una vasta obra indispensable y una de las voces más atendibles del pensamiento contemporáneo, Enzensberger se afilia por convicción (y con sumo placer) a la estirpe de Montaigne, y despacha, en veinte piezas, sus pareceres sobre temas tan diversos como la economía, la ciencia, la religión, la superstición, el sexo, el sentido común, las manchas. Y con ello da forma a un libro tan asombroso como deleitable ●



● *Un andar solitario entre la gente*, de Antonio Muñoz Molina. Seix Barral, Barcelona, 2018.

LA CAPTURA DEL PRESENTE

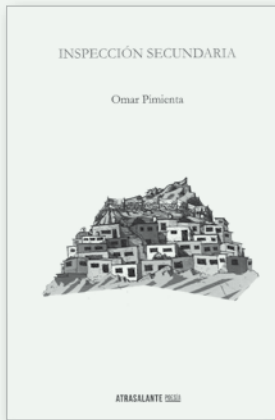
Audaz e imponente ya por su forma, pero también por los fines que persigue, esta novela lleva a ciertos extremos la quehacerencia del género por plantear siempre su redefinición y por estipular posibilidades inusitadas. Entre el *collage* y la acumulación de informaciones y datos y conversaciones oídas al pasar (y sus exámenes, aunque no siempre), la voluntad literaria que dicta los pasos de quien deambula por estas páginas se contrapuntea con la serena y lúcida contemplación de un presente vertiginoso, estridente, confuso, inasible de no ser por una escritura como ésta. El resultado es un caudal en el que la lectura transcurre como una navegación fascinada, a cuyo paso se distinguen bien las siluetas de Benjamin, Joyce, Pessoa... ●



● *Paraíso en casa*, de Adrián Curiel Rivera. Alfaguara, México, 2018.

UNA TRAS OTRA

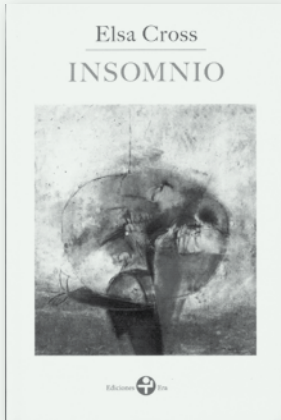
¿Se escribe una novela que da cuenta de un desastre para librarse del desastre que tiene lugar de este lado de las páginas? Es posible que tal cosa pretendiera el ingeniero Regino Félix Félix, el autor que tímidamente ha llevado al Taller Literario Elenita Poniatowska Nueva Época los adelantos de su primera novela, *Paraíso en casa*. Y es que le dio por escribirla luego de que su mujer lo largara en Mérida (ya no aguantaba el calor), adonde se habían mudado después de un asalto en la Ciudad de México... El caso es que Adrián Curiel Rivera hace con esta materia prima una historia que no sólo es sumamente divertida, sino que además propone una mordaz y muy pertinente reflexión crítica acerca de los impulsos de la creación literaria ●



● *Inspección secundaria*, de Omar Pimienta. Atrasalante, México, 2017.

BRILLANTES DE AMOR Y MUERTE

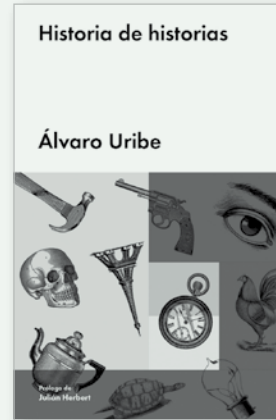
Aquí, allá, acullá. La casa de sus padres, su casa, su barrio, la Libertad, Tijuana, la ciudad vecina, México. En *Inspección secundaria*, Omar Pimienta expone su vida familiar por medio de rítmicas fotografías verbales, poemas que se graban en la memoria del lector gracias a su sonido, que se produce con la ligereza del español norteamericano, y a sus imágenes nítidas, brillantes de profundo amor y de superficial muerte: quien muere en la poesía de Pimienta no muere en realidad, queda para siempre vivo en algún verso. Abuelos, padres, hermanos, sobrinos, amores, amigos, vecinos, todos están retratados en este libro que logra detener, para saborearla, la veloz vida de la frontera más transitada del mundo ●



● *Insomnio*, de Elsa Cross. ERA, México, 2016.

TRÉCE CANTOS

Elsa Cross compuso, en trece cantos, la sinfonía poética del no dormir. La música comienza a escucharse en el primer poema, donde la voz reconoce que «En el insomnio de una noche caben / caravanas en el desierto / e hileras de pingüinos saltando al agua»; también que «Caben largas disertaciones / y el silencio encendido contra un ángulo / como una oración reconcentrada / en su propio decir». Cross comenzó a escribir *Insomnio* en India, donde, por la diferencia de horario con México, no pudo conciliar el sueño en tres noches seguidas. La armoniosa cantiga resultante es un viaje de los sentidos por la experiencia vital de la autora, en la que se mezclan lo cotidiano, lo intelectual y lo espiritual ●



● *Historia de historias*, de Álvaro Uribe. Malpaso, México, 2018.

LA EXPERIENCIA CUENTA

«En aquella época la gente respetaba tanto los papeles que se terminó por simplificar la escritura a tres signos». Éste es el inicio de «En el principio», texto con el que abre *Historia de historias*, libro de Álvaro Uribe en el que se recopilan todos sus cuentos, que van de la reconcentración narrativa de *Topos* (1980) a la distensión controlada y experta de los tres más recientes. *El cuento de nunca acabar* (1981) y *La linterna de los muertos* (2006) completan este tomo cuyas historias, describe Julián Herbert, «son un alarde de dominio estructural y un complejo conjunto de referencias, influencias y diálogos de y con la tradición [...] una experiencia irrepetible engarzada en un rosario de gozo y conocimiento» ●



La poética de Patti Smith

● GUSTAVO ÍÑIGUEZ

He was so damn young.
PATTI SMITH

Antes de que inicie la obra, al espectador le es permitido ver el escenario: se alcanzan a perfilar algunos elementos en los bultos que resaltan por su negrura contra la opacidad del fondo, sin que se pueda discernir de qué se trata. Se puede intuir lo que hay ahí: la representación de un campo abierto. Se cierra abruptamente el telón ante una expectativa auténtica. El avistamiento de un escenario previo al principio de la función inquieta al público. Se levanta el telón y, como un relámpago, se observa la presen-

cia iluminada de una yegua blanca que, antes de levantarse sobre sus patas traseras, se desvanece. Después del primer holograma se proyecta una manada de caballos que satura el escenario con el estrépito de sus pezuñas antes de que se apague la luz y todo quede de nuevo en una oscuridad profunda. Las imágenes no fueron de la mejor calidad y estaban desenfocadas, pero el impacto fue el de la presencia, tan natural, de tantos caballos.

Imagino esta escena al estar escuchando el álbum *Horses*, de Patti Smith, y en el ensueño me parece que la sensación de estos espectadores imaginarios fue la que debió de ocurrir a los fanáticos del *rock and roll* con la aparición de este primer material. Corría el año de 1975. La atmósfera del rock estaba dispuesta para que Bob Dylan lanzara su disco *Blood on the Tracks*; Pink Floyd, *Wish You Were Here*, y Queen, *A Night at the Opera*. El trabajo era el de una joven idealista que se oponía al modo en el que se conformaban los trabajos musicales dentro de la industria: «No quiero llenar de mierda a la gente, y no quiero tampoco que me llenen de mierda. No me gusta un tipo de adoración abstracto, tipo vaca sagrada, sin razón alguna», dijo en la entrevista que le realizó



William Burroughs. Este ímpetu juvenil, que prevalece en ella, enfatizó la diferencia entre sólo hacer música y entrar en una industria que ella misma describe como extremadamente viciada, para realizar el tipo de poesía que sería reconocida con el Premio Nobel a Bob Dylan en 2016.

«Jesus died for somebody's sins but not mine / Meltin' in a pot of thieves, wild card up my sleeve / Thick heart of stone, my sins my own / They belong to me»: con estas líneas queda claro por dónde nos conducirá la poeta desde el lenguaje, y la música va unificando esa atmósfera aparentemente dispersa en el texto. Si uno se acerca a los libros de Patti Smith, lo más probable es que se sufra cierto desencanto al no encontrar profundidad. No ocurre lo mismo al escuchar sus discos: ahí no se percibe la ingenuidad de pretender un discurso exageradamente «poético». En sus libros publicados hay registros importantes, como en *Just Kids* (relato autobiográfico publicado en 2010) y líneas valiosas en algunos de sus poemas, pero fue en la música donde encontró el mejor modo de expresión para su poesía. Ahí consigue sintetizar las emociones de una época, y las muestra sin complacencias. Confronta e invita a la reflexión al conseguir que nos coloquemos en el estado de ánimo en el que uno debe escuchar esas palabras, y no otras. Así, la expresión consigue la experiencia estética completa y el lenguaje alcanza un nivel de encantamiento al acompañarse de la música que también se mueve de un modo distinto en compañía de lo que nos está diciendo: música y lenguaje forman en Patti Smith un solo cuerpo poético: separarlo sería mutilarlo.

Elías López publica una entrevista, el 30 de diciembre de 2017, donde anota: «la chica que conmocionó al mundo del *punk* en 1975

con *Horses* ha terminado convertida en una de las personas más sabias de su tribu». No queda muy claro lo que quiere decir con sabiduría o si hay un dejo de moralidad en el comentario. Lo cierto es que perfila la figura en la que se ha convertido Patti Smith, a pesar de que en la década de los ochenta declaraba que no quería adoración abstracta porque tenía algo que decir y no sentía que la industria de la música estuviera entendiendo qué era eso de lo que ella quería hablar: «sentí que era importante para algunos de nosotros, que teníamos un montón de fuerza acumulada, iniciar una nueva energía. Como no había hecho nada en los sesenta, sólo trabajaba privadamente, sentí que era tiempo de hacer algo. Todo lo que realmente esperaba era iniciar alguna respuesta de otra gente». Esa conciencia generacional la ha vuelto la representante viva de una generación brillante y fatalista en la que la mayoría murió joven, y su mirada nostálgica la ha convertido en un símbolo de aquella juventud idealista de los años setenta.

Su vigencia, por tanto, la ha consagrado como un espíritu de época y como la poeta que intenta ser, con más edad que textos. El 10 de diciembre de 2016, en el Concert Hall de Estocolmo, al interpretar «A Hard Rain's A-Gonna Fall», de Bob Dylan, en la ceremonia de entrega del Premio Nobel, Patti Smith se lleva las manos al rostro después de disculparse por interrumpir su interpretación. Un momento conmovedor en el que queda expuesto que este trabajo está más cercano a la poesía que al espectáculo. El impacto de una coz en el rostro de quienes la escuchamos con devoción por Dylan ●



Primera lectura

La vida de Charles Simic en imágenes con vida

● LUIS ARMENTA MALPICA

Para empezar a hablar de la *Prosa selecta* del poeta nacido en Belgrado en 1938, habría que decir que la escritura no es una cuestión de tiempo: imposible tejlarla y desmontarla a nuestro antojo cuando lo que tenemos en las manos es la rueda sencilla de algún libro. Como la historia personal, cada imagen que uno crea tiene mucho de historia y otro tanto de invención: se revela de un modo improvisado para ajustar los hechos que ya no son tan claros en las fotografías, por ejemplo. Este regreso a casa, posible mediante la memoria, avanza con pasos inseguros de la filosofía a la disertación, del elogio a la crítica. Simic dice: «La comprensión depende de la relación que se da entre lo que somos y lo que hemos sido: el ser del instante. La conciencia en tanto que luz de la claridad, la historia en tanto que noche oscura del alma». Y con esto remite a uno de los elementos que resalta de su libro *La vida de las imágenes*: la capacidad de leer a los clásicos, a los autores de otras épocas, como a un colega actual; sin menosprecio, sin falsa admiración, lo mismo si son líricos, solemnes o burlescos, mientras tengan esa insaciable curiosidad de Buster Keaton que es, a

su vez, otro elemento distintivo de las obras de Simic. Para tomar la vida tan en serio hay que saber reír.

Al ser humano no le alcanza la vida para entender su imagen: de allí que busque rastros, rostros, huellas, caminos que le expliquen mejor lo que sucede un día. El método, lo explica el poeta, es el azar. Un azar malicioso, inclusive con trampas, pero que deja al aire los lugares de encuentro. La voluntad de hallar algunos trazos, de decir ciertas cosas, se completa (como lo hace un lector con el poema) con la diversidad del universo. Estos golpes de suerte existen desde antes que Baudelaire los pusiera en la mesa. Así lo ve Charles Simic: «Hay tres modos de pensar el mundo. Se puede pensar en el Cosmos (como hicieron los griegos), se puede pensar en la Historia (como hicieron los hebreos) y, desde finales del siglo XVIII, se puede pensar en la Naturaleza. La elección es siempre personal. ¿Dónde prefiere uno hallar (o no hallar) la respuesta al sentido de la vida?».



No le alcanza la vida, pero lo alcanza el destino. Esta imagen final (no carente de vida, aunque suene a paradoja) nos viene del origen. Charles Simic se sabe y reconoce yugoslavo. En «Elegía en una telaraña» lo explica con orgullo y aspereza: «Los descendientes del Dr. Frankenstein ya no cavan tumbas durante las lúgubres y tormentosas noches con la intención de crear un monstruo. Se quedan en casa y estudian la historia nacional para elaborar listas de errores pretéritos. Oímos decir a la gente de Yugoslavia: “Antes no los odiaba, pero después de leer lo que nos habían estado haciendo, quería verlos muertos a todos”. El nacionalismo es una jaula construida por uno mismo en la que los miembros de una familia se pueden arrimar para darse abrigo mutuo en los momentos en que no le están gruñendo y ladrando a alguien que se encuentra fuera de la jaula. Un pueblo que le enseña los dientes a todo aquel que se acerca es el sueño de los nacionalistas y de los fanáticos religiosos de cualquier parte del mundo».

«Defiende lo tuyo, pero respeta lo de los demás», le decía su abuelo. Por extensión, esta actitud podríamos aplicarla en la literatura. Me parece que en los años recientes la poesía de Simic ha calado muy hondo en los poetas jóvenes, quienes han visto crecer su percepción del mundo al añadir humor, crudeza, reflexión, azar, la irreverencia descarada y una mirada penetrante a las cosas del diario. Sin embargo, les falta interiorización. El propio Simic es crítico y mordaz en el texto «Poesía para el tonto del pueblo», pero cuando se acerca a la poesía de Hölderlin no hay conformismo. De allí su admiración por Marina Tsvietáieva, quien le reserva más sorpresas que Eliot o Pound. Sabe, y lo dice, que «el poeta es

ese muchacho que, de cara a la pared en una esquina de la clase, piensa que está en el paraíso». A la manera de Stephen Dunn en su *Historia de mi silencio* (Tedium Vitæ, Guadalajara, 2017), en la que confluyen memorias y ensayos sobre poesía, *La vida de las imágenes* (traducido al español por Luis Ingelmo) completa el par de libros que le hablan al poeta desde el poeta, al hombre desde el hombre, al lector desde el humilde y más severo papel de la experiencia lectora.

Desde sus siete Umbrales (nombre de la colección de Vaso Roto en la que está incluido), denominados «Palabras maravillosas, verdad callada», «El vidente desempleado», «La fábrica de huérfanos», «El metafísico a oscuras», «El piano de la memoria», «El renegado» e «Inéditos», cada apartado de estas prosas autobiográficas y apuntes desprejuiciados da cuenta de veinticinco años de actividad en el campo del ensayo sobre arte y literatura de quien, junto al recientemente fallecido John Ashbery, completaba mi tríada ideal de poetas pensadores radicados en Estados Unidos que me llevan a pensar, a sentir, a emocionarme y confrontarme con el mundo, y a vislumbrar, de modo más sencillo, una imagen más clara de la vida y los otros. Las claves las ofrece el propio autor: «En Nuevo Hampshire, donde vivo, con cinco meses de nieve y un tiempo de mil demonios, se puede optar por morir de aburrimiento viendo la televisión o hacerse escritor. Si no estoy en la cama, la cocina es la siguiente parte de la casa que escojo para escribir, rodeado de los aromas de los guisos. Una sopa apetitosa o un estofado a fuego lento es todo lo que me hace falta para que me llegue la inspiración. Momentos así me hacen pensar en lo similares que son la

escritura de poemas y las artes culinarias. Empleando los ingredientes y las especias más sencillos y a menudo en apariencia incompatibles entre sí, ya sea siguiendo una receta de eficacia probada o improvisándola, se cocinan platos memorables o para relegar al olvido. Todo lo que le resta al poeta es decorar los poemas con unas ramitas de perejil y servírselos a los gastronomos de la poesía». Porque si bien Charles Simic confiesa escribir en la cama, siguiendo a André Breton en uno de sus poemas surrealistas en donde afirma que «La poesía, como el amor, se hace en la cama», algunos de los textos incluidos en este libro tienen que ver muy de cerca con el arte de comer: «Salchichas fritas» y «El romance de las salchichas» bastan para constatarlo. Del primero vienen sus tres maneras de pensar el mundo. Del último, esta confirmación: «Las salchichas son los verdaderos adalides del multiculturalismo. Cuando se comparten con un grupo de gente numeroso, variopinto y ruidoso, comerlas se convierte en algo mucho más memorable». Este romance lo mantiene con la palabra. Simic dice: «Digamos que un poema es perfectamente comprensible después de haberlo leído una sola vez, pero, a pesar de ello, algo nos impulsa a volver a leerlo. El asunto de la poesía es la repetición que siempre se mantiene alejada de la monotonía. [...] Es, justamente, esa naturaleza paradójica de la poesía lo que le confiere su singular aroma. La paradoja es su condimento secreto. Sin sus muchas contradicciones y sin su impertinencia, la poesía sería tan insulsa como una homilía dominical o el discurso del presidente sobre el estado de la nación». Simic sabe, desde lo más profundo de su experiencia, que «El verdadero poeta es un especialista

de cierto tipo de metafísica del dormitorio y la cocina». Y en una sola imagen lo confiesa: «Yo soy el místico de la sartén y los sonrosados dedos de los pies de mi amor».

Luego de preguntarse si Dios es parte del menú, Charles Simic sigue fiel a su comprensión de lo que está por llegar y del papel que desempeñan la imaginación y el azar en la creación de un poema. Este libro nos hace conocer un poco más al lunático que busca «el misterio duradero de sus imágenes» en las fotografías familiares, en las pinturas de Redon, en los poemas de Whitman o de Dickinson, en las charlas con Vasko Popa o Frank Samperi, quien le hizo pensar que «Todo poema, consciente o inconscientemente, está dirigido a Dios». Lo dice el enigmático Charles Simic: «No importa en absoluto si los dioses y los demonios existen o dejan de existir. La ambición oculta de todo verdadero poema es preguntarse por ellos, aun en el caso de que admita su ausencia» ●

● *La vida de las imágenes. Prosa selecta*, de Charles Simic (trad. de Luis Ingelmo). Vaso Roto, col. Umbrales, Madrid, 2017.



Zona intermedia

Lisboa y los relieves de la escritura

● SILVIA EUGENIA CASTILLERO

1

Llegué a Lisboa con el firme propósito de mirar la ciudad sin la influencia poética de Fernando Pessoa (poeta al que había leído desde mis juventudes) para lograr una impresión poco turística del lugar. Sin embargo, me encontré una ciudad que guarda en su transcurrir cotidiano una presencia etérea más allá de los lugares, los monumentos y las historias que la representan. De barrio en barrio, entre calles empinadas que bajan y tranvías que suben, vemos los diferentes sentires y sentimos las distintas aproximaciones a la realidad que se van sucediendo en los cambios de topografía y de luz. Descubrí entonces que Fernando Pessoa (1888-1935) es un punto de partida que ayuda al forastero a entrar en la sinergia de la ciudad, en su imaginario profundo, en un transcurrir que ocurre dentro de calles, plazas, edificios, cafés.

A diferencia de muchas ciudades que explotan la fama de figuras importantes, Lisboa honra a Pessoa de manera discreta y permite recordarlo al margen de lo trivial y discurrir por sus barrios y paisajes con el alma de las diferentes voces de esos distintos seres que salieron de la pluma del escri-

tor. Su lectura y su evocación acompañan al visitante, a través de sus heterónimos, porque la obra del poeta habita el instante que es inhabitable y destruye el yo superficial (al decir de Octavio Paz en *Cuadrivio*, de 1991). Ambas vivencias equivalen a lo que experimenta quien llega a un sitio desconocido: el tiempo inicia y el yo se desvanece para encontrar ese otro yo que se encuentra en un mundo sin códigos y cuya única sobrevivencia puede nacer de la mirada fértil y de un deambular creativo. Nunca somos más irreales que cuando llegamos a un país desconocido. Leemos en «Tabaquería», de Álvaro de Campos: «No soy nada. / Nunca seré nada. / No puedo querer ser nada. / Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo...».

Lisboa es una ciudad de sectores diversos y contrastados, en primer lugar por la conformación de sus relieves: el ritmo diario cambia si se está en el «barrio alto» o a ras del suelo, «en el barrio bajo». Es una ciudad poética, desde ahí se dominan los ríos y los mares, la mirada se dirige hacia la luz y hacia los confines del mundo.

Comprendo ahora cómo Portugal, tan rodeado por el mar, pudo haber producido un poeta como Pessoa, quien no fue un poeta, sino varios poetas. Pero como Lisboa puede ser muchas ciudades a la vez, según el barrio en que uno se encuentre, también se apodera de la ciudad una ausencia, que es lo que finalmente nos dejan los heterónimos del autor: voces diversas, contradictorias unas, las otras complementarias. Un continuo de nombrar las cosas y los seres y las emociones y los pensamientos. De la penumbra de la vida pública, desde la timidez y la torpeza de la vida práctica, al salto sin regreso de la imaginación. Desde los poemas bucólicos del campesino sin estu-

dios Alberto Caeiro, los textos filosóficos y futuristas del ingeniero de educación inglesa Álvaro de Campos, las odas de tradición clásica de Ricardo Reis, médico latinista y monárquico, hasta el propio Fernando Pessoa, autor del único libro publicado en vida en portugués, *Mensaje* (1934), y su ortónimo Bernardo Soares, quien firma *El libro del desasosiego*. Desde esa vida gris de oficinista hasta los ciento veintisiete heterónimos descubiertos en un baúl que dejó en su habitación. Sobre ellos afirmó: «No podrá decirse que son anónimos o seudónimos, pues en realidad no lo son. La obra seudónima es la del autor en su personalidad, salvo en el nombre con que firma; la heterónima es la del autor fuera de su personalidad, es una individualidad completa fabricada por él, como si fueran los parlamentos de cualquier personaje de cualquier drama suyo».

2

Inicio mi recorrido en la plaza del Comercio, una plaza abierta al río Tajo que corre desde España y desemboca en el mar frente a Lisboa. En una esquina de la inmensa plaza encuentro el café Martinho da Arcada, el más antiguo de Lisboa, adonde Pessoa acudía a leer y escribir y donde se reunía con algunos colegas. Es un café sencillo, de aspecto normal; dentro hay una pequeña galería de fotos del niño y del joven poeta y la mesa donde solía sentarse: allí permanecen la taza de café, el vaso, una libreta y algunos libros.

Más adelante cruzo el Arco de la Rua Augusta y camino por esas calles angostas y sinuosas del centro de Lisboa. Llego a la plaza de Rossio y remonto la colina para llegar al barrio de Chiado, donde hay museos, librerías y el café A Brasileira, donde se comenzó a beber café traído de Brasil. Des-

de 1908 funciona como cafetería y como lugar de tertulias entre artistas, como las que sostenían —junto con otros creadores— Pessoa, el pintor José de Almada Negreiros y Mário de Sá-Carneiro, quienes dieron inicio al movimiento de vanguardia en Portugal a través de la revista *Orpheu* (publicada con sólo dos números en 1915); un movimiento al que llamaron Modernismo: mezcla de futurismo y cubismo. A la entrada del café, en la terraza, existe una estatua de bronce de Fernando Pessoa, y, al lado suyo, una silla vacía también en bronce, para que el transeúnte se siente por unos instantes al lado del escritor.

Camino la ciudad y comienzo a platicar con su gente, logro entablar conversaciones largas y nutridas con los escritores actuales: Nuno Júdice, Lúcia Jorge, Rui Zink, Gonçalo Tavares, Manuel de Freitas, Catarina Santiago, Margarida Vale de Gato, António Poppe, Maria do Rosario Pedreira, Dulce Maria Cardoso, Miguel Martins, Sérgio Almeida, Filipa Martins, José Alberto Oliveira, Tiago Araújo, Fernando Aguiar, Miguel Manso y otros más. A cada uno lo encuentro en una zona diferente, a horas distintas. La luz entonces se acomoda de acuerdo a su tono y a su decir. Con algunos converso en prosa y con otros en poemas. Entonces la ciudad se conforma de otra manera. Pero es una manera que continúa la palabra de Pessoa, como inspiración y horizonte; es enigma y es el pentagrama sobre el cual se sigue creando y recreando. El punto desde el que se asume o se niega una tradición.

3

A través de la conversación, y en el intento de trazar el mapa de la literatura de nuestros días, descubro a varios escritores tan importantes como Pessoa, poco conocidos

en nuestro país. Me refiero a Mário Cesariny, Herberto Helder, Sophia de Mello Breyner Andresen y Agustina Bessa-Luís. Cuatro puntos cardinales de la literatura lusitana.

Mário Cesariny (1923-2006), pintor y poeta, se formó en París, donde conoció y trató a André Breton, de inmediato se identificó con el surrealismo y muy pronto formó el movimiento surrealista portugués. Caracterizan a su obra el humor, a veces ácido, una ironía violenta y el recurso de lo absurdo, así como poemas de escritura automática, neologismos e inventarios caóticos. Los poetas contemporáneos lo consideran un maestro y un precursor de la literatura lusa actual. En su libro *Manual de prestidigitación* (1981), leemos en su poema «Denuncia»: «ese girasol / amarillo y solo / tiene que es el sol / la luz que lo giró...».

Herberto Helder (1930-2015), poeta, traductor, periodista, bibliotecario, muy admirado por los escritores, es considerado el mejor poeta lusitano después de Pessoa. En 1968 decide retirarse de la vida pública tras perder su trabajo en la radio y la televisión por haber publicado un libro sobre el Marqués de Sade. Así, su vida literaria transcurrió lejos de premios, entrevistas, fotos, incluso rechazó el Premio Fernando Pessoa en 1994. Desempeñó todos los oficios: obrero, cajero de banco, meteorólogo, publicista, farmacéutico, corresponsal de guerra, etcétera. Desarrolló una vasta obra, rigurosa y original: «Las mujeres piensan como un impensado rosal / que piensa rosas. / Piensan de espina en espina, / parando de nudo en nudo. / Las mujeres echan hojas, reciben / un orvallo inocente. / Después su boca se abre. / Verano, otoño, la ola dolorosa y ardiente / de las semanas, / pasan por encima. Las mujeres cantan / en su alegría terrena...» (*O el poema continuo*, 2006).

Sophia de Mello Breyner Andresen (1919- 2004) fue una de las poetas portuguesas más importantes del siglo xx. Recibió en 1999 el Premio Camões, y en 2003 el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Al decir de Eduardo Moga, una «exhalación afirmativa» la recorre desde su primer libro, *Poesía*, publicado en 1944, hasta el último, *Mar*, aparecido en 2001. Es un rasgo singular, que la distingue del resto de la lírica contemporánea, sumida en la introspección elegíaca, en el lamento del yo. La poesía de Sophia de Mello, como las novelas de Mark Twain, transmite un sentimiento de felicidad: es risueña y confiada; parece encontrarse a gusto en el mundo: «Regresaré al poema como a la patria a la casa / Como a la antigua infancia que perdí por descuido / Para buscar obstinada la sustancia de todo / Y gritar de pasión bajo mil luces encendidas» («Regresaré», en *El nombre de las cosas*, 1977).

Agustina Bessa-Luís (1922), novelista, es una de las voces narrativas más originales de Portugal. Su vastísima obra tiene referentes simbólicos de Dostoievsky, Tolstoi, Virginia Woolf, Proust, Thomas Mann y Kafka, y llega a una libertad estética muy personal, que construye a partir de fantasías oníricas y exuberantes metáforas. Logra también una visión histórica contemporánea que cuestiona los orígenes europeos. Existe, desde sus primeros escritos, una intención de combatir el sentido común como esa fuerza que atenta contra la soledad y la individualidad de los seres humanos. Trabajó en prensa y fue directora del periódico *O Primeiro de Janeiro*, en Oporto. Fue miembro de la Junta de Escritores de la Comunidad Europea, directora del Teatro Nacional D. María II y miembro de la Academia Europea de las Ciencias, las Artes y la

Letras con sede en París, entre otros cargos. Ha recibido también numerosas distinciones, como el Premio Camões. Algunas de sus obras han sido llevadas al cine. En una entrevista con Fuentetaja (talleres de escritura creativa) responde: «Escribir es conmovier para alejar la angustia y hacer más leve el miedo, que los pueblos sienten siempre como una fusión de laboratorio, cada vez más sofisticada. Pienso que el escritor que tiene más éxito (no de librería, sino de integración social profunda) es aquel que protege a los hombres del miedo: por audacia, delirio, fantasía, piedad o deformación. Pero por qué se escribe, exactamente no se sabe. Pues la precisión poética de un acto humano no se corresponde totalmente con su evidencia. Se ama la palabra, se utiliza la escritura, las cosas despiertan del silencio en el que han sido creadas. Después de todo, escribir es un poco corregir la fortuna, que es ciega, con la alegría de la naturaleza, que es previsora» ●

cinco o seis, pero es difícil estar seguro, pues van y vienen, giran en círculos, forman espirales que apenas creadas se desvanecen. Las miro elevarse como el clavadista que deja el trampolín, se suspende unos instantes en el aire e inmediatamente después se pliega para caer en picada. Recordando a los bailarines del Butoh, escribe Pascal Quignard: «Olvido incluso el agua en la que estoy inmerso y donde bailo cuando danzo en el aire. Danzo en el aire como si fuese agua». Ésta es, precisamente, la sensación que dejan las golondrinas que ahora revolotean, se alzan, descienden y remontan de nuevo en el claro que ha quedado sin sembrar en el maizal vecino. A veces, una de ellas —pero tal vez sea siempre la misma— vuela directamente hacia mí cuando las miro inmóvil desde el puente, y justo unos metros antes del contacto me evita con un requiebro lleno de gracia. ¿A qué juego me invita? No, desde luego, a seguirla. Quizá sea tan sólo que le apena la gravedad de mi condición terrestre y decide hacerme participar, como un elemento más, en el tejido sutil de su insuperable acrobacia.

★

Toda la mañana, mientras entro y salgo de casa, me detengo unos minutos para admirar la tarea que se lleva a cabo en el labrantío vecino. Hace unos días desbrozaron el terreno y ahora, bajo un sol poco clemente, el hombre empuña el arado mientras con la mano libre sostiene las riendas de dos caballos que ejercen la fuerza de tracción. Una ceremonia tan antigua que aquí, a orillas de la mutable Laguna, pareciera haberse perpetuado sin modificar un ápice los elementos que la componen desde siempre: el arado de hierro, el labriego, los caballos. No



Visitaciones

Días en Laguna

● JORGE ESQUINCA

Es media tarde y estoy en el jardín de la casa. Como tantas otras tardes, me acompaña un vuelo de golondrinas. Aparecen de improviso y comienzan con sus juegos. Son

las máquinas, sino las bestias y el hombre en una suerte de familiar contubernio. Una tarea que, a ojos vista, resulta más que ardua, pues el terreno está compuesto, en buena medida, por recias piedras que a cada paso la estorban. «¡Órale, cabrones!», oigo el grito que tiene como propósito hacer que el par de alazanes se dé vuelta al llegar al límite de la parcela. El sol cae a plomo mientras la tierra abierta en los surcos nos muestra el color profundo de su entraña humedecida. Estoy de regreso en el comienzo de la civilización.

★

Ayer abrieron las flores que conocemos como reinas de una noche (*Epiphyllum oxypetalum*). Luego de una larga reticencia, de una indispensable demora para aclimatarse a su nuevo domicilio —este jardín a orillas de la gran Laguna—, advertimos los brotes rosáceos que, justo en los bordes de las hojas onduladas, son la noticia de su próxima floración. Las flores alimentan su blancura día tras día en la punta de un tallo purpurino, van congregando sus pétalos en un capullo protegido por filamentos que las circundan como una mínima armadura vegetal. Una vez alcanzado el tamaño idóneo, al caer la noche, las reinas comienzan el largo proceso de ir abriendo lentamente su corola. Son exactamente doce. Gabriela y yo hemos montado guardia para seguir palmo a palmo el desplazamiento que se da simultáneamente en ellas. Una vez abiertas, en todo su esplendor, las corolas son más grandes que mi mano extendida. En su interior impera una blancura femenina; es, efectivamente, un gineceo poblado de estambres que parecieran los tenues vasos de un pistilo que se yergue en el centro

y del que emana un olor delicadísimo, apenas dulce, como debe de ser el aroma de una reina, o de una ninfa... Hay una voluptuosa sensación al hundir el rostro entre los pétalos frescos y aspirar directamente la exhalación misteriosa de su cáliz. Aquello no dura más que una sola noche, la única, la más larga noche del mundo. A la mañana siguiente contemplamos la flor cerrada, exánime, que el viento balancea todavía sujeta al tallo, como una reina vencida por el peso de su propia, efímera belleza.

★

Son dos, el pato y la pata. Él, orgullosamente blanco de pies a cabeza; ella, más pequeña, luce con indiferencia su plumaje variopinto, en tonos que oscilan entre el gris y el marrón. Se les ve invariablemente juntos, transitando con soltura de un jardín a otro; ella siempre al frente, como dirigiendo la caminata hacia un lugar insospechado pero cierto; él apenas unos centímetros atrás, como guareciéndola, como si le preocupara ese su andar tan resuelta, tan dueña de sí, tan al margen de cualquier peligro. Van y vienen, entran y salen de mi jardín pasando con elástica audacia por debajo de la reja sin que una sola de sus plumas quede presa en el intento. Con frecuencia los miro pasear sobre la calle empedrada, después de la lluvia y chapotear resueltos en un charco. Sólo una vez he visto al macho solo. Durante varios días lo encontré deambulando por mi jardín, sin ton ni son, emitiendo su característico graznido, batiendo de cuando en cuando las alas y alzando su cuello como para ver mejor. Luego, fatigado, se echaba en el pasto, justo frente a mí, que podía verlo desde mi mesa a través del ventanal. La pata brillaba por su ausencia.

Comencé a preocuparme. ¿Se la robarían? O, peor aún, ¿se convertiría en el festín de alguno de los bravísimos perros del vecindario? Una noche, ya tarde, volví a escuchar el doble graznido. Me asomé por la venta y, bajo la luz insuficiente del único farol, pude verlos. Llegada de quién sabe dónde la pata encabezaba la marcha y el pato, muy blanco, detrás.

★

Oigo esta lluvia. No la de ayer, no la de mañana. Esta lluvia, la de esta noche, la que cae ahora, en el momento en que la escribo. La lluvia en calma, sin tormenta que la anuncie, la que se presenta de pronto, la que llega porque sí; la lluvia quieta, la que viene y se queda, la que está de paso como una sombra y cae con su peso más ligero que la sombra en la noche. Oigo esta lluvia que me permite escribirla, que me da tiempo, que tiene una sustancia tan parecida al tiempo. Esta lluvia, la de ahora, la de siempre, la lluvia en quietud, la lluvia que aligera, la lluvia que es aún más suave que mis dedos, más pequeña que los tuyos. La lluvia que sigue, la que cae sin promesas, sin augurios, sin redención; la lluvia que es sólo lluvia, la que ahora, justo en este momento, acaba ●



Polifemo bifocal

Del necesario naufragio. Notas sobre la poesía de Eduardo Vázquez Martín

● ERNESTO LUMBRERAS

1

A unos años de finalizar el milenio pasado anotaba, en la ficha de autor de *Pristina y última piedra. Antología de poesía hispanoamericana presente* (1998), que la escritura de Eduardo Vázquez Martín (Ciudad de México, 1962) «establece dos tendencias comunicantes y protagónicas, la literatura y la historia. [...] Inmune a los sofismas de una poesía social, deja de lado el menor indicio de proselitismo, toda vez que su revisión de lo real se establece como revisión de lo íntimo, de la genealogía familiar y de su pasado inmediato». Entonces, en aquel momento, el poeta sólo había publicado una sección en el libro colectivo *Navíos de piedra* (UNAM, 1987) y un primer libro, *Comer sirena* (El Tucán de Virginia, 1992), este último verdadera y contundente pica en Flandes como para llamar y despabilar la atención de la poesía que se escribía en aquel atardecer milenarista. Casi para cerrar el trato del fin del mundo, publicó en 1999 *Naturaleza y hechos* (ERA), prolongación categórica a sus obsesiones marinas a las que sumaba acentos y asedios, cada vez más personales, en torno de «un aquí y de un ahora» que disputaban territorios y botines a su biografía. A cada poema escrito

domesticaba al mar, lo tornaba menos literario aunque felizmente cargado de nuevos espejismos y mitos. Asimismo, en esa segunda entrega, surgía como tema cordial la Ciudad del México —el D.F., como prefiere llamarla—, laberinto de ruinas y resurrecciones donde la educación sentimental del futuro poeta se define y afila como una espada en el cuello de la ondina o de «la náyade arteza», para decirlo en jerezano.

2

Pasaron nueve largos años para que Vázquez Martín nos sorprendiera con un tercer libro de poemas: *Lluvias y secas* (Ediciones Sin Nombre, 2008). Fue tal el milagro, que eligió para su presentación el teatro El Milagro. Para aquel lanzamiento escribí entonces, entre otras líneas, estas que quiero retomar ahora: «Sabido distinguir la literatura de la poesía y la moral de la ética, el autor traza una línea en el agua para saber —el intuir se coloca en otro momento— dónde comienza y dónde termina lo que él sabe y lo que no sabe del poema que está escribiendo. Poemas necesarios, poemas inevitables y puestos en la balanza del tiempo a fin de cotejar su devenir». Ajeno al prurito y a las veleidades de la carrera literaria —lo que signifique ese hoyo negro de vanidad y estiércol—, se percibe que cada poema tiene el apremio de una doble experiencia expresiva, la del autor por desentrañar, expiar o restituir un acontecimiento mínimo o histórico, y la del poema mismo que se pone en guardia contra sus ángeles soberbios y sus demonios escépticos, listos a sabotear mesianismos, sinceridades de di-ván, realidades en blanco y en negro.

3

No obstante que Eduardo Vázquez Martín es un deniziano del primer día, como lo es,

misma aurora fundacional, del relámpago de Lebu, Gonzalo Rojas, su escritura es cenital, cómplice directa del lector sin subterfugios o lecturas ambiguas, aunque nunca condescendiente, ajena a oscuridades de las altas ciencias y a la experimentaciones sintácticas y sonoras de un lenguaje que se asume inestable y finito. De los poetas de nuestra generación, la veta y la vena de la lírica española se percibe más en sus libros, con un renovado esplendor que vindica la herencia, en un acuse de cuentas y de música que va de Jorge Manrique a Juan Ramón Jiménez, del Arcipreste de Hita a Luis Cernuda, de Francisco de Quevedo a Gil de Biedma. Por tal filiación, no es gratuito localizar los tácitos homenajes y diálogos, las no muy veladas correspondencias espirituales con Tomás Segovia, poeta de las dos orillas del castellano, y en esa duplicidad excluyente y contradictoria, poeta nómada. En ambos, el relato autobiográfico en la escritura poética se olvida del pudor y de lo políticamente correcto, pero también, de un exhibicionismo de pasarela. Conversaciones del poeta nada cautelosas consigo mismo, testimonios que intentan unir las cuentas de un pasado que fue y que no será nunca igual, por más experta que sea la memoria en remover escombros y ceniza.

4

En esta reunión poética, *Sirenas y otros naufragios* (Amargord, 2017), se incorporan cuatro nuevas series de poemas escritas entre 2007 y 2017. El autor quiso conservar la alusión de la sirena que, en el prólogo del libro, Eduardo Milán analiza bajo el referente homérico, es decir, acerca de las implicaciones míticas y filosóficas del pasaje de Ulises, atado al mástil de su nave con la intención de escuchar el canto seductor y

peligroso de las aves mitológicas. Yo pensaría que Vázquez Martín toma partido del equívoco, inventariado ya en la cultura colectiva, al retomar la condición de la belleza funesta y de la revelación irresistible para los sentidos y la razón, implícitas en la cantiga de Homero, para trasladarla a la construcción plástica de un ser sensual, mitad mujer y mitad pez. Más cerca del imaginario de Hans Christian Andersen, barnizado con las fabulaciones de los navegantes europeos de los siglos xv y xvi, las nereidas de la colección han mudado de costumbres y difícilmente, en este tiempo de asesinos y burócratas, se aparecen a quien va expresamente a buscarlas. No obstante, hay que pedir las siempre, aunque no estén en el menú de la marisquería. Y si el célebre día, ese que se dice que es el menos pensado, el camarero nos asegura que tiene una recién pescada —poco importa si en el Mar de los Sargazos o en la Barra de Coyutla—, hagámosle caso al poeta, pues su corazonada nos dice que: «A la sirena hay que pedirla con cabeza».

5

Sin contar las páginas del índice, su poesía reunida en la edición española de Amargord suma doscientos cuarenta y un folios. ¿Pocos o muchos? Las vacaciones infantiles en el Puerto de Veracruz, las caminatas en los barrios de la capital del país, los despertares y anocheceres de la pasión amorosas, las batallas de la vida verdadera, las encrucijadas de la historia con sus partos violentos, aquí y allá, se han convertido en ciclos y variaciones de un mismo tema que Eduardo Vázquez Martín ha frecuentado con inocencia y asombro, pero sobre todo, con ese fervor civil cada vez más infrecuente, el de la compasión solidaria ●

Anacrónicas

Menchu Gutiérrez: los jeroglíficos de la luz

● MARÍA NEGRONI

En Argentina no se la conoce. Sus libros, todos publicados por Siruela, apenas han llegado al país, y eso a cuentagotas y sólo para alguna feria del libro.

En mi caso, tuve la suerte de descubrirla en México y ya no dejé de seguirla. Como Fleur Jaeggy, Pierre Michon, o Agatha Kristof, Menchu Gutiérrez (Madrid, 1957) pertenece a esa estirpe de escritores que, sin figurar en las mesas más visibles de las librerías, hacen de la inteligencia verbal un escalpelo a favor del misterio.

Sus textos son díscolos. De una obsesión perfecta y patológica. En ellos, la anécdota no importa, no hay personajes sin fallas, ni encadenamientos temporales y lógicos que podrían apuntar a un final para colmar el sentido y tranquilizar al lector. Estos textos hacen otra cosa: ponen en marcha estructuras abiertas involucradas en decir la herida vital, esa que sólo se hace visible cuando la letra consigue rasgar la lápida de la representación. O bien, lo que es igual, suspende las reglas de la retórica y la composición para que las frases caigan, sin obstáculos, directo a lo negro, lo agujereado.

En su novela *El faro por dentro*, por ejemplo, hay un faro, un perro (presumible-



mente mudo, presumiblemente perro) y un ser sólo esbozado: un hombre que tal vez sufrió un accidente, del que nada sabemos, y que ahora, guiado por su propia oscuridad, intenta pegar los fragmentos de una figura rota para siempre.

¿De dónde sale este álbum de pesadillas? ¿Por qué el narrador emite un discurso técnico especializado, propio de una ficción científica? ¿Por qué redacta protocolos de avería como quien diluye tinta en el vaso de la cabeza? ¿El laconismo lo protege de la tristeza? ¿Hace cuánto que registra su existencia con la precisión de un loco?

No se sabe. Todo lo que recibe el lector es un monólogo nervioso, que cada tanto logra, con total prescindencia de adjetivos, horadar la complejidad de lo humano y del mundo.

«Sólo los jeroglíficos no mienten», escribe Menchu Gutiérrez. «Ésa es mi tesis».

Quizá debiera aclararlo. No es que no haya, en un sentido estricto, relato; es que el relato se escabulle todo el tiempo y permanece ajeno para nosotros e incluso, me atrevería a decir, para el propio narrador. Es más: a veces, lo cubre todo una sombra, la densidad de una niebla, una noche de tormenta. Entonces todo lo que queda es el faro: ese espacio de intimidad que, como en la novela de Virginia Woolf, es a la vez encierro, antesala del deseo e inaudita promesa.

Atraídos fatalmente por lo que no ven, también los adolescentes de la *nouvelle* *Viaje de estudios* se dirigen de orfanato en orfanato, de monasterio en monasterio, de estación de tren en estación de tren, al cero absoluto del enigma que son.

Cercados como están por el blanco de la nieve, y amenazados por siniestros —e insondables— círculos negros, los jóvenes avanzan por una anatomía fría y prodigiosa,

como agrimensores del vacío: sin meta, sin razón y sin sentido, un poco al estilo de los moradores del cilindro de *El despoblador*.

No exagero: *Viaje de estudios* podría haber sido escrita por Beckett. La densidad alegórica, el lirismo parco, los decorados como islotes significantes y la sospecha de que el presente puro de la narración sólo puede ejercerlo la muerte, son comunes a ambos escritores.

También lo es la exigencia de que el lector se avenga a lo conjetural, que acepte las trabas, las turbulencias, la falta de linealidad, que vislumbre ese *aquí* que siempre apunta a un *más allá*.

Lo bello es una categoría de lo raro, escribió Mujica Láinez.

En este caso, la rareza no se reduce, al menos no tan sólo, a la sintaxis o la tensión lingüística. Lo que aquí prevalece es, más bien, cierta lentitud, una gestualidad meditativa que, apurada por aportar a la prosa algo de la fuerza de la poesía, no deja de entreverarse de silencio.

A esa modestia aséptica y laboriosa le debe el lector su felicidad, el goce de perderse como paseante del relato, de circular por los pasillos de lo diferido y lo inhóspito a ver si así consigue adueñarse de una moneda de inquietud. El énfasis, en todo caso, reside en la promesa de una anhelada hecatombe: el resultado es una estética intranquila que interrumpe por momentos la gravedad y hace del secreto, esa luz sólo visible por dentro, una virtud descomunal ●



Encrucijada

Memorias portuguesas

● ALFREDO SÁNCHEZ G.

Hace muchos años escuché una hermosísima canción, «Fado tropical», compuesta por quien es, a mi modo de ver —y, con tan notables autores en ese país, es probable que me arrepienta de tan contundente aseveración—, el mayor compositor de Brasil, Chico Buarque. Pero la versión que escuché entonces la cantaba en francés el enorme músico nacido en Alejandría, George Moustaki. Conocí después la versión original de Chico, escrita para una especie de comedia musical con pretensiones históricas que hizo junto al cineasta Ruy Guerra, y que se llamó *Calabar o Elogio de la traición*. El tal Calabar es, según la historia oficial brasileña, el gran traidor de la patria, que se alió en el siglo XVII a los portugueses, pero Chico y Ruy plantearon una especie de reivindicación del personaje que provocó la censura del gobierno militar de Brasil a principios de los setenta. La canción incluía algunas partes habladas, como ésta:

Sabes, en el fondo yo soy un sentimental, todos hemos heredado en la sangre lusitana una buena dosis de lirismo (además de la sífilis, claro). Incluso cuando mis manos están ocupadas en torturar y engañar, mi corazón cierra los ojos y sinceramente llora...

Y su estribillo recalcaba:

¡Ay, esta tierra todavía va a cumplir su ideal:
es probable que se convierta en un enorme
[Portugal!]

¡Ay, esta tierra todavía va a cumplir su ideal:
y se convertirá en un imperio colonial!

La versión de Moustaki le daba un giro y hablaba, entre otras cosas, del golpe militar en Chile, de la guerra de Vietnam y de los perseguidos políticos en distintos lugares.

España está crucificada, torturamos en Chile,
la guerra de Vietnam sigue en el olvido [...] Camaradas perseguidos en las ciudades
encerrados en los estadios, deportados a las
[islas [...]]

¿No ven venir esa llama que ilumina el futuro?

Las dos versiones son hermosas y en ambas destaca el uso de la guitarra portuguesa haciendo una melodía fascinante. ¿Un fado —la música más famosa de Portugal— tropical? Acaso ése haya sido mi primer acercamiento musical —sesgado, ciertamente— con Portugal.

A lo largo de los años he conocido a algunas intérpretes de fado, empezando por Amália Rodrigues y siguiendo con las más recientes Mísia, Ana Moura o Dulce Pontes. Ellas me han seducido, como a muchos otros, con su ánimo melancólico, de donde acaso provenga la famosa *saudade* portuguesa. Y, claro, también sucumbí en algún momento a Teresa Salgueiro, la *front woman* de Madreus, el grupo que llevó la música de Portugal a todo el mundo, en especial gracias a la película de Wim Wenders *Historia de Lisboa*, aquella en la que un ingeniero de sonido tiene la encomienda de grabar para una película lo que suena en la

ciudad y queda fascinado con Teresa, con su voz y con los rincones de la capital lusitana que nos va mostrando poco a poco.

Tuve una única oportunidad, en 1999, de ver y escuchar en Guadalajara a Madre-deus en el inusual escenario del Auditorio Pedro Arrupe del ITESO y quedé encantado, no solamente con la voz de la Salgueiro, sino con la sutileza y el buen gusto de los arreglos y con la excelencia en la ejecución de los instrumentistas.

Un año antes —1998— se había realizado la última gran exposición mundial del siglo xx en la capital portuguesa, a orillas del Tajo. Por cuestiones profesionales —y más que nada por suertudo— me tocó estar unos días en aquella gran feria. Por la importancia de aquella Expo, los demás países europeos invirtieron fuerte para el lucimiento de Portugal. Los recintos construidos por arquitectos como Santiago Calatrava, Álvaro Siza o

Regino Cruz eran impresionantes y contrastaban con el aire medieval de las partes viejas de la ciudad. Me tocó ver espectáculos musicales formidables y un despliegue inolvidable de fuegos artificiales que surgía de la mitad del río. Pero también caminé por las torcidas calles en la parte antigua de Lisboa, llenas de sonidos y aromas.

Hoy, a pocas semanas de la finalización del Mundial de futbol, donde resonó con fuerza el nombre del más famoso portugués de estos días, Cristiano Ronaldo, pienso que Portugal es mucho más que eso, y recuerdo las palabras finales de aquella versión de Moustaki:

A aquellos que ya no creen en su ideal
diles que un clavel rojo ha florecido en
[Portugal,
y esa nueva flor de Portugal
puede marcar el fin de un imperio colonial ●

CALL FOR PAPERS
Convocatoria permanente para recibo de colaboraciones

Próximo Número | #9
mayo - octubre 2019

EL
ORNITORRINCO
TACHADO
REVISTA
DE ARTES
VISUALES

ornitorrinco.tachado.uaemex.mx
revista_ornitorrinco@uaemex.mx
+(52 722) 215 93 34

CANAL 44
La señal de todos



En televisión abierta, canal 44.1

En tu sistema de cable:

CANAL 44

CANAL 144

.iZZI! Totalplay MEGACABLE.

CANAL 44 Y CANAL 144 (A NIVEL NACIONAL)

AXtel TV

Y a través de nuestra app



udgtv.com



CANAL 44TV

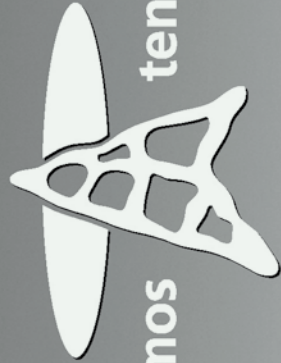


@CANAL44TV



CANAL44TV





Seguimos

tendiendo puentes

Sistema Universitario de
Radio Universidad de Guadalajara

Ameca 105.5 FM

Autlán 102.3 FM

Colotlán 104.7 FM

Guadalajara 104.3 FM

Lagos de Moreno 104.7 FM

Ocotlán 107.9 FM

Puerto Vallarta 104.3 FM

Zapotlán el Grande 94.3 FM

www.radio.udg.mx



PASODEGATO

REVISTA MEXICANA DE TEATRO

número
75



DOSSIER: UTOPIÁS Y TEATRO: A 50 AÑOS DEL 68

Encuéntrala en **Librería virtual Paso de Gato**
www.pasodegato.com

/paso.degato @pasodegato



Premio CANIEM
al Arte Editorial 2018

Universidad Veracruzana



La Palabra y el Hombre/ Oficial @PalabrayHombre



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

Una
CABEZA
distinta



(texto)

LUIS PANINI

(ilustraciones)

CHIARA CARRER

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



petra  ediciones